



DICKENS

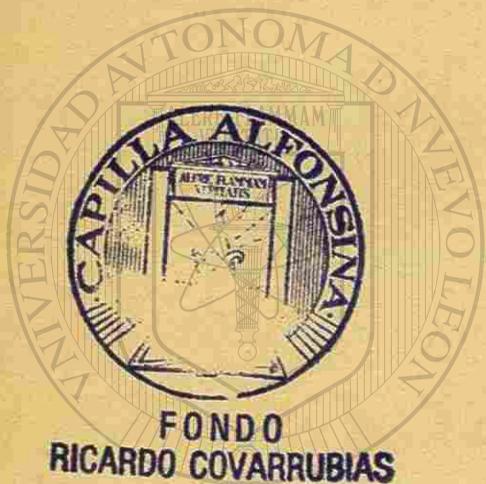
MRS Y LOND

EN 1793

PR4572

.P3

S6



PARIS Y LONDRES EN 1793.

Núm. Clas. N
Núm. Autor 554114
Núm. Adg. 29120
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó 69

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CARLOS DICKENS.

PARÍS Y LÓNDRES

1793.

TRADUCCION DE

EDUARDO QUILEZ.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID:

E. VICENTE, EDITOR

Cuesta de Santo Domingo, núm. 20.—Imprenta.

1879.

098570

29120

~~20210~~

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

823
9

PR4572
.p3
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRIMERA PARTE.

RESURRECCION.

CAPITULO PRIMERO.

En 1775.

Era el mejor y el peor de todos los tiempos, el siglo de la locura y el siglo de la razon; época de fé y de incredulidad; periodo de luz y de tinieblas, de esperanza y de desesperacion, en que se vislumbraban brillantes horizontes y profundas oscuridades; en que se iba rectamente al cielo y en perfecta derechura al infierno.

Era, en una palabra, un siglo tan diferente del nuestro, que, segun opinion de los más competentes autores, no es posible hablar bien ó mal de él sino en grado superlativo.

En aquel tiempo, un rey de poderosas mandíbulas, una reina de cara bastante fea, reinaban en Inglaterra y un rey de mandíbulas no ménos poderosas, y un monarca de agraciado rostro, ocupaban el trono de Francia.

En ambos países creian á pié juntillas todos los altos funcionarios del Estado, que el milagro de la multiplicacion de los panes se renovaba diariamente, y que el orden de cosas establecido no debia cambiar nunca.

En aquella época favorecida del cielo, la Gran Bretaña gozaba, como hoy, de las revelaciones del otro mundo.

Un simple guardia de corps, convertido en profeta, habia anunciado que el dia en que mistress Southcott cumplierse veinticinco años, un abismo, pronto á abrirse, se engulliria Lóndres y Westminster; y apenas hacia doce años que el espíritu de Cock-Lane habia remitido sus mensajes, del mismo modo que los espíritus del año pasado (enteramente desprovistos de originalidad) nos remitieron los suyos.

Otras noticias ménos importantes, pero de un orden mucho más terrestre, habian llegado hacia poco á Inglaterra, y se referian á un congreso formado en América por algunos súbditos británicos; noticias que, cosa extraña, fueron consideradas por los simples mortales mucho más importantes que todas las comunicaciones transmitidas por la raza de los *mediums*.

La Francia, ménos favorecida en materia de espiritismo, continuaba rodando por una suavísima pendiente. Hacía papel moneda que se apresuraba á gastar; y conducida por sus pastores cristianos, divertíase ejerciendo actos llenos de humanidad, por ejemplo, quemando vivo á un jóven, despues de haberle cortado las manos y arrancado la lengua, por no haberse arrodillado, en un dia de lluvia, en honor de una procesion de frailes mugrientos, que pasaba á cincuenta metros del sitio en que él se habia.

Mientras se ejecutaba aquel martirio, brotaban en los bosques de Francia y de Noruega unos árboles que el Desdichado leñador, tenia ya marcados para cortarlos, con objeto de poder construir con sus troncos cadalsos portátiles, provistos de una cuchilla y de un saco, y cuya historia debia dejar horribles recuerdos.

Aquel mismo dia, bajo los cobertizos de los labriegos que cultivaban los campos de las cercanías de París, veíanse algunas carretas cubiertas de barro, rodeadas de cerdos y de aves de corral, que la Muerte, arrendadora uni-

versal, tenia ya escogidas para que fuesen las proveedoras del hacha revolucionaria.

Pero el Destino y la Muerte trabajaban silenciosa é incesantemente, y nadie oía el ruido sordo de sus pasos, sobre todo al recordar que bastaba dar la menor voz de alerta para ser acusado de traicion ó de ateismo.

En Inglaterra, apenas habia bastante orden para proteger las vidas y las haciendas de los insulares y poder justificar la jactancia nacional. Infinidad de robos á mano armada y atrevidos ataques se verificaban todas las noches en el centro mismo de la capital. Las autoridades mismas advertian á las familias que no saliesen de la ciudad sin depositar sus muebles en el almacén del tapicero, si querian tener la seguridad de hallarlos á su regreso. El bandido nocturno se trasformaba, durante el dia, en comerciante de la Cité; reconocido é insultado por su colega, le ponía preso en virtud de su título de capitán, le rompía con mucha gracia la cabeza y huía á uña de caballo.

El correo caía en una emboscada en donde le esperaban siete ladrones; tres de ellos eran muertos por el guarda que custodiaba la correspondencia, y éste, falto de municiones, era muerto á su vez por los bandidos restantes, que despues de esta pequeña batalla, saqueaban á su antojo la balija.

El lord-corregidor de Lóndres, poderoso potentado, se veía obligado á obedecer á un salteador que le pedia la bolsa ó la vida y que despojaba al ilustre personaje en presencia de sus numerosos lacayos.

Los presos reñian encarnizadas batallas en la cárcel, y la ley, con toda su magestad, disparaba á boca de jarro sus trabucos sobre los revoltosos.

Los rateros robaban las cruces de diamantes del pecho de los nobles lores hasta en los mismos salones de la córte. Los mosqueteros iban al barrio Saint-Giles para

apoderarse de las mercancías de contrabando; la canalla disparaba sobre los mosqueteros y los mosqueteros sobre la canalla, y nadie parecía inquietarse por este espectáculo, que se reproducía diariamente.

A todo esto, el verdugo, siempre atareado, era objeto de un continuo requerimiento. Ahorcaba en grandes hileras criminales de todas clases. Ahogaba el sábado á un apedreador de ventanas detenido el martes de la misma semana; por la mañana marcaba en Newgate gran número de personas, y por la tarde quemaba varios libejos en la puerta de Westminster. Hoy tenía que quitar la vida á un horrible asesino, mañana á un miserable que había robado doce sueldos al hijo de un arrendador.

Todo esto pasaba en Francia y en Inglaterra en el año de gracia 1775; y mientras el Destino y la Muerte trabajaban ocultamente, los dos reyes de poderosas mandíbulas, y las dos reinas, una hermosa y otra fea, marchaban con estrépito, ostentando con segura y arrogante mano su derecho divino. De este modo conducía sus grandes y sus ínfimas criaturas, por los diversos caminos que habían de recorrer, el bueno y venerable año de 1775.

CAPITULO II.

El coche-correo.

El primer personaje de quien vamos á ocuparnos en nuestra historia se hallaba un viernes por la noche, á fines de Noviembre, en el camino de Douvres.

Entre este individuo y el horizonte hallábase el coche-correo que subía trabajosamente la escarpada pendiente de Shooter.

Nuestro hombre iba á pié y salpicándose de lodo como los demás viajeros; no porque en aquellas circunstancias

fuese agradable el ir andando, sino porque los arneses eran tan pesados, tan empinada la cuesta, tan pesado el carruaje y tan abundante el lodo del camino, que los caballos se habían detenido ya por tres veces, con la subversiva idea de volverse á la cuadra. Sin embargo, la acción combinada de las riendas, del látigo, del guarda y del mayoral, se opuso, en virtud de las leyes de la guerra, á aquel propósito, que probaba que los animales no carecen de razón; y el ganado, obligado á capitular, entró nuevamente en la senda del deber.

Los cuatro caballos, con la cabeza gacha y la cola erizada, se sumergían en el lodo, forcejeaban, resbalaban, caían pesadamente al suelo y amenazaban hacerse añicos.

Siempre que el mayoral, después de una prudente parada, los obligaba nuevamente á ponerse en marcha, el caballo delantero, que se hallaba al lado del látigo, sacudía violentamente la cabeza y parecía negar que el carruaje pudiese llegar nunca á la cima de la montaña.

Cada una de aquellas estrepitosas negaciones hacía temblar á nuestro viajero y turbaba su espíritu. Una espesa niebla cubría todas las llanuras y subía hasta la colina, como un alma en pena que quiere descansar: niebla fría y pegajosa, que se elevaba con lentitud y empujaba penosamente en el aire sus espesas y fétidas olas.

La luz proyectada por los faroles del carruaje, envuelta en un círculo de bruma, alumbraba apenas algunos metros del camino, y el vapor que despedían los caballos, cubiertos de sudor, se confundía con la niebla que los rodeaba.

Otros dos viajeros caminaban al lado del carruaje. Embozados hasta las cejas y calzados con recias botas, ninguno de aquellos tres hombres hubiera podido en modo alguno sospechar siquiera el rostro de su vecino; y su pensamiento estaba tan oculto á la mente de los otros dos, como su persona á los ojos de sus compañeros.

En aquellos tiempos era poca toda desconfianza con

las gentes que se hallaban por los caminos; cada viajero podía ser un bandido, ó por lo ménos cómplice de los ladrones. Generalmente, en todas las casas, posadas ó ventas situadas en los caminos, había siempre algún malvado dispuesto á secundar los planes del bandolero que le tenía asalariado.

En todo esto iba pensado el guarda que escoltaba el correo de Douvres el referido viernes del mes de Noviembre de 1775, en tanto que, colocado en la parte posterior del carruaje, sacudía con los piés la paja que le servía de alfombra, y examinaba con la vista y con las manos una caja que contenía un enorme trabuco cargado hasta la boca y unas ocho pistolas también cargadas y colocadas entre una porción de armas blancas.

Como sucedía todas las noches, el guarda sospechaba de los viajeros, y éstos sospechaban de sí mutuamente, del mismo modo que el guarda y el mayoral, quien por su parte sólo respondía de sus caballos y hubiera jurado en conciencia, sobre los dos Testamentos, que los pobres animales no tenían fuerzas bastantes para llenar ámpliamente su difícil cometido.

—¡Arre, arre! exclamó el mayoral; vaya el último trotecillo y podreis entregaros al descanso, pícaros rocines. Bastante trabajo me vá costando el conseguirlo... Joé ¿qué hora es?

—Las once y diez minutos, respondió el guarda.

—¡Dios mio! exclamó el mayoral lleno de impaciencia. ¡Las once y diez minutos y todavía no hemos subido la montaña! ¡Arre, arre! condenados rocines.

El caballo delantero, detenido por un violento latigazo en medio de sus más expresivas negaciones, hizo un nuevo esfuerzo, arrastró tras de sí á sus compañeros, y la silla-correo de Douvres volvió á ponerse en marcha, escoltada por los tres viajeros que iban materialmente cubiertos de lodo.

Deteníanse siempre que el carruaje se paraba, y se apartaban de él todo lo ménos posible. Si alguno de ellos hubiese tenido el atrevimiento de proponer á su vecino que se adelantase un poco, en medio de aquella espesa niebla hubiera pasado por un ladroa y tal vez le hubiesen descerrajado un tiro.

Hallábanse ya en la cúspide de la montaña; los caballos recobraban algún ánimo, y el guarda se había apeado con objeto de preparar el carruaje para la bajada y abrir la portezuela á los viajeros, que volvieron á subir al coche.

—Oye, Joé, gritó el mayoral mirando hácia el camino. Los dos se pusieron á escuchar.

—Joé, un caballo sube la cuesta al galope.

—Y muy al galope, Tom, repuso el guarda subiendo á su asiento. Gentleman, añadió, despues de amartillar su trabuco, en nombre del rey reclamo vuestro auxilio.

El viajero atudido, que iba ya á entrar en el carruaje, seguido de sus dos compañeros, permaneció de pié en el estribo, y sus dos adláteres continuaron parados en mitad de la carretera.

Los tres miraron sucesivamente al guarda y al mayoral. Estos continuaron mirando hácia atrás, y el caballo delantero aguzaba las orejas, y libre ya de toda traba, sacudía á su antojo la cabeza.

El quietismo que sucedió de pronto á la penosa marcha de la silla-correo, aumentó el silencio de la noche y su fúnebre calma. La fatigosa respiración de los caballos comunicaba una especie de estremecimiento al carruaje, y tal vez el corazón de los tres compañeros de viaje latía con la fuerza necesaria para poder apreciar sus movimientos. Pero lo que no admite duda es que ninguno de los tres se atrevía á respirar, y que la incertidumbre en que se hallaban aumentaba notablemente el número de sus habituales pulsaciones.

Un caballo subía la montaña galopando rápidamente, y se acercaba cada vez más.

—¿Quién va? gritó el guarda con toda la fuerza de sus pulmones; alto, ó hago fuego.

El guarda fué inmediatamente obedecido, y oyóse, á través de la espesa niebla, una voz ronca que gritaba:

—¿Es esa la silla-correo de Douvres?

—¿Qué os importa? respondió el guarda.

—¿Es esa la silla-correo de Douvres?

—¿Para qué queréis saberlo?

—Tengo que hablar con un viajero.

—¿De qué viajero habláis?

—De Mr. Jarvis Lorry.

El individuo que estaba de pie en el estribo del carruaje hizo un movimiento que parecía indicar que era él la persona de quien se trataba. El mayoral, el guarda y los otros dos viajeros le miraron con desconfianza.

—No os mováis de ahí, ó sois muerto, respondió el guarda á la persona que gritaba á través de la niebla. Señor viajero Lorry, tened la bondad de responder con toda franqueza.

—¿Qué ocurre? preguntó éste con voz tranquila y sonora. ¿Quién quiere hablarme? ¿Sois vos, Jerry?

—No me gusta la voz de ese Jerry, murmuró el guarda entre dientes; me parece demasiado bronca.

—Sí, señor Lorry, os traigo una carta de la casa Tellson.

—Conozco á ese mensajero, dijo el gentleman dirigiéndose al guarda y echando pié á tierra, ayudado con más prisa que urbanidad por los otros dos viajeros, los cuales se apresuraron á entrar en el carruaje; cerraron inmediatamente la portezuela y subieron los cristales.

—Podeis permitirle que se acerque, continuó Mr. Lorry, no temáis nada.

—Es posible que tengais razon, pero no lo cree así todo

el mundo, respondió el guarda hablando para sus adentros. ¡Eh! ¡Eh!...

—¿Qué hay? preguntó Jerry con voz cada vez más ronca.

—Oid: aproximáos, pero poco á poco; y si por casualidad lleváis pistoleras en la silla del caballo, no acerqueis á ellas las manos; yo confundo las cosas con mucha facilidad, y cuando me equivoco, mi equivocacion toma la forma de una bala. Ahora que ya sabéis á qué ateneros, enseñadme vuestro rostro.

La silueta de un caballo y de su jinete se dibujó vagamente á través de la niebla, y se aproximó á la silla-correo. Una vez cerca de Mr. Lorry, el mensajero detuvo su montura y entregó un papel al viajero.

El caballo estaba rendido de fatiga, y los dos estaban cubiertos de lodo, desde los cascos del animal hasta el sombrero del jinete.

Guarda, repuso tranquilamente el viajero, os repito que no tenéis nada que temer. Pertenezco á la casa de banca Tellson y C.^{ta}—supongo que conoceréis la casa Tellson, de Londres,—y voy á París para asuntos de la misma. ¿Tengo tiempo para leer esta esquela? Os daré una corona para echar un trago.

Mr. Lorry se aproximó á un farol, abrió la carta que tenía en la mano, y leyó en voz alta la siguiente frase:

«Esperad á la señorita en Douvres.»

—Ya veis que no es muy larga, dijo al guarda; y dirigiéndose al emisario: Decid en casa que os he respondido con esta palabra: *Resucitado*.

—¡Vaya una respuesta rara! exclamó Jerry con su voz cavernosa.

—No importa, decid eso á los señores, y de este modo adquirirán la certeza de que he recibido su esquela. Buenas noches, Jerry, buenas noches; volved á casa lo más pronto posible.

Al decir estas palabras, el gentleman abrió la portezuela y subió al carruaje. Sus compañeros de viaje se habían apresurado á esconder su dinero y sus relojes en sus inmensas botas, y fingian dormir como unos bienaventurados, con objeto de poder justificar su inaccion.

Una vez cerrada la portezuela, la silla-correo se puso en movimiento, y bajando la cuesta, quedó envuelta en una niebla cada vez más espesa.

El guarda, que por fin se habia decidido á dejar en su sitio el trabuco, examinó las pistolas que llevaba á la cintura, y contempló una cajita que contenia algunas herramientas de herrador, un par de antorchas, un eslabon y yesca. Si los faroles del carruaje hubiesen sido apagados ó rotos, como sucedia de cuando en cuando, bastaba con meterse dentro y golpear fuertemente el eslabon para encender la luz al cabo de cinco minutos, suponiendo que no ocurriese ningun contratiempo.

—Tom, dijo el guarda en voz baja y asomándose por encima del carruaje.

—¿Qué hay, Joé?

—¿Has oido ese mensaje?

—Sí.

—¿Y qué te parece?

—Nada absolutamente.

—Ni á mi tampoco, respondió el guarda, muy sorprendido al ver cómo coincidía su opinion con la del mayoral.

Una vez solo, en medio de la niebla y de la más completa oscuridad, Jerry echó pié á tierra, no solamente para que descansase su jamelgo, sino para quitarse el lodo que le cubria el rostro, y para sacudir su sombrero, cuyas álas levantadas podian contener próximamente unos dos litros de agua.

Así que terminó esta doble operacion, volvióse tranquilamente, y cogiendo su caballo por la brida, empezó á bajar la montaña con direccion á Londres.

—Después de una carrera como ésta, dijo hablando con su rocinante, sólo me fiaré de tus cuatro patas cuando tengamos que andar por un camino llano. Sí, amigo mio. ¡Resucitado! ¡Vaya una respuesta rara! ¡Pues señor, voy á hacer bonito negocio si dan ahora en la maña de hacerme emprender estas caminatas!

CAPÍTULO III.

Las sombras de la noche.

Cosa extraña es, para todo el que lo reflexione atentamente, el que todos los hombres se hallen constituidos de tal modo que sean los unos para los otros un misterio impenetrable. Cuando entro en una gran ciudad durante la noche, es para mí una grave consideracion el pensar que cada una de aquellas casas, agrupadas en la sombra, tienen secretos que le pertenecen; que cada una de las habitaciones que contienen guarda su propio secreto, y que cada uno de los corazones que laten en aquellos millares de pechos es un secreto para el corazón que le es más querido y más allegado!

Hay en este misterio un no sé qué que hace la muerte más terrible y más dolorosa. Ya no podré volver la hoja de ese libro querido que inútilmente traté de leer hasta el fin. Ya no sondearé con la mirada la profundidad de ese agua en que, á la luz de los relámpagos, he divisado un tesoro. Estaba escrito que el libro se cerraria para siempre, tan pronto como yo hubiese descifrado la primera de sus hojas. Estaba dicho que la corriente en que penetraban mis ávidas miradas, se cubriría de eterno hielo en el momento en que la luz rielase en su superficie, y que yo permanecería en la orilla, ignorando las riquezas que allí se escondian.

Mi vecino, mi amigo, ha muerto; la que yo amaba, la que constituía el gozo y la dicha de mi alma, ha dejado de existir. Esta es la inexorable continuidad del secreto que guardaron siempre en el fondo de su alma, del mismo modo que yo guardaré el mio hasta la tumba. ¿Hay en los cementerios de esta ciudad que recorro un durmiente más impenetrable para mí, que los habitantes de sus más animadas calles, encerrados en su fuero interno, ó que yo mismo á los ojos de todos ellos?

Considerado así, el pobre mensajero de Tellson tenía, como hombre, absolutamente el mismo poder que el rey, el primer ministro del Estado, ó el más rico comerciante de la capital. Por esto, de los tres viajeros encerrados en la silla-correo de Douvres, cada uno era para los otros dos un misterio tan impenetrable como si se hubiese hallado dentro de su carroza tirada por cuatro ó seis caballos, y separado de su vecino por un inmenso territorio.

El emisario de la casa de banca caminaba al trote con dirección á Londres; deteníase en casi todas las tabernas, pero procuraba ocultarse; no hablaba una palabra y escondía el rostro bajo las inmensas álas de su sombrero. Los ojos del pobre hombre se hallaban además en perfecta relación con aquellas prudentes precauciones: aquellos ojos negros y salientes se aproximaban entre sí, como si temiesen al separarse ser sorprendidos aisladamente en alguna empresa comprometida.

Las miradas que lanzaban bajo las remangadas álas de un sombrero viejo, en forma de escupidera triangular, y por encima del inmenso tapabocas, que bajaba desde los párpados hasta las rodillas, tenían una expresión sinistra. Cuando quería beber, el emisario de Tellson descubría la boca, vertía en ella el licor que tenía en la mano derecha, y levantaba nuevamente el inmenso tapabocas tan pronto como la operación quedaba terminada.

—Nó, Jerry, nó, decía hablando consigo mismo mien-

tras trotaba por la carretera rumiando la respuesta que tenía que dar á sus amos; nó, Jerry, estos encargos no te convienen de ningún modo. ¡Resucitado! ¡Cuerpo de mi alma, creyendo estoy, así Dios me perdone, que el gentleman estaba borracho!

Aquella respuesta le causaba tales dudas, que varias veces se quitó el sombrero para rascarse la cabeza. Exceptuando la parte superior del cráneo, completamente calva, el mensajero de Tellson tenía algunos cabellos negros y tiesos, desigualmente distribuidos, y oscilando en todas direcciones, desde la base del occipucio hasta el nacimiento de su nariz ancha y aplastada. Aquellos erizados cabellos se asemejaban de tal modo á las puntas de hierro que se colocan en la parte superior de algunas tapias, que el más hábil saltador no hubiera aceptado aquel ginete, temiendo las contingencias de aquella amenazadora cabellera.

Al regresar á Londres con la respuesta que debía comunicar al Watchman (1), situado á la puerta de la casa de Tellson, á fin de que éste pudiera á su vez trasmitirla á quien correspondiese, las sombras de la noche formaban á sus ojos extraños contornos suscitados por el mensaje de que era portador, y hasta su pobre cabalgadura participaba, y no poco, de sus temores, á juzgar por los saltos que daba de vez en cuando para alejarse de los fantasmas que sin duda creía ver en la carretera.

A todo esto la silla-correo de Douvres rodaba dificultosamente, rechinaba, crujía, oscilaba, saltaba y traqueteaba á los tres misteriosos personajes que ocupaban su interior. Es muy probable que las sombras de la noche se revelasen á aquellos señores, lo mismo que al emisario

(1) Agente de orden público, que presta su servicio durante la noche.

y á su rocín, bajo la forma que les sugerian sus preocupaciones y sus párpados hinchados por el sueño.

Mr. Lorry, apoyando un brazo en la correa que le impedía desplomarse sobre su vecino á cada terrible salto que daba el carruaje, se inclinaba hácia adelante y balanceaba la cabeza, con los ojos medio cerrados; los faroles, que brillaban confusamente á través de los cristales empañados, y el voluminoso cuerpo del viajero sentado enfrente de él, se trasformaron en casa de banca é hicieron una infinidad de negocios. El retintín de los arreos de los caballos fué el sonsonete de los escudos; y en ménos de cinco minutos quedaron satisfechos una infinidad de pagarés y letras de cambio. Luego los sótanos del Banco, atestados de valores y de importantes secretos, aparecieron ante Mr. Lorry, el cual los recorrió, llevando en una mano una vela de sebo, y en la otra un enorme manajo de llaves, y vió que todo se hallaba en el mismo estado que el día anterior.

Pero, aún cuando creía hallarse siempre en la casa Tellson, sin abandonar por eso el carruaje, cuya presencia sentía vagamente, como quien conserva el recuerdo de una llaga cubierta de ópio, no cesó durante toda la noche de hallarse bajo la impresion de la idea de que iba á París, para desenterrar un muerto, y sacarle de su tumba.

Entre aquella infinidad de rostros lívidos que surgían ante él, ¿cuál era el del aparecido á quien tenia que desenterrar?

Nada se lo indicaba. Todos aquellos rostros eran de hombres de unos cuarenta y cinco años, y sólo diferían entre sí por las pasiones que revelaban y por el aspecto más ó ménos espantoso de sus descarnadas facciones. El orgullo, el desprecio, la cólera, el recelo, la obstinacion, la estupidez, la debilidad y la desesperacion pasaban sucesivamente ante sus ojos, al mismo tiempo que una in-

finidad de pómulos salientes, rasgos cadavéricos, manos huesosas y secos esqueletos. Todos, sin embargo, tenían el mismo rostro y la misma cabeza llena de prematuras canas.

Nuestro viajero dirigió al espectro, por la centésima vez, la siguiente pregunta:

—¿Cuánto tiempo hace que estás enterrado?

—Cerca de diez y ocho años! respondió el espectro también por la centésima vez.

—¿No habiais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Sabeis que vais á volver á la vida?

—Me lo han avisado.

—Os alegrais de resucitar?

—No sé.

—¿Tengo yo que traerla, ó ireis vos mismo á buscarla?

Las respuestas á esta pregunta eran contradictorias; á veces el espectro murmuraba con doliente voz.

—Es preciso esperar; si la trajérais demasiado pronto, su presencia me mataria.

En otras ocasiones decia amorosamente y derramando copioso llanto:

—Llebadme al lado suyo.

De cuando en cuando, exclamaba fuera de sí:

—¿Qué es lo que me preguntais? yo no conozeo á nadie, yo no os comprendo.

Despues de este soñado diálogo, Mr. Lorry, imaginariamente, por supuesto, cavaba y cavaba y cavaba, ya con un azadon, ya con una gran llave ó con sus propias uñas, para salvar al desdichado á quien debia volver á la vida. El espectro acababa por salir de su fosa, con el rostro y los cabellos llenos de tierra funeraria, y caía de nuevo repentinamente, sin dejar más que un poco de ceniza en el sitio que ocupaba.

El gentleman se despertaba sobresaltado y bajaba la vidriera del carruaje, á fin de que la lluvia y la niebla, mojándole la frente y las mejillas, le volviesen nuevamente á la realidad.

Pero Mr. Lorry abría los ojos, miraba el cielo encapotado, la oscilante luz de los faroles y la empalizada situada á lo largo de la carretera, y veía fuera del carruaje las mismas visiones que acababan de trastornar su espíritu. La casa Tollson, los negocios del día anterior, los sótanos del Banco y sus misterios, la esquila que acababa de recibir, la respuesta que había dado á Jerry: todo esto existía entre la niebla; y en medio de estas imágenes, aunque confusas, de una increíble realidad, elevábase un espectro lívido á quien volvía á preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—¡Cerca de diez y ocho años!

—¿Os alegráis de resucitar?

—No sé.

Y cavaba y cavaba y cavaba, hasta que uno de los viajeros, sumamente impacientado, le dijo con extraordinaria sequedad que subiese el cristal de la ventanilla.

Volvía á colocar su brazo en la correa, preguntábase quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y, de conjetura en conjetura, llegaba á imaginarse que aquellos dos pacíficos seres, entregados al sueño, eran la casa de banca y el espectro de ojos hundidos, y volvía á decir:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—Cerca de diez y ocho años.

—¿No habíais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

Aún vibraban claramente en su oído estas últimas palabras, cuando se despertó de repente y vió alejarse las sombras de la noche y aparecer el nuevo día.

Asomó la cabeza por la ventanilla y dirigió sus mira-

das hácia el sol naciente. Un surco, en que el labrador había dejado el arado, se presentó á su vista; á cierta distancia se divisaba un arbolillo, cuyas ramas conservaban aún gran número de hojas encarnadas y amarillas. La tierra estaba húmeda y fría; pero el cielo se hallaba despejado, y el sol llevaba á todas partes su brillante y fecunda luz.

—¡Diez y ocho años! murmuró Mr. Lorry, contemplando el sol. ¡Oh, divino creador del día! ¡Estar enterrado vivo durante diez y ocho años!

CAPITULO IV.

Preliminares.

La silla-correo llegó felizmente al lugar de su destino aquel mismo día por la tarde. Un dependiente de la fonda del Rey Gorge abrió, no sin cierto respeto, la portezuela del carruaje; porque en aquella época, venir de Londres, en invierno y en la silla-correo, pasaba por una acción heroica, y todo el mundo felicitaba al viajero que mostraba suficiente valor para tamaña empresa.

De nuestros tres personajes, sólo quedaba uno á quien complimentar por su audacia; los otros dos se habían apeado en el camino para dirigirse á distintos puntos.

El interior del carruaje, con su paja húmeda y cenagosa, su mal olor y su oscuridad, podía pasar por una perrera; y el que la ocupaba, al sacudirse en medio de aquella pocilga, envuelto en una manta peluda, cubierto con un gorro de orejas colgantes y lleno de barro hasta el cogote, ofrecía bastante semejanza con un enorme perro mastín.

—Mozo, preguntó Mr. Lorry, ¿no sale mañana un paquebot para Calais?

El gentleman se despertaba sobresaltado y bajaba la vidriera del carruaje, á fin de que la lluvia y la niebla, mojándole la frente y las mejillas, le volviesen nuevamente á la realidad.

Pero Mr. Lorry abría los ojos, miraba el cielo encapotado, la oscilante luz de los faroles y la empalizada situada á lo largo de la carretera, y veía fuera del carruaje las mismas visiones que acababan de trastornar su espíritu. La casa Tollson, los negocios del día anterior, los sótanos del Banco y sus misterios, la esquila que acababa de recibir, la respuesta que había dado á Jerry: todo esto existía entre la niebla; y en medio de estas imágenes, aunque confusas, de una increíble realidad, elevábase un espectro lívido á quien volvía á preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—¡Cerca de diez y ocho años!

—¿Os alegráis de resucitar?

—No sé.

Y cavaba y cavaba y cavaba, hasta que uno de los viajeros, sumamente impacientado, le dijo con extraordinaria sequedad que subiese el cristal de la ventanilla.

Volvía á colocar su brazo en la correa, preguntábase quiénes podrían ser sus compañeros de viaje, y, de conjetura en conjetura, llegaba á imaginarse que aquellos dos pacíficos seres, entregados al sueño, eran la casa de banca y el espectro de ojos hundidos, y volvía á decir:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enterrado?

—Cerca de diez y ocho años.

—¿No habíais renunciado á la esperanza de volver á la vida?

—Desde hace mucho tiempo.

Aún vibraban claramente en su oído estas últimas palabras, cuando se despertó de repente y vió alejarse las sombras de la noche y aparecer el nuevo día.

Asomó la cabeza por la ventanilla y dirigió sus mira-

das hácia el sol naciente. Un surco, en que el labrador había dejado el arado, se presentó á su vista; á cierta distancia se divisaba un arbolillo, cuyas ramas conservaban aún gran número de hojas encarnadas y amarillas. La tierra estaba húmeda y fría; pero el cielo se hallaba despejado, y el sol llevaba á todas partes su brillante y fecunda luz.

—¡Diez y ocho años! murmuró Mr. Lorry, contemplando el sol. ¡Oh, divino creador del día! ¡Estar enterrado vivo durante diez y ocho años!

CAPITULO IV.

Preliminares.

La silla-correo llegó felizmente al lugar de su destino aquel mismo día por la tarde. Un dependiente de la fonda del Rey Gorge abrió, no sin cierto respeto, la portezuela del carruaje; porque en aquella época, venir de Londres, en invierno y en la silla-correo, pasaba por una acción heroica, y todo el mundo felicitaba al viajero que mostraba suficiente valor para tamaña empresa.

De nuestros tres personajes, sólo quedaba uno á quien complimentar por su audacia; los otros dos se habían apeado en el camino para dirigirse á distintos puntos.

El interior del carruaje, con su paja húmeda y cenagosa, su mal olor y su oscuridad, podía pasar por una perrera; y el que la ocupaba, al sacudirse en medio de aquella pocilga, envuelto en una manta peluda, cubierto con un gorro de orejas colgantes y lleno de barro hasta el cogote, ofrecía bastante semejanza con un enorme perro mastín.

—Mozo, preguntó Mr. Lorry, ¿no sale mañana un paquebot para Calais?

—Sí, señor; si el tiempo continúa bonancible y el viento no es contrario, la marea será favorable, y se aprovechará á las dos de la tarde. ¿Quereis que se os prepare una cama?

—Todavía no pienso acostarme; pero dadme una habitación y haced que venga un barbero.

—Luego almorzaris, ¿no es verdad? Perfectamente. Por aquí, caballero; acompañad á este caballero á la Concordia. La maleta de este caballero y agua caliente á la Concordia. Allí encontrareis una magnífica chimenea. Acompañad á este caballero y sacadle las botas. Id á buscar al barbero, y que suba á la Concordia.

La habitación llamada de la Concordia estaba destinada á los viajeros que llegaban en la silla-coreo y era la mejor que había en la casa. Otro mozo, dos mandaderos, varias criadas y el ama iban y venían de la despensa de la cocina y del lavadero á la susodicha habitación, cuando un individuo de unos sesenta años, vestido al uso del día con un traje de paño oscuro, algo usado, pero de una esquisita limpieza, salió de la Concordia para dirigirse al comedor.

Este estaba desierto: una mesita, dispuesta indudablemente para el hombre del traje de paño oscuro, se hallaba situada cerca de la chimenea. El gentleman se acercó á ella, se sentó al lado del fuego y permaneció en una inmovilidad tan completa como si estuviese allí para que le hiciesen su retrato. Era un hombre metódico y arreglado, ó por lo ménos lo parecía; tenía las manos sobre las rodillas, y parecía escuchar atentamente el sonoro tic-tac de la gran muestra que, bajo su enorme chaleco, medía el curso del tiempo.

Sus piernas eran bien formadas, tenía el pié pequeño y enarcado, lo cual parecía lisonjearle, porque sus medias de seda, completamente nuevas y finísimas, estaban puestas con sumo cuidado y extraordinariamente ajustadas;

los zapatos guardaban perfecta relación con las medias, y si las hebillas eran sencillas, no por eso carecían de elegancia. Su camisa, no tan esmerada ni lujosa como las medias, aparecía blanca como el ampo de la nieve. Llevaba una pequeña peluca rubia, rizada y brillante, ajustada á la cabeza con la pretensión de figurar los ausentes cabellos, pero que cualquiera la hubiese creído de seda ó cristal hilado.

Bajo aquella pequeña peluca veíase un rostro generalmente impasible, iluminado por dos ojos brillantes y húmedos, que habían debido causar en otro tiempo á su propietario no pocas fatigas para adquirir la calma y la reserva exigidas por la casa Tellson. Las mejillas revelaban la frescura de la salud, y el rostro, aunque lleno de arrugas, aparecía sereno y tranquilo. Tal vez los viejos solterones, empleados de confianza de Tellson y C.^o, no tenían más cuidados que los ajenos, y es muy posible que las ansiedades de segunda mano duren tanto como los trages usados.

Mr. Lorry, para completar su semejanza con un hombre á quien estuviesen retratando, se durmió de allí á poco. Despertóse cuando le sirvieron el almuerzo, y dijo al mozo, encaminándose hácia la mesa:

—Decid que hagan todos los preparativos necesarios para recibir á una joven que debe llegar esta misma noche. Preguntará por Mr. Jarvis Lorry, ó por el agente de la casa Tellson. Avisadme en seguida.

—Sí, señor; ¿el banco Tellson, de Londres?

—Ese mismo.

—Muy bien, caballero; tenemos muy frecuentemente el honor de servir á esos señores cuando se dirigen de París á Londres, y viceversa. La casa Tellson viaja mucho.

—Sí, tenemos en Francia una sucursal tan importante como nuestra casa en Inglaterra.

—Vos debéis viajar muy de tarde en tarde. Creo que no

he tenido el honor de veros tan á menudo como á los otros señores.

—Efectivamente; mi último viaje á Francia, lo efectué hará cosa de quince años.

—Yo no estaba aquí todavía, y desde esa época la fonda ha ido á parar á otras manos.

—Me lo había figurado.

—Pero yo apostaría cualquier cosa, caballero, á que la casa Tellson era hace quince años, y aun cincuenta, tan rica como hoy.

—Podeis triplicar el número de años, decid más de siglo y medio y aún os quedareis corto.

—Ah!... Ah!...

El mozo redondeó la boca y los ojos, dió un paso hácia atrás, colocó bajo el brazo izquierdo la servilleta que tenía en la mano derecha, y cuadrándose como un recluta, miró al viajero comer y beber, como si hubiese estado en la parte superior de una atalaya ó de un observatorio.

Mr. Lorry terminó su almuerzo y fué á dar un paseo por la playa.

La ciudad de Douvres, tortuosa y pequeña, parecia huir del mar y ocultar su cabeza en la escarpada costa, como un avestruz despavorido. La bahía era una especie de desierto de olas en que las corrientes, entregadas á su capricho y sin otra mision que la de destruirlo todo, se precipitaban amenazadoras hácia la ciudad, asaltaban furiosamente la costa y dispersaban al azar los fragmentos que arrebatában á las rocas.

El aire que circulaba alrededor de las casas situadas cerca de la playa tenía un olor de marea tan pronunciado, que hubiera sido fácil suponer que los pescados enfermos iban allí á bañarse, imitando á las personas débiles que durante el verano se sumergen en el mar.

El puerto de Douvres, en que la pesca se hacía por entónces en muy pequeña escala, era por la noche un

paseo bastante concurrido, sobre todo á la hora en que subía la marea. Allí acudían pequeños negociantes que, sin tener negocios en ninguna parte, realizaban á veces inmensas fortunas, cuyo origen no podia explicarse; y cosa digna de tenerse en cuenta, ninguna persona de las que por allí vivian veía con buenos ojos á los encargados de encender los faroles.

Al declinar el dia, la atmósfera, que hasta entónces habia permitido divisar las costas de Francia, volvió á cubrirse de una espesa niebla, y los pensamientos de Mr. Lorry parecieron tambien adquirir un tinte sombrío. Verificada ya la puesta del sol, nuestro viajero, instalado en el gran salon de la fonda, esperaba la comida en la misma actitud que habia esperado el almuerzo, y durmiéndose como un bendito, se figuró estar cavando y cavando y cavando la superficie de la brillante chimenea.

Después de la comida, una botella de excelente vino de Burdeos produjo su natural efecto, que es el de hacer olvidar las preocupaciones del dia; Mr. Lorry habia, pues, suspendido su trabajo imaginario y disfrutaba una completa tranquilidad. Hacía ya bastante tiempo que saboreaba aquella ociosidad llena de encantos, y acababa de llenar otra nueva copita de vino con toda la satisfaccion de un verdadero aficionado, cuando oyó el ruido de un carruaje que se detuvo ante la puerta de la fonda Rey-Jorge.

—¡Ella es! dijo Mr. Jarvis Lorry, dejando sobre la mesa la copa que iba á llevar á los labios.

Cinco minutos después, un mozo anunció que miss Manette acababa de llegar de Londres y preguntaba por el gentleman de la casa Tellson.

—¡Tan pronto! exclamó éste.

La jóven miss habia comido en el camino, no queria tomar nada, y manifestaba grandes deseos de ver inmediatamente al representante de Tellson y C.^o, caso de que fuera posible.

Mr. Lorry tuvo que resignarse y obedecer; vació su copa de vino, se arregló su pequeña peluca, y se dirigió en compañía del mozo á la habitación de miss Manette.

Entró en una gran sala de aspecto lúgubre. Sobre una mesa, colocada en el centro de la habitación, ardian dos candeleros y su luz alumbraba apenas el circuito ocupado por aquel vetusto mueble. Era difícil divisar nada en medio de aquella vaga oscuridad, y Mr. Lorry, andando á tientas, se figuró que miss Manette debía hallarse en la habitación contigua.

Sin embargo, al llegar al sitio que ocupaban las dos bujías, vió entre la chimenea y la mesa á una jóven de unos diez y siete años, cubierta con una capa de viage, y teniendo aún en la mano el sombrero que acababa de quitarse.

Al contemplar aquel lindo y diminuto talle, aquella profusion de cabellos rubios como el oro, aquellos ojos azules y aquella frente pura, en que se leía á un mismo tiempo la sorpresa, la timidez y la curiosidad, Mr. Lorry recordó la imágen de una niña que en otro tiempo habia tenido entre sus brazos, desde Calais á Douvres, en un día de invierno en que el granizo caia á torrentes y la mar estaba horriblemente tempestuosa.

La imágen se desvaneció como si el aliento hubiese empañado el gran espejo colocado detrás de la jóven.

Mr. Lorry saludó en debida forma á miss Manette.

—Tened la bondad de sentaros, caballero, dijo una voz dulce y fresca con un ligero acento extranjero.

—Bésos las manos, respondió Mr. Lorry, saludando respetuosamente por segunda vez y ocupando el asiento que se le ofrecia.

—Caballero, repuso la jóven, he recibido ayer, del Banco, una carta diciéndome que hay ciertas noticias... que se ha descubierto...

—Emplead la frase que gustéis, señorita; os comprendo perfectamente.

—Se refiere á la pequeña fortuna que me ha dejado mi padre... Pobre padre, nunca le he conocido; hace ya tanto tiempo que murió...

Mr. Lorry se agitó sobre su asiento y miró al techo como si buscara alguna idea.

—Segun dice esa carta, es preciso que yo vaya á Paris, en donde hallaré un representante de la casa Tellson, que ha ido allí exclusivamente con el objeto de ocuparse del asunto que me concierne.

—Soy yo, señorita.

—Me lo figuraba, caballero.

Miss Manette le hizo un profundo saludo, como queriendo demostrarle todo el respeto que le inspiraban su edad y su experiencia.

El viajero saludó por tercera vez.

—He respondido á esos señores, que tan bondadosos se han mostrado siempre conmigo, continuó miss Manette, que puesto que era necesario que yo fuese á Francia, le agradecería en el alma, yo que soy huérfana y no tengo nadie que pueda acompañarme, que hiciesen el favor de ponerme bajo la proteccion de aquel digno gentleman. El representante habia ya salido de Lóndres, pero le habia mandado un emisario para rogarle que me espere aquí.

—La mision que me habia confiado la casa Tellson me honraba sobremanera, replicó Mr. Lorry; ahora me proporciona una vivísima satisfaccion.

—Mil gracias, caballero, os lo agradezco con toda mi alma... Además, se me decia en esa carta, que la persona en cuestion me comunicaria los pormenores de este asunto, y que debia hallarme dispuesta á escuchar revelaciones sumamente extraordinarias. Me he preparado lo mejor que he podido, para enterarme de esos pormenores, y deseo vivamente conocerlos.

—Lo comprendo, dijo Mr. Lorry, ya sabeis que primeramente debo...

Arreglóse otra vez la peluca, y dijo despues de una pequeña pausa:

—Es un asunto muy difícil de abordar.

Lleno de turbacion, y no sabiendo cómo entrar en materia, el gentleman clavó su mirada en el rostro de miss Manette. La frente de la jóven tenia esa expresion característica de que ántes hemos hablado, y que no por extraña dejaba de ser encantadora.

—No me sois completamente extraño, caballero, dijo miss Manette adelantando la mano como si quisiera apoderarse de una sombra fugitiva.

—¿De veras? respondió Mr. Lorry sonriendo y dirigiendo hacia ella sus dos brazos.

La expresiva linea que se dibujaba entre las cejas y el nacimiento de una delicada nariz femenina, llegó ser más profunda, y miss Manette, que hasta entónces habia permanecido de pié al lado de su sillón, se sentó profundamente pensativa.

El anciano la contempló silenciosamente, y tomando palabra tan pronto como ella se volvió hacia él:

—Creo, le dijo, que lo mejor que puedo hacer, mientras os hallemos en vuestra patria adoptiva, es hablaros como si fuérais inglesa.

—Os lo agradeceré mucho, caballero.

—Yo soy un hombre de negocios, miss Manette, y la impresion que me ha sido confiada no es ni más ni ménos de un negocio. Yo os ruego, pues, que tengais la bondad de considerarame como una simple máquina parlante, que eso es lo que soy en realidad. Sentado esto, voy, en vuestro permiso, á referiros la historia de uno de los sucesos de nuestra casa.

—La historia de..., interrumpió miss Manette.

Mr. Lorry hizo como que no comprendia el sentido de la interrupcion.

—Si, repuso apresuradamente, de uno de nuestros clien-

tes; así llamamos en nuestro lenguaje mercantil á las personas con quienes estamos en relaciones. Era un francés, un hombre consagrado á la ciencia, un famoso médico...

—¿Natural de Beauvais?

—Si por cierto, como vuestro padre, y gozando, lo mismo que el doctor Manette, una inmensa reputacion en París en donde se hallaba establecido. Yo tuve el honor de conocerle en esta última ciudad; nuestras relaciones eran únicamente relaciones de negocios, pero amistosas. Y estaba entónces agregado á nuestra casa de París...

—¿Teneis la bondad de decirme en qué época, caballero?

—Hace veinte años, miss Manette. El doctor estaba casado; habia contraído matrimonio con una inglesa, y yo que era su procurador, estaba encargado de sus negocios. Toda su fortuna, como la de otros muchos franceses, estaba en poder de la casa Tellson y C.^ª, de modo que yo he sido su representante y el de otros muchos clientes. Tratábase, señorita, de simples relaciones de negocios, y que el cariño no tenia nada que ver. Ya os he dicho que yo no tengo ninguna pasion; no soy ni más ni ménos que una verdadera máquina. Aquel doctor...

—¡Pero estais relatando la historia de mi padre! exclamó miss Manette poniéndose en pié; y creo recordar, caballero, que á la muerte de mi madre, fuisteis vos quien me condujo á Londres; estoy casi segura de ello.

Mr. Lorry se apoderó de la mano temblorosa que buscaba la suya, y llevándola á sus labios con aire ceremonioso, hizo que la jóven ocupase nuevamente su asiento. Colocó la mano izquierda sobre el sillón de esta última, se sirvió de la mano derecha para rascarse la barbil, se arregló su peluca, y apoyó sus palabras moviendo acompasadamente el índice.

—Yo era, efectivamente, dijo mirando á miss Manette

que á su vez le contemplaba de hito en hito; ya veis que estaba en lo firme cuando os aseguraba hace un momento que soy ageno á toda pasion, y que las únicas relaciones que tengo con mis semejantes son exclusivamente relaciones de negocios; á no ser así, yo hubiera vuelto á veros desde aquella época. Aunque desde entonces habeis sido pupila de la casa Tellson, yo estaba encargado de otra clase de operaciones. ¡Ah! yo no soy bastante afortunado para poder tener pasiones: yo paso toda mi vida desenmarañando cuentas de efectos y metálico.

Despues de caracterizar de este modo el empleo de sus dias, Mr. Lorry llevó las dos manos á su cabeza para ajustarse la peluca, sin maldita la necesidad, y volvió á colocarse en la misma actitud que ántes.

—Teneis razon, señorita, prosiguió; esta historia es la de vuestro señor padre. Suponed ahora que el doctor no hubiese muerto en la época... ¡Tranquilizaos, os lo ruego! Por qué temblais de ese modo?...

Miss Manette habia cogido de la muñeca á Mr. Lorry, y la apretaba convulsivamente.

—Vamos, dijo el gentleman con voz cariñosa y retirando su mano izquierda del sillón para apartar los dedos que le oprimian fuertemente, vamos, señorita, tranquilizaos; estamos hablando de negocios. Decíamos que...

Al observar una mirada de la jóven, se detuvo desconcertado.

—Supongamos, como os decia hace poco, repuso esforzándose todo lo posible, supongamos que Mr. Manette, en vez de haber muerto, hubiese únicamente desaparecido; supongamos que haya sido imposible volver á hablarle, por más que hubiera algun indicio del espantoso lugar en que se hallaba cautivo; supongamos que haya venido por enemigo uno de esos hombres que, al otro lado del estrecho, gozan de un privilegio, tal como el de llevar alguna órden en blanco, por la cual se arroja en la

cárcel á algun desdichado que se consume allí en la desesperacion y el olvido; supongamos que la mujer de ese desdichado haya suplicado inútilmente al rey y á la reina, á los ministros, á los magistrados y al clero, para lograr algunas noticias de su marido, y la historia de vuestro señor padre será semejante en un todo á la del doctor de Beauvais.

—Por favor, caballero, continuad.

—Sí, voy á deciroslo todo. ¿Tendreis valor para escuchar?me?

—Todo podré soportarlo, menos la incertidumbre.

—¡Perfectamente! Ya estais más tranquila, ya os encuentro más serena (El acento de Mr. Lorry desmentia sus palabras). Aquí no se trata mas que de un simple negocio que es preciso terminar cuanto ántes. Continúo: si la mujer del doctor, vivamente apesadumbrada ántes del nacimiento...

—De su hija; proseguid, caballero.

—Precisamente. Se trata de un simple negocio, señorita, no os aflijais. Si la mujer del doctor, queriendo evitar á su hija las angustias que le hacian experimentar las torturas del cautivo, hubiese dicho á la niña, desde que ésta se halló en estado de comprenderla, que su padre habia muerto!... Pero, Dios mio, ¿por qué os arrodillais?

—Para que me digais la verdad; yo os lo suplico, caballero! Vos, que sois tan bueno...

—Señorita, estamos tratando de un simple negocio, y me confundis; ¿cómo voy á explicaros todo esto si me interrumpís de ese modo? Es preciso que conservemos todo nuestro aplomo.

Miss Manette procuró contener su agitacion.

—Muy bien, repuso el comisionado del banco, muy bien, señorita; valor! Se trata de un importante negocio. Vuestra señora madre tomó, pues, la resolucion de ocultaros el encarcelamiento del doctor; y, cuando sus penas

la llevaron al sepulcro sin haber podido obtener noticia alguna de su marido, os dejó un porvenir tranquilo y apacible que os permitió aumentar vuestra belleza, sin que vuestra juventud tuviese que sufrir la devoradora inquietud que había destrozado su corazón.

Al decir estas palabras, dirigió una tierna mirada á su linda interlocura.

—El doctor y su mujer, prosiguió, sólo tenían una mediana fortuna, y vos poseéis en el día todo cuanto fué de su pertenencia. Pero ahora no se trata de dinero ni de propiedades...

Los dedos de la jóven oprimieron con más fuerza la muñeca de Mr. Lorry. Las expresivas líneas de la frente de miss Manette revelaban un dolor y una angustia inmensos.

—Se ha averiguado su paradero, balbuceó el pobre hombre; vive aún. Está muy cambiado; muy aviejado; ya no es más que una sombra; pero, en fin, está vivo. Un antiguo criado suyo, que habita en París, le ha alojado en su casa, y con este motivo vamos nosotros á Francia, yo para justificar su identidad, caso que sea posible reconocerle, y vos, señorita, para volverle á la vida y colmarle de cuidados y de cariño.

La jóven se puso á temblar de los piés á la cabeza.

—Yo no voy á encontrar á mi padre, dijo con apagada voz, sino un espectro.

—Vamos, señorita, exclamó Mr. Lorry dando un golpecito en las manos de su compañera; ya lo sabéis todo, ahora nada teneis que temer. Vamos á Francia, en donde nos espera vuestro padre; el tiempo está magnífico; la marea es favorable, y nuestro viaje no será largo ni difícil.

—Yo era libre y feliz, continuó miss Manette, hablando siempre como un enfermo delirante, y su sombra no se me ha aparecido nunca para echarme en cara mi alegría.

—Oid otra cosa, repuso Mr. Lorry acentuando sus palabras con objeto de distraer el ánimo de la jóven; el doctor no lleva ya su nombre. No hay que tratar de averiguar la causa: no hay que tratar de investigar si le habían olvidado en su calabozo, ó si la detencion que debía sufrir era de un tiempo determinado. Cualquiera paso que se diese acerca de este asunto, podria no solamente ser inútil, sino peligroso; es mucho más prudente no hablar de esto á nadie ni una sola palabra, y regresar inmediatamente á Londres con el antiguo preso. Yo mismo, que como inglés y como agente de una importante casa de banca estoy á cubierto de toda persecucion, creo muy conveniente no dejar traslucir nada de este asunto. No llevo ningun escrito en que se hable del particular; mis cartas de recomendacion, los documentos que deben procurarme acceso en determinados sitios y todo cuanto debo responder, está condensado en esta sola palabra: ¡Resucitado! ¡Pero no me oye! ¿Qué es lo que os sucede, miss Manette?..

La jóven yacía completamente inmóvil sobre su sillón, y al perder el conocimiento había conservado en su frente y en sus ojos la expresion de un profundo terror. Continuaba apretando con tanta fuerza el brazo del gentleman, que éste, no atreviéndose á desasirse de ella por temor de lastimarla, dió la voz de *socorro*, sin moverse de su sitio.

Una mujer toda despavorida, de cabellos rojos y encendido rostro, envuelta en una falda sumamente ceñida y con la desgredada cabeza cubierta con un sombrero que parecia una media fanega, penetró en la habitacion, arrancó al representante de Tellson de entre los crispados dedos de la jóven, y le dió tan fuerte empujón que le obligó á caer al suelo.

—Esto es un marimacho, dijo para sí Mr. Lorry al verse tratado de aquella manera.

—¿Y vosotros, qué haceis ahí? gritó aquella mujerona dirigiéndose á los criados de la fonda. ¿Por qué no vais á buscar un poco de vinagre en vez de estar ahí mirándome como si fuese algun animal raro? ¿Cómo soy tan hermosa podeis entreteneros en contemplarme! ¡Id á escape, traed un poco de vinagre y agua fresca!

Mientras se dirigian todos en busca de aquellos líquidos, la mujer del sombrero grotesco acostó á miss Manette sobre el canapé y se puso á cuidarla hábil y cariñosamente.

—¡Hermosa mia! ¡pichona mia! murmuraba aquella mujer con acento conmovido, desplegando orgullosamente la cabellera de la jóven. Y vos, señor mio, ¿no hubiérais podido comunicarle vuestras noticias sin necesidad de ponerla en ese estado? Ved su palidez, sus manos rígidas y sus apagados ojos. Decidme: ¿debe un banquero conducirse de semejante manera?

Mr. Lorry, no sabiendo qué contestar á esta pregunta, volvió la cabeza con aire humilde y contrito. La mujerona despidió nuevamente y con aire amenazador á los criados, logró poco á poco que la jóven volviese en sí, y, despues de decirle y hacerle mil mimos, colocó su cabeza sobre uno de sus robustos hombros.

—Creo que ya está completamente bien, murmuró Mr. Lorry.

—¡Vos teneis la culpa de todo esto, señor mio! ¡Pobre pichoncita mia!

—¿Acompañais hasta París á esta señorita? preguntó el gentleman despues de una breve pausa.

—¡Vaya! respondió la mujerona, si yo hubiese nacido para atravesar el mar, ¿ereis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

Esta segunda pregunta, no ménos dificultosa que la primera, hizo reflexionar profundamente á Mr. Lorry, y se retiró á su habitacion.

CAPITULO V.

La taberna.

Un enorme tonel se habia hecho añicos en la calle al descargar el carro que lo conducia: la barrica habia ido á estrellarse contra el suelo, se habian roto los aros, y los fragmentos de la pipa yacian sobre el empedrado enfrente de la puerta de una taberna.

Todos los vecinos habian interrumpido su trabajo ó su ociosidad para personarse en el lugar de la catástrofe y beber el vino que corria por el suelo.

Los adoquines, desiguales y prominentes, como arrojados allí por la casualidad, sin otro objeto que el de lisiar á los transeuntes, habian detenido el líquido formando multitud de charcos. Un grupo de individuos, más ó ménos numeroso y empujándose mutuamente, rodeaba cada uno de estos charcos. Varios hombres, arrodillados, formaban una especie de taza con sus dos manos, sacaban el precioso líquido y lo bebian ansiosamente, rechazando á las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, trataban de sorber el vino ántes de que se escapase por entre las junturas de los dedos.

Otros individuos de ambos sexos sumergian en los charcos de vino unas pequeñas cazuelas desportilladas, ó los pañuelos con que se cubrian la cabeza, exprimiendo luego las madres el líquido en la boca de los niños. Estos construian apresuradamente pequeños arrecifes de barro con objeto de detener el vino que se escapaba por entre las piedras, ó bien, bajo la direccion de los curiosos que se hallaban asomados á las ventanas, corrian en todas direcciones para detener los nuevos regueros que iban formándose. Algunos de aquellos infelices se habian apo-

—¿Y vosotros, qué haceis ahí? gritó aquella mujerona dirigiéndose á los criados de la fonda. ¿Por qué no vais á buscar un poco de vinagre en vez de estar ahí mirándome como si fuese algun animal raro? ¿Cómo soy tan hermosa podeis entreteneros en contemplarme! ¡Id á escape, traed un poco de vinagre y agua fresca!

Mientras se dirigian todos en busca de aquellos líquidos, la mujer del sombrero grotesco acostó á miss Manette sobre el canapé y se puso á cuidarla hábil y cariñosamente.

—¡Hermosa mia! ¡pichona mia! murmuraba aquella mujer con acento conmovido, desplegando orgullosamente la cabellera de la jóven. Y vos, señor mio, ¿no hubiérais podido comunicarle vuestras noticias sin necesidad de ponerla en ese estado? Ved su palidez, sus manos rígidas y sus apagados ojos. Decidme: ¿debe un banquero conducirse de semejante manera?

Mr. Lorry, no sabiendo qué contestar á esta pregunta, volvió la cabeza con aire humilde y contrito. La mujerona despidió nuevamente y con aire amenazador á los criados, logró poco á poco que la jóven volviese en sí, y, despues de decirle y hacerle mil mimos, colocó su cabeza sobre uno de sus robustos hombros.

—Creo que ya está completamente bien, murmuró Mr. Lorry.

—¡Vos teneis la culpa de todo esto, señor mio! ¡Pobre pichoncita mia!

—¿Acompañais hasta París á esta señorita? preguntó el gentleman despues de una breve pausa.

—¡Vaya! respondió la mujerona, si yo hubiese nacido para atravesar el mar, ¿ereis que la Providencia me hubiera hecho nacer en una isla?

Esta segunda pregunta, no ménos dificultosa que la primera, hizo reflexionar profundamente á Mr. Lorry, y se retiró á su habitacion.

CAPITULO V.

La taberna.

Un enorme tonel se habia hecho añicos en la calle al descargar el carro que lo conducia: la barrica habia ido á estrellarse contra el suelo, se habian roto los aros, y los fragmentos de la pipa yacian sobre el empedrado enfrente de la puerta de una taberna.

Todos los vecinos habian interrumpido su trabajo ó su ociosidad para personarse en el lugar de la catástrofe, y beber el vino que corria por el suelo.

Los adoquines, desiguales y prominentes, como arrojados allí por la casualidad, sin otro objeto que el de lisiar á los transeuntes, habian detenido el líquido formando multitud de charcos. Un grupo de individuos, más ó ménos numeroso y empujándose mutuamente, rodeaba cada uno de estos charcos. Varios hombres, arrodillados, formaban una especie de taza con sus dos manos, sacaban el precioso líquido y lo bebían ansiosamente, rechazando á las mujeres que, inclinadas sobre sus hombros, trataban de sorber el vino ántes de que se escapase por entre las junturas de los dedos.

Otros individuos de ambos sexos sumergian en los charcos de vino unas pequeñas cazuelas desportilladas, ó los pañuelos con que se cubrian la cabeza, exprimiendo luego las madres el líquido en la boca de los niños. Estos construian apresuradamente pequeños arrecifes de barro con objeto de detener el vino que se escapaba por entre las piedras, ó bien, bajo la direccion de los curiosos que se hallaban asomados á las ventanas, corrian en todas direcciones para detener los nuevos regueros que iban formándose. Algunos de aquellos infelices se habian apo-

derado de las astillas del tonel, cubiertas de fango y de lodo, y las chupaban y las mascaban con el mayor entusiasmo.

Pocos momentos despues, la parte de calle correspondiente á la taberna quedó tan perfectamente limpia de vino y de lodo, como si la hubieran barrido con todo esmero, cosa completamente desacostumbrada en aquel barrio.

En la calle en que se celebraba esta especie de franquachela, los hombres, las mujeres y los niños reían y gritaban bulliciosamente. La satisfacción de aquellas pobres gentes se revelaba con cierta rudeza y una extraordinaria alegría. Notábase en todos los grupos cierto espíritu de compañerismo, y las personas ménos desdichadas y mejor humoradas se abrazaban como locos, pronunciaban alegres brindis, se estrechaban las manos, y bailaban enagenadas de contento.

Cuando el vino hubo desaparecido por completo, cesaron de pronto aquellas demostraciones de alegría; el serrador de madera que habia abandonado su tarea, volvió á dedicarse á su trabajo, y la mujer entró nuevamente en su domicilio en busca del modesto brasero que prestaba algun calor á sus ateridos miembros.

Los trabajadores de rostro cadavérico, que con los brazos remangados y los cabellos desgredados y cubiertos de polvo habian abandonado sus sótanos para mostrarse á la luz de aquel día de invierno, bajaron nuevamente á sus respectivos talleres, y volvió á reinar una profunda tristeza en aquellos lugares que parecían reñidos con el sol y la alegría.

El vino tinto que habia corrido por aquella oscura calle del arrabal Saint-Antoine, habia manchado el piso y aquellas manos, aquellos rostros, y aquellos piés desnudos. El serrador de madera, dejaba marcadas las huellas de sus dedos en los tablones que tocaban sus manos.

La mujer que daba de mamar á su hijo, tenia en la frente manchas rojizas impresas por el pañizuelo que habia vuelto á colocarse en la cabeza. Los que habian mascado las duelas enrojeadas de la barrica, tenian alrededor de la boca las huellas que se ven en la de los tigres, y uno de aquellos individuos, hombre de buen humor y cuya cabeza aparecia cubierta por un asqueroso gorro de algodón que le caía sobre la espalda, mojó un dedo en el barro formado por el vino y borroneó sobre una de las paredes la palabra: SANGRE.

Debia llegar un día en que la sangre corriese por las calles, dejando manchas enrojeadas en la frente y en las manos de la mayor parte de las personas allí reunidas.

En cuánto una nube, apartada un instante por un furativo rayo de sol, sombreaba nuevamente la fisonomía del arrabal Saint-Antoine, quedaba éste sumergido en las más espesas tinieblas. El frío, la mugre, la ignorancia, las enfermedades y la miseria, formaban el séquito del bienaventurado patron; séquito capitaneado por el hambre, que es siempre el personaje más influyente.

Veíanse por todas partes infinidad de individuos estenuados por el dolor y la miseria, que en las casas, en las calles de árboles, en las puertas y en las ventanas, tiritaban bajo los inmundos harapos que cubrian apenas sus descarnados miembros. Los niños tenian el rostro envejecido, la voz ronca, y en las precoces arrugas de su rostro, como en las demacradas facciones de sus padres, habia impreso el hambre su horrible sello.

Todo revelaba la más profunda miseria: los asquerosos andrajos colgades en las cuerdas y en las perchas tendidas en las ventanas; la paja, los trapos y la borra de que estaban mal rellenos los jergones. El hambre repetía su nombre en cada pequeño tarugo que vendía el serrador de madera; el hambre contemplaba á los transeúntes desde lo alto de las chimeneas heladas y vacías, y surgía

de la cenagosa calle, cuya basura no contenía ni un solo resto de ninguna clase de comestible.

El hambre se revelaba en el mostrador del panadero y en cada negra y mal pesada hogaza, del mismo modo que en el queso y en las salchichas de carne de perro que vendía el salchichero. Algunos descarnados huesos chirriaban al fuego entre un escaso número de castañas, y en el fondo de la sartén, sobre unas cuantas gotas de aceite, chisporroteaban unas exiguas rebanadas de patata.

El hambre tenía su natural albergue en todos los ámbitos de aquella tortuosa calle, atestada de inmundicias, y en la cual desembocaban otras calles, igualmente tortuosas, sucias y hediondas, pobladas de gorros de algodón y de harapos apestando á mugre, y en que cada objeto visible, pálido, enfermizo ó repugnante, parecía un presagio de infortunio.

Dejábase ver en aquellas fisonomías de animal perseguido sin tregua ni descanso, que la fiera llegaría á volverse un día contra sus crueles hostigadores. Entre aquellos abatidos espectros, que huían medrosamente, hallábanse ojos en que brillaba el rayo, labios convulsos, pálidos de rabia, y frentes ceñudas, cuyas marcadas arrugas parecían cuerdas, y recordaban la horca en que aquellos hombres podían ser condenados y tal vez condenadores.

Hallábase la imagen del hambre en las muestras de las tiendas, en las piltrafas de carne pintadas en la parte superior de la puerta del carnicero, en la sombra del pan seco y negro, que indicaba la panadería, en los bebedores que, pintarrajeados en la puerta de la taberna, gesticulaban delante de sus vasos de vinazo adulterado, y que, con los ojos encendidos, se acercaban unos á otros como para hacerse mútuas revelaciones.

Todo cuanto se ofrecía á la vista era pobre y mezquino, excepto las herramientas y las armas; el filo de los

cuchillos y de las hachas era brillante y sutil, los martillos del herrero eran pesados, y la tienda del armero contenía gran número de fusiles.

La calle carecía de aceras, y el empedrado derruido, con sus charcos de barro y agua cenagosa, llegaba hasta las paredes. Cuando llovía abundantemente, corría el agua por el centro de la calle, y tomando caprichosos giros, inundaba los pisos bajos y los sótanos.

De largo en largo trecho veíanse toscas linternas pendientes de una cuerda; y al llegar la noche, cuando el encargado de encenderlas cumplía su cometido, balanceaban su incierta luz como si estuviesen colocadas sobre movibles olas. Agitábanse efectivamente sobre un mar tempestuoso, y el barco y la tripulación se hallaban amenazados por la tempestad. Acercábase el día en que los descarnados ociosos y hambrientos espantajos que poblaban aquella region, cansados de contemplar al encendedor de faroles, tratarían de utilizar sus poleas y sus cuerdas para izar hombres al lado de sus linternas, con objeto de alumbrar con mayor resplandor las tinieblas de su espantosa miseria. Pero aún estaba lejos ese día, y los vientos que cruzaban la Francia sacudían inútilmente los harapos de aquellos espantajos: los pájaros de melodioso acento y rico plumaje, no veían en ellos ningún objeto de alarmas.

La taberna á cuya puerta se había roto la barrica, estaba situada en un ángulo de la calle, y parecía ménos pobre que la mayor parte de sus vecinas. En el dintel de la puerta hallábase el tabernero que, vestido de calzon verde y chaleco amarillo, había contemplado á la gente que se disputaba el vino derramado.

—Maldito lo que me importa, dijo encogiéndose de hombros, así que vió desaparecer los últimos restos. Quien rompe, paga; los que han tenido la culpa me darán otra barrica. ¡Eh, Gaspar! exclamó dirigiéndose al hombre que

escribía la palabra SANGRE sobre la pared; vamos á ver, ¿qué estás haciendo ahí?

Gaspar mostró con el dedo la palabra que acababa de trazar, é hizo un gesto bastante significativo que produjo un efecto contrario al que se proponía.

—¿Pero has perdido la cabeza? le preguntó el tabernero, y cruzando al otro lado de la calle, cogió un puñado de barro y borró los caracteres trazados por Gaspar. Vamos á ver, ¿qué necesidad hay de escribir eso en público? ¿No hay otros sitios en que grabar semejantes palabras?

Al terminar esta frase, el tabernero, tal vez sin notarlo, y tal vez con intencion, colocó la mano izquierda sobre el corazon del artesano. Este estrechó la mano del vinatero, dió un gran salto, adoptó una actitud extravagante al coger su zapato enrojecido que habia arrojado al aire y permaneció un momento sobre la punta del pié derecho.

Era un chusco que parecia muy dispuesto á poner en ejecucion sus pesadas chanzonetas.

—Vuelve á ponerte ese zapato, dijo el tabernero, llamemos pan al pan y vino al vino, y no hagamos tonterías.

Luego se limpió la mano llena de barro en el hombro de Gaspar, con la misma naturalidad que si se la hubiese ensuciado con este objeto, volvió á cruzar la calle y entró en su tienda. Era hombre de unos treinta y tantos años y fuerte como un toro; tenia un aire muy marcial y mucho calor natural, porque, á pesar de que el frio era muy intenso, llevaba la chaqueta sobre el hombro; tenia remangadas las mangas de la camisa, los brazos desnudos hasta el codo, y su cabeza no tenia más adorno que el de sus cabellos negros y enrespados. Era su tez morena, y sus grandes ojos, extraordinariamente separados, revelaban una noble franqueza. Parecia, en resúmen, un mozo de buen humor, pero su cólera debia ser terrible. Era

indudablemente un hombre decidido y resuelto que no convenia encontrarse en un camino estrecho y al borde de un precipicio, porque nada de este mundo hubiera podido hacerle retroceder.

Su esposa, Mme. Defarge, estaba sentada enfrente del mostrador cuando él entró en la tienda. Era una mujer sumamente robusta, de la misma edad, próximamente, que su marido, y su vigilante mirada parecia no notar nada de cuanto pasaba á su lado. Una mano grande y bien hecha, cargada de macizas sortijas, un rostro impasible, unas facciones pronunciadisimas y una imperturbable sangre fria la caracterizaban desde luego, y un cierto no sé qué hacia comprender al primer golpe de vista que rara vez se engañaba, en su propio perjuicio, en las cuentas de que estaba encargada.

Mme. Defarge, que sin duda era muy sensible al frio, estaba cubierta de pieles y tenia alrededor de la cabeza una pañoleta de vistosos colores que dejaban ver, sin embargo, unas enormes arracadas. Tenia cerca de sí su labor de hacer media, y acababa de dejarla para limpiarse los dientes. Ejecutaba esta operacion sujetando el codo con la mano izquierda, y no hizo el menor gesto ni volvió siquiera los ojos cuando entró su marido, pero tosó ligeramente, sin cambiar de actitud. Aquella tosecilla, unida á un ligero movimiento de las negras y pronunciadas cejas de la tabernera, sugirió á su marido la idea de inspeccionar la tienda para ver si durante su ausencia habian entrado allí nuevos bebedores. Paseó su mirada alrededor de la sala, y sus ojos se fijaron en un hombre de cierta edad y en una jóven que se hallaban sentados en un rincon.

Dos individuos jugaban á los naipes, otros dos terminaban una partida de dominó, tres mozalvetes se hallaban de pié al lado del mostrador, ocupados en hacer durar todo lo posible sus respectivas medias copas de vino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO.

29120

Mr. Defarge, al pasar por detrás de ellos, observó que el señor de cierta edad dirigía á su compañera una mirada que parecía significar:

—¡Hé ahí nuestro hombre!

—¿Qué demonio vendrán á hacer por aquí estos dos personajes? dijo para sí Mr. Defarge.

Aparentó, sin embargo, no preocuparse por la presencia de aquellos extranjeros, y se puso á charlar con los tres individuos que se hallaban junto al mostrador.

—Jacobo, le preguntó uno de los tres bebedores, ¿han recogido ya todo el vino?

—Hasta la última gota, Jacobo.

Después de este cambio de nombres de pila, Mme. Defarge, que continuaba esgrimiendo su mondadientes, tosió de nuevo y volvió á levantar las cejas.

—Esos pobres diablos tienen tan pocas ocasiones de probar el vino! repuso el segundo bebedor, dirigiéndose al tabernero; la mayor parte de ellos no tragan durante toda su vida mas que disgustos y pan negro.

—Esa es la pura verdad, Jacobo, respondió Mr. Defarge.

Después de este segundo cambio de nombres de pila, la mujer del tabernero, continuando con toda tranquilidad en el manejo de su mondadientes, tosió y volvió á levantar las cejas.

—¡Ay, Jacobo, qué vida tan perra la de los pobres!

—Vida llena exclusivamente de amarguras, dijo el tercer bebedor, dejando su vaso sobre el mostrador y produciendo un chasquido con los labios.

—Tienes razon, Jacobo, respondió el tabernero.

Al terminar este tercer cambio de nombres de pila, Mme. Defarge abandonó su mondadientes, volvió á levantar las cejas, y se agitó ligeramente sobre su silla.

—Es verdad. Silencio! murmuró el marido; señores, ahí teneis á mi mujer.

Los tres bebedores se quitaron los sombreros y salu-

daron á Mme. Defarge. Esta correspondió al saludo inclinando la cabeza y dirigiéndoles una expresiva mirada; luego recorrió disimuladamente con la vista toda la extensión de la sala, volvió á coger con mucha calma su calceta, y pareció dedicarse á su labor con toda la atención que el caso requería.

—Buenos días, señores, dijo el marido á los tres Jacobos, sin dejar de mirar á su mujer. La habitacion amueblada que deseais ver y de que me hablábais hace un momento, cuando tuve que salir á la calle, está situada en el sexto piso, escalera de la izquierda, á lo último de ese pequeño patio que se vé desde aquí; pero ahora recuerdo que uno de vosotros la ha visitado ya, y él podrá dirigir á los demás. Hasta luego, señores.

Los tres camaradas pagaron y salieron de la tienda.

Mr. Defarge, apoyado sobre el mostrador, parecia extasiado ante la labor de su mujer, que continuaba haciendo calceta, cuando el señor de cierta edad, adelantándose hácia él, le preguntó si podia decirle una palabra.

—No hay ningun inconveniente, caballero, dijo el dueño de la taberna acompañando hasta la puerta á su interlocutor.

El diálogo fué breve; á la primera palabra, el tabernero hizo un movimiento de sorpresa y manifestó el mayor interés; al escuchar la segunda frase, hizo seña al desconocido y á la jóven para que le siguiesen, y los tres se pusieron en marcha.

Mme. Defarge, con la vista baja y el ánimo sereno, continuaba á toda prisa haciendo calceta, y no vió nada de cuanto acababa de pasar en el dintel de la puerta.

Mr. Lorry y miss Manette fueron conducidos por el tabernero á la escalera que acababan de subir los tres Jacobos. Para llegar á ella habia que atravesar un patio pequeño, húmedo y hediondo, que correspondia á varias casas habitadas por un considerable número de inquil-

nos. Mr. Defarge, al penetrar bajo la oscura bóveda en que comenzaba la escalera, se arrodilló á los piés de la hija de su antiguo amo y le besó la mano. El tabernero se habia transformado completamente: ya no era el buen vividor de rostro franco y risueño, sino un hombre grave, discreto y amenazador.

—Subid despacio; la habitacion está muy alta, y la escalera es sumamente empinada, dijo con voz sombría dirigiéndose á Mr. Lorry.

—¿Está solo? murmuró el gentleman.

—¡Dios mio! ¿quién quereis que esté á su lado? replicó el tabernero en voz baja.

—¿Está siempre solo?

—¡Siempre!

—¿Está muy cambiado?

—¡Ya lo creo que está cambiado!

El tabernero se detuvo, golpeó con el puño sobre la pared y profirió entre dientes una horrible imprecacion. Esta respuesta no podia ser más significativa, y Mr. Lorry se entristeció cada vez más á medida que continuaban su ascencion.

La escalera de una casa como aquella, con todas sus dependencias, es aún hoy día, en los antiguos barrios de París, una cosa bastante repugnante; pero en aquella época, era difícil que nadie pudiera acostumbrarse á soportar su aspecto y su fetidez. Cada habitacion, ó mejor dicho, cada celda de aquella colmena de seis pisos, depositaba la basura en la calle y arrojaba por las ventanas al pátio toda clase de inmundicias. Aquel hacinamiento de asquerosidades hubiera sido más que suficiente para viciar el aire más puro, sin necesidad de que la miseria contribuyese á ello con sus efluvios, y estas dos corrientes combinadas impedían que fuese respirable.

La escalera cenagosa y sombría por que trepaban el tabernero y sus dos acompañantes, se hallaba situada en

medio de aquella envenenada atmósfera. Mr. Lorry habia tenido que descansar tres veces por necesidad personal y por compasion hacía miss Manette, cuya agitacion aumentaba por momentos. Cada uno de estos descansos se habia verificado cerca de una ventana, cuyos barrotes dejaban escapar la parte ménos corrompida de la atmósfera, en tanto que los apestados miasmas acudian al interior, en donde se amontonaban incesantemente. A través de aquellas rejas, cubiertas de asquerosa mugre, se divisaban confusamente las casas vecinas; y, exceptuando la cima de las torres de *Notre-Dame*, no se veia nada que recordase una vida sana ú honradas aspiraciones.

Nuestros amigos llegaron por fin al último peldaño de la escalera, en donde descansaron por la cuarta vez. Otra escalera, más empinada y estrecha que la anterior, una especie de escalera de mano, si hemos de hablar con propiedad, conducía á la guardilla.

El tabernero, siempre delante y próximo á Mr. Lorry, como si temiese las preguntas de la jóven, se detuvo, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba al hombro, y sacó una llave.

—Pero ¿es que está encerrado? preguntó Mr. Lorry, sumamente sorprendido.

—Sí, señor, replicó Mr. Defarge.

—¿Y creis que eso es necesario?

—Es indispensable.

—¿Por qué?

—Porque ha vivido mucho tiempo bajo cerrojos, y tendria miedo, y se mataria ó haria cualquier locura si hallase la puerta abierta.

—¿Es posible! exclamó Mr. Lorry.

—No os quepa la menor duda, respondió con amargura el tabernero. ¡Dichoso mundo en que no solamente puede suceder esto y otras cosas análogas, sino que se ven diariamente á la faz del cielo! Pero continuemos.

Este diálogo se había verificado en voz baja, y la jóven no había oído de él una sola palabra; sin embargo, su emoción era tan viva y tan profundo su terror, que Mr. Lorry creyó necesario dirigirle algunas palabras.

—¡Querida señorita, valor! le dijo; se trata de un negocio importante... Lo más cruel será atravesar esa puerta; y luego, negocio concluido. Pensad en el consuelo y en la dicha que vais á procurarle. Querida niña, dejad que os sostenga este excelente hombre. Muy bien, amigo mio, vamos, niña, valor; se trata de un negocio... de un negocio...

La escalera de mano no era muy larga y llegaron pronto á la parte superior. La especie de corredor en donde desembocaron daba vuelta á muy corta distancia, y se encontraron enfrente de tres hombres que, apretados entre sí, miraban ansiosamente por una de las hendiduras de la pared. Aquellos hombres se volvieron al oír que alguien se acercaba, y Mr. Lorry reconoció á los tres bebedores que se hallaban poco ántes al lado de Mme. Defarge.

—Vuestra visita me ha sorprendido de tal modo, que no me acordaba ya de ellos, dijo el tabernero. Compañeros, dejadnos solos; tenemos que hacer aquí.

Los tres hombres se alejaron y desaparecieron silenciosamente. Así que se alejaron, el tabernero se dirigió á la única puerta que había en el corredor.

—¿Convertís acaso á Mr. Manette en un objeto de curiosidad? le preguntó en voz baja Mr. Lorry con cierta irritación.

—Se lo muestro únicamente á algunos elegidos.

—¿Y os parece que eso está bien hecho?

—Creo que sí.

—¿Y qué gentes son esas que vienen á verle?

—Gentes de corazón, hombres que llevan mi nombre (yo me llamo Jacobo) y á quienes ese espectáculo es muy saludable. Vos sois inglés; esto no vá con vos.

Mr. Defarge se bajó y aplicó un ojo á la hendidura de la pared; luego se levantó, dió dos ó tres golpes á la puerta, sin otro objeto que el de producir un ruido cualquiera, y con esta misma idea hizo rechinar la llave dentro de la cerradura.

La puerta se abrió lentamente, el tabernero asomó la cabeza, profirió algunas palabras que fueron contestadas por una voz débil, y volviéndose hácia Mr. Lorry y miss Manette, les hizo una seña de que entrasen. Mr. Lorry vió vacilar á la jóven, y la sostuvo en sus brazos á tiempo de evitar que cayese al suelo desmayada.

—¡Valor, niña! balbuceó el pobre hombre sumamente atemorizado, ¡valor! ¡Ya veis que es necesario entrar!

—Tengo miedo, respondió temblando la jóven.

—Miedo, ¿de qué, señorita?

—De él, de mi padre!

Mr. Lorry, asustado al ver la situación en que se hallaba su compañera, y turbado por las señas que le hacía el tabernero, adoptó un partido desesperado: cogió á la jóven en brazos y se precipitó con ella en la guardilla, en donde la hizo que tomase asiento y continuó sosteniéndola.

Defarge, despues de cerrar la puerta, cogió la llave y la conservó en la mano. Todo esto metódicamente y haciendo ruido. Por último, dirigióse con toda lentitud hácia la ventana y contempló desde allí á sus acompañantes.

El zaquizamí en que acababan de entrar estaba destinado á guardar leña, y era completamente oscuro; la ventana, es decir, lo que hemos llamado así, no era mas que un boquete abierto en el tejado, cerrado por una puerta sin cristales, y provisto de una gran polea para subir los leños y todos los objetos voluminosos que había que colocar en el desván. Las dos hojas de aquella puerta, medio entreabiertas, sin duda á causa del frío, dejaban penetrar tan poca luz en aquel chirivítal, que era ne-

cesario una larga costumbre para poder hacer allí algo que reclamase un poco de cuidado.

Sin embargo, había allí una persona que trabajaba con verdadero afán: un anciano, con el rostro vuelto hacia la ventana, sentado en un taburete y con la cabeza inclinada sobre su labor, estaba completamente absorto en la construcción de un par de zapatos.

CAPITULO VI.

El zapatero.

—Buenos días, dijo Mr. Defarge dirigiéndose al anciano.

—¡Buenos días! respondió una voz tan sumamente débil, que parecía un eco lejano.

—¡Siempre tan ocupado en vuestro trabajo! continuó el tabernero.

Después de un instante de silencio, la encanecida cabeza se irguió un momento, dos ojos despavoridos se fijaron en Mr. Defarge, y la voz murmuró débilmente:

—Sí... estoy trabajando.

Aquella voz tenía algo de desgarrador y horrible: no era la debilidad que resulta del empobrecimiento físico, por más que hubiese nacido, sin duda alguna, del sufrimiento; era la debilidad que se contrae en la soledad, la que proviene de un prolongadísimo silencio. Aquel acento apagado, falto de vida y que apenas conservaba ninguna de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un vistoso color, borrado por el tiempo, y del cual queda sólo una mancha pálida y ténue, sin relación alguna con el tinte que tuvo en otro tiempo. Aquella voz era tan opaca, que parecía escapada de un subterráneo, y su expresivo acento era el de un viajero que, al morir de sed en un desierto, se lamenta recor-

riendo la patria y los seres queridos que no volverá á ver nunca.

Después de trabajar silenciosamente durante algunos minutos, el hombre de los cabellos blancos volvió á alzar la vista, no por interés ó por curiosidad, sino bajo la influencia de una percepción puramente maquina: porque el sitio en que había visto á Mr. Defarge, que era el único personaje en que había reparado, continuaba siempre ocupado.

—Yo quisiera que tuviésemos un poco más de claridad, dijo el tabernero, sin dejar de contemplarle: ¿podriais soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró hacia el suelo en todos sentidos y como pareciendo querer fijar toda su atención; luego miró á Mr. Defarge.

—¿Qué deciais? murmuró.

—Os he preguntado si podriais soportar una luz más viva.

—Si me lo mandais, tendré que soportarla, exclamó con firmeza.

Mr. Defarge abrió una de las hojas de la puerta y la sujetó; la posición en que acabada de colocarla, hizo penetrar un luminoso rayo de luz que permitió ver al zapatero, el cual, con una horma entre las rodillas, había suspendido su trabajo.

Tenía á su alrededor una porción de herramientas y algunos retazos de cuero. Su barba blanca y desigualmente cortada, no era muy larga; el rostro estaba demacrado. Sus ojos, que brillaban inquietos bajo dos cejas que se habían conservado negras, y bajo una masa confusa de cabellos blancos, aparecían extraordinariamente grandes. Un guñapo amarillento que le servía de camisa estaba abierto sobre su pecho, y dejaba ver un cuerpo ajado y raquitico. Toda su persona, su vieja blusa de un tejido grosero, sus medias excesivamente anchas, y sus

cesario una larga costumbre para poder hacer allí algo que reclamase un poco de cuidado.

Sin embargo, había allí una persona que trabajaba con verdadero afán: un anciano, con el rostro vuelto hacia la ventana, sentado en un taburete y con la cabeza inclinada sobre su labor, estaba completamente absorto en la construcción de un par de zapatos.

CAPITULO VI.

El zapatero.

—Buenos dias, dijo Mr. Defarge dirigiéndose al anciano.

—¡Buenos dias! respondió una voz tan sumamente débil, que parecia un eco lejano.

—¡Siempre tan ocupado en vuestro trabajo! continuó el tabernero.

Despues de un instante de silencio, la encanecida cabeza se irguió un momento, dos ojos despavoridos se fijaron en Mr. Defarge, y la voz murmuró débilmente:

—Si... estoy trabajando.

Aquella voz tenia algo de desgarrador y horrible: no era la debilidad que resulta del empobrecimiento físico, por más que hubiese nacido, sin duda alguna, del sufrimiento; era la debilidad que se contrae en la soledad, la que proviene de un prolongadísimo silencio. Aquel acento apagado, falto de vida y que apenas conservaba ninguna de las vibraciones de la voz humana, producía el mismo efecto que un vistoso color, borrado por el tiempo, y del cual queda sólo una mancha pálida y ténue, sin relacion alguna con el tinte que tuvo en otro tiempo. Aquella voz era tan opaca, que parecia escapada de un subterráneo, y su expresivo acento era el de un viajero que, al morir de sed en un desierto, se lamenta recor-

riendo la pátria y los seres queridos que no volverá á ver nunca.

Despues de trabajar silenciosamente durante algunos minutos, el hombre de los cabellos blancos volvió á alzar la vista, no por interés ó por curiosidad, sino bajo la influencia de una percepcion puramente maquina: porque el sitio en que habia visto á Mr. Defarge, que era el único personaje en que habia reparado, continuaba siempre ocupado.

—Yo quisiera que tuviésemos un poco más de claridad, dijo el tabernero, sin dejar de contemplarle: ¿podriais soportar una luz más viva?

El zapatero volvió la cabeza, miró hacia el suelo en todos sentidos y como pareciendo querer fijar toda su atencion; luego miró á Mr. Defarge.

—¿Qué deciais? murmuró.

—Os he preguntado si podriais soportar una luz más viva.

—Si me lo mandais, tendré que soportarla, exclamó con firmeza.

Mr. Defarge abrió una de las hojas de la puerta y la sujetó; la posición en que acabada de colocarla, hizo penetrar un luminoso rayo de luz que permitió ver al zapatero, el cual, con una horma entre las rodillas, habia suspendido su trabajo.

Tenia á su alrededor una porcion de herramientas y algunos retazos de cuero. Su barba blanca y desigualmente cortada, no era muy larga; el rostro estaba demacrado. Sus ojos, que brillaban inquietos bajo dos cejas que se habian conservado negras, y bajo una masa confusa de cabellos blancos, aparecian extraordinariamente grandes. Un guñapo amarillento que le servia de camisa estaba abierto sobre su pecho, y dejaba ver un cuerpo ajado y raquitico. Toda su persona, su vieja blusa de un tejido grosero, sus medias excesivamente anchas, y sus

harapos, faltos de luz y de aire, habían adquirido un color de pergamino tan uniforme, que hubiera sido difícil averiguar el matiz primitivo y adivinar lo que habían sido en otro tiempo.

Había colocado una mano delante de la luz para impedir que le ofendiese la vista, y sus músculos y sus huesos parecían diáfanos. Tenía los ojos fijos en el vacío y no respondía al tabernero sino después de mirar varias veces á su alrededor, como si hubiese perdido la costumbre de relacionar los sonidos con el lugar de su origen y tratase de averiguar de dónde venían las palabras que llegaban á su oído.

—¿Acabareis hoy ese par de zapatos? le preguntó monsieur Defarge, haciendo seña al inglés para que fuese á colocarse á su lado.

—¿Qué decís?

—Os pregunto si os proponéis acabar esos zapatos hoy mismo.

—No me propongo acabarlos... supongo que podré hacerlo... no sé si me será posible...

Estas palabras le recordaron su tarea y comenzó á trabajar nuevamente. Sin embargo, dos minutos después, el zapatero volvió á mirar con ojos despavoridos. No manifestó ninguna sorpresa al ver otra persona más delante de él; pero acreó sus dedos yertos á sus labios, tan descoloridos como sus uñas, y volvió de nuevo á su ocupación.

—Mirad, hay aquí una persona que viene á veros, dijo el tabernero.

El zapatero miró á su alrededor sin abandonar su tarea.

—Vamos, prosiguió Defarge, aquí tenéis un caballero muy inteligente en calzado; enseñadle ese zapato para que vea qué bien cosido está.

El anciano obedeció maquinalmente.

—Decidle á este caballero cómo se llama ese calzado, y cómo se llama el que lo ha hecho, prosiguió el tabernero.

La respuesta se hizo esperar más que de costumbre.

—¿Me preguntabais algo? dijo por fin el artesano. ¿Qué me decíais? Ya no lo recuerdo.

—Os suplico que espliqueis á este caballero qué clase de zapato es este que acabais de hacer.

—Un zapato de mujer, un zapato para ir de paseo; ahora se gastan así. Yo no he visto la moda, pero me han dejado un modelo, añadió mirando su obra con mezcla de satisfacción y de orgullo.

Desde que entregó su zapato á Mr. Lorry, se entretenía en pasar el dorso de su mano izquierda por la cavidad de su mano derecha, y viceversa; llevábalas una tras otra á su rostro para acariciarse la barba, y hacia todo esto con suma regularidad y sin interrupción alguna. Para sacarle del ensimismamiento en que volvía á caer inmediatamente, era preciso emplear los mismos medios que para hacer volver en sí á una persona desmayada, ó para reanimar á un agonizante de quien se quiere obtener alguna revelación importante.

—¿No me habeis preguntado mi nombre? repuso con aire distraído.

—Sí.

—Número 105, torre del Norte.

—¿Nada más?

—Número 105, torre del Norte.

Articuló débilmente un sonido, que tenía algo de gemido y de suspiro, y que revelaba su cansancio, y continuó nuevamente su interrumpida tarea.

—¿Habeis sido siempre zapatero? le preguntó Mr. Lorry, mirándole fijamente.

Sus espantados ojos se volvieron hácia Defarge, como para transmitirle la pregunta que acababan de dirigirle; pero viendo que éste permanecía silencioso, acabó por

mirar al gentleman, después de buscar el sitio en que éste se hallaba.

—¿Qué si he sido siempre zapatero? le dijo, ¡no! Mi oficio no era ese. Lo he aprendido aquí. Lo he aprendido yo solo. Pedí permiso para...

Detúvose de pronto, pareció olvidar á su interlocutor, y volvió á repasar sus manos, una sobre otra, con la regularidad de una máquina. Después de algunos minutos, sus ojos tropezaron nuevamente con el rostro del inglés; estremeciéndose como un hombre que se despierta sobresaltado, y continuó su interrumpida frase.

—Pedí permiso para aprender un oficio... Me costó mucho trabajo... me costó mucho tiempo el conseguirlo... pero desde entonces siempre he hecho zapatos.

—Doctor Manette, le dijo Mr. Lorry devolviéndole su obra: ¿no recordais haberme visto alguna vez?

Dejó caer el zapato que acababa de recibir, y miró fijamente al gentleman.

—Doctor Manette, continuó éste colocando su mano sobre el brazo de Mr. Defarge, ¿no recordais nada al ver á este hombre? Miradle bien, miradme á mí tambien. ¿No conservais en la memoria el recuerdo de un antiguo banquero... de un antiguo criado... de antiguos negocios?... ¿No recordais nada de todo esto?...

En tanto que sus ojos se fijaban alternativamente en su antiguo amigo y en el tabernero, un rayo de luz pareció rasgar el velo que pesaba sobre su imaginación, y el sello de la inteligencia resplandeció sobre su pálida frente. Esta favorable impresión se debilitó y desapareció casi repentinamente; pero aquel rayo de luz, aquel sello de inteligencia, eran tan semejantes á los que brillaban en la frente de su hija, que tendía hácia él sus brazos temblorosos, que hubiérase creído que habian pasado del uno al otro, como el reflejo de una luz movizada.

Sumergido siempre en la sombra, miró á sus dos in-

terlocutores más distraído que nunca, pasó la vista en torno suyo, sin fijarse en nada, lanzó un profundo suspiro, recogió el zapato que habia dejado caer, y se entregó de nuevo á su trabajo.

—¿Reconocéis á este caballero? le preguntó. Defarge en voz baja.

—Sí. Al principio creí que no me seria posible; pero estoy seguro de haber visto, durante un instante, una persona que conocí en otro tiempo... ¡Christ!... retrocedamos un poco... ¡Christ!...

Su hija se habia aproximado poco á poco á su banquillo; hubiera podido poner la mano sobre su hombro, pero él, que ni siquiera sabia que ella existiese, no podia en modo alguno sospechar su presencia y, con la vista fija en la horma, trabajaba activamente.

Todo quedó en el más profundo silencio.

La jóven se hallaba cerca de él, como su ángel custodio; y él, con la vista fija en su labor, no recordaba siquiera que hubiese nadie á su lado. Poco tiempo después, recogió del suelo una cuchilla, y al ir hacer uso de ella, vió el extremo de una falda de mujer, levantó la vista y sus ojos tropezaron con el rostro de la jóven.

Mr. Lorry y el tabernero se adelantaron temiendo que pudiese herirla con aquella herramienta; pero ella no abrigaba semejante temor y les hizo seña para que se alejasen. El antiguo prisionero la miró con aire espantado y movió los labios sin producir ningun sonido; luego, respirando fatigosamente, acabó por articular estas palabras:

—¿Quién es esta jóven?

Miss Manette, con el rostro bañado en lágrimas, llevó ambas manos á sus labios, le envió un beso y cruzó los brazos sobre el pecho, como si hubiese estrechado contra su corazon la encanecida cabeza del prisionero.

—¿Sois la hija del carcelero? le preguntó.

—Nó.

—Pues entonces, ¿quién sois?

No atreviéndose á hablar, la jóven se sentó á su lado en el banquillo que le servia de asiento y de mesa. El quiso retroceder, pero ella le detuvo suavemente de un brazo. Al sentir aquel contacto, estremeciéronse todos sus miembros, dejó caer la cuchilla y contempló á la jóven.

Los rubios cabellos de ésta, cuyas espesas crenchas flotaban libremente, formaban largos y sedosos bucles. El levantó la mano, la adelantó gradualmente, cogió uno de aquellos sedosos rizos y lo contempló durante algunos momentos; pero poco á poco volvió á su habitual estupor y, lanzando un profundo suspiro, continuó nuevamente su interrumpido trabajo.

Interrumpió su tarea de allí á poco. Miró dos ó tres veces á la jóven con aire despavorido, como si quisiese cerciorarse de que continuaba allí; suspendió su trabajo, llevó su mano derecha al pecho y sacó de él un cordón ennegrecido, del que pendia un trapo hecho dobleces. Aquel trapo, que abrió cuidadosamente sobre su rodilla, contenia dos largos y dorados cabellos que en otro tiempo habia enrollado en uno de sus dedos. Cogió nuevamente en su mano uno de los rizos de la jóven, acercó á él los cabellos que habia sacado y los contempló durante algun tiempo.

—Son los mismos, dijo; pero, Dios mio, ¿cómo puede ser eso? ¿Cuándo han llegado á mi poder? ¿De qué modo me los he procurado?

Mientras la inteligencia brillaba de nuevo sobre su frente, pareció reconocer en el rostro de su hija las mismas líneas que aparecian en el suyo, y volviéndola hácia la luz la contempló con mayor atencion que ántes.

—Ella apoyaba su cabeza sobre mi hombro... repuso como hablando consigo mismo; era de noche... habian

venido á buscarme... Ella tenia miedo y no me dejaba salir: yo, no temia nada. Cuando me hallé en la torre del Norte, los encontraron en una de las mangas de mi traje: «¿Quereis dejármelos? les dije; esto no me puede servir para fugarme, pero sí para que mi alma abandone algunas veces estas horribles paredes!» Sí, eso dije, lo recuerdo perfectamente.

Habia articulado varias veces con los lábios cada una de las palabras que queria decir, ántes de proferirlas de un modo perceptible; pero cuando lograba hacerlas oír, las repetia claramente, si bien con extremada lentitud.

—¿En qué consiste eso? ¿Sois vos acaso?...

Los dos espectadores se adelantaron nuevamente, al ver el espanto con que pronunció estas palabras y el rápido movimiento con que las acompañó. Pero miss Manette les hizo seña de que no se moviesen.

—Amigos míos, les dijo, yo os lo suplico: no llameis, no digais nada, dejadnos.

—¡Escuchad!... exclamó el antiguo prisionero, ¿qué voz es esa?

Llevó las manos á sus encanecidos cabellos y los arrancó con furiosa rabiá; pero tranquilizóse casi inmediatamente.

Guardó los dos cabellos rubios en el pedazo de trapo que le servia de envoltorio, y los ocultó en el pecho; pero no cesaba de contemplar á la jóven, y moviendo la cabeza con aire sombrío:

—Nó... murmuró, nó... Sois demasiado jóven. ¡No puede ser!... Mirad en qué estado se halla el prisionero... ¡Estas no son las manos, ni el rostro, ni la voz que ella conocia!... ¡Nó! ¡Ella y él vivian, hace mucho tiempo, mucho tiempo!... Antes de esos largos años, pasados en la torre del Norte... ¿Cómo os llamais, ángel mio?

—Yo os lo diré más tarde, respondió miss Manette arrojándose á los piés de su padre y extendiendo hácia él

sus cruzadas manos; entónces sabreis quiénes han sido mis padres y en qué ha consistido en que yo no conozca su historia... Hoy, es imposible... Todo cuanto puedo hacer en este momento, es rogaros que me deis vuestra bendicion... que me abraceis... Yo os lo suplico... abrazadme...

El prisionero inclinó la cabeza y mezcló sus cabellos blancos con la brillante cabellera de su hija, que le rodeó con una especie de aureola.

—Si mi voz, prosiguió la jóven, os recuerda la voz que amásteis en otro tiempo, dejad correr vuestras lágrimas... Si al tocar mis cabellos recordais la querida cabeza que se apoyaba en vuestro hombro, cuando estábais en libertad, llorad, llorad, padre mio; si al hablaros de la solicitud con que mi amor sabrá cuidaros despierto en vuestra alma el recuerdo del hogar en que tanto se ha llorado vuestra ausencia... llorad... llorad... padre mio.

Al pronunciar estas palabras, le estrechó contra su pecho y le meció como á un niño.

—¡Ay, padre mio! querido padre mio! si al deciros que he venido á buscaros para procurar vuestra tranquilidad, os hago pensar en vuestra existencia, que podía ser tan útil, y que se ha perdido en la inaccion y en el dolor; si al deciros que voy á conducirlos á Inglaterra os hago pensar en esta Francia que tan cruel se ha mostrado con vos, llorad, llorad sin temor. Aún tengo que hablaros de la que ya no existe, aún tengo que deciros que me arrojé á los piés de mi padre, para que me perdone mi vida feliz y tranquila... á mí, que debía pensar noche y dia en sus horribles sufrimientos y procurar á todo trance su libertad. Llorad á su lado, llorad al lado mio... Amigos de mi alma, ahora acabo de sentir sus benditas lágrimas.

El anciano sollozaba penosamente.

—¡Ah, miradle! ¡Bendito seais, Dios mio, bendito seais! Tenia la cabeza apoyada sobre el corazon de su hija,

y se abandonaba completamente á los dos brazos que le rodeaban. Ante aquel conmovedor espectáculo, los dos espectadores sintieron asomar las lágrimas á sus ojos.

Quando aquella violenta crisis hubo seguido todas sus fases y la calma siguió á la tempestad, el gentleman y el tabernero se acercaron á levantar al anciano, que yacia en el suelo, en tanto que su hija le sostenia la cabeza y le hacia con sus cabellos una especie de cortina que le preservaba de la luz.

Mr. Lorry, después de sonarse repetidas veces, se acercó á miss Manette.

—¿No podrian arreglarse las cosas, dijo ésta, de modo que no saliésemos de aquí sino para dirigirnos inmediatamente á Inglaterra?

—¿Podrá soportar el viaje? preguntó Mr. Lorry.

—Cualquier cosa le será más fácil que continuar en esta ciudad, cuya permanencia le es odiosa.

—Esta señorita tiene razon, dijo el tabernero, que se habia puesto de rodillas para oír mejor lo que se hablaba; además, yo tengo poderosas razones para desear que Mr. Manette salga de Francia lo más pronto posible. ¿Quereis que vaya á encargar los caballos de posta?

—Eso entra en el terreno de los negocios, y es por consiguiente de mi incumbencia, replicó el gentleman recordando desde luego la calma que le era habitual.

—Tened la bondad de dejarme con él, dijo miss Manette con voz suplicante. Ya veis qué tranquilo está... No temais nada; ¿qué es lo que podría ocurrir? Si teneis miedo de que venga á alguien, cerrar la puerta con llave. Yo cuidaré de él durante vuestra ausencia, y cuando volvais le hallareis tan tranquilo como ahora.

Mr. Lorry y Mr. Defarge, ménos confiados que miss Manette, eran de opinion de que uno de ellos se quedase á su lado; pero como además de los caballos y del car-

ruaje había que buscar los pasaportes, y el tiempo apremiaba, se decidieron á repartirse la tarea.

Cuando estos señores se ausentaron, la jóven se acostó cerca de su padre y miró cómo dormía. Poco á poco fué oscureciendo y la noche se echó encima. Ambos permanecieron inmóviles hasta que la luz de una lámpara penetró en la guardilla por los intersticios de la pared. Mr. Lorry y Mr. Defarge traían no solamente los papeles necesarios, sino capas, mantas, pan, carne, café y vino. La lámpara y los víveres fueron colocados en el banquillo que, con un camastro, constituía todo el mobiliario de aquel miserable tugurio, y Mr. Defarge, ayudado por el gentleman, despertó á Mr. Manette y le bajó de su mezuquina lecho.

Al contemplar el rostro del prisionero, en que se retrataban el temor y la sorpresa, hubiera sido imposible adivinar los misteriosos pensamientos que agítaban su mente. ¿Tenía conciencia de lo que acababa de suceder? ¿Recordaba las palabras que se le habían dirigido? ¿Comprendía, sobre todo, que se hallaba en libertad? Imposible era de todo punto contestar satisfactoriamente á estas preguntas.

El representante de la casa Tellson y el tabernero le dirigieron la palabra; pero sus ojos revelaban tal espanto, y eran tan confusas y tan lentas sus respuestas, que temieron aumentar su turbación, y convinieron ambos en dejarle abandonado á sí mismo. De cuando en cuando, se sujetaba la cabeza con las manos y la oprimía con una fuerza de que hasta entónces no había dado ninguna prueba. La voz de su hija le producía una vivísima satisfacción, y se volvía hacia ella siempre que comenzaba á hablar. Acostumbrado durante mucho tiempo á una obediencia pasiva, helió y comió todo cuanto le mandaron, y no hizo la más ligera observación cuando le rogaron que se pusiese el vestido y la capa que Defarge había traído; pero pareció faltarle tiempo para apoyarse en el brazo de la jóven, y le cogió la mano, conservándola entre las suyas.

Todo estaba dispuesto para la marcha. Mr. Defarge cogió la luz, pasó delante de todos, y la pequeña comitiva se dirigió hácia la escalera.

Apenas habrían bajado algunos peldaños, cuando Mr. Manette se detuvo y miró con aire sorprendido el techo y las paredes

—¿Recordais esta escalera, padre mio? ¿Recordais haber pasado alguna vez por aqui?

—¿Qué decís? murmuró el prisionero.

Pero, sin darle tiempo para repetir su pregunta:

—¿Que si me acuerdo? balbuceó; nó, ya no me acuerdo... ¡Hace tanto tiempo!... ¡tanto tiempo!...

Su traslación de la Bastilla al zaquizamí que acababa de dejar, no le había dejado, por lo visto, ningun recuerdo. Oíasele murmurar en voz baja:

—Número 105, ¡Torre del Norte!

Y cuando miraba á su alrededor, era sin duda para buscar los espesos muros de la fortaleza en que había pasado diez y ocho años. Al llegar al pátio, se detuvo sorprendido; y cuando en vez del puente levadizo que creía iba á encontrar, vió el carruaje en medio de la calle, soltó la mano de su hija, y oprimió nuevamente su cabeza, llevado de un asombro que casi rayaba en delirio.

La calle estaba completamente desierta y no se veía á nadie en ninguna de las numerosas ventanas de las casas vecinas. Todo yacía en un profundo silencio, y sólo se divisaba á Mme. Defarge que, apoyada contra la puerta de su tienda y con la vista fija en su labor, continuaba haciendo calceta, como si nada ocurriese en torno suyo.

—¡A la muralla! dijo el tabernero subiendo al pescante.

El postillon hizo crujir su látigo, y el carruaje se puso inmediatamente en marcha. Corrió primeramente bajo el débil resplandor de los humeantes faroles, bajo la luz cada vez más viva de los barrios principales, cerca de los suntuosos almacenes, de los teatros, de los resplandecien-

tes cafés, á través de la alegre multitud, luego bajo los faroles cada vez más raros, bajo el resplandor cada vez más débil de los arrabales, y últimamente bajo una de las puertas de la ciudad. Había en ella un cuerpo de guardia, varios soldados, algunas linternas y un oficial que se aproximó lentamente.

—Señores, vuestros papeles?

—Védlos aquí, respondió Defarge, que había bajado de su asiento y llamado aparte al oficial. Este es el pasaporte de ese señor anciano que hallareis en el carruaje.

Bajó la voz, el oficial hizo una señal, las linternas se pusieron en movimiento y una de ellas fué introducida en el carruaje por un brazo de uniforme; dos ojos que seguían á la linterna, miraron al anciano viajero de un modo verdaderamente desacostumbrado.

—¡Está bien, pasad! dijo el oficial.

—¡Adios! exclamó Defarge.

Y el carruaje los condujo bajo el resplandor de algunos faroles que luchaban con la noche, y últimamente bajo la bóveda profunda tachonada de estrellas, eternas antorchas, tan distantes de nuestros ojos, que hay algunas cuyos rayos no han descubierto aún nuestro pequeño globo, ese punto imperceptible del espacio, en que se sufre todo cuanto puede sufrirse.

La oscuridad era profunda, la noche fría, y, hasta el romper del alba, Mr. Lorry, sentado en frente del hombre á quien había sacado de la tumba, preguntóse qué suma de potencia vital podría recobrar en lo sucesivo el resucitado, y oyó más de una vez á las sombras nocturnas murmurar estas palabras:

—¿Estais contento de volver á la vida?

Y el espectro, como en la silla-correo de Douvres, respondía:

—¡No lo sé!

LIBRO SEGUNDO

EL HILO DE ORO.

CAPITULO I.

Cinco años despues.

El banco Tellson ocupaba, en las cercanías de Temple-Bar, una casa que, ya muy antigua en 1780, era sumamente pequeña, sombría é incómoda. Era poco probable que llegase á participar de las ventajas de los nuevos edificios, porque los señores Tellson y C.^a estaban orgullosos de sus pequeñez, de su fealdad y de sus inconvenientes, y hasta se vanagloriaban de la superioridad que tenía bajo estos distintos aspectos. Hallábanse íntimamente persuadidos de que su casa hubiera sido ménos respetable si no hubiese tenido todos estos defectos: y esta convicción era una arma poderosa que esgrimían incesantemente contra las casas de banca mejor instaladas que la suya.

La casa Tellson, decían, no necesita mucho espacio ni mucha luz, ni grandes embellecimientos; esto podrá ser indispensable á los Snooks hermanos, ó á los Noakes y Bridge, pero no á los Tellson y C.^a, gracias á Dios!

Cualquiera de los sócios hubiera sido capaz de desheredar á su hijo, si el desdichado hubiese hablado de reedificar la casa. Es verdad que el país sigue, con respecto á

tes cafés, á través de la alegre multitud, luego bajo los faroles cada vez más raros, bajo el resplandor cada vez más débil de los arrabales, y últimamente bajo una de las puertas de la ciudad. Había en ella un cuerpo de guardia, varios soldados, algunas linternas y un oficial que se aproximó lentamente.

—Señores, vuestros papeles?

—Védlos aquí, respondió Defarge, que había bajado de su asiento y llamado aparte al oficial. Este es el pasaporte de ese señor anciano que hallareis en el carruaje.

Bajó la voz, el oficial hizo una señal, las linternas se pusieron en movimiento y una de ellas fué introducida en el carruaje por un brazo de uniforme; dos ojos que seguían á la linterna, miraron al anciano viajero de un modo verdaderamente desacostumbrado.

—¡Está bien, pasad! dijo el oficial.

—¡Adios! exclamó Defarge.

Y el carruaje los condujo bajo el resplandor de algunos faroles que luchaban con la noche, y últimamente bajo la bóveda profunda tachonada de estrellas, eternas antorchas, tan distantes de nuestros ojos, que hay algunas cuyos rayos no han descubierto aún nuestro pequeño globo, ese punto imperceptible del espacio, en que se sufre todo cuanto puede sufrirse.

La oscuridad era profunda, la noche fría, y, hasta el romper del alba, Mr. Lorry, sentado en frente del hombre á quien había sacado de la tumba, preguntóse qué suma de potencia vital podría recobrar en lo sucesivo el resucitado, y oyó más de una vez á las sombras nocturnas murmurar estas palabras:

—¿Estais contento de volver á la vida?

Y el espectro, como en la silla-correo de Douvres, respondía:

—¡No lo sé!

LIBRO SEGUNDO

EL HILO DE ORO.

CAPITULO I.

Cinco años despues.

El banco Tellson ocupaba, en las cercanías de Temple-Bar, una casa que, ya muy antigua en 1780, era sumamente pequeña, sombría é incómoda. Era poco probable que llegase á participar de las ventajas de los nuevos edificios, porque los señores Tellson y C.^ª estaban orgullosos de sus pequeñez, de su fealdad y de sus inconvenientes, y hasta se vanagloriaban de la superioridad que tenía bajo estos distintos aspectos. Hallábanse íntimamente persuadidos de que su casa hubiera sido ménos respetable si no hubiese tenido todos estos defectos: y esta convicción era una arma poderosa que esgrimían incesantemente contra las casas de banca mejor instaladas que la suya.

La casa Tellson, decían, no necesita mucho espacio ni mucha luz, ni grandes embellecimientos; esto podrá ser indispensable á los Snooks hermanos, ó á los Noakes y Bridge, pero no á los Tellson y C.^ª, gracias á Dios!

Cualquiera de los sócios hubiera sido capaz de desheredar á su hijo, si el desdichado hubiese hablado de reedificar la casa. Es verdad que el país sigue, con respecto á

sus hijos, el mismo sistema que los señores Tellson, y deshereda á los que tienen el atrevimiento de pensar en la trasformacion de las antiguas leyes y de las antiguas costumbres, reconocidas como malas hace largo tiempo, y que tal vez por eso son mucho más respetadas.

Habian acabado, pues, por reconocer que la casa Tellson era el *non plus ultra* de la incomodidad. Despues de empujar una puerta que oponía una tenaz resistencia y producía un sonido estridente, había que bajar dos escalones, y no se veía ni se oía nada hasta penetrar en un miserable despacho, provisto de dos mostradores, en que unos hombres, sumamente viejos, hacían temblar entre sus dedos las letras de cambio al examinar las firmas cerca de las grasientas ventanas, cuya escasa luz disminuían aún unos enormes barrotes de hierro y la oscura sombra proyectada por el Temple-Bar.

Si había absoluta necesidad de hablar al jefe de la casa, conducían al solicitante á una especie de calabozo, que hacía pensar en los errores de una vida disipada, hasta que uno de los sócios, con las manos metidas en los bolsillos, aparecía al dudoso resplandor de una luz crepuscular.

El dinero salía de los viejos cajones, y al abrirse y al cerrarse enviaban á la nariz y á la garganta impalpables partículas de su apollillada madera. Los billetes de banco oían á mohó y parecían hallarse en descomposicion.

Los metales preciosos, guardados al lado de los aljibes de las casas contiguas, perdían en un día todo su brillo y su color.

Los títulos, colocados en una habitacion fortificada que servía en otro tiempo de cocina y de lavadero, se abarquillaban y esparcían por la atmósfera toda la grasa de sus pergaminos.

Las cajas que contenían los papeles de familia iban á parar al piso principal, á un comedor cuya mesa no había

conocido nunca platos ni botellas, y desde el cual habían podido contemplarse en el mismo año de 1780 las sangrientas cabezas que se exponían en el Temple-Bar con una ferocidad digna de los abisinios ó de los cáfres.

Verdad es que en aquella época la pena capital gozaba gran favor entre las gentes honradas, y Tellson y C.^o eran sus más entusiastas partidarios. La muerte es un remedio soberano que la naturaleza aplica á todos los seres; ¿por qué la ley no ha de seguir el mismo procedimiento?

De este principio resultaba que el falsario era condenado á muerte, el falsificador de billetes de banco condenado á muerte, el que abría una carta no dirigida á su nombre condenado á muerte y el que robaba dos guineas (1) condenado á muerte; el monedero falso, aunque sólo hubiese fabricado un schelling (2), el pobre diablo que encargado de custodiar el caballo de un ginete, montaba el animal y huía con él, ¡condenado á muerte! ¡condenado á muerte! ¡condenado á muerte!

Las tres cuartas partes de las notas que componen la escala del crimen eran castigadas con el tajo ó la horca. No porque esto produjese ningún efecto preventivo. Sucedia precisamente todo lo contrario, y esto es digno de tenerse en cuenta; pero este procedimiento tenía la ventaja de resolver prontamente la cuestion, evitaba á los magistrados la molestia de tener que estudiar las causas que debían fallar, é impedía la probabilidad de tener que volver á ocuparse de individuos más ó ménos perjudiciales, despachándolos al otro mundo.

La casa Tellson, como todos los grandes centros de negocios de aque-la época, había hecho suprimir tantas existencias, que si todas las cabezas cortadas ante sus

(1) 150 pesetas.

(2) Una peseta y 25 centimos.

muros hubieran sido colocadas sobre Temple-Bar (1), hubiesen obstruido probablemente la poca luz que penetraba en la planta baja.

Los antiguos empleados de Tellson, colocados en toda clase de pupitres y de tenebrosas jaulas, se ocupaban gravemente de sus respectivos negociados. Cuando aquellos banqueros recibían por casualidad un empleado joven, lo ocultaban en alguna parte hasta que se hacía viejo, y lo conservaban como el queso, en un sitio húmedo y oscuro hasta que hubiese adquirido el humillo y el sabor inherentes á la casa Tellson. Entonces se le permitía dejarse ver, con la cabeza gacha y la vista fija en los grandes libros de cuentas, y añadir unas gafas, un gorro y unas polainas que guardasen relación con el aspecto general del establecimiento.

Fuera de la puerta, y nunca en el interior de la casa, á menos que álguien le llamase, había un mozo de cordel, que á veces servía de dependiente, y era, por decir así, una muestra viva de nuestros banqueros. Siempre fijo en su puesto, mientras duraban los negocios, sólo se apartaba de allí para hacer los recados que le encargaban aquellos señores, y entonces hacía sus veces un hijo suyo, delgaducho mozalvete de unos doce años, que era su vivo retrato.

La casa Tellson y C.^a había tenido siempre á la puerta de su establecimiento un demandadero, y los vientos y las olas habían conducido á nuestro hombre á aquella posición poco ventajosa. Llamábase Cruncher, y al renunciar en su primera edad, por medio de procurador, á Satanás y sus pompas, le bautizaron con el nombre de Jerry.

(1) Puerta edificada en los límites de la ciudad por los años de 1670 á 1672: exponíanse allí en otro tiempo las cabezas de los criminales.

Trasladémonos al domicilio particular de Mr Cruncher, pasaje de la Espada-Suspendida, en el barrio de Withe-Friars; son las siete y media de la mañana, y nos hallamos en Marzo, *anno Domini* 1780. Mr. Cruncher designa siempre el año de que habla con el nombre de *anno Domini*, en la completa persuasión de que la era cristiana data de la invención de cierto juego popular, debido á una tal Ana Dominos, que le dió su nombre.

La morada de Jerry no es muy famosa: compónese de dos habitaciones, si es que puede contarse por habitación un gabinete cuya ventana consta de un solo vidrio; pero es una vivienda muy arreglada. Ya á la hora en que nos encontramos, en esta ventosa mañana de Marzo, la habitación en que nuestro demandadero se halla todavía acostado está barrida, y las tazas, colocadas sobre una mesa de abeto, dejan ver un mantel de una extraordinaria blancura.

Mr. Cruncher descansa bajo un pequeño cobertor de cuadros, como un arlequin dentro de su abigarrado traje; hace muy poco dormía con un sueño profundo y sonoro; pero ya empieza á agitarse en su lecho, cuyas mantas se levantan y se mueven, hasta que despertándose por completo, se dá á luz, y con los cabellos erizados mira en torno suyo.

—¡Cuerpo de mi alma! exclama lleno de desesperación, ¡pero que siempre he de verte lo mismo!

Una mujer de aseado y simpático aspecto, arrodillada en un ángulo de la habitación, se levanta precipitadamente y de un modo que revela que es á ella á quien se dirigen estas palabras.

—¡Otra vez vuelvo á verte así! lo que es ahora no me dirás que nó, continúa el marido, asomándose fuera de la cama para buscar una de sus botas.

Después de inaugurar el día con este apóstrofe, monsieur Cruncher, que había encontrado la bota que busca-

ha, la arrojó con verdadera fúria á la cabeza de su mujer.

A propósito de esta bota, excesivamente llena de barro, mencionemos una extraña particularidad de la vida privada del demandadero: aun cuando al entrar en su casa, despues de terminar su trabajo, tuviese limpio el calzado, al dia siguiente por la mañana encontraba siempre aquellas mismas botas cubiertas de tierra y de barro hasta las mismas canillas.

—Dime, prosiguió nuestro hombre, que no logró esta vez descalabrar á su mujer, dime, ¿qué estabas haciendo ahí en ese rincón?

—Estaba rezando.

—¡Rezando! ¿Te parece que eso es ser buena esposa? ¿Cómo te atreves á ponerte ahí de rodillas para atraerme las iras del cielo?

—Estaba rezando por ti.

—Mientes; además, yo no quiero que te tomes esa libertad. ¡Jerry! tienes una madre que, mira si será buena, está pidiéndole á Dios que salgan mal los negocios de tu padre. ¡Ay, qué madre tan buena, qué madre tan santa tienes, hijo mio! ¡Una madre que ruega al cielo para que quite el pan de la boca á sus hijos!

El mozoelo, que estaba en camisa, llevó la cosa muy á mal, y volviéndose hácia su madre, protestó enérgicamente contra las prácticas religiosas, ó de otro cualquier género, que tendiesen á disminuir sus víveres.

—Vamos á ver, repuso el marido sin notar la contradiccion en que incurria: ¿para qué te parece á ti que sirven tus rezos? dime: ¿qué importancia le das tú á todo eso, mujer presuntuosa?

—Jerry, mis oraciones salen del corazon, y ese es el único valor que tienen.

—Entónces no deben valer gran cosa, pero no importa; yo no quiero que nadie rece por mí, ¿lo oyes? te lo prohibo terminantemente. Yo no tengo maldita la necesidad de

que echés á perder mis negocios con tus mogigaterías. Ya que te empeñas en besuquear el suelo, házlo en favor de tu marido y de tus hijos, y no en perjuicio suyo. Si yo no tuviera una mujer desnaturalizada, hubiese ganado algun dinero esta última semana, y no que ahora me veo contrareestado, perseguido y fastidiado religiosamente, con una mala suerte de todos los demonios. ¡Cuerpo de mi alma! prosigió Mr. Cruncher poniéndose los calzones, ¡cuerpo de mi alma! con tus rezos y esto y lo otro y lo de más allá, no hay un comerciante honrado á quien la desgracia persiga más que á mí. Vístete, hijo mio, y mientras limpio mis botas, cuida de que tu madre no vuelva á arrodillarse; porque vuelvo á repetirtelo, dijo volviéndose hácia su mujer, no toleraré de ningun modo que conspires contra mí. Estoy más derrengado que un caballo de alquiler, y más dormido que un frasco de láudano; á no ser por los dolores que tengo en los miembros, no sabría si son míos ó del vecino; á pesar de todo no salgo de pobre... ¡y todavía estás rezando dia y noche para impedir que pueda ganarme la vida!

Mr. Cruncher, al mismo tiempo que exhalaba su mal humor descargando sobre su mujer todas sus iras, se ocupaba en limpiar sus botas y en hacer todos los preparativos necesarios para sus cotidianas correrías. Entre tanto su hijo, cuyos despiertos ojos, semejantes á los de su padre, parecian tener miedo de alejarse uno de otro, vigilaba á su madre, segun el encargo que él le habia hecho, y saliendo apresuradamente del gabinete en que estaba vistiéndose, gritaba de cuando en cuando:

—Papá, mira, mira, ya vuelve á empezar.

Luego, haciendo una mueca, volvia á entrar en su cuartocho.

Mr. Cruncher, cada vez peor humorado, se sentó á la mesa y estalló en una cólera terrible al oír el *Benedicite* que murmuraba su esposa.

—¡Otra vez! exclamó lleno de desesperación; maldita sea tu casta! ¿Qué estás ahí refunfuñando?

—Estoy pidiéndole á Dios que bendiga nuestra comida! respondió la pobre mujer.

—Yo te lo prohibo, replicó su marido mirando en torno suyo como si temiese ver desaparecer su almuerzo. Yo no quiero que nadie me bendiga y me arruine, dejándome sin fuego, ni hogar, ni pan, por el resto de mis días. Conque tengamos la fiesta en paz, mira que te lo digo por última vez.

Jerry Cruncher, con los ojos enrojecidos y con el macilento rostro de un hombre que ha pasado la noche trabajando desesperadamente, devoró en un momento su almuerzo gruñendo lo mismo que un animal salvaje. A cosa de las nueve, su fisonomía tomó un aspecto más tranquilo, se adecentó todo cuanto le fué posible, y salió á la calle para ocuparse en sus cotidianas tareas.

A pesar del pomposo título de comerciante que se daba á sí mismo, no era fácil considerar como un negocio el trabajo diario á que se consagraba Cruncher. Todo el ajuar del supuesto negociante se componía de un taburete de madera, ó sea una silla vieja sin respaldo, que el jóven Jerry llevaba todos los días al pié de las ventanas de la casa Tellson. Mr. Cruncher, encaramado siempre en aquel banquillo, y con los piés colocados sobre un puñado de paja arrancado á la primera carreta que se presentaba, era tan conocido en el barrio, como la puerta de Temple-Bar, con quien tenía cierta semejanza por su aspecto sombrío y destartalado. Llegaba siempre á su puesto á la hora precisa para saludar, tricornio en mano, á los antiguos empleados que entraban en el Banco, y una vez allí nuestro hombre, se instalaba como de costumbre al lado de su hijo, el cual no se movía de su sitio sino para maltratar á los chiquillos cuya debilidad le permitía, sin ningun temor, satisfacer este inocente capricho. Tan cerca uno del

otro como sus ojos en sus respectivas caras, con los mismos cabellos, las mismas facciones y la misma actitud, y acechando silenciosamente á los clientes, el padre y el hijo parecían dos monos, en toda la extension de la palabra; tanto más, cuanto que Jerry padre se entretenía en mascar una pajilla, cuyos mascados fragmentos escupía de cuando en cuando, mientras el jóven le contemplaba guiñando los ojos con la misma malicia con que observaba la calle de un extremo á otro.

De pronto uno de los empleados de la casa Tellson se asomó á la puerta y pronunció con sequedad estas palabras:

—¡Mozo, entrad!

—¡Bravo! papá, el día empieza perfectamente.

Después de esta felicitación, el pequeño Jerry se encaramó sobre el taburete, escondió los piés dentro de la paja que su padre había estado mordisqueando hasta entonces, y se puso á reflexionar.

—¡Siempre con los dedos llenos de mugre! murmuró entre dientes. ¡Siempre, siempre lo mismo! ¿En dónde diablo cogerá tanta basura? Lo que es aquí no puede ensuciarse de ese modo.

CAPITULO II.

Espectáculo.

—¿Sabeis en dónde está Old-Bailey? dijo al demandero uno de los antiguos empleados de Tellson y C.^a

—Sí, señor, respondió nuestro hombre con tono un poco gruñon.

—Muy bien. ¿Conoceis á Mr. Lorry?

—Sí, señor, le conozco perfectamente.

—Pues bien, dirigíos á la puerta de los testigos, enseñad al portero este billete, y os dejará entrar.

—¿A la sala en que se celebra la audiencia?

—Eso es.

Los ojos de Mr. Cruncher parecieron juntarse más que nunca, y dirigirse uno á otro esta dificultosa pregunta:

—¿Qué significará todo esto?

—¿Tengo que aguardar alguna contestacion? preguntó el mensajero como si esta frase fuese el resultado de la conferencia que acababan de celebrar sus ojos.

—Ahora os lo diré. El portero pasará este billete á Mr. Lorry, al cual hareis señas para que se fije en vos, y sepa en qué sitio os encontrais; no os movais entónces de vuestro puesto hasta que os necesite.

—¿No tengo que hacer nada más?

—Nada más. Mr. Lorry desea tener un dependiente á su disposicion, y este billete no tiene más objeto que enterarle de vuestra presencia.

El antiguo empleado cerró cuidadosamente el billete en cuestion, escribió la direccion en el sobre, y en tanto que lo pensaba sobre el papel secante, llegó á sus oídos la siguiente frase:

—¿Se trata tal vez de fallar alguna causa sobre falsificacion de documentos públicos? preguntó Mr. Cruncher.

—Un delito de lesa majestad.

—Entónces el reo será descuartizado, dijo el mensajero; ¡qué crueldad!

—Así lo dispone la ley, repuso el empleado mirando con cierta sorpresa al demandado; así lo dispone la ley.

—Pero es una ley muy cruel, caballero; bastante terrible es ya tener que matar á un hombre, sin que haya por lo tanto necesidad de despedazar sus miembros, replicó Jerry.

—¿Estais muy equivocado! respondió el dependiente de Tellson, la muerte no basta. Pero de todos modos, amigo mio, os aconsejo que habéis de la ley con un poquito más de respeto. Cuidad vuestro catarro, y procurad que no se

os vaya la lengua; creedme, dejad á la justicia que cumpla su cometido del modo que mejor le parezca.

—Mi catarro proviene de hallarme siempre á la intemperie; ¡si supiéseis con cuanto frio y con cuanta humedad me gano la vida! replicó el demandado.

—Bien, bien, repuso el antiguo empleado; todos tenemos que ganarnos la vida como Dios quiere. Tomad la carta; id en seguida, y no os entretengais.

Jerry tomó la esquila y dijo para sus adentros, con mucho ménos respeto del que aparentaba:

—Si yo estoy acatarrado, en cambio vos estais espantosamente flaco.

Saludó al dependiente, salió á la calle, dijo á su hijo á dónde iba, y se dirigió al Tribunal de Justicia.

En aquella época se ahorcaba á los reos en Tyburn, y la calle de Neugate no tenia aún esa triste celebridad que adquirió luego su nombre; pero no por eso era ménos abominable la antigua cárcel, en donde tenían su natural asiento toda clase de picardías y de infamias, y en donde se contraian horribles enfermedades que, comunicándose al exterior, atacaban aún al mismo presidente de los Tribunales, arrancándole de su asiento para ser arrojado á la fosa.

Sucedió más de una vez que el juez que presidia los debates de una causa criminal recibia su sentencia de muerte al mismo tiempo que el culpable, y en muchas ocasiones moria ántes que éste. Por lo demás, Old-Bailey tenia muchos motivos para ser célebre: era el pátio de una sangrienta hostelería, de donde salian incesantemente pálidos viajeros que, ya en carroza ó en carreta, partian violentamente para el otro mundo, y llegaban al término de su viaje despues de una travesía de cerca de dos millas por la vía pública, en la cual hacian que se sonrojasen algunos buenos ciudadanos, cosa no muy frecuente porque el público se habia acostumbrado á estos

espectáculos, que se le prodigaban con un afán verdaderamente lamentable.

En el mismo Old Bailey se hallaba situada la picota, antigua y previsora institucion que aplicaba un castigo cuyos alcances no podia calcular nadie. Allí se hallaba tambien el poste en que se ataba á los que debian sufrir la pena de azotes, otra antigua institucion cuyo espectáculo era de un prodigioso efecto para suavizar las costumbres de la multitud é inspirarle sentimientos humanitarios. En aquellos lugares malditos era tambien donde se estipulaba el precio de la sangre, transaccion infame, reglamentada por la sábia prevision de nuestros antepasados, y que conducia sistemáticamente á los crímenes mercenarios, que son los más espantosos que se cometen bajo la capa del cielo.

En una palabra, Old-Bailey era en aquella época un precioso comentario del principio que sienta que todo cuanto existe es equitativo y justo; opinion decisiva, tan satisfactoria para la conciencia como agradable para la pereza, si no originase esta consecuencia inevitable y dificultosa: que nada de cuanto ha existido fué malo nunca.

El demandadero, abriéndose paso por entre los grupos que llenaban aquel espantoso teatro de horribles crímenes, llegó á la puerta de los testigos y entregó su esquila al portero á través del ventanillo destinado á la recaudacion; porque es de advertir que en aquellos tiempos habia que pagar para ver la funcion que se representaba en Old-Bailey, ó asistir á la que se ejecutaba en Bedlam (1). El primero de estos dos espectáculos era mucho más caro que el otro; por eso todas las puertas de la cárcel estaban cerradas y custodiadas, excepto la que tenían que atravesar los detenidos, la cual estaba siempre abierta de par en par.

(1) Hospital de locos.

Despues de algunos momentos de vacilacion, oyóse rechinar la puerta á la cual acababa de llamar Jerry, entreabrióse un instante, y el demandadero penetró en la sala del Tribunal.

—¿Va muy adelantada ya la vista de la causa? preguntó Cruncher en voz baja á uno de los asistentes.

—No ha empezado todavía.

—Y ¿de qué trata la causa?

—De un delito de lesa majestad.

—De modo que habrá descuartizamiento, eh?

—¡Ya lo creo! respondió el hombre con cierta satisfaccion; el reo será arrastrado hasta el lugar del suplicio; en seguida harán la ceremonia de ahorcarlo; luego lo bajarán de la horea, y, vivo todavía, le desollarán el pecho, el vientre, los muslos y los costados, le arrancarán las carnes, las quemarán ante sus propios ojos, le cortarán la cabeza, y por último, lo descuartizarán: esa es la sentencia que debe recaer.

—En el caso de que resulte su culpabilidad, añadió Jerry completando la frase.

—¡Ah! lo que es por eso no tengais cuidado, dijo el otro, le condenarán irremisiblemente.

En este momento, el demandadero observó que el portero se dirigia hácia Mr. Lorry, llevando en la mano la esquila que debia entregar á este último.

El gentleman, rodeado de una porcion de abogados provistos de sus correspondientes pelucas, estaba sentado enfrente de una mesa próxima á la del abogado defensor, y casi enfrente de otro abogado, tambien armado de su correspondiente peluca, y que, con las manos en los bolsillos, miraba al techo en actitud contemplativa.

Cruncher tosió varias veces, agitó la mano en el aire y logró al poco tiempo ser visto por Mr. Lorry, el cual le hizo un signo de inteligencia.

—¿Tiene algo que ver ese caballero en la causa? preguntó al demandadero el hombre con quien éste había entablado el diálogo anterior.

—Que me ahorquen si lo sé, dijo Jerry.

—Y decidme, ¿podría saberse qué parte tomáis vos mismo en este asunto? continuó el vecino con el mayor interés.

—Tampoco sé una palabra de eso, replicó el demandadero.

La llegada del juez y el tumulto que produjo su entrada interrumpieron este diálogo. Todas las miradas se fijaron en la puerta que comunicaba con la prision. Dos carceleros, que estaban allí desde la entrada del público, desaparecieron un instante y trajeron al acusado, el cual fué conducido á la barra.

Todas las personas allí presentes, excepto el abogado que tenia las manos en los bolsillos, abrieron grandemente los ojos y los fijaron en el detenido. El aliento de todos los pechos corrió hácia él como una ola empujada por la corriente; una infinidad de rostros ansiosos se agruparon violentamente en torno de las columnas, en los ángulos de la sala y en los alféizares de las ventanas, con objeto de examinarle; las personas que habia en el estrado se levantaron para no perder la menor circunstancia de aquella interesante vista; las gentes que se hallaban situadas al mismo nivel que el tribunal, colocaron las manos sobre los hombros de las personas que tenian enfrente y se empinaron sobre las puntas de los piés; otras treparon sobre sus asientos, sobre los bordes de las cornisas ó sobre lo primero que hallaron á mano para contemplar al héroe del drama que iba á representarse.

Entre estas últimas, y en primer término, se hallaba Jerry, con los cabellos más encrespados que nunca, y cuyo aliento perfumado con un jarro de cerveza que habia bebido en el camino, se confundia con las oleadas de

ale (1), *porter* (2), ginebra, té café y todo cuanto puede imaginarse, que se precipitaban hácia el acusado: oleadas impuras cuya niebla nauseabunda se hallaba ya depositada en los cristales de las grandes ventanas situadas detrás del lugar que ocupaba el detenido.

El objetivo de todas aquellas miradas era un jóven de unos veinticinco años, de gallarda presencia, hermosas facciones, aspecto noble y distinguido, ojos negros y cutis tostado por el sol. Vestía un sencillo traje oscuro, y sus largos cabellos castaños se hallaban reunidos hácia la nuca por una cinta destinada á sujetarlos de un modo cómodo más bien que á servir de adorno. Como el espíritu revela siempre lo que siente, á pesar de la máscara con que se trata á veces de cubrir el rostro, la emoción del detenido se reflejaba en la palidez que se descubria en sus oscuras mejillas. Sin embargo, hallábase tranquilo y se sentó con toda naturalidad, despues de saludar al juez con gran dignidad y desembarazo.

El interés que inspiraba á la multitud, hacia que todos los ojos permaneciesen abiertos y todos los pechos anhelantes; no era uno de esos sentimientos que honran á la humanidad elevándola sobre si misma. La fascinación que aquel desgraciado jóven ejercia sobre los espectadores provenia de la terrible sentencia que le amenazaba, y hubiera perdido su fuerza en proporcion á las probabilidades que hubiese habido de que el delincuente escapase al suplicio. El cuerpo que iba á ser tan horriblemente mutilado servia de espectáculo á los ojos, y las torturas que debia sufrir aquel sér inmortal, cuyas carnes y cuyos miembros iban á ser despedazados, era la emoción que en aquel espectáculo se buscaba.

Tal vez los espectadores de aquel vergonzoso drama,

(1) Cerveza fuerte.

(2) Cerveza mucho más fuerte que el *ale*.

según la mayor ó menor habilidad con que supieran engañarse á sí mismos, lograrían explicarse satisfactoriamente los motivos que les obligaban á estar allí; pero el interés con que asistían á aquel espectáculo provenía indudablemente de un instinto feroz y de un apetito salvaje.

—El tribunal reclama silencio. El acta de acusación ha denunciado ayer á Carlos Darnay como traidor al muy poderoso, muy célebre, muy excelente y muy augusto príncipe, S. M. el rey de la Gran Bretaña; por haber en distintas ocasiones y por medios fraudulentos, prestado su concurso al rey de Francia en la guerra que éste hace al referido muy célebre, muy excelente, etc., príncipe; por haber hecho gran número de viajes desde los Estados de su augusta y poderosa Majestad Británica, á los del ya mencionado rey de Francia, con el propósito de revelar malamente, traidoramente y falsamente (y otras injurias *en mente*) al supradicho rey de Francia, cuáles son las fuerzas que nuestro muy célebre, muy poderoso, muy excelente, etc., príncipe, se dispone á enviar al norte de América, de cuyos crímenes no ha querido ayer el detenido reconocerse culpable.

Jerry, con los cabellos más y más encrespados á medida que la ley multiplicaba los adverbios y los superlativos, siguió el intrincado laberinto del extracto del acta de acusación, y notó con alegría que el proceso del referido Carlos Darnay iba por fin á empezar, que todos los miembros del jurado habían prestado ya juramento y que el acusador fiscal se disponía á hacer uso de la palabra.

El acusado, que estaba ya ahogado, desollado y decapitado mentalmente por cada uno de los espectadores, y que no lo ignoraba, continuó tranquilo y digno, sin que se notase la menor afectación en su actitud ni en su fisonomía. Lleno de gravedad y prestando á todo suma atención, seguía con verdadero interés la inauguración de los

debates, y su perfecto quietismo hubiera hecho imposible que se moviese ni una sola de las yerbecillas que cubrían la mesilla en que sus manos descansaban. Toda la sala se hallaba cubierta de plantas aromáticas, y había sido previsoriamente rociada de vinagre, á fin de combatir los miasmas de la cárcel y poder preservarse de los ataques de la fiebre carcelaria. Enfrente del banco de los detenidos había un espejo, destinado á reflejar la luz sobre la cabeza del acusado. ¡Cuántos miserables habían sido iluminados por aquella luna, desapareciendo su imagen de la tierra al mismo tiempo que se borraba del espejo! ¡Qué ejército de espectros hubiera visitado aquellos abominables lugares, si el espejo hubiese lanzado todos los rostros que en él se habían reproducido, cómo el Océano arroja en un día todos los muertos que han devorado sus olas!

Tal vez la idea del deshonor que iba á manchar su memoria y la imagen del suplicio cruzaron por la mente del acusado, yo lo ignoro; pero lo cierto es que Carlos Darnay hizo un rápido movimiento, y cambiando de actitud, alzó los ojos para ver de dónde salía la luz que le hería el rostro.

Cuando vió el espejo colocado delante de él, la sangre se agolpó á sus mejillas y apartó vivamente con la mano las yerbas sobre que ésta descansaba. Queriendo evitar la acción del espejo, volvió la cabeza hácia el Tribunal, que se hallaba á su izquierda. Al nivel de aquellos ojos, cerca del sitio en que se hallaba el juez, hallábanse sentadas dos personas, en las cuales se fijó su mirada de un modo tan repentino y produciéndole una emoción tan grande, que todos los ojos que convergían á él se dirigieron en seguida hácia aquellos individuos. Vióse entonces á una joven de veintitantos años, y á un anciano que, indudablemente, debía ser su padre. Aquel llamaba desde luego la atención por sus cabellos, blancos como la nieve, y por la expresión indescriptible de su rostro que

reflejaba un espíritu poco activo, pero profunda y poderosamente meditativo. Cuando aquel hombre se ensimismaba, lo que parecía sucederle frecuentemente, hubiérase creído que era viejo; pero cuando se animaba, como sucedió en el momento de que hablamos, era verdaderamente hermoso y parecía hallarse en toda la fuerza de la edad.

La joven había cruzado las manos sobre el brazo de su padre, y á medida que los debates iban causando mayor espanto, se aproximaba más y más á él. Adivinábase fácilmente que sólo pensaba en el peligro que corría el acusado. La palidez de su frente revelaba tanto temor y era tan visible y tan conmovedora su compasión, que los espectadores, que no habían tenido lástima del detenido, se conmovieron al verla, y todos se preguntaron entre sí quiénes eran aquellas dos personas.

Jerry, que también las observaba, prestó gran atención y procuró oír todo cuanto se decía á su alrededor.

—¿Quiénes son? se repitió de boca en boca hasta que la pregunta llegó á un alguacil de la sala; y la respuesta de éste, volviendo á los que la habían provocado, pero con más lentitud, rodó hasta el sitio en que se hallaba el demandado.

—Son unos testigos.

—¿Qué clase de testigos?

—Testigos de cargo.

El Juez, que había cedido al impulso general, volvió á mirar á su mesa, se apoyó en el respaldo de su sillón y contempló con una mirada escudriñadora al hombre cuya vida tenía entre sus manos, en tanto que el abogado fiscal se levantaba para hilar la cuerda, afilar el hacha y levantar el cadalso.

CAPITULO III.

Los debates.

El abogado fiscal manifestó al jurado: Que el detenido, aunque todavía joven, era ya antiguo en la senda de la traición, crimen horrible que lleva consigo la pena de muerte. Que las relaciones del acusado con el enemigo público no databan de hoy ni de ayer, ni aun del año último, ni aun siquiera del año antepasado; que era un hecho positivo que desde tiempo inmemorial Carlos Durnay iba y venía continuamente de París á Londres, y vice-versa, ocupado en negocios secretos, de los cuales no había podido dar una explicación satisfactoria. Que si fuese dado al criminal llevar á cabo sus culpables propósitos (cosa que afortunadamente no puede acontecer), la exquisita maldad del acusado no habría sido reconocida nunca, gracias á la infame habilidad de que Carlos Darnay había dado pruebas en sus torpes manejos; pero que la Providencia había inspirado á un hombre honrado, tan digno como valiente, la idea de procurar descubrir los planes del traidor, y, lleno de horror, había participado su descubrimiento al primer ministro de S. M. Que este hombre recto y leal, cuya conducta había sido siempre superior á todo elogio, comparecería como testigo. Que este hombre honrado había sido amigo del detenido; pero que habiendo adquirido un día la certidumbre de la culpabilidad del que disponía de todo su afecto, había resuelto inmolar en el sagrado altar de la patria al infame á quien ya no podía dar su estimación ni su cariño. Que si en Inglaterra, como sucedía en Grecia y en Roma, se erigiesen estatuas á los bienhechores del pueblo, se erigiría una indudablemente

reflejaba un espíritu poco activo, pero profunda y poderosamente meditativo. Cuando aquel hombre se ensimismaba, lo que parecía sucederle frecuentemente, hubiérase creído que era viejo; pero cuando se animaba, como sucedió en el momento de que hablamos, era verdaderamente hermoso y parecía hallarse en toda la fuerza de la edad.

La joven había cruzado las manos sobre el brazo de su padre, y á medida que los debates iban causando mayor espanto, se aproximaba más y más á él. Adivinábase fácilmente que sólo pensaba en el peligro que corría el acusado. La palidez de su frente revelaba tanto temor y era tan visible y tan conmovedora su compasión, que los espectadores, que no habían tenido lástima del detenido, se conmovieron al verla, y todos se preguntaron entre sí quiénes eran aquellas dos personas.

Jerry, que también las observaba, prestó gran atención y procuró oír todo cuanto se decía á su alrededor.

—¿Quiénes son? se repitió de boca en boca hasta que la pregunta llegó á un alguacil de la sala; y la respuesta de éste, volviendo á los que la habían provocado, pero con más lentitud, rodó hasta el sitio en que se hallaba el demandado.

—Son unos testigos.

—¿Qué clase de testigos?

—Testigos de cargo.

El Juez, que había cedido al impulso general, volvió á mirar á su mesa, se apoyó en el respaldo de su sillón y contempló con una mirada escudriñadora al hombre cuya vida tenía entre sus manos, en tanto que el abogado fiscal se levantaba para hilar la cuerda, afilar el hacha y levantar el cadalso.

CAPITULO III.

Los debates.

El abogado fiscal manifestó al jurado: Que el detenido, aunque todavía joven, era ya antiguo en la senda de la traición, crimen horrible que lleva consigo la pena de muerte. Que las relaciones del acusado con el enemigo público no databan de hoy ni de ayer, ni aun del año último, ni aun siquiera del año antepasado; que era un hecho positivo que desde tiempo inmemorial Carlos Durnay iba y venía continuamente de París á Londres, y vice-versa, ocupado en negocios secretos, de los cuales no había podido dar una explicación satisfactoria. Que si fuese dado al criminal llevar á cabo sus culpables propósitos (cosa que afortunadamente no puede acontecer), la exquisita maldad del acusado no habría sido reconocida nunca, gracias á la infame habilidad de que Carlos Darnay había dado pruebas en sus torpes manejos; pero que la Providencia había inspirado á un hombre honrado, tan digno como valiente, la idea de procurar descubrir los planes del traidor, y, lleno de horror, había participado su descubrimiento al primer ministro de S. M. Que este hombre recto y leal, cuya conducta había sido siempre superior á todo elogio, comparecería como testigo. Que este hombre honrado había sido amigo del detenido; pero que habiendo adquirido un día la certidumbre de la culpabilidad del que disponía de todo su afecto, había resuelto inmolar en el sagrado altar de la patria al infame á quien ya no podía dar su estimación ni su cariño. Que si en Inglaterra, como sucedía en Grecia y en Roma, se erigiesen estatuas á los bienhechores del pueblo, se erigiría una indudablemente

en honor de este gran ciudadano. Que como esto no entraba en las costumbres inglesas, sería muy probable que este excelente patricio no obtuviese ninguna recompensa. Que, según han dicho los grandes poetas en sus principales obras, obras que sin duda alguna conocían perfectamente los señores jurados, la virtud es contagiosa, y sobre todo esa virtud celeste que se llama patriotismo, es decir, amor á la patria; que el sublime ejemplo del testigo sin mancha, en cuya infalible palabra se apoyaba el representante de la ley, había despertado en el criado del detenido la santa idea de registrar los bolsillos y los cajones de su amo, inspeccionando con cuidado todos sus papeles. Que él, como abogado fiscal, estaba dispuesto á contestar á las censuras que los malos ciudadanos dirigiesen á aquel excelente criado por la conducta que acababa de observar; pero que, personalmente, le tenía casi en mayor estima que á sus más próximos parientes y aun le creía más digno de su cariño que á su mismo padre; que él creía que el jurado opinaría del mismo modo, y descansaba confiadamente en su equidad y en su justicia, y mucho más tratándose de un asunto tan importante y tan trascendental. Que el testimonio del antiguo amigo y del antiguo criado, unido á los documentos que probaban sus asertos, demostraban de un modo incontestable que el acusado tenía en su poder la lista de las fuerzas de que disponía S. M. británica, los planes de campaña que debían realizar los ejércitos ingleses de mar y tierra, y no permitían poner en duda que el acusado abrigase el propósito de transmitir estos preciosos datos al jefe del pueblo enemigo. Que no era posible demostrar que estuviesen escritos por la mano del detenido, pero que esto no atenuaba la gravedad del hecho, sino que, por el contrario, era una prueba de la maldad con que se habían llevado á cabo aquellas infames maquinaciones; que los debates demostrarían de un modo evidente que

estas prácticas fraudulentas é indignas venían ejecutándose hacia cinco años, es decir, que habían comenzado en la época en que los americanos y las tropas del rey de Inglaterra habían reñido la primera batalla; que por todas estas razones, y siendo los jurados hombres verdaderamente leales, debían necesariamente declarar al detenido reo del crimen de que se le acusaba, por más que sintiesen cierta repugnancia á aplicar la pena señalada por la ley; que de lo contrario no podrían disfrutar ningún descanso, ni sus mujeres ni sus hijos podrían entregarse á un sueño pacífico; en una palabra, que de ningún modo podrían ellos ni sus familias reposar la cabeza sobre la almohada, á ménos que la del acusado cayese bajo el hacha del verdugo. El acusador fiscal pedía esa cabeza, y la pedía en nombre de todo cuanto podía facilitarle un brillante período y una frase retumbante, y concluyó afirmando, con la mayor solemnidad, que consideraba al culpable como si hubiese sufrido ya la pena capital.

Al terminar este discurso oyóse un profundo murmullo por todos los ámbitos de la sala, como si infinidad de moscardones se hubiesen reunido alrededor del acusado presintiendo ya la suerte que le esperaba. Cuando cesaron aquellos murmullos y se logró que todo el mundo permaneciese silencioso, el honrado y digno patriota apareció como testigo.

El juez, siguiendo las huellas de su colega, interrogó al patriota:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—John Barsad, etc...

La historia de su alma pura y de su sublime conducta fué exactamente la misma con que el abogado fiscal había edificado á su auditorio, y no tuvo más defecto, caso de que esto lo fuese, que el de ser una copia completamente literal.

Después de descargar de su noble pecho el peso que le

oprimia, el eminente ciudadano se hubiera retirado modestamente si el abogado defensor, situado al lado de Mr. Lorry, no le hubiese á su vez dirigido algunas preguntas.

(El abogado que llevaba peluca y cuyos ojos se hallaban fijos en el techo, no habia cambiado de actitud.)

- ¿Cuáles son los medios de subsistencia del testigo?
- Algunas propiedades de mi pertenencia.
- ¿En dónde están situadas?
- No puedo decirlo en este momento, no lo recuerdo.
- ¿Qué clase de propiedades son?
- Eso no hace al caso.
- ¿Las ha comprado el testigo, ó las ha heredado?
- Las he heredado.
- ¿De quién?
- De un lejano pariente.
- ¿Ha sido preso alguna vez el testigo?
- ¡Dios mío!
- ¿Ha sido preso por deudas?
- No comprendo qué pueda tener que ver eso.
- ¿No ha sido el testigo preso por deudas?
- ¿Pero qué significa esa insistencia?
- ¿No ha sido nunca preso? insistió el abogado.
- Sí, señor, ¿y qué?
- ¿Cuántas veces?
- Una ó dos veces.
- ¿Creo que han sido cinco ó seis.
- Tal vez.
- ¿Cuál es la profesion del testigo?
- Propietario.
- ¿No ha recibido nunca el testigo algun puntapié?
- Es posible.
- ¿Muchas veces?
- Lo que es eso, de ningun modo.
- ¿No ha sido nunca arrojado por la escalera?

—Nada de eso: una vez hallándome en un piso principal me empujaron con alguna violencia, y si rodé hasta abajo fué por mi propio impulso.

—¿No le ocurrió eso al testigo por haber jugado con dados falsos?

—Eso dijo el calumniador que tuvo la desfachatez de atropellarme; pero era completamente falso.

—¿Podria jurarlo el testigo?

—No tengo ningun inconveniente.

—¿No es el testigo jugador de oficio?

—Soy jugador como lo es todo el mundo.

—¿No ha pedido nunca dinero prestado al detenido?

—Sí.

—¿Se lo ha devuelto?

—No.

—¿No estaban reducidas sus relaciones con el acusado á una série de continuados préstamos so pretexto de gastos de carruaje, de posada, de embarques, etc.?

—Algo habia de eso.

—¿Está seguro el testigo de haber visto en manos del detenido las listas de que se trata?

—Tengo de ello una completa seguridad.

—¿Puede decir lo mismo respecto de estos papeles?

—No.

—¿No se los ha facilitado el mismo testigo?

—No.

—¿Cuánto calcula el testigo que podrá valerle su declaración?

—¡Dios mío de mi vida!...

—¿No espera obtener del gobierno un empleo retribuido, por ejemplo el de agente de policia?...

—¡Pero, señor!...

—¿U otra colocacion semejante?

—¡Dios mío!...

—¿Podria afirmararlo el testigo bajo juramento solemne?

—Puedo jurarlo por todo lo más sagrado; mi conducta no ha tenido más móvil que el de un puro y verdadero patriotismo.

Una vez terminado este interrogatorio, se retiró el testigo.

El antiguo y virtuoso criado del detenido jura á su vez lo mismo que su predecesor, y multiplica sus juramentos con gran facilidad y entusiasmo.

Se llama Roger Cly; es un hombre honrado que, con la mejor buena fé del mundo, ha estado cuatro años al servicio del acusado.

—¿No le pedisteis por compasion que os admitiese en su casa?

—Nunca. Conoci al detenido á bordo de un paquebot de Calais y le pregunté si necesitaba un criado inteligente y probo; así fué como entré al servicio del acusado. Una porcion de circunstancias despertaron mis sospechas, y resolví espiar á mi amo. En diferentes ocasiones hallé en los bolsillos del detenido unos papeles absolutamente iguales á los que despues se me han mostrado. Las listas que el tribunal tiene en su poder han sido sustraídas por mí de la taquilla de mi amo. He sorprendido al acusado mostrando estas mismas listas á unos franceses, unas veces en Calais y otras en Bolonia. Amante siempre de mi país, no he podido presenciar semejantes infamias sin sentirme profundamente indignado, é inmediatamente he dado aviso de todo á la autoridad.

—Roger Cly, ¿no habeis sido acusado por robo de una tetera de plata?

—Nada de eso; me calumniaron por la desaparicion de una mostacera que, despues de todo, era de plata imitada.

—Roger Cly, ¿no teneis relaciones amistosas con el anterior testigo hace siete ú ocho años?

—Es una coincidencia que no tiene nada de particular.

Nadie puede extrañar semejante cosa: todas las coincidencias son más ó ménos singulares. El único móvil que me ha impulsado en todo esto, ha sido mi ardiente patriotismo; yo, como el anterior testigo, soy un inglés adicto á mi país, y creo que los buenos ciudadanos son numerosos en el suelo que nos ha visto nacer.

El murmullo de los moscardones comenzó á oirse nuevamente. Logróse otra vez restablecer el silencio en el auditorio, y el abogado fiscal llamó á Mr. Jarvis Lorry.

—¿Estais empleado en el banco Tellson?

—Sí.

—¿Habeis viajado por cuenta de la casa en el mes de Noviembre de 1775, dirigiéndoos á Douvres en la silla-correo?

—Sí.

—¿Ibais solo en el carruaje?

—Nó; iban conmigo otros dos viajeros.

—¿No bajaron en el camino mucho ántes de despuntar el día?

—Sí.

—Tened la bondad de examinar al acusado, y decidnos si no era él uno de vuestros compañeros de viaje.

—No me es posible contestaros.

—¿No se parece á uno de los dos viajeros de que se trata?

—Aquellos viajeros iban tan completamente embozados en sus capas y la noche era tan oscura, que ni siquiera me fué posible formarme una idea de su aspecto exterior.

—Examinad nuevamente al acusado, Mr. Lorry; figuráos que se halla completamente embozado, como los dos viajeros de que hablamos, y ved si hay en su estatura ó en su conjunto algo que pueda hacer probable la idea de que fuese él uno de vuestros dos acompañantes.

—Os aseguro que no me es posible responderos.

—¿Podrías afirmar bajo juramento que no se hallaba en el carruaje?

—No.

—¿De modo que confesais que tal vez fuese uno de los dos viajeros?

—No lo creo imposible; diré, sin embargo, que las dos personas de que se trata tenían demasiado miedo á los ladrones, miedo de que yo tambien participaba, y que el acusado no parece ser hombre que se asuste de nadie.

—¿Estais seguro de no haber visto nunca al acusado?

—Tengo la seguridad de haberle visto.

—¿Cuándo?

—Al volver de París, algunos dias despues de haberme embarcado en Douvres; el acusado se hallaba en el paquebot, y hemos hecho juntos la travesía.

—¿A qué hora fué á bordo?

—Poco despues de las doce de la noche.

—Es decir, cuando la oscuridad era más completa. ¿Llegaron otros pasajeros á aquella misma hora?

—Quiso la casualidad que...

—No empleéis la forma dubitativa, Mr. Lorry. El acusado, aqui presente, ¿fué la única persona que se embarcó á una hora tan avanzada?

—Sí.

—Y vos, estábais solo?

—No; me hallaba en compañía de un antiguo amigo y de su hija. Ambos se hallan aqui como testigos.

—¿Habeis entrado en conversacion con el acusado?

—Apénas hablamos algunas palabras; el mar estaba tempestuoso, la travesía fué penosa y larga, y yo permanecí tendido en un sofá hasta nuestra llegada á Douvres.

—Perfectamente. ¡Miss Manette!

La jóven en quien poco ántes se habian fijado todas las miradas y que las atrajo á sí nuevamente, se levantó de su asiento, permaneció de pié sin variar de sitio y con-

tinuó apoyándose en el brazo de su padre, que se habia levantando al mismo tiempo que su hija.

—Miss Manette, examinad al acusado.

La compasiva mirada de la jóven, su belleza y su noble aspecto, sometieron á Carlos Darnay á una prueba mucho más difícil que todas las que habia soportado desde el momento en que compareció ante sus jueces. A pesar de hallarse al borde de la tumba, á pesar de las ansiosas miradas fijas en él, y á pesar de la fuerza de alma de que hasta entónces habia dado pruebas, el detenido no pudo permanecer tranquilo al contemplar la compasiva mirada de la jóven. Sus manos agruparon convulsivamente las yerbas que tenia sobre la mesa, como si quisiesen formar un ramo de flores imaginarias, y sus esfuerzos para contener su anhelosa respiracion hicieron temblar sus labios, cuya sangre toda afluyó al corazon.

—Miss Manette, ¿habeis visto ántes de ahora al detenido?

—Sí, señor.

—¿En dónde?

—A bordo del paquebot de Calais á Douvres, y en las mismas circunstancias que acaban de referirse.

—¿Os hallábais en compañía del testigo que ha declarado há poco?

—¡Ah! Sí, señor, y en una situacion harto desdichada.

El sonido quejumbroso de su armoniosa voz fué apagado por la voz mucho ménos simpática del juez, que le dijo con sequedad:

—Responded sin hacer comentarios á las preguntas que se os dirijan: ¿Habeis hablado con el detenido durante esa travesía?

—Sí, señor.

—Recordais la conversacion que tuvisteis ambos?

—Cuando ese caballero subió á bordo... continuó la jóven con apagada voz.

—¿Estais hablando del detenido, miss Manette? le preguntó el juez frunciendo el ceño.

—Sí, señor.

—En ese caso decid el acusado.

—Cuando el acusado subió á bordo del paquebot, observó la debilidad de mi padre. Este se hallaba tan enfermo, que yo no me atrevía á dejarle bajar á la cámara, temiendo que el aire viciado le hiciese daño. Le habia preparado una cama sobre cubierta, al lado de la escalera que conduce á los camarotes, y me habia instalado á su cabecera. El paquebot no conducia más pasajeros que nosotros cuatro. El acusado tuvo la bondad de darme algunos consejos y me ayudó á abrigar mejor á mi padre, porque yo lo habia hecho bastante mal, por no saber qué viento tendríamos á la salida del puerto. Se tomó una infinidad de molestias para sernos útil, lo hizo con una exquisita amabilidad, y se compadeció tan sinceramente del espantoso estado en que se hallaba mi padre, que no pude por ménos de corresponder á la simpatía que ambos le inspirábamos. Este fué el origen de nuestra conversacion.

—¿Estaba solo el acusado en el momento de dirigirse á bordo?

—No, señor.

—¿Cuántas personas habia con él.

—Dos franceses.

—¿Hablaron de negocios, y duró mucho su conversacion?

—Hablaron juntos hasta que los franceses tuvieron que volver á su chalupa.

—¿No cambiaron entre sí unas listas semejantes á ésta?

—Tenian varios papeles, pero no sé cuál era su contenido.

—¿Tenian aquellos papeles la dimension y la forma de éstos?

—Lo ignoro.

—¿Qué decian aquellos señores?

—Tampoco lo sé. Estaban en el último peldaño de la escalera, para acercarse más á la lámpara, que apenas alumbraba; pero hablaban en voz baja, y además yo no presté atencion á lo que decian.

—¿Qué os dijo el acusado?

—Se mostró tan confiado conmigo como tierno y cuidadoso con mi padre. Sabe Dios, prosiguió la jóven prorrumpiendo en llanto, que no quisiera pagar las bondades que le debemos, diciendo nada que pudiera perjudicarlo.

Murmulló en la sala.

—Miss Manette, repuso el juez, el acusado y el auditorio no pueden ya poner en duda que contestais con sobrada repugnancia á las preguntas que se os dirigen. Tened la bondad de continuar, miss Manette.

—Me refirió que viajaba con motivo de sus negocios, que tenia que cumplir una mision tan delicada que le habia sido preciso cambiar de nombre para no comprometer á su familia. Añadió que esta mision le obligaria á volver á Francia dentro de muy poco y á atravesar frecuentemente el Estrecho.

—¿No os dijo nada referente á América? Precisad vuestra respuesta y recordad todas las palabras del acusado.

—Segun pude colegir, trató de hacerme comprender las causas de la guerra que acababa de estallar entre los colonos y la metrópoli, pero es muy posible que yo me engañe. Añadió, en tono de broma, que el nombre de Jorje Washington seria probablemente un dia tan célebre como el de S. M. Jorje III; pero repito que lo decía riéndose, sin pensar en ello, y como hubiera podido decir otra cualquier cosa.

La expresion grabada en el rostro de un actor que excita poderosamente el sentimiento de su auditorio, se refleja generalmente en el rostro de los individuos á quienes cautiva, sin que éstos se den cuenta de ello. El juez

que habia bajado la cabeza para escribir la respuesta de la jóven, halló en la mayor parte de los espectadores la horrible ansiedad que se retrataba en la frente de la testigo, cuando levantó la cabeza sorprendido al oír aquella espantosa heregia referente á la gloria futura de Jorje Washington.

El abogado fiscal manifestó al juez que seria conveniente interrogar al padre de la jóven, aunque sólo fuese por mera fórmula, y el doctor Manette fué llamado como testigo.

—Doctor Manette, ¿habeis visto ántes de ahora al acusado?

—Le ví una vez que vino á visitarme; hace ya unos tres ó cuatro años.

—¿Reconocéis en él al compañero de viaje que tuvisteis al venir á Inglaterra, y podeis citarnos algunas palabras de la conversacion que tuvo con vuestra hija?

—Todo eso me es completamente imposible.

—¿Teneis algun motivo especial que os impida responder á esta pregunta?

—Sí, señor.

—Doctor Manette, ¿es verdad que habeis tenido la desgracia de ser encarcelado sin formacion de causa, en vuestro pais natal, y durante muchos años?

—¡Ah! sí, durante muchos años, respondió el testigo con un acento que hizo palpitar todos los corazones.

—¿Es cierto que hacia poco tiempo que os hallábais en libertad cuando emprendisteis el viaje de que se trata?

—Así me lo han referido.

—¿Recordais algo de lo que ocurrió durante la travesía?

—No recuerdo absolutamente nada; hay en mi mente un completo vacío á partir de la época—que tampoco sé cuál es—en que, encerrado en mi prision, comencé á hacer zapatos, hasta el momento en que me hallé en Londres con mi hija. La presencia de esta niña adorada habia lle-

gado á serme familiar, cuando la bondad de Dios quiso permitir que yo recobrase mis facultades; pero no puedo explicarme de qué modo llegué á familiarizarme con aquel nuevo género de vida, y tampoco sé cómo llegué á reconocer á mi hija, ó más bien á darme cuenta de su cariño y de la tierna solicitud con que me trataba.

El abogado fiscal tomó asiento.

El doctor Manette y su hija volvieron tambien á ocupar sus respectivos puestos.

Se trata de probar que en una noche del mes de Noviembre de 1775, salió el acusado de Londres en la silla-correo de Douvres, con uno de sus cómplices, el cual no pudo ser habido; que uno y otro, abandonando el carruaje mucho ántes de ser de día, se habian apeado en un sitio, escogido sin duda de antemano para ocultar la direccion que habian de tomar; que entónces retrocedieron unas doce millas y llegaron á una ciudad fortificada, en la cual adquirieron fraudulentamente los datos que se proponian reunir.

Para dilucidar este particular, se llamó á un testigo; su declaracion dió lugar á un curioso incidente.

Segun dicho testigo, el acusado se hallaba, á la hora conveniente, en el comedor de una fonda de aquella ciudad fortificada, aguardando á una persona que llegó al poco tiempo.

El defensor hizo á su vez diferentes preguntas al testigo, sin sacar con esto nada en limpio. El testigo en cuestion sólo habia visto al acusado en aquellos momentos, pero lo habia examinado perfectamente.

El abogado, cuyos ojos no se apartaban del techo desde que habia comenzado la vista, escribió entónces dos ó tres palabras en un pedacillo de papel que hizo pasar á manos del defensor.

Este recibió el papel, y despues de examinarlo, miró al detenido con extremada atencion.

—¿Estais bien seguro de que era el acusado? preguntó al testigo.

—Segurísimo.

—¿No habeis visto nunca á nadie que se pareciese al detenido?

—Nunca, ó por lo ménos que se le pareciese tanto que fuera posible confundirle con él.

—Tened la bondad de mirar á mi ilustrado colega, continuó el defensor designando al abogado que le habia entregado el papel escrito. ¡Perfectamente! Mirad ahora al acusado. ¿No creis que hay entre ambos una perfecta semejanza?

Indudablemente, exceptuando la indolencia que caracterizaba al ilustrado colega, su traje bastante descuidado y su fatigado aspecto, habia entre él y el acusado una semejanza bastante grande para que cualquiera la notase, sobre todo despues de haberle llamado la atencion sobre el particular.

El defensor suplicó al juez dispusiese que su ilustrado colega tuviese la bondad de quitarse un momento la peluca, y una vez satisfecho por completo este deseo, la semejanza llegó á ser mucho mayor.

—Mr. Stryver, preguntó el juez al abogado defensor, ¿os proponeis acaso poner en duda la lealtad de Mr. Cartone (el ilustrado colega), acusándole del delito de lesa magestad?

Mr. Stryver estaba muy lejos de abrigar semejante propósito. Concretóse exclusivamente á preguntar á los señores jurados si el hecho que acababa de presenciar el tribunal no podia haberse verificado en otra circunstancia cualquiera, y supuso que, despues de aquel incidente, comprenderia fácilmente el testigo la temeridad que habia en reconocer en el acusado á una persona á quiea sólo habia visto breves instantes en una fonda.

Este incidente dejó pulverizado al testigo, y su declaracion no llegó á significar nada en la causa.

Jerry, que á todo esto se ha entretenido en chupar sus mugrientos dedos, no se siente capaz de adivinar el desenlace de la funcion á que asiste en calidad de espectador. Necesita oír todavia la defensa de Mr. Stryver que, apoderándose de la requisitoria del acusador fiscal y volviéndola completamente del revés, demostró á los jurados «que el patriota Barsad era un espía asalariado, un vil calumniador que traficaba con la sangre de los desgraciados á quienes denunciaba, y uno de los más infames traidores que han existido desde los tiempos de Judas, del cual tiene todo, hasta la figura; y que el virtuoso Roger Cly era cómplice suyo hacia más de diez años. Demostró que aquellos dos hombres perjuros y falsarios se habian propuesto convertir al acusado en victima suya; que éste, al tener que ir continuamente á Francia, á donde le llamaban asuntos particulares de familia, se habia hecho sospechoso del crimen de que se le acusaba, y se habia aprovechado esta circunstancia por parte de los falsos testigos, con una infame habilidad, y, despues de haberle explotado, tenian gran interés en deshacerse de su persona. Que la declaracion arrancada á miss Manette, cuya profunda afliccion acababan de ver todos, probaba sencillamente que el acusado se habia conducido con esta jóven con toda la urbanidad y todas las atenciones que cualquier hombre bien educado hubiese empleado en semejantes circunstancias; que la conversacion entre ambos sólo fué una charla inocente, excepcion hecha de las palabras que parece pronunció el acusado al hablar de la gloria de Washington, pero que éstas eran tan extravagantes, que sólo podia verse en ellas una chanzoneta de mal gusto. El defensor añadió que seria una debilidad indigna del gobierno el aprovechar semejante causa para tratar de hacerse popular, lisonjeando las injustificadas antipatías y los necios temores del país; que á pesar del celo del acusador fiscal y á pesar de la

importancia que éste se había empeñado en dar al asunto, la acusación no se apoyaba en ningún fundamento verdaderamente serio, y sólo tenía por base aquellos testimonios cuyo infame carácter mancha frecuentemente otras causas análogas, y se halla con demasiada frecuencia en todos los procesos políticos de la Gran Bretaña.

Al llegar á este punto, el juez interrumpió con aire grave al abogado, como si acabase de decir alguna falsedad, y manifestó que no consentiría semejantes alusiones mientras tuviese la honra de permanecer en el sillón que ocupaba.

Mr. Stryver presentó algunos testigos de descargo.

Nuestro demandadero, despues de oír sus declaraciones, se ve obligado á escuchar la rectificación del abogado fiscal, que, volviendo del revés el trage que el defensor acaba de cortar á los jurados, demostró que Barsard y Gly eran infinitamente más honrados, y el detenido cien veces más perdido de lo que él se había imaginado en un principio.

El juez, cogiendo á su vez el manoseado trage, lo mostró sucesivamente del revés y del derecho, le dió definitivamente el corte que debía tener y lo convirtió en un sudario destinado al delincuente.

Los individuos del jurado comenzaron á deliberar y los moscardones se pusieron á zumbar con mayor fuerza que nunca.

El elocuente defensor, Mr. Stryver, recogió los papeles que tenía sobre su mesa y se puso á charlar con sus vecinos, mirando de cuando en cuando y con cierta inquietud á los jurados.

El juez abandonó su asiento y se paseó por el estrado, perseguido por la idea de que existía cierta putridéz en la atmósfera, idea que atormentaba también á la mayor parte de los jurados.

El ilustrado colega de Mr. Stryver fué la única persona que continuó sentada, siempre con las manos metidas en los bolsillos, la toga semi-caída, la peluca ladeada y los ojos fijos en el techo. Notábase en él cierta pereza y abandono de sí mismo que disminuían de tal modo su semejanza con el detenido, y sobre todo la que tenía cuando se compararon los dos rostros, que algunos espectadores se comunicaron mutuamente la sorpresa que experimentaban, y no comprendieron en qué consistía que se diferenciase tanto del acusado, siendo así que sus facciones eran absolutamente idénticas.

Cruncher lo hizo también notar á su vecino:

—Apostaría media guinea, añadió, á que es un abogado sin causas; un hombre sobrado de negocios no tiene nunca ese aspecto.

Mr. Cartone, á pesar de su aspecto indiferente y descuidado, observaba mejor que nadie todo cuanto ocurría en escena, porque él fué el primero que notó que la cabeza de miss Manette acababa de inclinarse sobre el hombro del doctor, y en seguida exclamó con voz de trueno:

—Ugier, acercáos á ese anciano y ayudadle á sacar á su hija fuera de aquí; ¿no veis que se ha puesto mala?

El doctor y miss Manette excitaron la más viva simpatía entre todos los asistentes. El doctor Manette había debido sufrir mucho cuando le recordaron su pasado, pues desde aquel momento se revelaba en su rostro una profunda tristeza.

Al cruzar por entre la muchedumbre el padre y la hija, el presidente del jurado dirigió la palabra al presidente de la sala:

—Los señores jurados, dijo, no pueden ponerse de acuerdo, y desean retirarse á la sala de deliberaciones.

El juez, que tenía como un peso sobre su corazón aquello de la futura gloria de Washington, extrañó mucho que los señores jurados no se hallasen de acuerdo so-

bre una cosa tan sencilla; pero consintió gustoso en que fuesen á deliberar á la habitacion contigua, y aprovechó esta coyuntura para abandonar él tambien la sala.

La noche iba echándose encima; mientras se encendian los quinqués, circuló por la sala el rumor de que los señores jurados tardarian aún mucho tiempo en ponerse de acuerdo. Los espectadores salieron casi todos con objeto de ir á tomar algún refresco, y el acusado fué á sentarse cerca de la puerta que conducia á la prision. Mr. Lorry, que habia acompañado al doctor y á su hija, volvió á entrar en la sala, é hizo seña de que se acercase al demandadero.

—Si quereis salir á tomar algo, podeis hacerlo, le dijo, pero no os alejeis demasiado; estad ahí cuando se pronuncie la sentencia, porque os necesitaré para que la comuniquéis al banco. Sois el demandadero más activo que conozco, y estoy seguro de que llegareis á Temple-Bar mucho antes que yo.

Jerry llevó el dedo índice á su diminuta frente en prueba de agradecimiento por el schelin que acompañó á aquella órden. En el mismo momento apareció Mr. Cartone, y colocando su mano sobre el brazo de Mr. Lorry:

—¿Cómo se encuentra esa jóven? preguntó el sócio de Tellson.

—Todo cuanto aquí ha ocurrido la ha afectado sobremanera; pero se encuentra mucho mejor desde que respira una atmósfera más pura.

—Quedaos ahí; voy á hacérselo saber al detenido. No seria conveniente que un hombre de vuestro carácter, un hombre que ocupa cierta posicion en la banca, hablase en público con un preso cualquiera.

El gentleman se sonrojó, como si creyese haber tenido la idea de cometer semejante enormidad, y Mr. Cartone se dirigió á la parte exterior de la barra.

—Señor Darnay, dijo, es muy natural que deseéis sa-

ber cómo se halla miss Manette. Acaban de decirme que empieza á calmarse su agitacion y que se encuentra mucho mejor.

—Siento con toda mi alma haber sido la causa de su malestar; ¿tendriais la amabilidad de decirselo de mi parte, manifestándole al propio tiempo mi profunda gratitud?

—Lo haré con mucho gusto, si así lo deseais, respondió Mr. Cartone con un tono indiferente que rayaba en insolencia.

—Sí, lo deseo vivamente, y os doy un millon de gracias.

—¿Qué esperais del jurado, Mr. Darnay? repuso Cartone apoyándose en la barra, y volviéndose hácia el acusado.

—Mi condena, replicó el interrogado.

—Eso es lo mejor que podeis hacer, porque la cosa es bastante probable; sin embargo, el desacuerdo en que se hallan los jurados os permiten aún tener alguna esperanza.

Jerry, que habia escuchado este diálogo, no quiso oír más, y dejó á los dos interlocutores, tan semejantes en el rostro como diferentes en la parte moral, juntos y de pié reflejados por el espejo que dominaba el banquillo de los acusados.

La suspension de la vista duró todavía hora y media, y á pesar de los pasteles de carne y los jarros de cerveza, el inmenso gentío que poblaba los pasillos de la planta baja mostraba una verdadera impaciencia.

Nuestro demandadero, despues de haber bebido y comido á toda su satisfaccion, se colocó en un banco, y ya se disponia á echar un sueñecillo, cuando vió malogrado su pacífico propósito por un fuerte murmullo, y fué empujado hasta lo alto de la escalera por la multitud que se precipitaba en la sala del tribunal.

¡Jerry! ¡Jerry! gritó el gentleman, á quien halló al lado de la puerta tan pronto como penetró en la sala.

—¡Aquí estoy, señor, aquí estoy! habrá que andar á empellones cuando tenga que salir.

—Marchaos ahora mismo, repuso el banquero entregándole una esquila. ¡Tomad esto, Jerry! Marchaos y no os detengais un momento.

—Muy bien, señor.

—El papel que acababa de recibir el demandadero no contenia más que una sola palabra:

Absuelto.

Cruncher, atravesando denodadamente por entre la apiñada multitud, pensó para sí:

—Si hubiéseis escrito ahora *Resucitado*, lo comprenderia perfectamente.

No le fué posible continuar su monólogo, porque se vió obligado á correr para no ser atropellado por la multitud de gentes diseminadas por todas partes, y cuyo zumbido se oía por la calle, como si los moscardones, malograda su esperanza, se hubiesen precipitado en busca de otro cadáver.

CAPITULO IV.

Felicitaciones.

Mientras desaparecian los últimos restos de aquel guisado humano que hervia desde por la mañana en la sala del tribunal, Lucía Manette y su padre, el abogado y el defensor de Mr. Darnay se habian reunido en torno de éste y le daban la enhorabuena por haberse librado de una muerte casi segura. Difícil hubiera sido, aun reinando la mayor claridad, reconocer en aquel doctor, de inteligentes facciones y noble aspecto, al zapafero del arrabal Saint Antoine.

Sin embargo, nadie que le hubiese mirado una vez

podia dejar de mirarle nuevamente, aun cuando no hubiese tenido ocasion de observar el doloroso timbre de su voz grave, y el aire distraido que velaba á veces repentinamente todo su rostro. No solamente una causa exterior, una palabra alusiva á sus años de agonía, evocaban de las profundidades de su alma aquel estado de abstracción, sino que sucedia tambien que la nube se formaba por sí misma, y esparcia sobre las facciones del antiguo prisionero una oscuridad tan incomprensible para los espectadores que no conocían su historia, como si en un dia despejado y sereno hubiesen visto la Bastilla proyectar su sombra sobre él, á pesar de las trescientas millas que de ella le separaban.

Únicamente su hija era capaz de disipar aquellas nubes. Ella era el hilo de oro que unia los días felices del anciano con la tranquilidad que gozaba despues de su miseria. La voz, la mirada y el contacto de Lucía, ejercian en él una soberana influencia. Sin embargo, la jóven recordaba que en ciertas ocasiones, su ternura no habia producido ningun efecto; pero estas ocasiones eran muy raras, y ella iba adquiriendo la certidumbre de que no volverian á reproducirse.

Mr. Darnay besó fervorosamente la mano de Lucía Manette, y luego, dirigiéndose á Mr. Stryver, le dió muestras de su profundo agradecimiento. Este tenia apenas unos treinta y tantos años, pero representaba cerca de cincuenta. Era grueso y de corta estatura, tenia una voz fuerte, modales bruscos, cabellos rojos, tez sonrosada, carencia absoluta de delicadeza, y cierto modo de brillar en medio de una sociedad ó de una conversacion, elogiándose á sí mismo, que hacia fácil el poderle augurar un feliz porvenir en su carrera.

El referido abogado, que conservaba aún su peluca y su toga, se colocó enfrente de su cliente á viva fuerza atropellando y expulsando de su sitio al infeliz Mr. Lorry.

—Téngo una verdadera satisfaccion en haber podido

—¡Aquí estoy, señor, aquí estoy! habrá que andar á empellones cuando tenga que salir.

—Marchaos ahora mismo, repuso el banquero entregándole una esquila. ¡Tomad esto, Jerry! Marchaos y no os detengais un momento.

—Muy bien, señor.

—El papel que acababa de recibir el demandadero no contenia más que una sola palabra:

Absuelto.

Cruncher, atravesando denodadamente por entre la apiñada multitud, pensó para sí:

—Si hubiéseis escrito ahora *Resucitado*, lo comprenderia perfectamente.

No le fué posible continuar su monólogo, porque se vió obligado á correr para no ser atropellado por la multitud de gentes diseminadas por todas partes, y cuyo zumbido se oía por la calle, como si los moscardones, malograda su esperanza, se hubiesen precipitado en busca de otro cadáver.

CAPITULO IV.

Felicitaciones.

Mientras desaparecían los últimos restos de aquel guisado humano que hervía desde por la mañana en la sala del tribunal, Lucía Manette y su padre, el abogado y el defensor de Mr. Darnay se habían reunido en torno de éste y le daban la enhorabuena por haberse librado de una muerte casi segura. Difícil hubiera sido, aun reinando la mayor claridad, reconocer en aquel doctor, de inteligentes facciones y noble aspecto, al zapatero del arrabal Saint Antoine.

Sin embargo, nadie que le hubiese mirado una vez

podía dejar de mirarle nuevamente, aun cuando no hubiese tenido ocasion de observar el doloroso timbre de su voz grave, y el aire distraído que velaba á veces repentinamente todo su rostro. No solamente una causa exterior, una palabra alusiva á sus años de agonía, evocaban de las profundidades de su alma aquel estado de abstracción, sino que sucedía tambien que la nube se formaba por sí misma, y esparcía sobre las facciones del antiguo prisionero una oscuridad tan incomprensible para los espectadores que no conocían su historia, como si en un día despejado y sereno hubiesen visto la Bastilla proyectar su sombra sobre él, á pesar de las trescientas millas que de ella le separaban.

Únicamente su hija era capaz de disipar aquellas nubes. Ella era el hilo de oro que unía los días felices del anciano con la tranquilidad que gozaba despues de su miseria. La voz, la mirada y el contacto de Lucía, ejercían en él una soberana influencia. Sin embargo, la jóven recordaba que en ciertas ocasiones, su ternura no habia producido ningun efecto; pero estas ocasiones eran muy raras, y ella iba adquiriendo la certidumbre de que no volverían á reproducirse.

Mr. Darnay besó fervorosamente la mano de Lucía Manette, y luego, dirigiéndose á Mr. Stryver, le dió muestras de su profundo agradecimiento. Este tenía apenas unos treinta y tantos años, pero representaba cerca de cincuenta. Era grueso y de corta estatura, tenía una voz fuerte, modales bruscos, cabellos rojos, tez sonrosada, carencia absoluta de delicadeza, y cierto modo de brillar en medio de una sociedad ó de una conversacion, elogiándose á sí mismo, que hacía fácil el poderle augurar un feliz porvenir en su carrera.

El referido abogado, que conservaba aún su peluca y su toga, se colocó enfrente de su cliente á viva fuerza atropellando y expulsando de su sitio al infeliz Mr. Lorry.

—Téngo una verdadera satisfaccion en haber podido

sacaros de este atolladero. Mr. Darnay, exclamó; era una persecucion innoble é infame, pero que por eso mismo debia haberos sido fatal.

—Recordaré ese favor toda mi vida, respondió calurosamente el jóven.

—Yo he hecho todo cuanto me ha sido posible, Mr. Darnay, y creo que valgo tanto como otro cualquiera.

Parecia natural que álguien se encargase de añadir: «Mucho más».

Mr. Lorry tomó á su cargo esta comision, tal vez con el propósito de obtener un pequeño lugar al lado del que ocupaba hacia poco.

—¿Lo decis sinceramente? preguntó Mr. Stryver; eso me llenaria de satisfaccion. Habeis asistido á los debates, debéis ser persona competente en la materia. Vos sois un hombre de negocios, un hombre sério, un hombre grave.

—Por eso mismo, replicó Mr. Lorry, ruego al doctor que dé por terminada esta conferencia y disponga que salgamos de aquí. Miss Lucia está sinmamente pálida, mister Darnay ha llevado un dia terrible, y todos nosotros estamos completamente desmarejados.

—Hablad por vuestra cuenta, dijo el abogado; hablad por vuestra cuenta al decir eso de desmarejados; por lo que á mi se refiere, os aseguro que tengo que trabajar toda la noche.

—Lo digo más bien por miss Manette y por Mr. Darnay, replicó el gentleman. Señorita, ¿no os parece que puedo hablar en nombre de todos? añadió designando con la vista al doctor Manette.

El rostro de éste, cuyos ojos se hallaban fijos en Carlos Darnay, tenia una expresion particular que, cada vez más marcada, revelaba una desconfianza y una aversion que iban acompañadas de un profundo temor.

—Padre mio, dijo miss Manette colocando una mano sobre su brazo.

El anciano sacudió la sombra siniestra que cubria su rostro, y se volvió hácia su hija.

—¿Vámonos ya á casa?

—Sí, dijo el doctor exhalando un profundo suspiro.

Acababan de ser apagados los quinqués de los pasillos, habianse cerrado las pesadas rejas, produciendo un ruido estrepitoso, y aquel horrible teatro iba á quedar desierto hasta que el poderoso interés que despertaban la horca y la picota, volviese á llenarlo al rayar el dia.

Lucia Manette, dando el brazo á su padre y acompañada de Mr. Darnay que iba á su lado, llegó á la calle, subió á un carruaje de alquiler, y desapareció con el doctor. El abogado se habia separado de ellos en uno de los pasillos para dirigirse al vestuario.

Ninguna de las personas que habian asistido á los debates, ni aun el mismo Mr. Darnay habia notado la parte que tomó en ellos el colega de Mr. Stryver.

El indolente Cartone, que al terminar la sesion se habia quitado la peluca y la toga, sin que por esto ganase nada su aspecto, no se habia unido á los que fueron á felicitar al detenido; habíase apoyado contra la pared en la parte más oscura del pasillo, sin hablar una palabra con nadie absolutamente; luego signió al doctor y á su hija, siempre silencioso y mudo, y los contempló hasta el momento en que los vió subir al carruaje.

Entonces se acercó á Mr. Darnay, que estaba hablando con Mr. Lorry.

—Parece, dijo á este último, que se puede ahora dirigir la palabra al detenido sin comprometerse. Si hubiérais podido ver, Mr. Darnay, la lucha que tiene que sostener un hombre respetable cuando batalla entre la necesidad de ceder á los impulsos de un noble corazon y la necesidad de guardar las apariencias que le imponen los negocios, os hubiéseis divertido muy de veras.

—Caballero, dijo el banquero con cierto calor y ponién-

dose vivamente encendido, ya habeis mencionado ese particular; permitidme ahora haceros observar que las personas que se hallan al servicio de una casa importante no se pertenecen en ningun caso, y deben pensar en los intereses que les están encomendados mucho más que en sus propios descos.

—Lo sé perfectamente, respondió Cartone con indiferencia. No os enojeis, Mr. Lorry, valeis tanto como otro cualquiera, y hasta tengo la convicción de que valeis mucho más.

—Caballero, repuso el gentleman, á quien estas palabras no habian tranquilizado en modo alguno; en verdad que no comprendo el interés que pueda inspiraros mi conducta. Permitidme, siquiera sea en obsequio de mis años, que os dé un consejo: creo que hariais mucho mejor en ocuparos de vuestros negocios.

—Yo no tengo ningun negocio, respondió el abogado.

—¡Tanto peor, caballero, tanto peor! eso sí que es verdaderamente sensible.

—Estamos completamente de acuerdo.

—Siuviéseis negocios, prosiguió el gentleman, os ocuparíais de ellos y...

—Puede que no me tomase esa molestia, interrumpió Mr. Cartone.

—Haríais muy mal, caballero, exclamó el pobre viejo exasperado al ver tanta indiferencia; los negocios son una cosa excelente, y no puede haber nada más respetable que el trabajo que absorben. Mr. Darnay tiene sobrado talento para comprender mi situación, y sé que es bastante generoso para que yo pueda abrigar el temor de que se resienta conmigo por la imposibilidad en que yo me hallaba de... Buenas noches, Mr. Darnay, abrigo la esperanza de que habeis escapado á la muerte para gozar de una existencia feliz; os repito mi más cordial enhorabuena. ¡Mozos, acercáos aquí!

Mr. Lorry, enojado consigo mismo por este arranque de impaciencia, se introdujo en la silla de manos, y fué conducido á la casa Tellson y C.^ª

—¿No es verdaderamente una rara casualidad el que nos hallemos juntos otra vez, Mr. Darnay? exclamó riendo Sydney Cartone, cuando vió alejarse al gentleman. Debe pareceros muy extraño el veros esta noche en la calle, á solas con vuestro *alter ego*?

—¡Apénas si me atrevo á creer que vivo en este mundo! respondió Carlos.

—No lo es extraño; ¡hace tan poco tiempo que estábais á punto de largaros al otro! Pero parece que os sentís fatigado.

—Efectivamente, me encuentro muy débil.

—¿Y por qué demonio no comeis? Yo he hecho mi comida mientras se averiguaba á qué mundo debíais pertenecer. Permitidme que os acompañe á la primer taberna en que haya probabilidad de que pueda comer un cristiano.

Sydney Cartone cogió el brazo de Carlos Darnay, le llevó casi por fuerza al final de Lugdate, siguió por Fleetstreet, y despues de atravesar varias calles, le condujo al extremo de un pasaje. Una vez allí, fueron introducidos en una habitacioncita, en la cual logró Carlos recuperar sus fuerzas, gracias á una suculenta cena, acompañada de buen vino, en tanto que Cartone, sentado enfrente de él, saboreaba una botella de Oporto, sin abandonar un solo momento su aspecto indolente mezclado de impertinencia.

—¿Comenzais ya á daros cuenta de que os hallais en este mundo? preguntó á Mr. Darnay.

—Ahora empiezo á comprenderlo, pero he visto las calles tan confusamente, que no sé en dónde me hallo.

—Eso debe de ser una inmensa satisfaccion, repuso Cartone con cierta amargura, llenando nuevamente su

vaso. Yo sólo deseo olvidar que formo parte de este picaro mundo. Exceptuando el vino de Oporto, la tierra, en que no sirvo para nada absolutamente, no me ofrece ninguna cosa agradable. En esto no nos parecemos ni pizca; en cuanto á lo demás, considerados moralmente, creo que ambos tenemos una gran semejanza. ¿No os parece lo mismo?

Cárlos Darnay, turbado por las emociones que acababa de experimentar, creyó que soñaba al ver enfrente de sí su propia imagen revistiendo un carácter tan diferente del suyo, y viendo que la pregunta era un tanto dificultosa, resolvió dar la callada por respuesta.

—Ahora que habeis comido, prosiguió el abogado, ¿quereis que brindemos?

—¿Por quién quereis que brinde?

—Lo teneis en la punta de la lengua.

—¿Por miss Manette?

—Bien decia yo; así debia ser: ¡por miss Manette!

Mientras bebía á la salud de la jóven, Mr. Cartone miró fijamente á Mr. Darnay, luego rompió su vaso y llamó para que le trajeran otro.

—Es una hermosa mujer; ¡qué grato debe ser llevarla á su carruaje de la mano y en la sombra! repuso el abogado llenando el vaso que acababan de traerle.

—¡Sí! dijo el jóven lacónicamente.

—Debe ser muy grato el despertar la compasion y las lágrimas de una mujer tan linda! ¿Qué impresion produce eso? ¿Creis que es pagar demasiado cara la simpatía de una jóven tan encantadora el arrostrar el peligro de ser condenado á muerte, Mr. Darnay?

B-te continuó guardando silencio.

—¡Qué satisfaccion tan grande sintió al escuchar las palabras que le dije de parte vuestra! No creais que dejé traslucir su viva satisfaccion, pero yo la adiviné desde luego.

Esta alusion recordó muy oportunamente á Cárlos Darnay que aquel insolente personaje le habia demostrado su generosidad en un trance verdaderamente apurado, y aprovechó aquel momento para dar otro sesgo á la conversacion, significando á Mr. Cartone lo mucho que le agradecia su exquisita bondad.

—No teneis nada que agradecerme, respondió el abogado; se trataba de una cosa bien fácil, y la he hecho sin pensar en ello. Permitidme ahora que os dirija una pregunta.

—Con mucho gusto; quisiera poder hacer algo en obsequio á vuestra noble conducta.

—¿Creis que os estimo?

—Si he de decir la verdad, caballero, respondió Darnay completamente desconcertado, me haceis una pregunta que nunca se me habia ocurrido.

—Pero ¿qué pensais en este momento?

—Os habeis conducido respecto de mi como un verdadero amigo, y sin embargo no creo que me tengais ningun cariño.

—Ni yo tampoco lo creo, dijo el abogado; vuestra respuesta me hace formar una idea sumamente favorable de vuestro buen talento.

—Sin embargo, prosiguió Darnay poniéndose en pié, supongo que no habrá en los sentimientos que yo pueda inspiraros nada que me impida pagar vuestra cena y creo que nos separaremos sin abrigar el menor resentimiento por vuestra parte ni por la mia.

—Seguramente que nó, respondió Cartone; ¿os empeñais en pagar todo el gasto?

—Lo haré así si me lo permitis, replicó Darnay.

—En ese caso, dijo el abogado al mozo de la taberna, traed otra botella de Oporto, y no dejéis de despertarme á las diez.

Cárlos Darnay, después de pagarlo todo, se levantó y

dió las buenas noches á Mr. Cartone, el cual, levantándose á su vez, le dijo con cierta insolencia:

—Oíd una palabra, Mr. Darnay: ¿pensais que estoy ébrio?

—Pienso que habeis bebido.

—No solamente lo pensais, sino que estais persuadido de ello.

—Efectivamente, Mr. Cartone.

—Pues bien, sabed que esto consiste en que yo soy un miserable galopo sin posición alguna; ni yo me cuido de nadie, ni nadie se cuida de mí.

—Lo siento de veras, caballero, porque podriais hacer mucho mejor uso de vuestra inteligencia.

—De todos modos, Mr. Darnay, aunque la vuestra sea superior á la mia, no os vanaglorieis de ello: ¿quién sabe lo que sucederá el día de mañana?

Cuando se vió solo, Cartone cogió la vela que tenia sobre la mesa, se acercó al espejo que habia colgado en una de las paredes, y se miró á sí mismo con extremada atención.

—¿Quieres tú á ese hombre? murmuró hablando con su propia imagen. ¿Y por qué has de quererle? ¿Porque se te asemeja? ¿Qué hay en tí que pueda inspirar cariño? Nada; eso ya lo sabes hace mucho tiempo. ¡Llévete el diablo! ¿Que cambio se ha operado en tu alma! ¿Hay motivo bastante para querer á un hombre porque os explica lo que huviérais podido ser, y porque os hace comprender la grandeza de vuestra caída? Tú en su lugar le hubieras mirado del mismo modo que esos ojos azules, y hubieses hecho nacer la emoción que agitaba ese rostro. Vamos, dí francamente que le detestas.

Acercóse otra vez á su botella como buscando á su lado algun consuelo; la vació por completo, se durmió con la cabeza apoyada sobre sus brazos, y con los cabellos esparcidos por la mesa fué recogiendo el sebo de la vela á medida que ésta se derretía sobre ellos.

CAPITULO V.

El chacal.

En aquella época la mayor parte de los hombres bebían de tal modo, y ha habido sobre este particular un progreso tan notable en las costumbres, que quien refriese hoy día la cantidad de bebidas alcohólicas que absorbía un gentleman sin empañar en lo más mínimo su reputación de hombre bien educado, sería tachado de exagerado embustero.

En estas báquicas costumbres, los hombres del foro no tenían nada que envidiar á las demás profesiones literarias, y Mr. Stryver, que habia logrado ya una clientela tan numerosa como lucrativa, rivalizaba, en toda la extensión de la palabra, con los más famosos jurisconsultos, tanto en la cuestión de empinar el codo como en los embrollos y sutilezas propios de su profesion. Gozaba de gran favor en los asuntos criminales y civiles é iba poco á poco con habilidad y prudencia, salvando los peldaños inferiores de la escala que se proponia recorrer. Old-Bailey y el tribunal del banco del rey, recibían con los brazos abiertos á su favorito, y Mr. Stryver, presentándose arrogante-mente enfrente del juez, mostraba por encima de un acirrate de pelucas su abierta fisonomía que hacia girar como un tornasol hácia el astro brillante del día.

Habiase notado frecuentemente en el foro, que si bien Mr. Stryver poseia una palabra fácil, un carácter poco escrupuloso y un talento audaz y dispuesto á la réplica, carecia en cambio de esa facultad de agrupar y esprimir los hechos, que es una de las principales condiciones de un buen abogado. Pero hacia algun tiempo que habia adelantado muchísimo en este terreno; á medida que sus

negocios aumentaban, los analizaba infinitamente más, y hacia resaltar los principales extremos con una penetración que nunca se le había conocido. Aun cuando hubiese pasado una noche de orgía, al otro día por la mañana tenía la causa en la punta de los dedos, y sacaba de ella los más inesperados recursos de ataque ó de defensa.

Sidney Cartone, el más perezoso de los mortales y el que parecía menos dispuesto, era el aliado, el compañero inseparable del legista; hubiera podido flotar un barco del rey en las diferentes bebidas que consumían juntos desde la fiesta de San Hilario hasta la de San Miguel.

El inteligente abogado no defendía una causa en ninguna parte sin que su amigo Cartone se hallase allí presente con las manos metidas en los bolsillos y la vista fija en el techo. Los dos verificaban los mismos *circuits* (1), se entregaban en las provincias á las mismas orgías que en Lóndres, y las prolongaban de tal modo, que no faltaba quien sostenía haber visto á Cartone entrar en su casa, al ser ya de día, cayendo y levantando como un gato de disipadas costumbres.

En una palabra, comenzábase á susurrar, no sin su correspondiente malicia, que si Cartone no era un león, hacía en cambio perfectamente el papel de chacal en obsequio del susodicho Stryver.

—¡Caballero, ya han dado las diez! dijo á Sidney Cartone el mozo de la taberna que había recibido el encargo de despertarle.

—¿Qué es lo que queréis?

—Vengo á avisaros que son ya las diez.

—¿Las diez de la noche?

—Sí, señor. ¿No me encargásteis que os despertase?

(1) Expediciones que los jueces de Inglaterra, constituidos en tribunal, verifican por las provincias con objeto de administrar justicia.

—¡Bien, bien! sí que me acuerdo.

Después de hacer algunos esfuerzos para volver á dormirse, esfuerzos que el mozo de la taberna supo combatir hábilmente atizando el fuego con gran estrépito. Cartone se puso en pié, se encasquetó su sombrero y salió. Dirigióse hácia el Temple, recorrió dos veces la acera del paseo de King's-Bench, á fin de sacudir su letargo, y se encaminó al bufete de Mr. Stryver.

El pasante de este último, que no asistía nunca á aquellas conferencias nocturnas, se había ido ya á su casa, y el mismo abogado en persona fué quien abrió la puerta á su colega. Lleva á zapatillas y una bata suelta, y se había quitado la peluca y la corbata para estar más á sus anchas. Tenía esas profundas ojeras que se observan en el rostro de todos los grandes bebedores, desde Jeffries (1) hasta nuestros días, y que, á pesar de todos los artificios del arte, se notan también en todos los retratos de las personas que se abandonan á la intemperancia.

—Llegas con retraso, Nemosino (2), dijo el abogado.

—Un cuarto de hora á lo sumo, respondió Sidney.

Entraron en una habitación llena de humo; las paredes desaparecían tras unos inmensos testereros de libros, y el piso se hallaba materialmente cubierto de montones de papeluchos. Una enorme caldera de hierro llena de brasas humeaba al lado de la puerta, y en medio de aquellos papeles, hacinados en tropel, se destacaba una mesa atestada de vino, aguardiente, ron, azúcar y limones.

—Ya veo que has bebido una botellita, Sidney, dijo el abogado.

(1) Célebre magistrado de Inglaterra que en tiempo de Carlos II hizo odiosa su memoria por los actos de crueldad que aconsejó al rey cuando la revolución de 1688.

(2) Alusión á Nemosina, diosa de la Memoria y madre de las nueve Musas.

—Creo que he bebido dos, respondió Cartone; he cenado esta noche con nuestro cliente de hoy, ó por mejor decir le he visto cenar, aunque todo viene á ser lo mismo.

—Has tenido una idea verdaderamente rara al hacerte confrontar con el detenido, amigo Sydney. ¿Cómo demonio pudo ocurrírsete semejante cosa? ¿Cuándo notaste tu semejanza con Mr. Darnay?

—Me pareció un buen mozo, y creí que yo hubiera sido lo mismo que él, si me hubiese favorecido la fortuna.

—¡Pobre amigo mío! la fortuna y tú habeis estado siempre reñidos, dijo el abogado riendo de un modo fenomenal. Pero vamos á trabajar Sydney, vamos á trabajar.

El chacal deshizo el lazo de su corbata, desabrochó su traje con aspecto sombrío, se dirigió á una habitacion inmediata y volvió con una jarra de agua fria, una palangana y dos tohallas; sumerjió en el agua las dos tohallas, las retorció ligeramente, se las puso alrededor de la cabeza, y sentándose á la mesa:

—Ya estoy preparado, dijo á su colega.

—No hay gran cosa que hacer, respondió Stryver con aire jovial, revolviendo los papelotes.

—¿De cuántos asuntos tenemos que ocuparnos?

—Nada mas que de dos.

—Pues dame primero el más difícil.

—Aquí tienes los dos, Sidney; haz lo que mejor te parezca, pero sobre la marcha y con todos tus cinco sentidos.

Después de pronunciar estas palabras con suma arrogancia, el leon se tendió sobre un sofá colocado al alcance de las botellas, en tanto que el chacal se instalaba ante una especie de pupitre destaralado, cubierto de legajos, y desde el cual podían tambien alcanzarse las tohallas colocadas sobre la mesa.

Los dos compañeros bebían sin empacho, pero de muy distinta manera. El leon, recostado negligentemente y con una mano colocada sobre la cintura, contemplaba el fue-

go y jugaba de cuando en cuando con un plieguecillo de papel. El chacal, con las cejas fruncidas y la mirada reconcentrada, se hallaba tan profundamente absorto en su trabajo, que ni siquiera apartaba de él la vista cuando alargaba el brazo para coger su vaso. Cuando la tarea ofrecía alguna seria dificultad, levantábase nuestro hombre, volvía á remojar sus dos tohallas y continuaba inmediatamente su trabajo, con la cabeza cubierta por un adorno indescriptible que parecia aún más estrambótico al contemplar su aire grave y preocupado. Después de aderezar completamente la comida del amo, el chacal se dispuso á ofrecérsela. El leon se dignó extender la mano para recibir lo que aquel le presentaba, escogió lo que le pareció conveniente y discutió su mérito, siempre con la debida asistencia de su muy humilde servidor. Después de probada la comida, introdujo ambas manos en su cinturón y volvió á acostarse con aire pensativo.

El chacal buscó nuevas fuerzas en un gran trago de Oporto, volvió á remojar sus dos tohallas, y preparó los elementos de una segunda comida. Esta nueva presa fué servida de la misma manera que la anterior, y cuando estuvo completamente terminada, dieron las tres en los relojes de la ciudad.

—Ahora que hemos ya concluido, hagamos un ponche, Sydney, dijo el abogado.

Sydney se quitó las humeantes tohallas que le cubrían la cabeza, se estiró, bostezó, tiritó, y obedeció la orden que acababan de darle.

—¿Sabes, Sydney, que has estado muy oportuno respecto de aquel testigo de cargo? Todas las preguntas que se le han hecho las habias tú previsto.

—¿Y qué! ¿no sucede lo mismo todos los días?

—No digo yo lo contrario. Pero ¿qué mala yerba has pisado hoy? Atrácate de ponche á ver si se te ablanda el mal humor.

El chacal obedeció refunfuñando.

—Siempre lo mismo el antiguo Sydney de la escuela de Shrewsbury, continuó el abogado mirando á su antiguo compañero de colegio; siempre Sydney, alias Lanzadera: ahora arriba, un minuto despues completamente abajo; loco de contento al medio dia, desesperado al llegar la noche.

—¡Sí! siempre el mismo y siempre con la misma suerte, respondió Cartone con amargura. Ya por aquel tiempo hacia yo el trabajo de los demás y nunca me ocupaba del mio.

—¿Y por qué?

—Sólo Dios lo sabe; ¡será sin duda ese mi destino!

Hallábase sentado, tenia las manos metidas en los bolsillos y las piernas estiradas y contemplaba la lumbre con aire distraído.

—Cartone, le dijo el abogado colocándose resueltamente enfrente de él con aire de importancia; tu suerte ha sido y será siempre endemoniada porque careces de energia y no tienes aplicacion al trabajo. Observa lo que yo hago y procura imitarme.

—¡Valgame Dios! exclamó Sydney lanzando una ruidosa carcajada, ¿vas ahora ha convertirte en predicador?

—¿De qué modo he logrado yo todo cuanto he logrado? continuó el abogado siempre en el mismo tono. ¿De qué modo logro hoy todo cuanto llevo á cabo?

—Pagándome para que te ayude, ó mejor dicho, para que yo lo haga todo, replicó Sydney. Pero eso no merece que me apostrofes de ese modo y con tanta gravedad; tú puedes ocupar el lugar que te conviene, y de ahí resulta que tú estás delante y yo detrás; ni más ni ménos.

—Si ocupo el primer lugar, ¿no me ha sido preciso conquistarle? ¿Crees tú que he nacido siendo lo que soy?

—No lo sé; no estuve presente en el momento del parto.

respondió Cartone. Yo sólo sé una cosa, y es que ántes de ir al colegio tenias ya tu lugar y yo el mio, y que desde entónces hemos seguido lo mismo. Aun en el mismo París, cuando habitábamos el barrio latino para aprender en él un poco de francés y de derecho civil, etc., cosas en que nunca has logrado ser muy fuerte, dicho sea de paso, tú te hallabas en todas partes y yo en ninguna.

—¿Y quién tenia la culpa de eso?

—Yo creo que tú, ¡vive Dios! Tú estabas incesantemente ocupado en abrirte un camino cualquiera, dispuestos siempre á figurar entre las gentes á fuerza de insistencia, desfachatez y temeridad. Tú acaparabas todo el movimiento y yo sólo disponia del reposo. Pero es muy triste ocuparse del pasado cuando vá á despuntar el dia; ántes de que me marche, procura dar otra direccion á mis pensamientos.

—Eso es precisamente lo que deseo, Sydney. ¡A la salud de la encantadora testigo! dijo el abogado. ¿No te parece que esto es mucho más agradable?

No debió creerlo así Cartone, porque su rostro adquirió un tinte más sombrío.

—¡La encantadora testigo! murmuró contemplando el fondo de su vaso; ¿de quién estás hablando?

—De la linda hija del doctor, de miss Manette.

—¿Qué es linda!

—¡Ah! ¿conque no lo es?

—No.

—¿Qué estás diciendo? Todos los jueces han admirado su belleza.

—¡Valientes peritos! ¿Quién ha reconocido nunca la competencia de Old-Bailey en cuestiones de belleza? Es una muñeca con cabellos de oro.

—Pues oye, Sydney, repuso Mr. Stryver mirando fijamente á su compañero y acariciándose lentamente la barba, yo creía que esta muñeca con cabellos de oro te era

sumamente simpática, y hasta se me había figurado que observabas con sumo cuidado todo cuanto le ocurría.

—Cuando una jóven, sea ó no sea muñeca, se desmaya en presencia de un hombre, no tiene éste necesidad de un telescopio para verlo, respondió Cartone. Sin embargo, quiero darte la razón y vaciar mi vaso á su salud, pero niego formalmente que sea linda. Ahora ya no bebo más, ¡adiós! voy á acostarme.

Cuando Sydney salió de casa del abogado, la luz del sol brillaba apénas en la escalera á través de los mugrientos cristales; en la calle el aire era frío y glacial, el cielo estaba triste y nublado, el agua del río espesa y negruzca, la ciudad silenciosa y sombría. Grandes nubes de polvo corrian de un lado para otro en revueltos giros, impelidas por el viento de los mares, como si el Africa hubiese enviado sus oleadas de arena para envolver en ellas á la ciudad dormida.

Cartone, solo, en medio de aquel desierto y conservando dentro de sí mismo el vacío operado por tantas fuerzas perdidas, se detuvo un momento pensando en el amor al bien, el olvido de sí mismo, en la perseverancia, en la dignidad y en el noble empleo del talento y del corazón. En medio de estos pensamientos veía los amorellos y las gracias dirigirse á él desde las más elevadas regiones mostrándole espléndidos jardines en que florecían los frutos de la vida y en los cuales hacia brotar la esperanza encantados manantiales.

Esta especie de vision desapareció en seguida; Cartone llegó á su habitación, situada en medio de un grupo de casas negras y húmedas, y se tendió, completamente vestido, sobre la desecha cama, que humedeció con Jágrimas tan amargas como inútiles.

El sol apareció tristemente, muy tristemente á través de la niebla, y no alumbró nada cuyo aspecto fuese más doloroso que el de aquel hombre dotado de facultades só-

lidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos, susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir las, ni de bastarse á sí mismo, ni de hacer nada por su propia dicha, y que, llorando su perdida existencia, se abandona á un sér que le devora.

CAPITULO VI.

A centenares.

El doctor Manette habitaba en los alrededores de Soho-Square, una pacífica casa situada en el ángulo de una calle poco frecuentada. Hacia ya próximamente unos cuatro meses que la causa de la majestad había sido juzgada, y el público no se acordaba ya de semejante cosa, cuando un domingo, durante una hermosa tarde de Julio, Mr. Jarvis Lorry, recorriendo las abrasadoras calles de Clerkenwell, se dirigió hácia la casa del doctor, en donde iba á comer.

Después de caer repetidas veces en la supuesta indiferencia en que le sumerjian los negocios, Mr. Lorry se había dejado arrastrar por el cariño que le inspiraban el doctor y su hija, y el pacífico barrio en que habitaban sus amigos había llegado á ser para él el punto luminoso de su existencia.

El día de que hablamos, Mr. Lorry se había lanzado á la calle muy temprano; por tres motivos: primero, porque el domingo, cuando hacia buen tiempo, tenia la costumbre de ir antes de la hora de la comida, para dar un paseito con el doctor y su hija. Segundo, porque cuando el tiempo era desapacible ó cualquier otra circunstancia impedía dar el consabido paseito, se instalaba en casa de los señores Manette, hablaba familiarmente con ellos, cogía un li-

sumamente simpática, y hasta se me había figurado que observabas con sumo cuidado todo cuanto le ocurría.

—Cuando una jóven, sea ó no sea muñeca, se desmaya en presencia de un hombre, no tiene éste necesidad de un telescopio para verlo, respondió Cartone. Sin embargo, quiero darte la razón y vaciar mi vaso á su salud, pero niego formalmente que sea linda. Ahora ya no bebo más, ¡adiós! voy á acostarme.

Cuando Sydney salió de casa del abogado, la luz del sol brillaba apénas en la escalera á través de los mugrientos cristales; en la calle el aire era frío y glacial, el cielo estaba triste y nublado, el agua del río espesa y negruzca, la ciudad silenciosa y sombría. Grandes nubes de polvo corrian de un lado para otro en revueltos giros, impelidas por el viento de los mares, como si el Africa hubiese enviado sus oleadas de arena para envolver en ellas á la ciudad dormida.

Cartone, solo, en medio de aquel desierto y conservando dentro de sí mismo el vacío operado por tantas fuerzas perdidas, se detuvo un momento pensando en el amor al bien, el olvido de sí mismo, en la perseverancia, en la dignidad y en el noble empleo del talento y del corazón. En medio de estos pensamientos veía los amorellos y las gracias dirigirse á él desde las más elevadas regiones mostrándole espléndidos jardines en que florecían los frutos de la vida y en los cuales hacia brotar la esperanza encantados manantiales.

Esta especie de vision desapareció en seguida; Cartone llegó á su habitación, situada en medio de un grupo de casas negras y húmedas, y se tendió, completamente vestido, sobre la desecha cama, que humedeció con Jágrimas tan amargas como inútiles.

El sol apareció tristemente, muy tristemente á través de la niebla, y no alumbró nada cuyo aspecto fuese más doloroso que el de aquel hombre dotado de facultades só-

lidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos, susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir las, ni de bastarse á sí mismo, ni de hacer nada por su propia dicha, y que, llorando su perdida existencia, se abandona á un sér que le devora.

CAPITULO VI.

A centenares.

El doctor Manette habitaba en los alrededores de Soho-Square, una pacífica casa situada en el ángulo de una calle poco frecuentada. Hacia ya próximamente unos cuatro meses que la causa de la majestad había sido juzgada, y el público no se acordaba ya de semejante cosa, cuando un domingo, durante una hermosa tarde de Julio, Mr. Jarvis Lorry, recorriendo las abrasadoras calles de Clerkenwell, se dirigió hácia la casa del doctor, en donde iba á comer.

Después de caer repetidas veces en la supuesta indiferencia en que le sumerjian los negocios, Mr. Lorry se había dejado arrastrar por el cariño que le inspiraban el doctor y su hija, y el pacífico barrio en que habitaban sus amigos había llegado á ser para él el punto luminoso de su existencia.

El día de que hablamos, Mr. Lorry se había lanzado á la calle muy temprano; por tres motivos: primero, porque el domingo, cuando hacia buen tiempo, tenia la costumbre de ir antes de la hora de la comida, para dar un paseito con el doctor y su hija. Segundo, porque cuando el tiempo era desapacible ó cualquier otra circunstancia impedía dar el consabido paseito, se instalaba en casa de los señores Manette, hablaba familiarmente con ellos, cogía un li-

bro ó se asomaba á la ventana, y se hallaba muchísimo mejor que en su propia casa. Y tercero y último, porque tenía que aclarar algunas dudas, y conocía suficientemente las costumbres de sus amigos para comprender que á aquella hora del día podría fácilmente satisfacer su curiosidad.

No hubiera sido posible hallar en todo Lóndres un sitio más precioso que el que habitaba el doctor; era poco frecuentado, como ya hemos dicho, y desde las ventanas de la casa se veía una calle espaciosa, clara y ventilada, cuyo tranquilo aspecto convidaba al recogimiento.

Varios árboles colosales lucían su espeso follaje al otro lado de Oxford-Road, sobre un terreno cubierto de flores salvajes y de oxiacanta, del cual sólo queda hoy un montón de ladrillos, que forma grandes y tumultuosas calles; en su consecuencia, la brisa del campo circulaba libremente en aquella época por todo el Soho-Square, en vez de penetrar lánguidamente como mendigos escapados de sus parroquias, y la casa del doctor se hallaba próxima á un gran número de espalderas expuestas al Mediodía y en las cuales maduraban los melocotones en la estación propicia.

El sol iluminaba con todo su esplendor la casita de los Manette durante la primera parte del día, y se alejaba de allí cuando el calor comenzaba á sentirse, pero no tanto que impidiese gozar su brillante luz.

Aquella casa era un lugar bendito; templada en el invierno, fresca durante el verano, y apacible, sin ser triste, era un verdadero puerto situado á la salida de las calles cuyo ruido y cuya ágitacion eran insoportables.

El doctor ocupaba cierta parte de una gran casa que contenía varios talleres, cuyos diferentes trabajos cesaban al llegar la noche. En el fondo del patio, en que susurraba el follaje de un magnífico plátano, se fabricaban órganos de iglesia; al lado de este taller se cincelaban metales, y

un poco más allá se batía el oro por un gigante misterioso, cuyo dorado brazo salía fuera de la pared y parecía amenazar á los transeuntes como si quisiera convertirlos en su precioso metal.

Rarisima vez podía verse á los individuos que pertenecían á aquellos diferentes talleres, ni á un solteron que, segun se decía, habitaba el último piso, ni tampoco á un tapicero de carruajes que parece tenía su despacho en una de las habitaciones del piso bajo.

Pero si los habitantes de la casa eran pacíficos, hasta el punto de hacer dudar que existiesen en la casa, los gorriones del plátano y los gritos del barrio, cuyo centro parecía ser la habitación del doctor, piaban y resonaban libremente desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche.

El doctor Manette tenía numerosas consultas en su casa debidas á su propio mérito y más aún al recuerdo de su cautiverio, cuya historia se murmuraba al oído y corría de boca en boca. Debía además á sus profundos conocimientos, al esmerado cuidado que prodigaba á sus enfermos y á la habilidad que demostraba haciendo interesantes experimentos, una crecida clientela que le procuraba abundantemente los medios de satisfacer todas sus necesidades.

En todo esto iba pensando Mr. Lorry cuando llamó á la casa del doctor, el famoso domingo de que hablamos.

—¿Está en casa el doctor Manette? preguntó el gentleman.

—No, pero volverá pronto.

—¿Y miss Lucia?

—Ha salido con su padre.

—¿Y miss Pross?

—Debe hallarse en su habitación, pero no se si estará visible.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1675 MONTERREY, MEXICO

—No importa, dijo Mr. Lorry, subiré al salon.

Aunque la hija del doctor habia abandonado la Francia desde su más tierna edad, conservaba, sin embargo, de su país natal la facultad de hacer mucho con pocos recursos, precioso don que es uno de los rasgos característicos más útiles y más agradables de los franceses, en quienes parece ser innato. Los muebles, sencillísimos por demás, tenían unos adornos tan graciosos, á pesar de su escaso valor, que producian un efecto extraordinario. La colocacion de cada objeto, desde el ménos importante hasta la más insignificante bagatela, la armonía de los colores, la elegante variedad, los afortunados contrastes, realizados por unas manos delicadas, unos ojos llenos de sutileza y de penetracion, unidos á la inteligencia y al buen gusto, formaban un delicioso conjunto, y recordaban tan perfectamente á la autora de todas aquellas chucherías, que las sillas y las mesas parecian preguntar á Mr. Lorry, con aquella expresion particular que le era tan conocida:

—¿Os gusta todo esto?

El gentleman no se cansaba de mirar en torno suyo, y sonreía con aire de satisfaccion al descubrir por todas partes la mano habilidosa que habia agrupado todas aquellas fruslerias con tanta originalidad como gusto artístico. Atravesó las tres habitaciones que constituian en el primer piso la morada del doctor, y cuyas puertas, colocadas unas enfrente de otras, se hallaban abiertas para que el aire circulase libremente.

Detúvose primero en un precioso salon en que se hallaban los pájaros de Lucía Manette, sus flores, sus libros, su escritorio, su mesa de labor y su cajita para pintar á la acuarela; luego pasó al gabinete de consultas, que servia al mismo tiempo de comedor, y dirigióse, por último, á una habitacion sombreada por las movedizas hojas del plátano situado en el pátio. Era la alcoba del doctor y ha-

llábanse en ella, colocados en un rincon, el banco viejo y la artesilla que contenia las herramientas del zapatero, tales como los vimos en el miserable tugurio de Saint-Antoine.

—¡Cada vez me causa mayor extrañeza, dijo Mr. Lorry contemplando la artesilla, el que Mr. Manette conserve este triste recuerdo de sus años de dolor!

—¿Y por qué semejante extrañeza? preguntó brusca-mente una voz que dejó sobrecogido á Mr. Lorry.

Esta pregunta la hizo miss Pross, la atlética mujer de cabellos rojos y manos sueltas que el gentleman tuvo ocasion de conocer en la fonda del Rey Jorge, y que, andando el tiempo, habia llegado á ser su íntima amiga.

—Yo hubiera procurado... comenzó á decir Mr. Lorry.

—¡Bah, bah! dijo miss Pross interrumpiéndole.

Mr. Lorry desistió de hablar de aquel asunto.

—¿Qué tal os va de salud? repuso la señora con tono seco, pero de un modo que demostraba al gentleman que le apreciaba de veras.

—Bastante bien, gracias, respondió el hombre de negocios con amabilidad; y vos, miss Pross, ¿estais satisfecha de vuestra salud?

—No tengo motivos para ello, replicó la señora.

—¿De veras?

—¿Cómo quereis que me encuentre bien? ¿no veis que estoy continuamente inquieta por mi pichoncita?

—¿De veras?

—¡Si! estoy completamente disgustada é intranquila.

—Permitidme que os pregunte la causa.

—Es una cosa muy sencilla: me molesta el ver que gentes completamente indignas de mi pichoncita, tengan el descaro de venir aquí, por docenas para mirarla de los piés á la cabeza.

—¿Conque las gentes vienen aqui por docenas para ver á miss Lucía?

—Vienen á centenares, añadió miss Pross.

Uno de los rasgos característicos de aquella buena señora (como de otras muchas que la han precedido ó seguido) era encarecer la proposición que acababa de emitir, cuando la veía puesta en duda.

—¡Dios mío! exclamó Mr. Lorry.

—He vivido con esta monona mía, prosiguió miss Pross, ó mejor dicho, ella me paga hace quince años para vivir conmigo, lo cual no hubiera consentido nunca (que me pagase, entendedlo bien), si yo hubiese podido atender con mi propio peculio á los gastos comunes, y esto es sumamente duro, como comprendereis muy bien.

Mr. Lorry, que no sabía qué es lo que podía ser tan sumamente duro, se contentó con inclinar la cabeza.

—Figuráos una porción de individuos que no son dignos de desatar los cordones de sus zapatos, y que vienen de todas partes del mundo... Vos mismo sois el primero que ha empezado.

—¿Yo? dijo el gentleman sorprendido.

—Pues qué, ¿no sois vos quien ha desenterrado á su padre?

—¡Ya se vé que sí! ¿Y á eso llamais empezar..?

—Esto sólo era ya bastante duro; no porque yo tenga nada que echar en cara á Mr. Manette, aun cuando no es digno de tener semejante hija, dicho sea sin ofenderle; pero si que es rematadísimo duro el ver á una infinidad de gentes que vienen en pos de él para arrancar-me el cariño de mi pichoncita.

Mr. Lorry conocía ya de largo tiempo la envidia y los celos de la solterona, pero sabía también que bajo aquella ruda corteza vejetaba uno de esos seres llenos de abnegación que sólo existen entre las mujeres; bondadosas criaturas que, bajo la influencia de la admiración y del amor más puro, se convierten voluntariamente en esclavas de la juventud que ellas han perdido, de la hermo-

sura que nunca tuvieron, de los talentos que no les ha sido posible adquirir, y que saludan en nombre de otras las lisongeras esperanzas que no pudieron acariciar en su fría y triste vida.

El gentleman tenía suficiente experiencia para comprender lo mucho que vale un corazón fiel; y, respetando aquella humilde abnegación, tan desinteresada como infatigable, colocaba á miss Pross (en materia de justicia distributiva cada cual piensa á su modo), colocaba á miss Pross, como decíamos, infinitamente más cerca de los ángeles que un sin fin de señoritas mucho más favorecidas por la naturaleza, mucho menos extrañas á toda clase de artes, y que tenían en la Casa Tellson un capital representado por cifras verdaderamente enormes.

—Sólo ha habido un hombre que fuese digno de mi pichoncita, continuó la pobre mujer; ese hombre era mi hermano Salomon, antes de caer en el error en que ha incurrido.

Mr. Lorry sabía perfectamente que miss Pross había tenido un hermano, un bribón rematado, que después de haberla despojado miserablemente de todo cuanto tenía, la había dejado en la más espantosa miseria. De este desalmado bergante era de quien acababa de hablar miss Pross, y el cariño que aún profesaba á aquel hermano desnaturalizado y su insistencia en considerar como un simple error la conducta de aquel infame bribón, hacia que Mr. Lorry formase una opinión mucho mejor de aquella pobre mujer.

—Puesto que estamos solos y somos unas personas formales, dijo Mr. Lorry, permitidme que os haga una pregunta: al hablar el doctor con su hija, ¿ha recordado alguna vez la época en que hacía zapatos?

—No.

—Como conserva sus herramientas y su banco..

—No he dicho que no pensase nunca en eso, respondió miss Pross moviendo lentamente la cabeza.

- ¿Creeis que piensa en eso frecuentemente?
- Lo sé con toda seguridad.
- Pues figuráos que...
- Yo no puedo figurarme nada, interrumpió miss Pross.
- Bien, pues suponed entónces que... ¿No haceis de cuando en cuando alguna suposicion?
- Alguna que otra vez.
- Pues suponed, continuó el gentleman, que el doctor sospeche algo del motivo que hubo para encarcelarle.
- ¿Creeis que conoce los nombres de sus enemigos?
- Yo no supongo nada; respecto de eso sólo sé lo que me ha dicho mi pichoncita.
- ¿Y qué es lo que ella opina?
- ¡Que su padre lo sabe todo!
- No lleveis á mal mis preguntas; yo, como hombre de negocios, soy bastante pesado. Vos tambien sois una mujer...
- ¿Pesada? preguntó miss Pross sonriéndose.
- No por cierto; vos sois una mujer de talento práctico y positivista, eso es lo que yo queria decir; pero volvamos á nuestro asunto. ¿No es extraño que el doctor Manette, cuya inocencia reconoce todo el mundo, evite tan cuidadosamente el hablar de su encarcelacion? No digo yo que hablase de esto conmigo, áun cuando hace ya muchos años que tenemos relaciones de negocios y he llegado á ser hoy íntimo amigo suyo, sino con su encantadora hija, con esa incomparable Lucía á quien quiere tanto y que tan gustosamente se sacrifica por él. Si abordo esta cuestion, miss Pross, tened la completisima seguridad de que es en interés del doctor, y no por mera curiosidad.
- Por lo que yo he podido comprender, y ya sabeis que no soy muy lince, replicó la vieja solterona, Mr. Manette tiene miedo de hablar de este asunto.
- ¿Y por qué?
- Por una cosa muy sencilla; porque al pensar de nue-

vo en los sufrimientos que le hicieron perder la razon, corre el riesgo de desconcertar sus facultades intelectuales, y tal vez se expondria á volverse loco. Comprended además que ese recuerdo no tiene nada de agradable.

Esta reflexion era mucho más sensata de lo que podia figurarse el banquero.

—Teneis razon, dijo, dá horror el pensar en eso; sin embargo, yo no sé si será conveniente que el doctor encierre dentro de sí mismo todos esos recuerdos; esta es precisamente la duda que tengo sobre el particular, y me inquieta de tal modo, que por eso me he visto en la necesidad de hablaros del asunto.

—Nosotros no podemos evitarlo, dijo miss Pross volviendo tristemente la cabeza. Siempre que le tocamos ese resorte, se verifica en él un cambio espantoso, y creo que lo mejor es no hablarle de semejante cosa; además, tengo la seguridad de que no contestaria á ninguna de nuestras preguntas. Algunas veces se levanta durante la noche y se pasea con gran agitacion dentro de su cuarto; nosotras le oimos desde nuestra habitacion que está precisamente debajo. Miss Manette ha acabado por comprender que en esos momentos su padre debe recordar su pasado, y cree recorrer su prision como hacia en otro tiempo. En cuanto le oye subir á buscarle y los dos se pasean... y se pasean... y se pasean de un lado para otro, hasta que la presencia de su hija le hace volver en sí. Entónces se detiene y recupera su calma y su buen juicio, pero oculta á Lucía el motivo de su agitacion, y la pobre niña se persuade de que es preferible no despertar en él ese recuerdo.

El tono con que miss Pross habia dicho: «se pasean... y se pasean... de un lado para otro,» revelaba la penosa monotonia del pensamiento que la atormentaba y demostraba, por más que ella no quisiera confesarlo, que su imaginacion no era tan pobre como suponía.

—Ya hemos dicho que la habitación del doctor se hallaba situada en un sitio al que llegaban perfectamente todos los ecos; en tanto que miss Pross refería las idas y venidas de Mr. Manette y de su hija, creyó oír tal vez el banquero el ruido de los paseos del cautivo, al escuchar el ruido de los pasos que resonaban en su oído.

—Ahí están, dijo el aya levantándose para terminar el diálogo, ahí están; vereis qué poco tarda en venir también una porción de gente.

Eran tan raras las propiedades acústicas de aquella habitación, convergían á ella todos los sonidos de un modo tan extraño, que Mr. Lorry, asomado á la ventana, tardó todavía mucho tiempo en ver aparecer al doctor y á su hija, cuyos pasos oía, sin embargo, perfectamente hacia largo rato.

Cuando divisaron por fin al padre y á la hija, miss Pross bajó apresuradamente á la puerta de la calle para recibirlos.

A pesar de que toda su persona ofrecía un aspecto bastante raro, experimentábase cierta emoción al verla coger el sombrero de miss Manette, quitarle el polvo con la punta del pañuelo, y arreglar los hermosos cabellos de la jóven con el mismo orgullo que si hubiera sido suya aquella abundosa cabellera, y como si ella fuese la más presuntuosa y la más coqueta de todas las mujeres.

Experimentábase una viva satisfacción al ver á la jóven darle las gracias, abrazarla cariñosamente y protestar contra las molestias que por ella se tomaba, pero todo esto riéndose, con objeto de no herir la susceptibilidad de su aya. Experimentábase cierta emoción al ver al doctor mirar aquellas dos mujeres, y regañar á miss Pross por que mimaba demasiado á Lucía, demostrando al propio tiempo en su modo de hablar y de mirar, que él la hubiera mimado muchísimo más, dado que esto hubiese sido posible.

No era, en fin, ménos agradable el contemplar á Mr. Lorry que, estático ante aquel hermoso cuadro, daba gracias á su estrella de soltero por haberle procurado en su vejez todas las alegrías del hogar doméstico.

Miss Pross, que se hallaba encargada del cuidado y dirección de la casa, cumplía su cometido á las mil maravillas; sus comidas, siempre sencillas, estaban tan bien servidas, tenía la mesa una limpieza tan seductora y era la cocina, semi-inglesa semi-francesa, de un gusto tan escogido, que apenas se concebía que fuera posible hallar platos más delicados. Ocupada incesantemente del bienestar de las personas á quienes sólo servía por amor, la pobre mujer había revuelto toda la vecindad para encontrar algunos infelices franceses que, seducidos por sus medias coronas, le habían revelado todos sus secretos culinarios; y el talento que ella había sabido adquirir al lado de aquellos hijos de las Gálias era tan portentoso, que las dos criadas puestas á sus órdenes la consideraban como una especie de hada ó hechicera, capaz de coger un pollo, un conejo ó una legumbre cualquiera, y transformarlos en lo que primero se le antojase.

El domingo, miss Pross comía en la mesa del doctor; pero en los demás días de la semana, comía cuando le parecía conveniente, ya en los sótanos, en que se hallaba situada la cocina, ó en la habitación azul que ocupaba en el piso segundo y en donde nadie, excepto Lucía, ponía nunca los pies.

El día de que hablamos, dejó á un lado su carácter demasiado sério, para corresponder á las atenciones que le prodigaba miss Manette, y la comida se verificó en circunstancias de todo punto agradables.

Hacia un calor sofocante. Despues de los postres, Lucía propuso ir á sentarse á la sombra del plátano. Como sus más insignificantes deseos eran órdenes para cuantos andaban á su alrededor, todos se levantaron inmediata-

mente; ella cogió la botella para obsequiar á Mr. Lorry, y nuestros convidados se instalaron en el pátio.

Las paredes y los misteriosos tejados les miraban sonreír mientras charlaban, en tanto que las ramas del plátano murmuraban sobre sus cabezas. Poco despues mister Darnay vino á aumentar aquella pequeña reunion de familia; pero esto no significaba más que una sola persona, y los centenares de individuos anunciados por miss Pross continuaban ausentes.

El doctor Manette y su hija acogieron á Carlos con las más afectuosas muestras de simpatía; pero el aya se sintió tan contrariada con aquella visita, que se puso medio mala y tuvo que retirarse: esto la sucedía con frecuencia, y segun ella, todo era cuestion de un ataque de nervios.

El padre de Lucia estaba de mejor humor que nunca; parecia hallarse más rejuvenecido, y esto contribuía á aumentar la extraordinaria semejanza que tenia con su hija, sobre todo al ver en el rostro de ambos la misma expresion de la dicha que embargaba su ánimo.

La cabeza de Lucia descansaba sobre el hombro de Mr. Manette, cuyo brazo se hallaba colocado sobre el respaldo de la silla de su hija; hablábase de edificios antiguos, y el doctor tomaba parte en la conversacion con una animacion que no le era habitual, cuando Mr. Darnay le preguntó si habia visto la torre de Londres.

—He ido por allí un dia con Lucia, respondió, nada más que de paso, pero eso nos bastó para comprender el inmenso interés que inspira.

—Yo he tenido que detenerme allí algun tiempo, segun recordareis, continuó Mr. Darnay sonriendo irónicamente, y á pesar de eso, tampoco puede decirse que la conozco mas que por fuera. Sin embargo, me han referido un incidente bastante curioso ocurrido durante mi permanencia allí. Varios obreros que trabajaban en un antiguo calabozo para efectuar en él no sé qué reformas, entre va-

rias fechas, nombres, quejas y súplicas estampados en las paredes de dicho calabozo, observaron en un rincon tres letras muyúsculas grabadas por una mano temblorosa, y sin duda con un instrumento impropio para el caso. Creyeron al principio que aquellas tres letras eran las iniciales D. J. G.; pero observándolas con mayor detencion, vieron que la última era una G. Como estas iniciales no se referian á ninguno de los presos que habian habitado aquel calabozo, acabaron por comprender que formaban, nó las iniciales de una persona, sino una palabra, y que esta palabra era DIG (1). Tan pronto como hicieron este descubrimiento, examinaron el sitio del embaldosado que se hallaba directamente bajo la inscripcion, y despues de haber levantado una piedra ó un ladrillo, encontraron un pedacillo de papel casi deshecho por la humedad, entre los restos de una cartera y de un saquito de cuero. No fué posible leer lo que habia escrito el prisionero, pero es indudable que éste habia escrito algo, y que lo habia escondido allí para ocultarlo á los ojos de sus carceleros.

—¡Padre mio! ¿os poneis malo? exclamó Lucia llena de espanto.

El doctor se levantó de pronto, sujetándose la cabeza con ambas manos, y miraba en torno suyo de un modo que sobresaltó á todos los circunstantes.

Sin embargo, de allí á poco volvió á tranquilizarse.

—No, hermosa mia, dijo; me encuentro perfectamente. Es que me han caido sobre la frente algunas gotas de lluvia, y esto me ha producido una impresion desagradable. Creo muy conveniente que entremos en casa.

Empezaban á caer efectivamente gruesas gotas de lluvia, y Mr. Manette enseñó su mano mojada; pero no dijo

(1) Voz inglesa que significa: *cavaa*.

ni una palabra referente al episodio que acababa de relatar. Mr. Lorry creyó durante toda la velada descubrir en el rostro del doctor, siempre que éste examinaba á Mr. Darnay, la extraña expresion de desconfianza, mezclada de ódio, que habia observado en el momento en que todo el mundo se apresuraba á felicitar á aquel jóven por haber escapado de una muerte casi segura. Sin embargo, Mr. Manette habia recuperado toda su serenidad; estaba tan tranquilo y tan en su centro, que Mr. Lorry dudó de sus propios ojos, y creyó que se habia equivocado al suponer en la fisonomia del doctor, y en ciertos momentos dados, la expresion que le traia á la memoria el recuerdo de la vista de la causa de Carlos Darnay.

Llegó el momento de hacer el té; miss Pross cumplió su cometido con la habilidad de siempre, aun á riesgo de un nuevo ataque de nervios. A pesar de todo, el gentío que ella temia no llegaba; verdad es que Mr. Carton acababa de entrar en el salon, pero aun contándole á él eran dos las personas extrañas, y de esto á algunos centenares habia bastante diferencia.

La atmósfera estaba cargada de electricidad y el calor era cada vez más sofocante. Despues de tomar el té, acercáronse todos á las ventanas. La oscuridad aumentaba por momentos. Miss Manette se hallaba al lado de su padre, Mr. Darnay cerca de ella, y Mr. Carton se habia asomado á uno de los balcones. El viento huracanado, cuyas violentas bocanadas penetraban en el salon, precediendo á los relámpagos, hinchaba las cortinas blancas, y las hacia flotar como las alas diáfanas de una sombra celeste.

—Las gotas de lluvia continúan siendo grandes y poco frecuentes, dijo Mr. Manette. La tempestad se aproxima muy lentamente.

—Peró es segura, añadió Mr. Carton.

Hablaban en voz baja como la mayor parte de las

personas que se hallan en la oscuridad, como todos los que permanecen en cualquier sitio á la luz de los relámpagos. Las gentes corrian por las calles inmediatas buscando un abrigo contra la tempestad, y el eco maravilloso, que multiplicaba el ruido de los pasos, hacia creer que un inmenso gentío iba y venia por debajo de las ventanas, siendo así que en aquel momento no pasaba alma viviente.

Se oye el ruido de la multitud, y sin embargo nos hallamos completamente solos, dijo Carlos Darnay fijando toda su atencion en el eco.

—¿No os produce eso una viva impresion? preguntó Lucia. Lo que es yo cuando me siento por la noche al lado de esa ventana... pero más vale callar... me estremeezo sólo de pensarlo... ¡Está la noche tan oscura y tan imponente!

—Hablad, hablad de eso, miss Manette; así nos estremeceremos todos, respondió Mr. Darnay.

—Es muy probable que esto no os produzca ningun efecto, repuso la jóven; las tonterias que nos pasan por la imaginacion deben toda su influencia á nuestra propia naturaleza, y la emocion que nos hacen experimentar no puede comunicarse. Vos mismo vais á juzgarlo; pues como decia, cuando me siento por la noche al lado de esa ventana me figuro que todas esas idas y venidas, cuyo ruido trae el eco hasta mi oido, son los pasos de gentes que se acercan en la sombra para mezclarse á nuestra existencia.

—Entónces, debe ser muy considerable el gentío que llegaremos á hallar un dia en nuestro camino, dijo Mr. Carton con aire indiferente.

Los pasos aumentaban cada vez más y cada vez eran tambien más acelerados. Al repetirlos, el eco producía otros nuevos ecos. Un ruido de pasos precipitados resonaba en todas direcciones; oíase á la multitud correr atro-

pelladamente bajo las ventanas, precipitarse en el salón, ir y venir, detenerse, correr á lo lejos y asaltar las calles inmediatas, y sin embargo no se veía absolutamente á nadie.

—Decidnos, miss Manette, ¿todos esos pasos deben alcanzarnos en tropel, ó dividirse para seguir á cada uno de nosotros?

—Lo ignoro, Mr. Darnay. Es una tontería que no merece discutirse. Se me ocurrió estando sola, y me figuré, como decia hace poco, que eran los pasos de gentes que deben entrar un día en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos á buscarme, dijo Cartone; no he de oponerles ninguna resistencia; no reclamo ni estipulo nada. Una gran multitud se agita y se dirige hácia todos nosotros, miss Manette; la veo á la luz de los relámpagos.

Una viva claridad inundó el salón al decir estas palabras, y permitió verle perezosamente apoyado contra la ventana.

—Oigo el ruido de esa multitud, prosiguió Cartone, despues de un espantoso trueno; viene furiosa y rápidamente.

Aludia á la tempestad y á las nubes que corrian bajo un cielo negro; la lluvia que empezó á caer repentinamente cubrió su voz, y todos guardaron un profundo silencio.

Ninguno habia visto una tempestad tan horrible. No habia el menor intervalo entre las detonaciones del rayo; cruzábanse en el espacio y resonaban en medio de los relámpagos y del agua torrencial que formaba una inmensa catarata produciendo un formidable estrépito.

A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duracion. La campana grande de San Pablo acababa de dar la una, cuando Mr. Lorry, acompañado de Cruncher, que iba provisto de una linterna, se encaminó hácia su casa.

Para dirigirse de Sho-Square á Clerkenwel, habia que atravesar ciertos sitios solitarios, y el agente de Tellstone, que pensaba siempre en los ladrones, iba siempre acompañado de una linterna sostenida por Jerry, áun cuando generalmente salia de casa de los Manette ántes de las once de la noche.

—¿Qué tiempo tan espantoso, Jerry! dijo el gentleman; es un tiempo capaz de sacar á los muertos de sus tumbas.

—No entiendo de eso, señor, respondió el demandadero; nunca he visto semejante cosa, y creo que nunca llegaré á verlos resucitar.

—Buenas noches, Mr. Cartone, dijo el hombre de negocios. Buenas noches, Mr. Darnay. Vaya una tempestad!... ¿Volverá á haber otra como ésta, y la veremos juntos?

—Puede que sí, respondió Sydney Cartone.

Tal vez verán caer sobre sí á la multitud frenética y rugiente.

CAPITULO VII.

El señor marqués en la ciudad.

Monseñor, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia y uno de los grandes personajes que tenian las riendas del poder, daba dos recepciones al mes en el magnífico palacio que habitaba en París, y era su día de reunion. En tanto que la idólatra multitud, para quien él era el Santo de los santos, se agolpaba en sus salones, Monseñor, retirado en un suntuoso saloncillo que le servia de santuario, tomaba tranquilamente su chocolate.

Su Señoría podia tragar fácilmente una infinidad de cosas; algunos insolentes atrevidos aseguraban que ab-

pelladamente bajo las ventanas, precipitarse en el salón, ir y venir, detenerse, correr á lo lejos y asaltar las calles inmediatas, y sin embargo no se veía absolutamente á nadie.

—Decidnos, miss Manette, ¿todos esos pasos deben alcanzarnos en tropel, ó dividirse para seguir á cada uno de nosotros?

—Lo ignoro, Mr. Darnay. Es una tontería que no merece discutirse. Se me ocurrió estando sola, y me figuré, como decia hace poco, que eran los pasos de gentes que deben entrar un día en mi vida y en la de mi padre.

—Que vengan todos á buscarme, dijo Cartone; no he de oponerles ninguna resistencia; no reclamo ni estipulo nada. Una gran multitud se agita y se dirige hácia todos nosotros, miss Manette; la veo á la luz de los relámpagos.

Una viva claridad inundó el salón al decir estas palabras, y permitió verle perezosamente apoyado contra la ventana.

—Oigo el ruido de esa multitud, prosiguió Cartone, despues de un espantoso trueno; viene furiosa y rápidamente.

Aludia á la tempestad y á las nubes que corrian bajo un cielo negro; la lluvia que empezó á caer repentinamente cubrió su voz, y todos guardaron un profundo silencio.

Ninguno habia visto una tempestad tan horrible. No habia el menor intervalo entre las detonaciones del rayo; cruzábanse en el espacio y resonaban en medio de los relámpagos y del agua torrencial que formaba una inmensa catarata produciendo un formidable estrépito.

A pesar de su violencia, la tempestad fué de larga duracion. La campana grande de San Pablo acababa de dar la una, cuando Mr. Lorry, acompañado de Cruncher, que iba provisto de una linterna, se encaminó hácia su casa.

Para dirigirse de Sho-Square á Clerkenwel, habia que atravesar ciertos sitios solitarios, y el agente de Tellstone, que pensaba siempre en los ladrones, iba siempre acompañado de una linterna sostenida por Jerry, áun cuando generalmente salia de casa de los Manette ántes de las once de la noche.

—¿Qué tiempo tan espantoso, Jerry! dijo el gentleman; es un tiempo capaz de sacar á los muertos de sus tumbas.

—No entiendo de eso, señor, respondió el demandadero; nunca he visto semejante cosa, y creo que nunca llegaré á verlos resucitar.

—Buenas noches, Mr. Cartone, dijo el hombre de negocios. Buenas noches, Mr. Darnay. Vaya una tempestad!... ¿Volverá á haber otra como ésta, y la veremos juntos?

—Puede que sí, respondió Sydney Cartone.

Tal vez verán caer sobre sí á la multitud frenética y rugiente.

CAPITULO VII.

El señor marqués en la ciudad.

Monseñor, uno de los hombres más influyentes de la corte de Francia y uno de los grandes personajes que tenian las riendas del poder, daba dos recepciones al mes en el magnífico palacio que habitaba en París, y era su día de reunion. En tanto que la idólatra multitud, para quien él era el Santo de los santos, se agolpaba en sus salones, Monseñor, retirado en un suntuoso saloncillo que le servia de santuario, tomaba tranquilamente su chocolate.

Su Señoría podia tragar fácilmente una infinidad de cosas; algunos insolentes atrevidos aseguraban que ab-

sorbía rápidamente los tesoros de la Francia; pero su chocolate no podía llegar á su noble gargüero sino con el auxilio de cuatro robustos mocetones, sin contar el cocinero que lo habia preparado. ¡Sí, señor! para que aquel dichoso chocolate llegase hasta los labios de Monseñor, eran necesarios cuatro hombres en toda la fuerza de su edad, cubiertos de galones y cuyo jefe, rivalizando con su noble y casto señor, no podía existir sin tener por lo ménos dos relojes. Uno de aquellos lacayos llevaba la chocolatera á la habitación de Su Señoría; el segundo batía el chocolate con un molinillo *ad-hoc*; el tercero presentaba la servilleta, y el cuarto, que era el hombre de los dos relojes, vertía el chocolate en la taza.

Aquellos cuatro lacayos, inclinados ante su presencia, eran completamente indispensables para que Monseñor sostuviese el rango que ocupaba bajo la bóveda celeste. El brillo de su noble escudo hubiera quedado empañado si el chocolate que tomaba todas las mañanas se lo hubiesen servido ignominiosamente nada más que tres lacayos. Si el número de éstos se hubiese reducido á dos, Su Señoría hubiera tal vez muerto repentinamente!

Monseñor habia asistido la noche anterior á una modesta cena, en que la Comedia y la Opera estaban admirablemente representadas. Cenaba con gran frecuencia fuera de su palacio y lo hacia casi siempre rodeado de una agradabilísima sociedad. Monseñor tenia un talento tan delicado y un alma tan sensible, que los intereses de la Comedia y de la Opera le conmovian infinitamente más que los de la naciou; circunstancia afortunada para la Francia, como para todos los reinos que gozan de igual privilegio, segun sucedió en Inglaterra en la memorable época en que la vendió uno de los Estuardos.

Monseñor poseia, en los importantes asuntos relativos al país, la siguiente magnífica y noble teoría: hay que dejar rodar la bola. En los negocios privados del Estado

pensaba, con no ménos nobleza, que la bola debia rodar como á él se le antojase: es decir, aumentando su peculio y su influencia.

Monseñor pensaba, tambien noblemente, que el mundo se habia hecho para contribuir á sus placeres. La tierra, y todo cuanto en ella se contiene, me pertenece, decia, adoptando por divisa los sagrados textos de los cuales sólo cambiaba el pronombre posesivo.

Sin embargo, habia acabado por descubrir que algunas vulgares dificultades se oponian á sus negocios públicos y privados; y obligado por la fuerza de las circunstancias, se habia aliado á un famoso asentista. Dos razones le habian obligado á adoptar esta desesperada resolucion: la primera, porque no pudiendo hacer nada por la hacienda del Estado, era preferible ponerla en manos de otra persona más hábil; la segunda, porque los asentistas eran ricos, y despues del lujo hereditario de las anteriores generaciones, Monseñor, que no gastaba ménos que sus abuelos, iba empobreciéndose cada vez más.

En vista de todo esto, habia sacado á su hermana del convento en que debia profesar dentro de muy poco, y habia dado la mano de la jóven á un asentista, tan pobre de nacimiento como rico en materia de eseudos. Este, provisto ya del baston tradicional con puño de oro, figuraba entre la turba multa de los salones de su cuñado, en donde era el objeto del culto de todos los mortales, excepto de las gentes de noble cuna, que, empezando por su mujer, le contemplaban con un soberano desprecio.

Aquel asentista era hombre que desplegaba un lujo inusitado: tenia treinta caballos en su cuadra, veinticuatro lacayos en sus habitaciones y seis mujeres al servicio de su esposa. Famoso por su única ocupacion, que sólo consistia en arrasar y saquear continuamente á diestro y siniestro, era realmente el asentista lo que todo el mundo se figuraba, y entre las gentes que se apiñaban en torno

de Monseñor, él era el único que merecía verdaderamente el título de personaje. Aquellos magníficos salones, á pesar de su brillo y de su esplendor y á pesar del maravilloso lujo con que el arte y el gusto de la época los habia enriquecido, eran muy poco sólidos y hubiera, sin duda alguna, producido bastante inquietud al ver su fragilidad el pensar en los harapientos espantajos que habitaban en el otro extremo de la ciudad y bastante cerca del palacio, sin embargo, para que las torres de Nuestra Señora se hallasen situadas á igual distancia de ambos barrios.

Pero ¿quién podia, en el palacio de Monseñor, imaginar semejantes simplezas? Allí sólo figuraban oficiales ajenos á toda noción del arte militar, marinos que en su vida habian visto un barco, administradores que desconocian las leyes y la administracion, sacerdotes desvergonzados, lo peor de todas partes, de ojos lascivos, palabras escandalosas y disipadas costumbres; todos completamente incapaces de llenar sus respectivos deberes, mintiendo todos al darse el título de los empleos que pretendian desempeñar, pero perteneciendo todos, en grado más ó ménos próximo, á la casta de Monseñor, y disfrutando, por este solo motivo, todos cuantos empleos podia significar alguna ganancia.

Habia tambien en aquellos nobles salones otros individuos que, aún cuando no tenian ningun parentesco con los anteriores, ni daban tampoco importancia á la parte grave y útil de la vida, no dejaban de ser bastante numerosos.

Varios médicos expertos, que habian hecho su fortuna con las drogas enconfitadas que recetaban para supuestas enfermedades, dirigian amables sonrisas á su clientela; economistas que habian descubierto el medio de cerrar las heridas del Estado, pero no el de cortar los infinitos abusos que se cometian, llevaban sus lucubra-

ciones á los más complacientes oídos; filósofos, faltos de fé, que llenaban el mundo con sus pomposas y huecas frases, y hacian castillos de naipes para escalar el cielo, charlaban con químicos sin conciencia, que sólo se preocupaban del descubrimiento de la piedra filosofal; gentes de una exquisita delicadeza y cuya perfecta educacion se revelaba entónces lo mismo que hoy, por una profunda indiferencia á todo cuanto es serio, hacian gala de su hastío y de su ilimitada despreocupacion en el palacio de Monseñor.

Cosa digna de tenerse en cuenta: los espías, que formaban por sí solos una buena mitad de aquella excelente reunion, se hubieran visto casi en la imposibilidad de descubrir, en medio de aquellas nobles gentes, una sola mujer que por su aspecto y por su presencia confesase que era madre. A decir la verdad, exceptuando el acto puramente material de dar á luz una criatura, que molesta, muy pocas de aquellas nobles señoras conocian la maternidad; varias aldeanas conservaban á su lado aquellos molestos monigotes, que aún no estaban de moda; y sus encantadoras abuelas, que habian ya cumplido sus cincuenta años, se vestian y cenaban como cuando tenian veinte años.

La lepra de la mentira y del fingimiento desfiguraba á todas cuantas personas concurrían al palacio de Monseñor. Sin embargo, en el primer saloncillo se hallaban cinco ó seis individuos excepcionales, que presentian vagamente hacia algunos años que la cosa pública iba de muy mala manera. Creyendo ponerla en su verdadero camino, la mitad de aquella media docena de pesimistas se habia afiliado á una secta de convulsos, y discutian en aquellos momentos si seria conveniente arrojar espuma por la boca, lanzar algunos rugidos y fingirse catalépticos durante la recepcion, para advertir á Monseñor que iba por muy mal camino.

Los otros tres, que no tenían la fé de aquellos *derviches*, creían salvar el Estado con cierta gerigonza místico-filosófica; según su opinion, el hombre se había alejado del centro de la verdad, y esto no necesitaba demostracion; pero no había salido de la circunferencia; y para que continuara dentro de ella y pudiese aproximarse al centro, era preciso ayunar y ponerse en comunicacion con los espíritus celestes. Esta última parte del programa se realizó inmediatamente, sin que por eso los asuntos públicos mejorasen en lo más mínimo.

Pero lo que consolaba en los salones de Monseñor era que todas las personas allí reunidas iban divinamente vestidas. Los cabellos perfectamente encrespados, rizados, empolvados y colocados con una gracia admirable; los cutis delicadísimos, restaurados ó conservados con arte imitable, y las espadas, sumamente galantes, al servicio de un honor tan quisquilloso en asuntos de perfumería, debían conservar para siempre el estado de cosas existentes.

Cuando aquellos señores, tan perfectamente ataviados, se volvían lentamente, agitaban las alhajas que pendían de sus relojes; y el aire embalsamado que acompañaba el retintín de los colgajos de los collares y de las agujetas, el crujido de las faldas de seda y de los trages de brocado, el roce de los encajes y del linón, impedían de todo punto el que pudiera pensarse en el barrio de San Antonio y en el hambre devoradora de sus habitantes.

El lujo en los trages era el encanto supremo, el infalible talisman que la sociedad de entonces empleaba para conservarse en su puesto. Cada personaje se hallaba emperifollado para un baile de trages que, según creían todos, debía durar siempre. La corte de Versalles, los militares, los magistrados, todas las clases acomodadas, todo el mundo concurría á aquella preciosa mascarada; ni siquiera se había excluido de este número al ejecutor de la justicia, que, para contribuir á aquel magnífico conjunto,

estaba obligado á vestir el uniforme de gala oficial: «cabellos encrespados y empolvados, trage con galones de oro y zapatos y medias de seda blancos,» y con este uniforme descuartizaba y ahorcaba. El hacha la empleaba muy rara vez.

¿Quién, de las personas que se hallaban al lado de Monseñor en el año de gracia de 1780, hubiera podido poner en duda que un sistema fundado en un verdugo empolvado, cubierto de galones de oro y calzado con zapatos y medias de seda blancos, había de sobrevivir á la caída de las estrellas?

Monseñor, después de recibir los servicios de sus cuatro hombres, tomó su chocolate, mandó abrir la puerta de par en par y abandonó su santuario. ¡Qué exagerado servilismo! ¡qué profunda abyección! Los adoradores del ministro se inclinaban de tal modo ante su persona, que tal vez por esto mismo no hallaban medio de inclinarse ante Dios.

Monseñor, concediendo aquí una mueca, allí un movimiento de cabeza, más allá una sonrisa y alguna que otra palabra á sus más favorecidos predilectos, recorrió con afable aspecto todas las salas, hasta que llegó á las remotas regiones en que se hallaban los partidarios de la circunferencia verídica. Una vez allí, deshizo el camino andado, se instaló nuevamente en su santuario y desapareció á los ojos de la encantada multitud. Terminada la recepcion, el aire embalsamado que revoloteaba por los salones se trasformó en pequeño huracán, y las preciosas baratijas resonaron hasta la parte inferior de la escalera.

Poco después no quedó de toda aquella multitud más que un solo individuo. Este, con el sombrero bajo el brazo y una cajita de oro en la mano, atravesó lentamente los desiertos salones. Cuando llegó á la puerta de la antecámara, se volvió hacia el santuario del ministro, y con tono glacial, mezclado de amargura:

—Maldito seas, Monseñor, dijo sacudiendo el tabaco que le quedaba entre los dedos, como quien sacude el polvo del calzado al abandonar un sitio al cual no quiere volver más.

Era un hombre de unos sesenta años, elegantemente vestido y de altanero aspecto; su rostro era extraordinariamente pálido, y sus facciones, correctas y delicadas, revelaban una completa impassibilidad. El único cambio de fisonomía que podía observarse rarisima vez en aquel rostro de piedra, residía en la parte superior de las fosas nasales, en una ligera depresión de la nariz, admirablemente dibujada. Notábase allí, en ciertas ocasiones, un coloramiento imperceptible y fugaz, ó débiles pulsaciones que daban cierto sello de malicia y de crueldad al resto de la fisonomía. Al examinar ésta atentamente, hallábase también la misma expresión de crueldad y de malicia en la boca y en la órbita de los ojos, cuyas líneas eran demasiado sutiles y horizontales. Sin embargo, el conjunto llamaba poderosamente la atención y era por demás distinguido.

Aquel individuo bajó lentamente la escalera, atravesó el pátio y subió á su carroza. En la recepción que acababa de verificarse le habia demostrado Monseñor muy poco interés, y muy pocas personas le habian dirigido la palabra; esto le habia irritado de tal modo, que experimentaba cierto placer en ver desaparecer la canalla ante los caballos que conducian su carruaje. El cochero conducía el tiro como si fuese á dar una carga al enemigo, sin que aquel insensato galope le valiese el menor regaño por parte de su amo.

Aunque, por regla general, en aquella ciudad sorda, la masa del pueblo era muda, quejábase frecuentemente, y áun en voz alta, de la velocidad con que los nobles atravesaban las calles estrechas, en las cuales lisiaban sus carruajes del modo más cruel á los pobres infelices; pero

los autores de aquellos atropellos los olvidaban un momento despues; y los pobretes, en estas ocasiones como en otras muchas, se las arreglaban como Dios les daba á entender.

La carroza del marqués volaba con terrible estrépito por las calles sin aceras, atropellando á las asustadas mujeres y á los hombres, que al ponerse en salvo apenas tenían tiempo para arrancar á sus hijos de los piés de los caballos. De pronto, á la vuelta de una calle muy concurrida, en cuyo ángulo habia una fuente, una de las ruedas tropezó con algo; los espectadores lanzaron un grito horrible, y los caballos retrocedieron encabritándose.

A no ser por esta última circunstancia, es muy probable que el carruaje hubiese continuado su marcha. Todos seguian esta misma conducta cuando hacian alguna víctima; pero en esta ocasion, uno de los lacayos habia echado pié á tierra, y veinte puños vigorosos se habian apoderado de las bridas de los caballos.

—¿Qué significa eso? preguntó el dueño de la carroza, asomando la cabeza por la ventanilla.

Un hombreton, con la cabeza cubierta con un gorro de algodón, habia sacado de entre las patas de los caballos un paquete de sangrientos harapos, lo habia colocado sobre el borde del pilon de la fuente, y lo acariciaba y lo besaba, ruiendo como una fiera.

—¡Dispensad, señor marqués! dijo con tono humilde un pobre andrajoso; es que un niño...

—¿Y por qué chilla tan espantosamente ese miserable? ¿Es suyo el muchácho?

—Sí, señor marqués; dispensadle, es cosa que dá lástima verdaderamente.

La calle formaba en aquel sitio una plazoleta de unos doce metros de ancha, y la fuente, situada en el ángulo opuesto al carruaje, se hallaba á alguna distancia de éste.

De pronto, el hombre del gorro de algodón, levantándose del lado en que estaba arrodillado, se lanzó hacia el carruaje con un aspecto tan feroz, que el señor marqués llevó la mano al puño de su espada.

—¡Voy á matarle! exclamó con desesperacion el desdichado padre, alzando las manos al cielo.

La multitud rodeó el carruaje y dirigió al gentilhombre una mirada indescriptible; pero no se veía en los ojos de los asistentes nada que revelase la amenaza ó la cólera; despues de exhalar un grito de espanto producido por el terror, habian permanecido silenciosos; y la voz humilde y sumisa del hombre andrajoso, cuyas palabras hemos referido, fué la única que se dejó oír.

El señor marqués dirigió á todos ellos una mirada fria y desdeñosa, como si sólo fuesen unas ratas escapadas de la alcantarilla, y sacando su bol-a:

—Yo no sé, dijo, gentes del pueblo, por qué teneis tan poco cuidado de vuestros hijos y de vuestras personas; siempre os poneis debajo de las ruedas de los carruajes ó entre los piés de los caballos. Probablemente se habrá lastimado alguno de los míos. A ver, Juan, dijo á su lacayo, entérate y dále esto á ese hombre.

Todos los concurrentes se aproximaron para ver lo que arrojaba al lacayo, y Juan recogió un luis.

—Mi hijo está muerto, repitió con voz desgarradora el padre del niño.

Un hombre llegaba con paso rápido y la multitud se apartaba para dejarle el paso libre; acercóse al desgraciado padre, que le abrazó sollozando y le mostró la fuente en donde unas pobres mujeres, inclinadas sobre el paquete de sangrientos harapos, removian suavemente el pequeño cadáver..

—Ya lo sé todo, dijo el recién llegado, ya lo sé todo. Ten valor; consuélate, querido Gaspar; tu hijo no ha perdido nada con haber muerto. Ha espirado sin sufrir; ¿hay

en la vida una sola hora en que no tengamos que soportar algun sufrimiento?

—¡Bien, valiente! tú eres un verdadero filósofo, dijo sonriendo el marqués. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Defarge.

—¿Qué oficio tienes?

—Tabernero, señor marqués.

—Toma, tabernero filósofo, dijo el gentilhombre arrojando otra moneda de oro; gástala en lo que se te antoje. Juan, ¿se han lastimado los caballos?

El señor marqués se repanchigó en su carruaje sin dignarse volver á mirar á aquella canalla, y partió de allí como un hombre que ha roto por casualidad algun objeto, cuyo valor ha satisfecho, cuando se vió de pronto turbado en su tranquilidad por una moneda de oro hábilmente lanzada, que fué á rodar sobre la alfombra de la carroza.

—¡Parad, exclamó, parad!

Dirigió la vista al sitio en que acababa de hablar al tabernero, pero sólo vió al pobre Gaspar que se revolcaba sollozando sobre el fodo, y á una mujer de elevada estatura y rostro sombrío que se hallaba haciendo calceta al lado de aquel infeliz.

—¡Miserables! dijo tranquilamente el gentilhombre; de buena gana aplastaria hasta el último retóño de vuestra perversa raza para que desapareciese de la tierra. Si supiese quién ha sido el pillo que ha arrojado esto á mi carruaje, tendria la satisfaccion de triturarlo bajo las ruedas.

Era tan abyecta la condicion de aquellas gentes, conocian tan perfectamente por una larga experiencia los perjuicios que aquel hombre podia ocasionarles, echando mano de los más reprobados medios, que ni un solo individuo intentó contestar á aquellas insultantes palabras, exceptuando únicamente la mujer de la calceta, cuyos ojos no se apartaron del rostro del gentilhombre.

El marqués no tenía suficiente dignidad para poder comprender aquella mirada, y contemplando á la mujer como á todos los demás con aire de desprecio, se arrellanó en el fondo de la carroza y mandó que el carruaje continuase su marcha.

El marqués desapareció; numerosos trenes corrían rápidamente en la misma dirección que él había tomado. El ministro, el asentista, el doctor, el abogado, el eclesiástico, la Opera, la Comedia, todas las máscaras del baile de trages pasaron como brillantes meteoros.

Las ratas habían permanecido en la calle para contemplar aquel elegante torbellino. De cuando en cuando, los soldados y los esbirros se colocaban entre las carrozas y la multitud; pero ésta, empujada hácia atrás, había logrado abrirse paso y examinar á sus anchas la mascarada.

Hacia ya mucho tiempo que el desdichado padre se había alejado con el cadáver mutilado de su hijo; las mujeres que habían tratado de reanimar al pobre niño, seguían viendo correr la fuente y los carruajes, en tanto que la mujer de la calceta continuaba su tarea con una perfecta impasibilidad.

El agua de la fuente corría hácia el arroyo, el arroyo hácia el río. El río se precipitaba hácia el mar, el día hácia la noche, la existencia hácia la muerte: el tiempo y las cosas no esperan.

Las ratas dormían agrupadas en sus oscuros agujeros; los concurrentes al baile cenaban inundados de luz.

Las cosas seguían su curso y las personas su destino.

CAPÍTULO VIII.

El señor marqués en el campo.

Aunque el paisaje era verdaderamente hermoso, el campo estaba triste: veíanse algunos sembrados de trigo, muy pocos desgraciadamente; grandes campos de centeno raquítrico y pequeños cuadros de guisantes enfermucos, pobres habichuelas y miserables coles reemplazaban el trigo candéal. Los productos de la tierra, lo mismo que los hombres y las mujeres que los cultivaban, enfermaban y se marchitaban fácilmente. Parecía que todos ellos vegetaban á pesar suyo y no tenían más aspiración que la de dejar de existir.

El señor marqués, tendido en el fondo de una pesada carroza de cuatro caballos conducidos por dos postillones, subía penosamente una empinada cuesta. El carmin que coloreaba su rostro no provenía de ninguna perturbación moral, ni tenía nada que le fuese personal: era el reflejo del sol poniente.

El sol iluminaba tan vivamente el interior de aquel pesado carruaje, que el gentilhomme, al llegar á la cima de la montaña, se halló envuelto en los purpúreos rayos del astro del día.

—Esto durará poco, dijo el marqués mirándose las manos.

En efecto, como el sol y el marqués bajaban al mismo tiempo, la luz rojiza dejó bien pronto de iluminar la carroza. Al bajar la cuesta se veía un campo frío y árido, un pueblecillo, una ermita, un molino, un ribazo que limitaba la llanura, un inmenso bosque destinado á la caza, un enorme peñasco, y sobre este peñasco una fortaleza que desde tiempo inmemorial servía de prisión.

El pueblo era una pobre calle, una pobre fábrica de curtidos, una pobre taberna, una pobre posada en que se guarecían los caballos de posta, una pobre fuente y unos pobres habitantes.

Varias mujeres, acurrucadas delante de las puertas de sus casas, mondaban algunas cebollas para preparar la cena de la familia, en tanto que otras lavaban en la fuente algunas hojas de col ó de cualquier otra miserable hortaliza. La causa de su miseria se revelaba por sí misma: impuestos para el Estado, para la iglesia y para el señor; impuestos locales y generales debían ser pagados aquí y allá y más acullá, según los avisos fijados por todas partes. Era verdaderamente extraño que la población, con todos sus habitantes, no hubiese desaparecido completamente.

Veíanse muy pocos niños, y no había ni un solo perro. Los adultos se encontraban en la dura necesidad de optar por una de estas dos soluciones: ó el hambre en las miserables casuchas situadas al pié de la colina, ó el cautiverio y la muerte en la prision que dominaba la llanura.

El noble viajero, precedido de un correo cubierto de galones de oro y anunciado por el chasquido de los látigos, que crugían por encima de la cabeza de los postillones como si fuese conducido por las furias vengadoras, se detuvo delante de la posada en que se hallaba la posta de caballos. Hallábase ésta cerca de la fuente, y los aldeanos se reunieron para contemplarle.

Dirigió la vista hácia el grupo de labriegos y vió, sin darse cuenta de ello, las consecuencias seguras y lentas del hambre, que llegó á hacer proverbial en Inglaterra la delgadez de los franceses, aun medio siglo después de desaparecer aquellas tristes circunstancias.

El señor marqués contemplaba indiferentemente á los desgraciados que se inclinaban en su presencia, como sus

iguales se habían inclinado ante el ministro, con la única diferencia de que los unos bajaban la cabeza por humildad, mientras que los otros la inclinaban por ambición.

En aquel mismo instante, un hombre de horrible aspecto, y cuyo oficio consistía en reparar los desperfectos de los caminos, se aproximó á la fuente.

—Diz á ese palurdo que se acerque, exclamó el gentil-hombre dirigiéndose á su correo.

El rústico se acercó al carruaje con su gorro en la mano y seguido de todos los demás, que rodearon la carroza para ver y oír lo que iba á suceder.

—¿No te he encontrado hace poco en el camino? le preguntó el señor marqués.

—Sí, monseñor.

—¿Y qué es lo que mirabas con tanta atención?

—Monseñor, miraba al hombre.

Inclinóse al decir estas palabras, y con su destrozado gorro azul señaló la parte superior del carruaje. Sus compañeros se inclinaron como él y miraron debajo de la carroza.

—¿De quién estais hablando, imbécil? Y vosotros, ¿qué es lo que mirais debajo del carruaje?

—Monseñor, es que estaba colgado de la cadena del manubrio.

—¿Quién?

—El hombre, monseñor.

—¡Llévete el diablo! ¿Quién estaba colgado?

—Dispensad, monseñor, no es de nuestro pueblo y no sé cómo se llama. Yo no le he visto nunca, no le he visto en todos los días de mi vida.

—¿Pero se ha ahorcado?

—Dispensad, monseñor, ¡es verdaderamente una cosa muy rara, porque estaba así!

El peon caminero se apoyó contra la carroza, colo-

cando los piés hacía delante y con la cabeza caída sobre el pecho; luego se volvió é hizo un saludo, al mismo tiempo que retorcia entre las manos su gorro azul.

—Pero ¿qué facha tenía ese hombre?

—Más blanco que el molinero, monseñor, cubierto enteramente de polvo, alto y pálido como un espectro.

Este retrato causó una profunda impresion en el auditorio, y todos los ojos se fijaron en el marqués, tal vez con el propósito de averiguar si tenía algun espectro en la conciencia.

—¿Y te parece que está bien hecho el que no hayas despegado los labios cuando has visto á ese miserable, arrastrado por mí carruaje? Vaya, vaya, dijo el marqués, satisfecho al ver que no tenía nada que temer de aquella gentuza; que se largue de aquí ese rústico, Gabelle!

Gabelle desempeñaba las funciones de administrador de postas y cobrador de contribuciones, y se habia acercado al carruaje para asistir al interrogatorio del peon caminero, á quien habia sujetado de un brazo á guisa de gendarme que detiene á un delincuente.

—¡Atras! animal, dijo dando un empujón á aquel infeliz.

—Gabelle, apoderaos inmediatamente de ese forastero, si acaso llega á venir por aquí, repuso el gentilhombre; y averigüad cuáles son sus propósitos.

—Monseñor, tendré siempre á mucho honor el obedecer vuestras órdenes.

—¿Y ese imbécil que estaba ahí hace poco, á dónde ha ido?

El imbécil estaba debajo del carruaje con una docena de sus más íntimos amigos, enseñándoles la cadena con que se habia ahorcado el espectro. Otros amigos, no ménos íntimos, le llamaron inmediatamente y le presentaron completamente desalentado al señor marqués.

—Dime mastuerzo, ¿el hombre de quien hablas se es-

capó en seguida que se sujetaron las ruedas del carruaje?

—Sí, monseñor, echó á un lado del camino y penetró en el bosque como un hombre que se arroja al agua.

—Gabelle, seguidle la pista. ¡En marcha, postillon!

Los amigos que examinaban la cadena de que se habia colgado el espectro continuaban en medio de las ruedas, como los carneros, y la carroza partió tan bruscamente que fué un milagro el que pudiesen salvar el pellejo; si hubieran poseido otra cosa es muy probable que hubiesen sido ménos afortunados.

Cuando despues de atravesar el valle hubo que subir el declive que formaba la otra vertiente, la marcha de la carroza fué siendo cada vez más lenta, y el señor marqués, mecido en su pesada máquina, subió al paso la última cuesta que le quedaba por recorrer.

Los postillones, rodeados de un enjambre de mosquitos, arreglaban tranquilamente la mecha de sus látigos, el lacayo marchaba al lado de los caballos y se oía á lo lejos el trote del correo.

En el sitio más escarpado de la pendiente habia un modesto cementerio, precedido de una cruz que ostentaba un Crucifijo de madera, de tamaño natural; esta imágen era obra de un cincel poco afortunado; pero el escultor habia copiado del natural, tal vez de sí mismo, y el divino Crucificado era de una delgadez espantosa.

Al pié de aquel desgarrador emblema de una miseria siempre en aumento, habia una mujer arrodillada, que al aproximarse el carruaje volvió la cabeza, se levantó rápidamente y corrió hácia la portezuela.

¡Ah! sois vos, monseñor!... ¡Tomad mi memorial, dijo con voz suplicante.

El marqués, mal humorado, asomó la cabeza pero sin que su rostro revelase la menor alteracion.

—¡Siempre con memoriales! dijo. ¿Qué es lo que queréis?

—¡Monseñor, por amor de Dios!... Se trata de mi pobre marido, el presidente de aguas y bosques...

—¿Y qué es lo que le sucede á vuestro pobre marido? Será la canción de todos los días, ¿no ha pagado lo que debe?

—Al contrario, monseñor, lo ha pagado todo, puesto que ha muerto.

—¡Corriente! así estará más tranquilo; ¿creéis que yo puedo resucitarle?

—¡Ay, nó, monseñor! pero es que está allí, bajo un montoncillo de yerba...

—¿Y qué?

—¡Monseñor! que hay muchos montoncillos de yerba y que no se diferencian en nada unos de otros...

—¿Y qué queréis que yo le haga?

Parecía una mujer anciana, y sin embargo era joven. Llevada de su profundo dolor, cruzaba sus descarnadas manos, ó las colocaba suavemente sobre la ventanilla del carruaje, como si la pesada máquina tuviese algo de humano y pudiera ser sensible á sus caricias.

—¡Monseñor... escuchadme... leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria, como otros muchos... somos tantos los que ayunamos...

—¿Creéis que yo puedo alimentarlos?

—Dios lo sabrá, monseñor; pero no es eso lo que yo pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para colocarla sobre su fosa y poder saber en dónde está; de otro modo, ese lugar se olvidará bien pronto y nadie podrá descubrirlo cuando yo muera; esto sucederá dentro de muy poco—el hambre no nos perdona—y entonces me enterrarán bajo otro monton de yerba; ¡y hay tantos montones de estos, monseñor! ¡son tantos los muertos y tan espantosa la miseria! ¡Yo os lo ruego, monseñor!... yo os lo suplico!

El lacayo la había separado de la portezuela; la car-

roza, cuyos postillones aceleraban el paso, se alejaba rápidamente, y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, veía disminuir por minutos la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la noche se elevaban sobre su camino y se esparcían como una especie de lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y de harapos, que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, referida con todos sus detalles por el peon caminero, que no dejaba un momento de la mano su gorro de algodon. Dispersáronse, por último, y todos penetraron en sus respectivas casas; brillaron débilmente algunas luces á través de las ventanas del pueblo; las ventanas quedaron completamente á oscuras cuando las estrellas comenzaron á brillar, y parecía que en vez de apagarse la claridad de las chozas había subido á los cielos.

A todo esto, una inmensa morada, cuyos tejados se elevaban por encima de una espesa enramada, cubría con su sombra la carroza del marqués. Una antorcha dispipó las tinieblas, abrióse una gran puerta, y el señor del pueblo entró en su castillo.

—¿Ha vuelto de Inglaterra Mr. Carlos Darnay? preguntó el gentilhombre.

—Nó, monseñor, todavía nó.

"ALFONSO KEYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IX.

La cabeza de Medusa.

El castillo del señor marqués era un vasto edificio sólidamente construido; un monton de piedras ante el cual se extendía un inmenso pátio de honor, rodeado de pie-

—¡Monseñor, por amor de Dios!... Se trata de mi pobre marido, el presidente de aguas y bosques...

—¿Y qué es lo que le sucede á vuestro pobre marido? Será la canción de todos los días, ¿no ha pagado lo que debe?

—Al contrario, monseñor, lo ha pagado todo, puesto que ha muerto.

—¡Corriente! así estará más tranquilo; ¿creéis que yo puedo resucitarle?

—¡Ay, nó, monseñor! pero es que está allí, bajo un montoncillo de yerba...

—¿Y qué?

—¡Monseñor! que hay muchos montoncillos de yerba y que no se diferencian en nada unos de otros...

—¿Y qué queréis que yo le haga?

Parecía una mujer anciana, y sin embargo era joven. Llevada de su profundo dolor, cruzaba sus descarnadas manos, ó las colocaba suavemente sobre la ventanilla del carruaje, como si la pesada máquina tuviese algo de humano y pudiera ser sensible á sus caricias.

—¡Monseñor... escuchadme... leed mi memorial!... Mi marido ha muerto de miseria, como otros muchos... somos tantos los que ayunamos...

—¿Creéis que yo puedo alimentarlos?

—Dios lo sabrá, monseñor; pero no es eso lo que yo pido, sino una cruz de madera con el nombre de mi pobre marido para colocarla sobre su fosa y poder saber en dónde está; de otro modo, ese lugar se olvidará bien pronto y nadie podrá descubrirlo cuando yo muera; esto sucederá dentro de muy poco—el hambre no nos perdona—y entonces me enterrarán bajo otro monton de yerba; ¡y hay tantos montones de estos, monseñor! ¡son tantos los muertos y tan espantosa la miseria! ¡Yo os lo ruego, monseñor!... yo os lo suplico!

El lacayo la había separado de la portezuela; la car-

roza, cuyos postillones aceleraban el paso, se alejaba rápidamente, y el noble personaje, conducido nuevamente por las furias, veía disminuir por minutos la distancia que le separaba de su castillo.

Los perfumes de la noche se elevaban sobre su camino y se esparcían como una especie de lluvia sobre el grupo de hambrientos llenos de polvo y de harapos, que rodeaban la fuente. Estos continuaban escuchando la historia del espectro, referida con todos sus detalles por el peon caminero, que no dejaba un momento de la mano su gorro de algodon. Dispersáronse, por último, y todos penetraron en sus respectivas casas; brillaron débilmente algunas luces á través de las ventanas del pueblo; las ventanas quedaron completamente á oscuras cuando las estrellas comenzaron á brillar, y parecía que en vez de apagarse la claridad de las chozas había subido á los cielos.

A todo esto, una inmensa morada, cuyos tejados se elevaban por encima de una espesa enramada, cubría con su sombra la carroza del marqués. Una antorcha dispipó las tinieblas, abrióse una gran puerta, y el señor del pueblo entró en su castillo.

—¿Ha vuelto de Inglaterra Mr. Carlos Darnay? preguntó el gentilhombre.

—Nó, monseñor, todavía nó.

"ALFONSO KEYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IX.

La cabeza de Medusa.

El castillo del señor marqués era un vasto edificio sólidamente construido; un monton de piedras ante el cual se extendía un inmenso pátio de honor, rodeado de pie-

dra sillería, y en este pátio dos grandes escaleras de piedra que se unían en forma de herradura sobre una azotea de piedra, en la cual se hallaba situada la puerta del castillo.

Allí no se veía más que piedra: las ornacinas, las balustradas, las flores, las cabezas de hombre, de león y de otros animales que adornaban las fachadas, todo era de piedra. Hubiérase dicho que á fines del siglo xvi, cuando acababa de concluirse el edificio, la cabeza de Medusa había paseado por allí su funesta mirada.

El marqués, precedido de una antorcha, que turbaba suficientemente las tinieblas para excitar las quejas de un buho instalado en el alero del tejado viejo de una antigua casa, subió los grandes peldaños que conducían á la azotea. El aire estaba tan profundamente en calma, que no agitaba la antorcha que precedía á monseñor, ni la que le aguardaba á la puerta del castillo.

Excepción hecha del canto del buho y del murmullo de una fuente cuya agua se precipitaba en un receptáculo de piedra, no se oía absolutamente ningún ruido; era una de esas tenebrosas noches que retienen su palpitante soplo y lanzan de tarde en tarde un suspiro, reprimido inmediatamente.

La puerta principal volvió á cerrarse con gran estrépito, y monseñor se halló en una gran sala adornada con antiguos venablos, enormes espadas y numerosos cuchillos de caza que inspiraban gran horror al ver ciertos látigos con correas de cuero, cuyos sangrientos golpes habían herido infinidad de aldeanos, antes de que éstos se hubiesen reunido con la Muerte, que era su única bienhechora.

Evitando los salones en que no había luz, el marqués llegó al piso principal, atravesó una puerta situada en un corredor y penetró en sus habitaciones particulares: grandes salones profusamente dorados, tales como cor-

respondían á la posición de monseñor en un siglo y en un país de lujo.

El estilo del tiempo de Luis XIV predominaba en el rico mueblaje, que alternaba sin embargo, con una infinidad de objetos preciosos, cuyo origen se relacionaba con las antiguas páginas de la historia de Francia.

En la última de estas habitaciones, pequeña rotonda que ocupaba una de las torrecillas situadas en los cuatro ángulos del castillo, hallábanse preparados dos cubiertos. La ventana estaba abierta, pero con las persianas echadas, y la noche sólo se revelaba por las rayas negras que alternaban con las tablillas de color ceniciento.

—Me han dicho que mi sobrino no había llegado aún, dijo el marqués dirigiendo una mirada á la mesa.

—Creíamos que llegaría con monseñor.

—Supongo que no vendrá esta noche; sin embargo, dejad ahí su cubierto. Yo volveré por aquí antes de veinte minutos.

Apenas habían trascurrido dichos veinte minutos, cuando monseñor se sentó á la mesa dispuesto á hacer los honores á una cena suntuosa y delicada. Acababan de llevarse la sopa. El señor marqués tenía en la mano un vaso de vino de Burdeos, pero en vez de aproximarle á sus labios volvió á dejarlo sobre la mesa.

—¿Qué ha ocurrido ahí? preguntó mirando á la ventana que se hallaba enfrente de él.

—¿En dónde, monseñor?

—Ahí fuera; abrid las persianas.

—No veo nada, monseñor; fuera de las ventanas no hay más que la noche y los árboles.

—Bueno, cerrad.

Cerráronse las persianas, y monseñor continuó su cena. Estaba en el asado, cuando se detuvo nuevamente, con el vaso en la mano, al oír el ruido de un carruaje.

—Preguntad quién es, dijo.

Era el sobrino del señor marqués. Había hecho todo lo posible por alcanzar la carroza de su tío, pero no había podido cambiar de tiro hasta el momento en que el señor marqués penetraba en el castillo.

Dijéronle, de parte de monseñor, que la cena estaba dispuesta y que su tío le aguardaba. Un momento después, el sobrino del marqués entraba en el gabinete de la torrecilla.

El señor marqués le recibió con mucho agasajo, pero no le dió la mano.

—¿Habeis salido ayer de París, caballero? preguntó el joven sentándose á la mesa.

—Ayer por la mañana. ¿Y vos, caballero?

—Yo he venido directamente.

—¿De Lóndres?

—Sí, señor.

—Mucho habeis tardado en venir, dijo el marqués sonriendo.

—Al contrario, no me he detenido ni siquiera una hora.

—No me refiero al tiempo que habeis tardado en hacer el viaje, sino á la poca prisa que os habeis dado en poner os en marcha.

—Me he visto obligado á detenerme por... diferentes negocios, respondió el joven con cierta vacilación.

—No lo dudo, replicó el marqués con mucha cortesía.

Mientras el criado sirvió la cena, no hablaron una palabra más. Pero cuando quedaron solos, después de servirles el café, Carlos miró á su tío, y reanudó la conversacion.

—Como comprendereis perfectamente, dijo, he vuelto con el propósito de continuar el asunto que me llevó á Inglaterra. La insistencia que he empleado en todo esto me ha puesto en un peligro tan grande como inesperado. Continuaré sin embargo, esta empresa, que para mí es sagrada; si me conduce á la muerte, creo que el sentimiento

que me la inspira me sostendrá hasta mis últimos momentos.

—¿Y á qué hablar de la muerte? eso es una exajeracion.

—Supongamos que no hay exajeracion, caballero; yo os pregunto, si en el momento fatal me hubiérais tendido la mano para socorrerme.

El tío dió mil seguridades de ello á su sobrino con un gesto lleno de cortesía, pero era indudable que aquella protesta sólo era una simple fórmula de urbanidad, que nada tenia de tranquilizadora.

—Supongamos más aún, prosiguió el joven; segun he podido comprender, parece ser que vos mismo habeis contribuido á hacer sospechosas las difíciles circunstancias en que yo me hallaba.

—No por cierto, dijo el marqués con suma amabilidad.

—De todos modos, repuso el sobrino mirando con desconfianza á su tío, sé que hareis todo cuanto esté de vuestra parte para impedir que yo logre mi objeto, y sé tambien que nunca habeis sido escrupuloso en la eleccion de los medios.

—Eso os lo he dicho hace mucho tiempo, respondió monseñor con visible disgusto; hacedme el obsequio de recordarlo, querido sobrino.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Os lo agradezco muy de veras.

La voz del marqués dejaba en el aire una prolongada vibracion, como la de un instrumento armonioso.

—Creo, efectivamente, continuó el joven, que debo á mi buena estrella, y sobre todo á vuestra mala fortuna, el no hallarme encerrado en alguna prision francesa.

—No os comprendo, dijo el tío disolviendo el azúcar en el café: ¿quereis hacerme el obsequio de explicaros con mayor claridad?

—Quiero decir que si no fuéreis tan mal mirado en la

corte, y si no hubiéseis abusado tanto de ella, os hubiérais procurado ya una orden de prision para encerrarme por tiempo ilimitado en alguna fortaleza.

—Puede que sí, dijo el marqués con mucha calma; puede que hubiera hecho eso para salvar el honor de la familia; dispensadme si abrigo semejante propósito.

—He tenido la suerte, dijo el jóven, de que en la recepcion de anteayer os hayan recibido con la excesiva frialdad de siempre.

—No sé yo hasta qué punto podreis alegraros de eso, respondió el tío con una exquisita finura; las ventajas de la soledad y la ocasion que se os hubiera facilitado para reflexionar sériamente, hubieran podido influir en vuestro porvenir de un modo mucho más favorable de lo que podeis figuraros. Pero es inútil que hablemos de esto; estoy, como decís, bastante desairado en la corte. Hoy sólo se conceden al interés y á la importunidad los medios de concecion que en otros tiempos auxiliaban á las familias para afirmar su poder y conservar su honor. Hay tantas peticiones, que el número de los favorecidos es relativamente muy corto. No sucedía así en otros tiempos, pero todo ha cambiado en Francia. Nuestros antepasados eran dueños de vidas y haciendas en sus dominios. ¡Cuántos rústicos han salido de este castillo para ser aborcados! Ya sabeis que en esa habitacion inmediata, que hoy me sirve de dormitorio, fué asesinado uno de esos bergantes por la insolente delicadeza de que hacia alarde con respecto á su hija. ¡Su hija! Cada dia vamos perdiendo alguno de nuestros privilegios. Hoy se ha puesto de moda una nueva filosofia, y es verdaderamente imposible que uno pueda sostener su rango. Esto se vá poniendo mal, muy mal.

El marqués, al decir estas palabras, sacó su caja de rapé, tomó un polvo con exquisita elegancia y movió la cabeza con aire inquieto, sin desechar, sin embargo, toda esperanza de que llegase á regenerarse el país

que tenia la dicha de contar con un individuo como él.

—Nosotros hemos sostenido tan perfectamente el rango de nuestra familia en estos últimos siglos, dijo el sobrino con voz sorda, que no creo que pueda haber en Francia un nombre más aborrecido que el nuestro.

—Sí lo creo, respondió el tío; el pueblo ódia á los grandes sin poderlo remediar.

En todos estos contornos, prosiguió el jóven con el mismo tono de ántes, no hay una sola persona que no me mire con el temor y la bajeza de un esclavo.

—Eso es una lisonja para la familia, un merecido elogio por lo bien que ha sabido sostener su grandeza.

El marqués aspiró lentamente una nueva dosis de rapé y cruzó una pierna sobre otra. Pero cuando el jóven, con el codo apoyado sobre la mesa, se llevó la mano á la frente y ocultó con ella sus ojos, la mirada traidora y cruel de monseñor se fijó en él reflejando un odio que desmentía claramente el aire despreocupado del noble personaje.

—La sujecion, dijo, es la única filosofia verdadera y permanente; el temor del esclavo es saludable, amigo mio, y el látigo obligará á nuestros perros á la obediencia mientras subsistan los muros de este castillo.

Esto podia suponer mucho ménos tiempo de lo que el marqués se figuraba. Si le hubiesen enseñado aquel castillo algunos años más tarde, ni siquiera hubiera podido reconocer sus ruinas, mezcladas á las de tantos otros, deshechos por el hierro y por el fuego.

—Entre tanto, continuó el marqués, yo cuidaré del reposo y del honor de la familia, que tan poco os importan. Pero debeis estar cansado, y no quisiera aumentar vuestra fatiga prolongando nuestro diálogo.

—Tened la bondad de concederme algunos minutos.

—Una hora, si así lo quereis.

—Hemos obrado mal, repuso el sobrino, y ahora estamos tocando las consecuencias.

—¿Que hemos obrado mal? repitió el marqués sonriendo.

—Hablo de nuestra familia, cuyo honor nos preocupa á entrambos, aunque de un modo muy diferente. Aun en vida de mi padre, hemos hecho toda clase de disparates insultando y vejando á cuantas personas podían oponer algún obstáculo á nuestros placeres; ¿qué necesidad tengo de recordarlo? esta vida ha sido la vuestra; ¿no érais el hermano gemelo de mi padre, su coheredero de los títulos y de los bienes de la familia y el que se aprovechó de su sucesión?

—¡La muerte lo ha dispuesto así! dijo monseñor.

—Ella me ha dejado desarmado enfrente de un sistema odioso, al cual me hallo fatalmente ligado, del cual aparezco responsable, y contra el cual no me es posible hacer nada; ella es quien me ha dejado tratando incesantemente de ejecutar la última voluntad de mi madre y de obedecer su última mirada que me suplicaba tuviese compasión é hiciese justicia. ¡Ah! ¡qué tormento tan grande es el carecer de recursos y no hallar en ninguna parte el auxilio que se reclama!

—Si pensais obtenerlo de mí, podeis desde luego desechar semejante idea, querido sobrino.

El señor marqués, de pie entonces al lado de la chimenea, miró al jóven con frialdad y perfidia, sin abandonar, no obstante, la aparente calma de su pálido rostro; y tocando con el índice el pecho de su sobrino, como si la extremidad de su dedo blanco y delgado hubiese sido la punta de una espada amenazadora:

—Amigo mio, dijo, pienso morir sosteniendo el orden de cosas en que siempre he vivido.

—Apyó estas palabras aspirando fuertemente una nueva dosis de rapé y guardándose la caja en el bolsillo.

—Mejor seria dar pruebas de cordura y aceptar la suerte que el cielo os ha deparado, continuó el marqués tirando

de la campanilla; pero si no me equivoco, creo que vuestra perdición no tiene remedio.

—He perdido las tierras de ese señorío del mismo modo que he perdido la Francia, respondió el jóven con amargura; á ambas cosas he renunciado.

—¿Y con qué derecho? Que renunciéis á la Francia, lo comprendo; pero las tierras de este señorío no os pertenecen aún.

—Lo sé, caballero; he querido decir que si mañana las heredase de vos...

—Me complace en creer que no sucederá así.

—Aplacemos la cosa para dentro de veinte años.

—Me haceis demasiado honor, dijo el marqués; pero no me desagrada esa suposición.

—Yo entonces abandonaría esta propiedad y me iría á vivir á otra parte, y de muy distinto modo que vos vivís. Córto sacrificio seria, despues de todo, el abandonar un lugar como este en que todo es ruina y miseria.

—¡Hola! exclamó el marqués contemplando el lujo de que se hallaba rodeado.

—En esta habitacion quedan los ojos satisfechos, repuso el sobrino; pero en el fondo y á la luz del día, sólo existe un vacilante monton de desórdenes, de violentas exacciones, de escandalosas deudas y de repugnantes tiranías, sostenidas por el hambre, la desnudez y las enfermedades.

—¡Hola! exclamó nuevamente el marqués con notable indiferencia.

—Si las tierras de este señorío llegan alguna vez á ser mías, prosiguió el jóven, las confiaré á manos más hábiles que las mías, para que los hijos de los desgraciados que habitan estos campos, en que tanto han sufrido, tengan un porvenir ménos insoportable. Pero tal vez no me sea posible ejecutar este acto de justicia: esta tierra está maldita como la familia que la posee.

—¿Y vos? preguntó el tío, dispensad mi curiosidad; pero acariciando esas ideas, ¿teneis el propósito de vivir?

—Viviré, caballero, como otros muchos y como tal vez tengan que vivir, andando el tiempo, algunos nobles, viviré de mi trabajo.

—¿Probablemente en Inglaterra?

—Sí, caballero, no temais nada; el honor de la familia quedará á salvo, por lo ménos en Francia.

El retintiu de la campanilla habia dado la orden de iluminar la habitacion del marqués. Monseñor dirigió una mirada hácia la puerta que daba paso á la habitacion contigua, escuchó atentamente, y aguardó á que se alejase el lacayo para continuar el interrumpido diálogo.

—Por fuerza, dijo, debe tener para vos Inglaterra muchos encantos, porque la posicion que ocupais en ese pais no es muy ventajosa, en honor de la verdad, y creo que no prosperais gran cosa, añadió sonriendo.

—Eso es todo cuanto os debo, segun he tenido ya el honor de manifestaros, caballero. Por lo demás, yo sólo he ido á Inglaterra para buscar allí un refugio, no para allegar riquezas.

—La Inglaterra se vanagloria de ser un asilo para muchas gentes. ¿No conocéis allí á un francés, refugiado como vos en aquella tierra hospitalaria, doctor en medicina?

—Sí, señor.

—¿No tiene una hija?

—Sí, señor.

—Muy bien, dijo el marqués. Celebraré que paseis buena noche; debéis estar rendido.

Al inclinar graciosamente la cabeza, hubo en su mirada y en su sonrisa cierta expresion particular que dió á sus palabras un sello tan misterioso y significativo, que el jóven se quedó sorprendido. Las líneas rectas de sus párpados y de sus lábios, encorvadas por el sarcasmo, da-

ban á su rostro un aspecto infernal que no carecia de cierta belleza.

—¡El doctor tiene una hija! repitió el marqués; ¡muy bien! De este modo inaugura de sus tareas la nueva filosofia. Pero estais cansado: buenas noches, querido sobrino.

Querer leer en el rostro de monseñor, hubiera valido tanto como interrogar á las cabezas de piedra que decoraban el castillo, y el sobrino del marqués le miró inútilmente al atravesar el umbral de la puerta.

—¡Buenas noches! repitió el marqués; hasta mañana por la mañana, que probablemente estareis ménos cansado. ¡Alumbrad y acompañad á este caballero á su habitacion! ¡Así le asáseis en ella! murmuró el tío tirando de la campanilla para que viniesen á desnudarle.

Despues de despedir á su ayuda de cámara, el señor marqués, envuelto en una magnífica bata, comenzó á pasearse por la habitacion para disponerse al sueño. Sus blandas zapatillas se apoyaban sin ruido sobre el entarimado, y sus pasos silenciosos, unidos á la blandura de sus movimientos, le daban cierto carácter felino, como si un encantador le hubiese condenado por sus culpas á tomar la forma de un tigre.

Mientras se paseaba en aquella suntuosa habitacion, el marqués pensó en los últimos incidentes de su viaje, y no pudo desechar de su memoria estos recuerdos; la penosa y larga subida de la cuesta, sus manos enrojecidas por el sol poniente, la bajada en medio de un torbellino de polvo, el pueblo al pié de la colina, la prision sobre el inmenso peñasco, los aldeanos alrededor de la fuente y el peon caminero designando con su gorro azul la cadena de la maniobra del carruaje.

La fuente del pueblo recordó la de París, el pequeño lio de sangrientos harapos colocado sobre el pretil de piedra, las mujeres acurrucadas ante el pequeño cadáver, y

el desdichado padre alzando al cielo las manos y exclamando:—¡Está muerto!

—Ahora, dijo monseñor, estoy tranquilo y puedo acostarme.

Apagó, ménos una, todas las bujías de los candelabros, dejó caer las cortinas de seda y de gasa, cerró los ojos y se entregó al sueño.

Durante tres horas, las cabezas de piedra que decoraban la fachada contemplaron las tinieblas con sus apagados ojos, agitáronse los caballos ante sus pesebres, ladraron los perros y dejóse oír el canto del buho de muy distinto modo del que suelen suponer los poetas.

Durante tres horas, la más completa oscuridad envolvió todos aquellos contornos y añadió su sombra al silencio que reinaba en el campo. Ya no se divisaban en el cementerio los montoncillos de yerba; la imagen del Cristo hubiera podido desprenderse de la cruz sin que nadie pudiese notarlos, y en el pueblo los cobradores de contribuciones y los contribuyentes dormían á pierna suelta.

Tal vez soñaban con banquetes y festines, como sucede generalmente á las personas que se mueren de hambre; ó con el descanso y el bienestar, como harán probablemente el esclavo y el buey, agobiados bajo el peso del yugo; pero ello es que dormían, y entre tanto olvidaban el hambre y el collar de miseria y se veían libres y suficientemente alimentados.

Durante tres horas, las aguas de la fuente del pueblo y de la del castillo siguieron manando y huyeron á lo lejos como los minutos que el tiempo abandonaba en su camino. Luego, su fugitiva corriente lució su pálido reflejo en medio de las tinieblas, ya ménos profundas, y los leones que decoraban la fachada del castillo vieron despuntar la luz del día. El horizonte empezó á blanquear y se inflamó poco á poco; el sol, despues de haber tocado á la cima de los árboles, coloreó la colina, las cabezas de

piedra se eurojecieron y el agua pareció revuelta en sangre.

El himno de la mañana saludó por todas partes la aparición del día; sobre la ventana de la alcoba de monseñor, dejó oír un pajarillo sus más meliosos trinos; el mónstruo que sostenia las armas del marqués pareció extrañar aquel espectáculo, y en sus ojos fijos y en su boca abierta, veíase la expresion de un verdadero espanto.

A la salida del sol, todo el pueblo se puso en movimiento; abriéronse las ventanas y las puertas, y los trabajadores, tiritando bajo la impresion de un aire vivo y puro, fueron á comenzar sus cotidianas tareas. Aquí varias mujeres lavando, más allá varios hombres y mujeres cavando, sembrando ó estercolando, cuidando sus miserables bestias y conduciendo por los caminos sus escualidas vacas para que pastasen la poca yerba que podían hallar. En la iglesia una ó dos mujeres arrodilladas. En la puerta del cementerio una pobre viuda, cuya cabra rumiaba la yerba que crecía al pié de la cruz.

Las gentes del castillo, segun sus respectivas categorías é inclinaciones, se despertaron un poco más tarde.

Hasta aquí nada se apartaba de los usos y costumbres de cada día.

Pero, ¿por qué se oía el tañido de la campana? ¿Qué significaban aquellas idas y venidas, aquellos rostros espantados, aquella aglomeracion de gentes en la azotea y aquellas botas con espuelas que crugían en el patio? ¿Por qué se ensillaban á toda prisa los caballos?

¿Por qué los lanzaban á rienda suelta por la vertiente de la colina?

¿Ha sido el viento quien ha llevado la nueva de aquel tumulto al peon caminero, ocupado ya en su trabajo, y cuyo alimento del día, que no llamaria la atencion de una corneja, descansa sobre un monton de piedras? ¿Han

sido los pájaros, que diseminan las simientes, los que han dejado, por casualidad, caer cerca de él algunas partículas de la noticia? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el peon caminero, dejando en mitad de la carretera sus herramientas y su zurrón, bajó la cuesta corriendo como si el diablo le persiguiese, y no se detuvo hasta llegar á la fuente.

Halló en ella á todos los vecinos del pueblo hablando en voz baja y con gran animacion, pero sin revelar nada más que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas miraban ante sí con estúpido aspecto y tendidas sobre el suelo, rumiaban lentamente, sin que aquel mezquino alimento pudiera indemnizarles de su trabajo. Al otro lado de la calle, y más ó ménos armados, hallábanse varios servidores del castillo, algunos postillones y todos los cobradores de impuestos del pueblo.

El peon caminero se mezcló á un grupo de cincuenta amigos íntimos, agitando vivamente su gorro azul.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué presagia el acto de subir M. Gabelle á la grupa del caballo de un criado de monseñor, que, á pesar de su doble carga desaparece como el corcel de la batalla alemana?

Significa que hay en el castillo una imagen de piedra que nadie esperaba ver.

La Medusa habia visitado durante la noche el edificio para añadirle la única cabeza que faltaba á aquella noble morada hacia más de dos siglos: sobre la almohada del marqués reposaba la cabeza de un hombre despertado repentinamente, lleno de furor y petrificado en medio de su cólera. En el pecho de aquel hombre se halló un cuchillo clavado en mitad del corazón; en el pomo del cuchillo estaba sujeto un papel, y en aquel papel se leían estas palabras:

De parte de Jacobo.

CAPÍTULO X.

Dos promesas.

Algunos meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Carlos Darnay se hallaba establecido en Lóndres, en donde enseñaba el francés. Hoy se le llamaria profesor; en aquella época era sencillamente un maestro de lenguas. Tenia una academia destinada á los jóvenes que disponian de suficiente tiempo para cultivar una lengua viva, que se hablaba en todo el mundo, y procuraba por todos los medios imaginables difundir entre sus discipulos el gusto de la literatura francesa, cuyas bellezas ponía de relieve en la lengua inglesa más correcta.

En aquellos tiempos, semejantes maestros eran raros; los príncipes que un día debian subir al trono, no enseñaban aún las ciencias de que más tarde debian dar lecciones; los nobles, que estaban inscritos en el gran libro de Tellson, no se hallaban aún reducidos á dirigir una cocina ó ser carpinteros.

El joven maestro de lenguas, gracias al talento que poseia, á la extension de sus conocimientos y al encanto de su buena imaginacion y de sus modales, no tardó en darse á conocer. Hallábase, por otra parte, tan al corriente de los sucesos de su país, cada vez más interesantes, que este era un nuevo motivo para que se viese solicitado.

Si al venir á Lóndres hubiese creído llegar á amontonar tesoros, hubiera, sin duda alguna, experimentado una amarga decepcion. Pero habia pedido trabajo, lo habia obtenido, desempeñaba celosamente sus tareas y este era todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la universidad de Cambridge, en donde se le toleraba que pasase como contrabando las riquezas de una lengua

sido los pájaros, que diseminan las simientes, los que han dejado, por casualidad, caer cerca de él algunas partículas de la noticia? Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que el peon caminero, dejando en mitad de la carretera sus herramientas y su zurrón, bajó la cuesta corriendo como si el diablo le persiguiese, y no se detuvo hasta llegar á la fuente.

Halló en ella á todos los vecinos del pueblo hablando en voz baja y con gran animacion, pero sin revelar nada más que la sorpresa y la curiosidad. Las vacas miraban ante sí con estúpido aspecto y tendidas sobre el suelo, rumiaban lentamente, sin que aquel mezquino alimento pudiera indemnizarles de su trabajo. Al otro lado de la calle, y más ó ménos armados, hallábanse varios servidores del castillo, algunos postillones y todos los cobradores de impuestos del pueblo.

El peon caminero se mezcló á un grupo de cincuenta amigos íntimos, agitando vivamente su gorro azul.

¿Qué significa todo esto? ¿Qué presagia el acto de subir M. Gabelle á la grupa del caballo de un criado de monseñor, que, á pesar de su doble carga desaparece como el corcel de la batalla alemana?

Significa que hay en el castillo una imagen de piedra que nadie esperaba ver.

La Medusa habia visitado durante la noche el edificio para añadirle la única cabeza que faltaba á aquella noble morada hacia más de dos siglos: sobre la almohada del marqués reposaba la cabeza de un hombre despertado repentinamente, lleno de furor y petrificado en medio de su cólera. En el pecho de aquel hombre se halló un cuchillo clavado en mitad del corazón; en el pomo del cuchillo estaba sujeto un papel, y en aquel papel se leían estas palabras:

De parte de Jacobo.

CAPÍTULO X.

Dos promesas.

Algunos meses despues de los acontecimientos que acabamos de referir, Carlos Darnay se hallaba establecido en Lóndres, en donde enseñaba el francés. Hoy se le llamaria profesor; en aquella época era sencillamente un maestro de lenguas. Tenia una academia destinada á los jóvenes que disponian de suficiente tiempo para cultivar una lengua viva, que se hablaba en todo el mundo, y procuraba por todos los medios imaginables difundir entre sus discipulos el gusto de la literatura francesa, cuyas bellezas ponía de relieve en la lengua inglesa más correcta.

En aquellos tiempos, semejantes maestros eran raros; los príncipes que un día debian subir al trono, no enseñaban aún las ciencias de que más tarde debian dar lecciones; los nobles, que estaban inscritos en el gran libro de Tellson, no se hallaban aún reducidos á dirigir una cocina ó ser carpinteros.

El joven maestro de lenguas, gracias al talento que poseia, á la extension de sus conocimientos y al encanto de su buena imaginacion y de sus modales, no tardó en darse á conocer. Hallábase, por otra parte, tan al corriente de los sucesos de su país, cada vez más interesantes, que este era un nuevo motivo para que se viese solicitado.

Si al venir á Lóndres hubiese creído llegar á amontonar tesoros, hubiera, sin duda alguna, experimentado una amarga decepcion. Pero habia pedido trabajo, lo habia obtenido, desempeñaba celosamente sus tareas y este era todo el secreto de su fortuna. Daba lecciones en la universidad de Cambridge, en donde se le toleraba que pasase como contrabando las riquezas de una lengua

moderna, en vez de introducir el griego y el latín con aprobacion de la aduana académica. Estos trabajos universitarios absorbían una parte del tiempo que tenía disponible, y el resto lo consagraba á sus discípulos de Londres.

Sabido es que desde la época en que un perpétuo estío reinaba en el Paraiso, hasta nuestros dias, en que es muy raro que el invierno abandone estas decaidas latitudes, los hombres han obedecido invariablemente la ley que les obliga á enamorarse de una mujer; Carlos Darnay habia seguido la ley comun. Amaba á Lucía Manette desde el momento en que se vió expuesto á morir. Nunca habia oido una voz más dulce, más simpática; nunca habia contemplado un rostro más celestial ni sentido una emoción más profunda, que cuando al borde de la tumba, tropezaron sus ojos con los de la encantadora testigo, obligada á reconocerle y á deponer en contra suya.

Pero era un secreto que no habia confiado á nadie. Hacia un año que el marqués habia muerto asesinado, al otro lado del Estrecho, y Carlos no habia dicho aún á miss Manette una sola palabra que pudiera hacerla sospechar el estado de su alma. Tenia para obrar así poderosas razones, cuya importancia conocia perfectamente.

Sin embargo, una noche Carlos Darnay, que acababa de llegar de Cambridge, se dirigió á la sala de los ceos, decidido á referir al doctor todo el secreto de su alma. Duraba aún la estacion del invierno, y Lucía, á la caída de la tarde, acostumbraba á salir de paseo con miss Pross. Nuestro enamorado, que conocia esta circunstancia, halló á Mr. Manette solo en su habitacion y leyendo junto á la ventana.

El doctor habia recobrado poco á poco toda la fuerza moral que le habia sostenido en los primeros tiempos de su encarcelacion, y que sólo habia servido para agravar

sus padecimientos y torturas. A veces, sin embargo, la energía que demostraba decrecia de pronto y reaparecia bruscamente, como le habia sucedido con las demás facultades, ántes de conseguir volver á su estado normal. Pero estas crisis habian sido siempre poco frecuentes y cada vez lo eran mucho ménos. Estudiaba mucho, dormia poco, soportaba fácilmente la fatiga, tenia el carácter igual y no carecia de buen humor. Al ver entrar á Carlos Darnay, dejó su libro y estrechó la mano del jóven.

—Celebro mucho el veros por aquí, le dijo: os esperamos hace ya muchos dias; los señores Stryver y Carton decian ayer que permaneciais en Cambridge mucho más de lo regular.

—Mucho les agradezco el interés que por mi se toman, respondió Carlos con marcada frialdad. ¿Y miss Manette?... repuso al cabo de un instante.

—Se encuentra perfectamente, interrumpió el doctor. Ha salido á comprar algunas cosillas, pero no tardará en volver, y estoy segurísimo de que se alegrará mucho de veros por casa.

—Estaba en la persuasion de no hallarla aquí, replicó Darnay, y quiero aprovechar esta ocasion para que celebremos una pequeña conferencia.

—Acercáos y hablad, dijo el doctor despues de un momento y sin poder disimular cierto disgusto.

Carlos cogió una silla y se sentó en el sitio indicado, sin saber cómo abordar la cuestion.

—Hace diez y ocho meses, dijo por fin, que tengo la dicha de ser vuestro íntimo amigo, y esta circunstancia me permite creer que el asunto de que voy á hablaros...

—¿Pensais hablarme de Lucía? interrumpió Mr. Manette.

—Sí, doctor.

—Pues ese asunto es siempre muy penoso para mí, y os

confieso, Mr. Darnay, que me es sumamente sensible oír hablar de ella con el tono que vos empleais.

—Hablo de miss Manette con la más fervorosa admiración y con el más sincero amor, caballero, respondió Carlos con el mayor respeto.

—Lo creo y os lo agradezco, respondió el doctor.

Este tardaba tanto en responder, y lo hacia con tan visible repugnancia, que Carlos Darnay le preguntó con cierta vacilación si podía continuar.

El doctor hizo un signo afirmativo.

—Todo cuanto tengo que deciros, prosiguió el jóven, lo sabeis perfectamente; pero sólo podríais comprender el interés que tiene para mí este diálogo, conociendo de antemano los sinsabores y las amarguras de que está llena mi existencia. Yo amo á vuestra hija con un cariño tan respetuoso como vehemente, y no puede existir en el mundo un amor más profundo y más desinteresado que el que ella me inspira. Vos tambien habeis amado, doctor; recordad vuestro antiguo amor...

Mr. Manette habia vuelto la cabeza, y sus ojos estaban fijos en el entarimado de la habitación; al oír las últimas palabras del jóven, extendió la mano, exclamando:

—No habeis de eso, caballero, os lo suplico. ¡No, no traigais ese recuerdo á mi memoria!...

Su voz revelaba tanto dolor, que el eco de sus palabras resonó largo tiempo en los oídos de Carlos. Su mano se agitaba cerca del jóven como pidiéndole por favor que permaneciese silencioso.

—Dispensadme, murmuró al cabo de algunos minutos; yo no dudo del amor que profesais á mi hija; creedlo, Mr. Darnay...

Volvióse hácia Carlos, pero sin levantar la cabeza, apoyó la frente sobre su mano y permaneció así con el rostro oculto bajo sus cabellos blancos.

—¿Habeis hablado de eso á Lucia? preguntó.

—No señor.

—¿Le habeis escrito alguna vez?

—Nunca.

—Comprendo que habeis hecho ese sacrificio por consideración á su padre; sería poco generoso el desconocerlo, y su padre os lo agradece.

Al decir estas palabras, el doctor tendió la mano al jóven, pero no apartó la vista del suelo.

—Yo, que os he visitado diariamente, sé muy bien que hay entre miss Manette y vos un cariño tan verdadero y tan profundo, por las circunstancias en que se ha desarrollado, que es imposible compararlo á la pasión más sublime que haya podido existir nunca entre un padre y una hija. Lo sé perfectamente, doctor; hay en el amor que os profesa Lucia una mezcla de ese profundo y tierno cariño que pertenece á la mujer, y del irreflexivo instinto y de la ciega confianza del niño. Ella os quiere, y vos teneis para ella un sagrado carácter cuyo prestigio no podríais perder de ningún modo. Al miraros recuerda á su madre y os consagra el doble cariño que debia profesar á entrambos. Sufre con vuestras desgracias, bendice al cielo por haberos concedido vuestra libertad, y todo esto aumenta el cariño que le inspirais; yo lo comprendo, y he pensado en ello dia y noche desde el momento en que tuvisteis la bondad de admitirme en vuestra casa.

Mr. Manette permaneció silencioso; su respiración se hizo más viva, pero no dió, sin embargo, ningún otro signo de los sentimientos que agitaban su alma.

—Y porque sabia eso, doctor, y porque yo mismo veia en vuestra frente la aureola del martirio, es por lo que me he abstenido de hablar todo el tiempo que mi valor me lo ha permitido. Yo comprendia, y sigo comprendiendo, que interponer mi amor entre el padre y la hija era casi un crimen; pero la amo demasiado y no me es posible callar.

—Ya habia yo supuesto todo eso, dijo tristemente el antiguo cautivo.

—No creais, replicó Carlos, que si yo llegara á ser su esposo, abrigaria un solo momento el propósito de separaros de vuestra idolatrada hija. Además, esto sería imposible, aun suponiendo que yo tuviese la crueldad de intentarlo. Pero no temais nada, doctor, añadió cogiendo la mano de Mr. Manette, yo no puedo pensar en semejante cosa. Expulsado, como vos, de Francia por sus locuras y sus miserias; viviendo, como vos, de mi trabajo y confiando en un porvenir más dichoso, no tengo más ambición que la de sentarme á vuestro hogar y seros fiel hasta la muerte. Léjos de pensar en arrebatáros vuestra hija, pretendo sólo compartir con ella los cuidados que os procura, unirme á ella para aumentar vuestra dicha y estrechar, si es posible, los lazos que hoy os unen.

Después de estrechar la mano del joven, el padre de Lucia alzó la cabeza por primera vez desde que habia comenzado la conferencia. Su rostro reflejaba la lucha que sostenia su alma, y parecia querer retratar la duda y el espanto. Hizo, sin embargo, un esfuerzo sobre si mismo, y dijo con tranquilidad y dulzura:

—Yo os lo agradezco todo, Carlos Darnay; vuestras palabras son á la vez dignas y conmovedoras, y debo hablaros con suma franqueza. ¿Teneis algun motivo para creer que Lucia os ama?

—Hasta ahora, ninguno.

—¿Me habeis hablado de esto para poder saber á qué aternos sobre el particular?

—No, doctor; al venir aquí, no llevaba hasta ese punto mis pretensiones; pero creo, no sé si con motivo para ello, que me permitireis desde mañana hacer todo lo posible para averiguarlo.

—¿Me pedis un consejo?

—No lo pido, doctor. Deseo únicamente que hagais en obsequio mio todo cuanto os parezca conveniente.

—¿Habeis venido en busca de una promesa?

—Sí, doctor.

—Explicáos.

—Sé perfectamente que sin vuestro auxilio tendré que desechár toda esperanza, y que aun cuando miss Manette me tuviese algun cariño, lo cual estoy muy léjos de suponer, renunciaria á él ántes que contrariar la voluntad de su padre.

—Siendo eso así, tambien es cierto que podria producirse el efecto contrario. ¿No habeis pensado en esto?

—Fácil es comprender que una palabra salida de vuestros lábios en favor de un amante cualquiera, ejerceria grande influencia en sus sentimientos, y tal vez vuestros deseos lograsen sobreponerse á los suyos. Por esta razon, doctor, y aun cuando va en ello mi vida, no os pido que pronuncieis esa palabra.

—No lo dudo, Mr. Darnay; pero existen á veces, aun entre las personas más intimamente ligadas, ciertos impenetrables misterios que nacen precisamente de su extremado cariño, y yo ignoro de todo punto el estado del corazón de Lucia.

—Permitidme una pregunta, caballero. ¿Creeis que miss Manette sea...

—¿Solicitada por alguien?

—Eso es lo que yo queria decir.

—Aquí habeis visto á Mr. Cartone, respondió el doctor después de reflexionar un momento; Mr. Stryver viene tambien algunas veces; ¡como no sea uno de esos dos señores! . . .

—Es que tambien podrian ser los dos.

—No lo creo, y hasta es probable que ninguno de ellos haya pensado en semejante cosa. Pero ¿de qué promesa me hablábais?

—Si vuestra encantadora hija llega un día á hablaros de este asunto, prometedme, doctor, referirle mis palabras y decirle que las habeis juzgado sinceras. Creo haber merecido bastante vuestra estimacion para esperar que no me malquistareis con ella; esto es todo cuanto os pido; imponedme, en cambio, cuantas condiciones querais, en la seguridad de que las acepto desde luego, sin reservas de ningun género.

—Yo os prometo hacer lo que me pedís, y lo haré sin condicion alguna; creo firmemente todo cuanto me habeis dicho, y estoy persuadido de que no intentareis, de ningun modo, romper los lazos que me unen á esa idolatrada prenda de mi alma. Si ella me dice que podeis contribuir á su dicha, yo os concederé su mano, mister Darnay.

El jóven se apoderó de la mano del doctor, y la estrechó con verdadera efusior.

—Aun cuando hubiese preocupaciones justificadas y graves motivos de antipatia contra el hombre á quien ella amase, todo lo daría al olvido en nombre del cariño que la profeso. Lucía es todo para mí: ella ejerce en mi alma más influencia que mis recuerdos y mis dolores; ella significa para mí mucho más que... ¡Pero á qué hablaros de esto!...

Su voz se apagó de un modo extraño, fijó la vista en el vacío, y Carlos Darnay sintió helarse repentinamente la mano que oprimia entre las suyas.

—¿Qué me deciais? repuso Mr. Manette sonriendo, ¿de qué estábais hablándome?

Carlos, que en un principio no supo qué contestar, recordó haber manifestado el deseo de someterse á una condicion, en cambio de la promesa que acababa de hacerle el padre de Lucía.

—La confianza que me dispensais, dijo al doctor, debo pagarla de algun modo. Ya sabeis que el apellido que lle-

vo hoy, áun cuando es muy parecido al de mi madre, es un apellido supuesto. Yo deseo que sepais á qué familia pertenezco, y por qué...

—¡No prosigais! exclamó el médico de Beauvais.

—Sin embargo, yo quiero merecer vuestra confianza no ocultándoos ninguno de mis secretos.

—¡Yo os suplico que no habeis más de eso!...

El doctor, que al principio se habia tapado los oidos con las manos, las cruzó luego sobre los lábios del jóven.

—Ya me referireis eso más tarde, cuando yo os lo pregunte, ahora nó. Si ella os ama, habládm de ese particular un momento ántes de celebrarse la boda. ¿Me prometis formalmente hacerlo así?

—Podeis contar con mi palabra.

—Dejad que estreche vuestra mano; Lucía debe llegar de un momento á otro, y conviene que no nos vea juntos. Quedad con Dios, buenas noches.

El sol acababa de desaparecer del horizonte cuando Darnay se alejó, y ya era completamente de noche al regresar miss Manette. Esta se dirigió apresuradamente al salon y extraño no hallar en él al doctor.

—¡Padre mio! exclamó en voz alta.

No obtuvo ninguna respuesta, y sólo oyó en la sala el ruido sordo de un martillo. Entonces huyó espantada, pero volvió de nuevo á la habitacion, golpeó suavemente la puerta y llamó en voz baja á su padre. El ruido cesó en aquel mismo momento, su padre salió á recibirla, y ambos pasaron silenciosamente por la habitacion hasta una hora muy avanzada. A media noche, la jóven se levantó y fué á visitarle; su padre dormia profundamente, y el banquillo, la esportilla y el zapato á medio concluir, se hallaban nuevamente colocados en su sitio.

CAPÍTULO XI.

Una confidencia.

Mr. Stryver decia aquella misma noche á su chacal: —Sydney, prepara un nuevo ponche; tengo que hablarte de un asunto.

Sydney habia trabajado á todo vapor como las noches anteriores, con objeto de poner en órden los papeles de abogado y preparar para la apertura de los tribunales todos los asuntos de que éste se hallaba encargado. La tarea estaba ya terminada: todo lo atrasado habia quedado al día, y el referido abogado libre de toda preocupacion hasta que el mes de Noviembre, con sus nubarrones atmosféricos y legales, volviese á traer la molienda al molino.

Todas aquellas noches triplemente laboriosas, no habrian logrado que Cartone fuese más vivo ni más sóbrio. Unicamente á fuerza de tohallas mojadas y de continuadas libaciones habia podido salir del paso; así es que cuando se quitó su turbante y lo arrojó á la palangana, en que durante seis horas lo habia mojado repetidas veces, hallábase nuestro hombre en un estado verdaderamente deplorable.

—Vaya, ¿te decides á hacer ese ponche? le dijo Stryver, siempre con las manos en las caderas y tendido sobre el diván.

—Sí, ya lo estoy preparando.

—Bueno, pues escúchame; tengo que decirte una cosa que ha de sorprenderte y que tal vez te haga creer que no soy tan listo como habias creído hasta ahora: voy á casarme, Sydney.

—¿Tú?

—Sí, y no por cuestion de dinero. ¿Qué te parece?

—¡Nada! ¿Y quién es ella?

—Adivinalo.

—¿Pero la conozco yo?

—Adivinalo.

—No me es posible adivinar nada á las cinco de la mañana, teniendo la cabeza como una olla de grillos. Si quieres que adivine tus enigmas, convidame á comer.

—Entonces voy á hablarte sin rodeos, dijo Stryver incorporándose en su diván; creo, sin embargo, que no podrás comprenderme, porque eres tan insensible!

—Y tú, respondió Cartone continuando la preparacion del ponche, tienes un corazon tan tierno y eres un hombre tan sentimental!

—Vamos, replicó Stryver riéndose con cierta satisfaccion; aun cuando no soy romántico, porque mi instruccion y mi talento me lo impiden, no por eso dejo de ser mucho más impresionable que tú.

—En verdad que eso es lo que se llama tener suerte.

—Impresionable no es la palabra; quiero decir que yo soy más...

—Más galante. ¡Vamos hombre! no tengas ningun reparo en decirlo.

—Eso es precisamente. Quiero decir, continuó Stryver con aire de importancia, que yo ando por el mundo más que tú y que conozco mucho mejor que tú la manera de agradar á las mujeres.

—Adelante, respondió Cartone.

—Antes de continuar, respondió el abogado moviendo la cabeza con su habitual aplomo, quiero tratar la cuestion á fondo. Tú has sido recibido en casa del doctor Marnette tantas, ó acaso más veces que yo: ¿en qué consiste que he tenido que avergonzarme siempre del aire pacato que adoptas en esa casa? Con tu taciturno silencio y tu rostro pungido, pareces allí, como si dijéramos, un

perro sin dueño. Te aseguro, Sydney, que todo eso me produce la misma vergüenza que á ti debiera causarte.

—El tener vergüenza es cosa que conviene sobremañera á un letrado, replicó Sydney; por consiguiente, debes agradecerme el que yo te haya enseñado á avergonzarte.

—No impedirás con tus interrupciones el que yo manifieste todo cuanto me propongo manifestar. Yo, como amigo, debo decirte, y te diré cara á cara, por tu propio interés, que no entiendes una palabra de los usos del mundo y que haces en él la figura más grotesca que han visto los nacidos.

—Cartone se echó á reír y sorbió un trago del ponche que estaba preparando.

—Tómame á mí por modelo, prosiguió el abogado adoptando una postura pretenciosa; yo, con la posición y la forma que tengo, podría, con mayor facilidad que tú, dejar de ser amable, y sin embargo no perdono medio de serlo siempre.

—Pues nunca te he visto en uno de esos momentos, respondió Cartone.

—Por consiguiente, no obro así por necesidad, sino por sistema, continuó Stryver, y de este modo es como voy avanzando.

—Pero no en el relato de tus proyectos matrimoniales, replicó Sydney con aire despreocupado; no estaría demás que abordases ya el asunto, porque, en cuanto á mí se refiere ¿no has comprendido aún que soy incorregible?

—Pues haces mal; eso no te tiene maldita la cuenta, dijo el abogado con tono regañón.

—Todo me importa tres cominos. Conque vamos, ¿con quién te casarás?

—Mucho sentiría, Sydney, que te fuese desagradable la noticia, repuso el abogado á guisa de precaución oratoria. Tú no sabes nunca lo que dices, y cuando por casualidad meditas tus palabras no logras, así y todo, dar ma-

yor importancia á tu opinion. Te dirijo este pequeño exordio porque me has hablado en otro tiempo de esta jóven en términos muy lisonjeros.

—¿Yo?

—Aquí en esta misma habitacion.

Sydney Cartone miró alternativamente el ponche y el rostro de su amigo, bebió un vaso del líquido abrasador y contempló nuevamente al abogado.

—Tú has tratado á esa jóven de muñeca de dorados cabellos, y por este solo dato comprenderás que se trata de miss Manette. Si tú tuvieses cierto tacto y cierta delicadeza con las mujeres, tal vez me hubiesen ofendido esas insultantes palabras; pero como careces de discernimiento y de sensibilidad, nada me importa tu opinion respecto de mi futura, como tampoco supondria nada para mí la opinion de un hombre que, teniendo mal oído, se permitiera criticar la música que yo hubiese escrito.

Sydney Cartone continuaba bebiendo vasos de ponche, sin dejar por eso de contemplar á su amigo.

—Ya estás, pues, enterado de mi secreto, prosiguió el abogado. Yo no soy apegado á la cuestion de intereses. La muchacha es encantadora, y estoy decidido á no privarme de este autojo, puesto que dispongo de los suficientes medios para satisfacer mis caprichos. Ella tendrá en mí un hombre formal, que progresa rápidamente y que no deja de tener algun mérito, y todo esto es para ella una verdadera ganga; verdad es que la chica se lo merece. ¿Conque te sorprende la noticia?

—Ni pizca, respondió Cartone sin dejar de beber.

—¿Y te parece bien?

—¿Y por qué no ha de parecérmelo?

—Veo que tomas la cosa con más calma de lo que yo me esperaba, y que los asuntos míos te interesan cada vez ménos. Pero ya conoces la decidida tenacidad que me caracteriza y sabes que todas cuantas observaciones pu-

dieras hacerme serian completamente inútiles. Sí, Sydney, quiero cambiar de método de vida; empiezo á comprender que debe ser muy agradable el tener una casa en donde pueda uno entrar cuando le dé la gana (además, ¡es tan fácil entrar en otra cualquiera cuando uno se aburre en la suya!), y me he persuadido de que mister Manette es una mujer que me conviene por todos estilos; ella es digna de ocupar una elevada posicion y hará honor á un hombre como yo; por consiguiente, estoy firmemente decidido á llevar á cabo este enlace. Ahora, pobre Sydney, querido y antiguo amigo mio, hablemos algo de tu porvenir. Tú estás en una situacion muy mala, rematadamente mala—esto no necesita demostracion;—tú eres incapaz de dirigir convenientemente tus asuntos; tú no conoces lo que vale el dinero; tú vives muy mal y con muchísimo trabajo; el dia ménos pensado se agotarán tus fuerzas, te encontrarás lleno de achaques y sumido en la miseria; por lo tanto, es completamente indispensable que te procures una enfermera.

El aire de proteccion que habia tomado al dar este consejo, le hacia aparecer doblemente más grueso é insolente que de costumbre.

—Haz caso de lo que te digo, prosiguió el abogado. Yo he examinado las cosas perfectamente; ten confianza en mí; ya que no has querido imitar en un todo mi conducta, sigue mi ejemplo: cástate, procura una persona que te cuide. No me hables de la repugnancia que te inspiran las mujeres, ni de la mala suerte que tienes con ellas, ni de tu poco tacto y escaso talento; busca una infeliz, sin que se te dé un comino de lo que te falta; echa por ahí el gancho á alguna viuda respetable que tenga alguna tierrecilla, ó una posada, ó una casa, ó alguna renta, y cástate para evitar la miseria. Eso es, ni más ni ménos, lo que te conviene, amigo mio, y debes conseguirlo á toda costa.

—Ya lo iré pensando, dijo Cartone.

CAPÍTULO XII.

Un hombre lleno de delicadeza.

Mr. Stryver, despues de adoptar la magnánima resolucion de dispensar á miss Manette el honor de casarse con ella, decidió participarle tamaña fortuna ántes de la época de las vacaciones de los tribunales. Despues de discurrir un momento, creyó obrar prudentemente terminando desde luego los preliminares, sin perjuicio de dejar á su antojo el celebrar la boda al inaugurarse los debates judiciales ó durante las fiestas de Navidad. No dudó ni un sólo instante del buen éxito de su empresa. En cuanto á las ventajas materiales del asunto, únicas que podrian inquietarle, las consideraba como cosa llana y corriente: él se presentaba, el abogado de la jóven renunciaba á la palabra, los jurados no tenian siquiera necesidad de deliberar, y el veredicto tenia que ser irremisiblemente favorable.

El mismo dia en que quedaron cerrados los tribunales, Mr. Stryver escribió á miss Manette proponiéndola conducirla á Vauxhall; esta proposicion fué desechada; poco tiempo despues repitió la invitacion con respecto á Ranelagh; no habiendo sido más afortunado que la vez anterior, decidió presentarse en casa de la jóven y comunicarle la noble resolucion que habia adoptado. Quien le hubiese visto ostentando su alegre rostro al dirigirse á la morada del doctor, quien hubiese contemplado su arrogante marcha, sin hacer maldito el caso de los transeuntes, hubiera adivinado que iba seguro de su triunfo y riéndose de antemano de cualquier obstáculo que pudiera oponerse á sus planes.

Al pasar por delante de la casa Tellson, ocurriósele entrar en las oficinas y revelar á su amigo Mr. Lorry el ri-

dieras hacerme serian completamente inútiles. Sí, Sydney, quiero cambiar de método de vida; empiezo á comprender que debe ser muy agradable el tener una casa en donde pueda uno entrar cuando le dé la gana (además, ¡es tan fácil entrar en otra cualquiera cuando uno se aburre en la suya!), y me he persuadido de que mister Manette es una mujer que me conviene por todos estilos; ella es digna de ocupar una elevada posicion y hará honor á un hombre como yo; por consiguiente, estoy firmemente decidido á llevar á cabo este enlace. Ahora, pobre Sydney, querido y antiguo amigo mio, hablemos algo de tu porvenir. Tú estás en una situacion muy mala, rematadamente mala—esto no necesita demostracion;—tú eres incapaz de dirigir convenientemente tus asuntos; tú no conoces lo que vale el dinero; tú vives muy mal y con muchísimo trabajo; el dia ménos pensado se agotarán tus fuerzas, te encontrarás lleno de achaques y sumido en la miseria; por lo tanto, es completamente indispensable que te procures una enfermera.

El aire de proteccion que habia tomado al dar este consejo, le hacia aparecer doblemente más grueso é insolente que de costumbre.

—Haz caso de lo que te digo, prosiguió el abogado. Yo he examinado las cosas perfectamente; ten confianza en mí; ya que no has querido imitar en un todo mi conducta, sigue mi ejemplo: cástate, procura una persona que te cuide. No me hables de la repugnancia que te inspiran las mujeres, ni de la mala suerte que tienes con ellas, ni de tu poco tacto y escaso talento; busca una infeliz, sin que se te dé un comino de lo que te falta; echa por ahí el gancho á alguna viuda respetable que tenga alguna tierrecilla, ó una posada, ó una casa, ó alguna renta, y cástate para evitar la miseria. Eso es, ni más ni ménos, lo que te conviene, amigo mio, y debes conseguirlo á toda costa.

—Ya lo iré pensando, dijo Cartone.

CAPÍTULO XII.

Un hombre lleno de delicadeza.

Mr. Stryver, despues de adoptar la magnánima resolucion de dispensar á miss Manette el honor de casarse con ella, decidió participarle tamaña fortuna ántes de la época de las vacaciones de los tribunales. Despues de discurrir un momento, creyó obrar prudentemente terminando desde luego los preliminares, sin perjuicio de dejar á su antojo el celebrar la boda al inaugurarse los debates judiciales ó durante las fiestas de Navidad. No dudó ni un sólo instante del buen éxito de su empresa. En cuanto á las ventajas materiales del asunto, únicas que podrian inquietarle, las consideraba como cosa llana y corriente: él se presentaba, el abogado de la jóven renunciaba á la palabra, los jurados no tenian siquiera necesidad de deliberar, y el veredicto tenia que ser irremisiblemente favorable.

El mismo dia en que quedaron cerrados los tribunales, Mr. Stryver escribió á miss Manette proponiéndola conducirla á Vauxhall; esta proposicion fué desechada; poco tiempo despues repitió la invitacion con respecto á Ranelagh; no habiendo sido más afortunado que la vez anterior, decidió presentarse en casa de la jóven y comunicarle la noble resolucion que habia adoptado. Quien le hubiese visto ostentando su alegre rostro al dirigirse á la morada del doctor, quien hubiese contemplado su arrogante marcha, sin hacer maldito el caso de los transeuntes, hubiera adivinado que iba seguro de su triunfo y riéndose de antemano de cualquier obstáculo que pudiera oponerse á sus planes.

Al pasar por delante de la casa Tellson, ocurriósele entrar en las oficinas y revelar á su amigo Mr. Lorry el ri-

sueño porvenir que esperaba á la hija del doctor. Dirigióse al húmedo despacho en que Mr. Lorry pasaba todo el día consagrado á sus grandes libros de cuentas, cerca de una ventana protegida por enormes barrotes perpendiculares.

—¡Buenos días! ¿qué tal os encontráis? exclamó Mr. Stryver; ¿os vá bien, no es verdad?

Una de las particularidades de nuestro abogado era la de parecer siempre demasiado grueso para el sitio en que se hallaba, cualquiera que fuese la capacidad de la habitación. Al entrar en la casa de banca, la llenó de tal modo con su humanidad, que los antiguos empleados parecieron hallarse contrariados y como aplastados contra la pared; hasta los jefes de la casa, que leían los periódicos en sus respectivos pupitres, manifestaron su descontento, temiendo acaso que la cabeza del abogado fuera á estrecharse contra los repletos bolsillos de sus chalecos.

—Buenos días, Mr. Stryver, ¿qué tal os va? respondió Mr. Lorry con amabilidad y estrechando la mano del juriconsulto. ¿En qué puedo servirlos? añadió al cabo de un momento.

—Deseaba veros únicamente, Mr. Lorry. Se trata simplemente de una visita; tengo que hablaros cuatro palabras.

—¿De veras? dijo el gentleman bajando la cabeza para acercar el oído á su interlocutor.

—Ved de lo que se trata, repuso Mr. Stryver apoyándose sobre el enorme pupitre que pareció demasiado pequeño para recibirle; voy á ofrecer mi mano á miss Manette, vuestra linda y simpática amiga.

—¡Es posible! exclamó el gentleman, frotándose la barbillas y mirando con aire de incredulidad al abogado.

—¡Cómo que si es posible! repitió Mr. Stryver abandonando la cómoda postura que había adoptado. ¿Qué queréis decir con eso, Mr. Lorry?

— Mi sorpresa no puede ofenderos de ningún modo, tened de ello la más completa seguridad; yo respeto y considero vuestro propósito, y creo que hace honor á vuestros sentimientos. Pero ya sabéis, Mr. Stryver...

Mr. Lorry movió la cabeza contemplando al juriconsulto de un modo extraño, como si dijese para sus adentros: «Vos no sois digno de una jóven como esa».

—Que me aborquen si os entiendo, Mr. Lorry, replicó el letrado, dando un puñetazo sobre el pupitre, abriendo los ojos desmesuradamente y pegando un resoplido.

Mr. Lorry arregló su pequeña peluca y mordisqueó las barbas de su pluma.

—¿Qué significa todo eso, caballero? ¡Dejáos de reticencias! ¿No soy acaso un partido aceptable?

—¡Ah! sí, señor, sois un partido muy aceptable.

—¿No ocupó una excelente posición?

—Cierto que sí.

—¿No voy mejorándola cada día más?

—Nadie lo duda, respondió Mr. Lorry con acento de íntima convicción.

—Pues entonces ¿qué es lo que significa vuestra extrañeza? preguntó el letrado con tono algo más pacífico.

—Significa que... ¿Vais allí ahora? replicó Mr. Lorry.

—¡Allí voy derechito! respondió el abogado dando un nuevo puñetazo sobre el pupitre.

—Pues yo en vuestro lugar... no iría.

—¿Y por qué? repuso Mr. Stryver. Respondedme categóricamente; yo rebatiré todos vuestros argumentos, añadió moviendo el índice con un movimiento oratorio muy usado en el foro; vos sois un hombre formal que no habláis sin conocimiento de causa; aducid vuestras razones, y de cidme por qué motivo no debo dar el paso de que se trata.

—Porque es un paso, respondió el gentleman, que yo no quisiera dar sin tener de antemano alguna probabilidad de salir de él bien librado.

—¡Voto al diablo! exclamó Mr. Stryver, que nunca he visto nada que se parezca á esto.

Mr. Lorry, despues de pasear la vista por el despacho, fijó los ojos en su interlocutor.

—Hé aquí un hombre formal, prosiguió el abogado, un hombre respetable y lleno de experiencia, uno de los empleados más notables de una importante casa de banca que, despues de sumar tres motivos capaces de lograr la victoria, acaba por declarar que no hay probabilidad de vencer, y eso lo dice con la mayor frescura del mundo y conservando la cabeza sobre sus hombros.

Mr. Stryver recalcó esta última frase, como si hubiera sido ménos extraño que Mr. Lorry hubiese sentado su proposicion, teniendo la cabeza separada del tronco.

—Al hablar de los motivos que en semejante asunto son otras tantas probabilidades de buen éxito, pienso en las razones que pueden ejercer alguna influencia en el ánimo de la jóven. Este es el punto capital, dijo Mr. Lorry colocando su mano sobre la de Mr. Stryver. Lo primero y principal es contar con el cariño de esa señorita y con su asentimiento.

—De modo, replicó el letrado cruzándose de brazos, que, segun eso, estais perfectamente persuadido de que la jóven de quien hablamos es una muchacha loca ó una insigne majadera.

—No digo yo tanto, caballero, respondió el banquero sonrojándose; mi opinión clara y terminante es que no permitiré nunca á nadie, sea quien fuere, que falte delante de mí á las consideraciones debidas á esa jóven; y si, como no creo, hubiese un hombre bastante mal educado para decir de ella alguna impertinencia en esta habitacion, ni aun el respeto que como empleado debo guardar á esta casa podria impedir que yo dijese á semejante grosero personaje todo cuanto hiciera al caso. Hé aquí, caballero, el verdadero sentido de mis palabras, y

os ruego que no las deis una falsa interpretacion, prosiguió el gentleman, cuyo sistema nervioso, de ordinario tan apacible, se hallaba no ménos agitado que el de su arrogante interlocutor.

—Confieso, Mr. Lorry, que estaba muy léjos de esperar semejante cosa, repuso el letrado rompiendo el silencio que habia seguido á esta reprension. Confieso que no esperaba semejante cosa; ¿vos, que sois un hombre grave, aconsejais á Stryver, abogado en el Tribunal del banco del rey, que no pida la mano de miss Manette?

—¿Quereis saber mi opinion, Mr. Stryver?

—Lo deseo, seguramente.

—Pues es inútil repetirlo, puesto que vos mismo acabais de decirlo claramente.

—Y yo sólo puedo responderos, dijo nuestro hombre esforzando una sonrisa, que eso que decís es una cosa verdaderamente inexplicable.

—Comprendedme bien, replicó Mr. Lorry; yo, como nombre de negocios, no soy perito en estos asuntos; por lo tanto, no sé qué es lo que podrá suceder, y me callo como un muerto; pero como hombre de edad, honrado con la confianza y el cariño de miss Manette, y amigo verdadero de ella y de su padre, he creído deber deciros la verdad. Tened á bien recordar que no he sido yo quien ha provocado esta discusion. Ahora bien, ¿creéis aún que estoy en un error?

—No por cierto, respondió Stryver poniéndose á silbar; ¿por qué he de extrañarme de la locura de los demás? estoy acostumbrado á no hallar el buen sentido sino en mí mismo. Habia creído que podia existir en alguna otra parte; vos, que conocéis la casa, suponeis que serian capaces de cometer la simpleza de rechazar la fortuna andándose con repulgos; esto puede sorprenderme, pero vos sois quien tiene razon, y yo soy el equivocado.

—Yo no tolero, Mr. Stryver, que me atribuya nadie

suposiciones que no he hecho, dijo Mr. Lorry encolerizándose nuevamente. Yo sé decir muy bien lo que supongo, y no consentiré, ni aún en este sitio, que se tome nadie la oficiosidad de interpretar mis pensamientos.

—Escuchadme, dijo el abogado, yo retiro mis palabras y os suplico que me dispenseis.

—Quedais dispensado, y os agradezco que hayais tenido la bondad de retractaros. Si he hablado en esos términos, Mr. Stryver, es porque podría desagradaros obtener una negativa, y miss Manette y el doctor sentirían también verse en la necesidad de formularla. Ya conocéis la confianza que me dispensa esa respetable familia; si me lo permitís, sin hablar nada de vuestros proyectos y sin citar siquiera vuestro nombre, procuraré informarme más minuciosamente y rectificar mi opinión, observando con mayor detenimiento el estado de las cosas; de este modo siempre estais á tiempo de sondear vos mismo el terreno, en el caso de que mis informes no fuesen de vuestro agrado. Si, por el contrario, estos os fuesen favorables podríais dar con toda seguridad el paso que intentais en este momento, ó lo daría yo mismo, y esto sería, á mi juicio, mucho más cómodo para todos. ¿Qué os parece mi plan?

—¿Y cuánto tiempo habrá que emplear en todo eso? Ya sabeis que ahora estamos en vacaciones y que pienso abandonar Lóndres hasta la apertura de los tribunales.

—¡Ah! eso es cosa de muy poco tiempo; iré esta noche á ver al doctor y pasaré en seguida por vuestro bufete.

—En ese caso, acepto desde luego, respondió Mr. Stryver; ahora tengo menos prisa que al entrar á veros. Sin embargo, tened la bondad de cumplir vuestra promesa; os espero esta misma noche; por consiguiente, hasta la vista.

Alejóse al decir estas palabras, recibiendo los saludos de los dos empleados, clavados siempre en sus respectivos escritorios, y que parecían no tener en la casa Tellso-

ne más ocupacion que la de inclinarse incesantemente, desde la llegada del primer cliente hasta la salida del último.

Mr. Stryver tenia suficiente talento para comprender que Mr. Lorry no hubiera hablado con tanta franqueza si sólo hubiese tenido un vago indicio para emitir su opinión, y aunque la píldora era bastante amarga, el abogado acabó por cargar con ella.

—Sólo tengo un medio para salir adelante, dijo el hombre encolerizado, y es el de atribuirnos todas las faltas que pudieran achacárseme.

Llevar á la parte adversa la desventaja de la situación en que uno se halla, era cosa sencilla por demás para un abogado de Old-Bailey, y esta idea tranquilizó inmediatamente á Mr. Stryver.

—No podreis nunca, señorita mia, poner en berlina á un hombre de mis condiciones; ¡no! ¡no! ¡no! sería una simpleza el intentarlo.

Por lo tanto, cuando Mr. Lorry se presentó á cosa de las diez de la noche, halló á Mr. Stryver rodeado de libros y de papelotes, y como completamente olvidado del asunto de por la mañana. El abogado llegó hasta manifestar alguna sorpresa al verle, y le recibió con aire distraído, fingiendo la contrariedad de una persona que se vé molestanda en medio de un trabajo de importancia.

—¡Pues bien!—dijo el buen hombre despues de luchar inútilmente durante media hora para lograr que el abogado se concretase á la cuestion:—segun convinimos, he ido á casa de Mr. Manette.

—¿A casa de Mr. Manette? repitió friamente Mr. Stryver... ¡Ah, sí! ¡ya caigo en la cuenta! ¿En qué diablo estaba yo pensando?

—Ya no hay que abrigar la menor duda; yo tenia razon: mi opinion ha quedado confirmada, y os repito el consejo que os di esta mañana.

—Lo siento muy de veras, dijo el abogado con tono sumamente afectuoso, por vos y por ese pobre padre. Yo sé muy bien la desdicha que semejante decision va á acarrear á la familia. Pero, por favor, no hablemos más de ese asunto.

—Dispensadme, caballero, dijo el anciano, no comprendo lo que significan vuestras palabras...

—¡No importa! dijo el letrado.

—Al contrario, caballero; importa mucho.

—Os aseguro que no importa nada. Yo suponía que habria sentido comun y una noble ambicion, y veo que me he equivocado. Esto es un desengaño para mí. Otras muchas jóvenes han cometido semejantes faltas, y despues se han arrepentido, en medio de su miseria y de su triste situacion, de la necesidad en que habian incurrido. Lo siento por ella; ha desechado una buena proporcion que tal vez no volverá á presentarse; pero en cuanto á mí se refiere, estoy de enhorabuena. No necesito deciros que yo hacia con eso muy mal negocio; yo no iba ganando nada, ni mucho ménos. Yo no he dado ningun paso, ni ha habido entre la joven y yo la proposicion mas insignificante; estoy, además, lejos de creer que yo hubiera llevado las cosas hasta ese punto si lo hubiese pensado dos veces. Yo conozco las necias pretensiones y las ridículas locuras de esas jóvenes de agraciado rostro, cuyo cerebro está completamente hueco; creer que es posible dirigir sus caprichos, seria una verdadera insensatez. Esto es deplorable pero es la pura verdad; no hablemos más de ello. Como ya os he dicho, lo siento por ellos. Yo os agradezco infinitamente vuestros buenos consejos; vos conocéis mejor que yo á esa joven, y teniais muchisima razon; eso no me tenia maldita la cuenta.

Mr. Lorry, completamente estupefacto, miraba con verdadera sorpresa al letrado, mientras éste, con cierto aire de proteccion, le acompañaba hasta la puerta.

—Haced ahora lo que mejor os parezca, amigo mio, le decia el abogado; yo os agradezco muy de veras vuestras noticias y vuestros consejos. Buenas noches; ya sabeis que estoy siempre á vuestra disposicion.

El anciano se encontró en mitad de la calle como por encanto; y, mientras procuraba volver de su asombro, el abogado, tendido sobre su diván, contemplaba el techo con visibles muestras de orgullo y de satisfaccion.

CAPITULO XIII.

Un hombre falto de delicadeza.

Si Cartone lucia su talento en alguna parte, no era ciertamente en casa del doctor. Habia ido allí con frecuencia, pero su aspecto era siempre el de un hombre sombrío y taciturno. Cuando por casualidad tomaba la palabra, se explicaba perfectamente, pero sucedia muy rara vez que la indiferencia de que hacia alarde dejase percibir la luz que brillaba en su alma. Y sin embargo, tenia cariño á los alrededores de aquella casa y adoraba hasta los adoquines que formaban el empedrado de aquellas calles.

¡Cuántas noches habia pasado recorriéndolas, cuando la embriaguez le permitia ser dueño de sí mismo! ¡Cuántas veces los primeros albores de la mañana le habian hallado en aquel bendito rincón! ¡Cuántas veces el sol, al iluminar poco á poco los campanarios de las iglesias y los tejados de los palacios, le habia hecho recordar los nobles propósitos que no podia realizar! El camastro que tenia en Temple-Court le recibia con ménos frecuencia que nunca, y cuando, por casualidad, lleno de fatiga, iba

á descansar en él al salir del bufete del abogado, se acostaba durante algunos minutos, y volvía á recorrer al poco rato los alrededores de la morada de miss Manette.

Era el mes de Agosto. Mr. Stryver, despues de decir á Sydney que lo habia pensado mejor y habia por consiguiente renunciado á aquel disparatado casamiento, se habia largado con su galantería y su delicadeza al Devoushire. El tiempo era magnífico, el aspecto y el perfume de las flores inspiraban buenos sentimientos á los corazones mas empedernidos, y devolvian la salud á los enfermos y la juventud á los ancianos. Sydney Cartone se paseaba á la ventura por su barrio predilecto; de pronto sus irresolutos pasos se animaron, y dirigiéndose al lugar que les estaba designado, le condujeron á la puerta de la casa del doctor.

Hiciéronle subir. Lucía estaba sola y trabajaba en el salon. Nunca se habia hallado á gusto al lado de Mr. Cartone, y no dejó de experimentar cierta contrariedad al ver que se sentaba cerca de su mesa de costura. Despues de contestar á esas frases insignificantes que se cambian en los primeros momentos de una visita, miró con alguna atencion al jóven y observó su extraordinaria palidez.

—¿Os encontráis mal? le preguntó con interés.

—No me encuentro muy bien; la vida que llevo está reñida con la salud. ¿Qué quereis esperar de la disipacion y de las vigiliás, por no decir de otras muchas cosas más?

—Dispensadme, Mr. Cartone, si cometo una indiscrecion; pero ¿no es una lástima que adopteis semejante género de vida?

—No es una lástima, miss Manette, es una vergüenza.

—¿Y por qué no variáis de sistema?

Dirigióle una mirada llena de dulzura, y se sorprendió y se entristeció al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Ya no es posible, respondió medio sollozando; tengo que seguir rodando por esa pendiente fatal.

Sydney apoyó un codo sobre la mesa, llevó la mano á sus ojos y no pudo contener sus sollozos. Despues de algunos instantes de silencio, comprendiendo, sin mirar á Lucía, que ésta se hallaba profundamente conmovida:

—Dispensadme, repuso, me falta valor en el momento de deciroslo todo. Además, yo no sé si tendreis la bondad de escucharme.

—Con muchísimo gusto; si puedo así aliviar vuestra pena... ó seros agradable, Mr. Cartone.

—¡Bendita sea vuestra compasion! dijo descubriendo su rostro, no temais nada, no os asusteis de mis palabras, continuó Sydney con tono resuelto: yo soy como un hombre muerto al comenzar su carrera, que tal vez hubiese sido brillante.

—No digais eso, Mr. Cartone; estais aún en lo mejor de vuestra edad, y seréis digno de vos mismo; tengo la seguridad de que podeis conseguirlo.

—Yo no lo creo así, miss Manette; me conozco demasiado, y no puedo abrigar esa esperanza; pero no olvidaré nunca que habeis creído un momento que yo pudiera ser algun dia ménos indigno de vos.

Vió que Lucía temblaba, y procuró mostrarse más tranquilo en medio de su desesperacion.

—Suponiendo, miss Manette, que hubiéseis correspondido al amor mio, á pesar de toda la dicha que yo hubiera experimentado, como soy un miserable y un borracho abandonado de mí mismo, sólo os hubiese dado en cambio la desgracia, la vergüenza y la miseria. Sé perfectamente que no me profesais ningun cariño; no os pido que me estimeis: yo soy feliz al pensar que eso es imposible.

—Pero ¿no puedo seros útil en algo, Mr. Cartone? ¿No puedo corresponder á la confianza que me dispensais?

Porque, despues de todo, dijo con trémula voz y con los ojos bañados en lágrimas; yo sé muy bien que no hubiérais dicho todo eso á otra mujer. ¿Es acaso imposible que yo os ayude á abandonar esa senda fatal?

—¡Ah! dijo Sydney moviendo lentamente la cabeza; lo único que podeis hacer es oír todo lo que tengo que deciros. Vos habeis sido el último sueño de mi alma, y tengo una verdadera complacencia en deciroslo. A pesar de mi depravacion, no me hallo completamente degradado, y vos y vuestro padre habeis evocado en mí algunos recuerdos que yo creia extinguidos para siempre. Desde que os he conocido, miss Manette, me hallo agitado por remordimientos de que no me creia capaz; oigo el murmullo de antiguas voces que, á no ser por vos, permanecerian silenciosas; tengo vagos deseos de entrar en la lucha, de sacudir mi pereza, de abandonar la vida licenciosa y de emprender una nueva vida. Todo esto no es mas que un sueño, y al despertar me hallo en el mismo lugar de siempre; pero necesitaba deciros que sois vos quien me inspira esos sueños.

—¿Y por qué no aprovechar esas buenas inspiraciones? Tened valor, Mr. Cartone, procurad hacer una prueba.

—No me es posible, miss Manette; yo soy indigno de que os intereseis por mí, y sin embargo, tengo la debilidad de querer que sepais con qué poder me habeis transformado repentinamente á mí, pobre monton de cenizas, en un fuego abrasador que, sin embargo, participando de mi triste naturaleza, no da al exterior ni calor, ni luz y se consume sin provecho para nadie.

—Eso quiere decir que he venido á aumentar vuestro infortunio.....

—No digais eso, miss Manette; vos me hubiérais salvado si mi salvacion hubiese sido posible.

—Puesto que segun decís, ejerzo sobre vos una verdadera influencia, permitidme que la utilice en provecho

vuestro, Mr. Cartone. No sé si lograré que me comprendais; pero ¿será posible que yo tenga suficiente poder para turbar el estado de vuestra alma y no para lograr el seros de alguna utilidad?

—No, miss Manette, vos me procurais el único bien que puedo aún disfrutar; en medio de las locuras de mi existencia, recordaré siempre que ha sido á vos á quien por la última vez de mi vida he abierto mi corazón, y que habeis hallado en él algo que os inspira lástima y compasion.

—Sí, Mr. Cartone, algo capaz de las más nobles acciones; yo os ruego que lo creais.

—Gracias por vuestro error, que no puedo aceptar. Pero dispensadme! estoy afligiéndoos. Una palabra no más: cuando yo recuerde esta entrevista, ¿podré tener la seguridad de que mi última confianza reposa en el fondo de vuestra alma y que no la comunicareis á nadie?

—Podeis estar persuadido de ello.

—¿Ni aún al hombre á quien otorgueis vuestro amor?

—Ese secreto es vuestro y no mio, respondió Lucia despues de un momento de silencio, y yo os prometo respetarlo.

—¡Gracias! ¡Que Dios os proteja!

Elevó á sus labios la mano de la jóven y se dirigió hacia la puerta.

—No temais, dijo volviéndose, que vuelva á hablaros nunca de lo que os he dicho hoy: no lo haré ni siquiera indirectamente; esto es tan cierto como si hubiese dejado de existir. A la hora de mi muerte, este sagrado recuerdo volverá á mi memoria y bendeciré con toda mi alma á la persona á quien he revelado mis últimas emociones, y cuyo bondadoso corazón pensará alguna vez en mi nombre, en mis faltas y en mi miseria.

Se parecia tan poco á lo que él era habitualmente, manifestaba tan claramente todo lo que habia perdido y todo lo que aún le quedaba que arrojar en el torbellino de la

disipacion, que miss Manette lloraba amargamente, sin tratar de disimular la parte que tomaba en sus penas.

—Consoláos, le dijo, yo no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas las innobles costumbres, los infames compañeros que desprecio y que me arrastran consigo, me harán ménos digno de vuestra compasion que el último de los séres. Pero en el fondo de mi corazon seré para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre; creedlo: esta es la última suplica que os dirijo; no lo dudeis, aunque en lo sucesivo continúe observando la misma miserable conducta que hasta ahora.

—Yo os creo, balbuceó miss Manette.

—Debo terminar ya esta visita que se ha hecho demasiado larga; ¿qué hay de comun entre nosotros dos? estamos separados por un abismo. Yo quisiera, sin embargo, deciros una palabra más: ya sé que es inútil, pero esto se escapa de mi alma. Por vos, miss Manette, y por todos los que vos amais haria yo todo cuanto pudiera hacerse en el mundo. Si mi posicion fuera distinta y me permitiese hacerlo, me sacrificaría gustosísimamente por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras: pensad en ellas alguna vez, y tened la conviccion de que volveria á hallar una voluntad ardiente para realizar el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un dia, tal vez próximo, en que nuevos lazos, más poderosos y más gratos, os sujeten al hogar doméstico que alegráis con vuestra presencia, y os hagan más agradable la vida. Entónces, miss Manette, cuando el rostro de un padre dichoso se una al vuestro y cuando contempleis vuestras encantadoras facciones retratadas en las del hijo á quien prodigéis vuestras sonrisas, no olvideis que existe un hombre dispuesto á dar su vida para conservar la de cualquiera de los séres que disfrutan vuestro amor.

Despidióse de ella, la bendijo por última vez, abrió la puerta y se alejó.

CAPÍTULO XIV.

Un comerciante honrado.

Infinito número de objetos movibles se presentaban diariamente ante los ojos de Jeremias Cruncher, en tanto que, acurrucado sobre su banquillo, esperaba á la puerta de Tellstone que le enviasen á cualquier parte con algun recado. ¿Quién podria permanecer sentado todo el dia en Fleet street sin sentir el mareo producido por dos inmensas procesiones, una como el sol, en direccion al Oeste, y la otra hacia el extremo opuesto, pero yendo ambas mucho más allá de esa línea de púrpura y de oro en que el sol desaparece á nuestras miradas!

Mr. Cruncher, con su pajita en la boca y su horrible muchacho al lado, veia pasar aquellas dos corrientes que parecian no tener fin: perspectiva que por otra parte no hubiera sido de su agrado, toda vez que debia una parte de sus ganancias á la conduccion y acompañamiento de las mujeres miedosas, casi todas ellas talluditas y pasadas, que desde la casa Tellstone y C.^a, necesitaban dirigirse á la otra acera de la calle. Por corto que fuese el trayecto, Mr. Cruncher tenia tiempo bastante para cobrar afecto á la señora hasta el punto de manifestarle el deseo de beber á su salud; y las cantidades más ó ménos insignificantes que recibia para poder realizar su bondadoso propósito formaban, como ya hemos dicho, una de las partidas de sus ingresos.

Hubo un tiempo en que cierto poeta se sentaba en la plaza pública é improvisaba en presencia de los transeuntes. Mr. Cruncher se sentaba tambien en la vía pública, pero no era poeta é improvisaba todo lo ménos posible, mirando siempre cuanto pasaba su á alrededor. Hallábase

disipacion, que miss Manette lloraba amargamente, sin tratar de disimular la parte que tomaba en sus penas.

—Consoláos, le dijo, yo no merezco vuestras lágrimas. Antes de dos horas las innobles costumbres, los infames compañeros que desprecio y que me arrastran consigo, me harán ménos digno de vuestra compasion que el último de los séres. Pero en el fondo de mi corazon seré para vos lo que soy ahora, lo que seré siempre; creedlo: esta es la última suplica que os dirijo; no lo dudeis, aunque en lo sucesivo continúe observando la misma miserable conducta que hasta ahora.

—Yo os creo, balbuceó miss Manette.

—Debo terminar ya esta visita que se ha hecho demasiado larga; ¿qué hay de comun entre nosotros dos? estamos separados por un abismo. Yo quisiera, sin embargo, deciros una palabra más: ya sé que es inútil, pero esto se escapa de mi alma. Por vos, miss Manette, y por todos los que vos amais haria yo todo cuanto pudiera hacerse en el mundo. Si mi posicion fuera distinta y me permitiese hacerlo, me sacrificaría gustosísimamente por vos y por los vuestros. Recordad bien mis palabras: pensad en ellas alguna vez, y tened la conviccion de que volveria á hallar una voluntad ardiente para realizar el sacrificio que pudiera seros útil. Llegará un dia, tal vez próximo, en que nuevos lazos, más poderosos y más gratos, os sujeten al hogar doméstico que alegráis con vuestra presencia, y os hagan más agradable la vida. Entónces, miss Manette, cuando el rostro de un padre dichoso se una al vuestro y cuando contempleis vuestras encantadoras facciones retratadas en las del hijo á quien prodigéis vuestras sonrisas, no olvideis que existe un hombre dispuesto á dar su vida para conservar la de cualquiera de los séres que disfrutan vuestro amor.

Despidióse de ella, la bendijo por última vez, abrió la puerta y se alejó.

CAPÍTULO XIV.

Un comerciante honrado.

Infinito número de objetos movibles se presentaban diariamente ante los ojos de Jeremias Cruncher, en tanto que, acurrucado sobre su banquillo, esperaba á la puerta de Tellstone que le enviasen á cualquier parte con algun recado. ¿Quién podria permanecer sentado todo el dia en Fleet street sin sentir el mareo producido por dos inmensas procesiones, una como el sol, en direccion al Oeste, y la otra hacia el extremo opuesto, pero yendo ambas mucho más allá de esa línea de púrpura y de oro en que el sol desaparece á nuestras miradas!

Mr. Cruncher, con su pajita en la boca y su horrible muchacho al lado, veia pasar aquellas dos corrientes que parecian no tener fin: perspectiva que por otra parte no hubiera sido de su agrado, toda vez que debia una parte de sus ganancias á la conduccion y acompañamiento de las mujeres miedosas, casi todas ellas talluditas y pasadas, que desde la casa Tellstone y C.^a, necesitaban dirigirse á la otra acera de la calle. Por corto que fuese el trayecto, Mr. Cruncher tenia tiempo bastante para cobrar afecto á la señora hasta el punto de manifestarle el deseo de beber á su salud; y las cantidades más ó ménos insignificantes que recibia para poder realizar su bondadoso propósito formaban, como ya hemos dicho, una de las partidas de sus ingresos.

Hubo un tiempo en que cierto poeta se sentaba en la plaza pública é improvisaba en presencia de los transeúntes. Mr. Cruncher se sentaba tambien en la vía pública, pero no era poeta é improvisaba todo lo ménos posible, mirando siempre cuanto pasaba su á alrededor. Hallábase

en una estación en que los transeúntes eran muy escasos y las mujeres asustadizas menudeaban más que nunca; el mal resultado de sus negocios le hacía sospechar en aquel momento que su esposa le atraía las iras del cielo, cuando un inmenso gentío que se dirigía hacia el Oeste absorbió toda su atención. Comprendió en seguida que se trataba de un cortejo fúnebre, y que había contra aquellos funerales alguna oposición popular, que daba margen á los gritos y clamores que llegaban á sus oídos.

—Es un entierro, Jerry, dijo Mr. Cruncher á su hijo.

—¡Bravo! papá, exclamó el granuja dando á este grito de triunfo una misteriosa significación.

Pero el padre lo llevó muy á mal, dió un bofetón al granuja y dijo á su vez:

—¿En qué estás pensando, bribon? ¿Como vuelvas á esplicarte de ese modo, verás cómo te ajusto yo la cuenta! ¡Este chiquillo se vá haciendo demasiado ladino! añadió mirando de soslayo al mal encarado granuja.

—Yo creo que no tiene nada de particular el que uno grite: ¡bravo! repuso el pillastre rascándose la mejilla.

—¡A ver si te callas! ¡No quiero que me vengas con contestaciones! Súbete ahí, y mira.

El hijo obedeció, y el cortejo continuó su marcha. La multitud gritaba y silbaba alrededor del carruaje que conducía el cadáver y de otro en que sólo se veía un llorón, vestido de riguroso luto, con arreglo al oficio que desempeñaba. El pobre infeliz, sumamente inquieto, procuraba, ocultándose en el fondo del carruaje, evitar las miradas del populacho que le hacía unos gestos horribles, y gritaba de vez en cuando: ¡abajo los espías! añadiendo una porción de frases que por su excesiva energía no podemos reproducir.

Mr. Cruncher tenía una afición decidida á los entierros, y uno cualquiera, chico ó grande, le sacaba de sus casillas: dicho esto se comprenderá fácilmente la fuerte

impresión que le produjo el tumultuoso cortejo que se dirigía hacia él.

—¿Qué es eso? preguntó un transeúnte.

—¡Yo qué sé! le contestó otro. ¡Abajo los espías! ¡Chist! ¡Chist!... ¡Abajo los espías!

—¿Quién es el muerto? preguntó á otro.

—Yo no sé, contestó el interpelado, llevándose ambas manos á la boca á manera de bocina, y gritando como un energúmeno: ¡Abajo los espías! ¡Abajo los espías!

Mr. Cruncher averiguó que se trataba del entierro de un tal Roger Cly.

—¡Ah! ¿conque era un espía? preguntó el demandero.

—Un espía de Old-Bailey, respondió el otro.

—¡Yo estoy persuadido de que le conozco! exclamó Jerry recordando la vista de la causa de Carlos Darnay. ¡Conque ha muerto!

—Muerto y muy muerto. ¡Abajo los espías! Tirad al suelo á los espías! ¡Cogedlos y arrastradlos!

A falta de otra idea mejor, pareció ésta tan aceptable, que la multitud, adoptándola desde luego, se abalanzó á los dos vehiculos y los detuvo. La portezuela del carruaje fué bruscamente abierta, y el llorón se encontró frente á frente con los sitiadores; pero audaz y listo como él solo, supo emplear perfectamente estas dos cualidades, y en menos de un minuto logró fugarse por una de las bocacalles, despues de perder la gasa negra, la capa, la valona, el moquero y otros emblemas del comprado llanto. Todo esto quedó hecho mil pedazos, que fueron arrojados al viento, en tanto que los comerciantes cerraban apresuradamente sus tiendas; porque en aquella época, el populacho era un temible monstruo.

Los más atrevidos habian abierto el carruaje que conducía el cadáver, y se disponían á apoderarse del ataúd, sin saber siquiera lo que iban á hacer con él, cuando un

brillante génio propuso que el difunto continuase en su sitio y fuese conducido á su última morada, en medio de una general aclamacion. Esta idea práctica fué acogida con entusiasmo: el interior del carruaje fué ocupado inmediatamente por ocho personas; instaláronse doce en la parte exterior, y el coche de los muertos recibió á todos los individuos que quisieron encaramarse sobre él ó colgarse á su antojo del mejor modo que les fué posible.

Entre los que más empeño demostraban en formar parte del cortejo figuraba Jeremías Cruncher, cuya cabeza desgreñada se ocultaba modestamente en uno de los ángulos del carruaje, con objeto de evitar la miradas y las observaciones de cualquier empleado de la casa Tellson. Los directores oficiales de los funerales reunieron todos sus esfuerzos para evitar aquel cambio de ceremonial; pero la proximidad del Támesis era por demás alarmante, y varias observaciones hechas á propósito del excelente efecto que los baños de rio producen en los enterradores recalcitrantes, hicieron cesar las protestas que, dicho sea de paso, no eran tampoco muy energicas, y el convoy continuó nuevamente su marcha.

Un deshollinador de chimeneas, auxiliado por el verdadero cochero, que por esta circunstancia habia tomado asiento á su lado, conducia el carruaje de duelo, y un marmiton, dirigido por la experiencia y las luces del otro cochero, conducia el carro fúnebre. Pocos momentos despues, un titiritero, dueño de un oso, muy conocido en la ciudad, tuvo á bien unirse al cortejo; y el animal de su pertenencia, cuyo negro y grasiento pelo parecia proceder de los almacenes de la agencia de entierros, fué la única figura seria que pudo verse entre toda aquella multitud.

De este modo y bebiendo, fumando, cantando, chillando, parodiando el dolor y aumentando por momentos el número de alborotadores, llegó aquel desordenado cor-

tejo á una antigua iglesia situada extramuros y dedicada á San Pancracio. Trascurrido algun tiempo, tocó al término de su viaje, asaltó las puertas del cementerio y acabó por enterrar al difunto en la forma que tuvo por conveniente y en medio de la mayor algazara.

El populacho, despues de haber dispuesto del muerto, necesitaba una nueva diversion, y uno de sus más ingeniosos individuos, tal vez el mismo autor del tumultuoso entierro, concibió la extraña idea de apoderarse de los transeuntes, acusarlos de espías de Old-Bailey, y tratarlos en la forma que merecian. No bien se dió á conocer esta luminosa idea, veinte personas inofensivas, que ni siquiera de vista conocian la antigua cárcel, fueron detenidas, zarandeadas y maltratadas en debida forma. De esto, al destrozó de las ventanas y al saqueo de las tabernas, la transicion era tan natural como sencilla. Por último, despues de trascurrir algunas horas, cuando aquellos helicosos individuos hubieron arrancado los barrotes de las rejas para convertirlos en armas ofensivas y destrozado casi todas las puertas, empezóse á susurrar que los soldados se acercaban y la multitud se dispersó como por encanto.

¿Llegó ó no llegó la tropa? No es posible contestar á esta pregunta, porque no quedó ni un alma que lo viese.

Mr. Cruncher no tomó parte en la diversion final; despues del entierro del cadáver, permaneció en el campo-santo dando el pésame á los empleados de la agencia fúnebre; luego encendió su pipa, y hallando, sin duda, cierto encanto en el cementerio de San Pancracio, continuó fumando y examinando los claustros y todos sus más insignificantes detalles.

—Tú has visto á ese Roger Cly, dijo hablando consigo mismo: tú le has visto con tus propios ojos; era jóven, robusto y de buena presencia.

Continuó meditando durante algunos instantes, y se alejó de allí con objeto de hallarse á la puerta de Tellstone á la hora de cerrar las oficinas del Banco. Pero, ya porque sus meditaciones acerca de la muerte le hubieran revuelto la bilis, ó porque hacia algunos días que su salud no era del todo satisfactoria, ó porque sólo tuviese el propósito de ofrecer sus respetos á un hombre de mérito, pasó á su regreso por casa de su médico, que era uno de los más hábiles quirúrgicos de Londres.

El jóven Cruncher cedió al autor de sus días el lugar que ocupaba hacia algunas horas, declarando al mismo tiempo que no habia producido ninguna utilidad desde la salida del propietario. Los antiguos empleados salieron al poco rato, cerróse el Banco, y los dos Jerry, padre é hijo, se dirigieron á su domicilio para tomar el té.

—Ya sé en donde está, dijo Mr. Cruncher á su mujer tan pronto como llegó á su casa, y si por casualidad sale mal el asunto, tendrás que habértelas conmigo, porque estaré persuadido de que has indispuerto al cielo en contra mia.

La pobre mujer movió la cabeza con el mayor desaliento.

—¿Qué es eso? ¿Vas á empezar de nuevo y en mis propias barbas? repuso el marido con cara de vinagre.

—¡Pero si no he dicho ni una palabra!

—Sí; pero estás pensando en tu maldito estribillo, y no quiero que me bagas la contra de ningun modo. Yo no quiero que medites ni que reces. Ni hace falta lo uno ni lo otro. ¿Lo entiendes?

—Sí, Jerry.

—¡Vaya una respuestal dijo Cruncher sentándose en frente de su taza; ¡sí, Jerry! eso es muy sencillo; ¡sí, Jerry! eso se dice con mucha facilidad.

El marido no daba á estas palabras ningun sentido particular. Quería únicamente demostrar, de un modo

irónico, su mal humor, como hacen otros muchos esposos en análogas circunstancias.

—¡Ya lo creo! prosiguió tomando un enorme pedazo de pan con manteca; ¡ya lo creo! ¡pues no faltaba más sino que dijese que no!

—¿Vas á salir esta noche? preguntó tímidamente su mujer al verle devorar el segundo bocado de pan.

—Sí, voy á salir.

—Papá, ¿quieres que vaya yo contigo? exclamó el jóven Cruncher.

—No, tú no puedes venir; ya sabe tu madre perfectamente que voy de pesca.

—Pero si la caña está inservible y el anzuelo cubierto de orin, ¿cuándo vas de pesca?

—Cuando á tí no te importa.

—¿Y vas á traer peces?

—Ya veremos. Si la pesca no es buena, nuestra comida de mañana será bien escasa; esto es lo único que te hace falta saber, respondió el padre moviendo la cabeza; basta ya de preguntas sobre este particular.

Durante toda la noche, Mr. Cruncher no perdió de vista ni un momento á su mujer, y la obligó á tomar parte en la conversacion, con objeto de impedir que dirigiese sus ruegos al cielo para dar al traste con sus proyectos: imploró el auxilio de su hijo para que secundase sus esfuerzos; molestó á aquella pobre mujer, insistiendo sobre todas cuantas faltas tenia que echarle en cara, y no la dejó un momento de descanso para que pudiese reflexionar. No podria el más entusiasta devoto atribuir al rezo mayor eficacia que la que él le concedia con el temor que le inspiraban las oraciones de su mujer; parecia uno de esos incrédulos que niegan la existencia del alma y tienen miedo de los aparecidos.

—Fíjate bien en lo que te digo, continuó Mr. Cruncher; mañana me dejo de bromas; si logro mi objeto y traigo

un trozo de carne, nos lo comeremos en vez del pan seco de todos los días; si puedo comprar un poco de cerveza no vengas luego diciendo que no quieres beber más que agua. Cuando uno va á Roma tiene que seguir la costumbre de Roma; y para tí yo soy Roma y la costumbre. Dados tus escrúpulos acerca del origen de nuestros alimentos, yo no sé cómo tenemos siquiera un pedazo de pan que llevar á la boca, mujer sin corazón. Mira á tu hijo: está delgado como un huso; ¿no sabes tú que el primer deber de una madre es el de alimentar convenientemente á su hijo?

El muchacho, conmovido con estas palabras que afectaban su órgano más sensible, exigió á su madre que cumpliera el imperioso deber que con tanta delicadeza se le recordaba. De este modo transcurrió la noche hasta que el jóven Jerry fué á acostarse; su madre, invitada á seguir su ejemplo, no tardó en obedecer, y Jerry, el cabeza de familia, fumó varias pipas, aguardando la hora de dar comienzo á su expedición.

A la una ménos cuarto se levantó, sacó una llave del bolsillo, abrió un armario, cogió un saco, un azadon, una gran palanca, una cuerda, una cadena y otros varios objetos por el estilo.

Después de cargar con todos aquellos pertrechos, dirigió á su mujer una mirada llena de inquietud, dió un soplo á la vela y salió.

El jóven Jerry, que no dormía y que se había acostado completamente vestido, siguió inmediatamente las huellas de su padre. A favor de las tinieblas bajó la escalera, atravesó el patio y siguió á lo largo de la calle, sin pensar siquiera en el modo de arreglarse para volver á entrar en su domicilio: la casa tenía un sin fin de vecinos y la puerta no se cerraba nunca de día ni de noche. Llevado del noble deseo de conocer y estudiar la profesión del autor de sus días, el jóven Jerry se deslizó á lo

largo de las paredes y no perdió de vista á su honrado padre. Este, dirigiéndose hácia el Norte, se unió de allí á poco á otro discípulo de Isaac Walton (1), y los dos pescadores continuaron juntos su camino. Media hora después habian perdido de vista la linterna del último vigilante nocturno, y se hallaban en un camino solitario. Otro nuevo pescador se unió á ellos tan silenciosa y rápidamente que hubiera podido creerse que uno de los anteriores se habia duplicado. Los tres compañeros, seguidos siempre del granuja, se detuvieron bajo una especie de terraplen que dominaba el camino.

Sobre este terraplen se elevaba un paredon coronado por una verja de hierro. Los tres pescadores penetraron en un callejon sin salida, cuyas paredes tenían ocho ó diez piés de elevación. Lo primero que llamó la atención del jóven Jerry, que lo observaba todo tendido en el suelo con objeto de no ser visto, fué la silueta de su honrado padre que escalaba la verja; siguiéronle los otros dos compañeros, y después de permanecer algun tiempo inmóviles, sin duda para escuchar, continuaron andando á gatas.

Entonces el jóven Jerry se aproximó á la verja, contruyó la respiración, se acurrucó en un rincón, y mirando á través de los hierros, vió á los tres hombres arrastrándose sobre la yerba de un cementerio, cuyas sepulturas, débilmente iluminadas por la luna, parecían una legión de fantasmas que dominaba la iglesia, que semejava á su vez el espectro de un monstruoso gigante. Cuando llegaron al sitio que buscaban, los tres hombres se pusieron en pié; al principio comenzaron á pescar con un azadon; luego, el jóven Jerry, creyó observar que su honrado padre aplicaba á la fosa un enorme saca corchos. El gra-

(1) Célebre literato inglés, autor de un tratado didáctico sobre el arte de pescar con caña.

nuja extrañó sobremanera la actividad con que los pescadores se consagraban á sus tareas, y continuó en su asombro hasta que, oyendo las campanadas del reloj de la iglesia, huyó aterrorizado. Pero el deseo que tenia desde mucho tiempo de informarse de la profesion paterna, le detuvo en su carrera y le hizo volver á su escondite.

Cuando el chiquillo se halló de nuevo al lado de la verja, los tres hombres continuaban pescando con un afan indescriptible; parecian haber hecho una importante presa, porque todos ellos, asomados al borde de la fosa, atraian hácia sí con grandes esfuerzos un objeto pesado, que apareció por fin á la superficie de la tierra.

El chiquillo, que asistia por primera vez de su vida á semejante espectáculo, aun cuando habia adivinado cuál podia ser aquel objeto, se sintió de tal modo sobrecogido de espanto al ver á su padre preparándose para abrir el ataúd, que se dió á correr como un desesperado durante más de un cuarto de hora, y no prolongó más su carrera por la imperiosa necesidad en que se vió de tomar algun aliento.

El infeliz creia que el difunto iba pisándole los talones. Veiale siempre pronto á alcanzarle y á cogerle por un brazo, y en su terrible desesperacion veia el infernal ataúd saltando delante de él, saliendo de los caminos trasversales, de las calles de árboles, de los oscuros rincones, chocando contra las puertas, rozando contra las paredes, y, tomando una forma humana, parecia encogerse de hombros y sonreirse horriblemente en la sombra, de tal modo, que el pobre Jerry llegó medio muerto á la puerta de su casa. El maldito ataúd, persiguiéndole sin trégua, saltó estrepitosamente los peldaños de la escalera, entró en su habitacion, se encajó dentro de las sábanas, y saltando por última vez, cayó sobre el pecho del granuja tan pronto como éste cerró los ojos.

Al despuntar el dia, el pobre muchacho se despertó al oír á su padre entrar en la habitacion inmediata y vióse libre de su horrible pesadilla. Las cosas habian salido mal. Por lo ménos, así lo presumió el jóven Jerry, viendo á Mr. Cruncher coger de las orejas á su mujer y golpearle la cabeza contra el testero de la cama.

—Veremos si así haces caso de lo que yo te digo, decia Mr. Cruncher, ya ves que cumplo mi palabra.

—¡Jerry! exclamaba la infeliz con suplicante voz.

—¿Por qué haces que salgan mal mis negocios? ¿Quieres que mis compañeros y yo nos arruinemos? Tú tienes la obligacion de respetarme y obedecerme... ¿no te lo he dicho ya mil veces?

—Yo hago todo lo que puedo para ser una buena esposa, respondió ella llorando.

—¿Conque es ser buena esposa impedir que yo me gane la vida? ¿Te parece que es honrarme el censurar la índole de mis ocupaciones? ¿Piensas tú que es obedecerme el oponerte á todas mis empresas? ¿No me habias jurado ser sumisa y obediente?

—¡Ay, Jerry! es que en aquella época no tenias aún ese horrible oficio.

—¿Y á tí qué te importa eso? Cuidate sólo de los deberes que tienes para conmigo, y no te ocupes de lo que yo hago ó dejo de hacer. Una mujer que sabe llevar sus deberes no se ocupa del oficio de su marido. Dices que eres buena cristiana, pues yo preferiria otra mujer que nunca hubiese pensado en serlo. Tú estás muy léjos de comprender tus deberes, y probablemente tendré que enseñártelos á martillazos.

Despues de esta filípica, hecha en voz baja, el honrado comerciante se quitó las botas, completamente cubiertas de barro, se tendió boca arriba sobre el duro suelo, descansó la cabeza sobre sus manos llenas de cieno y quedó al poco rato profundamente dormido.

No hubo, pues, pescado á la hora del almuerzo, que fué sobradamente frugal. Mr. Cruncher, de un humor más endemoniado que nunca, conservaba á su lado la tapadera de la marmita, con objeto de lanzarla á la cabeza de su costilla tan pronto como la infeliz manifestase el menor propósito de consagrarse á sus oraciones.

Se lavó, se cepilló y se vistió á la hora de salir, como tenia de costumbre todas las mañanas, para dirigirse á su puesto. El joven Jerry corria al lado de su padre, con el taburete bajo el brazo, por enmedio de los transeuntes que llenaban las calles, y en nada se parecia al aterrizado muchacho que en la noche anterior corria en la sombra perseguido por un fantasma. La luz del dia le habia devuelto su malicioso descaro, y su miedo se habia disipado al mismo tiempo que las tinieblas.

—Papá, dijo el travieso chiquillo colocándose á una respetuosa distancia del autor de sus dias y parapetándose detrás de su taburete, ¿qué quiere decir desenterrador?

—¿Y yo que sé? dijo el papá parándose en mitad de la acera.

—Yo creia que lo sabiais todo, replicó el monigote.

—Mira, repuso Mr. Cruncher echándose hácia atrás el sombrero para dar mayor libertad á sus cabellos, un desenterrador es un comerciante, hijo mio.

—¿Y en qué comercia?

—Comercia en... objetos científicos, dijo el papá ras-cándose la cabeza.

—Es decir, que vende cadáveres, ¿no es eso? continuó el grannja.

—Creo que sí.

—Ay, papá, cuando yo sea mayor voy á dedicarme á desenterrador.

Mr. Cruncher, lisonjeado por este deseo de su tierno vástago, movió, sin embargo, la cabeza y replicó con tono sentencioso:

—Eso dependerá de las disposiciones que muestres en lo sucesivo, y del desarrollo que sepas darles; es preciso cultivar tu inteligencia y tener cuidado de no hablar con bicho viviente sino para decir las cosas puramente indispensables. En cuanto á la maña necesaria, no veo nada hasta ahora que pueda hacerme temer que no seas capaz de desempeñar algun dia esa profesion.

El chiquillo, satisfecho del buen concepto que acababa de merecer á su padre, se apresuró á colocar el taburete á la puerta de la casa Tellson y Compañía, en tanto que Mr. Cruncher pensaba para su capote:

—Jerry, excelente y honrado comerciante, tienes motivos para creer que ese muchacho llegará á ser el consuelo de tu vejez, y te indemnizará cumplidamente de todo cuanto su madre te hace sufrir.

CAPITULO XV.

La calcetera.

La taberna de Mr. Defarge se habia abierto mucho más temprano que de costumbre. Desde las seis de la mañana varios rostros macilentos asomados á los barrotes de las ventanas, habian contemplado en el interior del bodegon otros rostros demacrados, inclinados hácia sus respectivos vasos.

Mr. Defarge vendia siempre, aun en los mejores años, un vinillo detestable; pero su aguapié no habia sido nunca tan mala como en aquella época. Era una bebida indescriptible y extremadamente ágría, á juzgar por el perverso humor que daba á los bebedores. Ninguna llama báquica salia del zumo de la vid que vendia Mr. Defarge; pero en el fondo de sus toneles se escondia un fuego siniestro que ardia en la sombra.

Hacia tres dias que la tienda del tabernero se veia

No hubo, pues, pescado á la hora del almuerzo, que fué sobradamente frugal. Mr. Cruncher, de un humor más endemoniado que nunca, conservaba á su lado la tapadera de la marmita, con objeto de lanzarla á la cabeza de su costilla tan pronto como la infeliz manifestase el menor propósito de consagrarse á sus oraciones.

Se lavó, se cepilló y se vistió á la hora de salir, como tenia de costumbre todas las mañanas, para dirigirse á su puesto. El joven Jerry corria al lado de su padre, con el taburete bajo el brazo, por enmedio de los transeuntes que llenaban las calles, y en nada se parecia al aterrizado muchacho que en la noche anterior corria en la sombra perseguido por un fantasma. La luz del dia le habia devuelto su malicioso descaro, y su miedo se habia disipado al mismo tiempo que las tinieblas.

—Papá, dijo el travieso chiquillo colocándose á una respetuosa distancia del autor de sus dias y parapetándose detrás de su taburete, ¿qué quiere decir desenterrador?

—¿Y yo que sé? dijo el papá parándose en mitad de la acera.

—Yo creia que lo sabiais todo, replicó el monigote.

—Mira, repuso Mr. Cruncher echándose hácia atrás el sombrero para dar mayor libertad á sus cabellos, un desenterrador es un comerciante, hijo mio.

—¿Y en qué comercia?

—Comercia en... objetos científicos, dijo el papá ras-cándose la cabeza.

—Es decir, que vende cadáveres, ¿no es eso? continuó el grannja.

—Creo que sí.

—Ay, papá, cuando yo sea mayor voy á dedicarme á desenterrador.

Mr. Cruncher, lisonjeado por este deseo de su tierno vástago, movió, sin embargo, la cabeza y replicó con tono sentencioso:

—Eso dependerá de las disposiciones que muestres en lo sucesivo, y del desarrollo que sepas darles; es preciso cultivar tu inteligencia y tener cuidado de no hablar con bicho viviente sino para decir las cosas puramente indispensables. En cuanto á la maña necesaria, no veo nada hasta ahora que pueda hacerme temer que no seas capaz de desempeñar algun dia esa profesion.

El chiquillo, satisfecho del buen concepto que acababa de merecer á su padre, se apresuró á colocar el taburete á la puerta de la casa Tellson y Compañía, en tanto que Mr. Cruncher pensaba para su capote:

—Jerry, excelente y honrado comerciante, tienes motivos para creer que ese muchacho llegará á ser el consuelo de tu vejez, y te indemnizará cumplidamente de todo cuanto su madre te hace sufrir.

CAPITULO XV.

La calcetera.

La taberna de Mr. Defarge se habia abierto mucho más temprano que de costumbre. Desde las seis de la mañana varios rostros macilentos asomados á los barrotes de las ventanas, habian contemplado en el interior del bodegon otros rostros demacrados, inclinados hácia sus respectivos vasos.

Mr. Defarge vendia siempre, aun en los mejores años, un vinillo detestable; pero su aguapié no habia sido nunca tan mala como en aquella época. Era una bebida indescriptible y extremadamente ágría, á juzgar por el perverso humor que daba á los bebedores. Ninguna llama báquica salia del zumo de la vid que vendia Mr. Defarge; pero en el fondo de sus toneles se escondia un fuego siniestro que ardia en la sombra.

Hacia tres dias que la tienda del tabernero se veia

llena desde por la mañana. En honor de la verdad, parecía que las gentes acudían allí, no tanto para beber como para hablar de cosas serias. La mayor parte de los individuos que, hablando en voz baja, se habían introducido allí desde que se abrió la puerta, no hubieran podido arrojar un ochavo sobre el mostrador, ni aun á trueque de salvar su alma; sin embargo, el objeto de la reunión parecía interesarles tanto como á los bebedores, y yendo de una mesa á otra, recogían palabras en vez de vino, y las escuchaban con el mayor cuidado.

A pesar de aquella gran afluencia de parroquianos, el dueño del establecimiento se hallaba fuera de casa. Nadie, sin embargo, notaba su ausencia; nadie preguntaba por él, ni le buscaba siquiera con la vista. Ninguno de los individuos que penetraban en la taberna extrañaba ver á Mme. Defarge distribuyendo los vasos, al lado de una esportilla llena de calderilla roñosa y estropeada, y cuya primitiva efigie estaba tan desgastada como la de los infelices mortales que acababan de sacarla de su faltriquera.

Los espías, que de allí á poco se introdujeron en la tienda de Mr. Defarge, del mismo modo que lo hacían en todas partes, desde los salones de Versalles hasta los patios de las cárceles, sólo vieron en aquellos rostros una expresión indiferente ó triste. Los jugadores de naipes parecían aburrirse soberanamente, los aficionados al dominó constituían con las fichas caprichosos edificios, y los individuos más ingeniosos trazaban letras ó números con el extremo del dedo sobre las mesas llenas de manchas de vino.

Mme. Defarge, apoyada sobre el mostrador, dibujaba encima de él el contorno de sus mangas con el auxilio de su mondadientes y, con los ojos entornados, observaba algo que no se hallaba al alcance de aquellas gentes.

De este modo se pasó toda la mañana. Al dar las doce

aparecieron dos viajeros en el arrabal de San Antonio. Uno de ellos era Mr. Defarge; el otro un peon caminero cubierto con un gorro azul, lleno de polvo y muerto de sed. Dirigiéronse á la tienda del tabernero. La noticia de su llegada había avivado en el arrabal un fuego interior, que se revelaba en los encendidos rostros asomados á las puertas y ventanas. Sin embargo nadie les siguió, y cuando entraron en la tienda, ni siquiera uno de los parroquianos que allí había les dirigió la palabra.

Pero al dar Mr. Defarge los buenos días, todas las lenguas se desataron y todo el mundo le devolvió su saludo.

—¡Qué tiempo más malo, señores! dijo el tabernero sacudiendo la cabeza.

Miráronse unos á otros, bajaron los ojos y tomaron asiento silenciosamente. Poco despues un individuo se puso en pié y salió de la taberna.

—He andado parte del camino con este valiente peon, que se llama Jacobo, continuó el tabernero dirigiéndose á su mujer; le he encontrado casualmente á unas veinte leguas de París: dále de beber, porque es un buen muchacho.

Otro individuo se levantó y salió, mientras el tabernero servía un jarro al recién llegado. El peon caminero llenó su vaso, se quitó el gorro azul, saludó á los concurrentes y bebió de un solo trago el aguapié del tabernero. Luégo sacó de su blusa un pedazo de pan negro, y mientras continuaba comiendo y bebiendo, levantóse un individuo de su asiento y desapareció del mismo modo que los dos anteriores.

Mr. Defarge tenía también necesidad de refrescar, pero como el vino no era para él una cosa rara, bebió muy poco en comparación del labriego, y permaneció de pié esperando que éste terminase su almuerzo. Nadie le miraba, ni él miraba tampoco á nadie, ni aun á su mujer,

que había vuelto á continuar el trabajo de su inseparable calceta.

—¿Has concluido ya? preguntó al peon caminero cuando éste llevó á la boca el último pedazo de pan.

—Sí, respondió el aldeano.

—Pues entónces, ven á ver tu habitacion.

Salieron de la tienda, atravesaron el pátio, subieron una escalera pendiente y asquerosa, y penetraron en el zaquizami en que vimos hace tiempo á un hombre de cabellos blancos, afanosamente ocupado en terminar un zapato. El anciano no estaba ya en aquel cuartucho; pero los tres bebedores que separadamente habían salido de la tienda, se encontraban allí reunidos del mismo modo que cuando miraban al antiguo zapatero por entre las hendiduras de la pared, en el momento en que miss Manette llegaba en busca del desdichado preso. El tabernero cerró cuidadosamente la puerta, y dijo en voz baja:

—Jacobó primero, Jacobó segundo, Jacobó tercero: éste es el testigo á quien yo tenia citado. Yo, Jacobó cuarto, le ruego que os diga todo lo que ha visto y todo lo que ha podido saber. Habla, Jacobó quinto.

—¿Por dónde debo comenzar, señor mio? preguntó Jacobó quinto enjugándose la frente con su gorro azul.

—Por el principio, respondió Mr. Defarge.

—Pues señor, yo le vi, dijo Jacobó quinto, el mes pasado hizo un año; estaba bajo la carroza del marqués é iba colgado de la cadena de la maniobra del coche. Era ya la hora de abandonar mi trabajo; llegaba ya la puesta del sol, y el carruaje del marqués subía lentamente la cuesta, arrastrándole siempre en esta disposicion.

El peon caminero repitió la pantomima que había ejecutado en presencia de monseñor, la cual había llegado á perfeccionar en fuerza de llevar trece meses entreteniéndose con ella á los desocupados de su pueblo.

—¿Le conocias tú? preguntó Jacobó primero al testigo?

—No le había visto en toda mi vida, respondió el peon caminero volviendo á colocarse en su posición natural.

—¿Y cómo has podido reconocerle? dijo Jacobó segundo.

—Por su gran estatura, replicó el aldeano rascándose la parte prominente de la nariz. Cuando el señor marqués me dijo: «¿Qué señas tiene?», yo le respondí: «Es más alto que un fantasma.»

—Haber dicho más alto que un ciprés, replicó Jacobó segundo.

—¿Y yo qué sabia? repuso el peon caminero. La cosa no estaba aún hecha, ni él me había hablado de semejante cosa. Además, tened en cuenta que no soy yo quien he ofrecido mi testimonio. Yo estaba cerca de la fuente: el señor marqués sacó la mano por la portezuela: «Gabelle, exclamó señalándome á mí, haced que se acerque ese bergantel!» Ya comprendereis, señores, que yo tuve que obedecer.

—Tiene razon, Jacobó, dijo Mr. Defarge al interruptor; continúa, Jacobó quinto!

—Pues bien, dijo el aldeano con aire misterioso, el grandísimo bribon se vió perdido; lo ménos le estuvieron buscando nueve meses! digo, más, diez... once...

—Eso es lo de ménos, dijo el tabernero; el caso es que lo han descubierto; continúa.

—Yo seguía trabajando en el mismo trozo de la carretera; el sol, como en aquel famoso dia, iba ya á ponerse; yo empezaba á recoger mis herramientas para volver al pueblo y entrar en mi casa, cuando alcé la vista y vi á unos sodados que subian la cuesta. Eran seis, y en medio de ellos iba un hombre de una estatura colosal con los brazos atados á la espalda.

El aldeano, sin abandonar un momento su gorro azul,

se colocó en la actitud de un hombre atado codo con codo.

—Yo me puse á la orilla del camino y al lado de un monton de piedras para ver á los soldados y al preso, porque pasa por allí tan poca gente, que siempre aprovecha uno las raras ocasiones que se le presentan. Pues señor, siguieron andando, y como iba diciendo, eran seis soldados y un hombre de una estatura colosal. Todos ellos eran bastante morenos, ménos por el lado en que les daba el sol poniente, el cual aparecía completamente rojo. Sus sombras se alargaban sobre la cuesta, y parecían las sombras de unos gigantes, envueltos en las nubes de polvo del camino, porque el ruido de cada paso que daban: ¡plan! ¡plan! ¡plan! se oía de seguro en el pueblo. En fin, cuando llegaron á donde yo estaba, reconocí al preso, y él también me reconoció. ¡Pobre muchacho! ¡De qué buena gana hubiera apretado á correr como la primera vez que le ví, casi en aquel mismo sitio!

El peon caminero relataba el hecho como si se hallase sobre el mismo terreno, y recordaba los detalles de la escena con una expresiva vivacidad.

—Ya podéis suponer, prosiguió, que no dejé ver á los soldados que yo conocia al preso; él, por su parte, hizo otro tanto, pero con una sola mirada nos dijimos uno á otro que nos conocíamos perfectamente. ¡Alerta! dijo el jefe á los soldados señalando hácia el pueblo, ¡alerta! muchachos. El peloton se reconcentró para obedecer á su jefe, y yo marché tras ellos con mis alforjas y mis herramientas al hombro. Los brazos del preso se hallaban fuertemente ligados; sus zuecos pesados y mal hechos le hacian cojear, y como no podia andar de prisa, le sacudieron unos cuantos culatazos, con tal violencia, que el pobre hombre dió con su cuerpo en el suelo. Los soldados se echaron á reir, pero luego le ayudaron á levantarse; su rostro estaba lleno de sangre y cubierto de polvo, y

como no podia enjugárselo por tener sujetos los brazos, los otros se reian como si la cosa fuese muy graciosa. Poco despues llegaron al pueblo; todo el mundo salió á verlos, pasaron cerca del molino, llegaron á la colina, fueron derechos á la prision, abrieron la puerta y el hombre se quedó por allí.

—Continua, Jacobo, le dijo Defarge.

—Todo el pueblo, repuso el hombre del gorro bajando la voz y poniéndose de puntillas, todo el pueblo volvió de nuevo á la fuente, en donde cada cual dijo cuanto se le antojó; luego todo el mundo fué á acostarse y soñó con aquel infeliz que habian encerrado en un calabozo, del cual no saldria sino para ser ahorcado. Al otro dia por la mañana, al ir á mi trabajo con mis herramientas al hombro y comiéndome un cacho de pan negro, di un rodeo y pasé por delante de la prision. Allí estaba el pobrecillo, con su rostro ensangrentado y cubierto de polvo, pegado á los barrotes de hierro de la ventana. Tenia todavía los brazos atados á la espalda y no pudo hacerme ninguna señal, pero sus ojos, fijos, me miraron con las ansias de la muerte.

Los tres Jacobos y el tabernero escucharon con aspecto sombrío aquel relato, mirándose á veces de un modo que dejaba traslucir el odio y la sed de venganza. Sin embargo, sus rostros estaban tranquilos y su actitud era noble y llena de autoridad. Dos de aquellos implacables jueces se hallaban sentados sobre el camastro con la barba apoyada en una mano y la mirada fija en el aldeano. Jacobo tercero, no ménos atento y arrodillado detrás de sus compañeros, paseaba sus encrispados dedos por el conjunto de nervios que rodeaba sus pálidos labios y su temblorosa nariz. Defarge permanecia de pié entre los jueces y el testigo, á quien habia colocado cerca de la ventana, y sus ojos se fijaban alternativamente en el peon caminero y en el tribunal.

—Continúa, Jacobo, dijo despues de un momento de silencio.

—Permaneció allí durante más de una semana, repuso el hombre del gorro azul. Todo el pueblo tenía miedo y no se atrevía á acercarse á verle; pero todos le miraban de lejos, y á la caída de la tarde, cuando despues de terminada la labor se reunían en la fuente, contemplaban de lejos la prision. Ya podeis suponer que allí se hablaba mucho; unos decían en voz baja que no le ahorcarían, porque se habia pedido su indulto, fundado en que el pobre hombre se habia vuelto loco despues de la muerte de su hijo. Otros añadian que la peticion de indulto habia sido presentada al rey. En fin, ¿qué sé yo! Despues de todo, es posible; puede ser que sí, puede ser que no.

—Escucha, Jacobo, dijo uno de los jueces; la peticion ha sido presentada al rey y á la reina; Defarge, con peligro de su vida, se ha lanzado enfrente de los caballos, y él mismo la ha entregado. Los cuatro que estamos aquí hemos visto la peticion en manos del rey.

—Escucha, Jacobo, dijo el nombre arrodillado detras de los otros dos; los guardias del rey se han apoderado del portador de la peticion, y le han apaleado; óyelo bien, Jacobo, le han apaleado.

—Corriente, dijo Defarge; continúa, Jacobo quinto.

—Además, prosiguió el narrador, decíase en la fuente que le habian llevado allí para hacerle morir en el mismo lugar del crimen, y que su ejecucion podia tenerse como cosa segura. Otros aseguraban que habiendo matado á monseñor, y siendo considerado monseñor como el padre de sus arrendatarios, tendria que sufrir la pena de los parricidas. Un viejo dijo entonces que le pondrian un cuchillo en la mano derecha y se la quemarian completamente; que despues le harian en los brazos, en el pecho y en todo el cuerpo varias heridas que llenarian

luego de aceite hirviendo, plomo derretido, resina, azufre y cera, y que, por último, le arrancarían los miembros descuartizándole atado á unos caballos. El viejo que decia todo esto, aseguraba que así se habia hecho con un parricida que trató de matar al rey Luis XV. Yo, como no sé leer, no sé lo que eso podrá tener de verdad.

—Sí, todo eso es verdad, repuso el hombre que permanecia siempre arrodillado; escucha, Jacobo, el nombre de ese parricida era Damieus; todos esos horrores se cometieron en pleno día y en mitad de la calle; entre la multitud que acudió á presenciár aquellas terribles torturas, habia un gran número de mujeres de la aristocracia, mujeres elegantes que permanecieron allí hasta la terminacion del suplicio, hasta que todo quedó concluido, Jacobo. Era ya de noche; el desgraciado habia perdido un brazo y dos piernas, y respiraba aún. Sí, todo eso es positivo. Pero tú, ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco años, respondió el aldeano, que representaba, cuando ménos, unos sesenta.

—Pues entonces tenias ya diez años cuando se verificó todo eso.

—¡Basta! dijo Defarge impacientado. Continúa, Jacobo, y ¡viva el infierno!

—Pues señor, repuso el peon caminero, cada uno decia su cosa, todo el mundo hablaba del mismo asunto, y hasta la fuente parecia murmurar como nosotros. En fin, un domingo por la noche, cuando todos los del pueblo se hallaban entregados al sueño, bajaron unos cuantos soldados de la prision. Varios obreros, provistos de picos y azadas, empezaron á cavar la tierra, en tanto que los militares cantaban y reian. Al despuntar el día, vimos al lado de la fuente una horca de cerca de cuarenta piés de altura.

El peon caminero alzó los ojos y las manos como queriendo indicar que la horca llegaba al cielo.

—Nadie se dedicó á sus tareas, nadie condujo los ga-

nados al campo, todo el mundo permaneció allí como podeis figuraros. A las doce del día se oyó el redoble del tambor; los soldados, que habian vuelto á la prision, salieron conduciendo al sentenciado. Este continuaba con los brazos atados á la espalda y llevaba además en la boca una fuerte mordaza. Encima de la horea se veía el cuchillo con que habia muerto á monseñor; allí junto á aquel cuchillo fué ahorcado.

Los cuatro Jacobos se miraron entre sí, en tanto que el aldeano se enjugaba la frente con su gorro azul.

—Eso es terrible! continuó el aldeano. ¿Cómo queréis que vayan allí á buscar agua las mujeres? ¿Cómo ha de reunirse nadie para hablar alrededor de la fuente, teniendo encima á un ahorcado? Sali del pueblo el lunes á la puesta del sol; al llegar á lo más alto de la cuesta, me volví y miré: la sombra de aquel desdichado se extendía sobre la iglesia, sobre el molino, sobre la prision, y llegaba hasta el sitio en que la tierra se junta con el cielo.

El hombre que permanecía arrodillado se mordía las uñas, mirando á los otros tres, y todo su aspecto revelaba hallarse medio muerto de hambre.

—Eso es todo lo ocurrido, señores, dijo el aldeano. He salido del pueblo á la puesta del sol, segun se me habia prevenido; he andado toda la noche y toda la mañana siguiente, hasta tropezarme con este camarada; luego hemos caminado juntos, unas veces á pié y otras en carruaje, y aquí me teneis dispuesto á servirlos.

—¡Bien! dijo Jacobo primero despues de un momento de silencio; has obrado fielmente y has dicho la verdad. Espéranos ahí fuera durante algunos minutos.

Defarge salió con el aldeano, el cual fué á sentarse en los primeros peldaños de la escalera; luego volvió á unirse á los tres Jacobos, á quienes halló deliberando en voz baja.

—¿Qué opinas tú? le preguntó Jacobo primero, ¿los apuntamos en la lista?

—Sí, respondió el tabernero, los apuntaremos para que sean destruidos.

—¿La familia y el castillo?

—La familia y el castillo, replicó el tabernero; exterminio completo.

—¡Magnífico! dijo á modo de graznido el hombre arrodillado y famélico.

—¿Estás bien seguro de que el modo de llevar nuestras cuentas es bastante claro? dijo Jacobo segundo al tabernero. Ya sé que es un lenguaje perfectamente reservado, puesto que nadie conoce su existencia; pero ¿podremos descifrarlo? ó mejor dicho, ¿lo entenderá ella siempre?

—Jacobo, respondió el tabernero irguiéndose todo cuanto le fué posible; aunque mi mujer no estampase nuestras cuentas mas que en su memoria, recordaría seguramente desde la primera hasta la última sílaba. No tengas cuidado; esos puntos de calceta que, segun una combinación especial, forman un alfabeto, cuyos caracteres son fijos, serán siempre claros é inteligibles para la persona que los ha hecho. Créeme, más fácil sería al último malvado salir de este mundo, que borrar de la calceta de Mme. Defarge una letra de su nombre ó de la lista de sus crímenes.

Un murmullo de aprobacion acogió estas palabras, y no volvió á hablarse más del asunto.

—Creo que debemos enviar ese rústico á su pueblo, dijo Jacobo tercero, porque es tan bobo que podría comprometernos.

—El no sabe nada de nuestros asuntos, respondió el tabernero, y todo cuanto pudiera decir no serviría sino para que le ahorcasen: no tengais ningun cuidado, eso corre de mi cuenta; yo le despediré cuando sea necesario, porque quiere ver al rey, á la reina y á los personajes de la córte, y he prometido enseñárselos el domingo.

—¿Cómo! exclamó el hombre desfallecido de hambre,

¿vamos á contar con un hombre que desea conocer al rey y á los nobles?

—Jacobó, respondió Defarge, enséñale la leche al gato si quieres que la beba; coloca un perro enfrente de su presa. si quieres que aprenda á traértela.

Los cuatro dieron por terminada su entrevista y se dispusieron á bajar. Al llegar á los primeros peldaños hallaron al labriego medio dormido, y le aconsejaron que fuera á acostarse á la guardilla; el pobre hombre no se lo hizo repetir dos veces, y al poco rato empezó á dormir á pierna suelta.

Difícil hubiera sido que un campesino como él hallase en París mejor hospitalidad que la que le procuró el tabernero; á no ser por el misterioso temor que le inspiraba la vinatera, la vida que llevaba en casa de los esposos Defarge era para el peon caminero tan agradable como nueva; pero la dueña de la casa, sentada todo el día en la tienda, parecía inquietarse tan poco de su presencia, que el pobre hombre temblaba de los piés á la cabeza siempre que por casualidad tropezaban sus ojos con aquella impasible mujer. ¿En qué pensaba la tabernera? ¿Quién era capaz de adivinar sus pensamientos ni sus proyectos? Estoy seguro, pensaba el aldeano, de que si á esa mujer se le ocurriera la idea de jurar que me había visto matar á un hombre, no se pararía en pelillos, y vería que me ahorcaban sin dársele de ello tres cominos.

Así es que cuando llegó el domingo, fué bien escasa la satisfacción del peon caminero al ver que Mme. Defarge le acompañaba á Versailles. ¿Cómo verse sin disgusto al lado de aquella mujer dentro de la diligencia, consagrada siempre á su calceta y sin separar la vista de ella ni un solo momento? ¿Cómo no pasarse cada vez más, al verla cerca de sí entre la multitud, sin que la próxima llegada del rey lograrse hacerla apartar los ojos de su sempiterna calceta?

—¡Mucha afición teneis á la labor, señora! le dijo uno de sus vecinos.

—Es que tengo mucha tarea, respondió Mme. Defarge.

De allí á poco aparecieron en su dorada carroza el rey de poderosas mandíbulas y la reina de agraciado rostro, seguidos de una brillante multitud de señores y de risueñas mujeres, prendidas con suma elegancia. El aspecto de tantas joyas, penachos, polvos, seda, esplendor, belleza, desdeñosos rostros é insolentes miradas, desvaneció de tal modo á nuestro peon caminero, que en aquel momento de embriaguez se puso á gritar: ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡vivan los nobles! ¡viva todo el mundo! como si no supiese, ni siquiera de oídas, que había Jacobos en Francia.

A fuerza de mirar aquellos jardines, aquellas alamedas, aquellas fuentes y aquellas flores; á fuerza de contemplar nuevamente al rey, á la reina y á todos sus acompañantes, y á fuerza de gritar: «¡viva éste! y ¡viva el de más allá!», acabó por llorar de admiración, y en las tres horas que duró aquel espectáculo continuó aclamando y lloriqueando, en tanto que el tabernero le sujetaba de la blusa como para impedirle que se arrojase sobre los objetos de su culto y los hiciese trizas.

—¡Muy bien! ¡muy bien! le dijo Defarge dándole un golpecito en el hombro, ¡eres un buen muchacho!

El aldeano volvió poco á poco en sí y comenzó á creer que había debido engañarse, cometiendo tal vez una falta con aquellas ruidosas manifestaciones. Pero tranquilizose bien pronto al oír que Mr. Defarge le decía al oído:

—Has obrado perfectamente, amigo mio; las gentes como tú son las que les hacen creer que todo esto vá á durar así mucho tiempo; de este modo viven sumamente tranquilos y podemos acabar más pronto con ellos.

—¡Calla, pues es verdad! dijo el peon caminero rascándose la cabeza.

—Esos insensatos orgullosos que te desprecian, no sos-

pechan nada; serian capaces de acabar con cien semejantes tuyos ántes que sacrificar uno de sus caballos ó de sus perros; pero creen lo que tú les dices y no ven la nube que se les viene encima. Continúa engañándolos, amigo mio, continúa engañándolos: cuanto más equivocados estén, mucho mejor.

Mme. Defarge miró con altivez al peon caminero y movió la cabeza en señal de aprobacion. Luego le dijo:

—¿Conque quedamos en que aplaudirás y llorarás siempre que haya mucha gente y mucho bullicio, no es eso?

—Creo que sí, señora mia.

—Si te enseñasen un monton de muñecas y te lanzasen sobre ellas diciéndote que las hicieses añicos y las machacasas, escogerías las más vistosas, ¿no es verdad?

—Seguramente, señora.

—Si te colocasen enfrente de una baidada de pájaros que no pudiera escaparse y te mandasen que los desplumasen en provecho tuyo, exterminarias con preferencia aquellos cuyos despojos fuesen de mayor valor, ¿no es verdad?

—Teneis muchísima razon, señora.

—Pues todo lo que has visto hace poco, no son más que magníficas muñecas y pájaros vistosos, le dijo la calcetera señalando el sitio por donde acababa de pasar la corte; ahora puedes marcharte á tu pueblo cuando quieras.

CAPÍTULO XVI.

Siempre haciendo calceta.

En tanto que Mme. Defarge y su esposo regresaban en amor y compañía al barrio de San Antonio, un punto imperceptible, cubierto con un gorro azul, caminaba entre tinieblas y á través del polvo por una interminable carretera, dirigiéndose al lugar en que el castillo del di-

funto monseñor escuchaba el murmullo de los añosos robles.

Las cabezas de piedra disponian entónces de tanto tiempo para prestar oído al murmullo de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que al buscar yerbas con que alimentarse ó leña destinada á procurarse algun calor, vagaban por los alrededores del gran patio, creian inocentemente que aquellas cabezas petrificadas no tenian la misma expresion que en otros tiempos. Decíase por el pueblo que al clavarse el cuchillo en el corazon de monseñor, el orgullo impreso en aquellos rostros de piedra habia sido reemplazado por la expresion de la ira y el dolor, y que desde el dia en que el desdichado Jacobo habia sido ahorcado junto á la fuente, habian variado nuevamente de aspecto, adoptando el aire de satisfecha crueldad que siempre habian tenido.

La cabeza de piedra que coronaba la gran ventana de la alcoba en que se habia cometido el asesinato, tenia en la parte superior de las fosas nasales dos profundos surcos que todo el mundo reconocia y que nadie habia visto hasta entónces. Así es que las pocas veces que dos ó tres aldeanos, cubiertos de harapos, se acercaban á contemplar aquel petrificado rostro, huian aterrorizados y se escondian entre los arbustos y las malezas, como liebres acosadas por los cazadores.

El castillo y las cabañas, las cabezas de piedra y el esqueleto del ahorcado, las manchas sangrientas de las losas y el agua cristalina de la fuente, millares de fanegas de tierra, toda una provincia, toda la Francia, queda envuelta en sombras, en donde el espacio que ocupa se reduce á la más mínima expresion.

Un mundo entero, con todas sus pequeñeces, está contenido en la estrella que arroja sus fulgores, y del mismo modo que la ciencia puede descomponer la luz y determinar cada rayo, la inteligencia humana puede leer

pechan nada; serian capaces de acabar con cien semejantes tuyos antes que sacrificar uno de sus caballos ó de sus perros; pero creen lo que tú les dices y no ven la nube que se les viene encima. Continúa engañándolos, amigo mio, continúa engañándolos: cuanto más equivocados estén, mucho mejor.

Mme. Defarge miró con altivez al peon caminero y movió la cabeza en señal de aprobacion. Luego le dijo:

—¿Conque quedamos en que aplaudirás y llorarás siempre que haya mucha gente y mucho bullicio, no es eso?

—Creo que sí, señora mia.

—Si te enseñasen un monton de muñecas y te lanzasen sobre ellas diciéndote que las hicieses añicos y las machacasas, escogerías las más vistosas, ¿no es verdad?

—Seguramente, señora.

—Si te colocasen enfrente de una baidada de pájaros que no pudiera escaparse y te mandasen que los desplumasen en provecho tuyo, exterminarias con preferencia aquellos cuyos despojos fuesen de mayor valor, ¿no es verdad?

—Teneis muchísima razon, señora.

—Pues todo lo que has visto hace poco, no son más que magnificas muñecas y pájaros vistosos, le dijo la calcetera señalando el sitio por donde acababa de pasar la corte; ahora puedes marcharte á tu pueblo cuando quieras.

CAPÍTULO XVI.

Siempre haciendo calceta.

En tanto que Mme. Defarge y su esposo regresaban en amor y compañía al barrio de San Antonio, un punto imperceptible, cubierto con un gorro azul, caminaba entre tinieblas y á través del polvo por una interminable carretera, dirigiéndose al lugar en que el castillo del di-

funto monseñor escuchaba el murmullo de los añosos robles.

Las cabezas de piedra disponian entónces de tanto tiempo para prestar oído al murmullo de las hojas y de la fuente, que el reducido número de espantajos que al buscar yerbas con que alimentarse ó leña destinada á procurarse algun calor, vagaban por los alrededores del gran patio, creian inocentemente que aquellas cabezas petrificadas no tenian la misma expresion que en otros tiempos. Decíase por el pueblo que al clavarse el cuchillo en el corazon de monseñor, el orgullo impreso en aquellos rostros de piedra habia sido reemplazado por la expresion de la ira y el dolor, y que desde el dia en que el desdichado Jacobo habia sido ahorcado junto á la fuente, habian variado nuevamente de aspecto, adoptando el aire de satisfecha crueldad que siempre habian tenido.

La cabeza de piedra que coronaba la gran ventana de la alcoba en que se habia cometido el asesinato, tenia en la parte superior de las fosas nasales dos profundos surcos que todo el mundo reconocia y que nadie habia visto hasta entónces. Así es que las pocas veces que dos ó tres aldeanos, cubiertos de harapos, se acercaban á contemplar aquel petrificado rostro, huian aterrorizados y se escondian entre los arbustos y las malezas, como liebres acosadas por los cazadores.

El castillo y las cabañas, las cabezas de piedra y el esqueleto del ahorcado, las manchas sangrientas de las losas y el agua cristalina de la fuente, millares de fanegas de tierra, toda una provincia, toda la Francia, queda envuelta en sombras, en donde el espacio que ocupa se reduce á la más minima expresion.

Un mundo entero, con todas sus pequenezes, está contenido en la estrella que arroja sus fulgores, y del mismo modo que la ciencia puede descomponer la luz y determinar cada rayo, la inteligencia humana puede leer

en el reflejo de nuestro planeta los pensamientos y las acciones, los vicios y las virtudes de los seres responsables que bullen en su superficie.

Los esposos Defarge, condeidos por la diligencia, se dirigian con bastante lentitud hácia la puerta de Paris, en que habian de dar fin á su viaje. Hubo que detenerse, segun costumbre, en la barrera; como era de rigor, aparecieron repentinamente las linternas y se procedió al registro de ordenanza. Mr. Defarge salió del carruaje; conocia á varios de los soldados del reten y á uno de los agentes de policia; su intimidad con éste era tan grande, que ambos se abrazaron con la mayor efusion.

Cuando envueltos ya en las sombras del barrio de San Antonio abandonaron los Defarge definitivamente su vehiculo, la esposa del tabernero tomó la palabra, procurando al mismo tiempo abrirse camino por entre el negro lodo y las inmundicias de que se hallaba cubierta la calle:

—¿Qué te ha dicho Jacobo de la policia? preguntó á su marido.

—Poca cosa, respondió el tabernero; que han mandado un nuevo espía á nuestro barrio, y que tal vez irá algunos más, pero que no lo sabe de cierto.

—¿Habrá que apuntarle en el registro? repuso madame Defarge mirando con suma gravedad á su marido. ¿Quién es ese hombre?

—Un inglés.

—Tanto mejor. ¿Y cómo se llama?

—Barsad, respondió Defarge sujetándose á la prosodia francesa.

—¿Barsad! repitió la mujer. Bien. ¿Y cuál es su nombre de pila?

—John.

—¿Muy bien! ¿Y se sabe cuáles son sus señas?

—Edad, cuarenta años; estatura, cinco piés y nueve

pulgadas; pelo negro, color moreno, facciones regulares, ojos pardos, rostro seco y descolorido, nariz aguileña y torcida hácia la mejilla izquierda; fisonomia siniestra.

—Es un acabado retrato, dijo Mme. Defarge; mañana mismo quedará registrado.

Eran ya las doce de la noche; la tienda estaba cerrada y los dos esposos entraron en su casa por la puerta falsa. Mme. Defarge se dirigió inmediatamente al mostrador, examinó la calderilla recaudada durante su ausencia, contó las botellas que quedaban, examinó los licores, comprobó las cuentas, anotó varios asientos, interrogó mil veces al dependiente y acabó por mandarle que fuera á acostarse. Luego recogió la calderilla ingresada durante el día y la colocó en una série de nudos que fué haciendo en su pañuelo, con objeto de llevarla á su habitacion para mayor seguridad.

Durante todas estas operaciones, Defarge, con la pipa en la boca, se paseaba á lo largo de la tienda, sin mezclarse para nada en los actos de su mujer, porque tenia por costumbre desentenderse completamente de los asuntos domésticos y de los de su comercio.

La noche era calurosa, el aire sofocante, el olor de las habitaciones inmediatas nauseabundo, así es que la tienda, cuyas puertas y ventanas estaban cerradas, exhalaba un olor insoportable. Mr. Defarge no era hombre de un olfato muy delicado, pero el vino de su establecimiento tenia más humillo que sabor, y en el mismo caso se hallaban el aguardiente, el rom y todas las bebidas que despachaba; sofocado por aquella mezcla de hediondos olores, dió un fuerte resoplido, arrojando el humo que le llenaba la boca, y colocó la pipa sobre una mesa. Su mujer alzó los ojos.

—¿Estás cansado? le preguntó sin interrumpir sus tareas; este es el olor de todos los días, no tenemos otro mejor.

—Es verdad, contestó el marido; ya me voy hartaudo.

—Vamos, que no es para tanto, repuso Mme. Defarge contemplando á su marido. ¡Ah! ¡qué hombres! ¡qué hombres!

—Pero, hija mia... exclamó el tabernero.

—Pero, hijo mio... dijo interrumpiéndole su mujer y moviendo enérgicamente la cabeza; el caso es que tú desmayas, que tú decaes.

—¡Y cómo no! dijo el tabernero alzando la voz; ¡esto va haciéndose ya muy pesado!

—¿Pesado, eh? repuso su mujer; ¡y que lo sea! no se prepara una venganza así como se quiere; hay que aguardar, hay que aguardar durante mucho tiempo. Eso todo el mundo lo sabe.

—Sin embargo, el rayo aniquila á un hombre en un momento, replicó el tabernero.

—Si, pero la terpestad tarda mucho tiempo en formarse, dijo su mujer con acento tranquilo.

Defarge alzó los ojos y permaneció pensativo.

—Un temblor de tierra puede devorar una ciudad en unos cuantos minutos; prosiguió Mme. Defarge; pero, ¿crees tú que semejante catástrofe se prepara en cuatro días?

—Ni en cuatro siglos, murmuró el tabernero.

—Pero cuando llega la hora, estalla la tierra y no queda rastro siquiera de lo que en ella habia. Hasta aquel momento todo iba preparándose sin descanso, aun cuando nadie lo veia ni lo notaba. Consuélate con este ejemplo y no permitas que tu ánimo decaiga.

La tabernera apretó el nudo del pañuelo, y sus ojos centellearon al mismo tiempo como si estrangulase á su mayor enemigo.

—Yo estoy segura, continuó extendiendo la mano para dar mayor fuerza á sus palabras; yo misma, estoy segurísima, por más que tarde lo que quiera, de que la hora

de la justicia se aproxima. Mira alrededor tuyo, examina el rostro de las personas que ves á todas horas, fijate en su descontento y en su rabia. ¿Crees tú que todo esto puede continuar así? ¡Vamos, habria que tenerte lástima!

—Tú eres una mujer valiente y buena, exclamó el tabernero acercándose al mostrador en la actitud de un colegial medroso que va á examinarse; tú eres una mujer valiente y buena, eso lo sé yo perfectamente; pero no dejarás de conocer que esto se va haciendo ya verdaderamente largo é insoportable. ¡Tal vez no lleguemos á ver tiempos mejores!

—¿Y qué importa? preguntó su mujer apretando un nuevo nudo, como si estrangulase á otro odioso enemigo.

—¡Pues no ha de importar! replicó el marido con profunda conviccion; de ese modo no llegaremos á presenciar el triunfo.

—¿Y quién nos quitará el honor de haberlo preparado? preguntó Mme. Defarge con arrogante tono; todo cuanto lleguemos á hacer dará su resultado. Yo tengo la conviccion de que tomaremos parte en la victoria, pero aun cuando opinase lo contrario, creeria á piés juntillas en el triunfo, como creo que si tuviese entre mis manos un aristócrata ó un noble, le apretaria....

Rechinaron sus dientes é hizo un nuevo nudo mucho más apretado que los anteriores.

—Pues yo te aseguro, replicó el marido sonrojándose como si temiese ser tachado de cobarde, yo te aseguro que tampoco retrocederia ante ninguna clase de consideraciones.

—Ya lo sé; pero necesitas hallarte frente á frente de tu victima y creer en un inmediato resultado para que tu ánimo no decaiga; eso es una debilidad; medien las circunstancias que quieran, haz un esfuerzo sobre tí

mismo. Cuando llegue el momento, sé un tigre, un demonio; entre tanto permanezcan encadenados el tigre y el demonio, pero siempre alerta y sin que nadie sospeche su existencia.

La tabernera, para dar sin duda mayor fuerza á sus palabras, sacudió sobre el mostrador la cadena que contenía su dinero: luego recogió el pesado pañuelo, lo colocó sobre el brazo é indicó con la mayor naturalidad del mundo que ya era hora de ir á acostarse.

Al día siguiente por la mañana, Mme. Defarge ocupaba su sitio de costumbre y trabajaba afanosamente en su inseparable calceta. Tenía al lado suyo una rosa, y aun cuando de rato en rato la contemplaba un momento, hacíalo con el aire distraído que le era habitual. Varios parroquianos, más ó menos sóbrios, unos sentados y otros en pié, ocupaban diferentes puestos de la tienda. Hacía un calor extraordinario, y una infinidad de moscas, que llevaban sus aventureras exploraciones hasta los pegajosos vasos colocados al lado de la tabernera, hallaban la muerte en el fondo. Su triste fin no producía ningún efecto en las demás moscas que, de la parte de afuera, las miraban con la mayor indiferencia (como si se juzgasen elefantes ú otro cualquier animal que nada tuviese de comun con las difuntas), hasta el momento en que compartían su infausta suerte.

¡Es verdaderamente extraño el poco discernimiento de las moscas! Despues de todo, es muy posible que en aquel día abrasador hubiese la misma falta de reflexion en la corte de Versalles.

Un hombre penetró en la tienda. Mme. Defarge dejó á un lado la calceta, y sin fijarse siquiera en la persona que acababa de entrar, colocó la rosa en el pañuelo que le servía de adorno.

Fué una cosa verdaderamente rara; en cuanto la tabernera se puso la flor en la cabeza, todos los parroquia-

nos guardaron silencio en la tienda y fueron abandonándola poco á poco.

—Buenos días, señora, exclamó el recién llegado.

—Buenos días, caballero, respondió Mme. Defarge volviendo á recoger su calceta y diciendo para sí; cuarenta años, cinco piés y nueve pulgadas, pelo negro, facciones regulares, color moreno, ojos pardos, rostro seco y descolorido, nariz aguileña y torcida hácia la mejilla izquierda, fisonomía siniestra, justo y cabal... Buenos días caballero; ¿en qué puedo servirlos?

—Haced el favor de darme una copita de cognac y un vasito de agua fresca.

Mme. Defarge le sirvió inmediatamente con la mayor amabilidad.

—Señora, este cognac es magnífico.

Era la primera vez que el aguardiente del tabernero recibía semejante elogio; Mme. Defarge conocía perfectamente su origen y no podía engañarse sobre el particular. Respondió, sin embargo, que el cognac era bueno, pero no magnífico, y continuó haciendo calceta como si trabajase á destajo. El desconocido la observó durante algunos momentos, aprovechó aquella coyuntura para examinar el terreno, y volviendo á fijarse en la dueña de la tienda:

—Veo que sois muy hábil en la tarea de hacer calceta, le dijo.

—Eso es hijo de la mucha costumbre, respondió la tabernera.

—Tiene un punto perfectamente trabajado.

—¿De veras? dijo ella sonriendo.

—Sí, señora, lo digo muy de veras; y ¿puede saberse á quién destináis ese trabajo?

—Es cuestion de puro pasatiempo, dijo la tabernera sin dejar de sonreirse y continuando á toda prisa su trabajo.

—De modo que ese trabajo tan bien hecho ¿no va á servir para nada?

—Segun y conforme: puede que llegue á servir, andando el tiempo, si llego á concluirlo... á mi gusto, continuó la tabernera respirando fuertemente y moviendo la cabeza con marcada malicia; sí, yo creo que llegará á servir.

No cabe duda que una rosa en la cabeza de Mme. Defarge, desagradaba soberanamente á los habitantes del barrio de san Antonio; acababan de entrar dos hombres, y al dirigirse al mostrador, vieron la flor; balbucearon algunas palabras, se aproximaron á la puerta so pretexto de ver si llegaba uno de sus amigos, y desaparecieron. La tienda habia quedado completamente desierta. Sin embargo, el espía no habia observado entre los fugitivos ninguna señal de inteligencia: habian salido con aire distraido y con una naturalidad inimitable.

—JOHN, dijo para sí Mme. Defarge continuando su trabajo y mirando de reojo al espía; espérate un poco y apuntaré BARSAD ántes de que te vayas.

—¿Sois casada, señora? repuso el inglés.

—Sí, señor.

—¿Teneis hijos?

—No, señor, no tengo ninguno.

—¿Parece que los negocios no andan muy bien!

—Teneis razon, ¿es que los jornaleros ganan tan poco!...

—¡Ya lo creo! ¿ganan poco y se ven tan oprimidos! lo que es en eso, teneis muchísima razon.

—Yo no he dicho que se vean oprimidos, caballero, replicó la tabernera añadiendo al apellido Barsad algunos puntos especiales que no debian ser de muy buen augurio para el interesado.

—Dispensad, señora, es verdad que he sido yo quien ha proferido esas palabras; pero estoy persuadido de que pensais lo mismo que yo.

—¡Pues estais equivocado! repuso gritando la calcetera; yo y mi marido tenemos muchos quebraderos de cabeza y no pensamos ocuparnos de lo que no nos importa. Todas nuestras tareas se reducen á ganarnos la vida honradamente, y en la vida nos hemos metido á averiguar lo que les sucede á los demás.

John Barsad, que habia ido allí con objeto de olfatear alguna noticia, no consintió que su rostro revelase la contrariedad que experimentaba; por el contrario, su fisonomia reflejó la mayor satisfaccion, y con el codo apoyado sobre el mostrador continuó hablando amistosamente, sin dejar de llevar de cuando en cuando á sus lábios aquel magnifico cognac.

—La ejecucion de Gaspar, señora, ha producido una dolorosa impresion, dijo sonriendo tristemente.

—¡Toma! respondió la calcetera, el que dá puñaladas tiene que llevar su merecido; demasiado sabia él á lo que se espouia; demasiado sabia que se jugaba la cabeza.

—Yo creo, dijo Barsad bajando la voz y adoptando un tono confidencial, que en este barrio todo el mundo ha sentido la muerte de ese pobre muchacho, y aquí para entre nosotros, estoy persuadido de que todos odian y maldicen á los que le han mandado ahorcar.

—¿De veras? dijo Mme. Defarge haciéndose la distraida.

—¿Creeis acaso que estoy en un error?

—Aquí teneis á mi marido, dijo la tabernera.

Al entrar Mr. Defarge en la tienda, Barsad se quitó el sombrero y le dijo sonriendo:

—Buenos dias, Jacobo.

El tabernero se detuvo bruscamente, y miró sorprendido al extranjero.

—Buenos dias, Jacobo, repitió el espía un tanto turbado al ver el modo con que le miraba el tabernero.

—Yo creo que me confundis con otra persona, caballero, dijo éste; yo me llamo Ernesto Defarge.

—Eso no tiene nada que ver, dijo el espía cada vez más desconcertado, para que yo os dé los buenos días.

—Muy buenos días, respondió en tono seco Mr. Defarge.

—Estaba diciendo á la señora, con quien tenia el honor de hablar cuando habeis entrado, que todos los vecinos del barrio, y esto no tiene nada de particular, sentian una profunda compasion y un verdadero odio con motivo de la muerte de ese desdichado Gaspar.

—Pues no sé una palabra, dijo Defarge; nadie me ha hablado de semejante cosa.

El tabernero, despues de decir estas palabras, se colocó detrás del mostrador, y colocando una mano sobre el respaldo de la silla de su mujer contempló frente á frente al extranjero.

Barsad, como hombre listo, conservó la actitud en que se hablaba, apuró el último sorbo de su copita, bebió lentamente un trago de agua, y pidió otra nueva dosis de cognac. Mme. Defarge le sirvió inmediatamente y volvió á dedicarse á su calceta tarareando una cancioncilla popular.

—Por lo visto, no sólo conoceis nuestro barrio, sino que le conoceis mucho mejor que yo, dijo Mr. Defarge al espía.

—No por cierto, respondió Barsad; pero ya iré conociéndole, porque me interesan sobremanera sus desgraciados habitantes.

—¡Hola! marmuró el tabernero.

—La satisfaccion que siento al hablaros, Mr. Defarge, prosiguió el espía, me recuerda varias cosas en que habeis tenido alguna participacion.

—¿De veras? respondió con frialdad Mr. Defarge.

—Sí, por cierto; he sabido que cuando el doctor Manette fué puesto en libertad, vos, que en otro tiempo fuisteis su criado, os encargasteis de recibirle.

—Es verdad, dijo el tabernero.

Un ligero codazo de su mujer, que continuaba haciendo caleta, indicó al tabernero que, al responder á Barsad, debía hacerlo con todo el laconismo posible.

—Tambien fué á parar á vuestra casa miss Manette, y gracias á vuestros cuidados logró llevarse consigo á su padre. ¿No iba acompañada de un viejo muy aseadito, que llevaba un traje oscuro? ¿Cómo se llamaba aquel buen señor? Era un hombre muy bien conservado y llevaba una pequeña peluca. ¡Ah! ya recuerdo: era un tal Mr. Lorry, empleado en la casa Tellson y Compañía.

—Todo eso es exacto, respondió Mr. Defarge.

—¡Estos recuerdos me interesan sobremanera! dijo Barsad. He conocido al doctor y á su hija en Inglaterra.

—¡Hola! exclamó el tabernero.

—¿No recibís de cuando en cuando noticias suyas? repuso Barsad.

—No, dijo el tabernero.

—No hemos vuelto á saber de ellos, dijo Mme. Defarge interrumpiendo su cancioncilla y mirando descaradamente al espía. Al llegar á Lóndres, nos escribió miss Manette diciéndonos que habian terminado su viaje con toda felicidad: luego recibimos una ó dos cartas más; despues, la callada por respuesta, y aquí paz y despues gloria.

—¿Sabeis que va á casarse? preguntó el espía.

—Una muchacha tan bonita debía estar casada hace ya mucho tiempo, dijo Mme. Defarge; pero vuestros compatriotas son tan frios...

—¡Hola! ¿y quién os ha dicho que yo soy inglés.

—Lo he conocido en vuestro modo de hablar, respondió la calcetera; me parece que los hombres son del país que revela su acento.

El espía se sintió un tanto contrariado; sin embargo, se echó á reir y añadió, paladeando su cognac:

—Sí, señora, miss Manette se casa, pero no con un

compatriota mio; su novio habita en Inglaterra y es francés. Y ya que hablábamos de Gaspar (dá pena el pensar en ese desdichado), no deja de ser raro que la hija del doctor se case precisamente con el sobrino del personaje cuya muerte ha hecho que ahorquen á ese desgraciado. En una palabra, miss Manette vá á casarse con el marqués de Saint-Evremond. El novio no lleva su título, y sólo se le conoce en Londres con el nombre de Carlos Darnay. Ya sabéis que su madre era una de las hijas de Aulnais.

Mme. Defarge continuaba haciendo calceta con la mayor impasibilidad; pero su marido, por más que procuró serenarse encendiendo á cada momento su pipa, se hallaba turbado y tembloroso. El espía hubiera sido indigno de su oficio si no lo hubiese notado y tenido muy presente.

Barsad, después de hacer este descubrimiento, vió que la sesión no daba más de sí; pagó el gasto que había hecho y se despidió del marido y de la mujer, prometiendo volver á verles dentro de poco.

Los esposos Defarge, temiendo que entrase repentinamente, permanecieron durante algunos minutos en la misma actitud en que los había dejado.

—¿Es posible? dijo á su mujer en voz baja el tabernero. ¿Crees tú posible ese casamiento?

—A juzgar por el conducto que trae la noticia, dijo Mme. Defarge, probablemente será falsa; pero no creo la cosa imposible.

—Si eso fuese verdad... exclamó el tabernero.

—¡Qué! interrumpió su mujer.

—Y llegamos á presenciar la victoria, creo que la buena estrella de miss Manette impedirá que su marido vuelva á poner los piés en Francia.

—Esa buena estrella, replicó Mme. Defarge con la calma de siempre, dejará que el marido de miss Manette vaya

á donde debe de ir y sufra la muerte que tiene merecida.

—¡Es extraño, es muy extraño, dijo el tabernero, que después de todo nuestro cariño y de todos nuestros sacrificios por su padre y por ella, se case la señorita con el hombre cuyo apellido acabas de registrar al lado del nombre de ese infame que ha venido á visitarnos!

—Cuando llegue el anhelado momento veremos otras cosas mucho más extrañas, dijo la calcetera. Si figuran aquí esos dos nombres, es porque deben figurar; no lo ovides un instante.

—Al decir estas palabras, lió la calceta y se quitó de la cabeza la flor que había colocado en ella.

Al cambiar de sitio aquella flor comenzaron á animarse los parroquianos, y la tienda del tabernero recobró su habitual concurrencia.

Por la tarde, á la hora en que los vecinos del arrabal de San Antonio se sentaban delante de las puertas y á lo largo de las paredes de las casas para respirar un poco el aire libre, salió Mme. Defarge, con su calceta en la mano, á recorrer todos aquellos grupos: terrible misión que el mundo hará bien en no crear nuevamente.

Su marido, fumando á la puerta de la tienda, la contemplaba con verdadera admiración: ¡Es una mujer animosa y sublime! murmuró, extraordinariamente animosa y sublime!

La noche llegó poco á poco; dejóse oír el tañido de las campanas y el lejano ruido de los tambores de la guardia real, y todo quedó envuelto en sombras.

¡Otras tinieblas, no ménos espesas, debían envolver dentro de poco á aquella multitud, cuando las campanas que repicaban alegremente en sus elevadas jaulas, se trocaban en terribles cañones, y el redoble de los tambores ahogase los gritos de las víctimas inmoladas por el verdugo!

CAPITULO XVII.

Una noche.

Los claros destellos de la luna iluminaban á través del follaje el rostro del doctor y de su hija, que permanecian sentados al pié de su árbol favorito.

Miss Manette debia casarse al día siguiente; habia consagrado esta última noche á su padre, y ambos se hallaban solos.

—¿Eres dichoso, papá? dime la verdad.

—Muy dichoso, hija mia.

Hacia mucho tiempo que estaban allí juntos, y sin embargo habian hablado muy poco. A la hora en que aún hubiera podido leer ó trabajar, Lucia no habia pensado siquiera en ocuparse de su labor ni en leer algo á su padre, segun tenia por costumbre; aquella noche se diferenciaba de todas las demás, y nada podia quitarle su carácter especial.

—Yo doy gracias al cielo, querido papá, yo doy mil gracias al cielo por haberse dignado bendecir el amor que profeso á Carlos; pero si yo no pudiese en lo sucesivo consagrarte mis cuidados, si mi casamiento debiera separarnos, yo me consideraria muy desgraciada y los remordimientos acabarian pronto conmigo. Aun á la altura que están ya las cosas, no vacilaria...

No le fué posible continuar. Abrazó al doctor y ocultó su rostro sobre su pecho.

—Querido papá, dime que tienes la conviccion, que tienes la seguridad de que ninguna de mis nuevas afeciones, ni ninguno de mis nuevos deberes llegará á ser un obstáculo á nuestro cariño. Esa seguridad, esa certeza que yo tengo, ¿la tienes tú tambien?

—Sí, angel mio, respondió su padre; yo tambien tengo esa seguridad, y además, añadió abrazándola, tu casamiento me promete un porvenir más risueño que nunca.

—¿Hablais de veras, padre mio?

—Sí, hija mia, hablo muy de veras. Reflexiona un poco y verás cómo tengo razon. Tú eres demasiado jóven y demasiado buena para comprenderlo, pero no puedes figurarte el temor que tenia de ver marchitarse tu juventud al lado mio y fuera del orden natural de las cosas. Tu abnegacion te impedirá siempre conocer hasta qué punto me atormentaba semejante inquietud; pero, dime, ¿cómo habia yo de ser completamente dichoso sabiendo que faltaba algo á tu felicidad?

—Si yo no hubiera conocido á Carlos, padre mio, hubiera sido completamente dichosa á tu lado.

El doctor se sonrió al verla confesar, sin darse cuenta de ello, que habiendo visto á Carlos, hubiera sido desgraciada lejos de él.

—Pero el caso es que le has visto, dijo; si no hubiese sido Carlos, hubiera sido otro jóven cualquiera. Si ninguno hubiese llegado á gustarte, la culpa hubiera sido mia; la parte oscura de mi existencia hubiera proyectado su sombra sobre nosotros dos.

Desde la vista del proceso de Carlos, no habia oído nunca la jóven á su padre hacer la más ligera alusion á su prolongado cautiverio. Así es que se sintió fuertemente impresionada al escuchar sus últimas palabras, y recordó, mucho tiempo despues, la extraña emocion que le habian causado.

—Mírala, repuso el doctor señalando la brillante luna; yo la he visto desde la ventana de mi prision en una época en que me era imposible soportar su resplandor, porque la idea de que iluminaba todo cuanto yo habia perdido era para mí una tortura tan horrible que más de mil veces me golpeé la cabeza contra la pared de mi calabozo.

He vuelto á verla más tarde, cuando sumergido en un profundo letargo, sólo pensaba en contar las líneas trasversales y perpendiculares que yo trazaba sobre su imagen. De cualquiera de las dos maneras, añadió quedándose pensativo y sin dejar de mirar á la luna, sólo contaba siempre veinte líneas, y apenas si podía con gran dificultad colocar otra línea más.

Lucía se estremeció nuevamente á pesar suyo. Nada, sin embargo, justificaba aquel sobresalto: el doctor comparaba las pasadas torturas con la felicidad presente, y nada tenia de particular que su acento fuese más grave que de costumbre.

—Yo la he mirado mil veces pensando en el hijo que no habia visto nacer, continuó el antiguo preso. ¿Vivia el pobrecito? ¿Habia muerto á consecuencia del horrible golpe que habia llevado su madre? ¿Era un hijo que llegaría á vengarme? Hubo un tiempo en que, encerrado en mi prisión, sentía horribles deseos de venganza. Si mi hijo era varón, ¿llegaría á conocer mi historia? ¿No podía creer que mi desaparición habia sido voluntaria? ¿No podía figurarse que yo le habia abandonado? Si era una niña, ¿llegaría á la edad de la mujer?

—Lucía se aproximó al doctor, y le besó la mano y la mejilla.

—Mi hija, decía yo, olvidará que tiene un padre; tal vez lo ignore siempre; vivirá sin pensar en él, se casará con un hombre que me será completamente desconocido, que no sabrá que estoy preso; desapareceré de la memoria de los vivos, y la inmediata generación no notará siquiera un vacío en el lugar que yo ocupaba.

—¡Padre mío! esas suposiciones que haces de un ser que nunca ha existido me hieren el corazón como si fuese yo la hija de quien hablas.

—¡Tú, Lucía! ¿pues no ves que estos recuerdos míos de ahora provienen del consuelo que tú me has dado y de la

imaginación que tú misma me has devuelto?... ¿Qué es lo que yo estaba diciéndote, hija mía?

—Que tu hija no te conocía, que se olvidaba de su padre...

—Sí, eso es; ya lo recuerdo. Pero otras veces, cuando la soledad y el silencio me concedían ese doloroso descanso que nace de la desesperación, la luna me impresionaba de un modo muy distinto. Creía que mi hija entraba en mi calabozo, me sacaba de aquella horrible mansión, y me devolvía la vida y la libertad. Muchas veces he visto su imagen á la luz de la luna, del mismo modo que te veo ahora, sólo que no me abrazaba; quedábase entre la puerta y los barrotes de la ventana; pero, entérate bien, no era ese el hijo de quien yo te hablaba.

—¿No era su imagen?

—No; era otra cosa distinta. Permanecía de pie; yo le veía confusamente, pero no se movía. El fantasma que perseguía mi imaginación era el de un hijo más real. Yo no conocía su aspecto exterior, sabía únicamente que se parecía á su madre. La semejanza existía en el otro, como existe en tí, hija mía, pero no era la misma. Yo creo que no comprendes bien lo que te digo. Es preciso haberse hallado solo en el fondo de un calabozo y haber permanecido en él durante mucho tiempo para comprender estas distinciones que no pueden explicarse claramente.

A pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, no pudo impedir que su sangre se fijase en sus venas, mientras trataba de analizar sus antiguas impresiones.

—En los momentos pacíficos de que te hablo, dijo, imaginaba á la luz de la luna que mi hija venía á buscarme y me llevaba consigo para demostrarme que su morada estaba llena de recuerdos míos. Ella tenia mi retrato en su habitación y mi nombre figuraba en todas sus oraciones. Su vida era laboriosa, útil y tranquila, y sin embargo, mi pobre historia se reflejaba por doquiera.

—Aquella hija, padre mio, era yo; yo, que aún cuando no tengo todas sus cualidades, tengo todo su amor.

—Ella me enseñaba sus hijos, continuó el antiguo preso; ellos conocían mi nombre, y habían aprendido á compadecerme; cuando pasaban por delante de alguna cárcel se alejaban de las sombrías paredes, dirigían la vista hácia los barrotes de las ventanas, y hablaban en voz baja. Fuerza era creer que ella no había podido conseguir mi libertad, toda vez que yo continuaba en mi calabozo. Yo creía que despues de haberme mostrado todo aquello, volvía á conducirme á mi prisión. Pero entónces, gozando el beneficio de las lágrimas, caía yo de rodillas y bendecía á mi hija.

—Era yo, padre mio! ¡Ah, bendecidme mañana con el mismo fervor que entónces!

—Yo, querida Lucía, evoco estos tristes recuerdos porque esta noche tengo infinitas razones para amarte y para agradecer á Dios la dicha que me dispensa. Nunca había yo soñado con la profunda alegría que me has hecho conocer, y mucho ménos con la que nos presagia el porvenir.

Abrazó tiernamente á su hija, la recomendó al Señor con acento conmovido, dió gracias á Dios por habérsela conservado, y pocos momentos despues el doctor y miss Manette se dirigieron á sus habitaciones.

El único invitado á la boda era Mr. Lorry, y no había más dama de honor que miss Pross. Nada debía sufrir alteración en los hábitos de la familia; los novios no abandonarían á Mr. Manette, y para que esto fuese posible, habían alquilado el piso de arriba, ocupado hasta entónces por el inquilino invisible.

El doctor estuvo muy alegre durante la cena. Sintió que Carlos Darnay se hallase ausente, censuró el pequeño complot que había alejado al jóven, y brindó con la mayor efusion á la salud de su futuro yerno.

Llegó el momento de dar las buenas noches á su hija, y ambos se separaron. A cosa de las tres de la madrugada, Lucía, atormentada por una vaga inquietud, bajó de su habitación y se dirigió á la estancia de su padre, en la cual reinaban la mayor tranquilidad y el órden más completo. El doctor dormía profundamente; la almohada en que sus blancos cabellos se esparcían formando artísticos bucles, no tenía la más ligera arruga, y sus manos descansaban tranquilamente sobre la colcha. La jóven, despues de dejar la lámpara que llevaba, se acercó á la cama, posó sus labios en la megilla de su padre, y sin separarse de su lado le contempló durante largo rato.

Las abrasadoras lágrimas del preso habían inundado de arrugas su noble y hermoso rostro, pero él borraba sus huellas con tan firme voluntad y resistencia, que lograba disimularlas aún en las horas en que se entregaba al sueño. Aquel rostro tranquilo y resuelto, que revelaba una incesante lucha con un invisible enemigo, inspiraba el más profundo respeto. No hubiera sido posible hallar en los vastos imperios del sueño un rostro más notable.

Lucía colocó tímidamente su mano sobre aquel venerable pecho, y pidió al Señor que dispensase á su padre la tierna solicitud que merecían sus sufrimientos. Retiró luego su mano, besó nuevamente la megilla del anciano, y volvió á su habitación. Empezaba ya á despuntar el sol, y la sombra de las hojas del plátano se agitó tan suavemente sobre la frente del doctor, como los labios de la jóven cuando rogaba por él.

CAPÍTULO XVIII.

Nueve días.

El cielo estaba despejado, la luz era radiante y viva; el doctor, encerrado en su habitación, conversaba con Carlos, en tanto que la novia, Mr. Lorry y miss Pross esperaban en el salón para dirigirse á la iglesia. Reconciada poco á poco con el acontecimiento del día, el aya hubiera creído que aquel casamiento era un verdadero beneficio, si en el fondo del alma no hubiese pensado que su hermano Salomon era quien debía ocupar el puesto del futuro esposo.

Mr. Lorry no se cansaba de admirar á la jóven y de contemplar los más insignificantes detalles de su lindo prendido.

—¿Conque es decir, hermosa Lucía, exclamaba, que era para esto para lo que yo os hice atravesar el Estrecho á una edad en que hubiera podido llevaros en mis brazos? ¡Bien ageno estaba yo de sospechar semejante cosa!

—¡Claro está que no podíais sospecharlo! exclamó miss Pross. Todo eso es nada más que gana de conversacion.

—Es verdad; pero, ¿per qué llorais? preguntó el pobre hombre.

—Yo no lloro, exclamó la vieja solterona; vos sois quien está llorando.

—¡Yo, miss Pross!

—Si, vos estábais llorando hace un momento, yo misma lo he visto, y eso no tiene nada de particular; un servicio de plata como ese, basta y sobra para hacer que las lágrimas se vengán á los ojos. No hay un tenedor ni una cuchara que me haya hecho llorar por no poderlos ver, dijo miss Pross.

—Yo me alegro sobremanera, respondió el gentleman! por lo demás, podeis estar persuadida de que no he tenido la idea de ocultar á nadie ese insignificante recuerdo. Pero un acontecimiento como este, hace reflexionar á un hombre acerca de todo cuanto ha perdido. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡cómo no pensar que hace unos cincuenta años hubiera podido haber una jóven mistress Lorry, y que.....

—De ninguna manera, interrumpió miss Pross.

—Qué, ¿no creéis que hubiera podido haber una mistress Lorry? preguntó el gentleman.

—¡Quia! replicó el aya; vos habeis nacido para soltero.

—Puede que tengais razon, dijo Mr. Lorry arreglándose su pequeña peluca con aire satisfecho.

—Vos tentais ya ese sino antes de nacer, prosiguió miss Pross.

—Entónces, respondió el gentleman, fuerza es confesar que no se han portado bien conmigo; mejor hubiera sido que me diesen á elegir el patron por que debia ser cortado; pero no hablemos más de mí. Querida Lucía, continuó el pobre hombre rodeando con su brazo la cintura de la jóven; oigo ruido en la habitación contigua, y miss Pross y yo tenemos suficiente experiencia para aprovechar estos últimos momentos, diciéndoos algo que pueda seros agradable: las manos en que vais á dejar á vuestro padre, no serán ni ménos atentas ni ménos afectuosas que las vuestras; se le cuidará con todo el esmero posible; el mismo Tellson se anticipará á todos sus deseos, y cuando, dentro de quince dias, vaya á Francia el excelente doctor para reunirse con sus hijos, no solamente vereis que goza de buena salud, sino que su imaginacion se halla más lozana que nunca. Vamos, ya oigo los pasos de alguien que se dirige hácia la puerta; permitidme que os abrace, hija mia, y que os dé la bendicion de un viejo soltero, ántes de que ese alguien venga á reclamaros como su más preciado tesoro.

Contempló durante un momento aquel rostro encantador, miró aquella hermosa frente, cuyas expresivas líneas le eran tan conocidas, y aproximó á ella los dorados cabellos de su pequeña peluca con la mayor delicadeza y cariño que puede nadie imaginarse.

Abrióse la puerta, y el antiguo preso salió de su habitación en compañía de Mr. Darnay; su rostro, blanco como la nieve, no conservaba ningun vestigio de los colores que poco ántes tenía. Su aspecto parecia el mismo de siempre, pero Mr. Lorry echó de ver que el mismo sentimiento de repugnancia y de temor que le caracterizaba en otro tiempo, había impreso nuevamente su horrible selo en el ánimo del antiguo preso. El doctor dió el brazo á su hija y la condujo á la carroza que el gentleman había alquilado para la ceremonia. Los demás personajes se instalaron en otro carruaje, y dirigiéndose todos á la iglesia inmediata, celebróse en ella, léjos de toda mirada indiferente, la feliz union de Carlos Darnay y de Lucía Manette.

Terminado el acto regresaron á casa, en donde les esperaba un espléndido almuerzo, y todo fué á pedir de boca; trascurrieron las horas, y los dorados cabellos que en otro tiempo se confundieron en París con los blancos cabellos del pobre zapatero, juntáronse de nuevo en el umbral de la puerta.

Aunque su ausencia sólo debia ser de quince dias, el momento de la separacion fué cruel. Su padre acabó por consolarla, y desasiéndose suavemente de sus brazos:

—Tomadla, Carlos, dijo á su yerno; ahora es vuestra.

Lucía saludó á través de la portezuela; el carruaje partió apresuradamente, y desapareció al poco rato.

Como la pacífica morada del doctor no se hallaba en un sitio frecuentado por los ociosos, Mr. Manette, Mr. Lorry y miss Pross se quedaron solos y silenciosos en el mismo sitio en que los habían dejado los recién desposados.

Al entrar en el antiguo salon, observó Mr. Lorry el cambio que se habia operado en Mr. Manette; hubiérase dicho que el brazo de oro colocado en la parte superior de la puerta, le habia herido con una flecha envenenada.

El doctor se habia reprimido en presencia de su hija, y no teniendo ya necesidad de disimular, era natural que viniere una reaccion; pero lo que extrañaba Mr. Lorry era aquella fisonomía espantada: el modo con que el antiguo preso se oprimia la cabeza y los inseguros pasos con que se dirigia á su habitación, hicieron que el gentleman recordase la escena de la taberna de San Antonio.

—Me parece, dijo al aya despues de reflexionar un momento, que lo mejor seria dejarle solo. Yo tengo absoluta necesidad de ir al Banco, pero en seguida volveré por aqui y le haremos que dé un pasco en carruaje; comeré con él, y tengo completa seguridad de que todo irá á las mil maravillas.

Mr. Lorry se vió obligado á permanecer en casa de Tellson más de dos horas. A su regreso subió sin hablar á la criada y se dirigió á la puerta de la habitación de Mr. Manette; entonces oyó el golpeteo de un martillo.

—¡Dios mio! murmuró estremeciéndose.

Miss Pross, con el rostro descompuesto, se hallaba á su lado.

—¡Todo se ha perdido! exclamó llena de desesperacion. ¿Qué vamos á decir ahora á mi pichoncita? Mr. Manette no me ha reconocido cuando he entrado á verle, y ha vuelto á dedicarse á la zapateria.

Mr. Lorry, despues de hacer todo lo posible para tranquilizar á la vieja solterona, entró en la habitación del doctor. El banquillo se hallaba colocado enfrente de la ventana, como la primera vez que vió ocupado en su trabajo al zapatero, y éste, consagrado á su tarea, parecia hallarse sumamente preocupado.

—¡Doctor! querido amigo, ¡doctor Manette!

El zapatero levantó la cabeza, miró con cierta curiosidad al gentleman, y disgustado sin duda de que vinieran á interrumpirle, volvió á continuar su trabajo.

Se había quitado el frac y el chaleco, y tenía la camisa desabrochada, lo mismo que cuando le vimos por la primera vez; su rostro, desencajado, revelaba el espanto de los aciagos días, y el desdichado trabajaba con afán y con impaciencia, como queriendo recuperar el tiempo que el gentleman le había hecho perder.

El zapato que quería concluir era de forma ya antigua; Mr. Lorry recogió otro que había en el suelo, y le preguntó qué era aquello.

—Un zapato de mujer, un zapato para salir á la calle, murmuró el anciano sin apartar la vista de su trabajo; ya hace mucho tiempo que debía estar concluido; dejadme trabajar.

—¡Doctor Manette, miradme!

El zapatero obedeció con la pasiva sumisión del preso, pero sin abandonar su tarea.

—¿No me reconocéis, querido amigo? Reunid vuestros recuerdos; reflexionad, doctor. Ese trabajo es impropio de un hombre como vos; pensad en lo que os digo, Mr. Manette.

No fué posible hacerle hablar una sola palabra. Alzaba la vista cuando se le mandaba, pero no despegaba los labios. Trabajaba y trabajaba y trabajaba silenciosamente; todo cuanto se le decía llegaba á su oído como á una pared sin eco, y se perdía en el aire. Una sola circunstancia impedía que Mr. Lorry perdiese toda esperanza, y era que el anciano alzaba furtivamente los ojos, sin que nadie se lo mandase. En aquellos momentos era inquieta su mirada y parecía querer resolver ciertas dudas que atormentaban su espíritu.

Mr. Lorry, en vista de semejante situación, creyó que

era indispensable ocultar esta recaída á Lucía y hacer que ninguno de los clientes del doctor notase aquella dolorosa crisis. Auxiliada por miss Pross, se dijo á las personas que acudían á ver á Mr. Manette, que éste se hallaba enfermo y que el mal estado de su salud exigía un completo descanso. Miss Pross escribió á Lucía una carta de ocho carillas anunciándole que el doctor había salido á visitar á un enfermo á cincuenta millas de Lóndres, y volvió á escribirla á los dos ó tres días, diciéndole que había recibido la vispera una esquelita de Mr. Manette pidiéndole diferentes objetos y encargándole participase á su querida hija que se encontraba perfectamente bien.

Mr. Lorry, creyendo que el doctor se restablecería dentro de poco tiempo, había reservado un medio que pensaba emplear en ocasión oportuna, y adoptó la resolución de cuidar él mismo al enfermo, procurando sin embargo que éste no notase que se le vigilaba. Pidió licencia por primera vez de su vida para ausentarse del Banco, y se instaló en la habitación del doctor, colocándose cerca de la ventana.

Notó desde el primer día que no solamente era inútil dirigir la palabra á Mr. Manette, sino que el hablarle le fatigaba y atormentaba. Decidióse, pues, á permanecer silencioso, y se instaló enfrente del anciano, protestando así con su presencia contra el error en que éste incurria, y cogiendo de cuando en cuando un libro, escribiendo, cambiando de sitio y haciendo todo lo posible para hacer ver al preso imaginario que se hallaba en un lugar en que cualquiera podía libremente disponer de sus acciones.

El doctor comió y bebió todo cuanto le dieron; luego volvió á consagrarse á su trabajo y continuó su tarea hasta que la habitación quedó á oscuras. Cuando el antiguo preso dejó á un lado sus herramientas, en vista de que no podía hacer uso de ellas hasta el siguiente día, acer-

cóse á él Mr. Lorry y le preguntó si quería salir á dar un paseito.

El doctor miró al techo, como solia hacer en otro tiempo, y repitió con voz débil:

—¿Un paseito?

—Sí, doctor, y ¿por qué no?

Mr. Manette no respondió nada á esta pregunta, pero al apoyar los codos sobre sus rodillas y colocar la cabeza entre sus manos, pareció decirse á sí mismo:

—¿Y por qué no?

Miss Pross y el gentleman compartieron la tarea de velarle durante la noche, y ambos le observaron desde la habitación inmediata. El doctor se paseó por su cuarto durante mucho tiempo, y en cuanto se acostó se quedó profundamente dormido. Despertóse muy temprano é inmediatamente se fué á su banquillo y continuó la interrumpida labor.

Mr. Lorry entró en su cuarto, le dió los buenos días, le llamó por su nombre y le habló de varios de los asuntos que últimamente le preocupaban. No respondió ni una sola palabra á las preguntas del gentleman, pero era indudable que las había oído, y aunque de un modo confuso, parecía pensar en lo que se le decía. Mr. Lorry, animado por este favorable síntoma, dijo á miss Pross que trajese su costura y la invitó á que trabajase de cuando en cuando al lado de ellos. Aprovechó la presencia del aya para hablarle de Lucía y del doctor, del mismo modo que siempre lo había hecho, y como si ningún acontecimiento enojoso hubiera ocurrido en la casa. Ambos procuraron dar á aquellos diálogos la mayor naturalidad posible, no haciéndolos tampoco demasiado largos por temor de fatigar al enfermo. El gentleman creyó observar que el antiguo preso levantaba con más frecuencia la cabeza, pareciendo extrañar todo cuanto pasaba á su alrededor.

Al llegar la noche, el banquero le dijo como el día anterior:

—Querido doctor, ¿no quereis dar un paseito?

Mr. Manette, lo mismo que el día anterior, repitió maquinalmente las dos últimas palabras de la pregunta.

—¿Quereis venir conmigo? añadió el gentleman.

Mr. Lorry, viendo que no tenía ninguna respuesta, hizo como que salia, y permaneció una hora en la habitación contigua. Mr. Manette se sentó cerca de la ventana, y contempló el plátano durante todo aquel tiempo; pero así que vió volver al banquero, se dirigió otra vez á su banquillo.

El tiempo trascurría con una horrible lentitud; monsieur Lorry veía por momentos disiparse todas sus esperanzas, y su corazón se hallaba verdaderamente angustiado. Ya llevaba así tres días; llegó el cuarto y el quinto; pasaron seis días, siete, ocho y nueve, y el gentleman, cada vez más desesperado, esperó inútilmente la vuelta de aquella inteligencia, en otro tiempo tan brillante.

El secreto se había guardado religiosamente, y Lucía continuaba siendo feliz. Pero el gentleman veía con dolor que el antiguo zapatero, que en los primeros días manejaba torpemente la lezna, iba adquiriendo por momentos una habilidad desesperante. Nunca había trabajado con tanto ardor, destreza é inteligencia como el noveno día.

CAPITULO XIX.

Una consulta.

Lleno de fatiga y de inquietud, pero firme siempre en su puesto, Mr. Lorry acabó por dormirse. La luz del sol, que penetraba ya en su habitacion, le despertó bruscamente; era la décima mañana que pasaba en aquella cruel ansiedad. Estregóse los párpados para desechar completamente el sueño, se dirigió hácia la puerta, examinó la habitacion del enfermo y creyó que aún estaba soñando; las herramientas de zapatero, su banquillo y su labor permanecian en el rincón en que habian sido colocados la noche anterior, y el doctor, sentado cerca de la ventana, se hallaba leyendo con la mayor tranquilidad. Vestia su bata de casa, y su rostro, aunque sumamente pálido, reflejaba la tranquilidad de espíritu y la inteligencia.

Mr. Lorry estuvo á punto de desmayarse; tenia la seguridad de estar despierto, y comenzaba á creer que todo cuanto llevaba sufrido durante aquellos diez últimos días, sólo habia sido una espantosa pesadilla. ¿No estaba allí el padre de Lucía con el traje que llevaba todas las mañanas, con su habitual aspecto y dedicado á su ocupacion favorita? ¿Veíase acaso en la habitacion la más insignificante señal de aquel acto de locura, del cual conservaba, sin embargo, una vivísima impresion?

Pero la respuesta se presentaba por sí misma: si la inquietud que él habia experimentado carecia de un fundado motivo, si todo cuanto habia creído ver sólo habia sido un sueño, ¿cómo explicarse que él, Jarvis Lorry, del Banco Tellson, se encontrase precisamente en aquel sitio? ¿Por qué habia dormido sobre un sofá, completa-

mente vestido y en la habitacion de Mr. Manette? ¿Por qué tenia que hacerse á sí mismo todas estas preguntas en la puerta de aquella habitacion y á semejante hora?

Pocos minutos despues, acercóse á él miss Pross y le habló algunas palabras en voz baja; si el gentleman hubiera conservado aún alguna duda, el lenguaje del aya hubiese acabado de convencerle; pero él habia ya recordado toda su presencia de ánimo y recordaba perfectamente todo cuanto habia sucedido. Despues de discurrir la resolucíon que debian adoptar, Mr. Lorry y la vieja solterona decidieron dejar á Mr. Manette que continuase su lectura hasta la hora en que generalmente se almorzaba, é ir á sentarse á la mesa con él, como si nada absolutamente hubiese ocurrido.

Miss Pross, siempre sumisa á las indicaciones de mister Lorry, ejecutó al pié de la letra todo cuanto acababan de convenir, y el gentleman, que tenia todo el tiempo necesario para arreglarse y acicalarse, se presentó á la hora del almuerzo tan pulcro y estirado como de costumbre. El doctor, al saber que el almuerzo estaba ya dispuesto, se dirigió resueltamente al comedor sin manifestar extrañeza ó vacilacion de ningun género.

A juzgar por lo que podia comprenderse sin traspasar los límites impuestos por la prudencia, el doctor creia indudablemente que el casamiento de su hija se habia verificado el dia anterior. Una ligera alusion, hecha de intento por el gentleman á propósito del dia de la semana en que se hallaban, hizo reflexionar á Mr. Manette, y esto le produjo un visible malestar. Sin embargo, hallábase en tan perfecta posesion de sí mismo, que Mr. Lorry se decidió á hablarle con toda franqueza.

Al terminar el almuerzo quedóse á solas con el doctor, y sumamente afectuoso, le dirigió la palabra:

—Mi querido Manette, le dijo, deseo muy de veras que me digais confidencialmente vuestra opinion acerca de un

caso curiosísimo que me interesa sobremanera; digo un caso curiosísimo, por lo que á mí se refiere; es muy posible que dada vuestra competencia en la materia lo juzgueis de muy distinto modo.

El doctor se fijó un momento en sus manos ennegrecidas por el trabajo, dió visibles muestras de turbación, y se dispuso á escuchar á su amigo.

—Querido Manette, continuó Mr. Lorry dando un golpeito en el brazo del doctor, se trata de un hombre á quien profeso un extremado cariño; hacedme el obsequio de prestarme toda vuestra atencion y dadme luego algun consejo; os lo suplico por el cariño que me inspira ese amigo, y sobre todo por el cariño que me inspira su hija, ¿lo oís, querido Manette?, por el cariño que me inspira su hija.

—Sí, dijo el doctor en voz baja; se trata de alguna conmocion moral...

—Justamente.

—Pues explicáos con toda claridad, repuso el doctor, no omitais ninguna circunstancia.

El gentleman, persuadido de que iban comprendiéndose perfectamente, continuó:

—Se trata efectivamente, mi querido Manette, de una conmocion moral, ya crónica, pero al mismo tiempo violenta y prolongada, que destruyó hasta en su más profunda base las afecciones, los sentimientos y la inteligencia. La conmocion fué espantosa y aniquiló á mi desgraciado amigo durante una época bastante larga. No se sabe cuánto tiempo duró este aniquilamiento, porque el enfermo era la única persona que hubiera podido manifestarlo, y el estado de su espíritu no le permitía fijar suficientemente sus ideas. Tampoco sabia de qué modo fué recobrando poco á poco sus abatidas fuerzas; él mismo lo ha declarado así publicamente y en unos términos que nunca olvidaré. En una palabra, ha triunfado de aquella

horrible conmocion, y hoy es un hombre de poderosa inteligencia que aumenta diariamente el gran caudal de conocimientos que ántes tenia. Pero hemos tenido la desgracia, dijo Mr. Lorry haciendo una breve pausa y lanzando un profundo suspiro, de que mi pobre amigo sufra una ligera recaída.

—¿Y ha durado mucho tiempo? preguntó el doctor en voz baja.

—Nueve dias.

—¿Y en qué forma se ha manifestado? Supongo, dijo contemplando sus manos, que el enfermo habrá vuelto á consagrarse á alguna ocupacion intimamente enlazada con aquella conmocion moral.

—Justamente.

—Decidme, prosiguió el doctor con firmeza, aunque siempre en voz baja, ¿le visteis alguna vez entregado en el origen de la enfermedad al trabajo de que me hablais?

—Una sola vez.

—¿Y presentaba en esta recaída los mismos síntomas que en otro tiempo?

—Absolutamente los mismos.

—Me habeis hablado de su hija: ¿sabe la jóven que su padre ha tenido esa recaída?

—Lo ignora, y creo que lo ignorará siempre; de ese ligero accidente sólo tenemos conocimiento una persona de toda confianza y yo.

Mr. Manette estrechó la mano del gentleman.

—¿Qué bondad, murmuró, qué atencion y qué delicadeza!

El gentleman á su vez estrechó la mano del padre de Lucía y ambos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

—Querido doctor, continuó el banquero con acento cariñoso, ya sabeis que soy un hombre de negocios, incapaz de luchar con semejantes dificultades, porque no tengo

para ello ni el saber ni la inteligencia necesarios; me hace falta un guía y no conozco á nadie que me inspire tanta confianza como vos para un asunto de esta especie. Responded á mis preguntas: ¿qué es lo que ha motivado esa recaída? ¿Hay que temer algo para el porvenir? ¿Es posible impedir que se reproduzcan esas recaídas? En el caso de que se repitan, ¿qué tratamiento debería adoptarse? No es posible que haya tenido nunca nadie mayor deseo de ser útil á un amigo, que el que yo tengo de servir á la persona querida de quien os hablo; pero no sé qué es lo que debo hacer para lograrlo. Si vuestra sagacidad y vuestra experiencia vinieran en mi auxilio, desaparecerían todos mis temores; pero abandonado á mí mismo, ¿qué queréis que yo haga? Dadme, pues, vuestros consejos para que yo pueda ser útil á mi desdichado amigo.

El doctor pareció reflexionar y tardó algún tiempo en responder.

—Es muy probable, dijo haciendo un esfuerzo para romper su silencio, que el amigo de quien habláis tuviese ya prevista esa recaída.

—¿Y la tenía? preguntó el banquero.

—Mucho más de lo que podeis figuraros, dijo Mr. Manette estremeciéndose involuntariamente; no podeis calcular lo mucho que abrumba semejante temor, y lo difícil, lo muy difícil que es no hablar una sola palabra de la pena que á uno le devora.

—¿Y no podría experimentar mi amigo un gran alivio si, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, refiriese su pena á alguien?

—Creo que sí; pero ya os he dicho hace un momento que eso le sería sumamente difícil.

—¿Cuál creéis que haya podido ser el origen de esa recaída? preguntó Mr. Lorry colocando amistosamente su mano sobre el brazo del doctor.

—Yo creo, respondió Mr. Manette, que una porcion de

incidentes han despertado en vuestro amigo todas las ideas y recuerdos que fueron causa de su mal. Pensamientos é imágenes terribles habrán acudido á su mente con una fuerza irresistible. Es muy probable que él viniese temiendo esa crisis, puesto que sabia qué conjunto de ideas podría hacer nacer en él un hecho... ó una circunstancia determinada. Habrá tratado inútilmente de acostumbrar á ello su imaginacion, y tal vez el esfuerzo que ha hecho con este objeto habrá renovado sus antiguas heridas.

—¿Creéis que él tenga conciencia de todo cuanto ha sucedido durante esa última crisis? preguntó el gentleman con cierta vacilacion.

El doctor miró con inquietud en torno suyo, movió la cabeza y respondió en voz baja:

—No lo creo.

—¿Y qué es lo que debemos esperar? preguntó Mr. Lorry.

—Respecto del porvenir, replicó Mr. Manette recobrando su firmeza, no abrigo ningun temor, toda vez que el Señor, en su divina misericordia, no ha permitido que esa crisis durase mucho tiempo; podeis esperar. Vuestro amigo ha sucumbido al dolor que las circunstancias habian despertado; no ha podido resistir á la presion de los hechos; la nube ha estallado sobre su cabeza, pero puesto que él se ha restablecido en tan corto tiempo, yo creo que ya no hay nada que temer.

—Eso me consuena en extremo, y doy gracias á Dios con toda mi alma, exclamó Mr. Lorry.

—Sí, demos gracias á Dios, repitió Mr. Manette inclinándose respetuosamente.

—Hay todavía otras dos cosas que yo quisiera aclarar, prosiguió el gentleman. ¿Me permitis que...?

—Sí, con eso prestareis un gran servicio á vuestro amigo, interrumpió el doctor tendiéndole la mano.

—Pues entónces, continuó: el hombre notable de quien

hablamos es extraordinariamente trabajador y se consagra á sus tareas con una energía poco comun; preocupado constantemente con la idea de aumentar el brillo de su inteligencia, estudia sin descanso, hace numerosas investigaciones y persigue el descubrimiento de varios problemas científicos: en una palabra, su imaginacion tiende siempre al estudio y á la abstraccion. ¿No es peligroso este exceso de trabajo?

—Yo creo que no; su imaginacion especial exige tal vez una constante ocupacion. Esa imperiosa necesidad, que le es natural, ha aumentado extraordinariamente en su época de desgracia; cuanto ménos absorba el estudio sus facultades, más probabilidades habrá de que reaparezcan ideas perjudiciales que podrian dar á su mente una falsa direccion. Vuestro amigo lo ha notado ya, sin duda alguna, y debe tener de ello sobradas pruebas.

—¿De modo que creéis que esa constante tension de su espíritu no le es desfavorable?

—Estoy seguro de ello.

—Sin embargo, mi querido Manette, ¿y si el trabajo llegase á ser superior á sus fuerzas?

—Creo que eso no llegará á suceder, mi querido Lorry. Toda cuanta fuerza habia en ese hombre ha sido violentamente rechazada por una parte, y eso, como es natural, necesita cierto contrapeso.

—Dispensadme, querido doctor; ya sabeis que yo soy eminentemente práctico y tengo la obstinacion propia de las gentes que se consagran á los negocios. Supongamos que el trabajo haya llegado á ser superior á sus fuerzas; ¿no seria esto motivo suficiente para una nueva recaída?

—Creo que no, dijo Mr. Manette con acento de conviccion; no hay más que una cosa, una sola corriente de ideas capaz de producir ese resultado, y creo poder afirmar que en lo sucesivo seria preciso hacer vibrar esa

cuerda con una terrible violencia para que el mal se reprodujese. Despues de lo que acaba de suceder, no creo que haya nada capaz de producir un choque semejante, si todo cuanto hubiera podido tener ese poder ha desaparecido ya.

Mr. Manette hablaba con la desconfianza de un hombre que sabe lo frágil que es la inteligencia humana, pero con la firmeza de quien en medio de las más duras pruebas, ha adquirido la certidumbre de que puede confiar en sus propias fuerzas. Mr. Lorry no debia disminuir la confianza del doctor; así, pues, manifestó mayor satisfaccion de la que realmente experimentaba, y se preparó á abordar la segunda cuestion que pensaba tratar con Mr. Manette. La cosa ofrecia bastante dificultad; pero recordó cierta entrevista que tuvo un dia con miss Pross, recordó, sobre todo, lo que él mismo habia visto en aquellos últimos dias, y comprendió que era preciso seguir adelante en la resolucion de sus dudas.

—La recaída de mi amigo, dijo tosiendo para procurar que su voz fuese más clara, se manifestó como vos mismo deciais hace poco, por haberse consagrado á un antiguo trabajo, que era su ocupacion en otro tiempo, y que llamaré... la ocupacion de un herrero; sí, de un herrero. El tenia en otro tiempo (digo esto para precisar mejor mis ideas) la costumbre de trabajar en una pequeña frágua, y precisamente cuando ménos lo esperábamos, le hemos hallado uno de estos dias trabajando en esa misma frágua. ¿No creéis inconveniente que conserve á su lado ese recuerdo de una época desgraciada?

El doctor se cubrió los ojos con la mano é hizo trepidar sus piés con agitacion febril.

—Mi amigo ha conservado esa frágua en un ángulo de su habitacion: ¿no seria mejor que la sacase léjos de allí? continuó el gentleman dirigiendo una inquieta mirada al doctor.

Este continuó en la misma actitud y con la misma agitación de ántes.

—Os cuesta mucho trabajo resolver esta duda, dijo mister Lorry; sí, yo comprendo que la cuestión es delicada. Sin embargo, creo que...

El gentleman movió lentamente la cabeza y no acabó la frase.

—¿Si supiéseis, respondió el doctor dirigiéndose á mister Lorry despues de un penoso silencio, lo difícil que es explicar de un modo satisfactorio las ideas que se elaboran en la mente de ese pobre hombre! ¡Ha suspirado tantas veces y con tanto ardor por esa ocupacion manual y ha experimentado una alegría tan grande el dia que le han permitido consagrarse á ella! Esa ocupacion ha sido para él un gran consuelo, porque substituyó en un principio la incertidumbre de los dedos por las perplejidades del espíritu; y luego, cuando adquirió en ella cierta habilidad, cambió el ingenio de las manos por el de la tortura moral, que nunca se ha atrevido á desechar por completo. Hoy mismo, que cree en una curación radical y habla de sí mismo con cierta confianza, la idea de que un dia podría tener necesidad de ese trabajo manual, y no llegaría á encontrar á mano sus instrumentos, le causa un horror semejante al que debe experimentar el corazon de un pobre niño que se vé solo y abandonado.

La visible alteracion de su rostro lo demostraba con sobrada elocuencia.

—¿Pero no es posible creer?... repuso el gentleman. Tened la bondad de dispensarme, trató de instruirme y lo hago con la insistencia de un hombre de negocios, acostumbrado á no hallarse en relacion sino con asuntos puramente materiales, libras esterlinas y billetes del Banco. ¿No es posible creer que la conservacion del instrumento implica la de la idea? Si la cosa no estuviere á la vista, mi querido Manette, ¿no lograríamos desvanecer

el temor de que me hablábais hace poco? En una palabra, ¿no es dar pábulo á un presentimiento fatal el conservar esa pequeña frágua?

Ambos permanecieron silenciosos.

—¿Es un amigo tan antiguo! dijo por fin el doctor con voz temblorosa.

—Sin embargo, yo me separaría de él, dijo el gentleman moviendo la cabeza con aire de conviccion y acentuando sus palabras á medida que el doctor parecia hallarse más turbado. Yo quisiera, prosiguió, rogar á mi amigo que hiciese pronto ese sacrificio, y sólo espero, para atreverme, una sola palabra de vuestros labios. Tengo la completa seguridad de que esa frágua le es fatal; vamos, aprobad mi deseo; mandadle que se separe de ella, doctor; yo os lo suplico; hacedlo por su hija, mi querido Manette.

Su alma luchaba en aquel momento de un modo horrible.

—En nombre de ella, dijo, podeis hacer lo que queráis, yo consiento gustosamente en ello. Sólo os pido que no os lleveis ese objeto en presencia de vuestro amigo; aprovechad una ocasion en que él no se halle en Londres; arregláos de modo que una ausencia de algunos dias le prepare al sentimiento de perder á su antiguo compañero.

Mr. Lorry accedió inmediatamente á esta exigencia; luego varió de conversacion y propuso al doctor salir á dar una vuelta por el campo.

Los tres dias siguientes se pasaron sin contratiempo alguno; Mr. Manette, perfectamente restablecido, podía ya dirigirse al punto en que le aguardaban los recién casados. Habíanle referido la estratagema que se habia empleado para que su hija no se enterase de su última enfermedad; él la escribió confirmando aquellas noticias y participándole su próxima salida; así es que Lucía no

tuvo siquiera la menor sospecha de lo que había ocurrido.

A la noche siguiente de la salida del doctor, Mr. Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un mazo, y acompañado de miss Pross, que iba alumbrándole, entró en la habitación de Mr. Manette. Después de cerrar la puerta misteriosamente, el gentleman comenzó á hacer mil pedazos el banquillo del zapatero, en tanto que miss Pross, cuya cara de vinagre se amoldaba perfectamente á la situación, conservaba la vela en una mano del mismo modo que si asistiese á la perpetración de un asesinato.

Cuando el banquillo quedó hecho añicos, quemaron las astillas en la chimenea de la cocina, y luego bajaron al jardín para hacer un auto de fé con las herramientas, zapatos y cuero que hallaron á mano.

Es tan grande el horror que inspira á las almas honradas la destrucción y el misterio, que al hacer aquella obra de caridad y al ocultar aquellos tristes despojos, Mr. Lorry y miss Pross se hallaban tan emocionados y tan atribulados como si hubiesen cometido el más espantoso crimen.

CAPÍTULO XX.

Una defensa.

El primer amigo que acudió á felicitar á los esposos Darnay, cuando éstos regresaron de su expedición, fué Sydney Carton. Ni sus hábitos ni su aspecto exterior habían sufrido ningún cambio favorable; pero había en él cierto aire de amistad regañona que era completamente nuevo para Carlos.

Aprovechando la primera ocasión que se le presentó, le llevó á una de las ventanas con objeto de hablarle sin ser oído de nadie.

—Mr. Darnay, le dijo, deseo que seamos amigos.

—Pues qué, ¿no lo somos ya, Mr. Carton?

—No quiero decir eso; ya sé que sois suficientemente bueno para dispensarme vuestra amistad; pero yo necesito otra cosa: al expresaros mi verdadero deseo de llegar á ser vuestro amigo, no doy á mis palabras el sentido que vos podríais atribuirles.

Carlos Darnay le pregunto qué era lo que quería decir.

—Si he de hablaros con toda franqueza, respondió Carton sonriendo, me es más fácil concebirlo que explicarlo, y sobre todo, que explicarlo de modo que vos me comprendáis. Sin embargo, voy á intentarlo. ¿Recordáis cierta famosa ocasión en que yo estaba un poco más ébrio que... de costumbre?

—Lo único que yo recuerdo es que en una ocasión, verdaderamente famosa, me obligásteis á confesar que habíais bebido un poco más de lo conveniente.

—¡Ah! yo lo recuerdo perfectamente, Mr. Darnay. La memoria de aquellos malditos días pesa terriblemente sobre mi alma, y creo que todo cuanto en ellos he sufrido se tendrá en consideración el día que yo deje de existir; pero no os alarméis, no es mi propósito pronunciar ahora un sermón.

—Y ¿por qué he de alarmarme? ya veo que me habláis con animación, pero con acento tranquilo.

—En la ocasión de que os hablo, yo estaba ébrio, cosa que me sucede con harta frecuencia, y no os guardé todas las consideraciones debidas. Pues bien, yo deseo muy de veras que lo olvidéis completamente.

—Pues tengo satisfecho ese deseo hace mucho tiempo.

—Eso es hablar por hablar, Mr. Darnay; yo no olvido tan fácilmente, y tengo demasiado presente aquella noche para que pueda borrarla de mi memoria una ligera frase.

—Dispensadme que no os haya contestado con mayor seriedad, respondió Carlos; he creído que debía tratar con

tuvo siquiera la menor sospecha de lo que había ocurrido.

A la noche siguiente de la salida del doctor, Mr. Lorry, armado de un escoplo, un hacha, una sierra y un mazo, y acompañado de miss Pross, que iba alumbrándole, entró en la habitación de Mr. Manette. Después de cerrar la puerta misteriosamente, el gentleman comenzó á hacer mil pedazos el banquillo del zapatero, en tanto que miss Pross, cuya cara de vinagre se amoldaba perfectamente á la situación, conservaba la vela en una mano del mismo modo que si asistiese á la perpetración de un asesinato.

Cuando el banquillo quedó hecho añicos, quemaron las astillas en la chimenea de la cocina, y luego bajaron al jardín para hacer un auto de fé con las herramientas, zapatos y cuero que hallaron á mano.

Es tan grande el horror que inspira á las almas honradas la destrucción y el misterio, que al hacer aquella obra de caridad y al ocultar aquellos tristes despojos, Mr. Lorry y miss Pross se hallaban tan emocionados y tan atribulados como si hubiesen cometido el más espantoso crimen.

CAPÍTULO XX.

Una defensa.

El primer amigo que acudió á felicitar á los esposos Darnay, cuando éstos regresaron de su expedición, fué Sydney Carton. Ni sus hábitos ni su aspecto exterior habían sufrido ningún cambio favorable; pero había en él cierto aire de amistad regañona que era completamente nuevo para Carlos.

Aprovechando la primera ocasión que se le presentó, le llevó á una de las ventanas con objeto de hablarle sin ser oído de nadie.

—Mr. Darnay, le dijo, deseo que seamos amigos.

—Pues qué, ¿no lo somos ya, Mr. Carton?

—No quiero decir eso; ya sé que sois suficientemente bueno para dispensarme vuestra amistad; pero yo necesito otra cosa: al expresaros mi verdadero deseo de llegar á ser vuestro amigo, no doy á mis palabras el sentido que vos podríais atribuirles.

Carlos Darnay le pregunto qué era lo que quería decir.

—Si he de hablaros con toda franqueza, respondió Carton sonriendo, me es más fácil concebirlo que explicarlo, y sobre todo, que explicarlo de modo que vos me comprendáis. Sin embargo, voy á intentarlo. ¿Recordáis cierta famosa ocasión en que yo estaba un poco más ébrio que... de costumbre?

—Lo único que yo recuerdo es que en una ocasión, verdaderamente famosa, me obligásteis á confesar que habíais bebido un poco más de lo conveniente.

—¡Ah! yo lo recuerdo perfectamente, Mr. Darnay. La memoria de aquellos malditos días pesa terriblemente sobre mi alma, y creo que todo cuanto en ellos he sufrido se tendrá en consideración el día que yo deje de existir; pero no os alarméis, no es mi propósito pronunciar ahora un sermón.

—Y ¿por qué he de alarmarme? ya veo que me habláis con animación, pero con acento tranquilo.

—En la ocasión de que os hablo, yo estaba ébrio, cosa que me sucede con harta frecuencia, y no os guardé todas las consideraciones debidas. Pues bien, yo deseo muy de veras que lo olvidéis completamente.

—Pues tengo satisfecho ese deseo hace mucho tiempo.

—Eso es hablar por hablar, Mr. Darnay; yo no olvido tan fácilmente, y tengo demasiado presente aquella noche para que pueda borrarla de mi memoria una ligera frase.

—Dispensadme que no os haya contestado con mayor seriedad, respondió Carlos; he creído que debía tratar con

cierta ligereza de una cosa que realmente carece de interés, y confieso mi sorpresa al ver la importancia que vos quereis darle. Yo os declaro formalmente que he olvidado todas aquellas circunstancias, y ya comprendereis que lo único que yo podia recordar era el grandísimo servicio que me prestásteis aquel dia.

—Un insignificante servicio, respondió Cartone; un medio muy sencillo de defensa; y debo de deciros, en honor de la verdad, que no me movió á ello el deseo de seros útil, pero observad de paso, que sólo me refiero á aquella época.

—Veo que tratais ligeramente de la gratitud que os debo, replicó Darnay.

—Creedme; no os dije más que la pura verdad. Pero dejando esto á un lado, lo que yo quiero saber es si podemos ser amigos; ya me conoceis, ya sabeis que soy indigno de rozarme con un hombre respetable; preguntádselo á Stryver, y vereis cómo opina lo mismo que yo.

—Yo no necesito del concurso de nadie para formar mi opinion.

—Haced lo que mejor os parezca. De todos modos, ya sabeis que soy un libertino y que no he hecho, ni haré nunca, ninguna cosa buena.

—No puedo estar conforme con semejante opinion.

—Pues estad seguro de que yo lo creo así firmemente; sin embargo, si no os repugna ver entrar en vuestra casa á un hombre de mi calaña, á un hombre sin reputacion ni mérito alguno, permitidme que venga por aquí de cuando en cuando, y tratadme como un objeto inútil, como un mueble que se conserva por los servicios que prestó en otro tiempo, pero del cual no se hace ya mal-dito el caso. Yo me propongo no abusar de ese permiso; yo no vendré á veros sino unas tres ó cuatro veces al año, pero experimentaré una vivísima satisfaccion al pensar que me es lícito venir con mayor frecuencia.

—Entónces, procuráos esa satisfaccion.

—¿Es decir que accedeis á mis deseos? ¡Ah! mil gracias. Darnay. ¿Puedo contar con vuestra autorizacion para gozar de esa libertad?

—Desde hoy mismo, Cartone.

—Estrecháronse la mano, y Sydney se retiró. Un momento despues volvió á caer en su habitual indolencia, y sólo parecia, segun sus propias palabras, una sombra de si mismo.

Durante las primeras horas de la noche, Carlos Darnay, que se hallaba con su familia y en compania de mister Lorry, citó algunas palabras del diálogo que habia tenido con Sydney, y habló de este último como de un problema indescifrable, en que el libertinaje se hallaba unido á una indolencia que no era fácil explicarse. Sus palabras, sin embargo, no fueron duras ni amargas, y habló de su amigo en los mismos términos que lo hubiera hecho cualquiera de los individuos allí presentes.

Carlos no pudo figurarse que las palabras que acababa de pronunciar hubiesen sido recogidas por su mujer; pero cuando subió á su habitacion encontró á Lucía esperándole y observó en su frente una profunda arruga.

—¿Qué es eso? ¿estás pensativa esta noche? dijo el jóven pasando su brazo alrededor de la cintura.

—Sí, dijo Lucía colocando ambas manos sobre el pecho de Carlos y dirigiéndole una mirada seria y penetrante, estoy pensativa porque tengo algo que me oprime el corazon.

—¿Y qué es ello, querida Lucía?

—¿Me prometes no hacerme más preguntas que las que yo juzgue necesarias?

—¡Que si te lo prometo!... ¿Hay algo que yo no pueda prometerte, ángel de mi vida?

Efectivamente, ¿qué podia negar á aquella encantadora mujer, cuyos rubios cabellos apartaba para contemplar

mejor su rostro, mientras que su otra mano se apoyaba sobre aquel corazón que sólo latía para él?

—Carlos, ese pobre Mr. Carton merece ser tratado con más consideración y con más respeto del que habeis usado con él esta noche.

—¿De veras, querida mía? ¿Y por qué?

—No puedo contestarte á esa pregunta; pero tengo la completa persuasión de que es verdad lo que acabo de decirte.

—Eso me basta para creerlo. Dime ahora qué es lo que quieres que yo haga, vida de mi alma.

—¡Sólo te ruego que seas generoso con él, querido mío; que mires con indulgencia sus extravíos, y que le defiendas cuando se halle ausente! No dudes que él abriga los más nobles sentimientos, y, aunque no lo revele en sus actos exteriores, posee un levantado corazón lleno de profundas heridas, que yo misma he llegado á ver, Carlos mío!

—Me atormenta muy de veras la idea de haber sido injusto con él, replicó Darnay sumamente sorprendido; nunca hubiera podido suponer semejante cosa en Carton.

—Sin embargo, lo que digo es la pura verdad. Mucho temo que sea ya demasiado tarde para salvarle; tal vez no permita su situación ninguna defensa, pero tengo la convicción de que caben en su pecho la abnegación, el sacrificio y cualquier otra acción generosa.

Al revelar la fé que tenía en aquel hombre degradado, estaba tan hermosa, que Carlos no se cansaba de admirarla.

—¡Ah, querido mío! dijo abrazándole, colocando la cabeza sobre su pecho y fijando en sus ojos su serena mirada: recuerda la fortaleza que nos da nuestra dicha y la debilidad que le presta su miseria.

—No lo olvidaré, hermosa mía, dijo Carlos profunda-

mente conmovido; yo lo recordaré hasta el último momento de mi vida.

Inclinóse hácia aquella adorada cabeza, unió sus labios á aquellos labios sonrosados y estrechó entre sus brazos aquella graciosa y delicada cintura.

Si el solitario vagabundo que en aquel momento recorría las oscuras calles hubiese podido oír aquel compasivo diálogo; si hubiese podido ver las tiernas lágrimas que se escapaban de aquellos azules ojos, y que Carlos enjugaba con sus besos, hubiera exclamado en las tinieblas, y no por la primera vez:

—¡Bendita sea esa tierna compasión!

CAPÍTULO XXI.

Ecos.

Hemos dicho en uno de los anteriores capítulos, que la habitación ocupada por Mr. Manette multiplicaba todos los sonidos de un modo maravilloso. Lucía Darnay, ocupada incesantemente en hilar la seda y el oro con que se tegía la vida feliz y tranquila de su marido, de su padre, de miss Pross y de ella misma, se hallaba sentada cerca de la ventana y escuchaba el ruido de los pasos que el eco de aquella pacífica estancia llevaba á su oído.

Aunque completamente satisfecha de su felicidad, abandonaba á veces su costura, y las lágrimas brillaban en sus ojos, porque había en el eco un ruido lejano, un ruido ligero, un imperceptible murmullo que resonaba en su corazón. La esperanza de un amor desconocido y el temor de perder la existencia en el momento de gozar aquellas nuevas delicias, eran la constante ocupación de su alma. Creía oír entonces, entre los sonidos que la rodeaban, el ruido de unos pasos que se dirigían hácia su

propia tumba, y sus lágrimas corrían á torrentes al pensar en el esposo que quedaria solo y entregado á la desesperacion.

Cesó aquella inquietud, y el eco dejó oír el ruido de los pasos de un niño. La jóven, sentada al lado de una cuna, oía cada vez más distintamente aquel ruido, unido á la argentina voz del pequeño uelo. Cuando ambos ruidos se escucharon con perfecta claridad, la sombría habitacion se convirtió en la morada de la alegría y de la felicidad, y el ángel de la Guarda pareció tender sus brazos al inocente niño, inundando de gozo el corazón de la pobre jóven.

Teniendo continuamente los lazos de oro que la unían á aquellos queridos seres, mezclando su dulce influencia á la trama de su vida, aunque sin darlo á conorer, Lucía sólo escuchó, durante algunos años, ruidos armoniosos y agradables: los pasos de su marido anunciaban la fuerza y la felicidad; los de su padre eran acompasados y tranquilos, y el aya, semejante á un indómito alazan que se encabrita y pateo lleno de impaciencia, hacia que el eco resonase fuertemente siempre que se paseaba junto al plátano.

Hasta sus lágrimas corrieron sin amargura cuando se mezclaron á los ruidos exteriores, cuando unos cabellos dorados, semejantes á los de Lucía, rodearon como una aureola el enflaquecido rostro de un pobre niño que, con apagada voz, decia á sus padres: «Mucho siento dejaros, mucho siento dejar á mi hermana, pero me llaman, y es necesario que me ponga en camino.»

Quando el alma que le habia sido confiada se le escapó de sus brazos, la pobre madre no vertió lágrimas de desesperacion: «Dejad que se alejen: ellos gozarán de la presencia del Señor. ¡Benditas sean vuestras palabras, Dios mío!

El estremecimiento de las alas de un ángel uníase,

desde entónces, á todos los ruidos del eco, y les prestó cierto celeste encanto. Los suspiros de la brisa que acariciaban el pequeño mausoleo del jardin se unieron tambien á ellos, y la jóven los oía murmurar como murmuraban las olas en la silenciosa playa; y siempre trabajando, prestábales toda su atencion, en tanto que la pequeña Lucía estudiaba con una seriedad verdaderamente cómica su leccion de por la mañana; ó, sentada á los piés de su madre, vestía á su muñeca hablándole en la lengua de las dos ciudades que era su doble patria.

El eco repetía muy pocas veces el ruido de los pasos de Mr. Cartone. Sydney se servía solamente cinco ó seis veces al año del privilegio obtenido para ir allí cuando gustase, y para pasar algunas horas con sus amigos, como hacia frecuentemente en otro tiempo. No habia nunca en casa de los Manette, y el eco murmuraba respecto del particular una cosa que han murmurado siempre todos los ecos fieles.

Un hombre que ha querido de veras á una mujer, y que, no habiendo logrado unir á ella su existencia, conserva su amor en toda su profundidad, no la ha visto nunca nuevamente sin despertar en el hijo de aquella mujer una extraña simpatía y una delicada é instintiva compasion. ¿Qué invisibles corrientes despiertan en semejante caso aquella exquisita sensibilidad? Eso no lo revela ningun eco, pero el hecho es positivo, y Cartone lo demostró una vez más. El fué la primera persona extraña á quien la pequeña Lucía tendió sus regordetes brazos, y siempre tuvo con él una marcada preferencia. El niño que habia muerto habló de Sydney en sus últimos momentos: «¡Pobre Cartone! balbuceó, dadle un besito de mi parte.»

Mr. Stryver continuaba avanzando en la carrera del foro como una poderosa locomotora que atraviesa un pantano á fuerza de vapor, llevando en pos de sí á su

indispensable amigo, como se lleva á remolque un barquichuelo. Sabido es que, generalmente, los barcos que disfrutan esta ventaja suelen hallarse en desfavorables circunstancias, y casi siempre acaban por irse á pique; lo cual quiere decir, que el desdichado Cartone continuaba de mal en peor, y no procuraba salir de la negra esclavitud en que le tenia su despreciable compañero, así como el chacal no piensa nunca en trasformarse en león.

Stryver era rico; habia contraído matrimonio con una joven y rica viuda, madre de tres muchachos que sólo tenían de notable una larga y apiastada cabellera.

El abogado, haciendo alarde de una protección verdaderamente ofensiva, habia cogido á los tres hijos de su mujer, y llevándolos á la tranquila morada de Soho, los habia presentado como discípulos suyos á Carlos Darnay, exclamando con la mayor delicadeza: «¡Hola, amigos! aquí teneis tres pedazos de pan que traigo á vuestro domicilio conyugal.» La no aceptación de aquellos tres pedazos de pan habia indignado á Mr. Stryver, el cual hizo comprender á sus hijastros el orgullo injustificado del descamisado profesor. Nuestro abogado tenia también la costumbre de referir á su esposa las intrigas empleadas por Mme. Darnay para seducirle, y le hablaba con gran elocuencia «de los artificios que él habia empleado contra aquellas odiosas proposiciones, logrando así no ser víctima de sus asechanzas.»

Algunos de sus amigos, que iban de cuando en cuando á verle para devorar su pésimo vino y su pesada elocuencia, excusaban á su colega diciendo que, á fuerza de repetir aquella mentira, habia acabado por creer en ella; pero esta circunstancia agravaba de tal modo el delito, que hacia digno á su autor de la prision y de la pena de horca.

Todos aquellos discursos, reproducidos por el eco, se

unian á los lejanos ruidos que Lucía Darnay escuchaba, alegre ó pensativa, desde el fondo de su sonoro retiro. Fácil es comprender la alegría que experimentaba al oír el eco de los pasos de su hija, de su marido y de su padre, siempre lleno de fuerza y de actividad; el encanto que llevaba á su oído el eco de la dicha que reinaba en su casa, siempre elegante y bien dispuesta; su satisfacción al hallar nuevamente en aquel eco la seguridad, mil veces repetida por su padre, de que ella era mucho más buena y bondadosa desde el día de su boda; su encanto al oír el eco de las palabras que Carlos le habia repetido con tanta frecuencia, cuando conmovido por las pruebas de cariño que ella le daba incesantemente, le preguntaba de qué sortilegio se valia para pertenecer por completo á cada uno de ellos, como si cada uno de ellos existiese solo, y sin parecer nunca preocupada ni absorbida por sus deberes.

Peró al mismo tiempo oíase á los lejos ruidos sordos y amenazadoras voces repercutidos por el eco, horrible preludio de una espantosa tempestad que se anunció en el apacible hogar del doctor poco ántes de llegar la pequeña Lucía á la edad de siete años.

Una noche de Julio de 1789, Mr. Lorry fué á casa de los Manette; aunque era ya algo tarde, acababa de salir del Banco, y tomando asiento se colocó entre Lucía y Carlos, que se hallaban próximos á la ventana. El salón no estaba alumbrado, y el calor sofocante, el cielo oscuro y nebuloso, trajeron á la memoria de los tres amigos aquella tempestad cuyos siniestros relámpagos contemplaron desde aquel mismo sitio en cierta memorable noche.

—Yo empezaba á creer, dijo Mr. Lorry arreglando su pequeña peluca, que iba á pasar toda la noche en el Banco; hemos tenido tanto trabajo desde por la mañana, que ya no sabia uno en donde tenia la cabeza. Hay una alarma tan grande en París que estamos agobiadísimos de

trabajo; todo el mundo quiere confiarnos su fortuna, pero con una precipitacion que raya verdaderamente en delirio. Indudablemente, todos nuestros clientes han dado en la mania de colocar sus fondos en Inglaterra.

—Eso es muy mala señal, dijo Carlos.

—Puede que sí, mi querido Darnay; pero hasta ahora no comprendemos esta falta de consideracion de nuestros clientes. Nosotros envejecemos en la casa Tellson, y no deberian aumentar de ese modo nuestro trabajo sin tener una fundada razon para ello.

—Ya sabeis, replicó Darnay, que el cielo amenaza tempestad.

—No lo niego, repuso el pobre gentleman comprendiendo la acritud de sus palabras y su falta de parsimonia; pero despues de la bulla y del laberinto del dia de hoy, no puedo remediarlo, me encuentro de un humor infernal. ¿En dónde está Manette?

—Vedme aquí, respondió el doctor entrando en el salon.

—Me alegro: porque el desórden y la precipitacion con que he trabajado hoy, sin poder hablar una palabra de estos tristes presagios, me han crispado horriblemente los nervios. Supongo que no saldreis de casa.

—No; si quereis jugaremos al chaquete, replicó el doctor.

—No lo Heveis á mal, pero creo que no tengo muchas ganas de jugar. No tengo la cabeza bastante despejada para ello. ¿Habeis tomado ya el té, Lucia?

—Sí, pero ahí teneis la tetera y vuestra taza.

—Gracias, querida mia, gracias. ¿Se ha acostado la chiquitina?

—Está durmiendo á pierna suelta.

—¿Y cómo anda de salud?

—Perfectamente.

—Lo encuentro muy natural. Gracias á Dios, no hay

ningun motivo que impida que todo vaya bien en esta bendita casa. ¡Ah, no podeis figuraros lo que he trabajado desde esta mañana! ¡y eso que ya voy dejando de ser joven! ¿Es ésta mi taza de té? Gracias, querida mia; vaya, id á vuestro sitio, sentaos y permanezcamos calladitos para oir el eco; vos sabeis interpretarle á las mil maravillas.

—Sí, yo digo lo que me dicta mi imaginacion.

—Bien, hermosa mia; de todos modos, los ruidos que nos comunica son numerosos y resonantes; haced el favor de escuchar.

Mientras nuestros amigos de Lóndres permanecian sentados al lado de su oscura ventana, multitud de gentes recorrian lejanas calles, marcando con sus pasos sangrientas huellas que tal vez no lleguen á borrarse nunca.

El arrabal de San Antonio sólo ofrecia aquella misma mañana una compacta masa de espantajos moviéndose á la brillante luz que el sol reflejaba en los cortantes aceros. Al espantoso rugido lanzado por el santo patrono, habianse levantado una infinidad de brazos desnudos, semejantes á esas ramas marchitas agitadas por el furioso cierzo, y todas aquellas manos ávidas se habian apoderado de las armas que les arrojaban desde los sótanos y de todo cuanto podia servirles de elemento de ataque, sin preocuparse para nada de que fuera uno ú otro el sitio en donde las hallaban.

—¿Quién las habia dado? ¿Quién las habia recogido? ¿Por qué causa crugian sobre las cabezas cuando arrojadas á puñados brillaban en el aire? Nadie hubiera podido decirlo, pero lo cierto es que se distribuian mosquetes, cartuchos, pólvora y balas, barras de hierro, palancas, cuchillos, hachas picas y todos cuantos instrumentos de destruccion pudiera idear la imaginacion más insensata. Los que no hallaron otra cosa, arrancaron las piedras y los ladrillos de las paredes. La fiebre se habia

apoderado del arrabal de San Antonio, y llevado de su delirio, cada uno de sus habitantes estaba dispuesto á sacrificar su vida.

Así como en todo torbellino las aguas se precipitan hácia el centro, la multitud, presa de un horrible vértigo, se agolpó alrededor de la casa del tabernero, y cada una de las gotas humanas que formaban aquel hirviente oleaje, se sintió atraído hácia el sitio en que Defarge, lleno de sudor y de polvo, diataba á todo el mundo sus órdenes, distribuía mosquetes, rechazaba á éste, llamaba á aquél, desarmaba á uno para armar á otro y se hacía respetar de todos en lo más fuerte del tumulto.

—No te alejes, dijo á Jacobo tercero; Jacobo primero, y tú, Jacobo segundo, separaos y ponéos cada uno á la cabeza de un grupo de patriotas. ¿En dónde está mi mujer?

—¡Aquí! respondió Mme. Defarge que, tan impasible como siempre, habia dejado por aquel día su calceta. En vez del algodón y las agujas tenia un hacha en las manos, y llevaba en la cintura una pistola y un afiladísimo cuchillo.

—¿A dónde vas? le preguntó su marido.

—A donde vayais vosotros, respondió; voy á ponerme al frente de las mujeres.

—¡Ya estamos preparados; marchemos! gritó Defarge con voz de trueno. ¡Patriotas y amigos, á la Bastilla! ¡A la Bastilla!

Como si la voz de toda la Francia hubiese resonado en aquella aborrecida palabra, aquel humano hervidero lanzó un terrible rugido, las olas se encreparon furiosamente y el fondo del abismo pareció amenazar al mismo cielo. Al toque de arrebató, al redoble de los tambores, á la tonante voz de aquel proceloso y desbordado mar, dió principio el ataque de la fortaleza.

Profundos fosos, doble puente levadizo, espesos mu-

ros, ocho elevadas torres, cañones y mosquetes! En medio del fuego y del humo, en el centro del mismo fuego, veíase á Defarge á la cabeza de los sitiadores. El oleaje le habia arrojado contra un cañón: convirtiéndose de repente en artillero, y ya llevaba dos horas conduciéndose como un héroe.

—Otro foso, un puente levadizo, muros de piedra, ocho grandes torres, cañones y metralla.

—¡Adelante, compañeros, adelante! Vamos, Jacobo primero, Jacobo segundo, Jacobo tercero, Jacobo quinientos, Jacobo veinte mil! ¡En nombre de Dios ó del demonio, segun á quien tengais mayor predileccion, adelante! exclamó el tabernero sin abandonar su cañón, cuyo metal se hallaba enrojecido hacia ya tiempo.

—¡Mujeres, seguidme! gritó á su vez Mme. Defarge. ¡Nosotras tambien podemos matar cuando se tome la plaza!

Una multitud de mujeres corrió en pos de ella lanzando agudos gritos, y aunque diferentemente armadas, todas iban impelidas del hambre y del deseo de venganza!

¡Fuego y humo, cañón y metralla, siempre el mismo profundo foso, el puente levadizo, los espesos muros, las ocho grandes torres! El furioso oleaje se desviaba ligeramente al caer los heridos. Las armas brillaban, chisporroteaban las antorchas, las carretas de heno mojado ardian y humeaban; infinidad de barricadas en todas direcciones, clamores, gritos de entusiasmo, gritos de odio, valor á toda prueba, sordos rugidos, metrallazos, furiosos rugidos de aquellas vivientes olas, y siempre el profundo foso, el último puente levadizo, los muros de mampostería y las ocho grandes torres! El cañón de Defarge llevaba ya cuatro horas de horrible combate.

¡Una bandera blanca en la fortaleza y luego un parlamentario! Apenas se les vé á través del humo; tampoco se oye nada de lo que dice. De repente el furioso oleaje

se extiende y se encrespa, y arrastrando á Defarge, le lleva más allá del puente levadizo, que acaba de bajarse, y más allá de los espesos muros, y le deja en medio de las grandes torres, que por fin se han rendido.

La fuerza que le arrastra es de tal modo irresistible, que no le es posible volver la cabeza ni respirar hasta llegar al pátio de la Bastilla. Apoyándose contra un muro hace un esfuerzo y mira á su alrededor: Jacobo tercero se halla á su lado; Mme. Defarge, siempre al frente de las mujeres y con su hacha en la mano, se encuentra á muy corta distancia. Todo es estruendo, insensata alegría, embriagadora locura, ruido terrible y pantomima desenfrenada.

—¡Los prisioneros!

—¡Los archivos!

—¡Los calabozos!

—¡Los instrumentos de tortura!

Pero de todos estos gritos y de otros mil que se oyen entre la multitud, el que reclama los prisioneros es el único que se repite, y el oleaje se precipita en la cárcel, como si la eternidad existiera para el suplicio lo mismo que para el tiempo y el espacio, y como si fuese á ballar dentro de aquellos muros todos los prisioneros que en ellos se habían cobijado.

Los primeros aceros amenazaron de muerte á los oficiales de la prision si trataban de ocultar uno solo de los calabozos. Defarge cogió á uno de los carceleros, hombre de blanca cabellera, que tenía una antorcha en la mano, le condujo aparte y le colocó entre él y la muralla.

—Condúceme á la torre del Norte, pero sobre la marcha, le dijo.

—Haré lo que me mandais, replicó el carcelero, pero no encontrareis allí á nadie.

—¿Qué significan estas palabras: torre del Norte, número 105? preguntó Defarge. ¡Vamos, contéstame en se-

guida! ¿Sirven para designar al prisionero ó á su calabozo? ¡Respóndeme, ó te mato!

—¡Mátale! dijo con espantosa voz y acercándose á ellos Jacobo tercero.

—Son las señas del calabozo, señor.

—Enséñamele.

—Por aquí, señor, por aquí.

Jacobo tercero, disgustado indudablemente por el pacífico desenlace de aquel diálogo, fué cogido por Defarge como éste mismo había cogido al llavero. Fué preciso juntar sus tres cabezas y gritarse al oído lo que habían tenido que decirse, y aún así y todo, pudieron apenas entenderse, en medio del estruendo producido por el oleaje del pueblo que invadía los pátios, los corredores y las escaleras, en tanto que por la parte de afuera golpeaba los muros y entre terribles ruidos pronunciaba enérgicos vivas lanzados al aire como la sutil espuma de las olas.

Defarge, su amigo y el llavero atravesaron apresuradamente varias bóvedas sombrías, á las que nunca había llegado la luz del sol; penetraron por las puertas de horribles cavernas, bajaron unas tenebrosas escaleras, luego treparon, entre dos muros, por unos surcos semejantes al seco lecho de un torrente. La multitud les siguió al principio; pero cuando despues de haber bajado comenzaron á subir aquella espiral, que conducía á la plataforma de la torre, no solamente se hallaron solos, sino que el ruido de la tempestad sólo llegaba á ellos á modo de apagado murmullo, como si la violencia del huracan los hubiese dejado sordos.

El carcelero se detuvo delante de una pequeña puerta, hizo girar la llave en una cerradura chirriante, y dando un fuerte empellón á la puertecilla, dijo:

—¡Aquí teneis el número 105!

Un agujero cuadrado, con fuertes barrotes de hierro, pero sin vidrios, practicado en la parte superior del

muro y oculto en unas tres cuartas partes por algunos ladrillos de construcción, de modo que para ver el cielo era preciso acostarse al pié de la pared y alzar la vista perpendicularmente, servía de ventana á aquel lugar maldito. Veíase allí una pequeña chimenea cruzada por enormes barrotes á algunos piés del suelo. Un puñado de antiguas cenizas yacía en el hogar; un banquillo, una mesa y un jergon, constituían todo el mueblaje. Las cuatro paredes estaban ennegrecidas, y de una de ellas pendía una argolla de hierro completamente enmohecida.

—Ve pasando la antorcha despacito por delante de las paredes para que yo las examine bien, dijo el tabernero al empleado de la cárcel.

El hombre obedeció; Defarge, con la vista fija en la pared, siguió atentamente la luz.

—¡Espera un momento! mira aquí, Jacobo.

—¡Una A y una M! exclamó tres veces Jacobo leyendo dichas cifras.

—Alejandro Manette, le dijo el tabernero señalando las iniciales con el índice. Mira, él también ha escrito esto: «Un pobre médico.» Y este calendario, también tengo la seguridad de que debe de ser obra suya. Dáme la palanca que llevas.

Defarge conservaba aún en la mano su botafuego; lo cambió por la palanca que llevaba Jacobo, y volviéndose hacia la mesa y el banquillo, los hizo añicos en un momento.

—Levanta la luz, dijo con impaciencia al llavero. Examina esas astillas, Jacobo, pero examínalas detenidamente; toma mi cuchillo, raja el jergon, registra bien la paja. Tú, ten la luz más alta!

Dirigió una mirada amenazadora al carcelero, se arrastró por el hogar de la chimenea, examinó el cañon de la misma, y sacudió los barrotes de hierro. Un poco de polvo y de hollín salió de uno y otro lado, y después de

volver la cabeza para defender la vista, registró cuidadosamente las cenizas, las hendiduras, los agujeros y los más insignificantes resquicios.

—¿No encuentras nada en la madera ni en la paja? preguntó á Jacobo.

—Nada absolutamente.

—Reune todo eso en el centro del calabozo, y tú prendelo fuego, dijo al carcelero.

—El llavero acercó su antorcha al monton de paja y de astillas que formó rápidamente una hoguera. Bajándose entónces para salir por la puertecilla, se dirigieron por el mismo camino hacia el pátio de la ciudadela, y creyeron recobrar el oído á medida que iban acercándose á las tumultuosas y furiosas olas.

Millares de enronquecidas voces llamaban por su nombre al tabernero. El barrio de San Antonio quería que Defarge marchase al frente del peloton encargado del gobernador. Si no se adoptaba semejante precaucion, era imposible que aquel hombre que había defendido la Bastilla y hecho fuego sobre los patriotas, llegase á la casa ayuntamiento, en donde le esperaban sus jueces; tal vez llegaria á escaparse, y la sangre del pueblo, que después de tantos siglos de desprecio adquiria repentinamente algun valor, quedaria sin vengar.

Entre la multitud que rodeaba al gobernador, al cual se distinguia desde lejos por su uniforme gris y su cinta encarnada, veíase á una mujer de rostro impassible. «Allí está mi marido», exclamó designando al tabernero. Luego se aproximó al anciano oficial, permaneció á su lado hasta que la comitiva se puso en marcha; permaneció á su lado en las calles por donde le conducian un grupo de patriotas capitaneado por Defarge; continuó cerca de él, fria y tranquila, cuando, llegado ya al punto de su destino, comenzaron todos á maltratarle; continuó á su lado, y siempre imperturbable, mientras la sangre corria

á torrentes; continuó tan cerca de él cuando cayó por fin el desdichado, que animada de un repentino furor, le puso el pié sobre el pecho y le sego el cuello con el cuchillo que tenía preparado de antemano.

Habia llegado la hora de que el barrio de San Antonio iba á colgar hombres en vez de faroles, á fin de demostrar lo que él era y lo que podía hacer. El barrio de San Antonio sentia hervir la sangre en sus venas, y al mismo tiempo la sangre de la tiranía se congelaba en las escaleras de la Casa-ayuntamiento, en donde yacia el cuerpo del gobernador, se congelaba bajo el pié de Mme. Defarge, que habia sujetado con su pié el cadáver de la víctima para mutilarle con mayor facilidad.

—Bajad aquel farol, gritó el barrio de San Antonio despues de haber buscado un nuevo instrumento de suplicio, bajad aquel farol, porque hay que reemplazarle con un soldado que tenemos aquí.

El centinela se balanceó en el aire, y el oleaje continuó su marcha; aquellas amenazadoras y destructoras olas se agolpaban furiosamente, y nadie conocia su fuerza ni sospechaba su poder; era un oleaje ciego y sin remordimientos, un Océano implacable, del cual surgian inflexibles brazos, gritos de odio y de venganza y rostros de tal modo endurecidos por la miseria, que no hubiera podido adivinarla la más tierna compasion.

Entre aquellas cabezas en que, unida al furor palpitaba la embriaguez del triunfo, veíanse catorce, divididas en dos grupos iguales, cuyas rígidas y pálidas facciones, faltas de expresion, contrastaban poderosamente con el exceso de vida que se desbordaba en torno suyo. Nunca el irritado Océano llevó sobre sus olas unos restos más memorables: siete prisioneros, cuya tumba acababa de romper la tempestad, aparecian sobre la multitud, desvanecidos y espantados, sin saber si habria llegado su última hora y si la alegría salvaje que inspiraba su liber-

tad era ó no la de los espíritus infernales. Detrás de ellos, siete cabezas que dominaban á las otras, siete cabezas cadavéricas, cuyos párpados esperaban para levantarse que sonase la hora del juicio supremo, siete rostros inmóviles, cuya expresion se hallaba suspendida y no destruida, como si sus ojos, cerrados un instante, debieran abrirse de nuevo y gritar sus lívidas bocas: «¡Tú eres quien ha hecho eso!»

Siete cabezas sangrientas, siete prisioneros llevados en triunfo, las llaves de las ocho torres de la ciudadela maldita, algunas esquelas, algunos recuerdos de antiguos prisioneros muertos de desesperacion hacia ya mucho tiempo, todo esto era lo que en 14 de Julio de 1789 escoltaba el barrio de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetia el eco.

¡Dios haga que la idea de Lucía Darnay sea equivocada; Dios haga que aquellos pasos, léjos de penetrar en su vida, se aparten de la pobre jóven; porque, furiosos y rápidos, todo lo destruyen en su camino, y sus huellas, nuevamente enrojeadas, pero no ya en el vino, se borrarán muy difícilmente!

CAPITULO XXII.

Sigue subiendo el oleaje.

Hacia apenas ocho dias que el arrabal de San Antonio, ébrio de alegría, endulzaba la amargura de su pan duro y negro y se consolaba de la exigüedad de su racion con sus fraternales abrazos, cuando volvemos á hallar á Mme. Defarge sentada enfrente de su mostrador y presidiendo, como de costumbre, el despacho de la taberna. No llevaba ninguna rosa en su prendido, porque la congregacion de los agentes de policia manifestaba hacia ocho dias una gran repugnancia en visitar los dominios del santo patrono: los faroles de sus estrechas y asque-

á torrentes; continuó tan cerca de él cuando cayó por fin el desdichado, que animada de un repentino furor, le puso el pié sobre el pecho y le sego el cuello con el cuchillo que tenía preparado de antemano.

Habia llegado la hora de que el barrio de San Antonio iba á colgar hombres en vez de faroles, á fin de demostrar lo que él era y lo que podía hacer. El barrio de San Antonio sentia hervir la sangre en sus venas, y al mismo tiempo la sangre de la tiranía se congelaba en las escaleras de la Casa-ayuntamiento, en donde yacia el cuerpo del gobernador, se congelaba bajo el pié de Mme. Defarge, que habia sujetado con su pié el cadáver de la víctima para mutilarle con mayor facilidad.

—Bajad aquel farol, gritó el barrio de San Antonio despues de haber buscado un nuevo instrumento de suplicio, bajad aquel farol, porque hay que reemplazarle con un soldado que tenemos aquí.

El centinela se balanceó en el aire, y el oleaje continuó su marcha; aquellas amenazadoras y destructoras olas se agolpaban furiosamente, y nadie conocia su fuerza ni sospechaba su poder; era un oleaje ciego y sin remordimientos, un Océano implacable, del cual surgian inflexibles brazos, gritos de odio y de venganza y rostros de tal modo endurecidos por la miseria, que no hubiera podido adivinarla la más tierna compasion.

Entre aquellas cabezas en que, unida al furor palpitaba la embriaguez del triunfo, veíanse catorce, divididas en dos grupos iguales, cuyas rígidas y pálidas facciones, faltas de expresion, contrastaban poderosamente con el exceso de vida que se desbordaba en torno suyo. Nunca el irritado Océano llevó sobre sus olas unos restos más memorables: siete prisioneros, cuya tumba acababa de romper la tempestad, aparecian sobre la multitud, desvanecidos y espantados, sin saber si habria llegado su última hora y si la alegría salvaje que inspiraba su liber-

tad era ó no la de los espíritus infernales. Detrás de ellos, siete cabezas que dominaban á las otras, siete cabezas cadavéricas, cuyos párpados esperaban para levantarse que sonase la hora del juicio supremo, siete rostros inmóviles, cuya expresion se hallaba suspendida y no destruida, como si sus ojos, cerrados un instante, debieran abrirse de nuevo y gritar sus lívidas bocas: «¡Tú eres quien ha hecho eso!»

Siete cabezas sangrientas, siete prisioneros llevados en triunfo, las llaves de las ocho torres de la ciudadela maldita, algunas esquelas, algunos recuerdos de antiguos prisioneros muertos de desesperacion hacia ya mucho tiempo, todo esto era lo que en 14 de Julio de 1789 escoltaba el barrio de San Antonio, cuyos ruidosos pasos repetia el eco.

¡Dios haga que la idea de Lucía Darnay sea equivocada; Dios haga que aquellos pasos, léjos de penetrar en su vida, se aparten de la pobre jóven; porque, furiosos y rápidos, todo lo destruyen en su camino, y sus huellas, nuevamente enrojecidas, pero no ya en el vino, se borrarán muy difícilmente!

CAPITULO XXII.

Sigue subiendo el oleaje.

Hacia apenas ocho dias que el arrabal de San Antonio, ébrio de alegría, endulzaba la amargura de su pan duro y negro y se consolaba de la exigüedad de su racion con sus fraternales abrazos, cuando volvemos á hallar á Mme. Defarge sentada enfrente de su mostrador y presidiendo, como de costumbre, el despacho de la taberna. No llevaba ninguna rosa en su prendido, porque la congregacion de los agentes de policia manifestaba hacia ocho dias una gran repugnancia en visitar los dominios del santo patrono: los faroles de sus estrechas y asque-

rosas calles se balanceaban de un modo que no era para ellos de muy buen augurio.

Mme. Defarge, sentada y con los brazos cruzados, se hallaba contemplando vagamente á la templada luz de la mañana, la tienda y la calle. En la una y en la otra veíanse varios grupos de desocupados, enflaquecidos y grasientos, pero en los cuales se reflejaba, más que su horrible miseria, el sentimiento de la fuerza. Un desgarrado gorro de algodón cubría la cabeza del más infeliz de aquellos desocupados, que sin duda alguna exclamaba: «Bien sé yo lo difícil que me es, á mí que llevo este andrajo, el conservar la vida en mis venas; pero, ¿sabeis lo fácil que me sería extinguirla en las vuestras?»

Cada uno de los desnudos y enflaquecidos brazos que más de una vez habían carecido de trabajo, sabía perfectamente que á falta de otra ocupacion tendria que matar; y los dedos de las calceteras habían adquirido la convicción de que podían desgarrar. Una completa trasformacion se había efectuado en el aspecto del arrabal de San Antonio: trabajaba sin descanso en su obra hacia ya algunos siglos, pero los últimos martillazos habían dado mayor expresion á la fisonomía del barrio. Mme. Defarge lo observaba con un sentimiento de aprobacion que procuraba contener, como era de rigor, en el candillo de las mujeres de San Antonio. Una de sus colegas hacia calceta al lado suyo: era la gruesa y molletuda esposa de un pobre lonjista, la madre de dos niños, y, en calidad de sustituto de la Taberna, había ya alcanzado el lisonjero mote de la Venganza.

—¡Oye, escucha un momento! dijo el lonjista.

Semejante á un reguero de pólvora que, desde el opuesto extremo de San Antonio hubiera llegado á la puerta del tabernero y se hubiese inflamado de repente, oíase un sordo murmullo que, aumentando por segundos, llegaba desde los límites del barrio.

—Es Defarge, dijo la tabernera. ¡Silencio, patriotas!

Defarge entró completamente sofocado, se quitó su gorro colorado y miró en torno suyo.

—¡Prestadle atencion! gritó su mujer.

De pié y jadeante, destacábase sobre un fondo de miradas centellantes y abiertas bocas, agrupadas en la parte exterior de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó la tabernera.

—Hay noticias del otro mundo.

—¿Del otro mundo? repitió Mme. Defarge con aire de desprecio.

—¿Hay alguno de vosotros que se acuerde del viejo Foulon, aquel miserable que dijo que si el pueblo tenia hambre podía comer yerba? Murió y fué en derechura al infierno, prosiguió Defarge.

Todos los circustantes se acordaban de Foulon.

—Pues hemos tenido noticias tuyas.

—¿Noticias de un muerto? exclamaron todos.

—¡Pobres inocentes! Tenia tan fundados motivos para temernos, continuó el tabernero, que hizo creer en su muerte: se mandó hacer un magnifico entierro, pero la verdad es que vive todavía. Se le ha hallado en el campo, en donde se encontraba oculto; le han traído á París, y acabo de verle; ahora va á la Casa-ayuntamiento y allí le ajustarán perfectamente las cuentas. Razon tenia para temernos; ¿no os parece que tenia razon?

Viejo pecador de más de setenta años, si acaso hubiera ignorado lo que debía temer, lo hubiese sabido con certeza al oír las imprecaciones que sirvieron de respuesta á las palabras del tabernero.

Un profundo silencio sucedió á aquel tumulto. Defarge y su mujer se miraron uno á otro: la Venganza se bajó de su asiento, y oyóse el chirrido de un tambor que sacaba arrastrando de la parte inferior del mostrador.

—Patriotas, dijo el tabernero con voz potente: ¿estáis preparados?

En seguida Mme. Defarge colocó un cuchillo en su cintura: dejóse oír el redoble del tambor: la Venganza lanzó unos horribles gritos, y agitando los brazos por encima de la cabeza, comenzó á golpear furiosamente de puerta en puerta.

Los hombres, ardiendo en ira, se acercaron á las ventanas, cogieron sus armas y se lanzaron á la calle. Las mujeres, cuyo aspecto hubiera helado de espanto á los más atrevidos espectadores, dejaron las ocupaciones que aún les dejaba la pobreza: abandonaron á sus hijos, á sus achacosos padres y á sus enfermos, que descansaban desnudos y hambrientos sobre los destrozados ladrillos, y corrieron con los cabellos desgreñados, respirando ódio y venganza, lanzando gritos salvajes y aumentando incesantemente el delirio de las unas con el furor de las otras. «¡Hermana mía: el maldito Foulon está preso! ¡Hija mía: el infame, el pillo, el canalla Foulon está en nuestro poder!»

Corrían desgarrándose el pecho y arrancándose los cabellos. «¡Ese basilisco de Foulon vive todavía; ese Foulon que cree que el pueblo merece comer yerba; ese Foulon que me lo dijo á mí misma cuando yo no tenía pan para mi desgraciado padre! ¡Ese miserable Foulon que tuvo valor para decirme que mi pobrecito hijo podía mamar yerba, cuando yo no tenía leche que darle! ¡Ah, Dios mío! ¡ah, Virgen santísima! ¿por qué hemos de sufrir tanto? ¡Pobre hijo mío, muerto de hambre! ¡Pobre padre mío, que tanto sufriste en tu larguísima agonía: yo os juro aquí de rodillas sobre estas losas, que he de vengaros de ese Foulon! ¡Hombres: vosotros que sois nuestros maridos ó nuestros hermanos, dadnos la sangre de Foulon, dadnos su corazón, dadnos el cuerpo y el alma de ese monstruo; hagámosle pedazos y abrámosle con nuestras uñas una tumba para que se harte en ella de yerba!»

Exaltadas hasta el último grado del delirio, giraban sobre sí mismas, rugiendo y destrozándose sus propias manos; algunas de ellas se desmayaron y hubieran muerto pisoteadas si los hombres no hubiesen acudido en su auxilio.

Sin embargo, no se perdió un minuto, ni un segundo. Foulon se hallaba en la Casa-ayuntamiento, y podía ser puesto en libertad... ¡Nó!, ¡nó! El barrio de San Antonio recordaba perfectamente lo que había sufrido por culpa suya, y los innumerables cargos que tenía que dirigirle.

La multitud, que se precipitaba violentamente, atraía hácia sí y con tal fuerza la hez del barrio, que en ménos de un cuarto de hora no quedó en el arrabal de San Antonio sino un corto número de personas enfermas y de niños de corta edad.

Aquel inmenso tropel llenaba ya el gran salón en que se hallaba el viejo Foulon y todas las calles próximas á la Casa-ayuntamiento. Defarge y su mujer, la Venganza y Jacobo tercero se habían colocado en primer término y á muy corta distancia del acusado.

—¿Le veis? exclamó Mme. Defarge señalando al antiguo funcionario con la punta de su cuchillo; ¡mirad, mirad á ese horrible monstruo! Debíamos haberle hecho cargar con un gran manojo de yerba; ¡dádsela, dádsela, y que se la coma! Y al decir estas palabras sujetó su cuchillo debajo del brazo, y se puso á palmoear como si se hallase en el teatro.

Los hombres que se encontraban detrás de ella explicaron el motivo de su satisfacción á las gentes que tenían detrás, y los aplausos resonaron de allí á poco hasta en las calles cercanas. De este modo y durante tres horas las palabras que la impaciencia arrancaba á Mme. Defarge llegaron á lo lejos con una rapidez maravillosa. Varios hombres encaramados sobre las esculturas exteriores, escudriñaban desde las ventanas todo cuanto ocurría en la

sala, y dominando la multitud, establecían una comunicación telegráfica entre la tabernera y las masas que poblaban las calles.

Un rayo de sol penetró en la sala, y cayendo directamente sobre la cabeza del anciano parecía querer protegerle. Semejante favor exasperó los ánimos terriblemente: la frágil barandilla, que por milagro permanecía aún en pie, fué hecha mil añicos en un momento, y el barrio de San Antonio se apoderó del prisionero.

Súpose en seguida por toda la multitud que llenaba y rodeaba el edificio, que Defarge había saltado la referida barandilla y atado fuertemente al desgraciado Foulon, y que Mme. Defarge había seguido á su marido y agarrado una de las cuerdas que ligaban al preso. Jacobo tercero y la Venganza no habían podido aún aproximarse, ni los hombres asomados á las ventanas habían logrado precipitarse en la sala, cuando los gritos de: «¡A la linterna! ¡A la linterna!» resonaron terriblemente por toda la ciudad.

Arrojáronle al suelo, arrastráronle por la escalera, ya sobre las rodillas, ya sobre las manos, la espalda ó el pecho. Golpearonle, ahogáronle, arrojáronle al rostro puñados de yerba y de paja. Jadeante y destrozado, con el rostro y las manos ensangrentados, suplicó y rogó; otras veces, levantábase haciendo un penoso esfuerzo, y luchaba lleno de desesperación. Por último, arrastrado como un leño en pós de millares de piernas, fué conducido hasta la esquina de la calle más inmediata, en cuyo sitio se balaceaba un farol. Una vez allí, Mme. Defarge le soltó, como hubiera podido hacer un gato con un ratón, y le contempló á sangre fría en tanto que él procuraba moverla á compasión. Las mujeres le miraron y le llenaron de injurias, los hombres pidieron con horrible acento que muriese con la boca llena de yerba. Colgáronle y al poco rato se rompió la cuerda; alzáronle del suelo lan-

zando terribles gritos. Suspendiéronle de nuevo y volvió á romperse la cuerda; levantáronle otra vez en medio de los más espantosos ruidos. A la tercera tentativa, la cuerda se compadeció de él y le estranguló. Su cabeza fué colocada en el extremo de una pica, y la yerba le llenó suficientemente la boca para que á su aspecto quedase satisfecha la multitud y bailase con verdadero frenesí.

La terrible tarea de aquel día no había terminado aún. El barrio de San Antonio, á fuerza de baile y de gritos, se había exaltado hasta el punto de sentir hervir su sangre al saber que el yerno de Foulon, otro enemigo del pueblo, Hegaba allí escoltado por quinientos hombres de caballería. El barrio de San Antonio, despues de escribir en resplandecientes hojas de papel los crímenes del personaje que iba á llegar, fué á arrebatárselo á los quinientos guardias,—y se lo hubiera arrebatado á un ejército entero,—con objeto de ahorcarle en compañía de su suegro. Su cabeza y su corazón fueron colocados en la punta de una pica, y paseados por toda la ciudad como trofeos de victoria.

Cuando los habitantes del arrabal volvieron al lado de sus hijos que lloraban y no tenían pan, era ya de noche. Las panaderías fueron tomadas por asalto: formóse cola á la puerta de todas ellas, y cada individuo esperó pacientemente su turno. Con el estómago vacío y el cuerpo desfallecido, abrazábanse unos á otros, felicitábanse mutuamente y entretenían el tiempo charlando como unos desesperados. Poco á poco aquellas largas hileras de gente andrajosa fueron menguando y acabaron por desaparecer; brillaron algunas mezquinas luces en los pisos superiores, estableciéronse en las calles algunas mal alimentadas hogueras, en que todo el mundo hizo sus preparativos de cocina, y se cenó á la puerta de las casas.

Aquellas mezquinas cenas, vírgenes de toda clase de carne, no tenían otra salsa que un poco de agua en la so-

pa. Pero una verdadera fraternidad daba al negro pan algo de succulento y despertaba una franca y comunicativa alegría. Los padres y las madres, que habían tomado una parte activa en los asesinatos, jugaban con sus hijos y los cubrían de besos; y en aquellos terribles lugares, enfrente de un porvenir semejante, los enamorados continuaban amando y esperando.

Poco antes de despuntar el día, Mr. Defarge, viendo ya la taberna completamente libre de parroquianos, echó el cerrojo á la puerta y dijo á su mujer:

—Querida mia, por fin llegó la hora del triunfo!

—El triunfo comienza ahora, respondió la mujer del tabernero.

Todos los habitantes del arrabal de San Antonio, incluso Defarge y su entusiasta mitad, se entregaron al descanso; hasta la misma Venganza quedó sumergida en un profundo sueño, y el tambor descansó; era la única voz del barrio á quien la conmoción popular había dejado toda su fuerza.

CAPÍTULO XXIII.

Las llamas se elevan.

También se había operado algun cambio en el pueblecillo en que murmuraba la fuente, y del cual salía diariamente el peon caminero para ir á sacar de la grava el poco pan que ligaba su alma ignorante á su empobrecido cuerpo. La prisión construida sobre la roca parecía ménos espantosa que en otros tiempos: había algunos soldados para guardarla, pero muchos ménos que antes; y entre los oficiales que guardaban á los soldados, no había ni uno solo capaz de asegurar lo que harían los hombres puestos á sus órdenes en el caso de verse atacados; lo único que

podían decir es que no harían lo que se les mandase.

En el campo todo era ruina y desolación. Las hojas, las yerbecillas y las espigas de cebada ó de centeno estaban marchitas y arrugadas como las gentes del pueblecillo. Las casas, los cercados, los animales domésticos, los hombres, las mujeres y los niños, hasta la tierra que soportaba tanta miseria, todo cuanto abarcaba la vista era pobre, lánguido y mezquino.

Monseñor, que personalmente considerado era á veces un hombre distinguido, sabía dar cierto aire caballeresco á los actos más sencillos, daba el ejemplo de una refinada delicadeza, de una vida espléndida y elegante y era útil para otra porción de cosas por el estilo. Sin embargo, él era quien había ocasionado aquella espantosa ruina. ¿No es extraño que la creación, exclusivamente destinada á monseñor, se hubiese secado tan pronto bajo la presión que la torcía y la aplastaba? Fuerza era reconocer la poca prevision con que la naturaleza había dispuesto todas aquellas cosas.

Sin embargo, las estrujadas venas no daban ya ni una sola gota de sangre, ya no había nada que morder ni devorar; monseñor, cosa inaprevista é inexplicable, había desaparecido.

Pero no era nada de esto lo que constituía el cambio de que hablábamos hace poco, cambio que, dicho sea de paso, se notaba también en otros muchos pueblecillos. Hacía largo tiempo que monseñor había sacado de sus dominios todo cuanto éstos podían dar, y rara vez los honraba con su presencia, á no ser que tuviera el capricho de dedicarse á los placeres de la caza, persiguiendo hombres ó acosando animales, cuya conservación exigía la edificante reserva de considerables terrenos completamente estériles.

Lo que cambiaba el aspecto de aquella aldea era la aparición de extrañas fisonomías, pertenecientes á la cla-

se baja, y no la desaparición de las facciones de noble estirpe impresas en el rostro de monseñor.

Nuestro peon caminero trabajaba en la carretera, en medio de un torbellino de polvo, y sin discurrir siquiera que él mismo era polvo y en polvo había de convertirse; pero pensando en lo escasa que era su cena y en lo mucho que sería capaz de comer si pudiese aumentarla convenientemente, alzó los ojos, abandonó un momento su solitario trabajo para contemplar el horizonte, y divisó á un viajero que se dirigía hácia él. Era uno de aquellos rudos personajes tan raros por allí en otro tiempo, y cuya presencia parecía ahora mucho más frecuente. El viajero se aproximó, y el peon caminero vió sin sorpresa que era un hombre de elevada estatura, de aspecto severo y casi feroz, color moreno, cabellos desgreñados, calzado con unos zuecos ordinarios áun á los ojos de un campesino, y cuyos harapos se hallaban cubiertos del polvo de los caminos, manchados con el cieno de los pantanos, erizados de espigas, de hojas y de musgo recogido en los bosques y entre las malezas.

Aquel hombre se dirigió como un espectro hácia el peon caminero, y se acercó á él cuando éste acababa de guarecerse en una de las cavidades practicadas á orilla del camino, con objeto de preservarse de la granizada que acababa de descargar repentinamente.

El forastero contempló al trabajador, examinó el pueblecillo, situado en el valle, y la torre, que dominaba la colina, y despues de haberlo escudriñado todo, tomó la palabra en un dialecto apenas inteligible.

—¿Qué tal va, Jacobo?

—No va mal, Jacobo, respondió el peon caminero.

—Venga acá esa mano.

Saludáronse afectuosamente, y el viajero se sentó al lado del campesino: el sol había llegado á la mitad de su carrera: debían ser próximamente las doce del día.

—¿Qué es eso? ¿No comes?

—No, ya comeré esta noche, dijo el labriego con toda la entonación de un hambriento.

—Sí, eso está ahora muy de moda, dijo con tono gruñón el viajero; en ninguna parte he encontrado gentes que coman.

Sacó del pecho una pipa ennegrecida, la cargó lentamente, echó lumbre con los avíos de encender, y chupó hasta que la pipa ardió perfectamente; entónces, retirándola de sus lábios, echó en ella unos cuantos granos de pólvora, que se inflamaron de repente y produjeron una pequeña columna de blanquecino humo.

—¡Venga acá esa mano! dijo el campesino despues de concluida toda aquella operación.

—¿Esta noche, eh? preguntó despues de aquel fraternal saludo.

—Esta noche, respondió el forastero volviendo á colocarse la pipa en la boca.

—¿En dónde?

—Aquí.

Los dos Jacobos permanecieron silenciosos mientras duró la granizada; pero tan pronto como el cielo se serenó, el forastero continuó subiendo la colina y dijo al trabajador:

—Dime qué camino he de seguir.

—Llega hasta aquí, respondió el aldeano, y sigue en derechura toda la calle; al pasar cerca de la fuente...

—¡Dógame en paz! interrumpió el viajero contemplando la campiña: yo no entro en las calles y tengo costumbre de alejarme de las fuentes. ¿Y qué más?

—Tienes que andar unas dos leguas al otro lado de la montaña.

—Bieu. ¿A qué hora dejas tu trabajo?

—A la puesta del sol.

—¿Quieres despertarme ántes de marcharte? Ya hace

dos días con sus dos noches que camino sin trégua ni descanso. Déjame acabar mi pipa y dormiré como un chiquillo. ¿Te acordarás de despertarme?

—¡Vaya una pregunta!

El forastero acabó de fumar su pipa, volvió á guardarla en el pecho, quitóse sus enormes zuecos, tendióse sobre un montón de piedras y se quedó dormido inmediatamente.

Las nubes que acababan de dispersarse, dejaban aparecer brillantes líneas azuladas que se armonizaban perfectamente con los vivísimos colores del paisaje. Nuestro aldeano, que llevaba un gorro encarnado en vez de un gorro azul, había vuelto á continuar su trabajo, aunque con mucho ménos ardor, y parecía fascinado por el hombre que dormía sobre el montón de piedras. La tez morena, los cabellos negros y la espesa barba del forastero, su gorro encarnado, su extraña vestimenta, compuesta á partes iguales de groseros tegidos y de velludas pieles, su cuerpo vigoroso, enflaquecido por el ayuno, sus labios fuertemente comprimidos y su aspecto implacable hasta en medio del sueño, inspiraban al peon caminero cierto respeto mezclado de temor.

El viajero venia de muy léjos; tenia los piés destrozados y los tobillos desollados y llenos de sangre. Sus enormes zuecos, llenos de yerba, habían aumentado las dificultades de la marcha en un trayecto tan largo, y sus carnes tenían más llagas y heridas que agujeros y desgarrones sus vestidos.

El peon caminero trató de averiguar si llevaba algunas armas escondidas; pero se agachó inútilmente para mirar por debajo de la chaqueta del durmiente; éste tenia los brazos cruzados sobre el pecho y tan apretados como los labios. Las plazas fuertes, con sus trincheras, sus cuerpos de guardia, sus baluartes y sus puentes levadizos parecieron al aldeano muy poca cosa compara-

dos con semejante hombre, y cuando alzó los ojos para mirar á lo lejos creyó ver otros hombres, tan intrépidos como aquél, que se dirigian hácia todos los puntos de Francia, sin que ningun obstáculo lograra detenerlos.

El viajero, indiferente á las nubes que estallaban de cuando en cuando, indiferente al sol y á la sombra que pasaban sobre su rostro, é indiferente al granizo que caía sobre él trasformándose en diamantes tan pronto como la luz brillaba á través del celaje, continuó durmiendo hasta el momento en que el sol desapareció del horizonte.

El peon caminero, despues de recoger sus herramientas, le despertó con arreglo á lo convenido.

—Gracias, dijo el hombre apoyándose sobre un codo.

—¿Decias que es á dos leguas de aquí y al otro lado del valle?

—Con muy poca diferencia.

—Está bien.

El peon caminero, precedido del polvo que el viento empujaba delante de él, llegó al poco rato cerca de la fuente, y mezclándose con las vacas que habían acudido allí para beber, pareció confiarles su secreto al mismo tiempo que lo referia al pueblecillo.

Así que las gentes hubieron devorado su mezquina cena, en vez de meterse en la cama como de costumbre, reuniéronse en la calle y continuaron en ella. ¡Cosa extraña! La manía de hablarse en voz baja y al oído había llegado á ser contagiosa entre nuestros aldeanos, cuyas miradas se dirigian siempre hácia un mismo sitio. Mr. Gabelle, primera autoridad del lugar, comenzó á experimentar cierta inquietud; subió al tejado de su casa, miró hácia el mismo punto del cielo, y despues de fijar la vista en sus administrados, mandó decir al sacristan que guardaba las llaves de la iglesia, que no extrañase el que dentro de un momento le mandasen tocar á arrebato.

Aumentó la oscuridad, los árboles que rodeaban el

castillo y le separaban del resto del concejo se agitaron á los primeros impulsos de la tempestad y parecieron amenazar al edificio señorial, cuya negra masa se destacaba en la sombra. La lluvia comenzó luego con gran violencia, formó una especie de cascada en las dos escaleras de piedra, azotó los muros y golpeó las ventanas y las puertas como un rápido mensajero que viene á dar la señal de alarma. Terribles bocanadas de viento recorrieron la sala principal, á través de las picas y los cuchillos, subieron sollozando las escaleras y sacudieron las cortinas del lecho en que algun tiempo antes dormía el antiguo marqués.

A todo esto, desde los cuatro puntos del horizonte avanzaban intrepidamente cuatro hombres desgreñados, y aplastando la yerba bajo sus piés y haciendo crujir los arbustos que hallaban á su paso, se dirigían hácia el edificio. Aparecieron cuatro luces, deslizaronse por enmedio de las tinieblas y todo volvió á quedar sumido en la más profunda oscuridad; pero no por mucho tiempo: una línea de fuego se dibujó en la fachada y determinó perfectamente el sitio en que se hallaban colocadas las ventanas, los balcones y los arcos; aquella línea, cada vez más brillante, aumentó en intensidad, y la llama que estalló de pronto por todos los huecos del castillo dejó ver las espantadas y aterrorizadas cabezas de piedra.

Oyóse un grito terrible, lanzóse un hombre á las caballerizas, ensilló apresuradamente un caballo, excitóle con la voz y las espuelas, salvó el espacio á través de las tinieblas y se detuvo sudando y jadeante cerca de la fuente del pueblo: «¡Socorro, Gabelle, socorro!»

La campana comenzó á tocar á arrebató, pero todo el mundo permaneció sordo á aquel llamamiento. El peon caminero y sus doscientos cincuenta amigos se hallaban junto á la fuente y contemplaban la llama que iluminaba el cielo. «Debe tener, cuando ménos, unos cuarenta

piés de elevacion, como la horca de Jacobo.» decíanse unos á otros mientras miraban de reojo al individuo que pedía socorro; pero ninguno se movió de su sitio.

El ginete que había salido del castillo y su caballo se alejaron, subieron á galope tendido la empinada cuesta y se dirigieron hácia la prision. A la puerta de la cárcel había un grupo de oficiales que contemplaban el incendio; á cierta distancia de ellos veíase un grupo de soldados: «¡Socorro, señores oficiales, socorro, que se quema el castillo! Si nos ayudase alguien podríamos salvar las cosas de más valor.» Los oficiales contemplaron á los soldados mientras éstos contemplaban el incendio, pero no dieron ninguna orden, y contestaron, encogiéndose de hombros y mordiéndose los labios: «¡Qué quereis! no hay más remedio que dejarlo arder!» Cuando el ginete y su montura regresaron nuevamente al pueblo, todo el mundo preparaba una gran iluminacion. El peon caminero y sus doscientos cincuenta amigos, inspirados como un solo hombre, habían entrado precipitadamente en sus pobres tugurios y colocaban velas encendidas hasta en los más insignificantes ventanillos. La miseria en que se hallaban había obligado á los vecinos á proveerse de alumbrado en la casa del desdichado Gabelle; y como éste parecía oponer alguna resistencia, el peon caminero, antes tan humilde con la autoridad, había hecho notar á sus conciudadanos que los coches podían servir para hacer magníficas luminarias y que los caballos de posta podrían ser asados en ellas á las mil maravillas.

El castillo, completamente abandonado, continuó ardiendo. El viento enrojecido que soplabá de aquella region infernal parecía dispersar los restos del castillo, y al vacilante resplandor de las llamas que las rodeaban, las cabezas de piedra parecían quejarse de aquel horrible suplicio. Un lienzo de pared se desplomó con gran estrépito; la cabeza cuya fruncida nariz le daba tan terrible

aspecto se oscureció de repente, salió de la nube que la envolvía, luchó nuevamente con las llamas y pareció representar el rostro cruel del marqués en el momento de espirar en la hoguera.

Los árboles próximos al castillo, achicharrados por el fuego, chisporrotearon y se retorcieron; los que se hallaban á mayor distancia, incendiados por los hombres de siniestro aspecto que habian acudido de los cuatro puntos del horizonte, rodearon la fortaleza con un cerco de fuego. El hierro y el plomo derretidos hervían confusamente en aquel espectáculo de mármol; el agua desaparecía ante las llamas; los tejados de las torrecillas se fundían como la nieve bajo la acción de un sol abrasador, y corrían, formando varios arroyos, hasta el fondo de las torres, trasformadas en pozos de fuego. Abriáanse profundas grietas en las paredes maestras, propagándose en todas direcciones como una brillante arborización; y en tanto que las aves, fascinadas, revoloteaban en torno del abismo y caían al fondo de aquel inmenso hornillo, cuatro individuos de siniestro aspecto, alumbrados por la luz del incendio, se dirigían hácia los cuatro puntos del horizonte con objeto de continuar su devastadora tarea.

El pueblecillo, perfectamente iluminado, se habia apoderado de la campana y reemplazado el toque de arrebato por un alegre repiqueteo. Luego, con el estómago vacío y la cabeza exaltada por el ruido y las llamas, recordó que Mr. Gabelle tenia estrechas relaciones con la cobranza de los impuestos, mostróse impaciente por tener con él una séria entrevista y reclamó á grandes gritos la presencia del desdichado recaudador de contribuciones. Pero Mr. Gabelle se refugió de nuevo en el tejado de su casa, y oculto detrás de un grupo de chimeneas, decidió, á fuer de hombre dado á la venganza, que si los amotinados llegaban á echar la puerta abajo, se arrojaría de

cabeza sobre la multitud para tener la satisfaccion de aplastar uno ó dos hombres.

Es de creer que al pobre Gabelle se le hiciese muy larga la noche viendo la inmensa luminaria del castillo, oyendo el espantoso ruido que se hacía á la puerta de su casa, y devorando la inquietud que le inspiraba la linterna suspendida enfrente de sus ventanas hasta tanto que él fuese á ocupar su lugar. Terrible prueba es la de pasar toda una noche al borde de un abismo, sin otro consuelo que el de arrojarle á él, según la firme resolución de Mr. Gabelle. Pero la luz bendita del día acabó por enviar sus resplandores; apagóse la iluminación del pueblecillo por falta de combustible, los sitiadores se dispersaron y el infeliz recaudador pudo bajar de su atalaya con la vida ilesa.

Aquella noche, y otras muchas más, hubo á la luz de los incendios gran número de funcionarios que, ménos afortunados que Gabelle, se balanceaban al despuntar el día en las mismas calles que habitaban desde que vinieron al mundo. Hubo también aldeanos y campesinos que, ménos afortunados que nuestro peon caminero y sus amigos, fueron dispersados por los soldados y ahorcados inmediatamente. Pero los hombres que se dirigían hácia los cuatro puntos del horizonte proseguían intrépidamente su marcha, y fuera el que quisiera el número y la clase de los ahorcados, el fuego devoraba por la noche los castillos. Ningun funcionario era capaz de calcular lo que hubiera sido necesario añadir á la erección de las horcas para convertirlas en fecundas corrientes que pudiesen detener el incendio.

CAPITULO XXIV.

Atraído hácia el abismo.

Han trascurrido tres años, tres años de tempestad en medio de devoradoras llamas, de espumosas olas, de temblores de tierra, desquiciada por las sacudidas de un oceano que continuaba y continuaba subiendo con gran espanto de los que le contemplaban desde la orilla.

Tres años más han añadido sus hilos de oro á los hilos con que Lucía Darnay tejía los días de los séres á quienes amaba, y han repetido por tres veces el feliz aniversario del nacimiento de su hija.

¡Qué de noches han pasado en aquellos tres años los habitantes de aquella pacífica morada escuchando los ruidos con que el eco los asustaba! Porque todos ellos seguían creyendo que los pasos que oían eran los de una desalentada multitud que marchaba en pos de la bandera roja, declarando la patria en peligro, y trasformada, por un terrible encanto, en un inmenso tropel de encarnizadas fieras.

Monseñor (tomado en sentido colectivo), extrañando que no se le aprecie como merece, ha abandonado un estado social que ofrece semejante fenómeno; no comprende que la Francia pueda pasarse sin él, ni que de continuar en ella hubiera podido ser expulsado, no solamente del territorio francés, sino tal vez de este miserable mundo. Sucédiale á monseñor como á aquel aldeano de la leyenda que, despues de evocar con no poco trabajo al diablo, quedó tan aterrorizado á la vista del demonio, que apretó á correr en vez de conversar con él. Monseñor, despues de leer al revés durante muchos siglos la

oracion dominical, y despues de haber empleado todos los medios imaginables para que el espíritu infernal surgiese de sus profundos abismos, apretó á correr no bien le echó la vista encima.

El Ojo de Buey se habia eclipsado para no servir de blanco á una lluvia de patrióticas balas. Nunca habia sido conveniente mirar con aquel funesto ojo, que tenia á la vez la arrogancia de Satan, las pasiones de Sardanápalo y la ceguedad del topo; pero habia desaparecido. La córte, desde el íntimo círculo que formaba su centro, hasta sus roidos límites, por los que se desbordaban la intriga, la corrupeion y la hipocresía, la córte en masa se habia dado á la fuga; el rey se habia marchado, habia sido detenido y sitiado luego en su palacio, y acaba de ser destituido á la hora en que los últimos partes habian atravesado el Estrecho.

Era el mes de Agosto de 1792, y monseñor se habia dispersado en todas direcciones. Como era consiguiente, el Banco Tellson de Lóndres era su cuartel general. Los espíritus frecuentan con marcada predileccion los lugares que fueron habitados por sus cuerpos, y monseñor, cuyo bolsillo se hallaba vacío, se dirigia al sitio en que sus lises habian estado en otro tiempo. El Banco Tellson era, por otra parte, una casa hospitalaria que mostraba sobrada largueza con sus clientes cuando éstos venían á ménos; además, habia entre los emigrados algunos nobles personajes que, previendo el pillaje ó la confiscacion, habian colocado sus fondos en Lóndres desde los primeros días de tempestad, y en casa de Tellson era en donde las personas necesitadas tenían la seguridad de averiguar sus respectivos domicilios. Añádase á esto que como todos los que llegaban de Francia acudían á la casa del banquero, Tellson era en aquella época, en cuanto se refiere á las noticias, una especie de bolsa verdaderamente privilegiada. Esta circunstancia era tan conocida del público, y

las noticias que iba á averiguar eran tan numerosas, que Tellsonne habia adoptado el prudente partido de escribir en varios trocitos de papel las últimas noticias que iba recibiendo, y los pegaba en las ventanas para conocimiento de los transeuntes.

Cierta tarde húmeda y sofocante, Carlos Darnay, acodado sobre la mesa de despacho de Mr. Lorry, hablaba en voz baja con el gentleman. El antro penitenciario, destinado en otro tiempo á las audiencias de los jefes de la casa, servia ahora de agencia de noticias y se hallaba literalmente lleno. Faltaba próximamente una media hora para que se cerrasen las oficinas del Banco.

—Sois, indudablemente, uno de los hombres más jóvenes que he visto en toda mi vida, decía Carlos con cierta vacilacion; pero, sin embargo, debo haceros observar...

—¿Qué soy demasiado viejo? preguntó Mr. Lorry.

—Debo haceros observar que la presente estacion es sumamente molesta, que el viaje es largo, que los medios de locomocion ofrecen pocas seguridades, que el país se halla desorganizado, y que hasta vos mismo podeis tener algo que temer en aquella ciudad.

—Pues, querido Darnay, algunos de esos motivos son precisamente los que me obligan á ponerme en camino, y no hay nada que pueda hacerme variar de resolucion. Yo no temo nada: ¿quién ha de atacar á un pobre viejo de cerca de ochenta años, cuando hay tantos individuos más dignos de su cólera? ¿Hablais de la desorganizacion del país? Pues si esa desorganizacion no existiera, no habria necesidad de que el Banco mandase allí un comisionado; ya comprendeis que es indispensable que ese comisionado conozca el terreno y todos nuestros negocios y merezca además la confianza de Tellsonne. Por lo que hace al mal tiempo, á la excesiva duracion del viaje y á todas las demás dificultades, si despues de tantos años de servicios no me hallase dispuesto á arrostrarlo todo en

obsequio de los intereses de la casa, ¿quién seria capaz de este pequeño sacrificio?

—¿No podeis figuraros qué ganas tengo de ir allá! dijo Carlos con visible agitacion y como un hombre que piensa en alguna cosa trascendental.

—Vos, exclamó el gentleman; aconsejadme luego que sea prudente! ¡Vos, que sois francés, quereis ir á Francia! ¿Estais loco, amigo mio?

—Tengo ese deseo porque soy francés, Mr. Lorry. No puede uno por ménos de compadecer á ese desdichado pueblo, lamentar sus extravios y esperar, en nombre del poco bien que se le ha hecho, que será posible imprimirle una direccion ménos perjudicial. Anoche mismo, prosiguió con aire pensativo, cuando nos quedamos solos, le dije á Lucia...

—¿A Lucia? interrumpió el anciano. ¿No os avergonzais de pronunciar su nombre en el momento mismo de hablar de vuestra ida á Francia?

—No voy por fin, dijo Carlos sonriéndose; lo que me deciais hace un momento es lo que me ha hecho pensar en semejante cosa.

—Que vaya yo es muy distinto; nó puedo prescindir de hacer ese viaje. ¿No podeis figuraros, querido Darnay, dijo bajando la voz, con qué dificultad realizamos allí todos nuestros negocios y qué peligros corren nuestros libros! Sólo Dios sabe las tristes consecuencias que resultarían de la desaparicion ó destruccion de nuestros papeles. Y ¿quién puede responder de que París no arda esta misma noche ó sea saqueado al día siguiente? Ya comprendreis que una prudente eleccion, hecha lo más pronto posible, evitaria la pérdida de importantes documentos, y nadie mejor que yo podria apreciar su importancia relativa. La casa lo sabe perfectamente y yo nó puedo negarme á sus ruegos, porque hace sesenta años que estoy comiendo el pan de esta casa. ¿Puedo dejar de

cumplir mi deber pretestando que mis fuerzas se hallan algo decaídas? ¡Pues no veis que soy un jóven, comparado con esos zoquetes que tenemos en nuestras oficinas!

—No puedo por menos de admirar vuestra generosidad y vuestro impetuoso carácter; vos sois siempre jóven, amigo mío.

—No os chanceis, querido Darnay, prosiguió el gentleman. Vos debéis saber que hoy es casi imposible sacar nada de París; hay varios papeles (os hablo con toda reserva, yo no debo decir nada de esto á nadie, ni aún á vos mismo,) y varios objetos preciosos que nos han sido entregados hoy por los emisarios más extraños que podeis imaginaros, y cuya vida ha estado en gravísimo peligro al atravesar la frontera. En otras épocas nuestras remesas circulaban por Francia con la misma facilidad que en la comercial Inglaterra; pero ahora no es posible hacer ningun envío...

—¿Y pensáis ponerlos en camino esta misma noche?

—Sí, amigo mío; la cosa urge sobremanera, y no admito la menor dilacion.

—Supongo que no ireis solo.

—Me han propuesto una porcion de individuos, pero no quiero nada con ninguno de ellos. Estoy casi decidido á irme en compañía de Ferry, porque hace ya mucho tiempo que es mi inseparable y estoy acostumbrado á servirme de él. Todo el mundo le creará un ser inofensivo, sin más mision que la de proteger á su dueño.

—Os repito que no me canso de admirar vuestra rectitud y vuestra generosidad.

—Y yo tampoco me canso de rogaros que no os burleis de mí. Cuando termine esta delicada empresa, es muy posible que acepte la proposicion que me hace Tollson, y me jubile con objeto de poder vivir á mi antojo. Entonces tendré tiempo para sentir el peso de los años y recordar que he dejado de ser jóven.

Como ya hemos dicho, este diálogo se verificó cerca de la mesa de despacho de Mr. Lorry. A muy corta distancia de allí, monseñor referia jactanciosamente el castigo que impondria dentro de muy poco tiempo á la insurrecta canalla. Monseñor, lo mismo que los personajes de la ortodoxia británica, habia convenido en considerar la revolucion francesa como la única cosecha que daba sus frutos sin que nadie hubiera efectuado la siembra; hablaba de ella como si no se hubiese hecho ni omitido nada para llegar á aquel resultado; como si varios observadores, asombrados de la suerte que cabia á las masas y del mal empleo de los recursos que hubieran podido hacer la prosperidad del pueblo, no hubiesen visto acercarse la tempestad, y explicado claramente cuanto se veia venir.

La fatuidad de monseñor y los extravagantes proyectos que ideaba para restablecer un órden de cosas que habia fatigado al cielo y á la tierra, eran cosas que no podia resistir ninguna persona de mediano juicio y conocedor de la situacion. Semejantes majaderias y baladronadas aumentaban el malestar que experimentaba Carlos Darnay y agitaban terriblemente su espiritu.

En el número de aquellos vocingleros figuraba Mr. Stryver, el abogado del Banco del rey, que, próximo á obtener un puesto oficial, desplegaba toda su elocuencia perorando sobre el mencionado tema y obsequiaba á monseñor con una infinidad de ingeniosos planes para exterminar al pueblo, hacer que desapareciese del globo terráqueo, y arreglarse de modo que las personas distinguidas pudieran prescindir por siempre jamás de aquel detestable elemento; en una palabra, para llegar á la abolicion de las águilas, poniendo un granito de sal en la cola de toda la raza. Carlos, que se hallaba ya fuertemente encolerizado, dudaba si alejarse para no escuchar semejantes despropósitos, ó permanecer en su sitio para emitir su opinion cuando le pareciese oportuno.

En esto apareció Tellson, dejó sobre la mesa de Mr. Lorry una carta súcia y lacrada, y preguntó al gentileman si había averiguado algo referente á la persona á quien iba destinada dicha carta. Carlos, que se hallaba al lado de Mr. Lorry, no pudo por ménos de ver las señas, y se apoderó de ella. El sobre se hallaba redactado en los siguientes términos:

«Urgentísimo. Señores Tellson y compañía, banqueros en Londres; para entregar al señor ex-marqués de Saint-Evremont.»

El día de la boda de su hija, el doctor había exigido á Mr. Darnay palabra formal de no revelar absolutamente á nadie su verdadero nombre, á ménos que él le relevase de aquella imperiosa obligacion. Carlos, como es de suponer, había guardado el secreto que su suegro le había impuesto, y su misma esposa y Mr. Lorry se hallaban lejos de sospechar que tuviese otro nombre.

—Aún no he podido averiguar nada, respondió el gentileman al jefe de la casa. He mostrado esta carta á todas cuantas personas he visto, y nadie ha podido decirme el paradero de ese personaje.

Faltaban muy pocos minutos para que el relój marcara la hora de cerrar las oficinas del Banco, y los rebuscadores de noticias, que se disponían á salir á la calle, pasaron por delante de Mr. Lorry, el cual les presentó la carta interrogándoles con la mirada. Monseñor, representado por todos aquellos emigrados de altivo y fanfarron lenguaje, leyó las señas estampadas en el sobre, y cada cual dijo del marqués en cuestion lo que tuvo por conveniente.

—Creo que es el sobrino, el indigno heredero de aquel distinguido gentilhombre que murió asesinado en su palacio, dijo uno de los presentes. Tengo á mucha satisfaccion el no haberle conocido.

—Un cobarde, que ha abandonado su puesto hará cosa

de quince años, dijo otro que acababa de salir de Paris medio ahogado en una carreta de heno.

—Corrompido por las doctrinas filosóficas, repuso un tercero leyendo las señas á través de un lente; ha hecho una oposicion constante al antiguo marqués, tío suyo, abandonando por último sus tierras á esa canalla infame; es muy probable que esos desarrapados acaben por tratarle como se merece.

—¡Pues no hay duda que es un jóven aprovechado! gritó Mr. Stryver. A ver, á ver, ¿cómo se llama ese miserable? ¡Cargue el diablo con el filósofo!

Darnay, no pudiendo ya contenerse, dió un golpe en el hombro al abogado del Banco del rey.

—Yo conozco á ese filósofo, dijo.

—¿Sí? pues vive Dios que lo siento, respondió el otro.

—¿Y por qué?

—¿Pues no habeis oido lo que ha hecho?

—Lo he oido perfectamente.

—Entonces no preguntéis por qué.

—Al contrario, insisto en preguntarlo.

—Y yo vuelvo á repetiros, Mr. Darnay, que lo siento por vos, y que me disgusta oiros hacer semejante pregunta. ¿Cómo gestais viendo á un sér contagiado por las doctrinas pestilenciales y gangrenado por los principios heréticos, que abandona sus tierras á los individuos más despreciables de la sociedad, á una gente infame que asesina al por mayor, y me preguntais por qué siento que conozca á semejante monstruo un hombre que se consagra á instruir á la juventud? Sólo puedo daros una respuesta, caballero; lo siento porque el contacto con semejante bribonzuelo es un verdadero baldon.

Carlos, recordando el secreto que había prometido guardar, reprimió trabajosamente su cólera y dijo al abogado:

—Vos ignorais tal vez las circunstancias en que se

UNIVERSIDAD DE NUB
BIBLIOTECA UNIVE
"ALFONSO RE
Apto. 1625 MONTEP

halla el marqués, y por lo tanto no es fácil que comprendais...

—De todos modos, no ignoro el modo de cerraros la boca, Mr. Darnay, interrumpió el abogado; si ese bribon es de noble estirpe, no comprendo que abrigue semejantes ideas, no me es posible comprenderlo. Podeis saludarle de mi parte y decirselo así, añadiendo, si gustais, que toda vez que les ha dejado el usufructo de sus bienes, extraño muchísimo que no haya ido á ponerse á la cabeza de esos bergantes transformados en verdugos. Pero, señores míos, dijo el orador haciendo repiquetear sus dedos y mirando en torno suyo; conozco suficientemente la naturaleza humana y tengo la completa seguridad de que semejante bribon, confiando poca cosa en la elemeucia de sus infames protegidos, habrá tenido buen cuidado de volverles las espaldas y poner piés en polvorosa.

Al decir estas últimas palabras volvió á repiquetear los dedos y se dirigió á la calle, recogiendo los murmullos de aprobacion de sus nobles oyentes.

Mr. Lorry y Darnay se quedaron solos pocos momentos despues.

—Si conoceis al marqués, dijo el gentleman, ¿quereis tener la bondad de entregarle esta carta?

—Lo haré como desais.

—No dejeis de decirle que hemos hecho todo cuanto nos ha sido posible para descubrir su paradero, y que sentimos muy de veras el no haber podido entregarle antes esta carta que se halla hace mucho tiempo en nuestro poder.

—Estad seguro de que se lo diré así. ¿Os marchais desde aqui?

—Sí, amigo mio, esta noche á las ocho.

—Pues luego volveré para deciros adios.

Cárlos, enojado consigo mismo, con el abogado y con

la mayor parte de los hombres, se dirigió hácia el Temple; una vez en aquel lugar solitario, rompió el sobre de la carta y leyó las siguientes lineas:

«París, cárcel de la Abadía, 21 Junio de 1792.

»Señor ex-marqués:

»Despues de haber estado á punto de morir á manos de los vecinos del pueblo, he sido preso y conducido á París, cuyo camino he tenido que recorrer á pié. No os hablaré de los sufrimientos que he experimentado en mi viaje; pero no es eso todo: mi casa ha sido completamente demolida.

»El único crimen de que se me acusa y por el que se me ha puesto preso y van á sentenciarme á muerte, si no me prestais vuestra generosa ayuda, señor marqués, es el de haberme hecho reo de alta traicion con el pueblo, obrando en nombre de un emigrado. En vano les hago presente que yo, por el contrario, obraba á favor del pueblo segun las órdenes que me teniais dadas; que mucho antes del secuestro yo habia condonado, segun vuestras órdenes, las contribuciones á los que no las pagaban, (es decir, á todo el mundo), y que á pesar de no cobrar ninguna renta, no habia entablado ningun procedimiento contra los deudores. A todo esto me contestan que por eso dejo de ser el apoderado de un emigrado, y me preguntan en dónde se halla ese emigrado.

»¡Ay, mi querido señor ex-marqués! ¿en dónde estais? ¿en dónde estais? Yo, dormido y despierto, sólo le pido á Dios que vengais en mi socorro, pero no sé si me oirá. ¡Ay, señor ex-marqués! envío á Inglaterra esta desolada súplica, abrigando la esperanza de que llegueis á recibirla por mediacion del Banco Tellson, que es muy conocido en París.

»En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de

vuestra generosidad y de vuestro honor, yo os ruego, señor ex-marqués, que vengais á conseguir mi libertad. No he cometido más crimen que el de haberos servido con lealtad; yo os suplico encarecidamente que no me abandonéis.

«Desde esta horrible cárcel, en que me acerco por momentos á la muerte, os envío, señor ex-marqués, el testimonio de mi fatal abnegacion.

«Vuestro respetuoso y desconsolado

GABELLE.»

Cárlos comprendió inmediatamente la clase de malestar que experimentaba: era el remordimiento de haber faltado á su deber. El peligro en que se hallaba aquel antiguo servidor, cuyo solo crimen era el de haberle sido fiel, surgia repentinamente y le punzaba de tal modo que se tapó la cara para disimular su vergüenza.

Cárlos sabia perfectamente que dado su horror al hecho que habia puesto el colmo á la mala reputacion de su familia, su resentimiento á la memoria de su tío y su aversion al dominio señorial de que habia podido disponer, no habia obrado del modo que exigian las circunstancias. Sabia perfectamente que si, absorbido por su amor, habia cambiado de género de vida y renunciado á los privilegios y á la fortuna que le habia cabido en suerte, esta renuncia era incompleta y nula. Creia que en vez de aquel abandono personal, que ningun hecho habia soncionado, hubiera debido hacer un acto legal, reconocer sus derechos, renunciar á la fortuna de que era depositario, y procurar cuidadosamente que se distribuyese de un modo equitativo y justo. Así habia pensado hacerlo en otra época; pero llegado el momento oportuno, lo habia aplazado para más adelante.

Las alegrías del hogar doméstico, la necesidad de un continuado trabajo, los trastornos ocurridos en Francia,

la precipitacion de los sucesos, y su inestabilidad, que hacia punto menos que imposible realizar ninguna clase de proyectos, le habian impedido cumplir la palabra que á sí mismo se habia dado. Habia tenido que ceder ante las circunstancias, muy á despecho suyo, pero sin hacer grandes esfuerzos para oponerse á la corriente. Esperaba una ocasion propicia; pero la ocasion huía siempre, y así fué pasando el tiempo hasta la época en que habiendo los nobles abandonado la Francia, les fueron confiscados sus bienes, destruidos sus palacios y rotos sus títulos.

Pero no habia vejado á nadie, no habia llevado á nadie á la cárcel; lejos de emplear la fuerza para entrar en posesion de sus derechos, habia aplazado el asunto por su propia iniciativa. Desposeido de todas las ventajas que debia á su cuna, habia ganado su sustento acudiendo á un trabajo hourado. Mr. Gabelle, el administrador de las empobrecidas y esquilgadas tierras que poseía desde la muerte de su tío, habia recibido una orden escrita de su puño y letra, previniéndole que mirase por la gente del campo y que en invierno y en verano les diese la poca leña, centeno ó cebada que no fuese á manos de los acreedores, y este hecho podia atestiguarlo. ¿No era esto bastante para que no tuviera nada que temer?

Esta persuasion confirmó el propósito de Cárlos de salir de Lóndres con direccion á París.

Como al marino de la leyenda, las olas y los vientos le impelian hácia la imantada roca que habia de ser su perdicion. Cada nueva reflexion le hacia insistir más y más en su idea. Aquel lastimoso estado de su espíritu, de que poco antes no sabia darse cuenta, provenia del destroz que se habia cometido en sus dominios. ¿Por qué habia abandonado á unos seres indignos la influencia que él hubiera podido tener? ¿Por qué no habia estado allí para evitar la efusion de sangre, y para hablar en nombre de la humanidad? Todo esto se habia echado en

cara á sí mismo al comparar sus debilidades con el valor de Mr. Lorry, que, con su sentimiento del deber, sabia suplir su falta de fuerza. A esta desventajosa comparacion habian sucedido las insolencias de monseñor, las injurias del abogado, que tan profundamente le habian herido, luego la carta de Gabelle, la súplica de un hombre inocente que le rogaba, en nombre de la justicia y del honor, que acudiese en su auxilio.

Decididamente tenia que ir á Paris. El iman le atraia con una fuerza irresistible, y no veia el escollo ni pensaba ya en el peligro. Pareciale que, una vez en Francia, sólo tendria que demostrar sus buenas intenciones para ser creido bajo su palabra y para obtener el asentimiento general. Asaltábale luego la idea de practicar el bien, ese espejismo fascinador que ofusca la mente de los hombres grandes y generosos; y seducido por esta quimera, creíase con bastante influencia para guiar la revolucion, que continuaba furiosamente cometiendo nuevos asesinatos.

Adoptada ya firmemente esta resolucion, sólo pensó en los preparativos que aún tenia que hacer; Lucía y el doctor no debian enterarse de su viaje hasta que él se hallase ya lejos; de este modo evitaria á su mujer los momentos más crueles de la desesperacion, é impediria al mismo tiempo que Mr. Manette intentase ningun esfuerzo para disuadirle de su empeño.

Cárlos continuó paseándose hasta el momento de ir al Banco para despedirse del gentleman; tenia el propósito de visitar á este excelente sugeto tan pronto como llegase á Paris, pero no queria confiarle sus proyectos hasta entonces.

Una silla de posta se hallaba ya delante de la casa Tellson, y Jerry, armado de punta en lanza, esperaba las órdenes de su amo.

—Ya he entregado aquella carta, dijo Cárlos á Mr. Lor-

ry, y os traigo la contestacion; pero no por escrito: tal vez tengais la bondad de trasmitirla vos verbalmente.

—Con mucho gusto, replicó el gentleman; supongo que no habrá en ello ningun peligro.

—Absolutamente ninguno, y eso que se trata de un detenido en la Abadía.

—¿Cómo se llama? preguntó Mr. Lorry abriendo su cartera.

—Gabelle.

—Perfectamente. ¿Qué es lo que debo decir á ese desdichado?

—Nada mas que esto: que su carta ha llegado á su destino y que la persona que él sabe irá á verle.

—¿No hay que decirle en qué época?

—Que se pondrá en camino mañana por la noche.

—¿No tengo que indicarle ningun nombre?

—Seria completamente inútil.

Cárlos ayudó á Mr. Lorry á abrigarse convenientemente, y, precedido del gentleman, dejó la cargada atmósfera del antiguo Banco por la brumosa y fria temperatura de Fleet-street.

—Saludad cariñosamente en mi nombre á Lucía y á nuestro queridísimo ángel; cuidadlos bien hasta que yo regrese á vuestro lado, dijo Mr. Lorry en el momento en que el carruaje se disponia á partir.

Cárlos movió ligeramente la cabeza, y le respondió con una dudosa sonrisa.

Aquella noche (era el día 14 de Agosto), Cárlos Darnay, en vez de acostarse despues de abandonar el salon, escribió dos sentidísimas cartas: en la primera, dirigida á Lucía, explicaba el motivo de su marcha y la imperiosa necesidad en que se hallaba de ir á Francia, demostrando claramente que no tenia que temer ningun peligro. En la segunda carta, destinada al doctor, confiaba su mujer y su hija á los cuidados de su suegro, é insistia

nuevamente en demostrar que no podía correr ningún peligro; en ambas cartas prometía escribir tan pronto como llegase al término de su viaje, y darles con toda frecuencia noticias suyas.

El día siguiente fué sumamente angustioso; por la primera vez, desde que se hallaban casados, Carlos tenía una preocupación no compartida por Lucía; costábale un inmenso trabajo el no revelar el estado de su corazón. Disponíase á hacerlo á cada momento, porque extrañaba sobremanera el pensar ó ejecutar algo sin el dulce apoyo que siempre hallaba en ella; pero al verla tranquila y risueña, retenía las palabras que querían escaparse de sus labios, y continuaba disimulando su turbación. A pesar de lo penosa que hallaba esta lucha, el día trascurrió rápidamente. Al llegar la noche, pretestó tener que acudir á una cita, y dijo que tal vez tardaría en volver; abrazó varias veces á su mujer y á su hija, recogió la pequeña maleta que con todo secreto había preparado, y desapareció en medio de la espesa niebla, con el alma más triste que las sombrías calles que iba recorriendo.

Confió sus dos cartas á un amigo de confianza, y le encargó que no las entregase hasta despues de las once y media; luego montó á caballo, llegó á la carretera de Douvres, y comenzó su viaje con el corazón oprimido al recuerdo de los seres queridos que dejaba en la ciudad.

«En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor,» exclamaba para sí; y recobrando nuevas fuerzas al repetir aquellos gritos de angustia, corrió hácia el precipicio, cuya irresistible atracción no era ya posible resistir.

LIBRO TERCERO.

LA TEMPESTAD.

CAPITULO PRIMERO.

Incomunicado.

Ir de Inglaterra á París en el mes de Agosto de 1792, era una árdua y temeraria empresa. Aun en los tiempos en que el rey de Francia reinaba en todo su esplendor, el lastimoso estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos, hubieran sido suficientes motivos para prolongar indefinidamente el viaje; pero las circunstancias políticas añadían á las dificultades de la marcha otra porcion de obstáculos mucho más graves. A las puertas de las ciudades y á la entrada de los pueblos, hallábanse situadas varias partidas de ciudadanos patriotas, armados de mosquetes nacionales, siempre dispuestos á dispararse, que detenían á los viajeros, les hacían sufrir mil y mil interrogatorios, examinaban sus papeles, buscaban sus nombres en las listas que tenían siempre á mano, los dejaban pasar, los hacían volver al lugar de donde procedían, ó los metían en chirona, segun lo que la imaginación del improvisado tribunal juzgaba más fa-

nuevamente en demostrar que no podía correr ningún peligro; en ambas cartas prometía escribir tan pronto como llegase al término de su viaje, y darles con toda frecuencia noticias suyas.

El día siguiente fué sumamente angustioso; por la primera vez, desde que se hallaban casados, Carlos tenía una preocupación no compartida por Lucía; costábale un inmenso trabajo el no revelar el estado de su corazón. Disponíase á hacerlo á cada momento, porque extrañaba sobremanera el pensar ó ejecutar algo sin el dulce apoyo que siempre hallaba en ella; pero al verla tranquila y risueña, retenía las palabras que querían escaparse de sus labios, y continuaba disimulando su turbación. A pesar de lo penosa que hallaba esta lucha, el día trascurrió rápidamente. Al llegar la noche, pretestó tener que acudir á una cita, y dijo que tal vez tardaría en volver; abrazó varias veces á su mujer y á su hija, recogió la pequeña maleta que con todo secreto había preparado, y desapareció en medio de la espesa niebla, con el alma más triste que las sombrías calles que iba recorriendo.

Confió sus dos cartas á un amigo de confianza, y le encargó que no las entregase hasta despues de las once y media; luego montó á caballo, llegó á la carretera de Douvres, y comenzó su viaje con el corazón oprimido al recuerdo de los seres queridos que dejaba en la ciudad.

«En nombre de Dios y de la justicia, en nombre de vuestra generosidad y de vuestro honor,» exclamaba para sí; y recobrando nuevas fuerzas al repetir aquellos gritos de angustia, corrió hácia el precipicio, cuya irresistible atracción no era ya posible resistir.

LIBRO TERCERO.

LA TEMPESTAD.

CAPITULO PRIMERO.

Incomunicado.

Ir de Inglaterra á París en el mes de Agosto de 1792, era una árdua y temeraria empresa. Aun en los tiempos en que el rey de Francia reinaba en todo su esplendor, el lastimoso estado de los carruajes, de los caminos y de los caballos, hubieran sido suficientes motivos para prolongar indefinidamente el viaje; pero las circunstancias políticas añadían á las dificultades de la marcha otra porcion de obstáculos mucho más graves. A las puertas de las ciudades y á la entrada de los pueblos, hallábanse situadas varias partidas de ciudadanos patriotas, armados de mosquetes nacionales, siempre dispuestos á dispararse, que detenían á los viajeros, les hacían sufrir mil y mil interrogatorios, examinaban sus papeles, buscaban sus nombres en las listas que tenían siempre á mano, los dejaban pasar, los hacían volver al lugar de donde procedían, ó los metían en chirona, segun lo que la imaginación del improvisado tribunal juzgaba más fa-

vorable al nacimiento de la República una é indivisible, y al advenimiento de la divisa: ¡libertad, igualdad, fraternidad ó muerte!

Cárlos Darnay notó á poco de haber penetrado en Francia la imposibilidad en que se hallaba de desandar lo andado sin ir antes á París á recibir su correspondiente título de ciudadano. Suciediera lo que quisiera, le era indispensable proseguir su viaje; no porque se hubiesen cerrado trás él las puertas y las barreras, sino porque presentia un invencible obstáculo entre él y la Gran Bretaña; si le hubiesen cogido en una red ó trasportado en una jaula al punto de su destino, no hubiera sido mayor la persuasión que abrigaba de haber perdido positivamente su libertad.

La suspicaz vigilancia de los patriotas le detenía en todas las puertas, le perseguía por todas partes, le traía y le llevaba de un lado para otro, le precedía y le detenía anticipadamente, le servía de escolta y retardaba su marcha.

En una palabra, muchos días despues de su llegada á Francia, estaba aún lejos de París, y rendido y estenuado con tanta fatiga, se quedó á dormir en un pueblecillo situado en la carretera.

Aun así y todo no hubiera llegado á aquel punto si no hubiese mostrado la carta de Gabelle; las infinitas dificultades que se le habian suseitado en el último cuerpo de guardia, le hacian suponer que tocaba á un punto crítico de su viaje. Por eso no fué muy grande la sorpresa al ver que venian á despertarle á media noche.

Era la autoridad local: un funcionario tímido, acompañado de tres patriotas con gorro colorado, los cuales, con la pipa en la boca, se instalaron sin cumplido alguno sobre el lecho del viajero.

—Emigrado, dijo el funcionario, os envío escoltado hasta París.

—No tengo más deseo que llegar allí cuanto antes, ciudadano; pero la escolta no es necesaria.

—¡Silencio! dijo gruñendo uno de los gorros colorados, y golpeando al mismo tiempo la cama con la culata de su mosquete: ¡Cállate, aristócrata!

—Como dice muy bien este excelente patriota, añadió el tímido funcionario, vos sois un aristócrata, y por esa razon necesitais una escolta; pero debeis pagarla de vuestro bolsillo.

—Accedo á vuestros deseos, toda vez que no puedo pasar por otro punto, replicó Darnay.

—¡Pues no dice que no puede pasar por otro punto, exclamó el gorro colorado; como si no se le hiciese bastante favor no colgándole de la linterna!

—Tiene razon este buen patriota, repitió el funcionario. Emigrado, levantáos y vestíos inmediatamente.

Cárlos fué conducido al cuerpo de guardia, en el cual fumaban, bebían ó dormían otros ciudadanos provistos de sus correspondientes gorros colorados. Obligáronle á entregar una suma bastante considerable para pagar su escolta, y se puso en camino á lo largo de unos inmensos barrizales, á cosa de las tres de la madrugada.

Dos patriotas á caballo, armados de gorro colorado, escarapela nacional y sable y mosquete nacionales, marchaban á uno y otro lado del sospechoso. Este guiaba su montura; pero una cuerda atada á la brida de su caballo, terminaba en el brazo de uno de los hombres de la escolta. De este modo atravesaron el pueblo en medio de una lluvia torrencial, y recorrieron impracticables lodazales.

Viájaban de noche, hacían alto una ó dos horas despues de la salida del sol, y descansaban hasta el oscurecer. Los dos hombres de la escolta se preservaban un tanto del agua cubriéndose las piernas y los hombros con uno; ingeniosos aparatos de paja.

A pesar del disgusto de verse en semejante compañía

y del peligro que le hacia correr su vecino que, víctima de una borrachera crónica, tenia su mosquete de una manera poco tranquilizadora. Carlos continuó abrigando gran confianza en sus antecedentes. «Nada de todo esto, decia para sí, me concierne particularmente; es una medida general cuyo rigor cederá ante los hechos especiales que puedo hacer constar, hechos que además serán confirmados por ese pobre Gabelle.»

Pero cuando llegaron á Beauvais á primera hora de la noche, comenzó á comprender el carácter alarmante que iba tomando su situación. La multitud se agolpó en torno de la casa de postas para contemplar á los viajeros, y numerosas voces empezaron á gritar: «¡Muera el emigrado! ¡Muera el aristócrata!»

Darnay, que iba á apearse, continuó á caballo, creyendo que así se hallaba mas seguro.

—¡Yo emigrado! dijo, ¿pues no veis que me hallo en Francia por mi propia voluntad?

—¿Pues qué eres entonces? exclamó un herrador que, martillo en mano, se acercó al viajero. ¿Qué eres sino un emigrado, un perro aristócrata?

El maestro de postas impidió que aquel hombre se apoderase de la brida del caballo de Mr. Darnay, y le dijo con tono conciliador:

—Déjale, amigo mio, déjale; ya le juzgarán en París.

—¡Sí que le juzgarán! repitió el herrador blandiendo su martillo; le juzgarán y le condenarán como traidor.

La multitud lanzó un rujido de aprobacion.

Carlos Darnay detuvo al maestro de postas en el momento en que éste volvía la cabeza de su caballo hácia el pátio de la posada, y dirigiéndose á la multitud, así que pareció prestarle alguna atencion:

—Os han engañado, dijo, ú os engaños vosotros mismos; yo no soy un traidor, sino todo lo contrario.

—¡Miente! gritó el herrador; desde la publicacion del

decreto es traidor con arreglo á la ley; su vida no le pertenece ya; su vida es del pueblo.

Mr. Darnay vió brillar un relámpago en los ojos de los espectadores, la multitud se puso en movimiento, y hubiera acabado con él si el maestro de posta, cogiendo de la brida su caballo, no le hubiese hecho entrar en el pátio.

Los dos ciudadanos que componian la escolta y que hasta entonces habian permanecido inmóviles, siguieron al aristócrata; el posadero cerró la puerta inmediatamente y la aseguró por la parte interior con un fuerte barrote. En el momento de echar los cerrojos, el martillo del herrador comenzó á golpear la puerta violentamente, la multitud vociferó á sus anegas y se alejó sin hacer ninguna otra cosa de particular.

—¿Qué decreto es ese de que hablaba el herrador? preguntó Carlos al maestro de postas despues de darle las gracias por su oportuna intervencion.

—Un decreto que dispone la venta de los bienes de los emigrados.

—¿Y cuando ha sido expedido?

—El dia catorce.

—¡Y yo que he salido de Inglaterra el dia quince!

—Hay todavía más: dicese que los expatriados son expulsados del territorio y condenados á muerte si vuelven á pisar el suelo de Francia. Ahora comprendereis por qué decia ese hombre que vuestra vida pertenecia al pueblo.

—¿Pero existen efectivamente esos decretos?

—¡Qué sé yo! respondió el maestro de postas encogiendo de hombros; si no se han publicado ya, se publicarán dentro de muy poco, lo cual viene á ser lo mismo. ¿Qué se le ha de hacer?

Descansaron en un granero, sobre un poco de paja, y se pusieron nuevamente en camino cuando las gentes se apaciguaron algun tanto, es decir, á una hora ya bastante

avanzada. Entre los numerosos cambios que habian sufrido los accidentes de la vida ordinaria, uno de los que más daban cierto carácter fantástico á aquel viaje nocturno, era la falta de sueño y de descanso. Nuestro viajero y su escolta, despues de aguijonear largo tiempo sus caballos por aquellos oscuros caminos, llegaban á un pueblecillo de mala muerte; en vez de hallarse envuelto entre tinieblas, veíanse luces en todas las ventanas, y los habitantes bailaban alegremente en torno del árbol de la libertad, ó cantaban patrióticos himnos. Afortunadamente, todo el mundo dormia en Beauvais aquella noche. Los tres ginetes salieron de la ciudad sin ningun tropiezo, y se hallaron al poco rato en medio de la enlodada carretera, con un frio impropio de la estacion, entre infelices restos de varios casas destruidas por el fuego, la brusca aparicion de una emboscada y la violenta detencion de las patrullas que recorrían los caminos.

Al rayar el dia, llegaron por fin á la vista de París.

La puerta de entrada no estaba aún abierta y se hallaba custodiada por una fuerza bastante numerosa.

—¡A ver los documentos del prisionero! gritó con voz seca uno de los jefes del puesto, llamado por el centinela.

Al oirse llamar prisionero, Carlos Darnay indicó cortesmente al hombre de la voz seca, que él era un ciudadano francés, y que viajaba por su propia voluntad, y que, si iba acompañado de una escolta, era por la situacion en que se hallaba el pais, y la costeaba de su propio peculio.

—¡A ver los documentos del prisionero! repitió el mismo individuo, sin hacer caso alguno de las palabras del viajero.

El patriota de la embriaguez crónica tenia en su gorro los documentos exigidos, y los entregó á la persona que los exigia. Al examinar la carta de Gabelle, el jefe

se turbó algun tanto, manifestó cierta sorpresa y dirigió á Mr. Darnay una profunda y escrutadora mirada.

En seguida, entró en el cuerpo de guardia sin proferir una sola palabra y dejando á la escolta y al escollado clavados en sus respectivos caballos. A todo esto, nuestro viajero, examinando todo cuanto pasaba á su alrededor, vió que la numerosa fuerza que custodiaba la puerta se componia de algunos soldados y gran número de patriotas; que las carretas de hortalizas y otros productos, los aldeanos y los traficantes de todas clases que contribuían al abastecimiento de la capital, entraban en ella sin ser molestados; pero salían con suma dificultad, aún cuando fuesen gentes de la más infima condicion.

Una infinidad de hombres y de mujeres de diversas gerarquías, y gran número de animales y de vehiculos de todas clases esperaban que se les dejase el paso libre; pero el exámen de los individuos se verificaba tan escrupulosamente, que la multitud se agolpaba cada vez más en las inmediaciones de la puerta. Algunas personas, comprendiendo que aún tardaria en llegarles su turno, se habian tendido á la larga para fumar ó dormir, en tanto que otras charlaban ó se paseaban, haciendo tiempo, de un lado para otro. Los hombres y las mujeres llevaban el gorro encarnado y la escarapela tricolor, cuyo uso se habia hecho ya casi indispensable.

Despues de esperar más de media hora, Carlos se halló frente á frente con el hombre de la voz seca á quien habia visto anteriormente. Aquel hombre entregó á los dos patriotas un recibo del prisionero y mandó á éste que se apease. El viajero obedeció, y su escolta, conduciendo por las bridas sus respectivas monturas, emprendieron el camino de Beauvais, sin haber puesto siquiera los pies en la ciudad de París.

Mr. Darnay siguió al hombre que le habia obligado á apearse, y entró en una sala del cuerpo de guardia que

apestaba á vino y á tabaco, llena de soldados y de patriotas dormidos ó despiertos, borrachos ó sin desayunarse, tendidos por los rincones, recostados contra las paredes ó de pié en el centro de la habitacion. La luz que les alumbraba, mezcla de los últimos resplandores de una lámpara casi apagada y de los primeros rayos de un cielo nebuloso, flotaba indecisa entre las sombras de la noche y la claridad del día. Encima de una mesa hallábase varios registros, y delante de aquellos registros veíase un hombre de rostro desapacible y bruscos modales.

—Ciudadano Defarge, dijo disponiéndose á escribir y dirigiéndose al individuo que acompañaba á Darnay, ¿ese es el emigrado Evremont?

—Sí, ciudadano.

—¿Cuál es tu edad, Evremont?

—Treinta y siete años.

—¿Casado?

—Sí.

—¿En dónde?

—En Inglaterra.

—¿En dónde se halla tu mujer?

—En Lóndres.

—Nada mas. Vas destinado á la prision de la Force, Evremont.

—¡Dios mio! exclamó Darnay. ¿Y por qué delito y en nombre de qué ley me poneis preso?

El patriota alzó la vista y examinó al detenido.

—Evremont, desde que tú has abandonado la Francia, existen nuevos erimenes y nuevas leyes, dijo con irónica sonrisa y continuando su interrumpida tarea.

—Tened la bondad de fijaros en que yo regreso á mi país por mi propia voluntad y con objeto de responder al llamamiento de uno de mis conciudadanos, cuya carta habeis visto. Llego con el propósito de justificar mi pro-

pia conducta; yo pido que se me permita vindicarme lo más pronto posible; ¿no estoy en mi derecho al hacer esta peticion?

—Los emigrados no tienen ningún derecho, le respondió brutalmente su interlocutor, el cual continuó escribiendo, volvió á leer su mandato, sacudió sobre él la arenilla de la salvadera, y lo entregó al ciudadano Defarge diciéndole:

—Incomunicado.

Defarge hizo un ademán con la mano con que sujetaba el papel, indicando al detenido que le siguiese, y ambos salieron del cuerpo de guardia, escoltados por dos patriotas.

—¿Sois vos, le dijo en voz baja el tabernero, cuando empezaron á cruzar las calles de París, el yerno del doctor Manette, antiguo prisionero en la Bastilla, de execrable memoria?

—Sí, respondió Darnay mirándole con gran sorpresa.

—Yo me llamo Defarge, tabernero en el arrabal de San Antonio. ¿Habeis oído hablar de mí?

—Sí por cierto; mi mujer fué á vuestra casa á buscar á su padre.

Al oírle hablar de su mujer, el rostro del ciudadano Defarge adquirió un aspecto sombrío.

—En nombre de la guillotina, ¿por qué habeis vuelto á Francia? dijo con suma impaciencia.

—Ya os lo he dicho hace un momento; ¿creéis que no es cierto?

—Será cierto, ¡desgraciadamente para vos! dijo Defarge con acento sombrío y fijando en él su penetrante mirada.

—En efecto; está todo tan cambiado y tan distinto, que no comprendo nada de lo que aquí pasa; creo que estoy en un país desconocido. ¿Quereis hacerme un pequeño favor?

—No puedo hacerlos favor alguno, dijo Defarge sin volver siquiera la cabeza.

—¿Quereis responder á la pregunta que voy á hacerlos?

—Segun y como.

—Desde la prision á donde me envian, despreciando toda idea de justicia, ¿podré comunicarme libremente con la gente de afuera?

—Ya lo vereis.

—Supongo que no me sepultarán allí sin juzgarme y sin escuchar mi defensa.

—Ya lo vereis. Además, ¿qué tendria de particular el que así sucediese? ¿No han sepultado á otros en otras cárceles peores que esa?

—Es que yo no he sido el autor de semejantes atropellos, ciudadano.

—En vez de contestarle, Defarge se contentó con mirarle de soslayo, y continuó andando con paso firme y cada vez más apresurado. Carlos, suponiendo que cuanto más se prolongase el silencio, ménos probabilidades tendria de enternecer al tabernero, añadió inmediatamente:

—Ya comprendereis que es para mí una cuestion de suma importancia el poder hallarme en comunicacion con un agente del Banco Tellson, que se halla en París actualmente, aun cuando sólo sea para hacerle saber que me han encerrado en la Force. ¿Quereis decirselo vos mismo?

—No, respondió Defarge bruscamente. Yo pertenezco al pueblo y á la patria, y he jurado servirlos combatiendo contra todos vosotros.

Carlos comprendió que seria inútil continuar rogándole, además de que su orgullo se lo impedia.

Conforme iba andando, á pesar de lo muy preocupado que se hallaba, no pudo por ménos de observar la indiferencia con que todo el mundo veia conducir un preso. Habia indudablemente una gran costumbre, y la gente

se hallaba familiarizada con tan doloroso espectáculo; ni siquiera á los chiquillos les llamaba la atencion. En aquella época, un hombre bien vestido que iba camino de la cárcel, era una cosa tan corriente como un trabajador que, con su traje de todos los dias, se dirigia á su taller.

Al pasar por una calle estrecha y llena de lodo, Carlos vió á un fogoso orador que, encaramado sobre un taburete, relataba á su auditorio todos los crímenes que el rey y la real familia habian cometido en contra del pueblo. Las pocas palabras que pudo oír le hicieron comprender que el rey se hallaba en la cárcel y que los embajadores de las potencias extranjeras habian salido de París.

Hasta aquel instante habia ignorado todas estas circunstancias; la vigilancia que con él se ejercia desde su llegada al territorio francés, habia hecho imposible que adquiriese ninguna noticia de los graves sucesos que ocurrían en aquellos momentos.

A su salida de Inglaterra, suponía los peligros que podia correr en París; pero ya sobre el terreno los comprendia mucho mejor. Las dificultades habian aumentado á cada paso, y el peligro era mucho mayor de lo que él se habia imaginado. No hubiera salido de Londres, indudablemente, si hubiese podido saber la suerte que le aguardaba en Francia, toda vez que ya en la cárcel le era completamente imposible hacer ninguna gestion; pero su inquietud no era tan grande como pudiéramos imaginarnos nosotros que ya conocemos los sucesos que él ignoraba. Por sombrío que fuese el porvenir, este porvenir le era desconocido, y su oscuridad permitia algun acceso á la esperanza. Los horribles asesinatos, cuya duracion debia fatigar á los verdugos y ensangrentar la época de la fecunda cosecha, se hallaban tan lejos de la mente de Carlos Darnay como si, en vez de

algunas horas, hubiesen debido trascurrir siglos enteros antes de que se verificasen. Apenas conocía de nombre la guillotina; á la gente del pueblo le sucedía, poco más ó ménos, otro tanto; y es muy posible que los terribles actos que iban á realizarse no los sospechaban ni áun los mismos hombres que debían ser principales actores. ¿Cómo era posible que el temor germinase en la mente que aún no podía concebirlos?

La encarcelación y sus torturas, el dolor de una cruel ausencia cuya duración le era desconocida, el pesar que experimentarían los seres á quienes adoraba con toda su alma, esto era lo que Carlos Darnay consideraba como la mayor de todas las desgracias; y con esta idea abrumadora llegó al lugar á que se le destinaba.

La reja de la cárcel fué abierta por un hombre de cara rechoncha, al cual presentó Defarge el emigrado.

—¿Qué demonio! exclamó el hombre, pues apenas llueven emigrados!

Defarge cogió el recibo del carcelero sin hacer maldito el caso de aquella exclamación, y se alejó seguido de sus dos guardias cívicos.

—¿Qué demonio! repitió el carcelero al verse solo con el detenido, ¿si traerán más todavía?

La mujer de aquel funcionario, que por lo visto no se hallaba preparada para contestar á semejante pregunta, dijo sencillamente:

—Hay que tener paciencia, amigo mio.

Tres llaveros que pasaban por allí en aquel momento, añadieron en coro:

—¡Hay que sufrir todo eso en nombre de la libertad, ciudadano! Palabras discordantes en los labios que las pronunciaban.

La prision de la Force era negra, oscura, horriblemente húmeda, y exhalaba un olor nauseabundo.

—¡Incomunicado! murmuró el carcelero contemplando

la orden de arresto. ¡Como si nos fuera posible tener ya más gente incomunicada!

Enganchó el documento en un alambre destinado á este objeto, y se dejó llevar de su mal humor. El detenido, paseándose unas veces á lo largo de la habitación, y sentándose otras en un banco de piedra, aguardó unos cuarenta minutos con objeto de que el carcelero y sus corifeos grabasen sus facciones en la memoria.

—Vamos, ¡siguemel! dijo el jefe cogiendo por fin las llaves.

Cárlos acompañó á su guía á través del fúnebre resplandor que envolvía los pasillos, subió unos escalones, bajó otros, se detuvo ante unas pesadas puertas, que volvieron á cerrarse con gran estrépito, y fué introducido en una inmensa sala del piso bajo, atestada de detenidos de ambos sexos. Las mujeres, sentadas delante de una larga mesa, escribían, leían, cosían, bordaban ó hacían calceata. La mayor parte de los hombres permanecían de pié detrás de ellas, ó se paseaban por la habitación.

Dominado por el pensamiento instintivo que asociaba el nombre de preso con el de infamia, el recién llegado quedó completamente ensimismado al entrar en aquella sala que le llenaba de horror; pero poniendo el colmo á su fantástica caminata, todos los detenidos se pusieron en pié para recibirle, y le acogieron con aquella refinada urbanidad de la época y con todas las atenciones y las seducciones de la vida elegante.

Aquellos seductores modales, aquellas profundas cortesías, vistas á la incierta claridad que penetraba en la sala, y apareciendo de improviso entre aquellas desnudas y súcias paredes, en medio de aquella atmósfera impura, desvanecieron á Cárlos y le hicieron creer que había descendido á la mansión de los muertos. ¡Allí no había mas que espectros! La sombra de la belleza, la sombra de la grandeza y de la elegancia, la sombra del orgullo y de la

frivolidad, del talento y de la juventud, la sombra de la vejez, esperando que las llevasen a la otra orilla, dirigían hácia el recién llegado la sombra de las miradas que tenían en otro tiempo. Toda aquella gente había muerto al penetrar en aquellos lugares.

Cárlos permanecía inmóvil; el carcelero, que se hallaba á su lado, y los individuos que recorrían la sala hubieran podido no tener nada de chocante en el ejercicio de sus habituales funciones, pero puestos al lado de aquellas madres llenas de dolor, de aquellas jóvenes nobles y hermosas, de todas aquellas mujeres educadas con toda la delicadeza posible, su grosería parecía tan extraordinaria que hacía increíble la verosimilitud de la escena que se ofrecía á la vista de Cárlos. Son espectros, sin duda alguna, pensaba interiormente. Aquella caminata nocturna, con un tiempo frío y lluvioso y á través de cenagosos caminos, sólo era un sueño de su enfermiza imaginación; sólo á una horrible pesadilla podía atribuirse la evocación de aquellas sombras.

—En nombre de todos mis compañeros de infortunio, le dijo un noble de magestuoso aspecto que le salió al encuentro, tengo el honor de saludaros y de daros el pésame por la calamidad que os conduce á nuestro lado. ¡Ojalá termine pronto y satisfactoriamente vuestra desgracia! En otro sitio cualquiera podría ser impertinente el preguntaros vuestro nombre y vuestra posición social, pero esta pregunta no tiene aquí nada que deba ofuscaros.

Cárlos volvió en sí, declinó su título y dió gracias á su interlocutor en la forma más conveniente que le fué posible.

—Supongo que no os pondrán incomunicado, repuso el noble siguiendo con la vista al conductor del recién llegado.

—No sé lo que significa esa expresión, pero así me lo han anunciado.

—Pues creed que lo sentimos muy de veras; sin embargo, no os desaniméis: al principio pusieron incomunicados á varios individuos de nuestra sociedad y todos han vuelto poco despues á nuestro lado. Tengo el sentimiento, añadió en voz alta, de anunciar á la asamblea que este caballero viene en clase de incomunicado.

Un murmullo de conmiseración se escuchó inmediatamente, y Cárlos, al atravesar la sala para dirigirse á la puerta en que le aguardaba su guía, recogió la expresión simpática que todos, y especialmente las mujeres, le prodigaban. Volvióse para darles las gracias; en seguida el carcelero cerró la puerta, y las sombras que acababa de entrever desaparecieron para siempre de su vista.

El corredor terminaba en una escalera de piedra que se dirigía hasta los tejados. Despues de subir unos cuarenta peldaños, su guía abrió una puerta pequeña y le hizo entrar en una celda húmeda y fría.

—Aquí es, dijo el carcelero.

—¿Y por qué me encierran aparte?

—No lo sé.

—¿Podeis facilitarme tinta, papel y pluma?

—No me han dicho nada acerca de ese particular; luego vendrán á visitarte y podrás pedirlo, si te parece conveniente; por ahora, puedes comprarte la comida, pero nada más.

La celda contenía una silla, una mesa y un jergón. En tanto que el carcelero inspeccionaba aquellos objetos y examinaba la habitación, Cárlos, que apoyado contra la pared le contemplaba maquinalmente, notó que su cuerpo y su rostro tenían una hinchazón tan malsana, que parecía un ahogado completamente saturado de agua. Cuando se ausentó aquel hombre, el detenido, sin lograr sacudir por completo su pesadilla, exclamó interiormente: «Me deja ahí como un muerto.» Luego se aproximó al jergón y añadió, separando la vista de su repug-

nante aspecto: «y cuando uno deja de vivir, esa horrible podredumbre es la primera trasformacion de la carne.»

—Cinco pasos por cuatro y medio; cuatro pasos y medio por cinco; cinco pasos por cuatro y medio, murmuró el preso paseándose por su celda; y escuchando el rumor de la ciudad, que llegaba débilmente á su oído como el sonido de los tambores enlutados, unas voces resonantes repitieron: «El hacia zapatos, el hacia zapatos.» El detenido volvió á pasearse de nuevo por su celda, precipitó sus pasos y los contó en voz alta como si quisiera así escapar á aquella dolorosa obsesion.

«Entre aquellas sombras, que se desvanecieron cuando volvió á cerrarse la puerta, habia una mujer enlutada y apoyada en el quicio de una ventana. Un pequeño rayo de luz brillaba sobre sus dorados cabellos; aquella mujer se parecia extraordinariamente á... ¡En nombre del cielo! corramos por los caminos y á través de los pueblos, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailaban con devorante frenesi... ¡El hacia zapatos! ¡El hacia zapatos!... ¡Dios mio!... ¡Cinco pasos por cuatro y medio; cinco pasos por cuatro y medio!»...

El prisionero, sacudiendo uno tras otro aquellos trozos de frases que surgían de las profundidades de su alma, precipitaba cada vez más su marcha, contaba obstinadamente los pasos que iba dando, y á los rumores de la ciudad, que continuaban oyéndose como el sonido de los fúnebres tambores, se unían las voces desgarradoras de las personas á quienes amaba.

CAPITULO II.

La piedra de afilar.

La sucursal que la casa Tellson habia establecido en París ocupaba, en el arrabal de San German, el ala izquierda de un inmenso palacio, y se hallaba situada en el fondo de un gran pátio; un elevado y sólido paredon separaban de la calle aquel pátio, y flanqueaba por uno y otro lado una puerta cochera de una resistencia á toda prueba. El noble á quien pertenecia aquel palacio, lo habia habitado hasta el momento en que habia huido de la capital disfrazado con el traje de su cocinero, para dirigirse apresuradamente á la frontera más próxima. Asustado como un animalillo cualquiera, escapándose al primer grito de los cazadores, no por eso dejaba de ser en su metempsicosis, el monseñor cuyo chocolate necesitaba en otro tiempo para llegar á sus labios, el concurso de cuatro hombres vigorosos, sin contar en este número al que lo preparaba.

Al ausentarse monseñor, sus robustos criados se habian absuelto del crimen de haber cobrado sus salarios, declarándose dispuestos á cortarle el pescuezo; su palacio habia sido secuestrado y confiscado poco despues. Las cosas iban tan de prisa y los decretos se prodigaban con tal rapidez, que en la noche del 3 de Setiembre, varios emisarios de la ley se hallaban en posesión del palacio, que habian decorado con una bandera roja, y bebían aguardiente en las habitaciones de recepcion.

En Lóndres, un local semejante al que Tellson ocupaba en el palacio de monseñor, hubiese sacado la casa fuera de su centro y hasta la *Gaceta* hubiera censurado semejante lujo. ¿Qué hubieran dicho la responsabilidad y

nante aspecto: «y cuando uno deja de vivir, esa horrible podredumbre es la primera trasformacion de la carne.»

—Cinco pasos por cuatro y medio; cuatro pasos y medio por cinco; cinco pasos por cuatro y medio, murmuró el preso paseándose por su celda; y escuchando el rumor de la ciudad, que llegaba débilmente á su oído como el sonido de los tambores enlutados, unas voces resonantes repitieron: «El hacia zapatos, el hacia zapatos.» El detenido volvió á pasearse de nuevo por su celda, precipitó sus pasos y los contó en voz alta como si quisiera así escapar á aquella dolorosa obsesion.

«Entre aquellas sombras, que se desvanecieron cuando volvió á cerrarse la puerta, habia una mujer enlutada y apoyada en el quicio de una ventana. Un pequeño rayo de luz brillaba sobre sus dorados cabellos; aquella mujer se parecia extraordinariamente á... ¡En nombre del cielo! corramos por los caminos y á través de los pueblos, cuyos habitantes, en vez de dormir, bailaban con devorante frenesi... ¡El hacia zapatos! ¡El hacia zapatos!... ¡Dios mio!... ¡Cinco pasos por cuatro y medio; cinco pasos por cuatro y medio!»...

El prisionero, sacudiendo uno tras otro aquellos trozos de frases que surgían de las profundidades de su alma, precipitaba cada vez más su marcha, contaba obstinadamente los pasos que iba dando, y á los rumores de la ciudad, que continuaban oyéndose como el sonido de los fúnebres tambores, se unían las voces desgarradoras de las personas á quienes amaba.

CAPITULO II.

La piedra de afilar.

La sucursal que la casa Tellson habia establecido en París ocupaba, en el arrabal de San German, el ala izquierda de un inmenso palacio, y se hallaba situada en el fondo de un gran pátio; un elevado y sólido paredon separaban de la calle aquel pátio, y flanqueaba por uno y otro lado una puerta cochera de una resistencia á toda prueba. El noble á quien pertenecia aquel palacio, lo habia habitado hasta el momento en que habia huido de la capital disfrazado con el traje de su cocinero, para dirigirse apresuradamente á la frontera más próxima. Asustado como un animalillo cualquiera, escapándose al primer grito de los cazadores, no por eso dejaba de ser en su metempsicosis, el monseñor cuyo chocolate necesitaba en otro tiempo para llegar á sus labios, el concurso de cuatro hombres vigorosos, sin contar en este número al que lo preparaba.

Al ausentarse monseñor, sus robustos criados se habian absuelto del crimen de haber cobrado sus salarios, declarándose dispuestos á cortarle el pescuezo; su palacio habia sido secuestrado y confiscado poco despues. Las cosas iban tan de prisa y los decretos se prodigaban con tal rapidez, que en la noche del 3 de Setiembre, varios emisarios de la ley se hallaban en posesión del palacio, que habian decorado con una bandera roja, y bebían aguardiente en las habitaciones de recepcion.

En Lóndres, un local semejante al que Tellson ocupaba en el palacio de monseñor, hubiese sacado la casa fuera de su centro y hasta la *Gaceta* hubiera censurado semejante lujo. ¿Qué hubieran dicho la responsabilidad y

la respetabilidad británicas, al ver plantados unos naranjos en el pátio de una casa de negocios, y un Cupido encima de la puerta del escritorio? Sin embargo, todo esto existía en París. Es verdad que Tellsonne había hecho dar un baño de cal al pérfido niño; pero no por eso había desaparecido á las miradas profanas, con su ligero trage. En Londres hubiera dado origen á una quiebra aquel joven pagano, aquella alcoba oculta por unas elegantes cortinas, aquel espejo incrustado en la pared, y aquellos dependientes jóvenes y frescos, que hubieran sido capaces de bailar en público á la menor invitacion que se les hubiese hecho. Pero un Tellsonne francés podia, con semejantes enormidades, hacer excelentes negocios; y desde su origen, ni un solo cliente habia huido al contemplar aquel agradable conjunto, ni habia creído en peligro su fortuna.

¿Cuántas restituciones tendria que hacer en lo sucesivo Tellsonne? ¿Qué cantidades no reclamadas quedarian en sus arcas? ¿Cuántas joyas y cuánta vajilla de plata se enmohecerian en sus escondites despues de la muerte de sus depositarios? ¿Cuántas cuentas corrientes quedarian para ser saldadas en el otro mundo? Nadie hubiera sido capaz de decirlo, incluso el mismo Mr. Lorry, á quien preocupaban vivamente semejantes dudas.

El agente de Tellsonne se hallaba sontoado al lado de la chimenea (el invierno prematuro se hacia ya sentir), y en el honrado y animoso rostro del gentleman se dibujaba una sombría inquietud. Siempre fiel á la casa, de la que venia á formar parte integrante, Mr. Lorry se habia instalado en el Banco, y su habitacion se hallaba próxima á las oficinas. La casualidad hizo que se hallase protegido por la ocupacion patriótica del cuerpo principal del edificio; pero el buen hombre no lo habia calculado: con tal de cumplir con su deber, todo lo demás le era completamente indiferente.

Al otro lado del pátio, enfrente de las habitaciones del gentleman, se hallaban las cocheras del palacio, sostenidas por una serie de columnas, y en las cuales se veian aún los carruajes de monseñor; en una de dichas columnas estaban sujetas dos antorchas, que ardian al aire libre y difundian su vacilante claridad sobre una piedra de amolar, tosco aparato llevado allí, sin duda, de algun taller próximo al edificio.

El gentleman, que se habia aproximado á la ventana, palideció al contemplar aquellos objetos, inocentes por sí mismos, y volvió á sentarse al lado del fuego; habia abierto los cristales para cerrar las persianas, habia corrido las cortinas, y sin embargo tiritaba de piés á cabeza.

Al ruido de la noche que zumbaba en la ciudad, como sucedia diariamente, uníase de cuando en cuando algo que no tenia nada de terrestre: un rumor indescriptible, unos sonidos desgarradores y desconocidos que llegaban hasta el cielo.

—¡Dios mío, murmuró Mr. Lorry juntando sus manos en ademán de súplica, yo os doy gracias por no tener en estos sitios ninguno de los seres que adoro con toda mi alma! Tened compasion de las personas que se hallan en peligro.

Pocos momentos despues se oyó sonar la campanilla de la puerta principal. «¡Ya están ahí de vuelta!» dijo para sí el gentleman; pero no oyó una estrepitosa irrupcion en el pátio, como él se figuraba; la puerta se cerró de golpe y volvió á reinar en el palacio el mismo silencio de antes.

La emocion febril, el horror que experimentaba, aumentaba en Mr. Lorry esa vaga inquietud que da siempre la responsabilidad de un cargo importante. El gentleman se puso en pié; la caja y los libros estaban bien custodiados, y no queriendo permanecer solo, preparábase á reunirse con los fieles dependientes que se hallaban de

guardia en las oficinas, cuando la puerta se abrió de pronto y dió paso á dos personas, cuya aparicion le hizo retroceder lleno de sorpresa.

¡Lucía y su padre! Lucía, con los brazos extendidos y el aspecto desesperado de otros tiempos, formaba por si sola, en aquel momento, un cuadro desgarrador.

—¿Qué ocurre? preguntó Mr. Lorry completamente estupefacto. ¿Qué es eso, Manette, Lucía? ¿Qué venis á hacer aquí?

Lucía, pálida, fuera de sí, y fijando en él sus espantados ojos, se arrojó en brazos del anciano.

—¿Y mi marido? preguntó con voz desgarradora.

—¿Vuestro marido, hija mia?

—Sí, Carlos.

—¿Qué es lo que le ha sucedido?

—Está aquí.

—¿En París?

—Hace ya algun tiempo, tres ó cuatro dias, no sé cuánto: ya no tengo memoria. Un caso de honor le ha obligado á partir sin contar con nosotros; le han detenido y se halla encerrado en la cárcel.

Un grito de angustia se escapó del pecho del anciano; en aquel mismo momento se oyó sonar violentamente la campanilla de la puerta principal, y un gran ruido de voces y de pasos se dejó oír en el centro del patio.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Mr. Manette dirigiéndose hácia la ventana.

—No abrais, exclamó el gentleman; doctor, en nombre del cielo, no os asomeis.

El doctor, sin quitar la mano de la falleba, se volvió sonriendo y le dijo con la mayor tranquilidad:

—No tengais cuidado, amigo mio, yo soy para ellos una persona sagrada. No hay en Francia un patriota que, al saber que yo he estado en la Bastilla, se atreva siquiera á tocarme, como no sea para estrecharme entre sus

brazos ó llevarme en triunfo. Gracias á mi antiguo martirio, he podido atrevesar la Francia, averiguar en dónde se hallaba Carlos, y llegar al lado vuestro. Yo no dudaba de mi influencia, porque esto tenia que suceder así; Carlos no tiene nada que temer, yo le salvaré, y así lo he prometido á Lucía. Pero ¿qué ruido es ese?

—¿No mireis, os lo suplico! Ni vos tampoco, hija mia, dijo rodeando con su brazo la cintura de la jóven. Pero no por eso vayais á asustaros; yo os aseguro que no sé nada que pueda alarmarnos acerca de la suerte de Carlos; ¿cómo habia yo de figurarme que se hallaba en París? ¿En qué cárcel está?

—En la Force.

—¿En la Force!.. Lucía, hija de mi alma, ya que sois buena y animosa, yo os suplico que procureis conservar toda la calma posible; haced al pié de la letra todo cuanto voy á deciros, porque tiene mucha más importancia de lo que podeis figuraros. Esta noche no podeis ya hacer nada, y además os sería imposible salir á la calle. Os digo esto en nombre de Carlos y por su propio interés; comprendo perfectamente que el sacrificio es penoso; pero entrad en mi habitacion, dejadme solo con vuestro padre, hacedme ese favor, obedecedme; pronto, pronto, en nombre de las personas que más os quieren.

—Yo haré todo cuanto me mandeis, amigo mio, ya lo sabeis; vos no seriais capaz de engañarme, vuestro rostro me lo dice claramente.

El anciano la abrazó y la condujo á la habitacion contigua, cuya puerta cerró con llave. Volvió en seguida al lado del doctor, abrió la ventana, separó un poco las persianas, y él y Mr. Manette examinaron el patio.

Unos cincuenta individuos, hombres y mujeres, se hallaban allí reunidos. Tan pronto como los guardias les abrieron la puerta, se dirigieron á la piedra de amolar y se pusieron á trabajar sin descanso. Aquel instrumento

estaba allí, sin duda alguna, para su servicio particular y para que se dedicasen á su tarea sin que nadie viniera á molestarles.

Pero ¡qué espantosa tarea la de aquellos obreros!

La piedra de amolar tenía un doble manubrio; dos hombres la hacían girar con verdadera furia, dos demonios cuyo rostro, rodeado de largos cabellos que les caían sobre la frente y sacudían hácia atrás á cada vuelta que daba la rueda, horrorizaba más que el de los más feroces salvajes. Espesas cejas y espesos bigotes aumentaban el aspecto siniestro de aquellos horribles mascarones; sus facciones, manchadas de sangre, se agitaban en medio de espantosos gritos; sus ojos permanecían dilatados y fijos; sus párpados estaban enrojecidos por la embriaguez y por la falta de sueño. Mientras daban vueltas á la rueda, sacudiéndose el rostro con sus trenzados cabellos que pasaban inmediatamente á flagelar sus cuellos y sus hombros, varias mujeres les llevaban el vino á los labios á fin de que pudiesen beber sin dejar de hacer funcionar el manubrio; y aquellas gotas enrojecidas, que caían de sus rostros y de sus vestidos, aquellas oleadas de chispas que se desprendían de la piedra, creaban á su alrededor una atmósfera infernal. Todos los individuos allí presentes, estaban llenos de manchas de sangre. Los unos, desnudos hasta la cintura, tenían cubierto de sangre el cuerpo y los brazos; los otros tenían sus andrajos empapados en sangre; unos cuantos hombres, diabólicamente adornados con cintas y puntillas, las habían teñido exprofeso en la sangre que acababan de derramar. Cuchillos, hachas, bayonetas ó sables, todo cuanto allí se veía para ser afilado, estaba enrojecido y húmedo. Varias hojas de acero, completamente melladas, se hallaban sujetas á las muñecas de algunos individuos por medio de tiras de tela ó de trapo; el tejido difería algun tanto, pero el color era el mismo; y cuando los poseedores de aquellas armas las

arrancaban de las olas de chispas y salían furiosamente á la calle, blandiéndolas frenéticamente, el color rojizo que ya no existía en los aceros se reflejaba en sus miradas, y este espectáculo hubiera inducido á cualquier espectador á acabar con ellos á tiros, aun á trueque de veinte años de existencia.

Todo aquello fué visto en un momento; el hombre que se halla á punto de ahogarse ó que va á arrostrar próximamente algun peligro, veía un mundo en un minuto, si lo tuviese en su presencia.

Los dos amigos se separaron de la ventana, y Mr. Manette preguntó con la vista al gentleman qué significaba aquella horrible vision.

—Que asesinan á los detenidos, dijo el anciano bajando la voz y mirando recelosamente en torno suyo. Si es verdad que teneis la influencia de que hablábais hace un momento, dáos á conocer á esos demonios y marchad con ellos á la Force; tal vez sea ya demasiado tarde; no lo sé; pero no hay que perder un solo momento.

El doctor, con la cabeza descubierta, salió precipitadamente de la habitacion y se halló en el pátio en el momento en que el gentleman volvía á asomarse á la ventana. Sus largos cabellos blancos, sus distinguidas facciones, la confianza con que se lanzó en medio de las armas, que fué separando para abrirse paso, impresionaron á los espectadores, y en ménos de un minuto llegó al centro del grupo que rodeaba la piedra de amolar. Cesó el movimiento de la rueda, hubo un momento de silencio y luego un murmullo que fué creciendo y al cual se unió la voz del doctor. Mr. Lorry vió al grupo ponerse en movimiento; veinte hombres se pusieron en correcta formacion, rodearon á Mr. Manette y salieron del pátio gritando:

—¡Viva el detenido de la Bastilla! ¡Paso al detenido de la Bastilla! ¡A la Force, para poner en libertad al yerno del detenido de la Bastilla!

El gentleman volvió á cerrar la puerta, corrió las cortinas, y, con el corazón profundamente agitado, se dirigió apresuradamente á la habitación en que se hallaba Lucía para decirle que su padre, acompañado del pueblo, acababa de salir en busca de Mr. Darnay. La jóven se hallaba al lado de su niña y de miss Pross; pero Mr. Lorry no notó la presencia de estas dos personas hasta que mucho tiempo despues, sentado ya al lado de la chimenea, recobró su sangre fría todo cuanto era posible en aquella espantosa noche.

Lucía, llena de terror, se hallaba á sus piés y se agarraba á su mano como á su último apoyo. Miss Pross habia acostado á la niña en la cama del gentleman, y su cabeza, inclinándose poco á poco, habia caído sobre la almohada en que descansaba la chiquitina. ¡Qué larga se hizo la noche al lado de aquella angustiada mujer! ¡Qué larga, Dios mio! ¡El doctor no volvía y no se tenía de él noticia alguna!

Llamaron dos veces á la puerta principal, el pátio fué invadido por dos veces, y la piedra de amolar giró é hizo saltar sus chispas en medio de un espantoso bullicio.

—¿Qué es eso? preguntó Lucía llena de terror.

—Silencio, hija mia; es que están afilando los sables de los soldados; este palacio es ahora propiedad de la nación, y sirve de taller para la fabricacion de armas.

La última sesion habrá sido más corta que las anteriores, y la tarea se habrá llevado á cabo con menos ardor y por un número más reducido de personas. Poco tiempo despues empezó á rayar el día. Mr. Lorry se separó cuidadosamente del lado de la jóven, se aproximó á la ventana, la abrió con gran cuidado y examinó el pátio. Un hombre, de tal modo cubierto de sangre que parecía un soldado muerto en el campo de batalla, yacía al lado de la piedra de amolar. Estenuado por la horrible matanza del día anterior, se levantó, haciendo un penoso es-

fuerzo, miró en torno suyo con ojos alelados y vió, á la débil luz del sol naciente, una de las carrozas de monseñor; arrastróse vacilando hasta el elegante carruaje, subió á él, cerró la portezuela y se durmió de nuevo sobre los ricos y mullidos almohadones.

Mr. Lorry se asomó nuevamente á la ventana poco tiempo despues, y ya el sol enrojecia los adoquines y los paredones del pátio; la piedra de amolar se destacaba sola en aquel reducido circuito, y tenia un reflejo rojizo que el sol no dió nunca, y que su luz no puede borrar.

CAPITULO III.

La sombra.

Una de las primeras consideraciones que se le ocurrieron á Mr. Lorry, fué la de que él no tenía derecho para comprometer los negocios de Tellson alojando en el Banco á la mujer de un emigrado. El hubiera sacrificado por Lucía Darnay y por su familia, su fortuna, su libertad y su vida sin la más pequeña vacilacion; pero el depósito que le habia sido confiado no le pertenecía, y bajo este punto de vista quería continuar siendo el rígido y escrupuloso agente de la casa que le tenía á sus órdenes.

Al pronto pensó en Defarge y quiso ir en busca del tabernero para preguntarle en qué parte de la ciudad podría alojarse una mujer con mayor seguridad. Pero la misma consideracion le hizo renunciar á este proyecto: Defarge habitaba el barrio más revolucionario de Paris; estaba sin duda alguna grandemente comprometido en la obra terrible del arrabal de San Antonio, y podia ser peligroso despertar su atencion.

Como dieron las doce del día sin que el doctor volviese,

y cada minuto de retraso podia comprometer al Banco, el gentleman participó sus temores á Lucía. La jóven le contestó que Mr. Manette tenia el propósito de alquilar una habitacion en aquel mismo barrio; los asuntos del Banco no se oponian á esta determinacion, y como era imposible marcharse, aun suponiendo que Carlos fuese puesto en libertad, el gentleman salió inmediatamente en busca de habitacion y no tardó en hallar una con todos los requisitos necesarios, situada en la esquina de una apartada calle, cuyas persianas cerradas hacian comprender que las casas se hallaban deshabitadas.

Instaló en ella inmediatamente á Lucía, á la niña y á miss Pross, y les procuró todas las comodidades posibles, es decir, muchas más de las que él mismo tenia. Dejó en su compañía á Cruncher, á quien consideraba con todas las aptitudes necesarias para saber defender la casa y recibir sin pestañear una lluvia de palos en la cabeza; en seguida volvió al Banco. Con el alma llena de angustia y de pena, se puso á trabajar y las horas trascurrieron para él con una horrible lentitud.

El tiempo, sin embargo, siguió su curso natural y las oficinas se cerraron. El gentleman se halló solo en la habitacion en que se encontraba la noche anterior, y se puso á reflexionar en lo que debia hacer; de pronto oyó ruido de pasos en la escalera. Algunos instantes despues, penetró un hombre en la sala, y examinando atentamente al gentleman, le dirigió la palabra llamándole por su nombre.

—Servidor vuestro; ¿acaso me conocéis? le preguntó Mr. Lorry.

Era un hombre vigoroso, de unos cuarenta y cinco á cincuenta años, y su robusta cabeza se hallaba adornada por una cabellera negra, espesa y rizada.

—¿No os acordais de mí? dijo en vez de contestar á la pregunta que se le dirigia.

—Sí, creo que os he visto...

—En mi tienda de vino.

—¿Venís de parte del doctor? repuso el gentleman sin poder dominar su alegría.

—Sí, del ciudadano Manette.

—¿Os ha dado algo para mí?

Defarge le entregó un trozo de papel en que se veían escritas algunas líneas.

«Carlos vive y goza de buena salud; pero seria una imprudencia el abandonarle. He conseguido que el portador de esta esquela me hiciese el favor de decir algo á Lucía de parte de nuestro querido preso; acompañadle al sitio en que se halle mi hija.»

Ensanchóse su corazon al leer aquellos renglones y dijo á Defarge:

—¿Queréis ir conmigo á casa de Mme. Darnay?

—Sí, respondió el tabernero.

Sin notar en aquel momento la brevedad y sequedad de las palabras del ciudadano Defarge, Mr. Lorry se puso el sombrero, y seguido del patriota, se dirigió al pátio y hallaron en él á dos mujeres, una de las cuales estaba haciendo calceta.

—¡Mme. Defarge! dijo Mr. Lorry, que la halló tal y como la habia dejado hacia ya diez y siete años.

—Ella es en efecto, respondió el tabernero.

—¿Viene vuestra esposa con nosotros? preguntó el gentleman, viendo que la mujer se disponia á seguirlos.

—Para que conozca á las personas, es preciso que las vea; eso les tiene más cuenta de lo que parece.

Mr. Lorry, que empezaba á observar la sequedad y los modales del tabernero, le miró con cierta inquietud, y abriendo la marcha, se encaminó hácia la morada de Lucía. De las dos mujeres que le seguian, la segunda era la Venganza.

Atravesaron rápidamente las calles que debian recor-

rer, subieron la escalera, fueron introducidos por Jerry, y hallaron á la jóven completamente sola y llorando desconsoladamente. Las noticias que le facilitó Mr. Lorry la llenaron de alegría y estrechó la mano que la presentaba la esuela de Carlos, muy ajena de pensar lo que habia hecho aquella mano en las dos noches anteriores, y lo que únicamente la casualidad le habia impedido hacer al mismo Carlos Darnay.

«Ten valor, querida de mi alma, decia la esuela; me hallo bueno y sano, y tu padre tiene una gran influencia entre las personas que me rodean. No trates de responderme, y abraza en mi nombre á nuestra hija.»

Esto es todo cuanto decia aquel papel; pero aquellas pocas palabras tenian tanto valor para la mujer que las recibia, que, llena de gratitud, se volvió hácia Mme. Defarge y le besó la mano. En vez de corresponder de algun modo á aquella delicada prueba de profundo agradecimiento, la mano cayó fria é inerte y continuó el trabajo de la calceta.

Lucía, helada al contacto de aquella mano, se detuvo al tiempo de ir á guardar en su seno la esuela de Carlos, y miró á la calcetera llena de espanto. Mme. Defarge enarcó las cejas y contempló impassible y fijamente el aterrorizado rostro de la jóven.

—Querida mia, dijo Mr. Lorry para explicar la visita de la calcetera, los motines se suceden con harta frecuencia en los tiempos que corremos, y áun cuando es muy probable que nada tengais que temer de ellos, madame Defarge ha deseado venir con objeto de conoceros y protegeros en el caso de ocurrir algun desagradable incidente. Yo creo, añadió Mr. Lorry, el cual cada vez más turbado por la impassibilidad de las tres personas allí presentes se detenia á cada palabra, yo creo, ciudadano Defarge, que el propósito de vuestra mujer es el que yo acabo de indicar.

El ciudadano miró de un modo sombrío á su mujer, y sólo respondió por medio de una especie de gruñido que parecia envolver una afirmacion.

—Lucía, dijo el gentleman con acento conciliador, yo creo que debeis llamar á miss Pross y á nuestra querida niña. Ciudadano Defarge, miss Pross es una señora inglesa y no entiende el francés.

La señora en cuestion, persuadida hasta no poder más de que valia tanto, por lo ménos, como otra extranjera cualquiera, no era mujer capaz de dejarse abatir por la desgracia ó desconcertar por el peligro; detúvose enfrente de la Venganza, que fué la primera persona que se fijó en ella, y dijo en inglés: «¡Valiente alhaja! ¡Ya puede estar satisfecha de su fealdad!» Luego tosió con cierto desenfado, examinando á la tabernera de piés á cabeza; pero ninguna de aquellas dos mujeres pareció ocuparse de ella.

—¿Es esta su hija? preguntó Mme. Defarge señalando á la pequeña Lucía con su aguja de hacer calceta, como si aquella aguja hubiese sido el dedo del Destino.

—Sí, señora, respondió Mr. Lorry; esta es la hija idolatrada de nuestro pobre detenido; esta es su única hija.

La calcetera se acercó de un modo tan amenazador á la pobre chiquitina, que la jóven se arrodilló cerca de su hija y la estrechó sobre su corazón.

—Está bien, podemos marcharnos; ya las he visto, dijo Mme. Defarge.

Pronunció estas palabras con una entonacion tan terrible, que Lucía, cogiendo con mano suplicante la falda de la calcetera, exclamó:

—Sed buena con mi marido, no le hagais ningun daño; ¿podeis hacer que me concedan permiso para verle?

—Yo no tengo nada que ver con tu marido, respondió Mme. Defarge; yo no pienso en él en este momento, sino en la hija de tu padre.

—En ese caso, sed buena con él en nombre mío, en nombre de mi hija. ¡Yo os suplico que seais generosa!

La ciudadana se volvió hácia su marido; Defarge, que se roía impacientemente la uña del dedo pulgar, revistió un aspecto más sombrío al hallarse con la mirada de su mujer.

—¿Qué es lo que te escribe el preso en esa esquela? preguntó Mme. Defarge á Lucía; ¿qué es lo que dice ahí de influencia?

—Dice que mi padre la tiene, replicó la jóven sacando el billete que había guardado en su seno, y clavando en la calcetera sus hermosos ojos llenos de espanto.

—Pues tu padre hará que le pongan en libertad, dijo Mme. Defarge con tono indiferente.

—Señora, exclamó Lucía lanzando un grito de angustia, yo os lo suplico, tened compasion de nosotros; no empleeis vuestro poder en contra de mi pobre marido; yo os aseguro que es inocente; haced que vuelva á mi lado; vos, como mujer, sois una hermana mia; tened compasion de una esposa y de una madre!

Mme. Defarge, después de contemplar friamente á la suplicante, se volvió hácia la Venganza, y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y de las madres que nosotras hemos conocido. Muchas veces las han arrebatado á sus padres y á sus maridos para encerrarlos en una prision. Desde que vinimos al mundo hemos visto sufrir á nuestras hermanas y á sus hijos: las hemos visto sufrir el frio, el hambre, la sed, la tiranía, toda clase de desventuras, toda clase de horrores.

—Eso y nada mas que eso es lo que hemos visto, dijo tranquilamente la Venganza.

—Yo te pregunto, repuso Mme. Defarge dirigiéndose á Lucía, si después de todo eso es posible que nos conmueva la pena de una esposa y el dolor de una madre.

Recogió su calceta y salió acompañada de la Venganza. Mr. Defarge fué el último que se retiró y cerró la puerta.

—¡Valor, hija mia, dijo Mr. Lorry levantando del suelo á la jóven, valor! todo va perfectamente; ¡qué distinta es nuestra situacion de la de tantas pobres criaturas! ¡Vamos, hija mia, vamos, debéis mostraros agradecida á la Providencia!

—Ya lo sé, no creais que soy ingrata; pero la presencia de esa mujer ha oscurecido mi porvenir y no me es posible acariciar ninguna esperanza.

—¿Es posible, exclamó el gentleman, que desfallezca un corazón tan animoso? Yo os aseguro, querida Lucía, que no debéis ya abrigar temor alguno.

Aquellas consoladoras palabras no podian surtir ningun efecto. Los esposos Defarge habian llevado al colmo el dolor y la angustia que reinaban en aquella casa.

CAPITULO IV.

La calma en medio de la tempestad.

Hasta el cuarto día de su salida del palacio, no volvió el doctor Manette. Los actos de crueldad que se cometieron en aquellos aciagos días, se le ocultaron tan perfectamente á Lucía, que hasta mucho tiempo después de su regreso á Londres no supo que mil cien prisioneros, hombres, mujeres y niños, habian sido asesinados por el populacho. Lo único que sabía era que habian sido asaltadas las cárceles, que la vida de los presos habia estado en gran peligro, y que algunos de aquellos desdichados, arrancados de su triste asilo, habian sido degollados.

—En ese caso, sed buena con él en nombre mío, en nombre de mi hija. ¡Yo os suplico que seais generosa!

La ciudadana se volvió hácia su marido; Defarge, que se roía impacientemente la uña del dedo pulgar, revistió un aspecto más sombrío al hallarse con la mirada de su mujer.

—¿Qué es lo que te escribe el preso en esa esquela? preguntó Mme. Defarge á Lucía; ¿qué es lo que dice ahí de influencia?

—Dice que mi padre la tiene, replicó la jóven sacando el billete que había guardado en su seno, y clavando en la calcetera sus hermosos ojos llenos de espanto.

—Pues tu padre hará que le pongan en libertad, dijo Mme. Defarge con tono indiferente.

—Señora, exclamó Lucía lanzando un grito de angustia, yo os lo suplico, tened compasion de nosotros; no empleeis vuestro poder en contra de mi pobre marido; yo os aseguro que es inocente; haced que vuelva á mi lado; vos, como mujer, sois una hermana mia; tened compasion de una esposa y de una madre!

Mme. Defarge, después de contemplar friamente á la suplicante, se volvió hácia la Venganza, y dijo con voz glacial:

—Nunca se ha hecho caso de las esposas y de las madres que nosotras hemos conocido. Muchas veces las han arrebatado á sus padres y á sus maridos para encerrarlos en una prision. Desde que vinimos al mundo hemos visto sufrir á nuestras hermanas y á sus hijos: las hemos visto sufrir el frio, el hambre, la sed, la tiranía, toda clase de desventuras, toda clase de horrores.

—Eso y nada mas que eso es lo que hemos visto, dijo tranquilamente la Venganza.

—Yo te pregunto, repuso Mme. Defarge dirigiéndose á Lucía, si después de todo eso es posible que nos conmueva la pena de una esposa y el dolor de una madre.

Recogió su calceta y salió acompañada de la Venganza. Mr. Defarge fué el último que se retiró y cerró la puerta.

—¡Valor, hija mia, dijo Mr. Lorry levantando del suelo á la jóven, valor! todo va perfectamente; ¡qué distinta es nuestra situacion de la de tantas pobres criaturas! ¡Vamos, hija mia, vamos, debéis mostraros agradecida á la Providencia!

—Ya lo sé, no creais que soy ingrata; pero la presencia de esa mujer ha oscurecido mi porvenir y no me es posible acariciar ninguna esperanza.

—¿Es posible, exclamó el gentleman, que desfallezca un corazón tan animoso? Yo os aseguro, querida Lucía, que no debéis ya abrigar temor alguno.

Aquellas consoladoras palabras no podian surtir ningun efecto. Los esposos Defarge habian llevado al colmo el dolor y la angustia que reinaban en aquella casa.

CAPITULO IV.

La calma en medio de la tempestad.

Hasta el cuarto dia de su salida del palacio, no volvió el doctor Manette. Los actos de crueldad que se cometieron en aquellos aciagos dias, se le ocultaron tan perfectamente á Lucía, que hasta mucho tiempo después de su regreso á Londres no supo que mil cien prisioneros, hombres, mujeres y niños, habian sido asesinados por el populacho. Lo único que sabía era que habian sido asaltadas las cárceles, que la vida de los presos habia estado en gran peligro, y que algunos de aquellos desdichados, arrancados de su triste asilo, habian sido degollados.

Pero el doctor, despues de haber recomendado el secreto á Mr. Lorry, lo cual no era necesario, refirió al gentleman que el grupo de bribones que le habia sacado del palacio le habia conducido á la Force, en cuya prision habia presenciado una horrible carnicería. Allí habia encontrado un tribunal constituido por su propia autoridad; los detenidos comparecian uno por uno ante sus jueces, los cuales, despues de un breve interrogatorio, daban órden de asesinar al prisionero, ó ponerle en libertad, ó lo que era más raro, disponian que volviese de nuevo á su calabozo. Presentado á este tribunal por los individuos que allí le habian conducido, Mr. Manette declaró su nombre, su título y calidad de antiguo detenido en la Bastilla, en donde, preso sin haber sido juzgado previamente, pasó diez y ocho años completamente incomunicado. Uno de los individuos del tribunal popular confirmó aquellas palabras, y el doctor reconoció en aquel improvisado juez al ciudadano Defarge.

Despues de haber compulsado los registros que se hallaban sobre la mesa, el antiguo detenido adquirió la seguridad de que su yerno no habia sido asesinado, y le defendió calurosamente ante el tribunal; los jueces, unos dormidos, otros despiertos, éstos en ayunas, y aquéllos ébrios y manchados de sangre, le escucharon con benevolencia, y en medio de los trasportes que excitó como mártir del sistema político que acababa de derrumbarse, accedieron á su petición, la cual consistía en que el detenido Evremont fuese conducido ante el tribunal para ser interrogado en el acto. Este habia ya sido declarado inocente é iba á ser puesto en libertad, cuando por una circunstancia que Mr. Manette no logró explicarse, la corriente que se hallaba en favor del preso se detuvo de improviso.

Los individuos del tribunal se reunieron en sesion secreta; el presidente anunció al doctor que era imposible

poner en libertad al acusado, pero que, por consideracion á su suegro, el referido Evremont quedaba declarado inviolable; en aquel mismo momento, el detenido fué conducido de nuevo á su calabozo.

Mr. Manette solicitó entonces que se le concediese el favor de acompañar á su yerno, con objeto de adquirir la seguridad de que no sería entregado por equivocacion á los verdugos, cuyos furiosos gritos se escuchaban en la sala y no permitian oír la voz de los jueces. Accedióse á su pretension, y el atribulado doctor no abandonó aquel lugar, bañado en sangre humana, hasta que desapareció la inminencia del peligro.

No describiremos las horribles escenas de que Mr. Manette fué testigo durante aquellos tres días, en los cuales apenas logró algun exiguo alimento y algunos cortos instantes de reposo.

Cuando se restableció la tranquilidad, la inmensa alegría de los detenidos que habian escapado á los asesinatos, admiró tanto al doctor como la furiosa locura que habia ocasionado un número tan considerable de víctimas. Entre las muchas cosas que le habian llamado la atención, refirió á Mr. Lorry que un detenido mandado poner en libertad, habia sido herido de una lanzada por una equivocacion, al salir de la cárcel. Llamado inmediatamente para que auxiliase á aquel desdichado, le habia hallado en los brazos de un grupo de samaritanos sentados sobre un monton de cadáveres. Con una inconsecuencia no ménos extraordinaria que todos los actos de aquella abominable pesadilla, los asesinos ayudaron á Mr. Manette á hacer la cura y prodigaron al herido los más solícitos cuidados; hicieron una camilla, le colocaron en ella con muchísimo cuidado y le depositaron en lugar seguro, rodeado de una escolta que le vigiló con exquisito esmero. En seguida, aquellos hombres desenfrenados cogieron nuevamente sus armas y continuaron su carni-

cería, tan horriblemente espantosa, que el doctor acabó por desmayarse en medio de un lago de sangre.

Mientras escuchaba aquellos horribles pormenores, contemplando de hito en hito al doctor, el gentleman pensó, no sin estremecerse, que semejantes emociones podían trastornar nuevamente las facultades intelectuales de su amigo. Sin embargo, Mr. Manette, á pesar de sus sesenta y dos años, tenía más energía física y mayor fuerza moral que nunca. El doctor, por la primera vez de su vida, se felicitaba de su antiguo martirio; el pobre anciano no se lamentaba ya de aquella época de sufrimientos en que había forjado la palanca que debía abrir el calabozo de Carlos, salvando así al marido de su hija.

—Ya lo veis, dijo, mis desgracias debían servirme en un día determinado; no todo era ruina y desastre en la vida del pobre zapatero. Mi idolatrada hija me ha vuelto á la vida, y yo le volveré, en cambio, la persona á quien más quiere; yo lo lograré, amigo mío, no lo dudeis un momento.

El gentleman, al ver aquella tranquila mirada, aquellas serenas facciones y aquella resuelta actitud, no pudo por ménos de dar crédito á las palabras de aquel hombre, cuya vida parecía haberse detenido como el movimiento de un reloj, y volvía de improviso á su acostumbrada actividad.

Los persistentes esfuerzos del doctor lograron vencer las grandes dificultades con que tenía que luchar. Ejerciendo la medicina y prodigando sus cuidados á cuantas personas podían necesitarlos, ya se hallasen detenidas ó en libertad, fuesen ricas ó pobres, inocentes ó culpables, Mr. Manette empleó tan bien su influencia, que no tardó en conseguir la plaza de médico inspector de tres cárceles, en cuyo número figuraba la de la Force. Entonces pudo participar á su hija que Carlos había salido de su calabozo y se hallaba con los detenidos de la gran

sala. Todas las semanas, al hacer su visita, el doctor veía á su yerno y llevaba á Lucía alguna cariñosa carta que el detenido le entregaba personalmente. Algunas veces el jóven recibía una esquela de su marido (no por mediación de su padre); pero no le era permitido contestar á aquellas preciosas líneas, porque de todos los detenidos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el pueblo, los emigrados eran los que más poderosamente excitaban la cólera de los patriotas, y sobre todo aquellos á quienes se acusaba de sostener relaciones con la gente de fuera, ya fuesen amigos suyos ó individuos de sus familias.

El nuevo género de vida del doctor no estaba exento de inquietudes ni de fatiga; pero Mr. Manette, lejos de sentir decaer su ánimo, veía aumentar sus fuerzas y su valor. El buen gentleman creyó descubrir cierto orgullo entre los sentimientos que sostenían á su amigo; noble orgullo, digno y puro, que Mr. Lorry hallaba muy natural y cuyos inesperados efectos observaba con la mayor alegría. El doctor sabía que hasta aquel momento el recuerdo de su detención se asociaba en la mente de su hija y de su amigo, al doloroso estado en que le había colocado la prisión. En aquellas circunstancias, por el contrario, Mr. Manette se hallaba investido, por sus antiguas desdichas, de una fuerza en que ellos cifraban toda su esperanza. Exaltado por aquel cambio de papeles, que le convertía á su vez en protector de los que habían sostenido su debilidad, andaba con paso firme é imponía á los demás la confianza que tenía en sí mismo. Así, pues, él era quien consolaba á su hija, animándola y prometiendo salvarla de aquella desesperada situación; la idea de prestarle un servicio que premiase el que ella le había prestado en otro tiempo, le llenaba de orgullo y le sumergía en un mar de delicias.

—Todo esto es muy curioso, decía para sí Mr. Lorry; sin

embargo, cosa muy natural; sed nuestro guía, mi querido Manette, conducidnos como mejor os parezca; la iniciativa os corresponde de derecho.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos y de toda su perseverancia, el doctor no pudo conseguir que Carlos fuese puesto en libertad ni juzgado por ningun tribunal; los asuntos públicos llevaban una marcha demasiado rápida y demasiado fuerte, y nada ni nadie podian detenerla. Comenzaba la nueva era; habia empezado el proceso del rey; la República una é indivisible, sola contra la Europa en armas, se levantaba dispuesta á vencer ó morir. La bandera negra ondeaba dia y noche en las torres de Nuestra Señora; trescientos mil hombres, llamados para combatir contra los tiranos, surgian de todos los puntos de la Francia, como si los dientes del dragon de la fábula, sembrados á manos llenas, hubiesen fructificado igualmente en las ciudades y en los campos, bajo el ardiente sol del Mediodia y bajo el nebuloso cielo del Norte, en los montes y en las landas, en las viñas y en los olivares, en los prados y en los rastros, en las fértiles orillas de los rios y en las arenas de la playa. ¿Qué interés privado podia ser suficientemente poderoso para dejarse oír en medio de aquel levantamiento general, de aquel diluvio que surgia de la tierra y no del cielo, y del cual no podia librarse absolutamente nadie?

No habia vacilacion, ni piedad ni descanso. El tiempo no existia ya; los dias y las noches podian girar en su acostumbrado círculo, y producir como de ordinario la mañana y la tarde; ya no contaba nadie las horas; la medida del tiempo se habia perdido en medio de aquella fiebre abrasadora que se apoderaba del pueblo.

De repente, rompiendo el desacostumbrado silencio de la ciudad, el verdugo expuso la cabeza del rey á los ojos de la multitud, y pareció mostrar casi en seguida á los mismos espectadores la hermosa cabeza de la reina,

cuyos cabellos habian encanecido trás ocho meses de viudedad y de miseria.

Y sin embargo, en virtud de una ley extraña, cuyos contradictorios efectos se observan en semejantes casos, el tiempo adquiria una duracion tanto mayor cuanto más rápida parecia su marcha. Un tribunal revolucionario en París; cuarenta ó cincuenta mil comités revolucionarios diseminados por toda la superficie del territorio; una ley de sospechosos que amenazaba la vida y la libertad de cada individuo, poniendo la inocencia y la honradez á merced del furor y del crimen; las cárceles atestadas de inocentes que no podian lograr que se escuchasen sus quejas; este era el estado de cosas que entonces se hallaba en vigor; y la aplicacion de semejante sistema parecia de la más remota antigüedad, aun cuando sólo contaba algunos meses de existencia. En fin, dominando todo este cuadro, una horrible figuraba, la guillotina, desconocida poco tiempo antes, era tan familiar á todas las miradas como si hubiere existido desde la creacion del mundo.

Este horrible instrumento servia de tema para las chanzonetas populares; era el mejor sistema para curar el dolor de cabeza, un remedio infalible para impedir la salida de las canas y para estorbar que los barberos continuasen desollando á sus parroquianos. El que abrazaba la guillotina, miraba por la ventana, y luego estornudaba en el saco. La invencion del doctor Guillotin habia llegado á ser el símbolo de la regeneracion humana, y reemplazaba al crucifijo; los pequeños modelos de aquel instrumento libertador adornaban los pechos, de los cuales habia desaparecido la cruz, y las gentes ofrecian á la guillotina el culto que negaban al Cristo.

Derramó tanta sangre, que el suelo sobre que se hallaba levantada se empapó completamente y la madera del tablado se pudrió. Hecha astillas, como un juguete

del demonio, fué construida de nuevo y colocada en el sitio exigido para la ejecucion de cada dia. Sin consideracion á la elocuencia, al poder, á la virtud ó la belleza, continuó su sangrienta tarea; veintidos amigos, que gozaban en alto grado la estimacion pública, veintiun vivos y un muerto fueron decapitados una mañana, á razon de un minuto por cabeza. El nombre del hércules hebreo habia ido á parar al funcionario que presidia aquellas rápidas ejecuciones; sin embargo, el verdugo era más fuerte que su antiguo homónimo; y no ménos ciego que él, destruía diariamente las columnas del templo, cuyos restos dispersaba.

En medio de aquellos actos sanguinarios y del terror que infundian por todas partes, Mr. Manette continuaba arduamente su tarea, confiando en sus fuerzas y no dudando un solo instante de la influencia que debia salvar al marido de su hija. Quince meses habian trascurrido desde sus primeras gestiones, quince meses de inútiles esfuerzos, sin que el desaliento hubiese llegado á apoderarse de su alma. La rabia de los verdugos habia llegado á ser tan violenta, y tan feroz su locura, que en aquel mes de Diciembre, á que ha llegado nuestra historia, más de un rio se llenó de cadáveres por medio de sumerjimientos en masa, y en varios sitios los detenidos, colocados en hileras ó formados en cuadros, caian en medio de horribles descargas de fusilería. El doctor, sin embargo, conservaba toda su firmeza y toda su energia.

Nadie era tan conocido en París como Mr. Manette; nadie llevaba en aquella ciudad una vida más extraña que él: humanitario y reservado, indispensable en la cárcel y en el hospicio, empleando su ciencia lo mismo en pró de los asesinos que de las víctimas, era un hombre aparte. Su título de antiguo preso de la Bastilla le convertia en un sér excepcional que podia circular por todas partes sin que las gentes se ocupasen de él. Nadie le in-

terrogaba y nadie sospechaba de él, como si hubiese habitado la mansion de los muertos y, vuelto del otro mundo, fuese un espíritu que se permitia vivir entre los miserables mortales.

CAPITULO V.

El serrador de madera.

Durante aquellos quince meses de angustia, Lucia no tuvo ni un solo momento la seguridad de que la cabeza de su marido no seria cortada á la mañana siguiente. Todos los dias las carretas conducian su contingente de víctimas por en medio de las calles. Jóvenes llenas de encantos, mujeres distinguidas, adolescentes y ancianos, nobles y plebeyos, venian á ser el vino tinto que se sacaba todas las mañanas de los sótanos de las cárceles para apaciguar la devoradora sed del mónstruo.

¡Libertad, igualdad, fraternidad ó muerte! ¡Oh guillotina! la última puede darse más fácilmente que las otras tres.

Si en medio de la imprevista desgracia que la desgarraba el alma y de los horribles actos de aquella época de vértigo que habian aniquilado á Lucia, hubiera esperado en la inaccion la terminacion del drama que tenia en suspenso su vida, hubiese compartido la suerte de muchos desdichados, víctimas de una desesperacion semejante; pero desde que estrechó contra su corazón, en el desvan del arrabal de San Antonio, la venerable cabeza del prisionero, habia permanecido fiel á sus deberes; y en aquel nuevo trance continuaba llenándolos con el mismo valor que en aquella angustiosa situacion.

Desde que ocupó su nueva habitacion, habia prepara-

do todo con tanto orden y tanto gusto como si Carlos hubiese vivido al lado suyo; cada objeto tuvo su sitio y cada hora del día su empleo particular. Las lecciones de la pequeña Lucia continuaron siendo tan regulares como si no hubiese salido de Londres; y lo único que revelaba su dolorosa preocupacion, fué el cuidado que tenia de engañarse á sí misma, publicando á cada momento la creencia que abrigaba de que pronto se hallarian reunidos. Hacia todas las mañanas grandes preparativos para recibirle, colocaba la silla que le estaba destinada y ponía sobre la mesa los libros que á él le gustaban; y si, en el momento de dormirse, dirigía al cielo una ferviente plegaria por las personas que se hallaban en peligro de muerte, no queria confesarse á sí misma que rogaba por su marido.

No podia decirse en rigor que Lucia Darnay se hallase muy cambiada; sus trages sencillos y de color oscuro se hallaban tan cuidados como los elegantes vestidos que llevaba en otro tiempo; hallábase algo más pálida, y aquel aire sumamente melancólico que, en ciertas circunstancias, daba á sus facciones una expresion tan singular, no se disipaba ya como sucedia en otras ocasiones; pero continuaba siempre bella y siempre graciosa. Algunas noches, al abrazar á su padre, rompía en llanto y le decia sollozando, que él era su única esperanza.

—No tengas cuidado, le contestaba Mr. Manette con tono resuelto y lleno de conviccion; nada puede sucederle sin que yo tenga conocimiento anticipado de ello, y yo le salvaré, hija mia, créelo como yo lo creo.

Apenas hacia cuatro meses que se hallaban en París, cuando un día el doctor dijo á su hija, al volver de sus diarias correrías:

—Tengo que darte una buena noticia; hay en la cárcel una ventana bastante elevada á la cual puede asomarse Carlos de cuando en cuando, á cosa de las tres de la tar-

de. Cuando esto le sea permitido, lo cual depende de varias circunstancias, podrá veros á ti y á tu hija, si os halláis en la calle, en cierto sitio que no es difícil indicarte; pero tú no podrás verle á él, querida mia; y si por casualidad creyeres conseguirlo, no olvides que seria peligroso hacerle la más insignificante seña.

—Acompañame al sitio en que debo colocarme, padre mio, é iré allí todos los días.

Desde aquella época se personó allí diariamente y permaneció en el sitio indicado durante dos horas. Cuando el tiempo no estaba demasiado frio ó húmedo, iba en compañía de su hija; en el caso contrario, iba sola; pero no faltó ni una sola vez.

Era la esquina de una callejuela oscura, sucia y tortuosa; una casucha habitada por un hombre que serraba madera para las chimeneas, era la única habitacion que se veía por allí cerca; todo lo demás no era más que una continuacion de tápias, por lo ménos hasta el sitio á donde alcanzaba la vista. La tercera vez que Lucia acudió á la cita, fué observada por el serrador de madera.

—Buenos dias, ciudadana, le dijo.

—Buenos dias, ciudadano.

Este modo de saludarse habia sido puesto en vigor por medio de un decreto; admitido al principio por los más entusiastas patriotas, pero voluntariamente, habia llegado á ser obligatorio.

—¿Otra vez vuelves por aquí, ciudadana?

—Sí; ciudadano.

El serrador de madera, un hombrecillo que gesticulaba exageradamente (en otro tiempo era peon caminero), miró hácia la cárcel, la designó con un movimiento de cabeza, y colocando sus diez dedos delante de la cara de modo que representasen los hierros de una ventana, miró riendo á través de la reja que simulaba.

—Despues de todo, ¿á mí qué me importa? dijo. Y nues-

tro hombrecillo, que en otro tiempo llevaba un gorro azul, continuó denodadamente su tarea.

Al día siguiente acechó á la jóven, y se aproximó á ella tan pronto como la vió.

—¿Conque tú vienes por aquí todos los días, ciudadana?

—Sí, ciudadano.

—Y con una niña: será tu madre, ¿no es verdad, querida ciudadanita?

—¿Tengo que contestarle, mamá? dijo en voz baja la pobre muchacha, acercándose cada vez más á su madre.

—Sí, sí, querida mía.

—Sí, ciudadano, es mi mamá.

—Ya me lo figuraba; pero eso no me importa; á mí lo único que me importa es mi trabajo. Mira mi sierra; yo la llamo mi pequeña guillotina. ¡Chis, chás, chis, chás! ¡pum! ya cayó otra cabeza más.

El leño cayó al pronunciar estas palabras; lo levantó del suelo y lo arrojó en un capacho.

—Yo soy el Sanson de la leña para las chimeneas; ahora vais á verlo: ¡fro, fro, fro, fro! esta es la cabeza de la mujer; ahora le toca al chiquillo: ¡fri, fri, fri, fri! Se acabó toda la familia.

Lucía se estremeció de horror al verle arrojar al capacho los dos leños que añadía á los demás; pero era imposible acudir á su cita cuando aquel hombre se hallaba dedicado á su trabajo, sin encontrarse cerca de él. Una indiscrecion podia perderla, y era necesario captarse las simpatías del patriota; así es que siempre contestaba á sus preguntas; muchas veces era ella la primera que le hablaba, y bastante frecuentemente le daba algunas monedas que él se apresuraba á meterse en el bolsillo.

El buen hombre no tenía nada de discreto; cuando la jóven, sin acordarse de él, había contemplado los tejados y las rejas de la Force y enviado toda su alma al detenido,

volvía á hallar al serrador de madera que la contemplaba inmóvil y fijamente.

—¿Pero á mi qué me importa todo eso? decía entonces el trabajador, continuando de nuevo su tarea con mayor entusiasmo que nunca.

Lucía continuó yendo allí á pesar de las nieves y de los hielos, á pesar de los vientos de Marzo y de Abril, á pesar del sol y de las tempestades del verano, y á pesar de las grandes lluvias del otoño; al llegar otro nuevo invierno, los hielos y las nieves volvieron á hallarla en la esquina de la oscura y súa callejuela. Allí permanecía dos horas, hiciese el tiempo que quisiera, y todos los días al marcharse besaba la pared de la cárcel. Su marido pudo verla cinco ó seis veces, y entreverla dos ó tres durante muy pocos momentos. Sólo había aprovechado, á lo sumo, unas quince expediciones, y ella había ido allí todo el año. Lucía lo sabía, pero bastaba que pudiese faltar de su puesto en el momento en que la casualidad fuese favorable á Carlos, para que nada la impidiese el ser exacta á la cita. Ella hubiera continuado allí con lluvia y granizo, desde por la mañana hasta por la noche, y lo hubiera hecho todos los días, antes que exponerse á causar con su ausencia una decepción al pobre preso.

Una tarde del mes de Diciembre de 1793 se dirigió, á pesar de la nieve, al sitio de costumbre. Era un día de fiesta, un día de regocijos públicos; todas las casas que Lucía había visto en las calles que acababa de recorrer, estaban adornadas con pequeñas picas sobre las cuales figuraba un gorro encarnado y cintas tricolores; en muchas de ellas se leía la siguiente inscripción, en letras de tres colores: República una é indivisible, libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.

La miserable casucha del serrador de madera era tan estrecha, que no bastaba toda la fachada á contener la divisa republicana. Sin embargo, el hombrecillo había

hallado un pintor de brocha gorda que, estrechando extraordinariamente las palabras, había conseguido consignar la palabra muerte, no sin tropezar con varias dificultades, un tanto contrarias con el orden de cosas establecido. En el tejado de la casucha, figuraba una pica adornada con el gorro encarnado, como era de rigor en la casa de todo buen ciudadano, y el habitante de aquel tugurio había colocado en la ventana su famosa sierra, con la siguiente leyenda: «Santa guillotinita;» porque en aquella época, la gran Luisona, como el pueblo había denominado en un principio el instrumento de Luis Guillotin, acababa de ser canonizada.

La casucha se hallaba cerrada, el serrador de madera había salido, y Lucía Darnay se halló completamente sola, lo cual le hacía experimentar una vivísima satisfacción. Pero el hombrecillo se hallaba por aquellos alrededores, y la tranquilidad de la jóven no duró casi nada. De allí á poco oyó un gran ruido de pasos acompañado de estrepitosas aclamaciones, y la pobre Lucía se sobrecogió de terror. Algunos minutos despues, la multitud desembocó por una calle próxima y rodeó la cárcel y la casucha situada al extremo de la tapia; quinientas personas, entre las cuales y en primer término aparecía la Venganza, dieron la mano al serrador de madera y se pusieron á bailar con el frenesí de cinco mil demonios: mujeres con mujeres, hombres con hombres, según lo disponía la casualidad. Su música era un canto popular, cuyo ritmo ferroz, rigurosamente observado por los bailarines, parecía el horrible castañeteo de hambrientas mandíbulas.

Aquello sólo fué al principio una irrupción de andrajos y gorros encarnados; pero tan pronto como el terreno quedó completamente invadido, ciertas figuras coreográficas se dibujaron en medio de aquellas revueltas masas, y aparecieron á los ojos de Lucía como el furioso espectro de un baile del infierno. Adelantáronse y retro-

cedieron incesantemente, golpearonse mutuamente en la mano, cogiéronse la cabeza recíprocamente, hicieron, uno por uno, varias piruetas alrededor de todos los demás, volvieron á agruparse y dieron vueltas de dos en dos, hasta que llegó un momento en que la mayor parte de aquellas parejas acabaron por dar en tierra, completamente rendidas de fatiga. Las que permanecieron en pié, formaron un corro general alrededor de las que yacían por el suelo; aquel corro se subdividió en una porción de pequeños círculos, de dos á cuatro personas, que giraron sobre sí mismos con una rapidez vertiginosa.

Golpearonse nuevamente en las manos, cogiéronse otra vez la cabeza, separáronse uno por uno y luego de dos en dos, y rehaciendo despues el corro, le hicieron girar en sentido inverso. Hubo un pequeño descanso; todo el mundo se puso á llevar el compás con verdadera rabia; luego aquel hirviente grupo se dividió en filas á todo lo ancho de la calle, y bailarines y bailarinas, con la cabeza gacha y los brazos levantados, emprendieron su furiosa marcha lanzando unos gritos espantosos.

Ningun combate hubiera podido ofrecer un espectáculo tan desgarrador como aquel placer llevado de la inocencia á la infernal embriaguez; pasatiempo saludable, degenerado en un medio de enardecer la sangre, de estraviar la razón y de endurecer los sentimientos del alma. La gracia que había aún en él, le hacía todavía más horrible, probando hasta qué punto pueden llegar á rebajarse y pervertirse las cosas más dignas de aplauso. Aquel pecho virginal, del cual había desaparecido el pudor; aquella linda cabeza casi infantil, animada por una alegría llena de odio; aquel delicado pié, que bailaba ligeramente en medio de aquel barro ensangrentado, representaban la locura de aquella época de descomposición.

Era la carmañola; en tanto que se alejaba dejando á la pobre Lucía helada de terror en el umbral de la puer-

ta del serrador de madera, la nieve caía con tanta calma y tanta pureza como si aquella odiosa vision no hubiese aparecido nunca.

—¡Ah padre mio, qué espectáculo tan horrible!

Mr. Manette llegó al lado de su hija en el momento en que Lucía, levantando de nuevo la cabeza, descubría sus ojos que había ocultado con ambas manos.

—Ya lo conozco, hija mía, lo he visto repetidísimas veces; pero no temas nada, ninguno de esos hombres se atrevería á causarte daño alguno.

—No tiemblo yo por mí, padre mio; pero cuando pienso que Carlos se halla á merced de esas gentes...

—Eso cesará muy pronto, yo te lo prometo. Cuando me he separado de él se dirigía hácia la ventana y he venido para decírtelo; estamos solos, puedes dirigirle un beso, allí á la parte superior del tejado que se halla sobre todos los demás.

—Lo hago con todo mi corazón, padre mio, y con él le envío toda mi alma.

—Tú, pobrecita mia, no puedes verle.

—No, padre mio, dijo Lucía llorando, mientras se besaba la mano mirando al sitio en que debía hallarse el detenido.

—Oyóse ruido de pasos sobre la nieve; era la tabernera que se aproximaba.

—Buenos días, ciudadana, dijo Mr. Manette al verla.

—Salud, ciudadano.

Siguió adelante sin volver la cabeza y se deslizó como una sombra sobre el piso cubierto de nieve.

—Cógete de mi brazo, ángel mio, ten valor; no te entristezcas; haz un esfuerzo en obsequio suyo y sonríete un poco; muy bien, hija mia.

Alejáronse de aquel sitio. Despues de algunos momentos de silencio, el doctor volvió á tomar la palabra y dijo á la jóven:

—Yo tenia un motivo para suplicarte que te sonrieses. Hoy podemos estar satisfechos: Carlos comparece mañana ante sus jueces.

—¿Mañana, padre mio?

—No hay tiempo que perder; he hecho todos mis preparativos; pero hay que tomar ciertas precauciones, que no podian adoptarse hasta saber con toda exactitud el dia de la vista. El lo ignora todavia; pero sé de muy buena tinta que el asunto se ha fijado para mañana, y que Carlos será conducido esta noche á la Conserjería. ¡Creo que ahora dejarás ya de estar intranquila!

—Yo tengo confianza en tí, balbuceó la pobre mujer con temblorosa voz.

—Y haces muy bien, querida mia. Todas nuestras penas van á tener fin; Carlos volverá mañana á nuestro lado; ya he reunido en favor suyo todas cuantas influencias son imaginables. Pero ahora tengo que ver...

El doctor se detuvo: el padre y la hija oyeron un ruido sordo. Tres carretas llenas de condenados á muerte pasaron á muy corta distancia del sitio en que se hallaban.

—Tengo que ver á Lorry ahora mismo, prosiguió el doctor continuando precipitadamente su marcha en compañía de Lucía.

El venerable anciano, atento siempre á su obligación, se hallaba como de costumbre en su puesto de honor. Examinados á cada momento él y sus libros al tratarse de una infinidad de fincas, convertidas en bienes nacionales, procuraba salvar para los antiguos poseedores todo cuanto humanamente le era posible. Nadie hubiera podido defender de aquel modo, sin tregua ni descanso, los grandes intereses confiados á la casa Tellson, y sobre todo nadie lo hubiera hecho empleando menos palabras y menos ostentacion.

El rojizo matiz que coloreaba las nubes, y la niebla

que se elevaba del Sena indicaban la terminación del día, y ya era casi de noche cuando el doctor y su hija llegaron al Banco. El magnífico palacio de monseñor, á un mismo tiempo profanado y desierto, ostentaba estas palabras escritas encima de un monton de cenizas y de inmundicias depositadas en el pátio: «Propiedad nacional. República francesa, una é indivisible. Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.»

¿Quién podía hallarse en compañía de Mr. Lorry? ¿A quién pertenecía aquella manta de viaje que se hallaba allí tirada sobre una silla? ¿A quién acababa de dejar el gentleman cuando, sumamente conmovido, se dirigió al lado de Lucía para estrecharla entre sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella le había balbuceado, cuando volviendo la cabeza hácia la puerta de la habitacion de donde acababa de salir, repitió alzando la voz: «Trasladado á la Conserjería para ser juzgado mañana?»

CAPITULO VI.

Triunfo.

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenían apelación, se reunia diariamente. La lista de los acusados que debían comparecer ante él se remitía el día anterior á cada cárcel, y el carcelero la leía á los individuos que en ella figuraban.

—Acercáos todos y escuchad: aquí teneis el periódico de la noche, repetía diariamente el carcelero, que habia hecho de esta frase su chanzoneta favorita.

—¿Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!

De este modo comenzaba en la Force el periódico de la noche, el día que la pobre Lucía vió bailar la carmañola.

Tan pronto como se pronunciaba el nombre de un preso, el individuo que lo llevaba debía salir de entre los demás y colocarse en un sitio aparte, reservado á los detenidos designados para el día siguiente. Carlos tenia tristes razones para no ignorar aquella costumbre; hacia quince meses que veia desaparecer á todos sus compañeros de infortunio, despues de haber sido sometidos á aquella formalidad.

El carcelero miró por encima de sus gafas para cerciorarse de que el referido Evremont se habia colocado en el sitio requerido, y continuó su lectura, deteniéndose del mismo modo á cada nombre que pronunciaba. La lista comprendia á veintitres; veinte detenidos tan sólo respondieron al llamamiento; los tres restantes habian fallecido: uno en la misma cárcel, y los otros dos en el cadalso; pero al redactar la lista se habia olvidado esta circunstancia.

La lectura de aquella lista fatal se habia verificado en la gran sala en que Carlos habia sido introducido el día de su entrada en la Force. Todas las personas á quienes habia hallado en aquella época habian sido asesinadas en Setiembre; y desde entonces cada uno de los amigos que habia visto salir, abandonaban la cárcel para subir al cadalso.

Despidiéronse unos de otros apresuradamente, y aquella conmovedora escena duró muy cortos momentos; era un incidente diario á que se hallaban todos acostumbrados, y los detenidos de la Force se disponian precisamente aquella misma noche á jugar á juegos de prendas, y debian además verificar un pequeño concierto. Todos aquellos individuos se agolparon á las rejas para ver salir á los acusados; derramáronse algunas lágrimas por los

que se elevaba del Sena indicaban la terminación del día, y ya era casi de noche cuando el doctor y su hija llegaron al Banco. El magnífico palacio de monseñor, á un mismo tiempo profanado y desierto, ostentaba estas palabras escritas encima de un monton de cenizas y de inmundicias depositadas en el pátio: «Propiedad nacional. República francesa, una é indivisible. Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte.»

¿Quién podía hallarse en compañía de Mr. Lorry? ¿A quién pertenecía aquella manta de viaje que se hallaba allí tirada sobre una silla? ¿A quién acababa de dejar el gentleman cuando, sumamente conmovido, se dirigió al lado de Lucía para estrecharla entre sus brazos? ¿A quién dijo las palabras que ella le había balbuceado, cuando volviendo la cabeza hácia la puerta de la habitacion de donde acababa de salir, repitió alzando la voz: «Trasladado á la Conserjería para ser juzgado mañana?»

CAPITULO VI.

Triunfo.

El tribunal revolucionario, compuesto de cinco jueces, del acusador público y de un jurado cuyas decisiones no tenían apelación, se reunia diariamente. La lista de los acusados que debían comparecer ante él se remitía el día anterior á cada cárcel, y el carcelero la leía á los individuos que en ella figuraban.

—Acercáos todos y escuchad: aquí teneis el periódico de la noche, repetía diariamente el carcelero, que habia hecho de esta frase su chanzoneta favorita.

—¿Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay!

De este modo comenzaba en la Force el periódico de la noche, el día que la pobre Lucía vió bailar la carmañola.

Tan pronto como se pronunciaba el nombre de un preso, el individuo que lo llevaba debía salir de entre los demás y colocarse en un sitio aparte, reservado á los detenidos designados para el día siguiente. Carlos tenia tristes razones para no ignorar aquella costumbre; hacia quince meses que veía desaparecer á todos sus compañeros de infortunio, despues de haber sido sometidos á aquella formalidad.

El carcelero miró por encima de sus gafas para cerciorarse de que el referido Evremont se habia colocado en el sitio requerido, y continuó su lectura, deteniéndose del mismo modo á cada nombre que pronunciaba. La lista comprendia á veintitres; veinte detenidos tan sólo respondieron al llamamiento; los tres restantes habian fallecido: uno en la misma cárcel, y los otros dos en el cadalso; pero al redactar la lista se habia olvidado esta circunstancia.

La lectura de aquella lista fatal se habia verificado en la gran sala en que Carlos habia sido introducido el día de su entrada en la Force. Todas las personas á quienes habia hallado en aquella época habian sido asesinadas en Setiembre; y desde entonces cada uno de los amigos que habia visto salir, abandonaban la cárcel para subir al cadalso.

Despidiéronse unos de otros apresuradamente, y aquella conmovedora escena duró muy cortos momentos; era un incidente diario á que se hallaban todos acostumbrados, y los detenidos de la Force se disponian precisamente aquella misma noche á jugar á juegos de prendas, y debian además verificar un pequeño concierto. Todos aquellos individuos se agolparon á las rejas para ver salir á los acusados; derramáronse algunas lágrimas por los

desgraciados que se alejaban; pero quedaban vacíos veinte lugares, y era preciso ocuparlos para que no pudiesen faltar las diversiones prometidas; y el tiempo se echaba encima; el carcelero debía volver dentro de muy poco para cerrar las puertas y poner la sala comun y los corredores bajo la custodia de los perros de presa, que eran los encargados de velar por el orden durante la noche.

No quiere decir todo esto que los detenidos de quienes hablamos fuesen insensibles; su despreocupacion provenia de la situacion en que se hallaban colocados, de las condiciones mismas de la época en que vivian, y no de la falta de sentimientos. La especie de fanatismo ó de embriaguez que llevó entonces á varias personas á desafiar la guillotina y á salir al encuentro del suplicio, no era una simple fanfarronada, sino el efecto contagioso del público frenesí. En tiempos de epidemia se ha visto á ciertos individuos de quienes se apoderaba el vértigo, ser atraidos por la enfermedad y desear morir de ella. Todos nosotros sentimos á veces esos extraños caprichos, que vuelven á reaparecer tan pronto como una circunstancia cualquiera los evoca.

El trayecto de la Force á la Conserjería era corto y tenebroso; la noche en sus nuevos calabozos, llenos de miseria, fué larga y fria para los veinte acusados. Conducidos ante el tribunal tan pronto como fué de día, quince de ellos comparecieron ante los jueces antes del que es objeto de nuestra historia. Los quince fueron condenados á muerte; su interrogatorio y su sentencia, dictada separadamente para cada uno de ellos, sólo ocupó durante hora y media al tribunal.

—¡Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay! gritó el presidente.

Los magistrados llevaban sombreros con plumas; pero el gorro encarnado, adornado con la escarpela tricolor, dominaba entre los concurrentes al acto. El detenido, al

dirigir una mirada á los jurados y al auditorio, hubiera podido pensar que se habia invertido el orden natural de las cosas y que los criminales juzgaban á las gentes de bien. Toda la hez del populacho dirigia los debates, hacia comentarios sumamente inconvenientes, aplaudia, desaprobaba, anticipaba y precipitaba el fallo, sin que el tribunal opusiera á todos aquellos actos la más insignificante resistencia. Casi todos los hombres iban armados; algunas de las mujeres llevaban puñales y cuchillos; otras comian y bebian sin dejar de observar lo que ocurría en el tribunal; la mayor parte de ellas hacian calceta. Una de estas últimas trabajaba con mayor actividad que ninguna de sus compañeras. Colocada en primer término, hallábase cerca de un hombre á quien el acusado no habia vuelto á ver desde su llegada á París, pero á quien reconoció inmediatamente. Era el ciudadano Defarge. La calcetera habló una ó dos veces al oído de su vecino, de lo cual coligió Carlos que debía ser la mujer del tabernero; y lo que llamó sobre todo la atencion del detenido, fué la afectacion con que procuraban ambos no mirar hácia el lado en que él se hallaba y del cual se encontraban á muy corta distancia. Los dos parecían hallarse muy poco satisfechos, y sus miradas no se apartaban un solo momento de los jurados.

En la parte inferior del sitio que ocupaba el presidente, se hallaba sentado el doctor Manette, vestido con su traje de todos los días; por lo que pudo comprender Carlos Darnay, él y Mr. Lorry eran los únicos concurrentes que no habian adoptado la carmañola.

Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, comparecia ante el tribunal como aristócrata, acusado de emigracion, y el acusador público pedía su cabeza en nombre del decreto de destierro que prohibía, bajo pena de muerte, la entrada de los emigrados en Francia. Poco importaba que el regreso del detenido fuese anterior al decreto invoca-

do: el referido Eyremont estaba allí, se le había preso en Francia, el decreto existía, y era preciso que se sometiese á él.

—¿Qué le corten la cabeza! gritaron los asistentes á la vista; es un enemigo de la República.

El presidente agitó la campanilla y preguntó al acusado si era cierto que había vivido muchos años en Inglaterra.

—Es cierto efectivamente.

Era por lo tanto un emigrado; ¿qué nombre se daba él á sí mismo?

—Soy un francés que habita la Inglaterra, y no un emigrado, en el sentido que la ley dá á esta calificación.

—¿Y por qué? le preguntaron.

—Porque he renunciado voluntariamente á mi posición y á un título que me era odioso; y porque si he abandonado mi patria mucho antes de que la palabra emigrado tuviese la significación que le dá el tribunal, lo he hecho prefiriendo vivir de mi propio trabajo en Inglaterra, antes que del trabajo del pueblo, del cual podía disfrutar en Francia.

—¿Cómo probais eso?

—Con el testimonio de Luis Gabelle y de Alejandro Manette.

—Pero vos os habeis casado en Londres, exclamó el presidente.

—Sí, pero no con una inglesa.

—¿Os habeis casado con una ciudadana de Francia?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Lucía Manette, hija del doctor Manette, antiguo detenido en la Bastilla.

Esta respuesta produjo muy buen efecto en el auditorio. Todo el mundo comenzó á publicar á gritos las alabanzas del doctor; y tal era la volubilidad del pueblo,

que las lágrimas corrieron por algunos de aquellos feroces rostros, que poco antes reflejaban el odio y el furor.

Cárlos había seguido hasta aquel momento las reiteradas indicaciones de su suegro, cuya suma previsión y diligencia había allanado todas las dificultades del peligroso camino en que se hallaba el detenido.

—¿Por qué volvisteis á Francia á últimos del año pasado? ¿Por qué aguardásteis á esa época para regresar á la patria? le preguntó el presidente.

—Si no volví antes, respondió, fué porque no tenía en mi país más medios de subsistencia que mi fortuna patrimonial, á la que había renunciado espontáneamente, mientras que en Inglaterra ganaba lo suficiente para vivir, enseñando la lengua y la literatura de mi patria. Si salí de Londres, fué cediendo á los ruegos de uno de mis compatriotas, cuya vida corría peligro con mi ausencia. Vine para salvar de la muerte á un ciudadano; vine para decir la verdad, corriendo voluntariamente mil riesgos y peligros: ¿puede la República considerar esto como un crimen?

—¡No, no! gritaron los circunstantes llenos de verdadero entusiasmo.

El presidente agitó inútilmente la campanilla; los alborotadores continuaron haciendo las mismas manifestaciones hasta que tuvieron por conveniente guardar silencio.

—¿Cómo se llama ese ciudadano? preguntó el presidente tan pronto como cesó aquella horrible algarabía.

El ciudadano en cuestión era el primer testigo de descargo. El detenido se refería con toda confianza á la carta de aquel ciudadano, carta que le había sido arrebatada al entrar en París, pero que se hallaba, sin duda alguna, entre los documentos que el tribunal tenía á la vista.

El doctor había tenido buen cuidado de hacerla figurar entre los indicados documentos, y el presidente la buscó y la leyó en voz alta.

El ciudadano Gabelle, citado ante el tribunal para declarar como testigo, confirmó no solamente todo cuanto había dicho el acusado, sino que insinuó además, con extremada delicadeza, que, debido sin duda á la infinidad de asuntos de que tenía que ocuparse la justicia para castigar á los numerosos enemigos del pueblo, había permanecido durante tres años en la Abadía, borrado completamente de la patriótica memoria del tribunal, hasta fines de la semana anterior, en que había sido llamado para comparecer; y que el jurado lo había mandado poner en libertad, declarando que la acusacion formulada contra el referido Gabelle quedaba anulada en vista de la presentacion del ciudadano Carlos Darnay.

En seguida fué interrogado Mr. Manette. La popularidad de que gozaba y la exactitud y concision de sus respuestas produjeron desde luego muy buen efecto; pero cuando demostró que el acusado había sido el primer amigo que halló al salir de la Bastilla; que desde entonces no había cesado el detenido de darle patentes pruebas de cariño en su destierro; que lejos de hallarse bien con el gobierno aristocrático de Inglaterra, Carlos Darnay había sido acusado como enemigo de la Gran Bretaña y como amigo de los Estados republicanos de América, el tribunal compartió las favorables impresiones del auditorio. Por último, cuando insistiendo sobre todos aquellos extremos con toda la fuerza y la energia que presta la verdad, apeló al testimonio de Mr. Lorry, ciudadano de Londres, que en aquel momento se hallaba en la sala, y que había figurado como testigo en la mencionada causa, el jurado se dió por suficientemente enterado, y declaró hallarse pronto á dictar su fallo, previa la vènia del presidente.

Al emitirse cada voto (los jurados daban su opinion verbalmente y en alta voz), la asamblea prorrumpió en entusiastas y ruidosas aclamaciones. Todos los individuos

del jurado votaron en favor del detenido, y Carlos Darnay fué declarado inocente por unanimidad.

Entonces comenzó una de esas demostraciones á que el pueblo se mostraba tan aficionado, aún en aquella época de sanguinario furor. ¿Obedecian exclusivamente á su volubilidad, cedian á los generosos impulsos que aún vibraban en sus almas, ó querian compensar los feroces actos que pesaban sobre sus conciencias? ¿Quién era capaz de adivinarlo? Tal vez influian en ello estos tres motivos, por mas que el segundo predominase sobre los otros dos. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que las lágrimas corrieron abundantemente, y los hombres y las mujeres abrazaron á Carlos Darnay con tan fervoroso entusiasmo, que estuvo á punto de ponerse enfermo, debilitado como estaba ya por su larga detencion y profundamente conmovido al pensar que aquellas mismas gentes, impelidas por otra corriente, le hubieran hecho trizas con igual entusiasmo.

La necesidad de dejar su puesto á otros nuevos acusados, libró á nuestro amigo de las cariñosas demostraciones de que era objeto. Acababan de presentarse ante el tribunal para ser juzgados en masa, cinco detenidos acusados de ser emigrados de la República, toda vez que no le habían ayudado ni con sus discursos ni con sus actos. Tal fué la prontitud con que los jueces indemnizaron al pueblo y se indemnizaron á si mismos de la absolucion que acababan de decretar, que antes de que Carlos Darnay hubiese abandonado la sala, se decidió que los cinco detenidos fuesen ejecutados en el término de veinticuatro horas.

En honor de la verdad, esta última causa no había tenido un auditorio que pudiese prolongar los debates; porque al salir del palacio de justicia, el doctor y su yerno se hallaron en medio de un gentío inmenso, entre el cual reconoció Mr. Manette todas las caras que había vis-

to en la sala, excepcion hecha de dos personas, á las cuales buscó inutilmente. Tan pronto como apareció Carlos, acompañado del doctor, comenzaron de nuevo las aclamaciones, los gritos, los aplausos y los abrazos, pero con un entusiasmo cada vez creciente.

La multitud se habia apoderado de una silla, no se sabe si en el mismo tribunal ó en una de las salas inmediatas; despues de cubrirla con una bandera encarnada, sujetaron á ella una pica coronada con un gorro colorado. El doctor, á pesar de sus vivas instancias, no pudo impedir que colocasen á su yerno en aquella silla patriótica; y en tanto que le llevaban en triunfo, en medio de aquel hirviente oceano de gorros encarnados, del cual surgian ante sus ojos restos de rostros humanos, Carlos se preguntó más de una vez si no iba en la carreta que le conducia á la guillotina.

Rodeándole de un séquito que le parecia producto de una alucinacion, abrazando á todos cuantos se hallaban en su camino, mostrándole con el dedo y lanzando gritos de entusiasmo, le pasearon por la ciudad; y enrojeciendo con el color republicano las calles cuyos empedrados habian enrojecido con un color más sombrío, llegaron á la casa del doctor y entraron en el pátio, en el cual dejaron á Carlos Darnay.

Lucia, preparada por Mr. Manette para el espectáculo que iba á presenciar, bajó cuando Carlos echó pié á tierra y cayó sin conocimiento en los brazos de su marido.

En tanto que él la estrechaba sobre su corazon, cuidando de colocarse entre ella y los que le escoltaban, para ocultarla á las miradas de la multitud, algunos individuos se pusieron á bailar; todos los demás siguieron inmediatamente su ejemplo, y la carmañola comenzó á girar en el pátio. Luego llevaron sobre la silla triunfal á una muchacha que figuró la diosa de la libertad, y desbordándose desde el pátio á las calles inmediatas por los

malecones y por el puente, la carmañola, cuyo oleage aumentaba por momentos, se alejó como un revuelto torbellino.

Despues de estrechar la mano de su suegro, que le contemplaba lleno de orgullo, y la de Mr. Lorry, que llegaba completamente rendido por la lucha que habia sostenido con los bailarines; despues de abrazar á la pequeña Lucia, á quien habian aleccionado para que pudiese echarle los brazos al cuello, y á la fiel miss Pross que llevaba á la niña, estrechó entre sus brazos á su mujer:

—¡Lucia! ¡querida de mi alma! ya estoy en libertad, ya me tienes á tu lado.

—Carlos, querido mio, déjame dar gracias á Dios, que ha querido escuchar mis súplicas.

Todos permanecieron recogidos y silenciosos.

—Y ahora, ángel mio, habla á tu padre, dile todo cuanto yo experimento; nadie hubiera podido hacer lo que él ha hecho por mí.

Lucia apoyó su cabeza sobre el pecho de Mr. Manette, del mismo modo que habia apoyado en otro tiempo sobre su corazon la pobre cabeza del zapatero. El doctor gozaba al ver que habia podido pagar aquella deuda; tenia al fin la recompensa de todos sus sufrimientos, y se sentia orgulloso y fuerte.

No tengas miedo, hermosa mia, dijo á su hija regañándola con suma dulzura. ¿Por qué temblar ahora? ya le salvado; ya no hay nada que temer.

CAPITULO VII.

Llamán á la puerta.

¡Salvado! decía su padre. No era uno de esos sueños que ella había tenido tantas veces durante aquellos terribles quince meses. Carlos estaba allí, y sin embargo ella temblaba; una vaga inquietud se apoderaba de su alma; tenía miedo.

¡Estaba el cielo tan sombrío, era el pueblo tan inconstante y tenía tanta sed de venganza! morían diariamente tantos inocentes, tantos desdichados no ménos hombres de bien que su marido y no ménos queridos á los que los lloraban, que Lucía no acababa en modo alguno de tranquilizarse. La sombra comenzaba á descender y continuaba oyéndose el horrible crujido de aquellas espantosas carretas. Ella las seguía con la imaginación, buscaba á su marido en medio de los condenados á muerte, y estrechando contra sí á Carlos para asegurarse de su presencia, temblaba cada vez más y su terror crecía por momentos.

Su padre trataba de animarla y consideraba aquella debilidad mujeril con cierto aire de superioridad y compasión. Ya había desaparecido todo recuerdo del chirivital de San Antonio, ya no se acordaba de sus tareas de zapatero, ni del número 105, ni de la torre del Norte. Había llenado su misión, había cumplido su promesa, había salvado á Carlos: toda la familia podía, pues, confiar en su fuerza y en su prestigio.

Vivían con cierta estrechez; no solamente porque esto era necesario como medida de seguridad, puesto que semejante género de vida no insultaba la pobreza del pue-

blo, sino porque además tampoco eran ricos. Había que pagar muy caros los malos alimentos que Carlos recibía en la prision; dar mucho dinero á los empleados de la cárcel, y contribuir al sostenimiento de los presos que carecían de toda clase de recursos. De lo cual resultaba que por una economía impuesta por las circunstancias y por el deseo de evitar todo espionaje, no tenían más criado que Jerry, cuyo individuo les había cedido el gentleman casi por completo.

Un bando del municipio disponía que sobre la puerta de cada casa y á una altura conveniente del piso de la calle, se escribiese en caracteres legibles los nombres de todas las personas que la habitaban. El nombre de Jerry Cruncher figuraba por lo tanto en la fachada de la casa del doctor; y en tanto que las sombras de la noche iban extendiéndose sobre la ciudad, Cruncher vigilaba á un pintor que Mr. Manette había mandado llamar para añadir á la lista que decoraba su puerta, el nombre del ciudadano Evremont, llamado Carlos Darnay.

El temor y la desconfianza que reinaban entonces, habían modificado las costumbres más inocentes de la vida; en la casa del doctor, lo mismo que en otras muchas, se hacía cada noche la compra de las provisiones necesarias, y se compraban al pormenor en las más modestas tiendecillas, que se variaban todo lo posible, con objeto de no llamar la atención ni excitar la envidia de nadie.

Hacia quince meses que miss Pross y Cruncher se encargaban de dichas compras; ella tenía el dinero y él llevaba en un cesto los comestibles. Todas las noches, á la hora en que se encendían los faroles, salían los dos en amor y compañía á hacer la compra para el día siguiente. Miss Pross, despues de habitar quince años en la casa del doctor, hubiera podido saber el francés tan perfectamente como su lengua nativa; pero había hecho por su parte todo lo posible para no conseguirlo, y aquel absurdo ga-

limatías (este era el nombre que ella daba á la lengua francesa) le era tan desconocido como al mismo Cruncher. Todas sus relaciones con los tenderos á quienes solía comprar algo se reducían, pues, á dispararles á boca de jarro alguno que otro dificultoso sustantivo; y cuando éste no designaba la cosa que ella deseaba, cogía el objeto de que se trataba y no se desprendía de él hasta que el trato quedaba terminado, no dejando nunca de levantar un dedo ménos que el negociante, cualquiera que fuese el número de los que él hubiese mostrado al principio, y que figuraban los sueldos, los ochavos ó las libras que representaban el precio del artículo.

—Ahora, Mr. Cruncher, dijo el ama de gobierno, cuyos ojos se hallaban enrojecidos por las lágrimas de alegría que habían derramado, si estais preparado, nos pondremos en marcha.

Jerry, con su voz siempre ronca, se puso á las órdenes de miss Pross.

—Vamos de prisita, dijo miss Pross, porque necesitamos una infinidad de cosas; en primer lugar nos hace falta vino; los gorros colorados van á beber á nuestra salud en la tienda en donde lo compramos.

—Para lo que entendeis la lengua, miss, lo mismo os da que beban á vuestra salud ó á la del viejo, replicó Jerry.

—¿De qué viejo hablais, Mr. Cruncher?

Este explicó timidamente que se trataba del diablo.

—¡Ah! dije, el ama de gobierno, no hace falta ningun intérprete para saber lo que significan esos monstruos colorados; todos ellos no representan mas que el asesinato y la desgracia.

—¡Chist! callad por todos los santos del cielo, querida Pross, exclamó Lucia.

—Sí, sí, no tengais cuidado, replicó la vieja solterona, seré prudente; pero aquí entre nosotros puedo aseguráros

que tengo horror á todas esas gentes que apestan á cebolla y á tabaco, y procuro siempre no tropezar con ellos en mi camino. Vos, pichoncita mia, quedáos ahí quieta al lado de la chimenea; cuidad á vuestro buen marido, y no separeis vuestra linda cabeza de su hombro, como haceis en este momento. Doctor, ¿me permitis que os haga una pregunta?

—Preguntad con toda libertad lo que querais, respondió Mr. Manette sonriéndose.

—En nombre del cielo, no hableis de libertad; bastante tenemos por ahora, dijo el ama de gobierno.

—¡Chist! repitió Lucia; ¿es que no piensas enmendarte?

—Querida mia, repuso la vieja solterona moviendo la cabeza, yo soy súbdito de S. M. el rey de Inglaterra Jorge III, (miss Pross hizo una profunda reverencia al nombrar á su soberano) y como tal, pido al Señor, y se lo pido incesantemente, que confunda la política infernal de esos desalmados y haga abortar sus satánicos proyectos; yo tengo gran confianza en el poderoso monarca que nos protege, y deseo que Dios salve al rey.

Mr. Cruncher, en un acceso de fidelidad monárquica, pronunció entre dientes las últimas palabras de miss Pross, como si hubiese respondido en la iglesia.

—Mucho celebro que seais un buen inglés, dijo miss Pross con acento de aprobacion; pero siento que vuestro catarro os haya echado á perder la voz. Pero volviendo á mi pregunta, doctor, yo quisiera saber si tardaremos mucho en abandonar esta espantosa ciudad.

—Puede que sí, miss Pross; el precipitar nuestra marcha podria ser peligroso para Carlos.

—¡Bien, bien! dijo alegremente la vieja solterona, que ahogó un suspiro al contemplar los dorados cabellos de la hija del doctor; ¡qué se le ha de hacer! tendremos paciencia; llevaremos erguida la cabeza y aniquilaremos al enemigo, como decia mi hermano Salomon. Vámonos,

Mr. Cruncher. No os mováis de vuestro sitio, pichoncita mía.

Los dos súbditos del rey Jorge III salieron á la calle, dejando á Lucía, Cárlos, el doctor y la niña cerea de una bien provista chimenea, y esperando de un momento á otro á Mr. Lorry. Miss Pross había encendido el quinqué, pero lo había colocado en un ángulo de la habitación para que la familia pudiese gozar de la claridad de las llamas y de sus vistosos efectos. La pequeña Lucía se hallaba al lado de su abuelo, cuyos brazos estrechaba entre los suyos; y el doctor, hablando en voz baja, le comenzó la historia de una hada milagrosa que había derribado los muros de una prision para librar á un cautivo que en otro tiempo le había sido útil.

La calma reinaba en el saloncito del doctor y en toda la vecindad, y Lucía comenzaba á tranquilizarse.

—¿Qué es eso? preguntó de repente.

Querida mía, dijo el doctor interrumpiendo su historia y estrechando entre las suyas la mano de la jóven, no te dejes llevar así de tus impresiones. Nunca te he visto tan nerviosa; la cosa más insignificante te sobresalta: ¿es posible, hija mía, que te turbes sin motivo ninguno?

—Creí oír ruido de pasos en la escalera, dijo con voz temblorosa.

—No, ángel mio; nunca ha estado la casa más tranquila que en este momento.

Al decir estas palabras, llamaron con gran violencia á la puerta.

—¡Ah padre mio, ocultémosle! Tú le salvarás, ¿no es verdad?

—No temas nada, hija mía, dijo el doctor poniéndose en pié; yo le salvaré otra vez más; pero ¿quién puede amenazarle? Déjame que vaya á abrir.

Cogió el quinqué, atravesó las dos habitaciones que precedían al salon, y abrió la puerta de la escalera. Oyé-

ronse fuertes pisadas en el portal, y cuatro hombres armados con sables y pistolas penetraron en la habitación en que se hallaban Cárlos y su mujer.

—¿Está aqui el ciudadano Evremont? dijo uno de ellos.

—¿Qué se os ofrece? preguntó Cárlos.

—Venimos á buscarle, respondió el patriota; pero eres tú, sin duda alguna, yo te reconozco; estabas esta mañana en el tribunal. Dáte preso en nombre de la República.

Los cuatro hombres rodearon á Cárlos, á cuyo lado se hallaban Lucía y su hija.

—¿En virtud de qué sentencia, y por qué crimen se me detiene nuevamente?

—Ya lo sabrás mañana, que es cuando deben juzgarte; ahora tienes que venir á la Conserjería.

El doctor, aterrizado por aquella visita, parecía una estatua. Adelantóse al escuchar estas palabras, colocó el quinqué en la mesa, miró al patriota, y cogiéndole por la pechera de su camisa de lana roja:

—Si le conocéis á él, dijo, ¿no me conocéis tambien á mí?

—Perfectamente, ciudadano.

—Todos nosotros te conocemos, ciudadano, dijeron los otros tres.

Mr. Manette los miró con aire distraído, y dijo en voz baja, despues de un momento de silencio:

—¿Por qué venís á prenderle?

—Ciudadano doctor, respondió el primer patriota con visible repugnancia, porque acaba de ser denunciado á la seccion de San Antonio; luego, dirigiéndose á uno de sus compañeros, añadió: este ciudadano, que es del mismo barrio, podrá deciroslo.

El ciudadano á quien se referia, hizo un signo afirmativo.

—¿Y de qué se le acusa? prosiguió el doctor.

—No lo preguntéis, ciudadano, respondió el otro. Si la República exige de vos un sacrificio, sois bastante buen patriota para hacerlo sin titubear un solo momento; eso ya lo sabemos; la República es antes que nada; el pueblo es soberano; eso nadie lo ignora. Vamos, Evremont, tenemos mucha prisa.

—Escuchad una palabra, repuso el doctor con voz suplicante; ¿quién le denuncia?

—Eso no debe decirse; pero preguntádselo al patriota del barrio de San Antonio.

Mr. Manette miró al patriota en cuestion, el cual se restregó la parte superior del pié derecho con el pié izquierdo, se atusó la barba y respondió por fin:

—Es verdad, eso no debe decirse; pero, sin embargo, yo os lo diré: le han denunciado...

El hombre se detuvo y luego añadió con cierta gravedad:

—Le han denunciado el ciudadano y la ciudadana Defarge... y además otra persona.

—¿Quién?

—¿Os empeñais en saberlo?

—Sí.

—¡Pues bien! dijo el hombre del arrabal de San Antonio mirándole de un modo extraño, ya lo sabreis mañana; en este momento no puedo decíroslo.

CAPITULO VIII.

Una partida de naipes.

Miss Pross, sin sospechar siquiera la nueva desgracia que acababa de suceder á las personas á quienes amaba, recorrió las estrechas calles que conducian al Sena y

atravesó el Puente Nuevo, procurando recordar las cosas más indispensables que debía llevar á casa. Jerry iba á su lado con la cesta colgada del brazo; los dos miraban á derecha y á izquierda todas las tiendas, y al verlas ocupadas por una porcion de individuos, deshacian el camino andado para evitar los grupos en que se hablaba con demasiada animacion. El frio era intenso, y en el rio, envuelto por la espesa niebla, se divisaban unos siniestros resplandores y se oia un fuerte martilleo que indicaba el sitio en que se hallaban situados los barcos destinados á la fabricacion de fusiles para los ejércitos de la República. Infeliz del que tratase de hacer traicion á aquellos ejércitos en que el mérito no guardaba relacion con el grado que cada uno ostentaba; más le hubiera valido morir antes que le saliera la barba, porque la guillotina se encargaria de afeitarse á la mayor brevedad.

Miss Pross, despues de hacer algunas compras en la tienda de un lonjista, recordó que necesitaba llevar vino; continuó su marcha, y dirigiendo una mirada escrutadora á todas las tabernas, se detuvo ante la muestra de «Bruto, el buen republicano,» situada á dos pasos del Palacio Nacional (que se habia convertido nuevamente en las Tullerías, como se le llamaba anteriormente). Una tranquilidad relativa reinaba en aquella taberna; y aun cuando se veia en ella alguno que otro gorro patriótico, el interior era ménos rojo que el de los demás figones que el ama de gobierno habia hallado en su larga expedicion. Despues de consultar á Jerry, que fué de su misma opinion, miss Pross y su acompañante entraron en la taberna de Bruto, el buen republicano.

Sin hacer caso de los humeantes quinqués ni de las personas que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con unos súcios naipes ó con unos dominós amarillentos, ni del trabajador que, con los brazos remangados, el pecho descubierto y la cara llena de tiz-

—No lo preguntéis, ciudadano, respondió el otro. Si la República exige de vos un sacrificio, sois bastante buen patriota para hacerlo sin titubear un solo momento; eso ya lo sabemos; la República es antes que nada; el pueblo es soberano; eso nadie lo ignora. Vamos, Evremont, tenemos mucha prisa.

—Escuchad una palabra, repuso el doctor con voz suplicante; ¿quién le denuncia?

—Eso no debe decirse; pero preguntádselo al patriota del barrio de San Antonio.

Mr. Manette miró al patriota en cuestion, el cual se restregó la parte superior del pié derecho con el pié izquierdo, se atusó la barba y respondió por fin:

—Es verdad, eso no debe decirse; pero, sin embargo, yo os lo diré: le han denunciado...

El hombre se detuvo y luego añadió con cierta gravedad:

—Le han denunciado el ciudadano y la ciudadana Defarge... y además otra persona.

—¿Quién?

—¿Os empeñais en saberlo?

—Sí.

—¡Pues bien! dijo el hombre del arrabal de San Antonio mirándole de un modo extraño, ya lo sabreis mañana; en este momento no puedo decíroslo.

CAPITULO VIII.

Una partida de naipes.

Miss Pross, sin sospechar siquiera la nueva desgracia que acababa de suceder á las personas á quienes amaba, recorrió las estrechas calles que conducian al Sena y

atravesó el Puente Nuevo, procurando recordar las cosas más indispensables que debía llevar á casa. Jerry iba á su lado con la cesta colgada del brazo; los dos miraban á derecha y á izquierda todas las tiendas, y al verlas ocupadas por una porcion de individuos, deshacian el camino andado para evitar los grupos en que se hablaba con demasiada animacion. El frio era intenso, y en el rio, envuelto por la espesa niebla, se divisaban unos siniestros resplandores y se oia un fuerte martilleo que indicaba el sitio en que se hallaban situados los barcos destinados á la fabricacion de fusiles para los ejércitos de la República. Infeliz del que tratase de hacer traicion á aquellos ejércitos en que el mérito no guardaba relacion con el grado que cada uno ostentaba; más le hubiera valido morir antes que le saliera la barba, porque la guillotina se encargaria de afeitarle á la mayor brevedad.

Miss Pross, despues de hacer algunas compras en la tienda de un lonjista, recordó que necesitaba llevar vino; continuó su marcha, y dirigiendo una mirada escrutadora á todas las tabernas, se detuvo ante la muestra de «Bruto, el buen republicano,» situada á dos pasos del Palacio Nacional (que se habia convertido nuevamente en las Tullerías, como se le llamaba anteriormente). Una tranquilidad relativa reinaba en aquella taberna; y aun cuando se veia en ella alguno que otro gorro patriótico, el interior era ménos rojo que el de los demás figones que el ama de gobierno habia hallado en su larga expedicion. Despues de consultar á Jerry, que fué de su misma opinion, miss Pross y su acompañante entraron en la taberna de Bruto, el buen republicano.

Sin hacer caso de los humeantes quinqués ni de las personas que, con la pipa en la boca y el gorro en la cabeza, jugaban con unos súcios naipes ó con unos dominós amarillentos, ni del trabajador que, con los brazos remangados, el pecho descubierto y la cara llena de tiz-

nonas, leía en voz alta el periódico del día; sin mirar á los que le escuchaban, ni fijarse en las armas que llevaban los bebedores ó se hallaban apoyadas contra las paredes; sin ver á los dos ó tres hombres que, tendidos en el suelo y cubiertos con la zamarra de pelo largo, que era por entonces la moda dominante, parecían unos perros de aguas durmiendo, nuestros dos compradores se acercaron al mostrador é indicaron lo que deseaban.

Mientras llenaban sus botellas, un hombre, colocado delante de una de las mesas que se hallaban al otro extremo de la sala, se despidió del compañero con quien estaba bebiendo y se dirigió hácia la puerta; para salir le era preciso pasar por enfrente del mostrador, y cuando llegó á él, miss Pross cruzó las manos y lanzó un grito penetrante.

Todos los circunstancias se pusieron de pié inmediatamente; creyeron que acababa de cometerse un asesinato; pero en vez de una víctima tendida sobre el suelo, vieron á un hombre y á una mujer que, enfrente uno de otro, se contemplaban llenos de sorpresa. El hombre tenía todo el aspecto de un excelente patriota; la mujer, sin ningún género de duda, era positivamente una inglesa.

Las enérgicas palabras que aquel desengaño inspiró á los discípulos de Bruto, hubieran sido completamente ininteligibles para miss Pross y su acompañante, aun cuando las hubiesen escuchado con la mayor atención; pero ninguno de los dos veía ni oía nada, porque la sorpresa de Cruncher era por lo ménos tan grande como la del ama de gobierno.

—¿Qué os sucede? dijo en inglés y en voz baja el hombre que causaba la admiración de entrambos.

—¡Querido Salomon! exclamó miss Pross juntando las manos; ¡hallarte aquí despues de tanto tiempo sin tener noticias tuyas!

—¿Queréis que me maten? dijo el hombre lleno de terror.

—¡Hermano mio! exclamó la vieja solterona derramando unos gruesos lagrimones, ¿merezco yo que me bagas semejante pregunta?

—Pues tened quieta la lengua; si tenéis algo que decirme, salgamos y hablemos ahí fuera. ¿Quién es este hombre?

Miss Pross, moviendo la cabeza y contemplando á su hermano cariñosamente, contestó que era Mr. Cruncher.

—Que salga con nosotros, dijo Salomon; ¿cómo me mira! ¿Se figura acaso que soy un aparecido?

Bien podía ser; sin embargo, Jerry no contestó nada, y el ama de gobierno, escudriñando las profundidades de su saquillo, acabó por encontrar su bolsa y pagó el vino que entregaban á Cruncher. Entre tanto, Salomon dió algunas explicaciones á los concurrentes, los cuales parecieron quedar satisfechos. Todo el mundo volvió á ocupar su puesto y continuó el interrumpido juego.

—Decidme ahora qué es lo que queréis, exclamó Salomon deteniéndose en la esquina de la calle.

—¡Me parte el corazón, exclamó miss Pross, el que un hermano á quien tanto he querido siempre, me dispense semejante acogida!

—¡Que demonio! replicó Salomon posando sus lábios en el rostro de su hermana. Vamos, ¿estáis ya contenta?

Miss Pross movió la cabeza y continuó floriqueando.

—Si creis haberme sorprendido hace un momento, os equivocais, dijo el hermano; yo sabia que os hallábais en París; conozco á casi todos los habitantes de esta ciudad; y si no abrigais el propósito de hacer que me maten, como estoy á punto de ercer, continuad vuestro camino, despachad vuestros asuntos y dejad que yo me ocupe de los míos; no tengo ningún tiempo que perder; soy un funcionario público.

—¡Tú, hermano mio! dijo gimiendo la vieja solterona y elevando al cielo sus ojos llenos de lágrimas; ¡Salomon,

que podia prestar eminentes servicios á su país natal, ponerse al servicio de una nacion extraña! y ¡qué nacion! Mejor quisiera verte tendido en la...

—Bien decía yo, interrumpió Salomon; ¡tú quieres mi muerte! tú quieres hacerme sospechoso, precisamente ahora que comienzo á hacer mi carrera.

—¡Dios me libre de semejante cosa! exclamó miss Pross. Preferiria no volver á verte en toda mi vida, querido Salomon, á pesar de que no puedes imaginarte el pesar que eso me causaria! Dime una sola palabra cariñosa; dime que no estás enojado, que no estás resentido conmigo, y me marcho ahora mismo.

¡Pobre mujer! ¡como si ella mereciese la indiferencia de su hermano! ¡como si todo el mundo no supiese que un día, ya hacia de esto algunos años, aquel grandísimo bribon habia abandonado á su hermana despues de haber derrochado todo el dinero que la infeliz tenia!

Salomon, sin embargo, pronunció la palabra cariñosa que solicitaba la vieja solterona, y acababa de salir de sus labios, con el aire de proteccion y de condescendencia que hubiera adoptado si los papeles se hallasen invertidos (cosa que siempre sucede en este pícaro mundo), cuando Cruncher, tocándole en el hombro, le dirigió con voz cavernosa la siguiente inesperada pregunta:

—¿Teneis la bondad de decirme si os llamais John Salomon ó Salomon John?

El funcionario público se volvió vivamente y miró al inglés con marcada desconfianza.

—Vamos, repuso el interlocutor, sed franco. Esta señora os llama Salomon, y debe saber lo que se dice, puesto que sois su hermano; pero yo os conozco bajo el nombre de John: ¿cuál de estos dos nombres es el primero? El apellido Pross no era el que llevábais en Londres.

—No comprendo lo que quereis decir; explicáos claramente.

—Comprendeis muy bien lo que os digo; y lo confesariais inmediatamente si yo pudiese recordar el nombre que llevábais en Inglaterra.

—¡Bah, bah! exclamó John esforzando una sonrisa.

—Era un nombre de dos silabas.

—¿De veras?

—Sí; el de vuestro amigo no tenia más que una. Yo os conozco: os presentásteis como espía y como festigo en el tribunal de justicia. En nombre del espíritu de la mentira, que es vuestro padre, ¿cómo demonio os llamábais entonces?

—Barsad, dijo un nuevo interlocutor.

—¡Es verdad! exclamó Jerry; ese era precisamente el nombre que yo queria recordar.

El personaje que habia pronounciado este nombre era Mr. Cartone. Con las manos escondidas bajo su levita y cruzadas hácia atrás, se colocó al lado de Jerry con el mismo aire distraido que le vimos en Old-Bailey.

—Nos os asusteis, miss Pross; he llegado ayer por la noche, cosa que sorprendió muy de veras á Mr. Lorry, y hemos decidido, de comun acuerdo, que yo no me presentaria en ningun sitio, sino en caso de extrema necesidad. Si me he aproximado á vuestro lado es porque necesito hablar con vuestro hermano. Siento de veras, miss Pross, que se dedique á hacer con los presos el papel de *carnero*.

Designábase con este nombre á los individuos que en aquella época tenian la mision de ejercer el espionaje en las cárceles. John Barsad se puso lívido y preguntó que quién se atrevia á...

—La casualidad ha hecho que os encuentre hace una hora, le dijo Cartone, en ocasion en que saliais de la Conserjeria, cuyo edificio me hallaba contemplando. Yo soy buen fisonomista, y vuestras facciones no pueden confundirse con las de nadie. Deseandó saber cuáles eran

vuestras relaciones con la cárcel francesa, os he seguido hasta esa taberna, y sentándome detrás de vos, he podido colegir de vuestras palabras y de las frases que los demás os dirigian, la ocupacion á que os dedicais. Este descubrimiento ha convertido poco á poco en un proyecto firmísimo una idea que confusamente se me habia ocurrido, Mr. Barsad.

—¿Y qué proyecto es ese? preguntó el espía.

—Seria peligroso el explicároslo aquí; ¿teneis la bondad de acompañarme á un sitio más seguro, al Banco Tellstone, por ejemplo?

—Parece que vuestras palabras envuelven una amenaza.

—No os he dirigido amenaza ninguna.

—¿Y qué necesidad tengo yo de ir á semejante sitio?

—Creo que no podeis pasar por otro punto.

—Entonces sabeis más de lo que quereis decir, replicó el espía un tanto preocupado.

—Veo que no os falta inteligencia, Mr. Barsad: efectivamente, yo sé muchas cosas.

La indolencia de Cartone le servia de poderoso auxiliar en aquella ocasion, dado el proyecto que acariciaba y el hombre con quien se las habia; así lo echó de ver inmediatamente y no dejó de aprovechar tan favorable circunstancia.

—Yo sabia demasiado bien, dijo el espía mirando á su hermana, que acabaríais por meterme en algun berenjenal; si esto concluye en bien, vos solamente tendreis la culpa.

—Mr. Barsad, repuso Cartone, no seais ingrato; á no ser por el respeto que debo á miss Pross, os hubiera tratado de muy distinta manera, y ya sabríais hace un rato cuál es la proposicion que pienso haceros. Conque ¿venis al Banco?

—Sí; deseo saber qué es lo que teneis que decirme.

—Acompañemos primeramente á vuestra hermana hasta la esquina de la calle en que vive. Miss Pross, tened la bondad de aceptar mi brazo: en estas circunstancias podria ser peligroso el dejaros marchar sola; porque como Mr. Cruncher conoce á Mr. Barsad, es muy conveniente que venga tambien conmigo.

Miss Pross recordó hasta el fin de su vida que al cruzar las manos sobre el brazo que acababan de ofrecerle y al mirar á Mr. Cartone pidiéndole gracia para el indigno Salomon, vió en los ojos cuya mirada buscaba, una firmeza y un entusiasmo que desmentian la habitual indiferencia del abogado, trasformándole completamente; pero ella se hallaba entonces demasiado preocupada con su hermano para fijarse en semejante observacion.

Al llegar á la esquina de la calle en que habitaba el doctor, los tres individuos que acompañaban á miss Pross se separaron de ella, y se dirigieron á la casa Tellstone, que se hallaba á muy corta distancia.

Mr. Lorry acababa de comer y contemplaba el brillante y vivísimo fuego que ardia en la chimenea; tal vez buscaba en él el retrato de aquel agente de Tellstone que en otro tiempo se habia instalado ante la chimenea de la fonda del rey Jorge. Volvió la cabeza al notar que abrian la puerta, y manifestó alguna sorpresa al ver á una persona extraña.

—El hermano de miss Pross, Joh Barsad, dijo Cartone.

—¡Barsad! repitió el anciano gentleman; ¡Barsad! Recuerdo confusamente haber oido alguna vez ese nombre, y las facciones de este caballero no me son ciertamente desconocidas.

—Bien decia yo que teniais una fisonomía que no se olvida, repuso friamente Cartone; sentaos, John Barsad. Y tomando él mismo una silla, añadió con tono sereno:

—El señor ha figurado como testigo en la causa de alta traición.

Mr. Lorry lo recordó inmediatamente, y examinó al testigo falso con visible repugnancia.

—Miss Pross ha reconocido en Mr. Barsad al hermano de quien le habeis oído hablar con tan extremado cariño, y él mismo ha reconocido ese parentesco, dijo Cartone; pero pasemos á otras noticias más tristes: Darnay ha sido nuevamente preso.

—¿Qué decis! exclamó el gentleman profundamente consternado. ¡Si aún no hace dos horas que me he separado de él, y se hallaba en completa libertad y exento de toda inquietud!

—Pues no lo dudeis, está preso. ¿Cuándo ha sido preso, Mr. Barsad?

—Hace un momento.

—La afirmación de John Barsad tiene en este asunto una gran autoridad, dijo Sydney; él mismo me ha comunicado la noticia al referirsela á uno de sus colegas con quien se hallaba apurando una botella. «Acabo de dejar, decía, á los cuatro hombres encargados de prenderle en la misma puerta de la casa que habita, y he visto que les han franqueado la entrada. Por lo tanto la cosa puede darse ya por hecha.»

La inteligente mirada de Mr. Lorry notó en el rostro de Sydney que era inútil insistir más sobre aquel particular, y que la detención se había verificado en efecto. Profundamente afectado con aquella noticia, pero comprendiendo por otra parte que necesitaba toda su sangre fría, el excelente anciano dominó su emoción y escuchó atentamente las palabras de Sydney.

—Yo creo, repuso éste, que la influencia de Mr. Manette logrará mañana el mismo efecto que hoy; pero también puede suceder lo contrario. Confieso, además, que me causa un profundo disgusto el ver que el doctor no ha podido prever esta segunda detención.

—Es muy probable que no sospechase nada, dijo monsieur Lorry, porque de otro modo...

—Pues su ignorancia del hecho es precisamente lo que me tiene inquieto; yo no puedo explicarme que en un asunto que le atañe tan directamente, se hayan atrevido á adoptar semejante medida sin contar con él para nada.

—Es verdad, dijo el gentleman acariciándose la barbilla con su mano temblorosa y fijando su turbada mirada en el rostro de Mr. Cartone.

—En fin, nos hallamos en una época en que no puede uno ganar la partida sino jugando desesperadamente, dijo Sydney. Dejemos al doctor las mejores cartas, y yo me quedaré con las restantes. La vida se halla tan poco asegurada, que ya no tiene ningun valor; esta noche os llevan en triunfo, mañana os condenan; si hubiéseis comprado vuestra vida el día anterior, habriais perdido lastimosamente el dinero. Aquí se juega la existencia de un amigo, y John Barsad es el adversario á quien me propongo ganar.

—Necesitareis tener muy buenas cartas, caballero, replicó el espía.

—Yo juego á cartas vistas y podeis examinar las que tengo en la mano. Mr. Lorry, ya sabeis que soy un salvaje; necesito una bebida fuerte.

Trajéronle aguardiente, bebió un vaso y luego otro y rechazó la botella, quedándose profundamente pensativo.

—Mr. Barsad, repuso como si efectivamente hubiese tenido los naipes en la mano, es *carnero* entre los detenidos, emisario de los comités de la República, tan pronto llavero como detenido, delator en todas ocasiones, y muy estimado como espía, porque un inglés tiene pocas probabilidades de dejarse seducir por nadie que lo intente para sus fines particulares; pero ha ocultado su verdadero nombre á los que le tienen asalariado, y esta es una buena carta. Mr. Barsad, que hoy se halla al servicio de la Re-

pública francesa, era en otro tiempo uña y carne del gobierno aristocrático de Inglaterra, enemigo de Francia y de la libertad: esta es una carta magnífica, con la cual se puede probar, tan claramente como la luz del día, á los celosos guardianes encargados de la salvacion del país, que el referido John Barsad, asalariado siempre por el gobierno inglés, es un espía de Pitt, traidor á la República francesa, y autor de todos los males de que se habla incesantemente sin conocer su verdadero origen; este solo triunfo vale más que todos los otros. ¿Os habeis fijado bien en mi juego, Mr. Barsad?

—¿Y qué quereis decir con todo eso? preguntó el espía lleno de inquietud.

—Ahora lo vereis, repuso Sydney. Yo juego mi as, que es denunciar á John Barsad al primer comité que halle á mano. ¿Qué carta es la vuestra? Examinad vuestro juego, Mr. Barsad.

Llenó entonces el tercer vaso de aguardiente y lo consumió de un sólo trago. El espía temió que se emborrachase y fuese inmediatamente al comité del distrito. Cartone lo comprendió así, y llenando otra vez su vaso, dijo despues de vaciarlo:

—Examinad vuestras cartas, Mr. Barsad; y sobre todo fijaos bien en lo que haceis.

Tenia muy mal juego, mucho peor que el que Cartone se figuraba; Barsad veía entre sus cartas algunas sumamente perjudiciales, de las cuales no tenia conocimiento su adversario. Destituido de las honrosas funciones que desempeñaba en Lóndres, por haber tenido muchos tropiezos en materia de falsos testimonios (la fama de los esbirros de Inglaterra es de fecha muy reciente), habia atravesado el Estrecho y puéstose al servicio de la Francia. Empleado en un principio al lado de sus compatriotas, habia llegado á ser gradualmente espía y agente provocador de los indigenas. Recordaba que el gobierno caído

le habia colocado en el arrabal de San Antonio y le habia enviado á casa de los Defarge; que la policia le habia facilitado datos referentes al doctor Manette con objeto de que pudiese ganar la confianza del tabernero y de su mujer; que habia tratado de hacer hablar á Mme. Defarge, y habia salido desairado en su empresa. Habíase estremecido muchas veces al recordar que aquella implacable mujer no habia dejado de hacer calceta en presencia suya y le habia mirado de un modo siniestro. Desde entonces la habia visto infinidad de veces desplegar su calceta en el barrio de San Antonio, y leer en los puntos que llevaba hechos la acusacion de los individuos destinados á la guillotina. Barsad sabia, como todos sus compañeros de oficio, que le era imposible huir, que estaba fatalmente ligado al cadalso, y que á pesar de su adhesión al nuevo régimen político, podria bastar una sola palabra para que llegase á rodar su cabeza. Una vez denunciado, veía á Mme. Defarge, cuyo carácter le era tan conocido, descargar sobre él el último golpe. Todos los espías se asustan con suma facilidad; pero es preciso confesar que habia en las cartas de Barsad bastantes y fundados motivos para justificar el espanto que de él se apoderaba.

—Parece que no estais muy satisfecho de vuestro juego, repuso Sydney con una calma extraordinaria.

—Gentleman, dijo el espía dirigiéndose á Mr. Lorry en ademán servil y rastrero, yo apelo á vuestra edad y á vuestros generosos sentimientos para suplicaros que preguntéis á este jóven, que seguramente procurará atenderos, si cree poder jugar el as de que hablaba hace un momento. Yo soy un espía, lo confieso, y reconozco además que mi empleo no es nada honroso (sin embargo, alguien ha de desempeñarlo); pero este gentleman es demasiado hombre de bien para dedicarse á semejante oficio.

—John Barsad, dijo Cartone, encargándose de la res-

puesta y sacando su reloj: voy á jugar mi as dentro de cinco minutos, y os aseguro que lo haré sin escrupulo de ningun género

—Yo creia, señores, repuso Barsad procurando que el anciano gentleman tomase parte en la discusion, que si quiera por consideraciones á mi hermana...

—La mejor manera de que yo la pruebe el interés que me inspira, es librarla de su hermano, interrumpió Sydney.

—¿Lo habeis pensado bien, caballero?

—Estoy firmemente decidido á ello.

El espía, cuya suave mansedumbre contrastaba extraordinariamente con el traje que vestia y hasta con sus ordinarios modales, quedó tan desconcertado con la seriedad de su adversario, que balbuceó dos ó tres palabras ininteligibles, y no pudo acabar su frase.

—Ahora observo una carta en la cual no me habia fijado, dijo Sydney despues de un momento de silencio: aquel *carnero* que se alababa de pacer en las provincias y que se hallaba bebiendo en vuestra compañía, ¿quién es?

—Un francés á quien no conoceis, dijo vivamente Barsad.

—¿Un francés? repitió Cartone quedándose pensativo.

—Sí, señor; pero eso no tiene ninguna importancia.

—Puede que no, continuó Sydney hablando maquinalmente; sin embargo, yo conozco aquella cara.

—No lo creo; tengo la seguridad de que os engañais, eso no puede ser, contestó inmediatamente el espía.

—¿Qué no puede ser eso? murmuró Cartone llenando nuevamente su vaso; ¿qué no puede ser eso?... aquel individuo habla bien el francés, pero pronuncia defectuosamente.

—Es un provinciano.

—Es un extranjero, exclamó Cartone descargando un puñetazo sobre la mesa; es Gly; ahora recuerdo que estaba con vos en Old-Bailey.

—Lo habeis dicho muy pronto, caballero, dijo Barsad sonriéndose de un modo que aumentó la oblicuidad de su nariz aguileña; acabais de incurrir en un error que me favorece por completo. Roger Gly, mi antiguo compañero, falleció hace doce ó quince años y fué enterrado en Lóndres, en el cementerio de San Pancracio de los Campos. Yo recibí su último suspiro y le hubiera conducido á su última morada, á no ser por aquella especie de motín que fraguó el populacho con pretesto de sus funerales; pero yo mismo le deposité en el ataud.

Mr. Lorry observó desde el sitio en que se hallaba una sombra fantástica que se dibujaba sobre la pared; buscó el origen de aquella sombra, y vió los erizados cabellos de Jerry Cruncher.

—Permitidme que demuestre lo que acabo de deciros, prosiguió el espía. Yo puedo probaros el error en que os hallais, haciéndoos ver el acta del entierro de Roger Gly, documento que llevo por casualidad en mi cartera; precisamente está aquí; tened la bondad de examinarlo, se halla en toda regla y perfectamente legalizado.

El gentleman vió aumentar la sombra proyectada en la pared. Cruncher apareció de improviso y se acercó sin que Barsad lo notase; luego, dando un golpe en el hombro del espía, le dijo con acento sombrío:

—¿Fuisteis vos, señor mio, quien colocó en el ataud el cadáver de Roger Gly?

—Sí, yo fui.

—Pues entonces, ¿quién le sacó de allí?

—¿Qué significa esa pregunta? balbuceó Barsad cayendo sobre el respaldo de su silla.

—Que ese individuo no ha sido enterrado nunca, respondió Cruncher con un acento cada vez más lúgubre. Que me ahorquen si miento.

El espía miró á los dos gentlemen y éstos examinaron á Jerry llenos de asombro.

—Vos sólo colocásteis en el ataúd unos cuantos pedruscos y un poco de tierra; no me digais que estaba allí el cadáver de Cly; eso no es verdad.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Nada os importa, refunfuñó Cruncher. Hace mucho tiempo que os odio nada más que por eso. ¡Ah, conque sois vos quien se entretiene en engañar á unos honrados comerciantes! Os ahorcariá gustosamente por menos de media guinea.

Sidney, Cartone y el gentleman, extrañando sobre manera aquel incidente, rogaron á Cruncher que se explicase con mayor claridad.

—En otra ocasión más oportuna, replicó Jerry con tono evasivo; ahora no tenemos tiempo para meternos en explicaciones. Digo únicamente, que Roger Cly no se hallaba en el ataúd en que este hombre asegura haberle colocado. Que se atreva á decir lo contrario, aunque sea por medio del gesto más insignificante, y lo ahogo por media guinea.

Jerry creía hacer con esto un alarde de generosidad.

—Eso prueba una cosa, repuso Sydney, y es que mi carta es buena, Mr. Barsad; dado el afán que reina actualmente de sospechar de todo el mundo, os es imposible sobrevivir á mi denuncia cuando demuestre que os hallais aquí en relaciones con otro agente de Pitt, antiguo compañero vuestro, que para engañar mejor á las gentes se ha hecho pasar por muerto y hasta ha fingido su entierro. Acusacion de complot contra la República: esta es una carta magnífica, una carta de guillotina. ¿Jugais ó no jugais, maese Barsad?

—¡No! abandono la partida; nuestro oficio está tan mal visto por el populacho, que he estado á punto de ser ahogado por la canalla cuando me disponia á salir de Inglaterra; y ese pobre Cly no hubiera podido dejar nunca su patria á no habérsele ocurrido la idea de mandar disponer

sus funerales. Lo que yo no comprendo, es cómo ha podido ese hombre descubrir aquel engaño.

—No os ocupeis de semejante cosa, replicó Jerry; harto hareis con reflexionar acerca de vuestros propios asuntos. Meditadlos todo lo mejor que os sea posible.

Jerry no pudo dispensarse de dar una nueva prueba de su generosidad, ofreciéndose nuevamente á apretarle el pescuezo por la módica cantidad de cinco chelines.

El espía se volvió hácia Mr. Cartone y le dijo con tono más resuelto:

—Yo no puedo perder el tiempo; estoy de servicio, y es preciso que me marche. ¡Si tenéis alguna proposicion que hacerme, hablad cuanto antes! No me preguntéis nada que se refiera á mis funciones; eso seria poner en grave riesgo mi cabeza, y yo dejaria de satisfacer vuestra curiosidad antes que tratar de engañar al gobierno del pueblo, porque de ese modo correria yo menos peligro. Vos hablais de jugar el todo por el todo; pues eso precisamente es lo que estamos haciendo todos nosotros á cada instante. Pensad bien lo que haceis, porque yo tambien puedo denunciaros y jurar todo lo que se me antoje, y causar vuestra perdicion en un momento. ¿Qué tenéis que preguntarme?

—Muy poca cosa. ¿Sois llavero de la Conserjeria?

—Ya os he dicho, de una vez para siempre, que es inútil pensar en una evasion, dijo Barsad con tono resuelto.

—¿Y quién os habla de evasion! ¿Sois llavero de la Conserjeria?

—Alguna que otra vez.

—¿Podeis serlo cuando se os antoje?

—Entro en la cárcel con completa libertad.

Sydney llenó su vaso y lo vació lentamente sobre el suelo. Cuando hubo vertido la última gota, se levantó y dijo á Barsad:

—Os he hecho venir aquí porque me convenia el que

algunos testigos conociesen el valor de mis cartas. Pásemos ahora á esa otra habitación, porque no necesitamos luz, y os manifestaré lo que tengo que deciros.

CAPITULO IX.

Se ganó la partida.

Sydney Cartone y Barsad se hallaban en la habitación inmediata y hablaban tan quedo, que apenas se percibía el timbre de su voz. Mr. Lorry miró á maese Cruncher de un modo nada satisfactorio. En honor de la verdad, la actitud de aquel honrado comerciante no era capaz de inspirar maldita la confianza. Descansando tan pronto sobre el pié derecho como sobre el izquierdo, se miraba las uñas de las manos con una atención harto sospechosa, y cuando sus ojos tropezaron con los de su amo, tuvo un ataque de esa tos especial que obliga á taparse la boca con el hueco de la mano, y que no revela nunca un carácter lleno de franqueza.

—Acercáos, Jerry, dijo el gentleman.

Nuestro hombre se acercó recelosamente y de medio lado.

—¿En qué os ocupábais antes de ser demandadero?

Jerry, despues de reflexionar algunos instantes, concibió una luminosa idea, y contestó que era labrador.

—Tengo motivos para sospechar, repuso el gentleman moviendo el dedo índice con ademán severo, que os habéis servido de la casa Tellson para encubrir una profesión ilícita é infame. Si esto es así, no esperéis continuar á mi lado cuando nos halleemos en Inglaterra, ni esperéis tampoco que yo guarde vuestro secreto. Estoy dispuesto á no tolerar que se abuse del nombre de Tellson.

—Señor, exclamó Cruncher con acento compungido, yo me atrevo á esperar que un gentleman á quien tengo el honor de servir hace ya tantos años, procurará no perjudicar á un pobre hombre que ha encanecido en su servicio. Aun cuando la cosa fuese cierta (no quiere decir esto que lo sea, pero aún cuando lo fuese), yo pagaría mis culpas por más de un estilo. Hay muchos doctores que ganan infinitad de guineas en negocios en que un pobre hombre recoge tan sólo algunos ochavos, algunos miserables maravellis; ellos van á colocar sus fondos en la casa Tellson, y al pasar le hacen á uno algún guiño para indicarle que necesitan ejemplares para sus estudios de diseccion; suben en su carruaje y desaparecen; pero engañan á la casa, porque vos sois excesivamente bueno y no podéis censurar al pequeño sin acusar también al grande. Además, mi mujer pide al cielo que se oponga á mi comercio, y eso me arruina, me arruina en toda la extensión de la palabra. Las esposas de los médicos no rezan nunca contra la clientela, por el contrario, si dirigen sus ruegos al Señor, es para que procure enfermos á sus maridos; y cómo podrían éstos cuidar á los vivos si no hubiesen tenido á su disposición algunos muertos? Luego hay que luchar con los encargados de los entierros, los curas de la parroquia, los sacristanes y los llorones, gente toda muy apegada al dinero y que interviene siempre en esta clase de negocios; y yo os aseguro que no ganaría uno gran cosa, aun suponiendo que fuese verdad lo que decís. Lo poco que eso produce no sirve de nada; maldito lo que uno prospera; y de buena gana abandonaría esa industria si fuera posible ganarse el pan de otro modo cualquiera, suponiendo, como digo, que la cosa fuese cierta.

—Quitáos de mi presencia, hombre repugnante, dijo Mr. Lorry, que sin embargo iba ablandándose algun tanto.

—Señor, prosiguió Cruncher, aun cuando el hecho fue-

algunos testigos conociesen el valor de mis cartas. Pásemos ahora á esa otra habitación, porque no necesitamos luz, y os manifestaré lo que tengo que deciros.

CAPITULO IX.

Se ganó la partida.

Sydney Cartone y Barsad se hallaban en la habitación inmediata y hablaban tan quedo, que apenas se percibía el timbre de su voz. Mr. Lorry miró á maese Cruncher de un modo nada satisfactorio. En honor de la verdad, la actitud de aquel honrado comerciante no era capaz de inspirar maldita la confianza. Descansando tan pronto sobre el pié derecho como sobre el izquierdo, se miraba las uñas de las manos con una atención harto sospechosa, y cuando sus ojos tropezaron con los de su amo, tuvo un ataque de esa tos especial que obliga á taparse la boca con el hueco de la mano, y que no revela nunca un carácter lleno de franqueza.

—Acercáos, Jerry, dijo el gentleman.

Nuestro hombre se acercó recelosamente y de medio lado.

—¿En qué os ocupábais antes de ser demandadero?

Jerry, despues de reflexionar algunos instantes, concibió una luminosa idea, y contestó que era labrador.

—Tengo motivos para sospechar, repuso el gentleman moviendo el dedo índice con ademán severo, que os habéis servido de la casa Tellson para encubrir una profesión ilícita é infame. Si esto es así, no esperéis continuar á mi lado cuando nos hallemos en Inglaterra, ni esperéis tampoco que yo guarde vuestro secreto. Estoy dispuesto á no tolerar que se abuse del nombre de Tellson.

—Señor, exclamó Cruncher con acento compungido, yo me atrevo á esperar que un gentleman á quien tengo el honor de servir hace ya tantos años, procurará no perjudicar á un pobre hombre que ha encanecido en su servicio. Aun cuando la cosa fuese cierta (no quiere decir esto que lo sea, pero aún cuando lo fuese), yo pagaría mis culpas por más de un estilo. Hay muchos doctores que ganan infinitad de guineas en negocios en que un pobre hombre recoge tan sólo algunos ochavos, algunos miserables maravellis; ellos van á colocar sus fondos en la casa Tellson, y al pasar le hacen á uno algún guiño para indicarle que necesitan ejemplares para sus estudios de diseccion; suben en su carruaje y desaparecen; pero engañan á la casa, porque vos sois excesivamente bueno y no podéis censurar al pequeño sin acusar también al grande. Además, mi mujer pide al cielo que se oponga á mi comercio, y eso me arruina, me arruina en toda la extensión de la palabra. Las esposas de los médicos no rezan nunca contra la clientela, por el contrario, si dirigen sus ruegos al Señor, es para que procure enfermos á sus maridos; y cómo podrían éstos cuidar á los vivos si no hubiesen tenido á su disposición algunos muertos? Luego hay que luchar con los encargados de los entierros, los curas de la parroquia, los sacristanes y los llorones, gente toda muy apegada al dinero y que interviene siempre en esta clase de negocios; y yo os aseguro que no ganaría uno gran cosa, aun suponiendo que fuese verdad lo que decís. Lo poco que eso produce no sirve de nada; maldito lo que uno prospera; y de buena gana abandonaríá esa industria si fuera posible ganarse el pan de otro modo cualquiera, suponiendo, como digo, que la cosa fuese cierta.

—Quitáos de mi presencia, hombre repugnante, dijo Mr. Lorry, que sin embargo iba ablandándose algun tanto.

—Señor, prosiguió Cruncher, aun cuando el hecho fue-

se cierto, lo cual no quiere decir que lo sea, yo os suplico con la mayor humildad del mundo...

—Hablad con menos rodeos, dijo el gentleman.

—No, señor, no, contestó Jerry como si efectivamente no tuviese esta picara costumbre; no, señor, yo no ando nunca con rodeos; lo que yo quiero deciros es que en el banquillo situado á la puerta del Banco, y en el cual he permanecido tantos años, se sienta hoy mi hijo, que es ya un hombre, y que se halla dispuesto á recibir vuestras órdenes, á cumplir todos vuestros encargos y á hacer todo cuanto os plazca mandarle. Señor, áun suponiendo que el hecho en cuestion fuese cierto, lo cual estoy muy lejos de afirmar, porque estoy hablando sin rodeos, permitid que mi hijo continúe ocupando su puesto á la puerta del Banco, á fin de que andando el tiempo pueda aliviar la suerte de sus ancianos padres. No hagais que él pague las faltas cometidas por su padre; influid para que ese padre infeliz sea nombrado sepulturero y se dedique á enterrar los muertos en justa compensacion de los que lleva desenterrados. Esto es, señor, añadió Cruncher enjugándose con la manga el sudor de la frente, esto es todo cuanto os pido con la mayor humildad. Tened la bondad de recordar, Mr. Lorry, que si he revelado el hecho en cuestion, ha sido únicamente por servir la buena causa, cuando nada me hubiera sido tan fácil como permanecer callado para no perder vuestra estimacion y vuestra confianza.

—Es verdad, dijo el gentleman; no hablemos más del asunto. Es posible que continueis á mi lado si llegais á merecerlo por vuestra conducta, manifestando vuestro arrepentimiento con hechos y no con vanas palabras.

En este momento, Sydney Cartone y el espia salieron de la habitacion inmediata.

—Adios, Mr. Barsad, dijo Cartone; es asunto concluido; ya no tenéis nada que temer.

Cogió una silla y fué á sentarse al lado del gentleman,

el cual, tan pronto como se hallaron solos, le preguntó qué era lo que habia conseguido del espia.

—Poca cosa, respondió Cartone; si la cosa toma mal aspecto, celebraré una entrevista con Darnay.

La fisonomia de Mr. Lorry reveló un profundo desencanto.

—Eso es todo lo que he podido conseguir, repuso Cartone; pedir algo más hubiera sido colocar la cabeza de ese hombre bajo la cuchilla de la guillotina; eso es lo peor que podia sucedernos, porque de ese modo perderia yo toda la ventaja que llevo en este asunto.

—Pero si condenan á Carlos, exclamó el gentleman, ¿de qué servirá que celebreis con él una entrevista?

—Ya lo veremos más adelante.

Los ojos del gentleman se fijaron en el fuego de la chimenea; el cariño que Lucía le inspiraba y lo inesperado de aquel terrible golpe debilitaron su valor, convirtiéndose repentinamente en un anciano agobiado por toda clase de inquietudes, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Sois un hombre de bien y un verdadero amigo, dijo Sydney con voz entrecortada. Dispensadme que observe vuestra afliccion; pero no me seria posible permanecer indiferente al ver el llanto de mi padre, y vuestro dolor es para mí tan sagrado como lo hubiera sido el suyo. Afortunadamente, no tenéis el pesar de que yo sea vuestro hijo.

Aun cuando pronunció estas palabras con cierto tono de indiferencia, revelábase en su voz una pasion y un respeto que extrañaron sobremanera á Mr. Lorry, el cual no le habia visto nunca tan sério.

—Pero ocupémonos principalmente de ese pobre Darnay, repuso Cartone estrechando afectuosamente la mano que le presentaba el anciano; es preciso que no hableis á su mujer ni una sola palabra de la entrevista que pien-

so tener con él. El trato que hemos hecho Barsad y yo no permite que Lucia pueda ver al detenido; por consiguiente es inútil decirle nada de esto; podría figurarse que quiero celebrar esta entrevista para procurar á su marido algun medio de suicidarse.

El anciano miró á Sydney como queriendo leer en su fisonomía si pensaba efectivamente en semejante cosa.

—Lucia se figuraria una porcion de desatinos, prosiguió Cartone que habia comprendido la mirada del gentleman, y eso no serviria mas que para aumentar su intranquilidad. No le habéis de mí; como os dije al principio, es mucho mejor que yo no la vea. Id vos á visitarla; ¡debe sufrir tanto!

—Voy á verla ahora mismo.

—Yo os lo agradezco con toda mi alma; ¡os quiere tan de veras! Decidme: ¿está muy cambiada?

—Está siempre llena de inquietud y profundamente triste; pero continúa tan hermosa como siempre.

—¡Ah!...

Esta exclamacion prolongada fué triste como un suspiro, ó más bien como un sollozo. Mr. Lorry, sintiendo en sí mismo el dolor que revelaba, se volvió hácia Cartone, cuya cabeza se hallaba inclinada hácia la chimenea. Una sombra ó un rayo pasó sobre su frente con tanta rapidez como la luz en la cumbre de una montaña cuando el sol aparece á través de las nubes. Rechazó con el pié uno de los encendidos leños que acababa de rodar á la parte de afuera; llevaba un sobretodo de paño blanco, las botas altas que entonces eran tan de moda, y las llamas, al reflejarse en las prendas que vestia, aumentaron su palidez. Mr. Lorry le hizo observar con alguna viveza que su pié, que continuaba sobre el leño encendido, se hallaba en medio de las brasas.

—No lo habia notado, dijo.

El tono con que pronunció estas palabras hizo que el

gentleman le mirase nuevamente, y al ver sus descompuertas facciones, pensó sin querer en el demudado rostro de los presos.

—¿Conque por lo visto, dijo Cartone volviéndose hácia el anciano, pensais salir de París dentro de poco tiempo?

—Sí, amigo mio; como os decia ayer en el momento de entrar Lucia, ya no me obliga á permanecer aquí ninguno de mis asuntos; todos mis papeles se hallan en regla, y estoy dispuesto á ponerme en camino.

Permanecieron algun tiempo silenciosos.

—Teneis una larga carrera, de la cual podeis estar satisfecho, repuso Cartone con aire preocupado.

—Muy larga en efecto; ya he cumplido setenta y ocho años.

—Habeis sido siempre útil y habeis trabajado constantemente; vos poseis la confianza, el respeto y la estimacion de todos.

—Estoy empleado en el Banco desde que tengo uso de razon; apenas salí de la infancia empecé á consagrarme á los negocios.

—Y ellos os han procurado una excelente posicion; ¡cuántas personas os echarán de menos; qué inmenso vacío dejareis al morir!

—¿Qué vacío quereis que deje un viejo solterón? dijo el gentleman moviendo tristemente la cabeza; ¿quién ha de echarme de menos?

—¡Ah Mr. Lorry! Lucia os llorará; ella y su hija sentirán correr sus lágrimas al recordar á su excelente amigo.

—Es verdad; no sabia lo que me decia.

—Y eso bien merece que os mostreis agradecido á Dios.

—Os aseguro que pienso del mismo modo que vos.

—Pero si en el fondo de vuestro solitario corazón ex-

clamáseis esta noche: «Yo no he sabido ganar el agradecimiento ni la estimación de nadie; yo no he logrado el cariño de ningún alma generosa; yo no he hecho nada bueno ni útil que pueda dejar de mí el más insignificante recuerdo;» ¿no sentiríais vuestros setenta y ocho años como otras tantas maldiciones?

—Indudablemente.

Cartone contempló el fuego de la chimenea y permaneció silencioso.

—Yo quisiera haceros una pregunta, dijo después de una larga pausa: ¿os parece que ha transcurrido mucho tiempo desde vuestra infancia hasta hoy? ¿Creéis que la época en que os hallábais sobre el regazo de vuestra madre es una época muy remota?

—Así lo creía hace veinte años, pero hoy lo veo de muy distinto modo; cuanto más cerca me hallo del fin, más me aproximo al principio. Esta es una de las cosas que á mi edad hacen el camino mucho más fácil y más llevadero; mi corazón se siente agitado por una infinidad de recuerdos dormidos hasta hace poco; recuerdo el rostro encantador de mi madre, que ahora sería tan anciana; la veo en los mejores días de su juventud, y gracias á las ideas que despierta en mí este recuerdo, creo hallarme en los días en que las realidades de lo que se llama el mundo no existían para mí, y en los días felices en que apenas habían comenzado á germinar mis defectos.

—Comprendo todas las impresiones que experimenta vuestra alma, exclamó Cartone con animado acento; eso os hará ser mucho más bueno, ¿no es verdad?

—Así lo creo.

—Sydney se levantó para ayudar al anciano á ponerse su sobretodo.

—Pero vos, le dijo el banquero, sois aún bastante joven.

—Sí, respondió Cartone, tengo pocos años; pero la sen-

da que he seguido no conduce á la vejez. Pero ¿á qué hemos de ocuparnos de mi persona?

—¿Y de la mía? dijo el gentleman. ¿Venís conmigo hasta la puerta?

—Sí, tengo que salir; si acaso vuelvo demasiado tarde no paseis cuidado; ya conocéis mis malos hábitos; tal vez no vuelva por aquí hasta ser de día. ¿Ireis al tribunal?

—Desgraciadamente sí.

—Yo también iré, pero me quedaré entre la multitud. Tened la bondad de aceptar mi brazo.

Algunos minutos después llegó el viejo gentleman al punto de su destino; Cartone se separó de él; pero después de dar varias vueltas por aquellos alrededores, volvió de nuevo á la puerta de Lucía Darnay.

—De aquí salía ella todos los días para dirigirse á la cárcel, dijo para sí. Iba por esa calle, luego por aquella otra. Ella ha andado sobre estas piedras; sigamos la huella de sus pasos.

Eran ya las diez cuando llegó á la esquina de la tortuosa calle tan frecuentemente visitada por Lucía. El serrador de madera había cerrado su tienda y se hallaba fumando delante de la puerta.

—Buenas noches, ciudadano, le dijo el inglés deteniéndose á su lado.

—Buenas noches, ciudadano.

—¿Qué tal anda la República?

—Querrás decir la guillotina; no anda mal: hoy hemos tenido sesenta y tres cabezas, y pronto llegaremos á la centena. El verdugo y sus ayudantes dicen que están ya rendidos. Já, já, já. ¡Te aseguro que ese pícaro Sanson es un excelente barbero!

—Y vais algunas veces á verle...

—¿Trabajar? Todos los días. ¿No le habeis visto nunca dedicado á su faena?

—Nunca.

—Pues creedme; vale la pena de que vayais á verle; pero escoged un dia en que haya una buena hornada. ¡Figuráos, ciudadano, que ha afeitado hoy á sesenta y tres individuos en ménos de dos pipas; en ménos de dos pipas, ciudadano; palabra de honor!

El hombrecillo, al pronunciar estas palabras, mostró la pipa en que se hallaba fumando, para explicar el modo con que él acostumbraba á medir el tiempo. Cartone sintió tales deseos de apretarle el gaxnate, que le volvió la espalda dispuesto á alejarse.

—Pero vos no sois inglés, por más que lleveis ese traje, le dijo gritando el serrador de madera.

—Sí lo soy, respondió Cartone mirándole por encima del hombro y deteniéndose nuevamente.

—Hablais como un francés.

—Porque he hecho mis estudios en Paris.

—Pues cualquiera diria que habíais nacido en Francia. Buenas noches, *inghis*.

—Buenas noches, ciudadano.

—No dejéis de ir á ver á ese diablo de Sanson, dijo el serrador de madera volviendo á insistir en su tema; id á verle sin falta, y llevad una pipa.

Cuando Sydney perdió de vista al patriota, se detuvo á la luz de un farol, sacó un lapicero y se puso á escribir en un papel. Continuando luego su marcha con la seguridad de un hombre que conoce perfectamente su camino, recorrió varias calles oscuras, tanto más sucias cuanto que en aquellos dias de terror no se barrian ni siquiera las principales vías, y se detuvo enfrente de la oficina de un farmacéutico, el cual se disponia ya á cerrar la puerta de su botica, que era un tenducho oscuro y mal acondicionado, administrado por un hombrecillo de muy mal aspecto.

Sydney, despues de dar las buenas noches al farmacéutico, que volvió á entrar en su botica, le presentó el

trozo de papel en que acababa de escribir. El boticario se puso á silbar mientras leia en voz baja la receta que acababan de entregarle, y dijo á Cartone:

—¿Es para vos, ciudadano?

—Sí, para mí.

—Pues guardadlos aparte, ciudadano; ¿sabeis lo que resultaria de esta mezcla?

—Lo sé perfectamente.

El boticario le entregó varios paquetes; Cartone fué guardándolos uno por uno en el bolsillo interior de su levita, pagó lo que debía y salió de la tienda.

—Ya no tengo que hacer nada más hasta mañana, dijo contemplando las nubes, furiosamente impelidas por el viento; sin embargo, comprendo que me seria imposible dormir.

Pronunció estas palabras sin afectación ni abandono, pero con el acento de un hombre que, despues de haberse extraviado, ha tratado de orientarse durante largo tiempo, y rendido de fatiga halla por último el camino que hubiera debido seguir y se encuentra al fin de su jornada.

Muy jóven todavía en la época en que siendo el primero de su clase hacia concebir las más lisonjeras esperanzas, habia seguido el féretro de su padre (su madre habia muerto pocos años antes); y al recorrer aquellas oscuras calles en que la luna, atravesando las nubes aparecia de cuando en cuando, acudian á su memoria las solemnes palabras que en aquellas tristes circunstancias se habian leído en el cementerio.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; el que cree en mí vivirá despues de muerto; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

Solo, en medio de aquella noche de invierno, en una ciudad dominada por el cadalso, pensando con verdadero dolor en las sesenta y tres cabezas que habian caído

aquel mismo día y en los detenidos á quienes estaba reservada una suerte análoga, Cartone hubiera podido descubrir fácilmente la asociacion de ideas que traía á su imaginacion aquellas palabras, como un áncora perdida durante mucho tiempo en el fondo del mar; no trató sin embargo de buscarla, pero volvió á repetir aquellas sagradas palabras mientras continuaba su camino.

Miraba lleno de emoción las ventanas de las habitaciones en que los demás encontraban en el sueño el olvido de los horrores del día; deteníase á la puerta de las iglesias en que ya no oraba nadie, porque de la impostura, de la corrupcion y de la sed de riquezas que se habia apoderado de los falsos sacerdotes, habia salido la impiedad del pueblo; pensaba en los lugares consagrados al reposo eterno, segun rezaba la inscripcion colocada en las puertas de los cementerios; pensaba en las cárceles, atestadas de víctimas, y en el camino que seguian muchos infelices condenados para sufrir una pena que habia llegado á ser tan comun, que nadie hablaba del ángel vengador que habia de aparecerse á la multitud para pedirle cuentas de los crímenes de la guillotina. Y Cartone, interesándose muy de veras en la vida que dormitaba en las sombras, y en la muerte que habia suspendido hasta el día siguiente su horrible furor, cruzó al otro lado del Sena y recorrió otras calles ménos sombrías.

Halló en ellas muy pocos carruajes; el individuo que se hubiera atrevido á salir en coche, hubiese sido tenido por sospechoso, y las personas distinguidas ocultaban su cabeza bajo el gorro republicano, calzaban enormes zuecos y parecian complacerse en andar sobre el barro. Pero no por eso habia ménos concurrencia en los teatros, y las gentes que abandonaban los espectáculos pasaron alegremente al lado de Cartone, dividiéronse luego en pequeños grupos y se dirigieron por último, charlando animadamente, á sus respectivos domicilios. Delante de uno de

los teatros, una niña y su madre buscaban con la vista el sitio ménos cubierto de lodo para pasar al otro lado de la calle; Sydney cogió á la muchacha, la pasó á la otra acera, y antes de que aquellos brazos infantiles se desprendiesen de su cuello, pidió un beso á la niña.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; el que cree en mí vivirá despues de muerto; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

En aquel momento en que ya las calles habian vuelto á quedar silenciosas y la noche estaba ya bastante adelantada, las palabras del texto sagrado se hallaban en el eco de sus pasos y en el murmullo del viento.

Concluyó, por fin, la noche. En tanto que Cartone, apoyado sobre el pretil de un puente, escuchaba el ruido de las aguas del Sena, que iban á estrellarse contra los muelles de la ciudad, y contemplaba el pintoresco conjunto del antiguo París iluminado por la luz de la luna, el sol apareció friamente como un rostro cadavérico escapado del cielo; las estrellas y las tinieblas palidiecion y se desvanecieron, y durante algunos instantes la creacion toda pareció dominada por el génio de la muerte.

Pero el sol, elevándose sobre su radiante trono, repitió las palabras de vida, que resonaron en cada uno de sus rayos; Cartone las sintió vibrar en su corazon, y contempló respetuosamente la arcada de luz que brillaba entre el sol y él, iluminando espléndidamente las aguas del río.

La rápida y profunda corriente se le apareció en aquel momento como una amiga cuya esencia era la misma que la suya; aproximóse al río y, acostándose á la orilla, se durmió á la luz del claro día. Al despertarse dió un corto paseo por la orilla del Sena y contempló un remolino que giraba sin objeto en medio de las aguas. «Lo mismo que yo,» exclamó al ver que el río arrastraba aquel pequeño torbellino para precipitarlo en el mar.

Un barco, cuya vela tenía el pálido color de una hoja seca, pasó por delante de sus ojos y desapareció. En aquel instante, la oración que surgía de su corazón para impetrar de Dios el perdón de sus culpas, terminó con estas palabras: «Yo soy la resurrección y la vida, y el que vive en mí tiene segura la vida eterna».

Cuando Sydney volvió a su domicilio había ya salido el gentleman; fácil era adivinar en dónde podía hallarse aquel excelente hombre. Sydney tomó una taza de café, comió un poco de pan, cambió de trage y se dirigió al tribunal.

Cuando el espía acompañó a Cartone hasta un oscuro rincón de la sala, confundiendo después entre la multitud, todos los concurrentes se hallaban vivamente agitados. Mr. Lorry y el doctor ocupaban la primera fila; Lucía se hallaba al lado de su padre.

Al presentarse Darnay, la joven le dirigió una mirada tan amorosa y tan viva, que la sangre afluyó al rostro del detenido y animó poderosamente su corazón. Un observador hubiera podido notar que la mirada de la joven ejercía en Cartone la misma influencia que en el acusado.

Ante aquel tribunal excepcional, el derecho de defensa no se hallaba garantizado por ninguna clase de procedimiento.

Si no se hubiese hecho en otra época un abuso tan monstruoso de las formalidades y de las leyes, no hubiera la justicia revolucionaria llevado la venganza hasta el punto de suicidarse arrojando al viento los restos del antiguo orden judicial.

Todas las miradas se hallaban fijadas en el jurado, compuesto de los mismos patriotas que lo formaban el día anterior y lo formarían al día siguiente. Distinguíase entre todos ellos un hombre de rostro famélico, cuyos dedos vagaban constantemente en torno de sus labios, y

cuya presencia causaba a los espectadores una viva satisfacción, aquel individuo, sediento de sangre, desalvaje mirada y siniestras intenciones, era el Jacobo tercero del chirivital del arrabal de San Antonio; todo el jurado en masa no era sino una colección de perros de presa elegidos para juzgar al inocente cervatillo.

Todos los circunstantes examinaron inmediatamente al acusador y a los cinco jueces. Ninguna debilidad había que temer por parte de ellos; todos eran igualmente crueles, impasibles y partidarios acérrimos del asesinato legal. Todas las miradas se buscaron entre la multitud, designaron al tribunal con visibles muestras de aprobación, y todas las cabezas se hicieron mutuamente señas de alegría, antes de consagrar a los jueces toda su atención.

«Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, puesto en libertad ayer por la mañana, y acusado nuevamente en el mismo día, encarcelado durante la noche, denunciado como enemigo de la República, aristócrata, miembro de una familia de tiranos y de una raza proscrita, por haber empleado sus antiguos privilegios en la infame opresión del pueblo; en virtud de cuya proscripción, Carlos Evremont, llamado Carlos Darnay, ha muerto civilmente.»

El acusador público pronunció con este motivo algunas brevísimas frases.

—Ha sido denunciado el acusado pública ó secretamente?

—Públicamente.

—¿Por quién?

—Por tres individuos: Ernesto Defarge, tabernero en el arrabal de San Antonio.

—Bien.

—Teresa Defarge, su mujer.

—Bien.

—Alejandro Manette, doctor en medicina.

Prodújose en la sala un gran tumulto. El doctor Ma-

nete, pálido y tembloroso, se hallaba de pié en el sitio que ocupaba.

—Presidente, exclamó, yo protesto; la acusacion que se lanza contra mí en este momento, es una mentira, una vil calumnia. El detenido es mi yerno, ya lo sabeis; y las personas que merecen el amor de mi hija, me son más queridos que mi propia vida. ¿Quién es el infame que se atreve á decir que yo he denunciado al que constituye la felicidad de mi hija?

—Tened calma, ciudadano Manette; la falta de sumision á la sentencia del tribunal, te colocaria fuera de la ley. En cuanto á eso de que hay personas que te son más queridas que la vida, debó advertirte que lo que más debe querer un buen ciudadano, es la República.

Esta reprimenda fué seguida de una gran salva de aplausos. El presidente agitó la campanilla y repuso con calurosa entonacion:

—Si la República te pidiese tu propia hija, tendrías el deber de hacer ese sacrificio. Presta ahora atencion, y no vuelvas á interrumpirnos.

Los concurrentes volvieron á aplaudir estrepitosamente: el doctor cayó desplomado sobre su asiento; su mirada vagaba en torno de la sala, y sus lábios temblaban. Su hija se acercó á él con cariñosa solicitud. El juez de rostro famélico se restregó las manos y llevó la derecha hácia la boca, según su inveterada costumbre.

Defarge, que compareció como testigo tan pronto como se hizo algun silencio en la sala, refirió lacónicamente que se hallaba al servicio del doctor en la época en que éste fué encarcelado, y describió el estado en que se hallaba el prisionero cuando fué puesto en libertad, despues de diez y ocho años de encareelacion.

—¿No fuiste tú, ciudadano, uno de los que más se distinguieron en la toma de la Bastilla?

—Creo que sí.

—Tú luchaste como un valiente; ¿por qué no há decirse la verdad? exclamó con voz chillona una mujer que se hallaba entre la multitud. Tú disparaste admirablemente el cañon y fuiste uno de los primeros que entraron en aquella maldita fortaleza. ¡Patriotas, esa es la pura verdad!

Era la Venganza, que tomaba parte en los debates en medio de la general satisfaccion. El presidente quiso llamarla al órden:

—¡Valiente cosa me importa á mí tu campanilla! exclamó ella; y su voz fué apagada por estrepitosos y frenéticos aplausos.

—Ciudadano, da cuenta al tribunal de lo que hiciste despues de penetrar en la Bastilla.

—Yo sabia, continuó Defarge, dirigiendo una mirada á su mujer que no apartaba de él la vista ni un momento, yo sabia que el preso en cuestion habia ocupado el número 105 de la torre del Norte. En la época en que hacia zapatos en mi guardilla se designaba á sí mismo con el número de su calabozo. El dia de la batalla, mientras yo cargaba mi cañon, resolví entrar en la plaza tan pronto como fuese tomada y examinar el número 105. Venció el pueblo, entramos todos allí, y penetré en aquel calabozo con un compañero que hoy forma parte de este jurado. Examiné cuidadosamente aquella celda, y en la chimenea, debajo de una piedra que arranqué fácilmente, por haber sido ya removida en otro tiempo, hallé el papel que aquí os presento. Yo conozco la letra del preso y puedo aseguráros que estas líneas han sido trazadas por la mano del doctor Manette; aquí las teneis, presidente, tal y como las he hallado.

—¡Que se lean! ¡que se lean! grito la multitud.

Todos guardaron el más profundo silencio. El acusado miraba á su mujer con la mayor ternura; Lucia no separaba de él sus ojos sino para mirar á su padre; Mme. Defarge no apartaba la vista del preso; el tabernero con-

templaba la viva satisfacción de su mujer; los espectadores todos examinaban al doctor, y éste solo veía al presidente, el cual comenzó la lectura del documento que el testigo acababa de entregarle.

CAPITULO X.

La sustancia de la sombra.

«Yo, Alejandro Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais y vecino de París, escribo estas líneas desde la triste prision que ocupó en la Bastilla, en Diciembre de 1767. Lo hago á ratos perdidos, y sólo venciendo grandes obstáculos puedo conseguirlo. A fuerza de trabajo he logrado mover una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella pienso ocultar estas páginas. Tal vez las halle un día alguna mano caritativa, cuando yo no sea sino misero polvo y no quede de mis sufrimientos el más insignificante recuerdo.

«Estas palabras están trazadas con una punta de hierro mojada en sebo desleído en mi propia sangre; estos pobres elementos hacen que mi tarea sea sobradamente difícil.

«A últimos del mes de la fecha, hará diez años cumplidos que me hallo en esta prision. Síntomas bien terribles me hacen comprender que dentro de muy poco perderé la razón, pero juro que en la hora presente me hallo en la cabal posesion de todas mis facultades, que la memoria me es fiel, que mis recuerdos son exactos y que estoy pronto á responder en la presencia de Dios de la verdad de los sucesos que trato de apuntar. Estas líneas

son las últimas que trazará mi mano, y las escribo con arreglo á mi conciencia, hállense ó no destinadas á caer más tarde en manos de los hombres.

«En la noche del 22 de Diciembre de 1757 me hallaba paseando por el muelle, á una gran distancia de mi casa, situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que corría rápidamente detrás de mí. Al echarme á un lado para dejarle expedito el camino, se asomó una persona á la ventanilla, mandó parar al cochero, y me llamó por mi nombre. Yo me dirigí hacia el carruaje, que los caballos habian arrastrado á una distancia bastante larga antes de que el cochero pudiera detenerlos, y vi que dos caballeros que acababan de apearse me esperaban al lado de la portezuela. Hallábanse envueltos en grandes capas como si tuviesen el propósito de ocultarse; yo vi, sin embargo, que tenían aproximadamente la misma edad que yo, tal vez eran algo más jóvenes; ereí observar entre ambos una gran semejanza: eran de la misma estatura, tenían la misma voz y las mismas facciones.

—¿Sois el doctor Manette? me preguntó uno de los dos hermanos.

—Sí, señor.

—¿No habitábais en Beauvais, y gozais ya de una gran reputacion á pesar de hallaros desde hace poco tiempo en París? dijo el otro.

—Yo soy efectivamente la persona de quien hablais de un modo tan lisongero, les contesté yo.

—Hemos estado en vuestra casa, y nos han dicho que probablemente os hallaríamos por aquí; os necesitamos con suma urgencia; doctor, tened la bondad de subir á nuestro carruaje.

«Estas últimas palabras fueron pronunciadas con imperioso tono; los dos hermanos se habian colocado de un modo á propósito para cortarme la retirada; además He-

templaba la viva satisfacción de su mujer; los espectadores todos examinaban al doctor, y éste solo veía al presidente, el cual comenzó la lectura del documento que el testigo acababa de entregarle.

CAPITULO X.

La sustancia de la sombra.

«Yo, Alejandro Manette, doctor en medicina, natural de Beauvais y vecino de París, escribo estas líneas desde la triste prision que ocupó en la Bastilla, en Diciembre de 1767. Lo hago á ratos perdidos, y sólo venciendo grandes obstáculos puedo conseguirlo. A fuerza de trabajo he logrado mover una piedra de la pared interior de la chimenea, y detrás de ella pienso ocultar estas páginas. Tal vez las halle un día alguna mano caritativa, cuando yo no sea sino misero polvo y no quede de mis sufrimientos el más insignificante recuerdo.

«Estas palabras están trazadas con una punta de hierro mojada en sebo desleído en mi propia sangre; estos pobres elementos hacen que mi tarea sea sobradamente difícil.

«A últimos del mes de la fecha, hará diez años cumplidos que me hallo en esta prision. Síntomas bien terribles me hacen comprender que dentro de muy poco perderé la razón, pero juro que en la hora presente me hallo en la cabal posesion de todas mis facultades, que la memoria me es fiel, que mis recuerdos son exactos y que estoy pronto á responder en la presencia de Dios de la verdad de los sucesos que trato de apuntar. Estas líneas

son las últimas que trazará mi mano, y las escribo con arreglo á mi conciencia, hállense ó no destinadas á caer más tarde en manos de los hombres.

«En la noche del 22 de Diciembre de 1757 me hallaba paseando por el muelle, á una gran distancia de mi casa, situada en la calle de la Escuela de Medicina, cuando oí el ruido de un carruaje que corría rápidamente detrás de mí. Al echarme á un lado para dejarle expedito el camino, se asomó una persona á la ventanilla, mandó parar al cochero, y me llamó por mi nombre. Yo me dirigí hacia el carruaje, que los caballos habian arrastrado á una distancia bastante larga antes de que el cochero pudiera detenerlos, y vi que dos caballeros que acababan de apearse me esperaban al lado de la portezuela. Hallábanse envueltos en grandes capas como si tuviesen el propósito de ocultarse; yo vi, sin embargo, que tenían aproximadamente la misma edad que yo, tal vez eran algo más jóvenes; ereí observar entre ambos una gran semejanza: eran de la misma estatura, tenían la misma voz y las mismas facciones.

—¿Sois el doctor Manette? me preguntó uno de los dos hermanos.

—Sí, señor.

—¿No habitábais en Beauvais, y gozais ya de una gran reputacion á pesar de hallaros desde hace poco tiempo en París? dijo el otro.

—Yo soy efectivamente la persona de quien hablais de un modo tan lisongero, les contesté yo.

—Hemos estado en vuestra casa, y nos han dicho que probablemente os hallaríamos por aquí; os necesitamos con suma urgencia; doctor, tened la bondad de subir á nuestro carruaje.

«Estas últimas palabras fueron pronunciadas con imperioso tono; los dos hermanos se habian colocado de un modo á propósito para cortarme la retirada; además He-

vaban armas, y yo me hallaba completamente desarmado.

—»Señores, les dije, dispensad; yo tengo la costumbre de preguntar quién me hace el honor de solicitar mis servicios, y qué clase de enfermedad es la que necesita mis cuidados.

—»Doctor, contestó uno de ellos, las personas que os llaman son gentes de elevada alcurnia. En cuanto á la enfermedad que exige vuestra presencia, cuando veais al enfermo, averiguará vuestra ciencia, mucho mejor que nosotros, todo cuanto os convenga saber. Pero ya hemos hablado lo bastante; tened la bondad de subir.

»No tuve más remedio que obedecer, y lo hice sin pronunciar una sola palabra. Los dos caballeros se sentaron á mi lado; volvió á cerrarse la portezuela, y los caballos partieron á todo galope. He referido este diálogo textualmente; no tengo la menor duda en que estas fueron las palabras que se cruzaron entre nosotros.

»La rayita que pongo á continuacion, significa que me he visto obligado á suspender mi narracion y á guardar mi papel en el escondite de la pared.»

«El carruaje continuó su rápida marcha y pronto nos hallamos fuera de París. Despues de recorrer por el campo unos tres cuartos de legua, abandonó la carretera, siguió por una calle de árboles y se detuvo ante la verja de un edificio aislado. Bajamos del coche, y atravesando un jardín inundado por una fuente que se desbordaba, llegamos á la casa. La puerta se abrió al primer campanillazo; uno de mis acompañantes cruzó con su guante de piel el rostro del criado que acababa de facilitarnos la entrada.

»No habia nada en esta accion que pudiera sorprenderme; yo habia visto siempre maltratar á la gente del

pueblo de un modo cruel; pero el otro individuo abofeteó al criado para desabogar sin duda su mal humor; y aun cuando lo hizo con la mano y no con el guante, fué su ademán tan semejante al del primero, que al observarlo, comprendí que aquellos dos hombres debian ser gemelos.

»Desde que nos aproximamos á la verja, que cerró cuidadosamente uno de los hermanos, oí exhalar algunos gritos que se escapaban de una habitacion situada en el piso principal; obligáronme á subir la escalera, introdujéronme en la referida habitacion, y vi, tendida sobre el lecho, una enferma atacada de la fiebre y con un fuerte delirio.

»Era una mujer jóven y hermosa que tendria apenas unos veinte años. Sus cabellos flotaban en completo desorden, y sus brazos se hallaban fuertemente sujetos á los lados con una cinta ancha de seda y varios pañuelos de bolsillo, pertenecientes sin duda alguna al guarda-ropa de un distinguido personaje: en el extremo de aquel vendaje, que era la banda de un traje de corte, figuraba un escudo nobiliario, sobre el cual se ostentaba una corona de marqués.

»Recuerdo perfectamente esta circunstancia; porque al acercarme al lecho, la infeliz, que se retorcia ante nuestros ojos en medio de horribles convulsiones, logró coger con los dientes el extremo de la cinta, y se hubiera abogado si yo no se la hubiese arrancado violentamente de la boca; entonces fué cuando observé las armas y la inicial E.

»Despues de acostar á la enferma con sumo cuidado, coloqué la mano sobre su pecho para que no se moviese, y examiné su rostro. Tenia los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada vagorosa; entre los desgarradores gritos que lanzaba, escuché estas palabras que pronunció con la mayor desesperacion: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» Luego se ponía á contar hasta el número

doce, articulaba la palabra ¡chist! y despues de un momento de silencio comenzaba á gritar nuevamente y repetia las mismas palabras por el mismo órden y con la misma entonacion, los mismos gritos y la misma mirada.

—¿Hace mucho tiempo que se halla en ese estado? pregunté yo.

»Uno de los dos hermanos á quien llamaré el mayor, porque parecia ejercer cierta autoridad sobre el otro, me contestó que hacia próximamente unas veinticuatro horas.

—¿Tiene marido, padre y hermano?

—Tiene un hermano.

—¿Puedo verle?

—No, respondió el mayor con cierto aire de desprecio.

—¿Y qué significa el número doce, que repite incesantemente?

—La hora que era entonces, dijo el más jóven con impaciente tono.

—Ahora comprendereis, señores, que hacia bien en preguntaros cuál era la enfermedad de que tenia que ocuparme; me halla desarmado en presencia de la enfermedad; si se hubiese sabido de lo que se trataba, hubiera traído los medicamentos necesarios. La cosa urge sobremanera y ¿cómo hallar en seguida un farmacéutico?

—Aquí tenemos medicinas, replicó el mayor dirigiendo una mirada á su hermano. Este último salió de la habitacion y trajo del gabinete inmediato una caja que colocó sobre la mesa.»

«Abri algunos de los frascos, y despues de olerlos, aproximé el tapon á mis lábios. Todos aquellos frascos contenian sustancias narcóticas, es decir, venenosas, y eso era precisamente lo que yo necesitaba.

—¿No os inspiran confianza esos medicamentos? me preguntó el más jóven de los dos hermanos.

—Ya veis, caballero, que voy á hacer uso de ellos.

»Administré á la enferma, aunque con suma dificultad, la dosis que deseaba hacerle tomar. Como era necesario repetir las tomas y observar los efectos de la medicacion, tomé una silla y me senté al lado de la cama. La mujer del criado que nos habia abierto la puerta de la casa se hallaba en la habitacion, y habia permanecido en un rincon durante toda esta escena. El aposento que ocupábamos era húmedo y destartalado; los muebles eran sobradamente toscos; notábase desde luego que estaba habitado hacia poco tiempo, y nada mas que de un modo provisional; habianse colocado delante de las ventanas unos viejos tapices, más bien para ahogar los gritos de la enferma que para preservarla del frio de la estacion.

»A pesar de la pocion calmante que yo habia empleado, el delirio de la jóven continuó con la misma intensidad, y siguieron los mismos gritos y las mismas palabras: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» seguidas de uno, dos, tres, hasta doce, y de la palabra ¡chist! para volver á empezar de nuevo al poco rato. Lo único que podia hacerme concebir alguna esperanza, era la influencia que el contacto de mi mano parecia ejercer en las facciones de aquella infeliz; pero nada pudo lograr que variasen ni disminuyesen sus gritos, reproducidos con la regularidad de un péndulo.

»Hacia media hora que me hallaba á su lado, y en compañía siempre de los dos hermanos, cuando el mayor, rompiendo el silencio que hasta entonces habiamos guardado, me dijo que habia otro enfermo en la casa.

—¿Enfermo de gravedad? pregunté yo sorprendido.

—Ahora lo vereis, me contestó cogiendo una luz.

»El otro enfermo se hallaba en una especie de sota-banco situado encima de una cuadra. Una capa de argamasa servia de techo á la tercera parte de aquel chirivi-

til, y á través de la parte restante se divisaba la armazon y el maderaje del tejado. En esta última parte, que tuve que recorrer para colocarme al lado del paciente, habia varios montones de heno y de paja, algunos haces de leña y una porción de manzanas. Mi memoria ha conservado el recuerdo de estos insignificantes detalles, que despues de diez años de reclusion tengo tan presentes como la noche en que se ofrecieron á mi vista.

»En el suelo, sobre un poco de heno y una miserable almohada, yacía un pobre campesino, un muchacho que apenas tendria diez y siete años. Hallábase acostado boca arriba, tenia los dientes apretados, la mano derecha cerrada sobre el pecho, y sus enardecidos ojos miraban hácia el cielo. Yo me arrodillé á su lado, y sin saber en dónde se hallaba herido, comprendí que moria de una herida causada por un instrumento agudo.

—Yo soy médico, pobre muchacho; dejadme que os examine, le dije.

—No necesito que me examine nadie, respondió.

»La herida se hallaba en el sitio en que tenia puesta la mano, y pude conseguir que me la dejase reconocer. Era una estocada recibida hacia veinte ó veinticuatro horas y necesariamente mortal, áun cuando se hubiese cuidado en el acto. Yo dirigí una mirada al mayor de los dos hermanos, el cual veía morir á aquel hermoso adolescente como si se tratase de una liebre ú otro animal por el estilo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, caballero? le pregunté.

—«Ése es un canalla, un perdido, que ha obligado á mi hermano á defenderse de sus ataques, y ha recibido una estocada, lo mismo que si fuese una persona bien nacida.

»Dióme esta respuesta sin revelar en su acento el más leve dolor ni la más insignificante compasion. El individuo que acababa de hablar consideraba como una grave

contrariedad el que un hombre del pueblo hubiese recibido semejante género de muerte, en vez de extinguirse en un oscuro rincon, como era lo natural tratándose de una almaña como él. Dicho se está que era completamente incapaz de compadecerse en lo más mínimo de aquel jóven é infeliz labriego.

»El moribundo volvió lentamente la vista hácia aquel hombre, y luego fijó en mí sus expresivos ojos.

—¿Qué orgullosos son estos nobles! dijo; pero tambien nosotros, perdidos y canallas, lo somos algunas veces. Ellos nos saquean, nos ultrajan, nos maltratan y nos asesinan; pero nosotros conservamos nuestro orgullo. Doctor, ¿habeis visto á la pobrecita?

»Los gritos de la infeliz, aunque debilitados por la distancia, llegaban á nuestros oídos.

—«Sí, la he visto, le contesté.

—«Es mi hermana, añadió. Estos nobles tienen infames derechos de los cuales abusan hace mucho tiempo; pero nosotros tenemos en nuestras familias dignas y valientes muchachas; siempre ha sucedido lo mismo; yo se lo he oido referir á mi padre. Mi hermana era una de ellas. Iba á casarse con uno de los mejores mozos del pueblo, un alma de Dios, uno de los arrendadores de ese hombre; él y yo cultivábamos algunas de sus tierras; ese otro es su hermano, y el más perverso de todos los individuos de su infame raza.

»El moribundo articuló estas palabras con sumo trabajo; pero su alma hablaba con una espantosa energia.

—«Todos nosotros nos veíamos arruinados por ese hombre, como nos sucede siempre á todos los perdidos y canallas; todos nosotros éramos víctimas de las horribles cargas que nos imponia; todos nosotros nos veíamos obligados á trabajar para él sin salario ninguno; todos nosotros teníamos que moler su trigo en nuestros molinos y alimentar sus animales domésticos con el producto de

nuestras cosechas, sin poder criar ni un mísero pichón para nosotros; todos nos veíamos saqueados y apremiados hasta el extremo de que si disponíamos por casualidad de un trozo de carne, teníamos que comerlo á puerta cerrada para evitar que sus criados viniesen á quitárnoslo de la boca. En fin, todos nosotros éramos tan pobres, que mi padre nos decía que debía considerarse como un crimen el criar un hijo, y pedíamos á Dios algunas veces que exterminase prontamente nuestra raza.

»Yo estaba persuadido de que el pueblo odiaba la opresion de que era víctima; pero aquella era la primera vez que oía las encolerizadas quejas que presagiaban una próxima revolucion.

—»A pesar de todo eso, continuó el moribundo, se verificó el casamiento de mi hermana; su novio se hallaba enfermo, y la pobre se casó con objeto de cuidarle, instalándole en nuestra madriguera, como diria un noble. Hacia tres meses que se hallaba casada, cuando la vió el hermano de este hombre, hallóla de su gusto y rogó á ese otro que se la cediese—¿qué significa un marido tratándose de gentes como nosotros!—El amo consintió en ello; pero mi hermana era virtuosa y odiaba á ese hombre tan terriblemente como yo. ¿Qué hicieron entonces los dos hermanos para obligar al marido á que emplease su influencia, y hacer que su mujer accediese á los infames propósitos que ellos tenían fraguados?

»El herido fijó su mirada en el individuo á quien acusaba, y cuyo rostro me reveló la verdad del relato del moribundo. Aún creo estar viendo á los dos en el fondo de aquel desvan: el noble haciendo gala de un insolente desprecio; el infeliz aldeano ardiendo en sed de venganza y luchando con sus ya escasas fuerzas.

»Ya sabeis, prosiguió el campesino, que los nobles pueden, si quieren, uncirnos á una carreta y hacer que tiremos de ella, y obligarnos á pasar toda la noche sacun-

diendo el agua de sus estanques para impedir que las ranas turben su pacífico sueño. Estos hombres, con objeto de lograr someter al marido, le enviaron á la orilla de un estanque desde la noche hasta por la mañana, y desde la mañana hasta por la noche le uncieron á una carreta; ¡pero no, no legraron vencerle! Un día lo desuncieron de la carreta para que fuese á comer, suponiendo que tuviese algun pedazo de pan, sollozó doce veces al oír sonar en el reloj las doce del día, y murió en los brazos de su desdichada mujer.

»El deseo de dar á conocer los crímenes de sus enemigos era lo único que podia prolongar sus últimos momentos; apartó las sombras de la muerte que vagaban en torno suyo, y comprimió la herida con su mano derecha.

—»Entonces, contando con el permiso y el auxilio de este hombre, robó ese otro á mi hermana, á pesar de su enérgica resistencia; ese infame queria divertirse con ella durante algunos dias. La infeliz pasó por mi lado cuando yo me hallaba en la carretera; y cuando llevé la noticia á mi casa, el corazon de mi padre experimentó un terrible dolor. Conduje á mi otra hermana soltera á un sitio en que este hombre no pudiera descubrirla, y en donde por lo ménos no pudiese ser su amo. Luego, corriendo tras de su hermano, entré en esta casa: el infame, el canalla tenia un arma; debe de estar por ahí cerca; mirad al lado de la ventana.

»Sus ojos iban apagándose por momentos y la vida parecia abandonarle definitivamente. Miré alrededor del sitio en que nos hallábamos, y vi que el heno y la paja esparcidos por el suelo habian sido pisoteados.

—»Mi hermana me oyó y salió á mi encuentro; yo la dije que no se acercase hasta que él muriese á mis manos. Poco despues llegó él y arrojó á mis piés un bolsillo que yo no quise recoger. Amenazóme con un látigo; pero yo, á pesar de ser un canalla, le obligué á echar mano á

la espada. Que la rompa en tantos pedazos como quiera porque se ha teñido en mi sangre miserable, pero eso no impedirá que haya tenido que hacer uso de toda su habilidad para defender su vida.

»Yo vi entonces sobre el heno los pedazos de una espada y un sable antiguo bastante deteriorado.

—»Levantadme, doctor, levantadme; ¿en dónde está ese infame?

—»Acaba de salir, le contesté yo, suponiendo que aludía al raptor.

—»¡Ah! él es sumamente orgulloso, pero ha tenido miedo de un canalla. ¿En dónde está el otro? Ponedme frente á frente de él.

»Yo levanté la cabeza del moribundo y la apoyé contra mi rodilla; pero él, hallando en aquel momento supremo una fuerza sobrehumana, irguióse de un modo tan violento que me obligó á ponerme en pié para poder sostenerle.

—»Marqués, dijo extendiendo la mano derecha y clavando en el noble personaje su vidriosa mirada, yo te emplazo á tí y á todos los tuyos, hasta el último de tu raza, para que respondais ante los jueces de todo cuanto nos habeis hecho sufrir, el día en que se os pidan cuentas de todos estos crímenes. Yo emplazo á tu hermano, el hombre más perverso de tu maldita raza, para que responda de ellos separadamente, y estampo sobre él una sangrienta cruz que sirva para denunciarle á los vengadores.

»Mojó dos veces su mano en la sangre que se escapaba de su herida, y trazó una cruz en el aire. Luego, cayó desplomado; cuando le acosté, era ya cadáver.»

«Volví á hallar á la jóven con la misma fiebre y el mismo delirio, dando los mismos gritos y repitiendo,

siempre en el mismo orden, las palabras que pronunciaba cuando la ví por primera vez. Yo calculé desde luego que todo aquello lo terminaría la muerte al cabo de algunas horas.

»La administré una nueva toma del mismo medicamento y me senté otra vez á su lado, pero continuaba repitiendo en medio de unos gritos terribles: «¡Esposo mio, padre mio, hermano mio!» contaba hasta doce, decía: ¡chist! y recomenzaba incesantemente.

»Hacia ya treinta y seis horas que la tenía á mi cuidado; yo salí, volví, salí de nuevo, y me hallé otra vez á su lado, cuando su voz se alteró, sus gritos se debilitaron y sus palabras fueron haciéndose cada vez menos perceptibles; hice todo cuanto me fué posible para aumentar aquel principio de calma, y poco tiempo despues la enferma quedó sumida en un profundo letargo.

»Esto nos produjo el mismo efecto que cuando el viento y la lluvia se apaciguan repentinamente despues de una espantosa tormenta. Yo la desaté los brazos y llamé á la mujer que me ayudaba á cuidarla para colocarla en una posicion más cómoda y para arreglar un poco sus vestidos. Entonces ví que se hallaba en cinta, y perdí la poca esperanza que tenía de poder salvarla.

—»¿Ha muerto? preguntó el marqués, es decir, el mayor de los dos hermanos, apeándose del caballo y entrando en la habitacion con sus botas de montar.

—»No, contesté yo; pero probablemente no tardará en morir.

—»¿Qué resistencia tienen á veces estas gentes del pueblo! dijo contemplando con cierta curiosidad á la enferma.

—»Es que la desesperacion de una fuerza extraordinaria, repliqué yo . . .

»Estas palabras le hicieron sonreír en un principio, pero luego le produjeron una gran irritacion. Dió un pun-

tapié á una silla que se hallaba al lado de la mia, mandó á la criada que saliese de la habitacion, y dijo en voz baja:

—Yo habia observado que mi hermano no sabia que hacer con estos rústicos, y le aconsejé que os llamase. Vuestra reputacion empieza á hacerse ahora, sois todavía jóven, tenéis que ir pensando en hacer vuestra fortuna, y supongo que sabreis comprender vuestros intereses: es preciso que no habéis con nadie de este mundo de lo que habeis visto aqui.

»Yo escuchaba la respiracion de la enferma y no contesté nada á las palabras que el marqués acababa de dirigirme.

—Doctor, ¿quereis hacerme el honor de escucharme?

—Caballero, repliqué yo; el médico considera como una cosa sagrada todo cuanto se refiere á los enfermos, y sabe guardar en los asuntos que les atañen una discrecion ilimitada.

»De este modo evitaba yo contestar con mayor franqueza: porque profundamente turbado por lo que acababa de ver y de oír, comprendí que me era necesario obrar con mucha reserva.

»La respiracion de la enferma se percibia con tanta dificultad, que preocupado solamente en hallar el pulso y los latidos del corazon, yo no oia nada de lo que pasaba en la alcoba. La vida no se hallaba completamente extinguida, pero estaba á punto de desaparecer. Volví á ocupar mi silla, y al mirar en torno mio vi á los dos hermanos que me examinaban detenidamente.

»La memoria sigue siéndome fiel, y me seria sumamente fácil estampar aqui hasta las más insignificantes palabras que cambié con ellos. Pero me cuesta tanto trabajo escribir, hace un frio tan horrible, tengo tanto miedo de que me sorprendan escribiendo estas líneas y me encierren en un calabozo completamente privado de luz, que me veo obligado á abreviar esta narracion.

»La infeliz enferma luchó entre la vida y la muerte ocho dias más. Próxima ya á espirar, vi que movia los labios, acerqué el oido y comprendí algunas de sus palabras. Me preguntó en dónde se hallaba y quién era yo; satisfice sus preguntas; pero en vano traté de que me dijera su nombre: contestóme siempre con un gesto negativo, y lo mismo que su hermano, llevó á la tumba su secreto.

»Hasta aquel momento no me habia sido posible interrogarla. Uno ú otro de los dos hermanos se hallaba siempre á la cabecera del lecho, y no permitia que yo sostuviese con ella el más insignificante diálogo; únicamente á última hora parecieron no preocuparse de lo que ella pudiera decirme, como si yo hubiese debido morir al mismo tiempo que su víctima; recuerdo que esta idea cruzó por mi mente en más de una ocasion.

»Yo habia observado varias veces lo mucho que sufría su orgullo al recordar aquella lucha con un campesino, con un sér despreciable y apenas llegado á la pubertad. Aquello tenia para la familia de los dos hermanos algo de degradante y de ridículo que ofendia dolorosamente su amor propio; por lo demás, la muerte de aquel jóven, la de su padre y la de su hermana, no les preocupaba absolutamente nada. La mirada del que se habia visto obligado á batirse se fijaba en mí con mucha frecuencia, y yo leia en ella el odio profundo que él me profesaba desde la revelacion que el infeliz muchacho me habia hecho. El hermano mayor me consideraba tambien como un obstáculo, y era indudable que no podia soportar mi presencia.

La pobre enferma murió á las diez de la noche; hacia ocho dias justos que yo me hallaba á su lado. Estaba solo á la cabecera de su lecho, cuando su hermosa cabeza se inclinó poco á poco sobre su hombro, y todas sus penas terminaron con su último aliento.

»Los dos hermanos aguardaban con impaciencia, en el piso bajo, el momento de poderse poner en camino.

—«Se ha muerto ya? dijo el mayor al penetrar en la habitación.

—«Sí, contesté yo.

»Dióme un paquete de monedas de oro, que coloqué encima de la mesa; yo había rechazado el día anterior la cantidad que me había ofrecido, y me hallaba resuelto á no aceptar nada de él.

—«Dispensadme, le dije; en circunstancias como esta no me es posible recibir ninguna recompensa.

»Los dos hermanos cambiaron entre sí una mirada, los saludé, contestaron á mi saludo, y nos separamos sin hablar una sola palabra.»

«Me hallo cansado, rendido y agobiado por un sin fin de penas y de sufrimientos. No me es posible leer nada de lo que mi temblorosa mano ha escrito.

»Al día siguiente por la mañana temprano, el roilo de monedas de oro fué depositado en mi casa en una cajita que llevaba escrito mi nombre y mi domicilio. Yo había meditado durante toda la noche qué era lo que debía hacer; hallábame decidido á escribir al ministro y á informarle confidencialmente acerca de los dos casos de muerte cuyos pormenores acabo de referir. Yo conocía perfectamente la influencia de los cortesanos y las inmunidades de que gozaban los nobles, y presumía que mi carta no daría ningún resultado; pero yo consideraba este asunto como un caso de conciencia. Había guardado la más profunda reserva acerca de estos tristes sucesos, y hasta mi propia mujer los ignoraba; así se lo manifesté al ministro, á fin de que constase que nadie debía quedar comprometido en aquel enojoso asunto, que yo solo conocía.

»Era el último día del año; apenas acababa de escri-

bir mi carta, cuando me dijeron que una señora preguntaba por mí y deseaba hablarme.»

«Mi debilidad aumenta por momentos, y cada vez me es más difícil continuar la tarea que me he impuesto. ¡Tengo tanto frío! Mis miembros se hallan completamente ateridos, hace un tiempo sombrío y mi cabeza comienza á trastornarse.

»Aquella señora, que era jóven, hermosa y simpática, iba vestida de riguroso luto. Parecía hallarse sumamente conmovida y manifestó ser la esposa del marqués de Saint Evremont. Este era el título dado por el moribundo á uno de los dos personajes; yo recordé la inicial que vi bordada en la banda de seda, y deduje que el marido de aquella señora era uno de los raptores de la difunta.

»Recuerdo todo cuanto ella y yo hablamos, pero no puedo reproducir nuestro diálogo. Me hallo mucho más vigilado que antes, y sigo sospechando que me espian.

»Aquella señora había descubierto casi todos los pormenores de tan dolorosa historia; sabía la parte que su marido había tomado en aquellos sucesos; pero ignoraba que la jóven había fallecido, y venia á buscarme creyendo ser útil á esta última y poder darle alguna prueba de su compasión; la buena señora trataba por todos los medios posibles de apartar la cólera celeste de una familia odiosa á un gran número de desdichados.

»La marquesa tenía muchos motivos para suponer que la difunta tenía una hermana más jóven, y deseaba de todas veras ser el amparo de aquella pobre niña. Yo sabía también que efectivamente existía aquella jóven, porque su mismo hermano me lo había dicho, pero nunca he sabido su nombre ni el lugar en que habitaba.»

«Ya me queda muy poco papel; ayer me quitaron una tira y me amenazaron con llevarme á otro calabozo. Es preciso que hoy mismo quede terminada mi tarea.

»La marquesa era una mujer buena y sensible, y su casamiento, como necesariamente tenia que suceder, la habia hecho desgraciada. Su cuñado la detestaba y la ofendia por todos los medios imaginables. La pobre señora temia tanto á aquel hombre como á su marido. Yo la llevé de la mano hasta su carruaje, y ví dentro de él un hermoso niño de unos dos ó tres años.

—»Doctor, me dijo con los ojos inundados de lágrimas, yo hago por el cariño que profeso á este inocente, todo cuanto me es posible para reparar las perversas acciones de los demás. ¡Qué carga debe ser para él semejante herencia! Si no son expiadas todas estas faltas, creo que él será responsable de ellas algun dia. Yo le dejaré todo cuanto me pertenece legítimamente, que es bien poca cosa si se exceptúan mis alhajas, con la expresa condicion de que lo entregue á los individuos que queden de esa desdichada familia; yo le recomendaré que busque á la hermana de esa pobre mujer y la diga que yo me he interesado por ella y la he compadecido con toda mi alma.

»La marquesa abrazó al niño.

»¿Tú lo harás así, Carlos, no es verdad? dijo haciéndole mil caricias; ¿serás fiel á tu palabra?

—Sí, replicó con entusiasmo el chiquitín.

»Yo besé la mano de aquella señora, á quien no debia volver á ver.

»Gerré la carta tal y como la habia escrito, y no queriendo confiarla á manos extrañas, la llevé en seguida yo mismo á su destino.

»A cosa de las nueve de la noche llamó á la puerta de mi casa un hombre vestido de negro, preguntó por mí, y siguió á Ernesto Defarge, que era un muchacho que yo tenia en clase de criado. Al entrar éste en el salon en que

yo me hallaba con mi mujer—¡ay querida de mi alma! tan bella y tan cariñosa!—vimos á aquel hombre, que en vez de aguardar en el recibimiento, habia llegado hasta nosotros en compañía de Defarge, sin que este último lo notase.

»Dijome que era preciso que fuese á la calle de Saint-Honoré, en donde me necesitaban para un caso muy grave; que tenia un carruaje á la puerta, y que dentro de muy poco podria hallarme de vuelta.

»Aquel carruaje debia conducirme aquí, á mi tumba. Tan pronto como me hallé en la calle, me taparon fuertemente la boca con una venda, y al mismo tiempo me ataron los brazos á la espalda. Los dos hermanos salieron entonces de un oscuro rincón, cruzaron la calle y establecieron mi identidad por medio de una seña. El marqués sacó de su bolsillo la carta que yo habia dirigido al ministro, la quemó en la llama de la bujía de una linterna que llevaba en la mano, y pisoteó las cenizas con el tacón de su zapato. El carruaje se puso en marcha y me sepultaron vivo en esta tumba.

»Si Dios les hubiese inspirado la idea de hacer que llegasen á mí algunas noticias de mi mujer, si siquiera me hubiesen hecho saber que mi esposa vivia ó habia muerto, yo hubiera creido que el Señor no los habia abandonado completamente. Pero la cruz sangrienta con que han sido marcados les es fatal; Dios no quiere que continúen participando de su misericordia, y yo, Alejandro Manette, en esta última noche del décimo año de mi agonía, los denuncié y denuncié tambien hasta el último individuo de su raza; los denuncié á las futuras generaciones, ante las cuales tendrán que responder de todos sus crímenes; los denuncié á Dios y á los hombres.»

Oyóse de todos los puntos de la sala un espantoso y confuso rumor en que sólo se distinguía el ruido de voces que pedían sangre y venganza. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el delirio el deseo de venganza que dominaba en aquella época, y no había nadie en Francia cuya cabeza no hubiese caído bajo el peso de semejante acusación.

Era inútil, ante un tribunal como aquel, preguntar por qué no habían unido los Defarge aquel documento á todos los que habían sido hallados en la Bastilla, y por qué lo habían guardado para publicarlo cuando tuviesen por conveniente. Era inútil demostrar que el nombre de aquella familia se hallaba apuntado hacia ya largo tiempo en los archivos de la calcetera, y designado á la venganza del barrio de San Antonio. No podía haber virtud ni méritos suficientes para atenuar siquiera las terribles consecuencias de semejante denuncia.

La circunstancia más funesta para el acusado era que el denunciador era un conocido ciudadano, amigo suyo y padre de su mujer. El populacho, en sus locas aspiraciones, trataba de imitar las virtudes un tanto dudosas de los republicanos de la antigüedad, y quería que todo el mundo sacrificase en aras de la patria las personas más queridas. Por eso el presidente dijo (pues de otro modo hubiera corrido grave riesgo su cabeza,) que el doctor Manette merecía los plácemes de la nación por haber contribuido á extirpar del territorio de la República una familia de aristócratas, y que sin duda experimentaría una inmensa satisfacción al dejar viuda á su hija y huérfana á su nieta, con la muerte de un odioso enemigo del pueblo; por eso sus palabras no hicieron más que armentar el impetu salvaje del entusiasmo patriótico, y no despertaron en lo más mínimo ningún sentimiento humanitario.

—Ese doctor tiene una gran influencia, murmuró ma-

dame Defarge dirigiendo una sonrisa á su vecina; ¡salvadle, doctor, salvadle!

El primer individuo del jurado emitió su voto; un ruido de alegría acogió su afirmativa respuesta. Continuaron votando los demás jurados y continuaron sin interrupción los mismos ruidos.

Declarado culpable por unanimidad, aristócrata de corazón y de nacimiento, enemigo de la República y opresor del pueblo; condenado á muerte; vuelto á encerrar en la Conserjería; guillotinado en el término de veinticuatro horas.

CAPITULO XI.

Ultima esperanza.

La desgraciada mujer del sentenciado vaciló al escuchar aquel terrible fallo, como si hubiese sido mortalmente herida; pero no exhaló ni una sola queja, y la voz interior que la aconsejaba que sostuviese á su marido en aquella última prueba, ejerció en ella tal imperio, que volvió á levantar inmediatamente la cabeza para consolarle con una expresiva mirada.

Los jueces del tribunal, que tenían que asistir á una manifestación patriótica, dejaron para el día siguiente las causas que aún quedaban por juzgar, y la multitud se dispersó en medio de la mayor algazara.

Lucía, que había continuado enfrente del banco de los acusados, tendió sus brazos al sentenciado y fijó en él sus amorosos ojos.

—¡Ah si yo pudiese acercarme á él y abrazarle por

Oyóse de todos los puntos de la sala un espantoso y confuso rumor en que sólo se distinguía el ruido de voces que pedían sangre y venganza. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el delirio el deseo de venganza que dominaba en aquella época, y no había nadie en Francia cuya cabeza no hubiese caído bajo el peso de semejante acusación.

Era inútil, ante un tribunal como aquel, preguntar por qué no habían unido los Defarge aquel documento á todos los que habían sido hallados en la Bastilla, y por qué lo habían guardado para publicarlo cuando tuviesen por conveniente. Era inútil demostrar que el nombre de aquella familia se hallaba apuntado hacia ya largo tiempo en los archivos de la calcetera, y designado á la venganza del barrio de San Antonio. No podía haber virtud ni méritos suficientes para atenuar siquiera las terribles consecuencias de semejante denuncia.

La circunstancia más funesta para el acusado era que el denunciador era un conocido ciudadano, amigo suyo y padre de su mujer. El populacho, en sus locas aspiraciones, trataba de imitar las virtudes un tanto dudosas de los republicanos de la antigüedad, y quería que todo el mundo sacrificase en aras de la patria las personas más queridas. Por eso el presidente dijo (pues de otro modo hubiera corrido grave riesgo su cabeza,) que el doctor Manette merecía los plácemes de la nación por haber contribuido á extirpar del territorio de la República una familia de aristócratas, y que sin duda experimentaría una inmensa satisfacción al dejar viuda á su hija y huérfana á su nieta, con la muerte de un odioso enemigo del pueblo; por eso sus palabras no hicieron más que armentar el impetu salvaje del entusiasmo patriótico, y no despertaron en lo más mínimo ningún sentimiento humanitario.

—Ese doctor tiene una gran influencia, murmuró ma-

dame Defarge dirigiendo una sonrisa á su vecina; ¡salvadle, doctor, salvadle!

El primer individuo del jurado emitió su voto; un ruido de alegría acogió su afirmativa respuesta. Continuaron votando los demás jurados y continuaron sin interrupción los mismos ruidos.

Declarado culpable por unanimidad, aristócrata de corazón y de nacimiento, enemigo de la República y opresor del pueblo; condenado á muerte; vuelto á encerrar en la Conserjería; guillotinado en el término de veinticuatro horas.

CAPITULO XI.

Ultima esperanza.

La desgraciada mujer del sentenciado vaciló al escuchar aquel terrible fallo, como si hubiese sido mortalmente herida; pero no exhaló ni una sola queja, y la voz interior que la aconsejaba que sostuviese á su marido en aquella última prueba, ejerció en ella tal imperio, que volvió á levantar inmediatamente la cabeza para consolarle con una expresiva mirada.

Los jueces del tribunal, que tenían que asistir á una manifestación patriótica, dejaron para el día siguiente las causas que aún quedaban por juzgar, y la multitud se dispersó en medio de la mayor algazara.

Lucía, que había continuado enfrente del banco de los acusados, tendió sus brazos al sentenciado y fijó en él sus amorosos ojos.

—¡Ah si yo pudiese acercarme á él y abrazarle por

última vez!... ¡Tened compasión de nosotros, buenos ciudadanos!

Sólo quedaban ya en la sala el carcelero, John Barsad y los cuatro hombres que el día anterior habían ido á prender á Carlos Darnay.

—Accedamos á su deseo, dijo el espía; eso será cuestión de un pequeño momento.

Los otros individuos hicieron un signo afirmativo, ayudaron á la joven á subir los escalones de la plataforma, y la condujeron á un sitio en que el sentenciado pudiera estrecharla entre sus brazos.

—¡Adios, querida mía, adios! ¡Mi último pensamiento será para ti; yo te bendeciré al exhalar mi postrer aliento! ¡No te aflijas, ya volveremos á hallarnos allí donde los desdichados encuentran consuelo!

—Yo tengo valor para soportarlo todo, Carlos; Dios me sostiene y me da las fuerzas necesarias; no tengas cuidado por mí, no te inquietes. Bendice á nuestra hija.

—Bendícela tú en nombre mío; abrázala de parte de su padre; llévale mi último adios.

—¡Ah Carlos!... ¡No, nos separemos aún!

El procuraba desprenderse de sus brazos.

—No viviremos mucho tiempo separados; mi corazón sucumbirá y yo iré á unirme contigo dentro de poco; pero cumpliré todos mis deberes hasta el último momento; y cuando me vea en la necesidad de separarme de nuestra hija, Dios le proporcionará nuevos amigos, como hizo con nosotros.

El doctor Manette, que la había seguido, iba á arrojarse delante de ellos, pero Darnay extendió su mano:

—No, no, exclamó: ¿habeis hecho algo de que debais arrepentiros?... Ya sabemos la lucha que habeis sostenido; ya comprendemos lo que habeis debido sufrir al saber quién era mi familia; ya podemos explicarnos la instintiva antipatía que mostrábais al principio, y que ha-

beis sabido vencer por respetar nuestra mútua inclinación. Nosotros os lo agradecemos con toda nuestra alma y os queremos tan profundamente como siempre. ¡Dios os proteja y prolongue vuestros días!

El antiguo detenido mesó desesperadamente su blanca cabellera y lanzó un grito de dolor.

Todo esto debía suceder; nada hay aquí que deba extrañarnos, repuso Darnay. Todo ha contribuido á este tristísimo resultado; la inutilidad de mis esfuerzos para cumplir el último deseo de mi madre es lo que me ha conducido á vuestro lado. De semejantes maldades no podía engendrarse el bien; semejantes premisas no podían dar sino enojosos resultados. Consoláos y perdonadme todo cuanto habeis sufrido.

Sacáronle de la sala; su mujer, con las manos cruzadas, le vió partir y le dirigió una mirada consoladora. Cuando desapareció de su vista, posó la frente sobre el pecho de su padre, quiso hablar, y cayó desmayada al suelo.

Sydney Cartone salió precipitadamente del oscuro rincón que hasta entonces había ocupado y acudió á levantarla. Al sostener aquella hermosa cabeza, descompuesta por el dolor, estremeciése todo su ser y temblaron sus manos; pero su rostro, que reveló la más profunda compasión, reflejó también una viva alegría y un noble orgullo.

Cogióla entre sus brazos y la colocó suavemente sobre los almohadones del carruaje. El doctor y Mr. Lorry se sentaron al lado de ella; él subió al pescante y se instaló cerca del cochero.

Al llegar á la puerta que había visitado la noche anterior para seguir las huellas de sus adorados pasos, la sacó del carruaje y la llevó á su habitación, en donde su hija y miss Pross, llorando desconsoladamente, la colmaron de caricias.

—Dejadla, dijo, no hagais nada para que vuelva en sí, y de ese modo sufrirá ménos; no la obliguéis á que comprenda toda la extension de su dolor.

—Querido Cartone, exclamó la chiquitina arrojándose en sus brazos, tú has venido de Londres para consolar á mamá, ¿no es verdad? di, ¿has venido para salvar á papá? Mirala, amigo mio; tú que la quieres tanto procurarás que no sea desgraciada.

Cogió en brazos á la niña, unió á la sonrosada mejilla de aquel pobre ángel la ajada tez de su rostro, apartó de su lado á aquella querida criatura y contempló á la madre, que continuaba desmayada.

Antes de abandonar la estancia se detuvo:

—Yo puedo besarla, dijo:

Inclinóse para estampar un beso en su frente, y profirió estas palabras:

—¡Por una vida que tanto quereis!

Al salir de la habitacion se halló de pronto con monsieur Lorry, y dirigiéndose al doctor, que iba en pos del gentleman, le dijo:

—Ayer lo pudo todo vuestra influencia; haced otra nueva tentativa, porque los jueces os estiman muy mucho, y los hombres que se hayan en el poder están sumamente agradecidos á vuestros servicios.

—Las circunstancias han variado mucho; yo sabia ya con anticipacion lo que iba á suceder; tenia la seguridad de poder salvarle, respondió Mr. Manette con lentitud y de un modo que revelaba su turbacion.

—Haced un nuevo esfuerzo; queda poco tiempo de aquí á mañana, pero por eso mismo debemos emplearlo lo mejor que nos sea posible.

—Esa es la intencion que yo abrigo, y no cesaré en mi empeño hasta emplear el último recurso.

—Perfectamente; la energía puede realizar grandes cosas; aunque muchas veces... añadió exhalando un sus-

piro; pero no importa, es necesario hacer una nueva tentativa. Aun cuando vale poco la vida cuando se ha hecho de ella un uso deplorable, es preciso defenderla, sin embargo, porque cuesta mucho el dejarla.

—Me marchó, dijo Mr. Manette; voy á ver al presidente, á los jueces y al acusador público; luego veré á otras personas, y escribiré... pero el caso es que hoy es fiesta nacional; todo el mundo está fuera de su casa y no podré ver á nadie hasta que llegue la noche.

—No os apureis; se trata de un caso tan desesperado que ese contratiempo no nos quita muchas probabilidades de éxito. Sin embargo, yo volveré por aquí para saber el resultado de vuestras gestiones; ¿á qué hora creéis poder terminar todas vuestras visitas?

—Una hora ó dos despues de que oscurezca.

—Puede decirse que á las cuatro ya es de noche; de modo que yendo á casa de Mr. Lorry entre ocho y nueve, podré saber lo que habeis hecho, ya por vos mismo ó por boca del gentleman.

—Creo que sí.

—¡Ojalá consigais lo que se desea!

Mr. Lorry acompañó á Signey hasta la meseta de la escalera.

—Yo no abrigo ninguna esperanza, le dijo poniéndole la mano sobre el hombro.

—Ni yo tampoco.

—Suponiendo que los magistrados y los caudillos de la revolucion le sean favorables, lo cual es bastante suponer, —porqué ¿qué es para ellos la vida de un hombre?— no creo que se atrevan á salvarle, despues de los aplausos con que la multitud ha saludado la sentencia.

—Somos exactamente del mismo parecer: al escuchar aquellos aplausos creí oír el golpe de la cuchilla.

Mr. Lorry se apoyó en el quicio de la puerta.

—No os dejéis abatir, dijo Cartone con suma dulzura;

he aconsejado á Mr. Manette que haga algunas gestiones porque su hija hallará de ese modo algun consuelo; de no obrar así podria decir que no se habia hecho ningun esfuerzo para salvarle, y esta idea podria turbar su reposo.

—Es verdad, respondió el anciano enjugándose las lágrimas; pero él morirá, ya no tengo ninguna esperanza.

—Ninguna, dijo Cartone maquinalmente mientras bajaba con paso firme la escalera.

CAPITULO XII.

Tinieblas.

Cartone llegó á la calle y se detuvo un momento sin saber á dónde dirigirse.

—Debo estar á las nueve en el Banco, dijo con aire pensativo; entre tanto, ¿no será conveniente dejarme ver en algun sitio? Creo que sí; bueno será que esas gentes me conozcan; esta es una precaucion que puede llegar á ser necesaria; sin embargo, la cosa merece reflexionarse.

En vez de continuar el camino que habia tomado, dió dos ó tres vueltas por una calle que empezaba á hallarse á oscuras, y despues de examinar su idea bajo todos aspectos, adoptó su primera resolucion y se dirigió hácia el barrio de San Antonio.

Defarge habia declarado ante el tribunal que era tabernero en aquel barrio; por lo tanto, no debia ser difícil hallar su tienda. Sydney Cartone, despues de orientarse, cruzó el rio, entró en un figon y se durmió despues de haber comido. Contra su inveterada costumbre, se abstuvo en aquella ocasion de toda bebida alcohólica; la noche anterior habia vertido su vaso de aguardiente en la

chimenea del gentleman, como un hombre que rompe para siempre con un vicio ya antiguo.

Serian próximamente las siete cuando salió del bodegon. Al acercarse al barrio de San Antonio, se detuvo á la puerta de una tienda en que habia un espejo, se arregló el lazo de la corbata, bajó el cuello de la levita y se atusó sus cabellos, que se hallaban en completo desorden. Terminadas todas estas operaciones, se dirigió á la taberna de los esposos Defarge.

Dió la casualidad que la única persona extraña que se hallaba en la sala era Jacobo tercero, el hombre de aspecto de tigre que aquella misma mañana formaba parte del jurado; estaba bebiendo al lado del mostrador y charlando con el tabernero, la mujer de éste y la Venganza, que parecia ser ya de la casa.

Cartone, despues de colocarse de modo que todas aquellas personas pudiesen verle, pidió un vaso de vino, y lo hizo en un francés chapurrado.

La tabernera le miró al principio con indiferencia, luego se fijó en él con mayor atencion, y por último se dirigió á su mesa para preguntarle qué era lo que deseaba.

—¿Sois inglés? dijo Mme. Defarge con aire sorprendido.

Cartone la miró como si no hubiese entendido bien la pregunta y respondió con una acentuacion muy pronunciada:

—Sí, señora, sí, yo inglés.

Luego se apoderó de un periódico jacobino, y aparentando consagrarse exclusivamente á su lectura, y como si ésta le ofreciese una extraordinaria dificultad, oyó á Mme. Defarge que decia en el mostrador á sus amigos:

—Cualquiera creeria que es Evremont.

El tabernero le sirvió el vino que acababa de pedir, y le dió las buenas noches.

—¿Qué?

—Que tengais muy buenas noches.

—¡Ah, buenas noches; muy bueno el vino; beber á la salud de la República!

—Efectivamente, dijo el marido de Mme. Defarge volviendo á formar parte de aquel pequeño grupo, se parece algo á Evremont.

—¡Se le parece extraordinariamente! repuso la mujer con tono severo.

—Le tienes tan metido en la cabeza, que le ves por todas partes, ciudadana, exclamó Jacobo tercero procurando conciliar ambos pareceres.

—Esa es la pura verdad, añadió la Venganza, y tambien lo es que gozará mañana al verle por última vez.

Cartone, con la vista fija en su periódico, recorria atentamente las lineas con el dedo indice, y como un hombre absorbido por el estudio. Los cuatro amigos, con los brazos apoyados sobre el mostrador y la cabeza inclinada hácia adelante, continuaban hablando en voz baja. Despues de un momento de silencio durante el cual no dejaron de contemplar al inglés, sin lograr distraerle de su lectura, reanudaron su interrumpida conversacion.

—Esta ciudadana tiene razon, dijo Jacobo tercero; ¿por qué detenerse? Eso es una cosa que no admite réplica.

—Muy bien, repuso Defarge; pero será preciso detenerse alguna vez; todo está reducido á saber cuándo.

—Despues de un exterminio completo, respondió su mujer.

—¡Muy bien! gritó el jurado con cavernosa voz.

—¡Bravo! dijo la Venganza.

—Mujer, el exterminio es bueno en principio, repuso el tabernero un tanto conmovido, y yo lo apruebo en general; ¡pero ha sufrido ya tanto ese pobre doctor! ¿no habeis visto su rostro mientras se leia aquel documento?

—Sí, respondió la ciudadana con ira y con desprecio; sí, he visto su cara, y os aseguro que no es la cara

de un patriota; que no se fie mucho de su rostro descolorido.

—¿No has visto el dolor de su hija? replicó Defarge con voz suplicante; eso debia ser para él un espantoso tormento.

—Sí, he visto á su hija, repuso la ciudadana, y la he visto más de una vez; la he visto con mucha frecuencia en la esquina de la callejuela que hay detrás de la cárcel; si llego yo siquiera á levantar un dedo...

Cartone oyó caer secamente sobre el mostrador la mano de Mme. Defarge, y creyó escuchar el ruido de la cuchilla de la guillotina.

—¡Muy bien! vociferó el jurado.

—Es un ángel, dijo abrazándola otra mujer.

—Por lo demás, ya sé yo, repuso la tabernera contemplando á su marido, que si de ti dependiera, cosa que afortunadamente no sucede, serias muy capaz de salvar tambien al yerno.

—¡No! protestó el tabernero; pero no iria ya más lejos; me detendria ahí.

—Vamos, Jacobo, repuso Mme. Defarge con reconcentrado furor; vamos, querida Venganza, tened la bondad de escucharme: hace ya mucho tiempo que tengo apuntado el nombre de esa maldita raza para que sea completamente destruida, y no solamente por sus crímenes de tiranía general; preguntádselo si no á mi marido.

Defarge hizo un signo afirmativo.

—Al comenzar los grandes dias, cuando cayó la Bastilla, halló en ella ese documento, lo trajo á casa, y cuando se marchó todo el mundo lo leimos los dos, aquí, en este mismo mostrador y á la luz de ese mismo quinqué. ¿No es verdad?

—Sí, respondió Defarge.

—Al terminar su lectura acababa de apagarse el quinqué, la luz del sol penetraba aquí á través de los hierros

de las ventanas, y entonces dije á mi marido que tenia que confiarle un secreto; que diga él si no es verdad.

El tabernero hizo un nuevo signo afirmativo.

—Yo coloqué mis dos manos sobre el pecho, como lo hago ahora, y le di e: «Defarge, unos pescadores que trabajaban á orillas del mar fueron los que se encargaron de mí; los desgraciados cuya historia refiere ese papel, los infelices tan horriblemente perseguidos por esos dos Evremont, pertenecen á mi familia. La jóven que mataron era mi propia hermana; el marido que asesinaron y el hijo que ahogaron en el seno de su madre, eran el marido y el hijo de mi hermana; el hombre cuyo corazon desgarraron despiadadamente era mi padre; todos esos muertos pertenecian á mi familia, y yo tengo la obligacion de vengarlos; ¿no es verdad, Defarge?»

—Es la pura verdad, murmuró éste.

—Pues entonces, manda al viento y á la llama que se detengan, pero no me lo mandes á mí, replicó su mujer, pálida de cólera.

Jacobó tercero y la Venganza experimentaban una horrible satisfaccion al conocer el funesto origen de su ódio, y la felicitaron calurosamente. Defarge, que se vió en completa minoria, invocó la memoria de la marquesa y recordó sus generosos propósitos; pero sólo consiguió que su mujer repitiese:

—Manda al viento y á la llama que se detengan, pero no me lo mandes á mí.

Entraron algunas personas y se disolvió el grupo; Cartone pagó lo que habia tomado, contó, fingiendo una gran dificultad, el dinero que le devolvian, y rogó á madame Defarge que le indicase el camino para ir al Palacio Nacional. La tabernera le acompañó hasta la puerta, apoyó la mano izquierda en su brazo, y le indicó con la mano derecha la direccion que debia tomar. Cartone pensó interiormente que seria una buena accion apoderarse del

brazo que se apoyaba sobre el suyo, levantarlo y clavar un agudo puñal en aquel miserable pecho; pero se alejó y desapareció en la oscuridad. A la hora convenida, se presentó en casa de Mr. Lorry, el cual se paseaba agitado dentro de su habitacion. El gentleman acababa de llegar de casa de Lucia, y sólo se habia separado de su lado para acudir á la cita que Cartone le habia dado. De Mr. Manette no se tenia ninguna noticia desde las cuatro de la tarde, hora en que habia salido del Banco. Su hija consideraba esto como un buen augurio, y suponía que sus primeros esfuerzos le habrian animado á hacer nuevas gestiones; pero los demás se hallaban inquietos con su tardanza.

Dieron las diez, y como no volvía, el gentleman, no queriendo que Lucia continuase más tiempo sola, salió para ir á visitarla, diciendo que volvería á las doce de la noche, y rogando á Cartone que recibiese en su ausencia al doctor.

Dieron las once y las doce sin que regresase el doctor; el gentleman volvió sin saber nada de él y nadie pudo darle noticias suyas. ¿En dónde se hallaria?

Cartone y Mr. Lorry comenzaban á discutir este punto y ya concebían alguna esperanza de su larga ausencia, cuando creyeron oír ruido de pasos en la escalera. Era él efectivamente, pero no bien entró, comprendieron uno y otro que todo se habia perdido.

No pudo saberse nunca si habia ido á ver á alguien ó si habia vagado sin objeto alguno desde su salida del Banco; Mr. Lorry y Cartone no le dirigieron ninguna pregunta, porque su rostro les revelaba todo cuanto debían saber.

—No he podido encontrarlo, dijo mirando en torno suyo la habitacion; y sin embargo, yo lo necesito; ¿en dónde lo han puesto?

Habia perdido el sombrero y la corbata, y en tanto

que sus ojos vagaban á uno y otro lado, se quitó la levita y la dejó caer al suelo.

—¿En dónde está mi banco? lo he buscado por todas partes. ¿Qué han hecho de mis herramientas y de la obra que yo tenía comenzada? Tengo mucha prisa; es preciso que concluya en seguida esos zapatos.

Los dos amigos se miraron y sintieron desfallecer su corazón.

—Yo os lo suplico, dijo con lastimero acento, devolvedme mi obra; es indispensable que me ponga á trabajar.

Viendo que no le contestaban, se tiró de los cabellos y comenzó á golpear el suelo con el pié, como un niño que no vé satisfechos sus caprichos.

—No atormentéis á este pobre desdichado, exclamó con voz desgarradora; dadme mi obra. ¡Qué será de mí si no concluyo mis zapatos!

¡Perdido, perdido sin remedio!

Mr. Lorry y Cartone le hicieron sentarse enfrente de la chimenea, y le aseguraron que dentro de muy poco le entregarían su obra. El doctor cayó como una masa inerte en su sillón, clavó en las llamas sus desvanecidos ojos, y las lágrimas comenzaron á correr por sus mejillas. Parecía que todo lo ocurrido en los últimos diez y ocho años no había sido sino un sueño, y Mr. Lorry volvió á halarse enfrente del desdichado á quien Defarge cobijaba en su guardilla.

A pesar del profundo dolor que semejante espectáculo inspiraba á los dos amigos, comprendieron que en aquel momento no podían entregarse á la emoción que experimentaban. El recuerdo de la pobre mujer, que perdía á la vez su última esperanza y su único sostén, les indicó inmediatamente lo que debían hacer.

—Se ha perdido el último recurso; pero era éste tan insignificante, que no hay por qué sentirlo, dijo Cartone. Creo que debéis conducir al doctor al lado de su hija;

pero antes, tened la bondad de escucharme. No me dirijais ninguna pregunta referente á los encargos que voy á hacerlos y á la promesa que voy á exigirlos: tengo una razón, una razón poderosísima para hablarlos así.

—Creo que debe ser así, dijo el gentleman, y promelo desde luego acceder á vuestro deseo.

A todo esto, Mr. Manette se balanceaba sollozando. Sus dos amigos hablaban en voz baja, como si se hubiesen hallado al lado de un enfermo.

Cartone recogió la levita que se hallaba en el suelo enredada en los piés de Mr. Manette; al levantar esta prenda, desprendióse del bolsillo una cartera y cayó sobre el entarimado.

—¿Podemos abrirla? dijo Cartone al gentleman. Este contestó con un signo afirmativo.

Sacó de ella un papel y lo desdobló.

—¡Bendito sea Dios! exclamó.

—¿Qué es eso? preguntó Mr. Lorry.

—Ahora os lo diré, repuso Cartone sacando de su faltriquera un papel semejante al que tenía en la mano. Este es mi pasaporte; guardadlo hasta mañana por la mañana; tengo que ir á ver á Mr. Darnay, y conviene que no lleve conmigo ese documento.

—¿Por qué?

—No lo sé; si os quedais con él estaré mucho más tranquilo. Lo que acabo de encontrar en la cartera del doctor es un pase de libre circulación para él, su hija y su nieta, y con ese documento pueden salir los tres de Paris cuando lo tengan por conveniente y dirigirse á la frontera. Guardadlo cuidadosamente con el vuestro y con el mío; tengo poderosísimas razones para creer que nos será de suma utilidad.

—Sin embargo, supongo que no se hallan amenazados de ningun peligro.

—Desgraciadamente sí; Mme. Defarge está decidida á

denunciarlos de un momento á otro, y lo he sabido por boca de ella misma. Ha dicho delante de mi ciertas cosas que me inspiran serios temores. He ido en seguida á ver á Barsad, y éste opina lo mismo que yo. Parece ser que un serrador de madera, que habita á espaldas de la Force y se halla á las inmediatas órdenes de Mme. Defarge, ha referido á ésta que la habia visto (Cartone no proferia nunca el nombre de Lucía) haciendo señas á los detenidos. Esto hace suponer una acusacion de complot contra la República, acusacion que lleva consigo la pena de muerte, y que podria hacerse extensiva á su padre y á su hija... Pero no tengais miedo, podemos salvarlos.

—¡Dios lo quiera! pero ¿qué es lo que debemos hacer?

—Todo depende de vos, lo cual quiere decir que el éxito es seguro. Mme. Defarge no hará su denuncia hasta pasado mañana, y hasta es probable que no la haga sino á últimos de la semana. Ya sabeis que es un crimen dolerse de los desdichados que perecen en el cadalso; el doctor y su hija cometerán indudablemente ese crimen, y la denunciadora, cuyo inveterado odio no es posible describir, esperará algunos dias para añadir esa nueva prueba á los anteriores cargos. ¿Os fijais bien en lo que os digo?

—Os escucho con tantísima atencion, que hasta me habia olvidado de él, dijo el gentleman señalando á Mr. Manette.

—Vos teneis dinero y podeis llegar á la costa ganando todo el tiempo posible. Ya teneis hechos todos vuestros preparativos para volver á Inglaterra; por consiguiente, pedid mañana por la mañana los caballos de posta y ponéos en camino á las dos de la tarde.

—Así lo haré.

La fogosidad con que hablaba inspiraba al anciano un ardor impropio de su edad.

—Vos sois un excelente amigo, repuso Cartone; yo sabia que podíamos contar con vuestra cooperacion. Id

ahora mismo y decidla el peligro que la amenaza; hacidla comprender bien que su padre y su hija perecerian al mismo tiempo que ella; insistid muy principalmente en esta idea, porque esa pobre desdichada se consideraria feliz colocando su hermosa cabeza sobre el cadalso al mismo tiempo que su marido.

Su voz se alteró al pronunciar estas palabras, pero luego continuó con acento más tranquilo:

—Por el cariño que profesais á ella, á su hija y á su padre, hacidla comprender la necesidad de ponerse inmediatamente en camino. Decidla que esta es la última voluntad del que la ama. ¿Creis que su padre, dada la situacion en que se encuentra, hará lo que ella disponga?

—Indudablemente.

—Bien. Pues entonces haed con sigilo todos los preparativos necesarios; disponed que el coche se halle en el pátio á la una, y subid en él para que ella pueda ponerse en marcha tan pronto como yo regrese de la cárcel.

—Así se hará. Yo deberé esperaros, suceda lo que quiera, ¿no es verdad?

—Sí; vos teneis mi pasaporte y todo mi equipaje; guardadme un asiento y no os pongais en camino sin que se halle ocupado; pero en cuanto esto suceda, partid inmediatamente.

—Bien, bien, dijo el gentleman estrechándole la mano; de ese modo no tendrá que correr todo á cargo de un pobre anciano, y podré contar con el auxilio de un amigo jóven y desinteresado.

—Eso es lo que yo deseo; pero prometedme que de ningún modo dejareis de hacer nada de cuanto acabo de decir.

—Yo os lo prometo, Cartone.

—Y yo os suplico que cumplais vuestra promesa: hacedio sin vacilacion ni demora de ningún género; aban-

donad al que es imposible salvar, y así evitaremos el sacrificio de tantas preciosas vidas.

—Estad tranquilo; lo tendré muy presente y cumpliré con mi deber.

—Y yo con el mío. Ahora despedámonos.

Aunque pronunció estas palabras entre grave y risueño y llevó á sus labios la mano del anciano, no se marchó inmediatamente. Ayudó á Mr. Lorry á incorporar al antiguo detenido, que continuaba gimiendo enfrente de la apagada chimenea, abrigó convenientemente al pobre doctor, le puso un sombrero y le inclinó á que saliese con ellos, diciéndole que iban á averiguar en dónde habían escondido su obra.

Luego, sosteniendo á Mr. Manette, se dirigió hácia el sitio en que velaba la afligida esposa, que tan feliz era en la época en que él le había abierto su corazón. Permaneció algunos instantes en el pátio, miró las ventanas de la habitación ocupada por Lucía, y antes de alejarse la bendijo con un postrer adiós.

CAPITULO XIII.

Cincuenta y dos cabezas.

Los individuos que debían morir aquel día aguardaban el momento fatal en el fondo de la Conserjería. Su número era igual al de las semanas que tiene el año: cincuenta y dos personas, arrebatadas por la corriente, iban á ser precipitadas al eterno é ilimitado oceano. Ninguno de aquellos individuos había abandonado su calabozo, y ya se conocían los nombres de los que habían de ser sus sucesores; antes de que su sangre se uniese á la sangre

que se había derramado el día anterior, hallábase ya preparada la que había de agregársele al día siguiente.

¡Cincuenta y dos sentenciados á muerte! desde el apotador general, casi octogenario, cuya inmensa fortuna no podía rescatar su vida, hasta la infeliz obrera de veinte años, cuya pobreza y oscuridad no habían sido suficientes á proteger su existencia. Las enfermedades contagiosas que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres, escogen sus muertos en todas las clases de la sociedad; el horrible delirio que engendra la miseria, la opresion y la maldad del corazón, hieren igualmente á ciegos y acaban con sus víctimas donde quiera que las encuentran.

Cárlos, completamente aislado en su calabozo, no había abrigado desde el día anterior la más ligera esperanza; á cada una de las palabras que había ido leyendo el presidente, fué comprendiendo que ninguna clase de influencia podía librarle del cadalso; que se hallaba desde luego condenado por millones de votos, y que contra semejante suma no podía significar nada un corto número de unidades.

Sin embargo, como no podía apartar de su alma el recuerdo de la mujer adorada, érale difícil aceptar el fallo de sus jueces; había poderosísimos vínculos que le ligaban á la vida; los acontecimientos verificados en aquellos dos últimos días habían multiplicado considerablemente la fuerza de estos lazos, desde el momento en que obtuvo su libertad; y cuando toda la energía se hallaba consagrada á rehacer su pérdida dicha, venían á arrancarle bruscamente la existencia. Mil encontrados sentimientos agitaban su corazón y su espíritu, y esta horrible lucha alejaba de él la resignacion; porque tan pronto como lograba hallarla, su mujer y su hija protestaban contra su egoismo.

Tales fueron al principio las impresiones del conde-

donad al que es imposible salvar, y así evitaremos el sacrificio de tantas preciosas vidas.

—Estad tranquilo; lo tendré muy presente y cumpliré con mi deber.

—Y yo con el mío. Ahora despedámonos.

Aunque pronunció estas palabras entre grave y risueño y llevó á sus labios la mano del anciano, no se marchó inmediatamente. Ayudó á Mr. Lorry á incorporar al antiguo detenido, que continuaba gimiendo enfrente de la apagada chimenea, abrigó convenientemente al pobre doctor, le puso un sombrero y le inclinó á que saliese con ellos, diciéndole que iban á averiguar en dónde habían escondido su obra.

Luego, sosteniendo á Mr. Manette, se dirigió hácia el sitio en que velaba la afligida esposa, que tan feliz era en la época en que él le había abierto su corazón. Permaneció algunos instantes en el pátio, miró las ventanas de la habitación ocupada por Lucía, y antes de alejarse la bendijo con un postrer adiós.

CAPITULO XIII.

Cincuenta y dos cabezas.

Los individuos que debían morir aquel día aguardaban el momento fatal en el fondo de la Conserjería. Su número era igual al de las semanas que tiene el año: cincuenta y dos personas, arrebatadas por la corriente, iban á ser precipitadas al eterno é ilimitado oceano. Ninguno de aquellos individuos había abandonado su calabozo, y ya se conocían los nombres de los que habían de ser sus sucesores; antes de que su sangre se uniese á la sangre

que se había derramado el día anterior, hallábase ya preparada la que había de agregársele al día siguiente.

¡Cincuenta y dos sentenciados á muerte! desde el apotador general, casi octogenario, cuya inmensa fortuna no podía rescatar su vida, hasta la infeliz obrera de veinte años, cuya pobreza y oscuridad no habían sido suficientes á proteger su existencia. Las enfermedades contagiosas que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres, escogen sus muertos en todas las clases de la sociedad; el horrible delirio que engendra la miseria, la opresion y la maldad del corazón, hieren igualmente á ciegos y acaban con sus víctimas donde quiera que las encuentran.

Cárlos, completamente aislado en su calabozo, no había abrigado desde el día anterior la más ligera esperanza; á cada una de las palabras que había ido leyendo el presidente, fué comprendiendo que ninguna clase de influencia podía librarle del cadalso; que se hallaba desde luego condenado por millones de votos, y que contra semejante suma no podía significar nada un corto número de unidades.

Sin embargo, como no podía apartar de su alma el recuerdo de la mujer adorada, érale difícil aceptar el fallo de sus jueces; había poderosísimos vínculos que le ligaban á la vida; los acontecimientos verificados en aquellos dos últimos días habían multiplicado considerablemente la fuerza de estos lazos, desde el momento en que obtuvo su libertad; y cuando toda la energía se hallaba consagrada á rehacer su pérdida dicha, venían á arrancarle bruscamente la existencia. Mil encontrados sentimientos agitaban su corazón y su espíritu, y esta horrible lucha alejaba de él la resignacion; porque tan pronto como lograba hallarla, su mujer y su hija protestaban contra su egoismo.

Tales fueron al principio las impresiones del conde-

nado á muerte; luego pensó que no habia mancilla alguna en sufrir la pena que le aguardaba; que todos los días eran enviados al cadalso una infinidad de inocentes y subian á él con ánimo sereno; que el saber que habia muerto con serenidad seria luego un consuelo para los seres queridos que debian sobrevivirle; despues, tranquilizándose poco á poco, elevó su espíritu á más altas regiones y comenzó á reinar la paz en su alma.

Poco antes de terminar el día habia logrado ya recobrar toda su entereza; permitiéronle que comprase una luz y recado de escribir, y dejó correr la pluma hasta el momento en que vió espirar el quinqué.

En la carta que dirigió á su mujer manifestaba que habia ignorado la encarcelacion del doctor hasta la época en que ella misma se la habia referido, y que, sólo al escuchar la lectura hecha por el presidente, habia sabido la parte que su tío y su padre habian tomado en semejante infamia. Que si le habia ocultado su verdadero nombre fué obedeciendo á Mr. Manette, que así se lo exigió momentos antes de celebrarse su matrimonio. Recomendábale que no tratase de averiguar si el doctor habia olvidado la existencia de las líneas que habia escrito, ó si se habia acordado de ellas al saber el descubrimiento hecho en la Torre de Lóndres. Suponiendo que el doctor recordase aquel escrito, debió creer que no habia sido hallado en la época de la toma de la Bastilla, puesto que no se hacia mencion de él en las diferentes reseñas publicadas, que trascribían hasta las más minuciosas circunstancias referentes á los detenidos.

Aun cuando comprendia que no tenia necesidad de rogárselo, suplicaba á Lucía que recurriera á todos cuantos medios le sugiriese su cariño para demostrar al doctor que no tenia por qué arrepentirse de su conducta; para recordarle que, lejos de eso, se habia sacrificado siempre por sus hijos, y que éstos se lo agradecian con

toda su alma. Por último, despues de expresarle su reconocimiento por la dicha que ella le habia dado, despues de aconsejarla que dominara su pena para consagrarse á su hija, la aconsejaba que consolase á su padre y la suplicaba que llenase cumplidamente este deber filial, pensando siempre en el día en que habian de volver á verse.

Escribió al doctor en el mismo sentido, le recomendó á su mujer y á su hija, le recordó que no tenian más apoyo que el que él pudiera darles, y repitió esto varias veces, creyendo que esta idea serviria para que su padre triunfase de un abatimiento cuyas consecuencias preveia, librándole al propio tiempo de ciertos recuerdos que podrian serle fatales.

Confió los tres al cuidado de Mr. Lorry, á quien puso al corriente de sus asuntos; dirigió algunas conmovedoras frases de cariño y de gratitud al venerable anciano, y todo quedó terminado.

No habia en ninguna de estas tres cartas una sola palabra para Cartone; preocupado con los demás, no se acordó siquiera de enviarle el más ligero saludo.

Cuando dió por terminadas sus cartas, se echó sobre el jergon y creyó haber acabado ya con las cosas de la tierra.

Pero volvió á recordarlas al dormirse, y este mísero mundo revistió ante sus ojos las formas más seductoras. Hallábase en libertad, volvía á encontrarse nuevamente en la casa de Soho, cuyo aspecto reconocia á pesar de no continuar en el mismo estado que antes. Escapado á la muerte por una especie de milagro que no acertaba á explicarse, veia otra vez á Lucía, y ésta le aseguraba que todo aquello era un sueño, y que él no habia ido nunca á Francia ni se habia separado jamás de su nueva familia. Despues hubo una pequeña pausa; la fatal sentencia habia sido ejecutada; él continuaba, sin embargo, al lado de los seres á quienes adoraba, gozaba una apacible di-

cha, y á pesar de estar muerto, se encontraba lo mismo que antes. Volvió á desaparecer todo, sin que él tuviese conciencia de nada; luego se despertó, preguntóse á sí mismo en dónde se hallaba, y entonces acudió este pensamiento á su memoria: hoy es el último día de mi vida.

Hallábase ya tranquilo y no tenia que luchar contra sí mismo, pero un nuevo orden de ideas se apoderó de su espíritu y le produjo una extraña mortificación.

El no habia visto nunca el instrumento que debía cortarle la cabeza. ¿A qué altura se elevaba el cadalso? ¿Cuántos escalones tendria que subir? ¿Estarian cubiertas de sangre las manos que le tocasen? ¿De qué modo le colocarían? ¿Seria el primero ó el último de los ejecutados? y otra infinidad de preguntas por el mismo estílo, que reaparecian incessantemente á pesar de todos sus esfuerzos. Estas preguntas no eran en modo alguno hijas de la pusilanimidad; provenian del deseo de averiguar lo que debería hacer cuando llegase el momento fatal; extraño deseo que no guardaba ninguna proporcion con la rapidez de los preparativos á que se referia, y que, mas bien que al detenido, parecia pertenecer á un espíritu extraño que guardaba dentro de sí mismo.

En tanto que él se paseaba por su calabozo, procurando acallar aquellas importunas ideas, las horas seguian su curso ordinario, y el reloj hacia sonar el número de campanadas que el sentenciado á muerte debia escuchar por última vez. ¡Las nueve! pasaron para siempre. ¡Las diez, las once! ¡pasaron para siempre!

Eran ya cerca de las doce del día; Carlos habia logrado desechar las ideas que le mortificaban; comenzó á pasearse más sosegadamente, pronunció repetidas veces y en voz baja los nombres de las personas amadas, y libre de toda preocupacion irritante, rogó por sí mismo y por los que habian de sobrevivirle.

El reloj dió las doce. La ejecucion debia verificarse á

las tres; Carlos no lo ignoraba; sabiendo además que habria que ponerse en marcha con bastante anticipacion para que las carretas mortuorias pudiesen llegar á su destino, consideró la hora de las dos como el momento definitivo, y resolvió emplear el tiempo que aún faltaba en fortalecer su alma, con objeto de poder sostener á sus compañeros durante el funebre trayecto.

Paseándose sosegadamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la mente serena y tranquila, escuchó las campanadas del reloj sin experimentar ningun asombro; aquella hora habia tenido para él la misma duracion que la mayor parte de las que en otro tiempo habia conocido. Ya sólo falta una, pensó para sí; y dando gracias al cielo por haber recobrado su dominio sobre sí mismo, continuó su interrumpido paseo.

Oyóse ruido de pasos en el corredor, la llave giró en la cerradura, y en el momento de abrirse la puerta, escuchó Carlos estas palabras pronunciadas en inglés y en voz baja:

—He tenido cuidado de que nadie me vea; él no sabe que yo estoy aquí. ¡Entrad solo; yo me quedaré por aquí cerca; vamos, no perdais tiempo!

La puerta volvió á cerrarse, y Carlos vió enfrente de sí á Cartone que, simulando una amable sonrisa, llevaba un dedo á sus labios para recomendarle que permaneciese callado.

Tenia su rostro una expresion tan extraordinaria, que Darnay creyó al pronto en una aparicion. Pero era Cartone sin duda alguna quien habia hablado, era Cartone quien le cogia la mano y se la estrechaba fuertemente.

—No me esperábais, dijo éste.

—No podia figurarme que fuérais vos, y apenas si me atrevo á creerlo. ¿Supongó que no os hallareis preso?

—No; tengo por casualidad cierta influencia en la cárcel, me he aprovechado de ella, y hétéme aquí. Querido Darnay, vengo de parte de vuestra mujer.

El sentenciado á muerte se retorció las manos.

—Vengo de parte suya á haceros una súplica.

—¿De qué se trata?

—De una súplica que os dirige con esa conmovedora voz que debéis recordar perfectamente.

Carlos volvió la cabeza.

—No tenemos tiempo para andar en explicaciones; no me preguntéis nada; pero haced lo que ella desea; quitáos vuestras botas y ponéos las mías.

Habia una silla en el calabozo; Cartone se sentó en ella con la rapidez del rayo, y con los piés descalzos, se colocó enfrente del prisionero.

—Ponéos mis botas, dáos prisa, el tiempo urge.

—Es imposible huir, Cartone, es una locura pensar en ello.

—¿Y quién os habla de huir? dadme vuestra corbata, tomad la mía, cambiemos de levita; dejadme que desate esta cinta y separe vuestros cabellos.

Con una extraordinaria celeridad y una energía física y moral que no le eran propias, impuso aquellas condiciones al detenido, el cual se prestó á todo con la docilidad de un niño.

—Vuelvo á repetiros, Cartone, que eso es una locura; esas tentativas se han hecho ya mil veces y siempre han sido completamente inútiles. No añadais el sentimiento de vuestra muerte á la amargura de la mía; yo os lo suplico encarecidamente.

—¿Pero acaso os suplico yo que me sigais? Ved sobre esa mesa todo lo necesario para escribir; ¿teneis el pulso seguro?

—Lo tenia cuando entrásteis aquí.

—Dominad vuestra emocion y escribid lo que voy á dictaros; ¡dáos prisa, amigo mio, dáos prisa!

Darnay fué á sentarse enfrente de la mesa, y se opri-
mió la cabeza. Cartone, con la mano derecha metida den-

tro del chaleco, se aproximó y permaneció de pié á su lado.

—Vamos á ver; escribid.

—¿A quién?...

—A nadie.

—¿Hay que poner la fecha?

—No. «Si recordais lo que os dije un dia, dictó Sydney, comprendereis perfectamente estas líneas. Tengo la seguridad de que recordareis mis palabras; no es posible que seais capaz de olvidarlas.»

El sentenciado á muerte, sorprendido por las palabras que se le hacían escribir, dirigió á Cartone una mirada interrogadora, y éste, que en aquel momento sacaba del chaleco su mano derecha, se detuvo bruscamente.

—¿Venís armado? le preguntó Carlos.

—No.

—¿Qué teneis en la mano?

—Ya lo sabreis dentro de un momento. Escribid; ya falta poco que decir. «Yo celebro con toda mi alma el poder probaros en esta ocasion la sinceridad de mis palabras. Lo que hago hoy es tan sencillo, que nadie debe apesadumbrarse por ello ni experimentar ningun dolor.»

Al terminar esta frase, su mano derecha pasó lentamente por delante del rostro del amanuense; Darnay dejó caer la pluma y dirigió en torno suyo sus espantados ojos.

—¿Qué olor es ese? preguntó.

—¿De qué olor hablais?

—De algo que ha pasado por delante de mí.

—No he visto nada; no huelo nada. Vamos, tomad la pluma y acabemos; amigo mio, no perdamos el tiempo.

Carlos hizo un esfuerzo para dominar la extraña sensación que experimentaba; reinaba la confusion en su cerebro, y respiraba con dificultad; dirigió su vidriosa

mirada á Cartone, y vió que su mano derecha habia vuelto á ser colocada dentro del chaleco.

—Vamos, pronto, pronto, dijo Sydney.

Carlos se puso en actitud de escribir.

—«Si yo no aprovechase estas circunstancias, prosiguió Cartone, no volveria á tener nunca una ocasion tan propicia.»

Su mano volvió á rozar ligeramente el rostro del detenido.

—«Credlo, el porvenir sólo conseguiria aumentar las faltas de que debo responder. Si yo no aprovechase...»

Carlos trazaba unos caracteres ininteligibles. Levantóse de pronto, miró furiosamente á Sydney, y éste, tapándose con la mano izquierda las fosas nasales, rodeó con el brazo derecho la cintura del condenado á muerte. La lucha duró un breve instante; poco despues, Carlos, completamente insensible, yacia sobre el pavimento.

Cartone se puso precipitadamente el traje del detenido, echó hácia atrás sus cabellos, los ató con la cinta que habia llevado Darnay, y entreabriendo la puerta dijo en voz baja:

—¡Entrad!

John Barsad penetró en el calabozo.

—Ya veis, prosiguió Cartone, colocando en el interior de la levita de Darnay las pocas líneas que éste acababa de escribir, que no correis ningun peligro.

—No es eso lo que á mí me preocupa, Mr. Cartone, respondió el espia con cierto recelo; la cuestion principal es que vos cumplais vuestra palabra hasta el último momento.

—La cumpliré; no tengais miedo.

—El modo de que yo esté tranquilo es que no echen de menos á nadie; si con el traje que os habeis puesto completais el número cincuenta y dos, entonces nada absolutamente tendré que temer.

—No tengais cuidado; dentro de poco no podré ya perjudicaros, y entonces, gracias á Dios, todos ellos habrán salido de París. Ahora, tened la bondad de cogerme y colocarme en el carruaje.

—¿A vos? dijo el espia con tembloroso acento.

—Al que me reemplaza; id por el camino que me habeis hecho seguir.

—Naturalmente.

—Dad que yo no me encontraba bien cuando me introdujisteis aquí, y que esta triste despedida me ha producido un desmayo, cosa que desgraciadamente sucede con mucha frecuencia dentro de estos muros.—Vuestra vida se halla en vuestras propias manos; demasiado lo sabeis. Llamad á alguien para que os ayude.

—¡Jurad que no me engañareis!

—Ya os lo he jurado, respondió Cartone lleno de impaciencia: no perdamos un tiempo precioso. Colocadle vos mismo en el carruaje, acompañadle hasta el sitio que sabeis y ponédele en manos de Mr. Lorry, recomendando á este último que no se ocupe de hacerle volver en sí, porque el aire puro logrará despejarle; sobre todo, no dejéis de decir al gentleman que recuerde la promesa que me hizo anoche y que se ponga inmediatamente en camino.

El espia salió y volvió á entrar al cabo de un momento en compañía de dos hombres á quienes habia ido á buscar: Sydney, sentado enfrente de la mesa, tenia la cabeza apoyada y oculta entre las manos.

—¡Ahí tienes un individuo que se aflige porque su amigo ha sacado un buen número, dijo uno de aquellos hombres contemplando á Darnay.

¡Valiente patriota! repuso el otro; no se afligiria más si el aristócrata hubiera logrado escaparse.

Colocaron á Darnay en una camilla que habian dejado á la puerta, y se dispusieron á sacarle de allí.

—Evremont, la hora se acerca, dijo Barsad.

—Ya lo sé, respondió Cartone; hacedme el favor de cuidar de mi amigo, y dejadme.

—¡Vamos, muchachos! dijo el fingido llavero; cargad con él y pongámonos en marcha.

Ya una vez solo, Cartone reunió todas sus facultades auditivas para percibir el menor ruido que pudiese indicar la sospecha del engaño. Algunas llaves crujían en las cerraduras, cerrábanse violentamente algunas puertas y escuchábase, á lo lejos, ruido de pasos en los corredores; pero ni un solo grito, ni una sola carrera anunciaba la alarma. Cartone respiró, volvió á sentarse cerca de la mesa, continuó prestando oído hasta el momento en que oyó sonar las dos de la tarde.

Escucháronse diferentes rumores en varios sitios; pero no se sobrecojió, porque ya comprendía lo que aquello significaba. Abriéronse varias puertas allí cercanas, y luego la suya; un carcelero que llevaba una lista en la mano, dirigió una escudriñadora mirada al calabozo:

—Sígueme, Evremont, dijo.

Era un oscuro día de invierno, y la niebla del exterior aumentaba la oscuridad de la prision. Cartone sólo pudo ver confusamente á los individuos que se hallaban con él en la sala á donde fueron conducidos por el carcelero para atarlos allí codo con codo.

Los unos se hallaban sentados; los otros permanecían de pié; unos cuantos demostraban la mayor agitación y lamentaban amargamente su suerte; pero eran los menos. Casi todos se hallaban tranquilos, miraban al suelo y guardaban un profundo silencio.

Mientras iban llegando las últimas víctimas detúvose, al pasar, un individuo y abrazó á Cartone como se abraza á un amigo á quien no se ha visto hace largo tiempo. Sydney tuvo un momento de terror; pero el hombre que creyó reconocerle siguió al carcelero sin pronunciar una sola palabra, y Cartone volvió á tranquilizarse. Pocos

momentos despues, una jóven, delgada y de corta estatura, pálida, delicada y de grandes y expresivos ojos, abandonó el sitio que ocupaba y fué á colocarse al lado de Cartone.

—Ciudadano Evremont, dijo poniéndole sobre la mano sus helados dedos, yo soy la jóven obrera que se hallaba con vos en la Force.

—Es verdad, murmuró Cartone; pero ya no recuerdo de qué os acusaban.

—De conspiracion; y sin embargo, bien sabe Dios que soy inocente: ¿quién se hubiera atrevido á conspirar con una pobre criatura como yo?

La triste sonrisa con que acompañó estas palabras conmovió de tal modo á Cartone, que las lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Yo no tengo mucho miedo, ciudadano Evremont; yo no me niego á morir, si la República, que debe socorrer á tantas pobres gentes, necesita que yo muera; pero no comprendo que esto pueda serle útil; ¡significo tan poca cosa!

Aquella era la última vez que Cartone podia enterneerse; su corazón se conmovió y se exaltó para animar á aquella pobre niña.

—Ciudadano Evremont, habia oido decir que estábais absuelto; yo lo habia creído, y la noticia me llenó de verdadero gozo.

—Efectivamente; me pusieron en libertad, pero volví á prenderme el mismo día por la noche.

—Si vamos juntos, ciudadano Evremont, ¿quereis permitirme que os coja de la mano? No tengo mucho miedo, pero soy débil, y eso me dará algun ánimo.

Levantó hácia él su apacible rostro, y al mirarle, sus hermosos ojos revelaron la duda y la sorpresa. Cartone estrechó aquella pequeña mano estropeada por el trabajo, y colocó un dedo sobre sus labios.

—¿Vais á morir en su lugar? murmuró la jóven.

—Tiene una mujer y una hija! ¡Chist!...

—¡Ah qué señor tan bueno! ¿no es verdad que me dejareis daros la mano?

—Sí, pobrecita mía; pero llamadme Evremont.

La sombra que envolvía la cárcel oscurecía al mismo tiempo las afueras de la población en que se hallaba apiñada la multitud, cuando un carruaje, que salía de la ciudad, se detuvo delante del cuerpo de guardia.

—¡Vuestros papeles! Alejandro Manette, doctor en medicina, francés: ¿quién es?

—Héle aquí.

Señalaron á un anciano completamente ensimismado, que pronunció algunas palabras inarticuladas y faltas de sentido.

—Parece que este ciudadano no sabe ya lo que se pesca; la fiebre revolucionaria ha sido más fuerte que él.

—Mucho más fuerte.

—Pues no es él el único que la ha sufrido. Lucía Darnay, su hija, francesa: ¿quién es?

—Ahí la tienes.

—¡Hola! esta es la mujer de Evremont, ¿no es verdad?

—Justamente.

—Ese ha seguido otro camino. Lucía, hija de la otra: ¿supongo que será esa niña?

—Sí.

—Dáme un beso, hija de Evremont; así podrás alabarte de haber besado á un buen republicano, cosa nueva en tu familia, no lo olvides. Sydney Cartoné, abogado, inglés: ¿en dónde está?

—Aquí, en el fondo del carruaje.

—Parece que se halla indispuerto.

—Eso no será nada; el aire puro le hará volver en sí; es hombre de muy poca salud, se desmaya con mucha facilidad, y acaba de separarse de un amigo íntimo que

na tenido la desgracia de atraerse el enojo de la República.

—Todavía quedan muchos que merecen sus iras, y que por lo tanto tendrán que habérselas con la guillotina. Jarvis Lorry, banquero, inglés: ¿quién es?

—Yo, puesto que ya no falta nadie más.

El era también quien había contestado á las anteriores preguntas, y el mismo que, abandonando su asiento y con los pies metidos en el barro y la mano sobre el ventanillo del coche, continuaba respondiendo á un grupo de patriotas y empleados. Estos dieron varias vueltas en torno de la silla de posta y examinaron á su antojo los equipajes colocados en la baca. Los aldeanos que por allí transitaban se aproximaron á las dos portezuelas y dirigieron ávidas miradas al interior del coche.

Una mujer que llevaba en brazos á su hijo hizo que este alargase el brazo y tocase con la mano á la viuda de un aristócrata enviado á la guillotina.

—Toma tus papeles, Jarvis Lorry.

—¿Podemos continuar nuestro camino?

—Sí; ¡arrea, postillon! y buen viaje.

—Patriotas, yo os saludo. ¡Ya hemos salvado el primer escollo! continuó el gentleman cruzando las manos y elevando al cielo su mirada.

El espanto reina en el fondo del carruaje; óyense en él algunos comprimidos sollozos, la doliente voz de un anciano y la difícil respiración de un hombre desmayado ó dormido.

—¿No podrian ir más á prisa los caballos? preguntó la jóven apoderándose de las manos de su antiguo amigo.

—Entonces parecería que huíamos, querida mía; una marcha demasiado rápida daría lugar á que se sospechase de nosotros.

—Asomáos y mirad: tal vez vengan persiguiéndonos.

—No se vé á nadie en la carretera, hermosa mía; ni cerca ni lejos se llega á divisar un alma.

Pasaron cerca de varios grupos de dos ó tres chozas, granjas aisladas, ruinas de antiguos edificios, grandes calles de árboles, despojados de su follaje, fábricas de curtidos, hornos de cal y grandes y descubiertas llanuras. El carruaje rodaba por un piso desigual; de cuando en cuando dejaban las empinadas cuestas por terrenos completamente llanos y enlodazados, y sólo evitaban los vuelcos para ir á sumergirse en profundos barrizales. La impaciencia llegó entonces á tal punto que, llenos de angustia, quisieron apearse, huir lejos de allí, ocultarse detrás de los matorrales, hacer cualquier cosa, en fin, que no fuera detenerse.

Los campos se alejaron; varias granjas solitarias, castillos destruidos por las llamas, fábricas de curtidos, grupos de casuchas y calles de desnudos árboles volvieron á pasar nuevamente ante sus ojos.

—¡Esos postillones nos están engañando! volvemos otra vez por el mismo estrecho camino en que hace poco nos hallábamos. ¿No hemos visto ya esas ruinas y esas dos ó tres chozas?... No; gracias á Dios, veo que soy yo quien se engaña. ¡Ah! ¡un pueblo! Mirad bien á ver si nos persiguen.

—Silencio; ahora llegamos á la casa de postas.

Los cuatro caballos fueron desenganchados con una lentitud desesperadora; el carruaje, privado del tiro, permanecía inmóvil ante la puerta de la posada, y nada parecía anunciar que tuviera que alejarse de allí. Los cuatro caballos de relevo aparecieron por fin, uno tras otro, seguidos de sus postillones, que chupaban tranquilamente la punta de los látigos, cuyas mechas iban arreglando.

Los individuos á quienes iban á reemplazar contaban muy tranquilamente su dinero; se equivocaban en la suma y volvían nuevamente á ajustar sus cuentas, sin obtener por eso mejor resultado.

Nuestros pobres viajeros, sobrecogidos de terror, sentían entre tanto latir violentamente sus corazones.

Los postillones ocuparon por fin sus respectivos puestos; atravesaron el pueblo; subieron dificultosamente una empinada cuesta; bajáronla al paso, y el carruaje continuó arrastrado con gran trabajo por unos caminos intransitables. Oyéronse unos gritos, los postillones pronunciaron varias enérgicas palabras, gesticularon furiosamente y detuvieron sus caballos.

—¡Señor! ¡vienen persiguiéndonos!

—¡Eh, los del carruaje! ¡Alto! ¡Alto! ¡Tenemos que hablarlos!

—¿Qué queréis? preguntó Mr. Lorry asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Cuántos han dicho que había?

—¿Qué es lo que queréis decir?

—¿A cuántos han guillotinado hoy?

—A cincuenta y dos.

—¡Bien decía yo! y los otros querían apostar que eran cuarenta y dos; me parece que diez cabezas más ya es algo. Pues señor, la guillotina trabaja que es un gusto. ¡Vaya, muchas gracias!

Hízose completamente de noche. El viajero que iba durmiendo desde el principio del viaje fué poco á poco dando señales de vida; despertóse por fin, y con voz anhelante pronunció algunas palabras:

—Cartone, dijo figurándose que aún se hallaba en la cárcel, ¿qué teneis en la mano? ¿es un arma?

—¡Dios mio, tened piedad de nosotros! ¡Ahora va á descubrirlo todo! Mirad si se acerca alguien al carruaje.

El viento y las nubes se precipitaron trás los viajeros, la luna tomó parte en la carrera, las tinieblas los siguieron y los envolvieron; pero el camino se hallaba desierto, y nadie trató de darles aleance.

CAPITULO XIV.

Mme. Defarge.

Mientras iban reuniéndose las cincuenta y dos víctimas, Mme. Defarge celebraba una entrevista con Jacobo tercero y la Venganza, pero no en la tienda de la calle de San Antonio, sino en la casucha del serrador de madera, nuestro antiguo peon caminero. Este, colocado en aquellas cercanías, á guisa de centinela, no debía tomar parte en la sesión hasta el momento en que sus explicaciones llegaran á ser necesarias, y aun en este caso no le seria permitido emitir su parecer.

—Defarge es, sin duda alguna, un buen republicano, dijo Jacobo tercero.

—De los mejores que hay, exclamó la Venganza con cierta volubilidad.

—Silencio, hija mia, replicó Mme. Defarge poniendo la mano sobre la boca de su ayudanta; mi marido es un buen patriota, tan valiente como leal, y ha servido bien á la República, la cual tiene en él una ilimitada confianza; pero el pobre tiene la debilidad de dejarse enternecer por ese dichoso doctor.

—Lo cual es muy sensible, dijo Jacobo mordiéndose las uñas de los dedos; eso es impropio de un buen ciudadano.

—Lo que es á mí me importa bien poca cosa ese doctor; que conserve su cabeza ó la pierda, me es absolutamente igual. Pero la raza de los Evremont debe desaparecer, y es preciso que la madre y la hija sigan cuanto antes la suerte del que va á morir.

—Así tendremos una hermosa cabeza, dijo con su estridente voz Jacobo tercero. Los ojos azules y los dorados

cabellos hacen un magnífico efecto entre las manos de Sanson.

Aquel mónstruo tenia una refinada crueldad. Madame Defarge, con los ojos entornados, parecia meditar algun proyecto.

—Tambien la chiquitina tiene los cabellos rubios y los ojos azules, añadió Jacobo con visible satisfaccion; y además, en estos casos suelen escasear los niños. ¡Ah, son preciosas esas cabecitas!

—En resumen, repuso Mme. Defarge abriendo de pronto sus negros ojos, en el caso de que se trata, no puedo fiarme de mi marido. No solamente haria yo mal en darle á conocer mi proyecto, sino que de no emplear toda mi actividad, seria él muy capaz de indicarnos el peligro que corren y hacer que lograsen escapar de nuestras manos.

—Es menester que eso no suceda, exclamó Jacobo; nadie debe escaparse de nuestras manos; todavia no tenemos lo que nos hace falta: es preciso llegar á una centena diaria.

—En fin, continuó la tabernera; Defarge no tiene las mismas razones que yo para cebarse en esa familia, y yo no tengo las tuyas para que pueda importarme un pito la suerte de ese doctor. Por consiguiente, no debo contar con él, y quiero obrar por mí misma en este asunto.

Al pronunciar estas palabras llamó al serrador de madera, á quien habia inspirado siempre tanto respeto como terror, y el antiguo peon caminero apareció inmediatamente con su gorro encarnado en la mano.

—¿Estás dispuesto, le dijo Mme. Defarge con acento sombrío, á prestar hoy mismo tu declaracion referente á las señales de inteligencia de que me has hablado?

—¿Y por qué no? repitió el hombrecillo. Aquella jóven venia todos los dias sin falta, algunas veces con la chiquitina, pero casi siempre sola, y ¡vaya si hacia gestos y señales! ¡Ah! era preciso verlo para creerlo; estoy perfec-

tamente enterado; lo he visto por mis propios ojos, y me encuentro muy decidido á referirlo todo.

El serrador de madera, al mismo tiempo que pronunció esta retahíla, hizo una infinidad de gestos imitando las señales políticas de que se trataba, y las cuales, sin embargo, no había visto nunca.

—Esa mujer estaba conspirando, dijo Jacobo tercero; la cosa no admite la menor duda.

—¿Podemos contar con el jurado? le preguntó la tabernera sonriendo de un modo siniestro.

—Sin duda alguna, querida ciudadana; yo respondo de todos mis compañeros.

—Vamos á ver, repuso Mme. Defarge con aire reflexivo: ¿debo perdonar al doctor para complacer á mi marido? No veo muy claro este asunto; pero, me importa tan poco que viva ó no...

—Siempre seria una cabeza más, hizo observar Jacobo tercero.

—El doctor señalaba la prision á su hija y gesticulaba con ella en el momento en que yo los vi, continuó la tabernera; por eso creo que acusándola á ella habrá que denunciar también á su padre; pero en fin, cuando llegue el momento oportuno veré lo que debo hacer. Yo no puedo fiar á ese hombrecillo un asunto tan importante, y como soy una excelente testigo, mi declaración confirmará la suya.

Jacobo tercero y la Venganza exclamaron que era una admirable y magnífica testigo, y el hombrecillo, queriendo remachar el clavo, declaró que era una mujer bajada del cielo.

—En fin, el doctor verá cómo se las arregla, continuó Mme. Defarge, sin escuchar los elogios que se la prodigaban; decididamente, yo no puedo compadecerme de él. Ciudadano, ¿estarás allí á las tres?

El serrador se apresuró á contestar afirmativamente,

y aprovechó aquella circunstancia para declarar que era un verdadero patriota, y que seria el más desdichado de los hombres si llegara á verse privado de la satisfacción de fumar su pipa admirando la destreza del barbero nacional. Hizo con tal entusiasmo sus declaraciones, que hubieran podido ser atribuidas á algo parecido al miedo; y hasta es muy posible que los penetrantes ojos de Mme. Defarge, que le miraban con soberano desprecio, hubiesen descubierto el terror de aquel infeliz, circunstancia que podia hacerle figurar en el número de los sospechosos.

—Pues allí nos veremos, dijo la tabernera; vé luego á buscarme al arrabal de San Antonio, y no faltes, porque tenemos que ir á mi seccion para denunciar á esos tres individuos.

El hombrecillo contestó que tendria á mucho orgullo el acompañar á la ciudadana; ésta le dirigió una furibunda mirada que él evitó apartándose con aire confuso; y asustado como un perro sorprendido al cometer algun desaguisado, se escurrió bonitamente y fué á ocultarse detrás de sus provisiones de leña.

Mme. Defarge hizo seña á la Venganza y á Jacobo para que se aproximasen á la puerta, y les comunicó sus proyectos en los siguientes términos:

—La mujer de Evremont debe estar en su casa mientras llega la hora de la ejecucion; estará desesperada, sollozando, llorando sin consuelo y en un estado que indudablemente la colocará bajo la accion de la ley: está prohibido simpatizar con los enemigos de la República, y ahora mismo voy á buscarla para ajustarle las cuentas.

—¡Esta mujer es admirable! dijo Jacobo tercero lleno de entusiasmo.

—¡Bien, querida mia! exclamó la Venganza estrechándola entre sus brazos.

—Guarda mi calceta, repuso Mme. Defarge dejando su

labor en manos de su ayudanta; déjala encima de mi silla; véte en seguida y no te entretengas en el camino; hoy habrá allí más gente que de costumbre, y si nos descuidamos nos quitarán nuestro sitio.

—No tengas cuidado, yo te obedeceré al pié de la letra; ¿no eres tú mi jefe? respondió la Venganza abrazándola por segunda vez; no tardes mucho en ir.

—Llegaré antes de que empiecen.

—Hay que ver la llegada de las carretas: ¿estás segura de llegar á tiempo, querida mía? gritó la ayudanta corriendo trás de su jefe, al ver que Mme. Defarge habia ya doblado la esquina de la calle. Esta indicó con la mano que habia oído lo que se la decia y que estaria en su sitio con la debida oportunidad. Alejose rápidamente, en tanto que Jacobo tercero y la Venganza admiraban su hermosa estatura y sus facultades morales.

Veíase por entonces un gran número de mujeres espantosamente desnaturalizadas por el contagioso furor de la época; sin embargo, la más temible de todas ellas era la que se dirigia en aquel momento á la casa del doctor. De un carácter tan prudente como audaz, de una voluntad inflexible, de una condicion resuelta, de una penetracion extremadamente sagaz y una belleza varonil que revelaba desde luego su potente energia, Mme. Defarge hubiera surgido inevitablemente del oleage revolucionario; pero embebida en el recuerdo de las iniquidades de que habia sido victima su familia, alimentando desde la infancia un odio inveterado contra los nobles y aguardando incesantemente el momento de vengarse, la ocasion la trasformó en una hiena y le arrancó la compasion, suponiendo que esta virtud hubiera residido alguna vez en su corazon.

Nada le importaba que un hombre fuese decapitado por los crímenes de sus padres; ella no veia al inocente, sino á los que le habian legado aquella herencia. No le

bastaba que aquella muerte produjese una viuda y una huérfana; la niña y la mujer que llevaban el odiado apellido eran su legitima presa y no tenian derecho á la vida. Hubiera sido completamente inútil el tratar de moverla; ella no podia enternecerse ni era capaz de compadecerse á si misma. Si hubiera caido en la calle, en medio de las luchas en que tantas veces habia tomado parte, ni siquiera se le hubiera ocurrido exhalar una queja; si la hubieran conducido al cadalso, hubiera subido á él sintiendo únicamente el no poder presenciar el suplicio de sus jueces.

Tal era el corazon que latia bajo el vestido de madame Defarge. Este vestido, de una tela ordinaria y colocado descuidadamente como el traje talar de una sibila, cuadraba perfectamente con la elevada estatura de aquella mujer, cuya negra y abundante cabellera se escapaba en espesas crenchas bajo un toseo gorro encarnado. Su ancho pañolon ocultaba una pistola, y su cinturon iba guarnecido de un puñal. La tabernera prosiguió su marcha con la firmeza que revelaba en todos sus actos y con la agilidad de una mujer acostumbrada desde la infancia á andar con los piés descalzos sobre la arena de la playa. Pocos momentos despues se hallaba á la puerta de la casa del doctor.

La imposibilidad de que el aya pudiera disponer de un asiento en la silla de posta, habia ya preocupado á Mr. Lorry el día anterior. Pero no solamente era preciso no cargar demasiado el antiguo carruaje, sino que además convenia abreviar en todo lo posible el tiempo que habia de emplearse á la salida en el reconocimiento de los viajeros, con objeto de que el retraso de algunos minutos no llegara á malograr la proyectada empresa. El gentleman, despues de reflexionarlo detenidamente, indicó al aya que podia ponerse en camino cuando lo tuviese por conveniente, que esperase hasta las tres y que ocu-

pase, en compañía de Jerry, un carruaje más ligero, que podían procurarse con anticipación. De este modo alcanzarían fácilmente la silla de posta, podían llegar á precederla y mandar preparar los caballos necesarios; ventaja inmensa, y mucho más durante la noche, en que el menor retraso podía traer muy funestas consecuencias.

Miss Pross, comprendiendo lo conveniente que podía ser este plan á los fugitivos, lo aceptó gustosamente desde luego, y sólo esperaba que llegase el momento de ponerlo en ejecución. Había asistido, en compañía de Cruncher, á la salida de Lucia, reconoció la persona que Salomon había conducido, pasó diez minutos en una ansiedad imposible de describir, y en tanto que la calcetera se iba aproximando á la casa, discutía con Jerry acerca de las últimas medidas que uno y otro debían adoptar.

—¿Qué os parece, Mr. Cruncher? decía miss Pross, cuya terrible agitación apenas la permitía hablar; ¿no sería mejor que fuéramos nosotros mismos á buscar los caballos en vez de esperarlos aquí en el pátio? Porque eso de que dos carruajes salgan del mismo sitio, podría parecer sospechoso.

—A mí me parece, miss, que teneis sobrada razón; además, aun cuando esteis en un error, contad siempre conmigo.

—Me inquieta de tal modo la suerte de esos pobrecitos míos, dijo sollozando el aya, que no me encuentro en disposición de discurrir nada; vamos, Mr. Cruncher, decidid qué es lo que ha de hacerse.

—Yo sólo sé lo que debo hacer en lo sucesivo; pero, lo que es en este momento, me es imposible hacer el menor uso de mi inteligencia. ¿Quereis hacerme el favor de fijaros en lo que voy á decir?

—Por Dios, hablad pronto, y ocupémonos de lo que nos queda por hacer.

—En primer lugar, miss Pross, si no ocurre ningún

contratiempo á esos pobrecitos de quienes hablais, juro renunciar para siempre...

—Yo os creo bajo vuestra palabra, Mr. Cruncher, y os suplico que no designeis el hecho con mayor claridad.

—No lo nombraré; tranquilizaos: yo me comprometo además á permitir á mi mujer que se arrodille y rece todo cuanto quiera.

—La dirección de vuestra casa debe correr á cargo de vuestra mujer, respondió el aya enjugándose las lágrimas: ¡Ay, qué será de esos pobrecitos!

—Y no es eso todo, continuó Cruncher; he llegado á cambiar de tal modo en esa cuestión, que quisiera de todas veras que mi mujer se hallase rezando en este mismo momento.

—¡Dios le oiga! exclamó miss Pross redoblando sus sollozos.

—El haga, continuó Jerry cada vez más dispuesto á prolongar su discurso y dando á sus frases la entonación de un discurso religioso, él haga que sean atendidas mis súplicas por la salvación de los fugitivos. El haga que salgan sanos y salvos de este espantoso peligro; ¡ojalá lo haga! ¡ojalá lo haga! Miss Pross, ¡eso es todo lo que yo le pido!

Jerry trató inútilmente de construir otro período mejor, y tuvo que contentarse con el que acabamos de transcribir.

Mme. Defarge continuaba su precipitada marcha y se aproximaba cada vez más.

—Si volvemos á poner los piés en nuestro país, replicó miss Pross, estad seguro de que referiré á vuestra digna esposa, con la posible exactitud, todo cuanto acabais de decir de un modo tan conmovedor; suceda lo que quiera, yo seré testigo del interés que os han inspirado esos pobrecitos durante este terrible trance. Pero ahora, amigo mío, ¡démonos prisa; démonos prisa, por favor!

Mme. Defarge continuaba aproximándose.

—Id al encuentro del carruaje, dijo miss Pross; de ese modo impedireis que llegue hasta aquí, y yo me reuniré con vos dentro de un momento; creo que esto es lo más acertado.

Mr. Cruncher opinaba exactamente lo mismo.

—¿En qué sitio me aguardareis?

El pobre hombre se hallaba tan trastornado, que sólo le era posible pensar en Temple Bar; pero se encontraba á muchas millas de allí, y Mme. Defarge se aproximaba por momentos.

—¿Os parece que tendríais que andar mucho para esperarme en la puerta de la catedral?

—No, miss.

—Pues entonces, amigo mio, id corriendo á la casa de postas y haced que el carruaje cambie de direccion.

—Me disgusta sobremanera el dejaros sola, replicó Jerry moviendo la cabeza; ¿quién sabe lo que puede suceder?

—No tengais cuidado, Mr. Cruncher; estad á las tres en la puerta de la catedral, y yo llegaré al mismo tiempo que vos; creo que eso será lo mejor. ¡Vamos, dáos prisa! en vez de pensar en mi, pensad en las personas cuya vida pende de vuestras manos.

Estas palabras, dichas con acento desesperado, decidieron por fin á Jerry á separarse de miss Pross y á hacer lo que se le pedia. El aya, al verse sola, enjugó sus lágrimas y pensó que era necesario borrar las huellas que hubieran podido dejar en su rostro, para no excitar la atencion de los transeuntes. Espantada de la soledad de aquellas habitaciones desiertas, que su perturbada imaginacion poblaba de individuos ocultos detrás de las puertas, cogió un poco de agua fria y se lavó los ojos, levantando y volviendo la cabeza á cada segundo para ver si alguien la espiaba. De repente lanzó un grito, dejó caer

la jofaina, que fué á estrellarse contra el suelo, y su contenido se vertió á los piés de Mme. Defarge.

—¿En dónde está la mujer de Evremont? preguntó la calcetera.

Miss Pross comprendió súbitamente que las puertas abiertas podrian hacer sospechar la huida de los fugitivos, apresuróse á cerrarlas en aquel mismo momento, y se colocó resueltamente delante de la que daba entrada á la habitacion que su jóven señora habia ocupado.

Mme. Defarge, que no perdía de vista al aya, se fijó luego en el rostro de ésta. Miss Pross estaba muy lejos de ser hermosa; el tiempo no habia dado mayor dulzura á sus facciones ni habia hecho más graciosas sus formas; pero ella tambien era valiente y contempló á la desconocida con la misma impasibilidad empleada por esta última.

—Aunque seas la mujer del demonio, pensó para sí el aya, no has de salirte con la tuya; soy inglesa, y ya veremos quien puede más.

A pesar de la frialdad y el desprecio que revelaba su rostro, era indudable que Mme. Defarge habia adivinado la resolucion de su rival. Sabia perfectamente que aquella mujerona, de atlética musculatura, era una entusiasta servidora de las gentes á quienes ella queria perder. Miss Pross, por su parte, tenia la seguridad de que madame Defarge era la enemiga encarnizada de los seres á quienes ella amaba.

—Al dirigirme allá, dijo la tabernera extendiendo la mano en direccion del lugar del suplicio, he pasado por aquí para saludarla, y deseo decirle cuatro palabras.

—Tú no vienes aquí á nada bueno, respondió el aya; por consiguiente, ten entendido que he de impedir con todas mis fuerzas el que consigas tus propósitos.

Una y otra hablaban en su propia lengua, y ninguna de ellas sabia lo que le decia la otra; pero las dos se miraban fijamente y trataban de leer en el rostro de su

contrincante el sentido de las palabras desconocidas que vibraban en sus oídos.

—¿Por qué se oculta? ¿qué gana con esconderse? repuso Mme. Defarge, si de todos modos se sabe perfectamente lo que ella hace. Anda, vé á decirle que estoy aquí, ¿lo oyes?

—Aunque me hicieras pedazos no lograrías intimidarme.

Mme. Defarge no comprendió probablemente estas palabras, pero sin embargo adivinó su sentido.

—¡Vieja imbécil! exclamó frunciendo las cejas: ¿es que no va á haber modo de arrancarte una respuesta? Yo quiero verla; vé á decirselo, ó déjame pasar.

El gesto enérgico con que acompañó estas palabras, las explicó suficientemente.

—No creía yo, replicó miss Pross, llegar á tener nunca el deseo de comprender tu jerga; pero daría todo lo del mundo por saber si sospechas la verdad.

La tabernera, que hasta entonces no se había movido de su sitio, avanzó un paso.

—Mira que soy inglesa y estoy desesperada, exclamó la vieja solterona; mira que no me importa la vida dos cominos; cuanto más tiempo te haga perder, tanto mejor para mi pichoncita; y si te atreves á tocarme, si llegas á ponerme siquiera un dedo encima, te arranco todos cuantos pelos tienes en la cabeza.

Miss Pross pronunció estas palabras acompañándolas de furibundas miradas; la pobre mujer no había dado un capirotazo á nadie en toda su vida, y sin embargo se hallaba muy dispuesta á ejecutar sus amenazas.

Pero como su valor provenía de la fuerza de un tierno afecto, no pudo contener sus lágrimas. Mme. Defarge, que no conocía esta clase de emociones, creyó que aquellas lágrimas eran una prueba de debilidad.

—¡Vamos, ya veo que te rindes! exclamó echándose á

reír; ¡anda, anda, pobre loca! mira que yo no puedo perder tiempo: ¡ciudadano doctor! ¡ciudadano Evremont! respondedme; ¡yo soy la ciudadana Defarge!

El silencio que siguió á sus palabras, el aspecto del aya, ó tal vez un vago presentimiento, le hicieron pensar por primera vez en la posibilidad de una fuga, y abrió las tres puertas que miss Pross había cerrado.

—Estas tres habitaciones están en completo desorden y hay en ellas algunos paquetes preparados: ¿hay alguien en ese cuarto? añadió señalando la puerta en que la inglesa se hallaba apoyada.

—No te permitiré que lo veas, replicó el aya, que comprendió la pregunta tan bien como su rival entendió la respuesta.

—Si no están ahí, es que se han escapado, dijo madame Defarge; pero puede perseguirseles y traerlos otra vez aquí...

—Mientras dudes si están ó no en esa habitación, dijo para sí la inglesa, no sabrás qué partido tomar ó iremos ganando tiempo; además, cuando sepas á qué atenerte sobre el particular, tendrás que continuar aquí mientras mis fuerzas me permitan sujetarte.

—Aun cuando tenga que hacerte pedazos abriré esa puerta, repuso Mme. Defarge.

—Estamos solas en el último piso de una casa que tiene pocos vecinos; el patio está desierto y nadie puede oírnos; yo lo que quiero es tener bastantes fuerzas para impedirte la salida, porque cada minuto que gane Lacia vale para ella un millón de guineas.

En aquel mismo instante, Mme. Defarge, que se había lanzado sobre la puerta, se vió asida por los brazos del aya, que la rodearon la cintura. En vano trató de luchar. El cariño, mucho más fuerte que el odio, centuplicaba el vigor de miss Pross. En vano descargó sobre la inglesa terribles puñetazos ó le arañó el rostro; la pobre mujer

no soltaba su presa y asía á su rival como suele asirse un ahogado al primer objeto con que tropieza.

De pronto, la ciudadana dejó de dar golpes y llevó la mano á su cinturón.

—La tengo debajo de mi brazo, dijo miss Pross con acento terrible, pero no la dispararás; gracias á Dios, tengo yo más fuerza que tú.

Mme. Defarge llevó las manos á su pecho, miss Pross alzó la vista, vió una pistola, se apoderó de ella, la disparó y se halló sola y cegada por el humo de la pólvora.

Un espantoso silencio sucedió á la detonacion que acababa de oirse; disipóse la nube y lanzóse al aire al mismo tiempo que el último aliento de la calcetera, cuyo cuerpo inanimado yacía sobre el suelo.

El primer impulso del aya fué correr hácia la escalera y pedir socorro; pero, afortunadamente, calculó las consecuencias que podría traer semejante determinacion. A pesar del horror que le inspiraba aquella habitacion, se apresuró á volver á ella, se puso su manton y su sombrero, cerró la puerta, quitó la llave, se detuvo en la meseta de la escalera para tomar algun aliento, y se alejó de allí precipitadamente.

El tupido velo que cubria sus facciones impidió que los transeuntes se fijasen en las huellas que los dedos de su rival habian dejado en su rostro y en los mechones de cabellos que le habian sido arrancados; y aun cuando habia procurado arreglar convenientemente sus vestidos, aparecian éstos desgarrados y rotos hasta el punto de hacer concebir toda clase de sospechas.

Cuando llegó al puente arrojó al Sena la llave que habia recogido, y se dirigió hácia la plaza de Nuestra Señora. Como Cruncher no habia acudido aún á la cita y se vió obligada á aguardar durante algunos minutos, que se le figuraron siglos, pensó que tal vez habria pescado alguién la llave, que podía haber caído en una red, que

sin duda la habian reconocido, que iban á abrir la puerta, que verian el cadáver, que la detendrian al tratar de salir de París, que la encerrarían en la cárcel y que la conducirían como asesino. Hallábase sobrecogida por estos terribles temores, cuando de pronto apareció Jerry, la hizo subir en un carruaje y mandó al postillon que se pusiese inmediatamente en marcha.

—¿Hay ruido en las calles? preguntó miss Pross á su compañero de viaje.

—Lo mismo que todos los dias, respondió éste, extrañando no menos la pregunta que el aspecto de su atribulada compatriota.

—¿Qué estais diciendo?

Mr. Cruncher repitió inútilmente sus palabras, y no pudiendo hacerse comprender, movió la cabeza haciendo un signo afirmativo.

—¿Hay ruido en las calles?

—Idéntico movimiento de cabeza.

—No oigo nada.

—Pues señor, se ha quedado sorda en menos de una hora! ¿Qué es lo que le habrá sucedido? comenzó á preguntarse Jerry.

—Yo creo, dijo el aya, que esa detonacion será el último ruido que he de oír en toda mi vida.

—Dios mio, se ha vuelto loca! exclamó Jerry cada vez más confuso. ¿Qué le diría yo para que recobrase la razon? Escuchad, miss Pross, ¿no oís el ruido de esas carretas?

—No oigo nada, repuso ella al verle mover los labios.

¡Ay, amigo mio! desde que oí aquella detonacion, me rodea el silencio de la muerte, y este silencio continuará mientras yo viva.

—Efectivamente, si no percibe el ruido de esas horribles carretas, dijo Cruncher, creo que ha perdido para siempre el órgano del oído.

Y la pobre mujer continuó sorda el resto de sus dias.

CAPÍTULO XV.

Últimos ecos.

Varios fúnebres carruajes rechinan y ruedan lentamente por las calles; seis carretas mortuorias conducen al cadalso su contingente diario. Todos los mónstruos sedientos de sangre que ha podido inventar la imaginacion del hombre, se hallan fundidos en uno solo, representado por la guillotina. Pero no hay en Francia, á pesar de su fecundidad y de sus variadas riquezas, un fruto, una hoja, una semilla ó un tallo de yerba que se desarrolle y madure en virtud de leyes más positivas que las imperiosas condiciones que producen aquel horror. Volved á forjar la humanidad con semejantes martillos, y vereis como al torcerse bajo el peso de vuestros golpes, produce nuevamente los mismos mónstruos. Sembrad otra vez los ruines privilegios y la tiránica opresion, y estad persuadidos de que recogeréis los mismos frutos.

Seis carretas conducen á la guillotina su contingente diario. Siglos pasados, mostradlas bajo la forma que en otro tiempo, tenian y entonces aparecerán, en lugar del fúnebre cortejo, las carrozas de los monarcas absolutos, los trenes de los nobles feudales, los tocados de las resplandecientes Ysabeles; y las iglesias, que en vez de ser la casa del Divino Maestro, son unas cavernas de ladrones; entonces aparecerán las casuchas en que se mueren de hambre millones de pobres infelices. Pero el tiempo, que obedece las inmutables leyes del Creador, no vuelve á ocuparse de las trasformaciones que ha llevado á cabo. Si has sido cambiado de ese modo por un mago cuyo

poderes pasajero, dicen los ridentes de los cuentos árabes, recupera tu primitiva forma; pero si la has perdido por la voluntad de Dios, continúa siendo lo que eres.»

Y las carretas, cargadas de victimas, se dirigen al punto de su destino sin ninguna esperanza de volver á ser lo que fueron en otro tiempo. Sus siniestras ruedas cruzan por entre el populacho, dejando en pos de ellas un surco tortuoso; un aluvion de rostros humanos, diseminados á derecha y á izquierda, se forma á uno y otro lado de la profunda raya, y el arado sigue con toda firmeza la senda que le ha sido designada. Los vecinos de las calles del tránsito tienen tal costumbre de ver este espectáculo, que hay muy poca gente en las ventanas, y los habitantes de algunas casas no han suspendido siquiera su trabajo, aún cuando examinan los rostros de los individuos instalados en las carretas. En alguna otra vivienda hay varios curiosos á quienes los dueños de la casa, peritos ya en la materia, designan con la amabilidad del director de un espectáculo, cada una de las carretas y parecen decirles quiénes la ocupaban ayer y quiénes han de ocuparlas mañana.

Entre los desdichados conducidos en las carretas, hay algunos que miran indiferentemente todo cuanto les rodea; otros parecen fijarse en el espectáculo que se ofrece ante su vista; otros bajan la cabeza con sombría desesperacion, en tanto que otros de sus compañeros, sin saber qué cara poner, dirigen á la multitud unas miradas copiadas, sin duda, de sus recuerdos del teatro ó de los cuadros de asuntos históricos. La mayor parte cierran los ojos y procuran aparentar la mayor calma. Únicamente uno se halla conmovido de tal modo ante la perspectiva del suplicio que, perdida la razon, canta como un desahorado y hasta trata de bailar; pero ninguno implora con miradas ni con gestos la compasion del pueblo.

Varios ginetes preceden el fúnebre convoy y son in-

terrogados incesantemente por los curiosos. La pregunta que se les dirige parece ser siempre la misma, porque á cada una de sus respuestas acude la multitud al encuentro de la tercera carreta que les indican con la punta de los sables. Pregúntanse todos quién es aquel individuo; la curiosidad llega á ser general, y todas las miradas se fijan en un hombre que, con la cabeza inclinada sobre el pecho, habla con una modesta jóven cuyas manos estrecha entre las suyas. La multitud que le rodea no despierta su curiosidad ni aumenta en modo alguno su espanto. Al pasar por la calle de Saint-Honoré, oyense varios improperios dirigidos contra él; pero escucha aquellas injurias sonriéndose y baja un poco más la cabeza para ocultar su rostro.

En los peldaños de una iglesia hay un espía que aguarda impacientemente la llegada de las carretas; examina con toda atención la primera: no está allí; mira la segunda: tampoco. «¿Si me habrá comprometido?» dijo para sí Barsad; pero al divisar la tercera carreta su rostro resplandeció de alegría.

—¿Quién es Evremont? le pregunta un hombre situado detrás de él.

—El último de la carreta; ¿le ves bien?

—¿El que tiene cogida la mano de aquella jóven?

—Ese mismo.

—¡Muera Evremont! grita el hombre con toda la fuerza de sus pulmones. ¡A la guillotina los aristócratas! ¡Muera Evremont!

—¡Silencio! exclama tímidamente Barsad.

—¿Y por qué he de callarme, ciudadano?

—Ya va á expiar sus culpas; dentro de cinco minutos habrá ya pagado todo lo que debe; por consiguiente es inútil el que vengamos á atormentarle.

Pero el patriota continúa gritando con mayores bríos: ¡Muera Evremont! ¡Mueran los aristócratas!

El insultado levanta la cabeza, vé al espía, le mira fijamente y continúa su camino.

Son cerca de las tres de la tarde; las carretas fuercen su dirección y labran su surco en la plaza en que se halla instalada la guillotina; la multitud se estrecha en pód de ellas, porque cada uno de los que la componen se dirige hácia el lugar del suplicio. En primera fila, y sobre unas sillas colocadas como para una fiesta pública, hay varias mujeres sentadas que continúan con la mayor actividad su trabajo de calceta. La Venganza, de pié sobre su asiento, dirige la vista por todas partes en busca de su amiga.

—¡Teresa! grita con su terrible y estridente voz; ¿quién ha visto á Teresa Defarge?...

—Tadavía no ha caído en falta, exclama una de las calceteras.

—Ni caerá en falta hoy, repuso la Venganza. ¡Teresa!...

—Grita más fuerte, le aconseja una de sus vecinas.

—¡Lámala más fuerte, más fuerte!

La Venganza mezcla sus gritos con las más espantosas interjecciones; pero Teresa no llega. Envíanse varias mujeres en su busca: se habrá detenido en algun sitio; que la busquen; que la digan que venga.

Por muy intrépidas que sean las emisarias enviadas en su busca, es poco probable que corran lo bastante para poder darle alcance.

—¡Por vida de sabes! exclama la Venganza pateando encima de su silla. ¡Las carretas están ya ahí! Van á despacharlo en ménos que se dice, y ella no va á poder verlo. ¡Y yo que tengo su calceta y he estado guardándole su asiento... vamos, es para llorar de desesperación!

En tanto que la Venganza echa pié á tierra y se sienta lloriqueando, las carretas comienzan á ir arrojando su contenido. Los ministros de la Santa Guillotina van de uniforme y se hallan dispuestos á ejercer sus funciones. Oyese un golpe seco: presentan la cabeza á la multitud.

¡Una! dicen las calceteras, que apenas la habían mirado cuando estaba viva.

La segunda carreta ha depositado su carga, y se aleja; acércase la tercera. Nuevo ruido. ¡Dos! cuentan las calceteras, cuyos dedos continúan tranquilamente su tarea.

El supuesto Evremont, que no ha abandonado la mano de la jóven, coloca á la pobre niña de modo que no pueda ver funcionar la horrible máquina.

Aquella infeliz criatura tiene los ojos fijos en los suyos, y su mirada revela la más expresiva gratitud.

—A no ser por vos, caballero, dijo la pobre jóven, no me hubiera sido posible permanecer tan tranquila; yo soy sumamente medrosa; mi pobre corazón me abandona en cuanto abrigo el más insignificante temor, y yo no hubiera podido elevar mi alma hasta el que murió para que seamos consolados. El cielo os traído á mi lado, querido señor.

—Yo podría deciros otro tanto, querida hermana. Miradme; no volvais los ojos ni penseis en ninguna otra cosa.

—Así lo hago mientras mi mano estrecha la vuestra; cuando nos separemos, si van muy de prisa...

—Muy deprisa, querida mia; no tengais miedo.

Se hallaban en medio del grupo de víctimas, que iba disminuyendo rápidamente; pero hablaban como si hubiesen estado solos.

Con las miradas, las manos y los corazones unidos, aquellos dos hijos de la madre universal, cuyo punto de partida era tan diferente, volvian á unirse en la oscura senda para regresar juntos al seno de aquella fecunda y generosa madre.

—¿Me permitís que os haga una pregunta, querido amigo mio? Yo soy muy ignorante y hay una cosa que me tiene sumamente intranquila.

—¿Y qué es ello, hija mia?

—Tengo una prima que perdió, como yo, á sus padres siendo aún muy niña; yo la quiero con todo mi corazón, tiene quince años y se halla sirviendo en una granja de Turena. La miseria nos obligó á separarnos. Ella no sabe nada de mí, porque yo no he aprendido á escribir, y aún cuando hubiese aprendido ¿para qué habia de llenarla de angustia? Pero desde que subimos á la carreta ando á vueltas con una idea que se me ha ocurrido: si la República impide que las pobres gentes continúen siendo tan desgraciadas, si logra que el hambre vaya siendo ménos terrible y que las desdichas todas disminuyan, mi prima podrá llegar á una edad avanzada.

—Querida hermana ¿qué inquietud puede causaros todo eso?

Los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas que revelaban su conmovedora resignacion, y sus labios comenzaron á estremecerse.

—¿No creéis que deberá hacérseme largo el tiempo que me sea preciso aguardarla?

—Tranquilizáos, querida mia; allí donde hemos de ir no hay tiempo ni inquietudes.

—¡Qué bondadoso sois consolándome de ese modo! ¡Soy tan iguorante!... ¿Puedo ya abrazaros? ¿Ha llegado el momento?...

—Sí, pobre hermana mia.

Abrazáronse ambos y se bendijeron mutuamente.

Aquella pequeña y descarnada mano no tembló, y el apacible rostro de la desdichada jóven reveló tan sólo la angelical resignacion de una mártir. Murió inmediatamente antes que él. Murió: ¡veintidos! contaron las mujeres que hacian calceta.

«Yo soy la resurreccion y la vida, dijo el Señor; y el que vive en mí tiene segura la vida eterna.»

Una horrible gritaría, un movimiento en todas las

miradas que se dirigen hácia el cadalso, una ondulacion de la multitud que vuelve á apiñarse y avanza nuevamente, y se aparta y se inclina: ¡veintitres! cuentan las calceteras.

Al llegar la noche declase en la ciudad que su fisonomía habia sido la más tranquila de todas las que se habían contemplado en el mismo sitio; algunas personas añadían que la expresion de su rostro era sublime y profética.

Una mujer habia solicitado poco tiempo antes, al pié del cadalso, que la permitiesen escribir los pensamientos que la inspiraban. Si Cartone hubiera expresado los suyos y hubiera sido profeta, hé aquí cuáles hubiesen sido sus palabras:

«Yo veo á Barsad, á la Venganza, á Defarge, á los jueces y á los jurados, nuevos opresores que han sustituido á los antiguos, perecer en ese mismo cadalso antes de que sea arrancado de su sitio.

«Yo veo una magnífica ciudad; yo veo surgir de este abismo una nacion próspera y gloriosa; y gracias á sus luchas para conquistar la libertad, y gracias á sus triunfos y á sus derrotas, veo á esa nacion expiar gradualmente y borrar para siempre los crímenes de esta época sangrienta y los de los antiguos tiempos que engendraron estos horrores.

«Yo veo que los venerados seres por quienes voy á morir disfrutaban en Inglaterra una vida tranquila, útil y dichosa. Yo veo que la mujer cuya felicidad adoro más que la existencia, tiene en los brazos un niño que lleva mi nombre. Yo veo que su padre, encorvado por los años, pero con el cuerpo y la inteligencia sana, continua consagrándose al alivio de los que sufren. Yo veo que aquel

buen anciano, que los ama, vive diez años á su lado, les lega su fortuna, y abandona este mundo para ir en busca de su recompensa.

«Yo veo el santuario que me han erigido en su corazón y en el de sus descendientes. Yo la veo llorando en su vejez al llegar el aniversario de este día. Yo veo á ella y á su marido extinguirse juntos, despues de una larga carrera, y tengo la seguridad de que respetaban mi memoria tanto como se respetaban el uno al otro.

«Yo veo que el niño que lleva mi nombre crece y prospera en el camino de la vida en que yo me he perdido; yo le veo, noble de corazón y de inteligencia, vencer los obstáculos con un éxito tan brillante, que mi nombre queda purificado y llega á ser ilustre, gracias al brillo del suyo. Yo le veo á la cabeza de la magistratura de su país, respetado de todo el mundo, padre de un hijo que también se llama como yo y que tiene esos cabellos de oro y esa expresiva frente cuya imagen no se aparta nunca de mis ojos. Yo le veo sentado al niño sobre sus rodillas y refiriéndole mi historia con tembloroso y conmovido acento.

«Lo que hago hoy es infinitamente mejor que todo lo que hubiera podido hacer en lo sucesivo, y voy por fin á disfrutar el reposo que nunca he conocido.»

FIN DE LA NOVELA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
1625 MONTERREY, MEXICO



APUNTES BIOGRÁFICOS DEL AUTOR.

Cárols Dickens, uno de los más célebres y distinguidos escritores de la Gran Bretaña, nació en Landport, cerca de Portsmouth, el 7 de Febrero de 1812. Su padre, Mr. John Dickens, era un empleado subalterno en las oficinas de la marina.

Educado en un principio en Chatam y luego en el colegio de Rochester, distinguióse Cárols Dickens por su precoz inteligencia, su memoria verdaderamente extraordinaria y su pasión por la lectura.

En 1825, Mr. Dickens padre, perdió el modesto empleo que desempeñaba y se estableció en Lóndres con su hijo. Observador sagaz y dotado de un talento natural tan grande como fácil, parecía haber nacido Dickens para la vida de las grandes ciudades y hallarse destinado á conquistar, sin extraordinario esfuerzo, toda clase de triunfos emprendiendo la senda que más fuere de su agrado. Dado su especialísimo carácter, las influencias extrañas no podían ejercer sobre él ningún predominio. Hizosele entrar en el bufete de un abogado con objeto de que estudiase la jurisprudencia, y se prestó á permanecer allí durante dos años, al cabo de los cuales renunció á aquella árida profesion y adoptó la de taquígrafo de un diario político, el *True Sun*, que abandonó al poco tiempo para

pasar al *Espejo del Parlamento*, y despues al *Morning Chronicle*. En este periódico dió á luz, con el título de *Croquis* y bajo el pseudónimo de Boz, sus primeros ensayos, consagrados á la pintura de la vida inglesa. El tono festivo y el realismo de aquellas escenas, que podian considerarse como fotografiadas y tomadas del natural, hicieron que el público se fijase desde luego en el jóven autor, y en 1836 aquellos croquis, unidos á otros que habia compuesto para el *Old Monthly Magazine*, fueron publicados en dos tomos bajo el título ya indicado, é ilustrados por el caricaturista Cruikshank. El buen éxito de aquel ensayo animó, como era natural, al autor, y escribió nuevas escenas en las cuales la emprendia con los *sporstemmen* (1) de los clubs de Lóndres, y su inimitable *Pickwick*, enriquecido con los dibujos de Seymon, hizo su aparicion en 1837-38 (3 tomos en 8.º). Desde aquel día quedó asegurada para siempre la fama del afortunado escritor. Dickens compuso obras más perfectas y de mayor importancia que *Pickwick*, pero ninguna llegó á producir tanto entusiasmo en Inglaterra; millares de lectores se disputaban mensualmente los cuadernos de aquella ingeniosa sátira.

Dickens abandonó desde entonces su pseudónimo de

(1) "Sporstemmen. Voz inglesa formada de *sports*, diversion, y de *man*, hombre. Hombre rico ó desocupado que dedica todo su tiempo á las corridas de caballos, las regatas, la caza, la pesca, el manejo de las armas, la gimnasia, la esgrima, el boxeo, el juego de pelota, la equitacion, y, en una palabra, todas las distracciones que ponen á prueba el valor, la agilidad, la destreza y la soltura del hombre. El principal atractivo de todas estas diversiones está en las crecidas apuestas á que dan lugar; el furor de apostar á todas horas y con el más fútil pretexto constituye uno de los rasgos más salientes del carácter inglés.

(Nota del traductor.)

Boz, adoptó su verdadero nombre y contrajo matrimonio con la hija de Mr. Forje Hogarth, crítico que gozaba de una gran reputacion en Inglaterra, sobre todo en asuntos musicales. El increíble éxito de *Pickwick* habia cubierto al autor no solamente de gloria sino de dinero; comenzaron los editores á disputarse sus producciones, é hizo editar en veinte entregas mensuales, segun la costumbre inglesa, su novela *Nicolás Nickleby* (1839, 3 tomos en 8.º), que obtuvo del público la misma favorable acogida. Dickens comenzaba en esta novela la serie de sus rigerosos ataques contra los abusos y la opresion, con un ardor y una persistencia nunca desmentidos.

Despues de *Nicolás Nickleby*, apareció *Oliver Twist* en las columnas del *Bentley's miscellany*; cuya publicacion editó durante algun tiempo el mismo Dickens con los más lisonjeros resultados. En esta obra, describiendo las desdichas de un jóven provinciano lanzado sin proteccion de ningun género en medio de las miserias y de los vicios de una gran capital, reveló con mayor vehemencia que en *Nicolás Nickleby* su ardiente simpatia por los sufrimientos de las clases desheredadas. El novelista conquistó desde entonces una enorme influencia sobre el espíritu público, y fué considerado como un verdadero reformador consagrado en cuerpo y alma á la causa del progreso.

A *Olivier Twist* siguió *El reloj de maese Humphrey* (1840, 3 tomos), título bajo el cual reunió diferentes novelas: *Almacen de curiosidades*, *Bernabé Rudge*, etc. Por dicha época se embarcó Dickens, con su mujer, para los Estados Unidos, en donde permaneció durante algun tiempo. Poco despues de su regreso publicó sus *Notas americanas* (1842), á las que siguió *Martin Chuzzlewit* (1843-44, 3 tomos 8.º), novela en que describe algunos caracteres que habia tomado del natural en América.

En 1844 se dirigió con su familia al reino de Italia, en

donde permaneció durante un año. A su regreso concibió el proyecto de fundar un diario político, y después de contar con el concurso de varios distinguidos literatos, lanzó el primer número del *Daily-News* que contenía el principio de sus *Impresiones de viaje en Italia* (1846). Pero aquella empresa no podía convenir á sus instintos puramente literarios: cansóse del oficio de periodista y abandonó la dirección del periódico. Volviendo entonces á sus primeros trabajos, dió por cuadernos mensuales la *Casa Dombey é hijos* (1847-48, 4 tomos en 8.º) y la historia de *David Copperfield* (1850, 4 tomos en 8.º). Estas dos novelas que, según se asegura, son en parte autobiográficas, figuran indudablemente en primer término entre las mejores producciones del autor, bajo el punto de vista literario, aún comparadas con *Bleak House* (1852, 6 tomos), *Los tiempos difíciles* y *La Pequeña Dorrit* (1856, 3 tomos). Esta última novela permitió al autor dirigir ataques tan vehementes como merecidos contra los abusos del gobierno, la rutina de sus empleados y el nepotismo de los individuos de la aristocracia. Su *Ministerio de los circunloquios* vivirá mientras existan gobiernos y administraciones faltos de inteligencia y amigos de expedientes. Mientras duró la publicación de esta obra, puramente literaria, Dickens, llevado de la devoradora actividad que caracteriza los tiempos modernos, se encargó en 1850 de la dirección de un periódico literario, *Household words*, que llegó á ser una de las publicaciones inglesas más acreditadas, y en el cual dió á luz la *Historia de Inglaterra referida á los niños* (1852) y *Los Tiempos difíciles*.

Además de estas obras, Dickens comenzó desde 1843 una serie de *Cuentos de Navidad*, en los cuales supo unir las realidades de la vida á la parte fantástica de las leyendas, y creó, por decirlo así, un género perfectamente adecuado á las largas veladas de invierno de la familia inglesa. Los títulos de los mejores de estos cuentos son:

La Canción de Navidad, (1843); *Las campanitas*, (1844); *El grillo del hogar*, (1845); *La batalla de la vida*, (1846), y *El hombre acompañado*. Estos cuentos obtuvieron un grandísimo éxito en toda Inglaterra, gracias al mérito del estilo y al carácter dramático que revestían estas pequeñas producciones.

Dickens era igualmente apreciado como escritor, como actor y como lector en las conferencias públicas. Estas diversas actitudes eran innatas en él, y como actor, sobre todo, gozó de una reputación incontestable.

Apareció por primera vez en escena en el teatro de Saint James, en una función dada á beneficio de la señorita Nelly, en que varios aficionados se habían agregado á los cómicos de profesión, y fué ruidosamente aplaudido. Durante los años 1851 y 1852 representó, con algunos de sus amigos, no solamente en Londres sino en varios teatros de Inglaterra, una obra escrita expresamente para ellos por sir Lytton Vulwer, con objeto de reunir la cantidad indispensable para establecer una sociedad literaria y artística (*Litterary Guild*), destinada á socorrer á los literatos y artistas faltos de recursos.

Cárlos Dickens se separó de sus habituales editores, los señores Bradbury y Evans, cesó la publicación del *Household words*, que era de propiedad común, y reapareció en Marzo de 1857, bajo el título de *La Vuelta del Mundo*, en casa de los señores Chapman y Hall. En esta nueva publicación dió á luz el *Cuento de las dos ciudades* (1859), que no cede en interés dramático á *Los Intimos* (1865), que obtuvo en Inglaterra un éxito verdaderamente maravilloso.

Poseedor de una gran fortuna y de una inmensa reputación, el autor de tantos libros notables vivió tan pronto en Inglaterra como en Francia, que llegó á ser para él una segunda patria por la celebridad que adquirió en ella y por su perfecto conocimiento de la lengua fran-

esa. Todos los años salía de su pluma una nueva obra maestra, trabajosa pero no difícilmente compuesta. El animoso escritor continuó en aquellas incansables producciones la encarnizada guerra que tenía declarada al Kanat (1) y en general á la hipocresía y al egoísmo, defectos ingleses por excelencia, bajo cualquier forma que puedan presentarse. Exhibiéndolos á la luz del día con una admirable perspicacia y atacó con sus aceradas burlas á la sociedad en masa, desde los pleóricos lores hasta los harapientos cockneys (2), describiendo escrupulosamente los rasgos más insignificantes de carácter para hacerlos contribuir al efecto general de sus composiciones.

El estilo de Dickens es muy desigual; unas veces correcto y brillante, merece las palmas académicas de Oxford; pero familiar en otras ocasiones, casi trivial y adoptando un considerable número de voces rufianescas, sólo pueden comprenderle las personas sumamente familiarizadas con las particularidades de la lengua y de la vida inglesa.

Dickens publicó en 1868 una nueva novela titulada *El Abismo*, de la cual sacó, con la colaboración de los señores Wilkie Collins, Didier y Fichter, un drama francés en cinco actos y once cuadros, que se estrenó con gran éxito en el teatro del Vaudeville.

Dickens añadió á su inmensa reputación de novelista la de conferenciar en público. La Gran Bretaña y la América acogieron con unánimes aplausos al eminente

(1) Morigateria *sui generis* de los ingleses y muy especialmente de las inglesas. Voz inventada por lord Byron.

(2) Voz inglesa que sirve para designar á los habitantes de Londres que viven en una completa ignorancia de todo cuanto pasa fuera de esta ciudad.

escritor, que leía en público sus propias obras. En estas lecturas hacía vivir, accionar y hablar á los personajes de sus novelas con todo el talento de un actor sublime. No se sentaba en una silla ni permanecía de pié delante de una mesa, como suelen hacerse esta clase de lecturas. Agitábase, iba y venía; movía las piernas, los brazos y las manos; todo su busto oscilaba continuamente; su rostro reflejaba los más diferentes sentimientos sin aparecer desagradable en ningún caso. Imitaba uno tras otro los gestos y el acento del cándido Pickwick, el desgredado orador de los clubs, del conceptuoso defensor del acusado, del mogigato, del amante tímido, del condescendiente padre de familia, del descarado especulador, del hambriento pordiosero y del cínico libertino, etc., etc., con una naturalidad que sólo pueden compararse con la que ha empleado para describirlos en sus libros. No faltó quien censurase á Dickens la excesiva energía de sus gestos, pero lo cierto es que subyugaba á su auditorio, y su palabra sonora y expresiva sabía sacar efectos que no logró obtener nunca la del más elocuente orador.

En América alcanzó los mismos triunfos que en su patria. Difícil era preveer semejante éxito en el Nuevo Mundo, toda vez que iba, por decirlo así, á emprender una especie de campaña contra los Estados Unidos. Pero muy luego se halló en el caso de poder decir: *Veni, vidi, vici*. Recibióme por todas partes con los brazos abiertos, levantáronle arcos de triunfo, y las personas más escogidas de la sociedad americana se disputaron el honor de tenerle á su lado. Rehusó, sin embargo, todas aquellas invitaciones y no quiso aceptar más hospitalidad que la de sus aliados por el génio, los pensadores y los poetas americanos. Leyó sus obras, habló, representó y conmovió y entusiasmó á la nueva Inglaterra del mismo modo que había entusiasmado á la antigua. Su regreso fué una verdadera marcha triunfal, digna de un emperador romano.

Al volver á instalarse en Inglaterra continuó sus habituales tareas, y en 1870 publicó, por cuadernos mensuales, una gran novela, *Los misterios de Edwin Drood*, cuyo éxito no desmereció en nada del que obtuvieron sus principales obras.

El gran novelista inglés falleció en 9 de Junio de 1870.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



